



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



LA POLEMICA
FILOSOFICA
CUBANA



1838-1839

(Volumen I)



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Y PRESIDENTE
Juan Vela Valdés

DIRECTOR
Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTOR
Luis M. de las Traviesas Moreno

EDITORA PRINCIPAL
Gladys Alonso González

DIRECTOR ARTÍSTICO
Earles de la O Torres

ADMINISTRADORA EDITORIAL
Esther Lobaina Oliva





BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

LA POLEMICA
FILOSOFICA
CUBANA



1838-1839
(Volumen I)



Ensayo introductorio,
compilación y notas
Alicia Conde Rodríguez



IMAGEN CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2000

Responsable de la edición:

Zaida González Amador

Diseño gráfico:

Earles de la O Torres

Realización y emplane:

Beatriz Pérez Rodríguez

Composición de textos:

Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados.

© **Sobre la presente edición: Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,
2000; Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 10**

ISBN 959-7078-18-X

ISBN 959-7078-19-8

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN



La nueva edición de la *Polémica Filosófica* (1838-1840) que se presenta a los lectores aparece estructurada, esta vez, cronológicamente, de manera que no se pierda la intensidad del debate que en muchas ocasiones sucedía de forma simultánea. Por el contrario, la estructura de la obra por temas, realizada por Roberto Agramonte, no permitía advertir la dimensión de la dinámica real de la contienda teórica, y como todo esquema anulaba una parte importante del espíritu que la fecundaba. A la vez, la división realizada por años nos sugirió la necesidad de indicar en el texto los temas que se abordaban en la polémica, de manera que el lector se mantuviera orientado en sus contenidos.

Debe agregarse que se respetaron las notas elaboradas por Roberto Agramonte, Alfredo Zayas y el propio José de la Luz y Caballero, aunque algunas fueron debidamente rectificadas y aclaradas conceptualmente por su significación en la comprensión de la historia de las ideas en Cuba. De este modo es, la presente, edición homenaje al bicentenario del nacimiento de José de la Luz y Caballero.

Hace algunos años este empeño parecía imposible. Gracias al esfuerzo reunido y resumido en el proyecto de Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios don Fernando Ortiz, un viejo sueño es una realidad nueva. Mi debida consideración a Eduardo Torres-Cuevas por la escuela que significa trabajar a su lado, a Armando Hart Dávalos, que impulsó y alentó desde un inicio la urgencia de esta publicación, a Zayda González Amador que siempre hizo más y a Ramón Tambara Becerra, cuya labor paciente y prolija es, sin dudas, de las más necesarias.

Muchos fueron los amigos que animaron esta empresa y confiaron en su realización. Todos forman parte de ella.

ALICIA CONDE

Él, el padre; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real a la ostentosa —y a la gloria de su persona, culpable para hombre que se ve mayor empleo, prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad; él, que se resignó —para que Cuba fuese— a parecerle, en su tiempo y después, menos de lo que era (...) él, que de la piedad que regó en vida, ha creado desde su sepulcro, entre los hijos más puros de Cuba, una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda a la razón nueva del hombre, y en el bálsamo de su espíritu a la llaga y soberbia de la sociedad cubana; él, el padre, es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con qué verlo, y negado a veces por sus propios hijos.

JOSÉ MARTÍ

Ensayo Introductorio **PARA UNA TEORÍA CRÍTICA** **DE LA EMANCIPACIÓN CUBANA**



Alicia Conde Rodríguez

I Los ecos de una polémica

La cultura cubana está signada en su proceso histórico por un acontecimiento que acusaba el mayor enfrentamiento de ideas que jamás se haya conocido en la historia intelectual de la Isla. Se trata de la polémica teórica desatada desde los principales periódicos de La Habana, Matanzas, Trinidad y Camagüey —*Diario de La Habana, Noticioso y Lucero, La Aurora* de Matanzas, *Gaceta de Puerto Príncipe, Correo* de Trinidad— entre los años de 1838 a 1840. El punto de partida de tan amplio enfrentamiento fue la reforma que sobre la enseñanza había sugerido José de la Luz y Caballero en la *Advertencia-Proemio* al Elenco de 1834, luego publicada en la *Gaceta de Puerto Príncipe* el 12 de mayo de 1838. Si bien el Elenco no provocó ninguna reacción en su momento, no ocurrió así cuando se reeditó en la publicación princepeña. El contexto intelectual, social y político se había modificado sustancialmente. En consecuencia, quedó colocada sobre la mesa de discusiones la esencia misma del cómo pensar y del cómo conocer las problemáticas más candentes de la sociedad cubana de entonces; más aún, las perspectivas del conocimiento y de la formación cubanas. Métodos, concepciones, conceptualizaciones y teorías que abarcaban todas las ramas del conocimiento y de sus interpretaciones ocuparon el centro del debate que era y es, el punto de partida de cualquier intento de conocer y explicar una realidad.

Aunque ha sido nombrada históricamente como *La Polémica Filosófica*, en virtud de su dimensión cultural y política, de sus consecuencias para

las ciencias y para la formación de una conciencia nacional, en la presente edición decidimos titularla *La polémica filosófica cubana*. Otra razón nos obligaba a esto. En ella se defendía, por parte de los seguidores de la concepción liberadora de Félix Varela, la idea esencial de crear “una sophia cubana que fuera tan sophia y tan cubana como lo fue la griega para los griegos”.¹ Por otra parte, en la repercusión que tuvieron las contiendas suscitadas en diversos lugares de América Latina, bien se hace notar que estaba en juego el destino intelectual y la cosmovisión interna de naciones en brotación.

La trascendencia de este suceso marcó tendencias en más de un aspecto en países como Colombia, Chile, Venezuela, Argentina, Puerto Rico, entre otros. El debate continuó entre dos líneas de pensamiento por imponer concepciones teóricas materializadas en textos y métodos de enseñanza y de investigación, y en la literatura; la una, implicaba la construcción metafísica de la realidad para mantener el orden presente de la sociedad —que no era más que el orden precedente— con cambio de ropaje en el contenido conceptual; y la otra, aspiraba al conocimiento de esa realidad a partir del descubrimiento de sus componentes internos y de la lógica real —no sólo conceptual—, basándose en la observación y la experimentación y en la experiencia, para, entonces, remodelar la sociedad. El hecho político latinoamericano requería, en primera instancia, de un *corpus* de ideas en el cual reconocerse a sí mismo y, a la vez, crearse a sí mismo.

Una simple mirada a la discusión teórica en algunos de estos países nos demuestra su alcance. En Venezuela había prevalecido la enseñanza de las doctrinas de Condillac en los colegios y en la Universidad de Caracas. Manuel Ancízar,² no muy atendido por la tradición filosófica de este país, presenció la polémica de La Habana y asumió los criterios de los partidarios de Cousin en Cuba. Prosiguió, de regreso a la tierra caraqueña, la contienda desatada a propósito de las cuestiones señaladas entre Fermín Toro y Rafael Acevedo, con quien discreparía por no sostener los postulados de la “nueva filosofía” de la Francia del siglo XIX: el eclecticismo espiritualista. El fondo del problema no era otro que legitimar el ejercicio del poder de las elites en formación de las nacientes sociedades republicanas. La figura de mayor relieve en la educación y en la medicina en Venezuela lo era, por entonces, José M. Vargas, quien basó todas sus investigaciones en el método experimental. Su referente más cercano, Juan Amós Comenio, fue considerado el Bacon de la pedagogía en su país.

1. José de la Luz y Caballero: *Elencos y discursos académicos*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1950, v. II, p. xx.

2. Ver “Manuel Ancízar y sus Lecciones de psicología y moral”, de Gilberto Loaliza Cano, en *Revista Historia Crítica*, no. 13, julio-diciembre de 1996, Universidad de los Andes.

La tendencia de asumir acriticamente a Víctor Cousin tuvo en Andrés Bello una de sus expresiones más conocidas. Lastarria diría: “El señor Bello abandonaba en sus artículos el fatalismo histórico y no hacía mención siquiera de su antigua adhesión a la doctrina de Herder. Pero tampoco revelaba una idea fija sobre la filosofía de la historia, porque ahora tomaba para dirigirse un guía peor y más engañoso que aquel eminente teólogo, a V. Cousin, [quien, libaba] como el picaflor por eclecticizar ...”.³

En Argentina, un profesor francés discípulo de Cousin, Amadeo Jacques,⁴ trató de implementar sus ideas sobre educación, —las cuales compartía con Domingo Faustino Sarmiento—, ocupando desde entonces un lugar en la historia de la tradición filosófica de ese país. Se distanciaría de su maestro y desde el Colegio Nacional de Buenos Aires propondría incesantemente nuevos planes de educación. De este modo concretaba su idea esencial de llevar la civilización a las jóvenes repúblicas americanas donde todo quedaba por hacer. En Francia, en cambio, se habían perdido todas las libertades públicas desde el golpe de Estado de 1852. Con este hecho había desaparecido toda posibilidad de difundir y poner en práctica sus ideas sobre educación. En carta a Sarmiento de 17 de agosto de 1862, revelaría: “... considero la enseñanza sería de estas ciencias [se refiere a las ciencias naturales y físicas] como el gran *desideratum* de la instrucción pública en estos países, que no pueden convertirse sino a través de ella en lo que deben tender con todas sus fuerzas a ser un día. Quiero decir: en una gran nación agrícola e industrial”.⁵

Seguidores o no de Cousin, lo cierto es que el pensador francés no dejaba de ser un referente importante para la intelectualidad de América Latina acostumbrada a pensar desde Europa. Oligarquías nacionales que contaban desde entonces con un núcleo teórico que les daba organicidad como elite hegemónica y les colocaba en las manos una fórmula ideal que, justificando la pirámide social, fuese también el ideal de convergencia.

Es legítimo aclarar que las influencias de las concepciones de Víctor Cousin, en particular; y del debate generado en La Habana a mediados del siglo XIX son un fenómeno que habrá que seguir profundizando en próximos estudios debido a los escasos materiales con que aun hoy contamos. La búsqueda apenas se inicia con voluntades de amigos colegas. Lo cierto es que no partimos de generalizaciones *a priori* para adecuarlas a los diferentes países, sino que lo efectuamos desde el estudio de las realidades

3. *Recuerdos literarios*, segunda ed., Santiago de Chile, 1885.

4. Patrice Vermeren: *Amadeo Jacques. El sueño democrático de la filosofía*, Edic. Colihue S. R. L., Buenos Aires, Argentina, 1998.

5. “Carta inédita de Amadeo Jacques a Domingo Faustino Sarmiento”, Patrice Vermeren, ob. cit., p. 160.

nacionales para derivar conclusiones más generales que por ser históricas, permiten comprender a América Latina.

José de la Luz y Caballero, desde Cuba, con un conocimiento medular de las obras de Víctor Cousin, fue el único filósofo latinoamericano y, quizás del mundo, que no sólo acometió, sino que logró el desmontaje teórico de las propuestas del pensador francés. Demostró las trampas teóricas de la concepción ecléctico-espiritualista y el peligro de anulación de todo proyecto emancipatorio para la sociedad cubana que ella encerraba; como contraparte, salía a relucir, en toda su coherencia creadora, la concepción liberadora del hombre, de la sociedad y de la nación que estaba en el interior del pensamiento lucista.

El amplio grupo de intelectuales cubanos que intervinieron en la polémica se dividió esencialmente en dos tendencias. Por un lado, quienes sostenían la concepción patriótica de Félix Varela con todo lo que implicaba en la preparación de un pensar para la formación de una cultura propia; por otro, quienes rompían con esta tradición del pensamiento propio. Tradición, y no tradicionalismo, en tanto el objetivo vareliano-lucista era transformar para sólo conservar lo auténtico; formar a los ciudadanos y patriotas —ni súbditos ni colonizados—, a los hombres libres de conciencia que ejecutaran la obra de crear la nación libre, republicana, laica, democrática y de justicia social. Entre los nombres y seudónimos —algunos de los cuales aún hoy no se sabe a quienes corresponden— de quienes se declararon abiertamente partidarios de Cousin, se encuentran Manuel Aguirre Alentado (El Adicto), Manuel Castellanos Mojarrieta (Rumilio), Miguel Storch (Dómine), Domingo León y Mora, Nicolás Pardo y Pimentel, Isidoro Araujo de Hita, Manuel González del Valle y José Zacarías González del Valle. Así, también podemos mencionar a aquellos que se identificaban con el ideario vareliano: José T. de la Victoria, Manuel Costales, Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño), Francisco Funes, Francisco Ruiz, Vicente Antonio de Castro, Antonio Bachiller y Morales y, en el lugar cimero, José de la Luz y Caballero, quien firmó, entre otros seudónimos, con el de Filolezes (amante de la verdad). Presumimos la identidad de algunos seudónimos como son los casos del Frenólogo y del Ontólogo, pero de cualquier manera no existe la certeza y preferimos mantenerlos en el anonimato. Lo importante, a fin de cuentas, es la posición teórica que se sostendría por parte de unos y de otros.

Habría que destacar, con especial énfasis, que la Polémica Filosófica Cubana no es un hecho puntual dentro de nuestra historia ideológica, sino que se advierte inserta en el proceso de formación cultural de la sociedad cubana, cuyos antecedentes la explican y cuyas consecuencias marcarían rumbos en los destinos teóricos del país. Desentenderla de este rigor histórico sería mutilar y mitigar la significación de tan compleja confronta-

ción de ideas. El para y el por qué del debate en Cuba quedarán expuestos en este texto que aspira a honrar la memoria de nuestro Filolezes a doscientos años de su nacimiento.

Si hoy podemos analizar los textos de la polémica del siglo XIX y la obra toda de Luz y Caballero, es gracias a la encomiable labor realizada por algunos estudiosos cubanos que supieron comprender a tiempo su altísimo significado. Lo cierto es que las investigaciones e interpretaciones sobre la vida y obra de Luz pueden precisarse en cuatro períodos diferentes de la historia cubana: a finales del siglo XIX; en los inicios del XX; en el transcurso de las décadas de los treinta y cuarenta (reestructuración republicana); y después del triunfo de la Revolución en 1959. Cada período contribuyó a la divulgación de un pensamiento que, si bien no era comprendido en toda su profundidad, sí se le presentaba como esencial en el estudio de la formación de las ciencias y de la conciencia nacionales. Contribuyeron así a una labor de rescate y búsqueda seria que aún hoy continúa.

El 26 de octubre de 1879, Antonio Mestre propuso a la Academia de Ciencias la publicación de las obras más importantes de José de la Luz y Caballero, y el 22 de octubre de 1880, José María Zayas, quien era depositario de la papelería del maestro, quiso acometer rápidamente labor tan patriótica. Sin embargo, este empeño no fue posible hasta diez años después cuando el ilustre cubano Alfredo Zayas, quien había heredado toda la documentación que guardaba con celo su padre, logró que viera la luz el primer tomo de las *Obras*, en 1890.

Quizás, este hecho guarde cierta relación con la publicación, en 1874, de la primera biografía sobre Luz. Escrita por José Ignacio Rodríguez, es sabido que muchos de los alumnos del maestro discrepaban de las tesis tendenciosas del autor; entre ellos, los Zayas y los Mestre. Éste es el origen de la otra biografía de Luz, publicada, también, en 1890, por el más destacado de sus alumnos, Manuel Sanguily. Si la de Rodríguez es amplia en información, la de Sanguily se destaca por la interpretación y la crítica aguda, aunque sólo prefiere mencionar los problemas de la polémica, sin entrar en los análisis teóricos y reproducir algunos artículos del *Diario de la Habana* escritos por su maestro en 1840. Por su contenido, es evidente que Sanguily trata de descalificar las tergiversaciones que José Ignacio Rodríguez hiciera sobre la vida y el pensamiento de Luz en el año de 1885; a saber, que el maestro propugnaba la armonía en la sociedad; que era un “cerebro petrificado en el catolicismo”, manipulando su “confesión” al morir y la idea de la autoridad de Dios ante el mundo; que era Luz un soñador de lo imposible y otros tantos criterios que se verifican a través de su texto. En realidad, la controversia giraría en torno al problema definitorio de esa época, el de si Cuba podría o no —si estaba preparada o no— acceder a la independencia y el gobierno propio.

El anexionismo de Rodríguez quebranta en muchos aspectos las orientaciones fundamentales del pensamiento de Luz en un momento del proceso histórico cubano —plena Revolución del 68 y período de preparación de la del 95— en el cual era vital mantener viva la imagen de un Luz muy cerca del revolucionario y no la de un conciliador de conflictos sociales como lo quiere presentar este autor. Zayas y Sanguily salen a la palestra para evitar la tergiversación. No obstante, de todas maneras el daño está hecho. Tal como ocurrió con el Varela de este autor anexionista, su libro sobre Luz es el más difundido; y confunde a amigos y enemigos. Muchos, en el campo de la independencia, reciben al Luz manipulado, desdibujado, desfigurado. Resulta interesante que se haya utilizado, con una descontextualización total, la carta de Antonio Maceo en la que ofrece una imagen de Luz que sólo es explicable porque no lo conoció ni conoció su obra, y, simplemente, recibió la imagen fabricada por José Ignacio. Otra cosa muy diferente es la visión de Martí, que sueña con escribir la biografía del maestro, de su maestro, y que conoce la polémica sostenida por Sanguily. Y con esa letra que pretende atrapar el espíritu nos afirma que por la muerte de dos hombres lloró sin haberlos conocidos. Fueron, sin dudas, Abraham Lincoln y José de la Luz. José Ignacio había olvidado que en 1846, Luz había escrito: “en un país en guerra, aunque se quiera no se puede ser neutral”. Manuel Sanguily, desde una posición nítidamente independentista, recupera para la historia del pensamiento cubano esta idea esencial.

La *Historia de los heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez y Pelayo fue objeto de controversia, en la década del 90, entre Manuel Sanguily y José Silverio Jorrín, quien compartía en grado sumo las posiciones del primer biógrafo de Luz. Los juicios del escritor español acerca del educador cubano lo reconocían como el mayor filósofo latinoamericano del siglo, no tanto por valorar a fondo el contenido de las ideas del maestro de El Salvador, sino porque con ello trataba de justificar la existencia de una cultura en Cuba, más que todo, gracias a la permanencia de España en la Isla en contraposición con una América Latina independiente, incapaz y rebajada según su mirada parcial.

En los inicios del siglo xx, con el nacimiento de la república, los estudios sobre Luz quiebran sustancialmente. De esta etapa es la biografía de Enrique Piñeyro, 1903; excelente texto que no alcanza, sin embargo, la honra del de Sanguily. También se debe tener en cuenta el trabajo *Estudio sobre José de la Luz y Caballero* de Alfonso E. Pérez, 1914, no tanto por su rigor como por su aliento de revitalización de la figura de Luz en un período de triste olvido.

Ya desde mediados de la década del treinta se reinicia el estudio de Luz, ahora, bajo nuevas condiciones socio-políticas y nuevas influencias teóricas. La autoconciencia de su importancia se reafirma en escritos como los

de Francisco González del Valle,⁶ “Filosofía y Pedagogía” del año 1935, en el cual advierte la importancia de los Elencos de 1835, 1839 y 1840, en efecto, como los más significativos dictados por Luz y reintegra totalmente el último, dedicado a la filosofía, y los aforismos que centran la problemática política y educativa. Un descendiente de los González del Valle, los más severos contrincantes de Luz en la Polémica, resultaba uno de los más esclarecidos en el rescate del pensamiento del maestro, expresándose así a 95 años de concluida aquella: “No hubiera sido bastante su saber para llevar a término la labor ingente que acometió como educador. Era necesario haber visto y sentido los dolores de la patria como él los vio y sintió: haber tenido el fuego y entusiasmo de apóstol que tuvo, y haber amado la libertad, la justicia y la verdad cual él las amó”.⁷ Cómo podría imaginar siquiera nuestro Filolezes tan justa y cercana reivindicación.

De aquellos años es también la conferencia leída el 24 de marzo de 1937 en el Palacio Municipal, y publicada en la serie *Habaneros Ilustres de los Cuadernos de Historia Habanera*, número 15, de Carlos Rafael Rodríguez titulada “José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana”. A través del estudio del discípulo caracteriza, de modo naturalmente breve, el quehacer del maestro. De cualquier manera es un texto revelador de aproximaciones, tanteos, relectura del pensamiento de la época sobre el ideario de Luz.

Las ideas en Cuba, texto publicado en 1938, de Medardo Vitier, apenas contiene una referencia sobre Luz en el artículo que incluye de Fernando Ortiz, quien se interroga sobre la existencia de realismo en el educador cubano. Diez años después, 1948, en su nueva obra *La Filosofía en Cuba*, Vitier, al indagar y reflexionar acerca del ideario lucista —el autor autodefinirá su trabajo de “articulación histórica y caracterización de figuras”—, logra tantear el pensamiento filosófico de Luz, que posee, sobre todo, según Vitier, el mérito de la orientación, como es el caso de su obra en plenitud. Nunca será exagerada nuestra gratitud a esta labor inicial, pero sólo como punto de partida y con el sentido crítico que el propio Vitier recomendará a los nuevos estudiosos para poder asumir una de las herencias más fuertes del pensamiento del siglo XIX cubano. Recuérdense aquí

6. Ilustre historiador cubano, descendiente de los González del Valle, quienes participaron en la Polémica Filosófica. Junto a Arturo Montori, Julio Villoldo, Enrique Gay Galbó, Ramiro Guerra, Mario Guiral Moreno, Carlos de Velasco y Ricardo Sanabasa, entre otros, colaboró en la cruzada educativa y cultural desplegada a partir de la constitución de la Fundación Luz Caballero en el año 1914. Publicó numerosos trabajos sobre educación y sobre temas históricos y religiosos. A él debemos la recuperación de la colección completa de los aforismos de José de la Luz y Caballero.

7. Francisco González del Valle: *José de la Luz y Caballero. Filosofía y Pedagogía*, Dirección de Cultura, La Habana, 1935, p. 5.

los apuntes finales de *Notas para una formación humana* de 1948: “las dos finalidades que me propongo son la bondad genuina en el individuo y el pensamiento crítico frente a hechos y doctrinas”.⁸

Quizás el punto de mayor debilidad del enfoque de Medardo Vitier, como de sus contemporáneos, en el estudio de la historia de las ideas en Cuba, sea la precipitada hiperbolización de las influencias externas en el pensamiento de la Isla. De los escritos fundamentales del autor de *La Filosofía en Cuba* se infiere con permanencia reveladora la escasa creatividad de las ideas filosóficas en el país; el aliento de proximidad inalcanzable en que se debatieron los pensadores cubanos no llegaba nunca a realizar una formulación original, a lo sumo propuestas que nacían de una realidad pensada con los cánones elaborados y establecidos en Europa, ya sea Occidental, Central o Estados Unidos. No obstante, Vitier era hijo de su propia formación. En realidad, mientras el siglo XIX soñó y actuó en el plano del pensamiento con la creación de una sabiduría cubana, fruto intelectual de la cultura universal, pero colocada en términos relativos para generar la comprensión de su singularidad, los tiempos de Vitier, sin que él mismo fuese consciente, fueron más dependientes de lo foráneo, concibiendo una recepción acrítica que se impuso no sólo en el análisis del pensamiento anterior, sino también, en la propia comprensión de su época y de su espacio insular. Hecho que tiene su explicación tanto gnoseológica como sociológica, pero, sobre todo, política. Significativamente, historiadores y maestros se mantenían más cercanos a una realidad que retorció los cánones foráneos para exigir el ejercicio activo, crítico y creador del pensar con cabeza propia. El hecho puede explicarse, en parte, porque estos sectores habían mantenido una tradición cercana a lo real, a partir de un compromiso patriótico-cultural estrechamente vinculado al ideario martiano que contenía, sin que muchos lo percibieran, los elementos esenciales del pensamiento vareliano-lucista, del cual el propio Martí se sintió siempre heredero y promotor. Vitier, paradójicamente, en su pedagogía, es una de las más altas expresiones de este movimiento.

Sería absurdo negar el referente europeo y norteamericano en el pensamiento del siglo XIX cubano. La cuestión radica en cómo funcionó ese referente en Cuba. Si fue una recepción acrítica y sin selección —aplicación que se imponía a la realidad de la sociedad cubana, pero que contribuía a sentar ciertas pautas que en el terreno teórico constituían un pensamiento, si no auténtico, al menos acorde con la producción intelectual de la “civilización occidental”— o si lo que primó, al asumir toda propuesta teórica, fue la problemática raigal cubana y el principio de elección que asimilara las ideas universales para remodelarlas de acuerdo con la compleji-

8. Medardo Vitier: “Notas para una formación humana”, *Revista Cubana*, enero-diciembre, 1948, v. XXIII, p. 132.

dad propia de una realidad que tiene el componente de lo distinto. En esta segunda concepción, se trata de recepcionar un instrumental para pensar; se trata del ejercicio mismo del estudio para comprender y, desde esa base, entender para crear. Nuestro pensamiento nació, brotó de las desgarraduras de la sociedad cubana, de su búsqueda constante de las bases teóricas propias que le dieran coherencia, la explicaran y la transformaran. La historia de las ideas en Cuba confirman esta confrontación. Y, si de extraordinaria trascendencia calificamos a la polémica filosófica cubana de la primera mitad del siglo XIX es por el sostenimiento de la capacidad creadora del pensamiento cubano, deudor del pensamiento universal, pero dueño del suyo; pensamiento comprometido con la evolución interna de su producción, su tradición, y colocado en el núcleo de su cosmovisión latinoamericana, universalmente singular. De otro modo no hubiera tenido sentido en Cuba tal desencuentro y encuentro de ideas.

De acuerdo con esta concepción, no será posible el pensamiento sin entender el principio que lo fundó: *el electivismo*, que sobre todo es una actitud ante el conocimiento. ¿Acaso no lo asumió así toda producción intelectual que se precia de inteligente? ¿O es que lo original de una teoría se mide por la no herencia de ningún conjunto de ideas que, aunque quizás de modo primario, le antecedió? Seguramente convendríamos aquí que ni la metafísica misma, o sea, los diferentes sistemas metafísicos surgidos en el transcurso de la historia humana han dejado de tener, todos, un trasfondo común, que algunos sintetizan en la frase *la tradición judeo-cristiana*. Pero, significativamente, en la formación cubana hay más de un componente que no pertenece a ésta, en particular, la multiétnica africana y su *weltanschauung*. Luz alertaba así sobre el electivismo: “El verdadero electicismo no debe consistir en conciliarlo todo, sino en explicarlo todo, y para explicarlo todo es menester estudiarlo todo”.⁹ Cuántos errores no se hubiera evitado el pensamiento social si hubiese asumido el espíritu que estas palabras encierran.

Otro aspecto importante para entender este pensamiento es evitar los calificativos creados por la producción intelectual de épocas que lo intentan explicar a posteriori. Así se ha hecho coincidir a Luz con el pragmatismo de John Dewey; el tratamiento de los fenómenos de la conciencia de Dilthey; el método de la filosofía de Brentano; la lógica y al espíritu positivista de Stuart Mill. También se le ha juzgado contrario a la tesis de Rickert sobre la distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu. Estas extrapolaciones sólo consiguen enrarecer la relación entre la época, la sociedad y el hombre que produce ideas. El sentido de lo interno se pierde, el de su propia formación, para dar lugar a interpretaciones donde lo sub-

9. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, Edit. Universidad de La Habana, 1947, t. I, p. 352.

jetivo prevalece. Sucede entonces, que al tratar al pensador no se advierte la lógica, la coherencia y las rupturas dentro de un movimiento intelectual que lo antecedió, que lo generó y que participó de los momentos de mayor intensidad en la elaboración teórica.

Fue en estos años de los treinta a los cincuenta del ya concluido siglo xx en que, por primera vez, fueron editadas, por la Universidad de La Habana, las obras de Luz y Caballero. No sólo se contaría con el *cuadro de notas orientadoras* de Medardo Vitier, sino con los textos originales del filósofo cubano. Plausible, agotadora e inteligente labor del profesor Roberto Agramonte, cuya recopilación cuidadosa de los artículos periodísticos de la época en que sucede la polémica nos permite hoy su estudio. Con fondos particulares y de instituciones nacionales, completó y amplió lo ya realizado por Alfredo Zayas. Y lo hizo consciente de su enorme utilidad no sólo para aquel momento de incesante búsqueda de un reencuentro republicano con las raíces de un pensamiento de reafirmación nacional, sino para toda reflexión futura sobre lo que consideró el suceso más original en la historia del pensamiento latinoamericano. Su trabajo detallado sobre *La polémica filosófica* y su captación de la filosofía como *ciencia de la realidad* en Luz, contra las propuestas de construcciones a priori suprarreales, lo colocan, sin duda, en un lugar muy meritorio en la historia de las ideas en Cuba.

Contó, además, la publicación de las obras de Luz por la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana —de la cual la Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de esta Universidad, se siente heredera en su espíritu intelectualmente cubano— con los prólogos, estudios introductorios, transcripciones y traducciones de un verdadero núcleo de intelectuales de alto calibre: Rafael García Bárcena, Raimundo Lazo, Elías Entralgo, Genaro Artilles, Enrique Gay Calvó y los ya mencionados Medardo Vitier y Roberto Agramonte. También colaboraron, de modo significativo, Salvador Vilaseca y el entonces rector de la Universidad, Clemente Inclán y Costa. La diversidad de criterios de prologuistas, antólogos y ensayistas, sin dudas legítima, deja abierto un amplio campo especulativo, más de la época de los estudiosos que de la del estudiado, por lo que apenas penetra en condicionantes humanas, sociales e intelectuales de Luz, en sus motivaciones y perspectivas, con lo cual se logra raramente una mínima coherencia. Lo más importante es que desde entonces contamos con las obras de Luz lo más completas posibles. Las interpretaciones constituyen también un precioso legado por lo que nos ofrecen de un tiempo histórico que, sin dudas polemizaba consigo mismo y con su pasado en busca de un futuro que tenía que ser pensado.

Merece nuestra atención al observar la re-versión del pensamiento del maestro de El Salvador, desde los años de la reestructuración republicana, la recepción de su concepción pedagógica en el ideario educacional de

entonces. Aquella declaración medular suya sobre la urgencia de crear “escuelas de virtudes, de pensamientos y acciones, no de expectantes ni eruditos, sino de activos y pensadores” fue asumida por destacados educadores y pedagogos de la época, que en rigor formaron la escuela cubana. La lista de sus creadores, bajo la impronta Varela-Luz-Martí, sería en realidad extensa, por lo que sólo nombramos al azar una representación de ellos: Ramiro Guerra, Diego González, Arturo Montori, Carlos de la Torre, Herminio Almendros, Ana Echevoyen, Medardo Vitier, entre otros. Es preciso puntualizar aquí que el ideario pedagógico de la República se presentó de modo muy diverso y diría, además, de manera particularmente individual. Los colegios privados laicos de la época, al frente de los cuales permanecían diferentes personalidades quienes creaban sistemas y métodos particulares de enseñanza, expresaban no sólo la renovación de los estudios pedagógicos en el mundo, sino, en su médula, la tradición cubana y su contenido patrio. La escuela pública, apenas atendida por el Estado, resultó un fuerte refugio de lo mejor del magisterio cubano que se sostuvo, ante el abandono oficial, con el aliento de la obra cotidiana en la idea vareliana-lucista-martiana de crear hombres para crear patria.

Manifestación de este rescate de lo mejor de la enseñanza cubana lo fue también el movimiento cívico que se pronunciaba “por la Escuela Cubana en Cuba Libre” iniciado en la Gran Logia de la Isla de Cuba, el 31 de mayo de 1941. El estudio de las ideas educacionales en la Isla hasta la década del cuarenta asevera que estas concepciones constituyeron un precedente importante, llevado a cabo por lo mejor de la intelectualidad de la época a favor de una escuela cubana.

Si entre otros, no hubiera estado presente el factor básico de la pedagogía cubana, no sería explicable la maduración de la conciencia nacional la cual aceleraría el proceso histórico cubano que, a su vez, alcanzaba una nueva calidad en la realización de la Revolución triunfante en 1959.

Una señal importante del quehacer intelectual de este período histórico se descubre en la encuesta internacional organizada por la UNESCO en 1951 sobre la enseñanza de la filosofía,¹⁰ y en la que el país presentó el informe “La enseñanza de la filosofía en Cuba”,¹¹ redactado por Humberto

10. Participaron en la encuesta diversos países: Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Ceylán, Cuba, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Alemania, India, Inglaterra, Iraq, Italia, Japón, Líbano, México, Turquía, Unión de Sudáfrica y Yugoslavia. Redactaron la encuesta los profesores Donald MacKinnon (Universidad de Aberdeen, Escocia), Senador Ibrahim Madkour (Academia Fond de la lengua árabe, Egipto) y Richard P Mac Keon (Universidad de Chicago).

11. En este informe Humberto Piñera Llera establece que la enseñanza de la filosofía en Cuba “comprende dos etapas, diferentes por su contenido y su específica finalidad, a saber: a) lo que corresponde al período colonial y corre desde 1647 (fecha en la cual se inicia la enseñanza de la filosofía) hasta 1900. Durante esos 253 años la filosofía es

Piñera Llera. Este autor llamó la atención sobre el “renovado vigor” de la filosofía a partir de los años cuarenta. Nacieron entonces la Sociedad Cubana de Filosofía, el Instituto de Filosofía y la *Revista Cubana de Filosofía*. La intención era desplazar “lo meramente imaginativo” (poesía, teatro, novela) y “lo concreto” (historia, geografía) por las “abstracciones del saber principal”. De nuevo se intentaba restablecer un lugar cimero para la filosofía, sin advertir siquiera que este saber, por sí solo, no podía ni puede alcanzar el conocimiento de la sociedad real y del hombre real. Ya desde el siglo XIX había madurado la idea de reunir los diversos saberes para penetrar las realidades. La única clave estaba en las ciencias que, desde sus diversos observatorios, podrían acercar al hombre a una comprensión de la totalidad, pero ésta entendida como *naturaleza*, ya sea humana, social o física. Es la tradición Varela-Luz. Ciertas tendencias reanimaron el espíritu especulativo de las construcciones metafísicas. En la demostración de su esterilidad se centra gran parte de *La polémica filosófica cubana* que hoy ve la luz en una nueva edición corregida y aumentada, y colocada, ahora, en la encrucijada entre dos siglos, acaso en la de dos épocas.

De cualquier modo, no son estos años reivindicadores de la propuesta teórica que Luz y Caballero encierra en su filosofía crítica. En particular, porque la producción filosófica nacional no lograba imbricarse con el movimiento social e intelectual, en su conjunto, con la fuerza necesaria para colocar el análisis teórico en otro nivel de conocimiento. Sabemos que, por entonces, la peculiaridad que tuvo en Cuba y, sobre todo, estuvo en el pensamiento creador, siempre como sostén de las cuestiones urgentes del país, no provenía del saber filosófico por sí mismo. Esta ausencia relacional ha tenido fatales consecuencias.

Sin embargo, Humberto Piñera Llera dejó constancia, en el informe sobre la enseñanza de la filosofía en Cuba, que sí existía un interés por la utilización de los textos cubanos en la enseñanza. En su enumeración aparecen *Philosophia Electiva* del presbítero José Agustín Caballero, *Instituciones de filosofía ecléctica*, *Lecciones de Filosofía* y *Miscelánea filosófica* del presbítero Félix Varela, *La polémica filosófica* de José de la Luz y Caballero y las *Conferencias de Psicología, Lógica y Moral* de

materia docente en la Universidad a partir de su fundación en 1728, en seminarios como el de San Basilio el Magno (en Santiago de Cuba) y en el de San Carlos y San Ambrosio (fundado en 1793), en conventos como el de San Francisco y el de San Juan de Letrán (los dos en La Habana); b) desde 1900, al finalizar el régimen colonial, la enseñanza de la filosofía queda restringida a la Universidad de La Habana. Dentro del plan de reformas propuesto y realizado por Enrique José Varona, el currículum filosófico (desposeído de disciplinas como Metafísica, Ontología, Filosofía de la Historia), se reduce a Psicología, Lógica, Filosofía Moral y Sociología. Como puede observarse esta periodización es muy discutible, pues no tiene en cuenta la variedad de contenido y problemas. Es, más bien, una periodización política.

Enrique José Varona. Este hecho no contradice lo expuesto con anterioridad. No hay que olvidar que una es la proposición, y otra es la concepción cuando no marchan juntas.

Si nos situamos en los últimos cuarenta años, no hay dudas que la impronta revolucionaria colocó en los primeros planos el estudio y la relectura de toda la historia nacional, y el reajuste de las tradiciones anteriores. Ello, más que todo, abrió nuevas interrogantes que generaron genuinas polémicas en torno a ciertos núcleos temáticos del proceso de formación nacional y de los movimientos sociales y políticos. No obstante, el estudio de las concepciones teóricas y de la evolución de las ideas en Cuba ha carecido de sistematización —incluso ha padecido de subestimación—, al existir la tendencia de juzgar a los pensadores desde el exterior de su interioridad creadora, no pocas veces anatematizando al creador con frases cortas o con categorías ajenas a él. Por otra parte, se fragmenta su pensamiento, con lo cual se pierde la coherencia de éste. Al trabajo de algunos estudiosos se debe la existencia de resultados que fueron, necesariamente, los que exigían tiempos de cambios los cuales debían ser pensados; y, para pensarlos, había que estudiar las estructuras mismas del pensamiento y la tradición que conformó la cosmovisión cubana.

En este contexto, la figura de Luz y Caballero alcanzó nuevas dimensiones, pero éstas han sido en esencia en lo referente al educador; desafortunadamente, no lo suficientemente explorado y explotado en su legado pedagógico. Hemos carecido, en las reflexiones, de las proyecciones políticas y filosóficas que, contenidas en toda su obra, atraviesan su concepción pedagógica y mucho pueden contribuir a la comprensión del proceso ideocultural y a la construcción de un pensamiento que, nutrido de lo más avanzado del pensamiento social actual, se defina y proyecte a partir de la realidad nacional.

El hecho revolucionario más importante de la historia cubana —la Revolución que triunfa en 1959—, implicó también la búsqueda de respuestas a problemas inmediatos de la sociedad.

Esto no puede perderse de vista, pues la propia dinámica del proceso histórico obligaba a vivirlo más que a escribirlo. Así no es posible hablar de un abandono, en estos primeros años, del estudio de las ideas en Cuba. Debe considerarse además, la desfavorable consecuencia que para la enseñanza y las investigaciones científicas tuvo que haber tenido, con los inicios de la década del sesenta, la pérdida de una parte importante de la intelectualidad anterior. Aun así, en el transcurso de los años sesenta Cuba participó de una efervescencia de teorías sociales a nivel mundial que cubrió, en ese momento, el vacío teórico de una nueva intelectualidad, que nacida con la Revolución, trataba de hallar caminos para profundizarla y hacerla mejor. Se impuso la necesidad de estudiar el marxismo a

fondo en una época marcada, indudablemente, por la propuesta teórica e ideológica de Marx, pero derivada en diferentes interpretaciones y escuelas que permitieron contribuciones en unos casos, sobre todo en la historiografía, y lamentables desaciertos, paradójicamente, en la filosofía. Se contó, desde entonces, con la *Ideología alemana*, los *Grundrisse* y *El capital* para completar un conocimiento imprescindible. Los estudios sociohistóricos y teóricos sobre el pensamiento cubano son deudores del método que genera todos los métodos posibles en la comprensión de los procesos sociales.

II

La polémica filosófica cubana y la crisis de una época

La Polémica Filosófica desatada a partir de 1838 era el resultado lógico de una de las más profundas crisis de la sociedad cubana; a esa crisis se unía una intensa lucha en los reajustes del poder la cual implicaba un rediseño de toda la sociedad colonial, en particular, de los mecanismos ideológicos y teóricos, tanto de los elaborados por la metrópoli, como de los generados en la colonia. La crisis provocó, en primer lugar, lo que el profesor Torres-Cuevas denomina *la diáspora intelectual cubana*, no sólo debido a la dispersión de los intelectuales por diversos países sino, también y, sobre todo, por la diseminación de ideas y los desencuentros de lo que, hasta entonces, se había manifestado como un movimiento consensual y creativo.¹² Los ejemplos individuales de mayor significación y, a la vez, símbolos de la integridad intelectual y del compromiso de fondo con Cuba y su destino lo eran los desterrados Félix Varela y José Antonio Saco. La otra cumbre del pensamiento, José de la Luz y Caballero, asumiría la extraordinaria labor de, aquí en Cuba, librar la cruenta batalla de ideas justamente en un medio social, político e intelectual tan hostil que había logrado expulsar de su seno a todo pensamiento discrepante del poder y de la sociedad colonial y esclavista. Sin embargo, este movimiento histórico, de trascendencia suma, no ha sido comprendido en su totalidad y, por tanto, se presentan inconexas sus consecuencias políticas, económicas, sociales, culturales y teóricas; así, ha pasado sin lustre uno de los momentos decisivos de la historia cubana, explicativo de las grandes tendencias de la segunda mitad de siglo XIX.

Aunque la crisis cubana se manifestaba dentro de la estructura colonial, coincidió con la que en América Latina se producía después de los primeros lustros de independencia como consecuencia del florecimiento de los conflictos que habían quedado latentes, y del agotamiento de los

12. Eduardo Torres-Cuevas: *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, p. 375.

primeros ensayos de autogobierno. Un clima de pesimismo, nihilismo y falta de fe en sí mismos abría el camino al pensamiento del rebajamiento y de la dependencia, a una cierta convicción de incapacidad propia. Éste es el terreno propicio para el surgimiento de caudillos que se asumen como la personificación del Estado, y de la consolidación de las dos únicas instituciones que tienen un alcance nacional, el Ejército y la Iglesia. El conflicto cubano presenta otras aristas que tienen en el fortalecimiento del anexionismo a Estados Unidos o en un cierto integrismo hispano mal concebido, sus mejores y más coherentes manifestaciones.

La crisis abierta en Cuba a finales de los años treinta tenía, en primer lugar, un origen sistémico. Desde mediados del siglo XVIII se había desarrollado un intenso proceso productivo que se sostenía en una doble estructura agraria, complementaria en sí misma: el sistema de plantaciones esclavista, productor de los principales renglones de exportación; y el desarrollo de un campesinado, en la mayoría de los casos censatario, dedicado, en pequeñas parcelas, a la producción para el mercado interno y ciertos productos de exportación.

Esa estructura agraria era el resultado de un activo movimiento de revalorización de las tierras. La oligarquía cubana de la época, heredera o nueva propietaria de las grandes haciendas ganaderas —hatos y corrales—, en ese momento bajo la impronta de la creciente demanda de productos tropicales en el naciente mercado mundial, subdividía sus haciendas, desarrollando, en una parte, las plantaciones esclavistas y, en otras, las pequeñas parcelas repartidas a campesinos libres. La relación establecida entre la producción para la exportación y la de consumo interno creaba una dinámica social compleja. En todos los casos, la existencia de grandes extensiones de tierras vírgenes y de una escasa población obligaba, para lograr los objetivos económicos, a desarrollar una amplia inmigración justificada por la necesidad de fuerza de trabajo. Ésta tuvo un doble carácter: por un lado, la inmigración europea libre, fundamentalmente española, para incrementar un campesinado dependiente de la oligarquía; y, por otro, la inmigración africana forzada para aumentar el número de esclavos en las plantaciones. Si las consecuencias económicas se materializaron en la conversión de Cuba como el primer productor mundial de azúcar y de otros derivados de la caña, en uno de los primeros del café, y en el exportador del mejor tabaco, las consecuencias sociales consistieron en la ruptura de la estructura de la sociedad criolla anterior, y la complejización del proceso de integración social, fragmentando al país en un conjunto de estamentos estancos.

Si en 1757 Cuba contaba con 149 170 habitantes, en 1846 la población se había elevado a 898 754 individuos. Durante ese período se introdujeron más de 636 465 esclavos, lo cual, por sí sólo, cuadruplicaba la población del año base citado. El censo de 1846 arrojaba una población esclava de 323 759

personas, gran parte de ellas bozales que habían sido arrancados de sus lugares natales y, por tanto, desarraigados en la Isla. Paralelamente, la inmigración europea libre excedió de las 350 000 personas, en especial canarios, gallegos, andaluces y extremeños; también el país fue receptor de otras inmigraciones como la francesa, que sobrepasó, según algunos cálculos, las 30 000 personas. A una conclusión se puede arribar en un primer acercamiento: en unos 90 años, la sociedad criolla había recibido el profundo impacto de una inmigración heterogénea y numerosa que la enriquecía y, a la vez, retardaba su integración. Otra conclusión, la tendencia demográfica demostraba, que pese al incremento de la población blanca, el porcentaje de la negra y mestiza era mayor en el conjunto social. Si en 1775 el 56% de la población se catalogaba como blanca y sólo el 26% como esclava, en 1846 esa proporción se había invertido, el 47% se anotaba como blanca, mientras que la llamada “de color” resultaba entonces mayoritaria al constituir el 53%. Aunque el crecimiento demográfico se presentó en todos los componentes de la población, lo cierto fue —y lo que más preocupaba a algunos sectores—, que mientras la tasa de crecimiento de la población esclava alcanzaba un 3,8%, la de la blanca sólo llegaba al 2,7%. Este problema se convirtió en el más agudo de entonces. Saco afirmaría que era más peligroso ser abolicionista, que independentista. Y tenía razón. Contra el abolicionismo no sólo estaba el poder colonial, sino, además, la sociedad colonial.¹³

Esta sociedad presentaba características peculiares respecto al resto del Caribe y de Latinoamérica. No era una sociedad de plantaciones esclavistas ni la clásica sociedad criolla precedente. Era una sociedad esclavista en la cual se imbricaban la esclavitud con todos sus componentes sociales y, a la vez, un amplio sector de campesinos y gentes de la ciudad, libres. Por otra parte, si bien la demanda de esclavos se justificaba por las necesidades productivas y de infraestructura, lo cierto es que la mayoría de éstos no se encontraban en las plantaciones de azúcar y de café. Sólo el 22,9% se situaba en las plantaciones azucareras, mientras que el 45% se ubicaba en los pueblos y ciudades; el resto se repartía para realizar otras labores agrícolas.¹⁴ El estudio de la composición de los habitantes de algunas ciudades demuestra que una gran parte de la población blanca tenía esclavos, e incluso, personas con niveles sociales por debajo de una clase media, entre ellos, negros libres, los poseían. Lo que diferenciaba el nivel social era el número de esclavos que se tenía y la calidad de éstos. Otro dato resulta imprescindible en el análisis. En el campo, el campesino libre era numéricamente mayor que los esclavos.

13. Instituto de Historia de Cuba: *La colonia*, Edit. Política, La Habana, 1994, pp. 192-200 y 267-270.

14. *Ibidem*, p. 403.

La red económico-social que enlazaba las zonas productivas con los puertos permitió el desarrollo de una cadena de pueblos, villas y ciudades-puertos con intensa actividad comercial, con un activo artesanado y trabajadores que creaban un hábitat especial al contacto e interinfluencias entre los distintos componentes sociales. En sus barrios se desarrollaría un modo de vida, que en su nuevo espíritu, fue dando forma a una nueva calidad cultural. Negros y mulatos libres ejecutarían una amplia gama de actividades artísticas-artesanales, desde ebanistas hasta músicos. El fenómeno de la vagancia, flagelo de todos los tiempos en Cuba, sería particularmente notable entre la población blanca que menospreciaba el trabajo manual, en especial, los criollos de clase media.

En este medio social, de economía fuertemente emergente y de población dividida en compartimentos estancos, el proceso de *formación nacional*, si bien se enriquecía, a la vez se retardaba y complejizaba a través de elementos hostiles entre sí. Más que todo, no era la *formación nacional*, de la cual participaban todos, y no necesariamente coincidentes ni convergentes, sino el proceso de *integración nacional*, el gran obstáculo para una realización consensual de un nuevo pueblo y de una nueva nación.¹⁵

En este período de auge de la sociedad esclavista y de desarrollo de sus paradojas y contradicciones, brotaron los primeros movimientos intelectuales del país. Su primera manifestación ya fue visible en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XVIII y, significativamente, se concentra en la historia de Cuba. El obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz elaboró la primera historia detallada y con fuentes criollas, —a lo cual se añadiría un detenido estudio de la Isla—, resultado de su visita pastoral; desde otra perspectiva, en esencia oligárquica, el regidor habanero, José Martín Félix de Arrate, escribiría la suya; lo mismo sucedería con el santiaguero Nicolás Joseph de Ribera. A partir de entonces, la nueva generación de pensadores pudo contar no sólo con los relatos de los cronistas de Indias, observadores desde Europa de procesos conquistadores, sino, además, con la visión de sus antepasados, hombres de esta tierra como ellos. Fueron éstas las primeras piezas de una cultura entendida como raíz sembrada en tierra propia.

En la última década del Siglo de las Luces, emergería una generación de pensadores que, en su consenso coherente, expresaban un proyecto, el cual pretendía convertir a Cuba en “la Albión de América”. Ésta tendría dos fuentes nutricias por excelencia: las obras de los primeros historiadores, que les hacían conciencia de su propia identificación como pueblo, y el producto intelectual del siglo: la Ilustración. Una institución aglutinadora, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, y otra difusora, el *Papel Periódico de la Habana*, se constituirían en centros de estudios y de crea-

15. *Ibidem*, p. 290.

ción intelectual de las más variadas ramas del conocimiento: desde la física y la química, la botánica, los métodos de enseñanza, hasta las concepciones teóricas, sociales, jurídicas, políticas y culturales. Este movimiento, la Ilustración Reformista Cubana, por su concepción, se definía elitista con pretensiones teóricas de modernidad. Su modelo político lo constituía el Despotismo Ilustrado, el cual descansaba en producir los cambios “desde arriba”, es decir, desde el *lobby* que poseían en la corte española; su método de cambio, como de toda Ilustración, se expresaba en el reformismo sin violencia política, pero con una incentivación de los mecanismos sociales de coerción. Su sociedad soñada: la naciente sociedad industrial. Su vía de desarrollo: la esclavitud directa; y uno de sus pilares de enriquecimiento primario: la trata de africanos. Esclavitud y comercio de esclavos entendidos como “mal necesario” y necesariamente temporal.

Entre los nombres más notables de esa generación, el del político y economista, Francisco de Arango y Parreño; el del filósofo y educador, José Agustín Caballero; el del científico, Tomás Romay; el del poeta, Manuel Tibursio de Zequeira y Arango. Acaso sean éstos algunos nombres, pues la lista resultaría de hecho mucho más extensa. Una de sus figuras más notables en el *lobby* cubano en Madrid, Gonzalo O’Farril, llegaría a ser Ministro de la Guerra de España. La Ilustración Reformista Cubana era, en sí, la que avalaba el proyecto esclavista, pero, a su vez, la que intentaba expresarse, por primera vez, desde el interior no sólo de la Isla, sino, más a fondo, de un pensamiento autónomo y, como pensamiento, pretensiosamente independiente. En cierto sentido, la idea de crear una filosofía propia insertada en la cultura universal fue expresada por el padre Agustín Caballero, tío de José de la Luz, al proponer una nueva con el nombre de *electiva*. No obstante, su propia formación y los límites de su tiempo, le impidieron ir más allá de una *idea original*. Sobre este tema volveremos en otra parte de este ensayo.

La Ilustración Reformista Cubana maduraba cuando en el mundo se producían cambios sustanciales que, en cuestiones básicas, quebrarían parte de sus propuestas. La Revolución Francesa, la Revolución Haitiana, la crisis del Antiguo Régimen en España, el movimiento constitucionalista, la independencia de Latinoamérica, la definición de la política norteamericana hacia Cuba, abrieron un amplio espacio a nuevas ideas. En particular, surgieron las contraposiciones revolución *vs* reforma; la inversión del Despotismo Ilustrado por la idea de los cambios “desde abajo”; la dualidad enfrentada de conservadurismo *vs* liberalismo; y, en particular, el rediseño del colonialismo, ahora, bajo la impronta nacionalista de las grandes potencias en su conversión en sociedades industriales. Ilustración y Revolución dejaron abierto un amplio espacio que sólo podía llenar la utopía.

Desde 1802, en Cuba va tomando cuerpo una nueva tendencia socio-cultural y teórica que tiene sus centros en el Seminario de San Carlos y

San Ambrosio, en el Obispado de La Habana y en la renovada Real Sociedad Económica de Amigos del País. El promotor y cabeza de las tres instituciones fue el obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa. De este hombre extraordinario diría precisamente Luz: “Tenía cuanto necesitaba de animoso para emprender, y de prudencia que lo templaba para no emprender sino lo practicable (...) Marcaba el camino para la civilización, sin preguntar y aun sin saber qué rumbos seguirían otros. Eso también lo caracterizaba en sus grandes ejemplos de firmeza. Aquí es verdaderamente extraordinario y aun *fue realmente único*”.¹⁶ Y concluía definiéndolo como “cabeza nacida para todo”. Alrededor del prelado se reunió una brillante pléyade de hombres de ciencias, letras, artes y pensamiento. Espada apoya, sugiere, actúa en toda empresa de mejoramiento social o de creación cultural. Los primeros cementerios, la casa de beneficencia, la de dementes, la vacuna antivariólica, son, entre otras muchas, empresas en las cuales se encuentra su mano. De más largo alcance son sus obras culturales. Su acción para el mejoramiento de las escuelas, y la superación de los maestros; la introducción en Cuba de los métodos pedagógicos pestalociano y lancasteriano; la creación de la primera escuela normal para maestros, y de la primera de pintura y dibujo de San Alejandro son sus huellas en los inicios de una tradición cubana educacional y artística. Pero, donde Espada deja su nombre grabado en lo más firme de la cubanidad, es en el pensamiento. Y el centro renovador que utiliza como un esgrimista insuperable, es el Seminario de San Carlos y San Ambrosio.

Espada había sido profesor de Filosofía y un lector infatigable de los más variados textos de ciencias, artes o pensamiento. Sus ideas las expresa con cuidado, pero con agudeza. Es antiesclavista, antitratista, enemigo del latifundio, crítico del mal reparto de las riquezas, partidario de un nuevo arte y de las ciencias modernas e impulsor de una verdadera revolución filosófica en Cuba. Para ello, se basa en la juventud estudiosa. Realiza un verdadero cambio de profesores en el Seminario, base de una reforma de los estudios con claras intenciones de modernidad desde el aletargado espacio cubano. Lo mejor de la generación anterior, y lo más brillante de la que nace a la vida intelectual y pública conforman la legión espadista: José Agustín Caballero, Juan Bernardo O’Gavan, Justo Vélez, y sobre todo, el Ulises que debe tomar y demoler la Troya escolástica, Félix Varela y Morales.¹⁷

Este movimiento intelectual se nutría del amplio conflicto que mundialmente estaba modificando estructuras sociales y de pensamiento. Pero

16. José de la Luz y Caballero: “Apuntes para la nota necrológica del Sr. Obispo Espada”, *Escritos literarios*, p. 267.

17. Eduardo Torres-Cuevas: *Obispo Espada. Ilustración, reforma y antiesclavismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

sobre todo, de un amplio universo de ideas. Es Varela quien realiza la obra creadora y transformadora. Derrriba, paso a paso, el andamiaje gótico de la mala escolástica medieval, desvitalizada en los últimos siglos; libera el pensamiento para crear un pensamiento de la liberación; une ciencia y conciencia en la aspiración y creación de una sociedad y de una nación nuevas; introduce la física experimental; redefine el concepto de patria y lo coloca como esencia misma del quehacer intelectual cubano. Luz y Caballero expresaría esta idea: “El filósofo como es tolerante será cosmopolita, pero ante todo debe ser patriota”.¹⁸ Como Espada, es antiesclavista y antitratista pero, además, independentista. Varela es quien conquista las bases de un saber filosófico propio y, a la vez, sus derivaciones científicas, culturales, sociales y políticas. Luz lo definiría como el que “nos enseñó primero en pensar”.¹⁹ El método del pensamiento electivo desarrollado por Varela y que había sido propuesto por su maestro, y tío de Luz, José Agustín Caballero, dio cuerpo teórico al “pensar con cabeza propia” en las ciencias y en la cultura.

La crisis del Antiguo Régimen en España, la ocupación francesa, la guerra de independencia y la elaboración en 1812 de la primera constitución en la historia del mundo hispano, abrieron nuevos cauces tanto en lo político como en las proyecciones económicas y sociales. Algunos aspectos resultan relevantes. En primer lugar, el surgimiento de los principios constitucionalistas que colocaban la soberanía en el pueblo, no en el rey, otorgaban las libertades públicas y privadas, exceptuando la de religión, y convertían al vasallo en ciudadano, dividió en dos grandes bloques las opciones políticas. Uno, lo conformaban los conservadores, partidarios del régimen absoluto, del derecho divino, de los valores de la tradición (Iglesia, familia, linaje, herencia); el otro, los liberales, defensores del constitucionalismo, del derecho natural, del contrato social, de la soberanía del pueblo y de la reforma estructural de la economía. En consecuencia, los liberales eran partidarios del cambio de la estructura agraria y de la libertad del mercado. Pero si, a grandes rasgos, éstas eran las tendencias, la crisis se agudizaba debido a que en el interior de cada una existían divisiones que, una vez alcanzado el triunfo, se manifestaban incompatibles entre sí. En especial fue el liberalismo el que presentó más marcado este rasgo divisionista. En cuanto a Cuba todo ello tuvo sus consecuencias.

La primera y más notable fue la ruptura abrupta de la concepción en que se basaba la alianza metrópoli-colonia, es decir, la alianza entre el poder colonial y la oligarquía interna. Mientras la concepción del Antiguo

18. José de la Luz y Caballero: “Elenco de 1835”, *Elencos y discursos académicos*, Edit. de la Universidad de La Habana, La Habana, 1950, p. 72.

19. José de la Luz y Caballero: “Rectificación”, *La polémica filosófica*, Edit. Universidad de La Habana, La Habana, 1946, v. III, p. 387.

Régimen era rentista, la liberal, con su inseparable componente nacionalista, descansaba en la idea de convertir a la colonia en abastecedora de materias primas para una casi inexistente industria metropolitana, y en el control comercial de su producción. Desde los primeros momentos, en 1808, se produce un enfrentamiento entre la oligarquía de la Isla y sus asociados en España, y la oleada liberal peninsular. La lectura de las propuestas de este último sector en las Cortes españolas da fe de las intenciones para reducir al grupo dominante cubano. El asunto se complicaba aún más. No hay dudas que entre gran parte de la llamada clase media, el campesinado y la juventud, han prendido las nuevas ideas. Para el propio Luz y Caballero se ha producido un proceso en el cual, al no haberse realizado el ideal de la Ilustración Reformista Cubana, ellos se constituyen en herederos de una Ilustración con el sólo apellido de Cubana, pero, y siempre los pero, ésta quedaba, ahora, integrada en el nuevo universo liberal, bajo sus concepciones. La política de los liberales españoles generaba diversas reacciones. Los más débiles apelaban al anexionismo a Estados Unidos, los más fuertes económicamente a sus influencias en España, y muchos, de las más diversas extracciones sociales a la idea de la independencia, tras el derrotero abierto por el resto de América Latina, o a reformas que permitirían modificar las obsoletas estructuras económicas, políticas y sociales.

Los liberales habían suscrito un nuevo concepto, el de nación española, el cual serviría de base a la creación del sentimiento nacionalista peninsular. Ello permitió a los partidarios de su dominio en la Isla enarbolar la idea de la *integridad nacional* no sólo contra el independentismo, sino también, contra otras tendencias internas como el autonomismo y cierto tipo de reformismo. Pero las mismas ideas que habían sostenido el liberalismo y el nacionalismo en España eran las que le daban vida al liberalismo y al nacionalismo cubano. Debe destacarse aquí que el liberalismo, tal y como surgió en el mundo hispano, creador del concepto, designaba, entonces, a “los partidarios de las libertades”. Dentro de él existían tendencias moderadas y radicales, algunas de estas últimas derivadas, décadas después, al socialismo. Por otra parte, el sentido del nacionalismo tenía, por esencia, dos intencionalidades diferentes. El español aspiraba a lograr convertir a España en una potencia capitalista de la misma magnitud que sus modelos y ejemplos, no siempre reconocidos, inglés y francés. El cubano, más modesto, sólo pretendía realizar el ideal de una nación culta, próspera e independiente. Los dos deseos se hicieron incompatibles. España necesitaba del dominio de la riqueza cubana para sus pretensiones; a Cuba se le cortaba el margen de desarrollo al extraerle, por diversas vías, los resultados de una capitalización embrionaria.

Cuando en 1823 los Cien Mil Hijos de San Luis comandados por el duque de Angulema, derrotaban al movimiento constitucionalista-liberal,

se implantaba una de las décadas más triste de la historia española, en la cual la represión no tuvo límites. En Cuba, pese a las habilidades del gobernador Vives, se sintieron sus efectos. Para la oligarquía cubana llegó una época de retorno a la tranquilidad de los viejos tiempos. Pese a estar concertado el acuerdo de supresión de la trata de africanos con Gran Bretaña, éste se permitió y se incrementó, como nunca antes; se apoyó el libre comercio de mercancías con diversos países, lo cual amplió nuevos y viejos mercados; y se reprimió violentamente toda manifestación de separatismo, de insurrección o de conflicto social.

Entre las víctimas de esta política, que restauraba la alianza poder colonial-oligarquía interna, estuvieron los partidarios de las reformas y de las libertades en Cuba. El obispo Espada fue mandado a detener y a enviar detenido a España. Sólo el temor del general Vives a las consecuencias de semejante acto, impidió que se llevara a cabo. Varela, condenado a muerte, tuvo que expatriarse en Estados Unidos. Saco, hostigado, debió abandonar el país. Pero ellos, como la legión de jóvenes en que había prendido la llama patriótica, laboraban con intensidad en la continuidad de la obra emprendida. Un ejemplo de estas luchas lo protagonizó el propio Luz. La cátedra de filosofía del Seminario de San Carlos había sido el centro promotor y transformador de las ideas en Cuba. Fue obra de Félix Varela y en ella se habían formado los jóvenes que ahora pujaban por un nuevo y distinto espacio. Al marchar Varela de Cuba había dejado en su lugar a José Antonio Saco. Pero al producirse la expatriación del primero se declaró la cátedra vacante, obligándose así a Saco a abandonarla para ser entregada a Manuel González del Valle, uno de los futuros polemistas contra las tesis lucistas. Ante esas circunstancias, Luz se presentó a oposición y ganó la cátedra. En el primer día de clases declaró a Varela su director perpetuo. Las fuerzas conservadoras libraron un intenso combate contra el joven catedrático. A la sazón, en Estados Unidos, Varela y Saco no sólo publicaban periódicos que tenían como destino a la Isla, sino que se dedicaban a preparar un grupo de libros de diversas materias para ser enviados a Cuba y que sirvieran de base a los estudiantes en el Seminario y en otros establecimientos. Así, Varela reeditaría sus obras *Lecciones de Filosofía* y *Miscelánea filosófica*. La primera, según reconoció Luz, fue el texto que siempre usó en sus clases. Lo mismo ocurría con el otro notable profesor de filosofía, Francisco Ruiz, vareliano convencido. Pero también Varela traduce, por primera vez al español, el recién publicado *Manual de práctica parlamentaria* de Tomás Jefferson y un manual de agricultura. A su vez, Saco traduce la obra de derecho de Heinecio. Fue tal la presión que se ejerció sobre Luz, que enfermó y se vio obligado a renunciar. González del Valle intentaría recuperar la cátedra para cambiarle la orientación vareliana, pero fracasa de nuevo al presentarse y obtener la plaza por oposición Francisco Ruiz. La labor de Luz y Ruiz en esta cátedra permitió

la presencia de las concepciones varelianas en la formación de la juventud hasta la nefasta reforma de estudios de 1842. La polémica filosófica desatada en 1838 era el preludio de la más violenta ofensiva contra un pensamiento independiente y creador y por el sostenimiento de un nuevo núcleo teórico que conformaba una elite integrada a los mecanismos de dominación coloniales y, a la vez, segregadora del resto de la población de la Isla.²⁰

Las condiciones variaron de nuevo en 1832, cuando al morir Fernando VII, su viuda María Cristina se vio obligada a asociarse con el ala moderada de los liberales peninsulares. Si bien el temor se adueñó de los sectores más conservadores en Cuba, a los liberales de la Isla les pareció que se abrían nuevas esperanzas para el logro de sus ideas. Las ilusiones se desvanecieron casi desde el principio. Se suprimió el régimen de la Facultades Omnímodas en la Península, pero se acordó mantenerlo en Cuba. Primer acto de diferenciación y acción de la nueva concepción colonialista. El intento de crear la Academia Cubana de Literatura, la cual independizaría a los Jóvenes Ilustrados de los viejos conservadores, aun con autorización de la Reina, no es permitido. A los primeros disparos antitratistas de Saco es desterrado de La Habana. Así el conflicto se agravaría aún más.

Los liberales en el poder escogerían a un general liberal no sólo para gobernar a Cuba, sino también para llevar a cabo la política de reducción de la oligarquía local. El enfrentamiento entre el cubano intendente de Hacienda conde de Villanueva y el general Miguel Tacón ocurriría en estos años. Pero las definiciones llegarían pronto. En 1837 se produce la convocatoria para la nueva asamblea constituyente. Entre los delegados cubanos se encontraba el autoexpatriado José Antonio Saco, electo gracias a la activa campaña en su favor realizada por el habanero José de la Luz y Caballero y por el santiaguero Juan Bautista Sagarra. Pero de un sólo plumazo mueren las esperanzas. A los delegados de Cuba, Filipinas y Puerto Rico no se les permitió tomar asiento. Por primera vez en la historia constitucional de España los delegados de estas regiones fueron privados de un derecho que a partir de entonces, sólo le asistiría a los peninsulares. De este modo quedaba claro que ya no existía la vieja concepción de “españoles de ultramar” y que las, hasta entonces “provincias de ultramar”, habían pasado a ser, según Saco, “colonias esclavizadas” sin voz ni voto sobre sus destinos. Pero ello tenía una rápida lectura. Los liberales españoles no los consideraban parte integrante de la nación. Saco advertiría que era España y no Cuba quien había dado los primeros pasos en el proceso de desasimilación, no sólo política, sino también cultural y económica. El asunto tuvo mayores alcances. Al elaborarse la constitución española se decidió que ésta, y con ella, las libertades limitadas que otorgaba, no

20. Para una ampliación de este conflicto ver Eduardo Torres-Cuevas: *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, ed. cit.

regirían en Cuba. Para la Isla se dictaría un conjunto de leyes especiales que nunca fueron hechas. Se dejó a la Isla bajo el régimen de las Facultades Omnímodas de los capitanes generales, lo cual significaba su poder absoluto bajo las condiciones de plaza sitiada. De este modo el movimiento liberal reformista, encabezado por Saco y Luz, perdería toda posibilidad no ya de éxito, sino, simplemente de instrumentación, dadas las condiciones creadas. Pero si esta invalidación política era ya suficiente, apenas resultaba una de las partes del reordenamiento que el poder colonial llevaba a cabo. En su conjunto esto motivaría la crisis contentiva de la Polémica que se desataría, y no casualmente, un año después.

Otra de sus manifestaciones resultó el conflicto que alcanzaba sensiblemente a la esclavitud y, por tanto, a todo el futuro del sistema. Durante esa década los ingleses implementaron la abolición de la esclavitud en sus colonias antillanas. Justamente en ese año de 1838 culminaba ese proceso en Jamaica. La debilidad del gobierno español, envuelto en guerras civiles, y lleno de deudas con los bancos ingleses, permitió a los británicos hacer presiones más efectivas para la abolición de la trata de esclavos. Ello se concretó en un nuevo tratado de prohibición del comercio de africanos, y de medidas punitivas contra quienes lo efectuaban. La cuestión llegó aún más lejos. Agentes ingleses, algunos infiltrados desde Jamaica, o desde el propio Consulado en La Habana, actuaban como activos promotores de la abolición de la esclavitud y, más aún, como agitadores entre esclavos, negros y mulatos libres. La agitación en estos años sería notable y tendría su momento de mayor intensidad durante la Conspiración de la Escalera. A Luz lo acusaron también de estar involucrado en esa conspiración. Como resultado de estas agitaciones, conspiraciones y represiones, el temor, e incluso, el terror, se ocultaba en los interiores de cada casa.

Pero habrá más razones para la crisis. La propia seguridad con que se había logrado el crecimiento azucarero tornábase, entonces, en incertidumbre. La aparición del azúcar de remolacha —producida por la industria de muchos de los principales compradores del dulce a Cuba, y protegida por sus estados—; la inestabilidad de los precios del producto, la inseguridad en el mantenimiento de la trata, el alza de los precios de los esclavos, el encarecimiento de la tecnología azucarera, que colocaba cada vez en menos manos la capacidad competitiva en la fabricación, hacían prever una cercana crisis para esta industria básica y muy en especial para los dueños de ingenios pequeños y medianos.

En otro sentido, la política de los liberales españoles tuvo consecuencias más graves y, extrañamente, no estudiadas. Entre 1838 y 1842 se produjo la secularización de los bienes de las órdenes religiosas, y la conversión del Seminario de San Carlos en una institución sólo para la formación de futuros sacerdotes, con lo cual dejó de ser la institución preferida para la formación de la juventud. Francisco Ruiz cesó como profesor de la insti-

tución y las *Lecciones de Filosofía* de Varela quedaron desterradas. Se cortó de raíz la formación de un clero cubano, hecho que traería amargas consecuencias para la Iglesia Católica. Se fue más allá. Si en algo la práctica liberal de entonces tenía una concepción clara, ésta consistía en que en la batalla por la educación descansaba gran parte del futuro de la Isla. Ese fue el objetivo del Plan de Estudios para la Isla de Cuba de 1842, el cual comenzó también a implementarse desde 1838.

La concepción del nuevo Plan de Estudios ha sido presentada como liberal secularizadora; mas, su objetivo central fue desterrar las enseñanzas formadoras de una conciencia nacional. Fue un plan ajustado a la defensa de la integridad hispana. La secularización de la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de la Habana, fue una medida anhelada por todos en Cuba, pero el problema no fue la secularización en sí, sino la orientación dada a la institución. Cuando en 1842 fue transformada en Real y Literaria Universidad, la rectoría recaería por fuerza, en un español, el oidor de la Real Audiencia, José María Sierra. Además de los cursos de Historia Sagrada se impartía el de Historia de España. Pero la estocada mayor se reservó a la enseñanza de la Filosofía. Y es, nada menos que el contrincante de Luz, Manuel González del Valle, su flamante catedrático. En consecuencia, implantaría el espiritualismo cousiniano como método y en toda la amplitud de sus consecuencias culturales, políticas y sociales. Comentando el nuevo *Programa Oficial*, Varela escribía: “Confieso que el título me ha llamado la atención. Acaso lo habrá dado o aprobado la *Facultad* y por eso será *oficial* pero de todos modos no me agrada el tal título y mucho menos cuando examinando el cuaderno encuentro un tratado de lengua griega, otro de bellas letras y otros varios que sin duda no pertenecen a la facultad de Filosofía a no ser que ésta quiera extender su dominio a todos los conocimientos (...) En cuanto a doctrinas, bien poco puede decirse, porque bien poco dice el programa (...) Repare V. que es un índice de materia y no de doctrinas, pues nada se afirma o se niega, y así son pocas las doctrinas aunque son muchas las materias que se tocan (...) Advierto que han conseguido entrar y en su antigua posesión las reglas silogísticas y las señoras categorías que yo había desterrado. Entren enhorabuena, pues yo estoy fuera de casa (...) Tampoco me agrada que Manin, o sea el doctor Valle, Decano de la Facultad, nos diga que Descartes en su aparente entinema *trahía* la afirmación de que no hay atributo sin sustancia”.²¹

En medio de todas las circunstancias que convergían en los finales de la década de 1830, brotaría con una fuerza inusitada, la Polémica Filosófica. Una nueva propuesta teórica, avalada sólo por lo novedoso, llegaba de la Francia del “rey burgués”, Luis Felipe. Inmersos en el escepticismo, muchos encontraban en esta propuesta el punto de partida y de conciliación

21. *Ibidem*, pp. 383-384.

para la estabilidad de una sociedad colonial y rebajada, y para la consolidación de una elite socio-cultural asentada en la cúspide de la pirámide social. Contra esta concepción, enarbolaba Luz las ideas fundadoras. Las cuestiones en discusión abarcaban desde el concepto de patria hasta los fundamentos epistemológicos de la práctica intelectual cubana. Desde el punto de vista político, el camino hacia la anexión a Estados Unidos resultaba reforzado, ahora, además, por negación. El reflujo del movimiento revolucionario en el mundo también contribuía a un cierto conformismo apático. El vigor con que Luz acometió la polémica demostró la fuerza interna de un ideario que estaba aún por realizar. Refiriéndose a su actitud intelectual y a su razón de ser, afirmaríala: “Todo es en mí fue, en mi patria será”.²²

III

Una filosofía crítica para una cultura del pensar

La tradición de la ruptura con la tradición

Si un rasgo importante tuvo la Polémica Filosófica Cubana fue, sin dudas, la universalidad de sus referentes teóricos, gestores de ideas y base para la creación de un pensamiento propio capaz de penetrar la complejidad de la naturaleza física y social del país. Pudiéramos remontarnos a lo que significó la primera recepción del pensamiento europeo en la Isla, es decir, a la Escolástica que, en la riqueza teórica de los teólogos españoles del siglo XVI, Melchor Cano y Francisco de Vitoria, entre otros, debatieron en su interior cuestiones vitales para la comprensión del derecho de gente, de la racionalidad del indio, de lo trascendente e inmanente, del ser y los entes y otros muchos campos aún sin despliegue, sin independencia de la filosofía, como la física o los elementos que conformarán los primeros pasos de la psicología.

El Siglo de las Luces penetra en Cuba no menos que la escolástica anterior. Resultó un hervidero de propuestas. Desde los aportes de las especialidades, que andando el tiempo serían ciencias particulares como la física, la química, la biología, la psicología y la fisiología, hasta los pensadores europeos que animaron la aguda crítica de quienes en suelo cubano pensaban en los problemas, necesidades y tradiciones nacionales, en una época en que la Razón y la Experimentación sentaban plaza en la inauguración de la modernidad. Pero una época que en la particularidad cubana se enlazaba con la ruptura de la tradición criolla, el auge de la esclavitud y los pasos para llegar a la modernidad por una vía nada europea, y que por esa

22. José de la Luz y Caballero: *Aforismos y apuntaciones*, Edit. de la Universidad de La Habana, La Habana, 1962, p. 6.

misma pretensión, debía pensarse desde un nuevo observatorio. Junto a los aportes a la lógica de la escuela Port Royal, el *Novum Organum* de Francis Bacon, el *Discurso del método...* de Renato Descartes, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke y las obras de Etienne Bonnot de Condillac, se encontraban los que abrían caminos específicos en otros terrenos como el pedagógico: el *Emilio*, de Rousseau, la *Historia Natural*, de Buffon o los trabajos sobre economía de los españoles Miguel Antonio de la Gándara, Enrique Ramos y Nicolás de Arriquibar, y del islandés Bernardo Ward. Especial importancia tuvo en nuestro siglo XVIII la obra monumental de Benito Gerónimo Feijóo, *Teatro crítico universal*. No menos significativa sería la relación de los ilustrados españoles que con Aranda, Floridablanca, Campomanes y Jovellanos confirieron sus dimensiones hispanas al iluminismo que se recibía de Inglaterra y Francia. Todo ello, entre otras obras, formó parte de las lecturas básicas para la fundamentación de un método de conocimiento y para la elaboración de un pensamiento derivado del conocimiento nuevo. Este camino fue esbozado por el padre Agustín Caballero, quien propondría ya la idea de una Filosofía Electiva.

Los pasos iniciales dados por Caballero adquirirían su dimensión mayor en los hallazgos teóricos y en la propuesta metodológica de Félix Varela. El Padre Fundador contó con una amplia base teórica que ya no fue sólo la riqueza del siglo XVIII, sino la particular producción intelectual de la encrucijada de dos centurias, signadas por la Revolución Francesa, la crisis española de principios de siglo y el camino independiente emprendido por Latinoamérica. A la lectura de los autores mencionados se incorporaría la filosofía postkantiana, la ideología de Destutt de Tracy y Cabanis, entre otros. De este momento de la historia de las ideas en Cuba surgiría, por primera vez, una propuesta coherente, que enlazaba la emancipación del pensamiento de la escolástica anterior con el pensamiento emancipador del hombre y de la sociedad. Surgió allí, también de la mente del padre Varela, la definición de la filosofía como natural y su liberación de la metafísica, la ontología y la especulación. Filosofía como ciencia de la naturaleza, ya sea física o humana, interna y externa, y que rebasando la definición abstracta de esencia permitiera, desde la observación y la experimentación, la racionalidad de un pensamiento con lastre, es decir, de un pensamiento racional con límites tangibles y alcanzables, fundamentador de un conocimiento de lo verdadero en tanto posibilidad natural de lo racional.

Aquí, la idea filosófica se ataba al avance de las ciencias; pero las ciencias, por la naturaleza del observador y de lo observado, del pensador y de lo pensado, tendrían como terreno de lo alcanzable, el campo potencialmente gnoseológico de su realidad inmediata. Filosofía, ciencias, sociedad, constituían los objetos patrióticos para conocer y hacer. De aquí que el patriotismo al cual Varela le dedicaría su lección única y final fuera com-

promiso ético y científico, condición *sine qua non* del filósofo, punto de partida y de llegada del pensamiento y de la obra. Patriotismo y no patriotismo, pues se trataba del desprendimiento del que sabe, y no de la especulación ventajosa que explota el sentimiento en beneficio personal. La derivación de la idea patriótica de Varela que encontraría en Luz su defensor teórico, pedagógico y humano, alcanzaría en Martí su definición más acabada: si patria es humanidad es porque ella es la parte de la humanidad en que nacemos y a la que estamos más obligados, porque con nuestra contribución a la patria contribuimos al universo humano.

Bastaría mencionar tres momentos importantes en la vida de Luz y Caballero para comprender hasta qué punto fue permanente y perdurable su identificación con su maestro Félix Varela. Identificación no exenta de las divergencias del creador, pero identificación en las cuestiones medulares del pensamiento, del método y de la idea patriótica tal y como la comprendían ambos. Destáquense aquí tres declaraciones públicas de Luz:

a) En 1823 la cátedra de filosofía del Seminario de San Carlos, —en la cual Félix Varela había impartido sus lecciones de Filosofía y de Constitución, bases de su revolución filosófica, como la definió José A. Saco—, fue declarada vacante por la ausencia de su propietario, perseguido por las fuerzas reaccionarias de Fernando VII en España, donde había actuado como diputado a Cortes por La Habana. Manuel González del Valle ocuparía la cátedra por imposición del Director, del Seminario, en aquel entonces, Juan Bernardo O’Gavan. Éste se vio obligado a sacar la plaza a oposición, Luz se presentó y venció al interino. Era sabido que tanto González del Valle como O’Gavan mantenían posiciones conservadoras y pretendían desterrar las lecciones de Filosofía de Varela. Al asumir la cátedra el 14 de septiembre de 1824, Luz declaraba a Varela su Director Perpetuo, y expresaría: “Considerad, caros amigos, qué sentimientos se habrán apoderado de mi espíritu, desde el momento en que me impuse el deber de venir a ocupar el mismo puesto que llenó mi ilustre y siempre apreciable maestro y predecesor; hombre que sin duda alguna lo destinó la naturaleza para ser el órgano por donde había de comunicar a la juventud sus leyes inmutables y sus profundos arcanos, dirigiéndola por el sendero de las ciencias, y enseñándole las máximas de filosofía, no como quiera por lecciones orales, sino siendo el primero en practicarlas. Sí, varón virtuoso, recibe benigno este justo desahogo de mi admiración y agradecimiento, mientras que después te tribute otro que te será más aceptable; penetrado íntimamente de mi insuficiencia *yo seguiré el camino que me has trazado, yo haré cuanto esté de mi parte para mostrarme a ti digno discípulo, y con este objeto no te separaré un instante de mi memoria, ora tras faenas, ora estudiando tus obras, ora inspirando a mis discípulos aquel amor por las ciencias y la virtud que tú sabías infundir sólo con tu presencia; y he aquí el homenaje*

más aceptable a tu modestia, que mi amor y mi gratitud y mi admiración pudieran rendirte”.²³

b) Dieciséis años después, y enfrascado en la Polémica Filosófica generada por la utilización de la “filosofía” de Víctor Cousin contra el pensamiento filosófico del siglo XVIII, y contra la Ilustración Cubana centrada en Félix Varela, Luz escribiría un artículo titulado “Rectificación”, el cual significaba en realidad una declaración de principios sobre su adherencia al pensamiento de su maestro. Publicado en la *Gaceta de Puerto Príncipe*, el 2 de mayo de 1840, este texto tuvo su origen en la necesidad que sintió de contestar las falsas aseveraciones sostenidas por quien firmaba con el seudónimo Ciudadano del Mundo acerca de supuestos desacuerdos con Varela sobre el método y la doctrina: “Y vea U. ahora brevemente, señor Ciudadano del Mundo, como soy discípulo de Varela bajo muchos aspectos (...) y sepa el ciudadano, y sepa el mundo, que al rendir el modesto Lugareño aquel testimonio de su celo al esclarecido Varela, no hizo más que ceder a un sentimiento profundo de gratitud, de justicia, de amor a su suelo; pues mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero en pensar”.²⁴

c) El 16 de diciembre de 1861, meses antes de morir, en un discurso leído por uno de sus alumnos cuando la enfermedad ya le impedía hablar, dejaría testimonio a la posteridad de esa relación creadora que sostuvo con su maestro: “... Porque ya yo, señores, me voy acercando al término que Dios concede a la vida en estos climas, como decía ese ilustre Padre Varela, cuya memoria vive conmigo y me acompaña por do quiera; ya veo formada la infausta nube de la ancianidad y divisó a lo lejos los lúgubres confines del imperio de la muerte; como él también, llegaré yo al borde del sepulcro haciendo en el último suspiro, un voto fervoroso por la prosperidad de mi patria”.²⁵

Casi veinte años separan unas palabras de otras. Desde su primera juventud a la plenitud de su madurez intelectual y, de ésta, a la ancianidad, compartió y profundizó las bases teóricas de la concepción varelina. ¿Cómo podría ésta sobrevivir frente a la oleada enérgica de un espiritualismo-eclectizante que forcejeaba por imponerse en el universo intelectual cubano?

Caracteriza a la época de la Polémica Filosófica el reflujo de los movimientos revolucionarios, patrióticos, republicanos y liberales. Un pensa-

23. José de la Luz y Caballero: “Discurso pronunciado en el Seminario de San Carlos en la apertura del curso de Filosofía el 14 de septiembre de 1824”, *Elencos y discursos académicos*, Edit. Universidad de La Habana, La Habana, 1950, p. 2.

24. *Loc. cit.* no. 19, p. 381 y 387.

25. “Discurso leído en los exámenes del Colegio El Salvador, el 16 de diciembre de 1861”, *Elencos y discursos académicos*, Edit. Universidad de La Habana, La Habana, 1950, pp. 571-572.

miento conservador, y en el mejor de los casos conciliador entre lo viejo y lo nuevo, aunque presentado de novedoso modo, pretendió barrer no ya con las consecuencias teóricas del ciclo de las revoluciones, sino más atrás, con todo el pensamiento ilustrado al que se acusaba de haberlas generado. El debate fue quizás uno de los más intensos de la historia humana. El pensamiento postkantiano y las propuestas de Hegel, Schelling y Fichte fueron el intento de alcanzar un sistema universal, el cual solucionara las grandes interrogantes que al pensamiento moderno le habían situado la Ilustración y la Revolución. El hervidero de ideas, los retornos circulares y las tríadas superadoras; el redescubrimiento de las mónadas o el retorno a Santo Tomás de Aquino crearon un ambiente intelectual que intentaba explicar lo que no comprendían. La premura de los tiempos, la inconsistencia de las sociedades hasta entonces históricamente inmovibles, y el ascenso y caída de sistemas que se pretendían eternos, llevó a los hombres de la postrevolución a confundir la coyuntura con la estructura; a no discernir entre lo permanente y lo circunstancial; a concebir como eterno su pensamiento el cual apenas atisbaba pequeñas luces en las sombras de una época, y a atacar con odio desmedido y argumentos sin sustancia a los grandes creadores del pensamiento moderno. La matrona, la época de la restauración de la Santa Alianza europea parió, como hija ilegítima y deformada, lo que se llamó con toda pretensión por Cousin y sus partidarios la “nueva filosofía del siglo XIX”; Stendhal la denominaría “la nueva filosofía de París” y Luz, “la nueva filosofía francesa”.

Cuando en 1837 se iniciaba la crisis política, social y teórica de la sociedad cubana con el fracaso del movimiento reformista, la crisis de la esclavitud y la inseguridad azucarera, el reajuste del poder colonial—entonces en manos de liberales— y muy en particular la ruptura del consenso intelectual, se presentó a la “nueva filosofía francesa” como la idónea para desmontar las bases teóricas del pensamiento cubano anterior en su dimensión vareliana. La amplitud de las reflexiones de entonces obliga a referirlas. No sólo los autores ya citados, sino que se entremezclaban Leibnitz, Spinoza y Hobbes con Voltaire, Condorcet, Turgot y Montesquieu. Incluso, lo más actual de la producción mundial se debatía en La Habana: la escuela escocesa del sentido común, el movimiento tradicionalista (Joseph de Maistre, Lois de Bonald, Benjamin Constant, Lamanais), la psicología (Maine de Biran), el utilitarismo inglés (Dugald Stewart, William Hamilton, J. Benthan), el positivismo (A. Comte), el idealismo alemán (Hegel, Schelling y Fichte) y la frenología (F. J. Gall).

El eje central de la Polémica desatada en La Habana lo constituyó el espiritualismo ecléctico francés expresado en la obra de su más importante formulador, Víctor Cousin. No fueron casuales el momento y la circunstancia que convertirían al espiritualismo ecléctico en una propuesta acrítica de la sociedad cubana. En 1838 el sistema educacional cubano pasaba por

un profundo reajuste. En 1842 se pondría en práctica el nuevo plan de estudios, sostenido por la reforma implantada por el poder colonial. La secularización de la Universidad de La Habana, la conversión del Seminario de San Carlos en centro para la formación de sacerdotes solamente fueron era la expresión de algo más profundo que una simple reestructuración del sistema educacional. Al asumir la filosofía de Cousin se pretendía eliminar toda la enseñanza anterior; basada en los principios varelianos y el pensamiento de la modernidad creadora y del creador espíritu del pensamiento cubano. Manuel González del Valle, rival de los valerianos desde los inicios de la década anterior, al preparar la nueva cátedra de filosofía de la Universidad de La Habana en 1838, impuso este nuevo espiritualismo ecléctico cuyos derivados teóricos implicarían la subordinación intelectual, la formación de las elites, la expresión teórica de una cultura rebajada intelectualmente, la reafirmación del colonialismo y, en lo esencial, la liquidación del pensamiento de la emancipación surgido de la creatividad del pensamiento vareliano. No es casual que la última reedición de las *Lecciones de Filosofía* de Félix Varela, hecha por su autor en Estados Unidos, se realizara un año antes de la reforma educacional. José de la Luz y Caballero, Francisco Ruiz y otros recibieron esta obra y según la confesión de ambos, la utilizaban como texto de sus cursos en el Colegio de Carraguo y el Seminario de San Carlos. Luz comentaba: “Sabido es que la obra de mi ilustre paisano [Varela] sirve de texto a mis lecciones en todos los días de la semana, excepto el sábado y a veces otro más que consagro exclusivamente a la impugnación de las doctrinas de la escuela ecléctica francesa”.²⁶

El hecho de revitalizar el predominio de las autoridades filosóficas, de las especulaciones metafísicas, de la preponderancia del estudio de la conciencia individual en la interpretación de la sociedad, y la renuncia de las contribuciones más importantes del pensamiento ilustrado se centraba en el empeño por desterrar las ideas de Félix Varela de la enseñanza. Así lo hizo saber el Padre Fundador a Luz y Caballero, en carta fechada el 1º de mayo de 1840 desde New York, y justo cuando la Polémica en La Habana se sentía con mayor intensidad: “Mi estimado amigo, aún no he tenido tiempo para leer los impresos en que se contiene la discusión de U. con Valle. Éste nunca me ha escrito sobre la materia, y mal pudiera U. creer que desease mi intervención cuando su empeño es desterrar mis lecciones de filosofía ...”.²⁷

Lo cierto es que Víctor Cousin, centro del pensamiento de los contrincentes de Luz en la Polémica, generaba la tesis de la armonía social en sociedades quebradas por la desigualdad y la explotación, cuya derivación

26. *Loc. cit.* no. 19, p. 381.

27. Félix Varela: *Obras*, Edic. Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, t. III, p. 231.

esencial en Cuba lo fuera el conservadurismo político. Aquí, eje central de una polémica donde se discutían los métodos para conocer la sociedad cubana o para obviarla en la inmensidad de la especulación abstracta: metafísica o ciencia de la realidad, teoría de la emancipación o teoría de la sujeción. Esa fue la cuestión. Cultura, filosofía, pedagogía, ciencia, religión, moral, tradición, psicología, antropología, ontología e ideología, fueron conceptos reanalizados y debatidos por tendencias divergentes que sostenían caminos diferentes sobre los modos de pensar la organicidad de la sociedad cubana.

La Polémica, toda, estuvo atravesada por la teoría del espiritualismo ecléctico. No se trataba de una discusión fragmentada de las bases gnoseológicas, sociales y políticas de la sociedad y del conocer, sino de concepciones teóricas antagónicas para la comprensión del presente y el futuro de la sociedad cubana, cuya coherencia estaba dada por la concepción que se asumía del eclecticismo y del espiritualismo en el país.

Desde el método hasta la ideología, desde las ciencias hasta la teoría. La asunción por parte de unos, exigía la reconceptualización por parte de otros. El problema era trascendente, porque en él se contenían dos objetivos esenciales: la formación de las elites o la formación de la conciencia nacional y el mantenimiento o la remodificación del *statu quo* de la sociedad colonial a través de la educación y la cultura. El pensamiento del siglo XVIII, con sus pretensiones de fundamentar una modernidad que se caracterizara no sólo por una sociedad nueva, sino por un pensamiento nuevo, que tenía en las ciencias naturales, sociales y humanas sus referentes, había servido como “aliado extranjero” al nacimiento de una ciencia y conciencia cubanas. El núcleo del espiritualismo ecléctico residía en borrar esa naciente tradición científica y de pensamiento activo y crítico, al inculparlo de romper la tradición desde un materialismo que se les antojaba desespiritualizado. Pero en la ruptura con la tradición que sujetaba el pensamiento a las autoridades y a la determinación divina, había nacido el pensamiento crítico y creador de las ciencias y la conciencia cubanas. Así avanzó Felipe Poey en el estudio de la naturaleza física cubana; José A. Saco en la naturaleza social y Domingo Del Monte en la recreación literaria de la estética de la naturaleza cubana.

La Santa Alianza y una doctrina para la alianza

En efecto, la acción de los eclécticos espiritualistas en Francia había estado dirigida a relegar toda la herencia filosófica del siglo XVIII y a proclamarse, desde 1830, como la filosofía de la Universidad Francesa y, a la vez, como la más universal, la “única verdadera”, y la “más sólida” de las filosofías. Fue presentada como la síntesis superadora y abarcadora de todo el pensamiento anterior, y así se autodenominó como la más moderna de

todas las propuestas hechas hasta entonces. Avalada por su origen francés, fue concebida como el único sistema capaz de explicarlo y armonizarlo todo, como la base para la formación de la juventud cubana. Con tales cartas de presentación arribó a La Habana, no por la “aduana de nuestro entendimiento”, sino como un producto de bella factura, introducido por las naves colonizadoras de los contrabandistas de inteligencias. Hombres con la agudeza intelectual de Manuel González del Valle, enemigo temprano de las tesis de Varela-Luz, que hasta entonces no habían contado con un aparato conceptual «coherente», comprendieron el valor que para implantar sus concepciones tenía la propuesta ecléctico-espiritualista. Si era la filosofía de la Universidad de Francia por qué no convertirla en la filosofía de la Universidad de Cuba.

Se hace necesario puntualizar el origen de Víctor Cousin y de la llamada escuela ecléctica moderna para desentrañar, tal como lo hizo Luz, las causas y condicionantes de un pensamiento que alcanzó en extensión lo que le faltó en profundidad. La escuela de Cousin se presentó como la escuela oficial, que colocaba al pensamiento como un puente entre el siglo xvii y la nueva metafísica idealista nacida a comienzos del xix. El espiritualismo surgió de las entrañas de un nuevo y extraño eclecticismo en Francia era explicable por las propias circunstancias históricas postrevolucionarias.

En 1815 rodaron por tierra los estandartes de la Revolución Francesa, y sobre ellos se levantó la más poderosa asociación conservadora de la historia europea: la Santa Alianza. Con el destierro de Napoleón Bonaparte se inició la restauración borbónica personificada en Luis xviii. La Santa Alianza concertó un acuerdo que implicó la reconstrucción de los grandes imperios bajo los principios del derecho divino, la legitimidad de las monarquías, el reparto de Europa y el acuerdo entre el Zar, el Káiser y los reyes de Francia, España e Inglaterra, para socorrerse entre sí contra los movimientos republicanos, liberales, nacionalistas u otros que de cualquier forma intentaran revitalizar las ideas revolucionarias o reformistas.

Francia vivió, entonces, uno de los procesos más complejos de su historia. Su siglo xviii la había situado como una de las regiones del mundo con más intensa actividad intelectual y científica. Fue en ella donde surgieron “los filósofos” que se autodenominaron así para distinguirse de los teólogos. Amantes de la “sabiduría”, no sólo pondrían a la Razón como la diosa suprema de todo conocimiento, sino también como la guía de la ciencia y la inteligencia. Su crítica aguda y mordaz contra toda escolástica abrió el campo a las ciencias particulares, a la remodelación del aparato jurídico y a la producción de doctrinas sociales que se planteaban, de un modo u otro, alterar el orden político y social existente.

La Ilustración, nombre con el cual se conoció este movimiento, no se propuso hacer revoluciones, sino sólo producir la reforma y modernización

del Estado, la sociedad y el hombre desde la propia estructura de la monarquía, por lo que, su propuesta política fue el Despotismo Ilustrado. Los ilustrados resultaron ser los primeros sorprendidos al estallar la Revolución Francesa, aunque para entonces muchos habían muerto y otros tendrían como destino la guillotina.

La contradicción entre el movimiento revolucionario y los autodenominados filósofos quedó expresada nítidamente por Robespierre cuando decía que éstos se mostraban osados en sus escritos y rastros en las antecámaras de los reyes. Pero, no hay dudas, que la diosa Razón lo era también de los revolucionarios. El problema, sin embargo, era más agudo. Kant definiría así al movimiento intelectual del siglo XVIII: “La ilustración es la liberación del hombre de su inculpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia, sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella (...) ¡*Sapere aude!* Ten el valor de servirte de tu propia razón”.²⁸ y sería el propio Kant, quien consciente de los límites de la razón y de los excesos cometidos en su nombre, decidiera llevarla al tribunal de la razón misma en su “*Crítica de la razón pura*”. Es aquí donde nace el criticismo que le dará a la postilustración el sentido del pensamiento crítico. Y ésta fue el arma que en Cuba utilizaron Varela y Luz. Pero un pensamiento crítico, que estribaba ante todo en una actitud intelectual, no podía ejercerse sin un referente metodológico constatable. Quizás, por ello, sería el sensualismo de Condillac el más generalizado como génesis para un desarrollo de las ciencias y el pensamiento.

Fue en plena Revolución Francesa, y como codificación filosófica de ésta, cuando surgió la Ideología o ciencia que estudia la producción de las ideas. Los autotitulados ideólogos intentaron, bajo el fundamento del sensualismo de Condillac, desarrollar el estudio, no sólo de las ideas, sino de la conciencia como resultado de la relación entre el pensar y una realidad material tanto interna como externa al hombre. De ahí que la conciencia, en esta concepción, sea un resultado colectivo, objetivo, subjetivo, pero nunca individual. Los avatares de los ideólogos resultaron también políticos, porque trabajaban en lo que llamaron el plan ideológico, es decir, la creación de conciencias, a partir de una ética basada en el movimiento real de lo social. De aquí que la educación fuese elemento sustancial en el cambio del hombre y de su medio social. No fue casual que el discurso de Félix Varela al hacer su entrada en la Sociedad Económica Amigos del País, en 1817, tuviese como temática la ideología y la educación de los niños.

28. Nicolás Abbagnano: *Diccionario de Filosofía*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, pp. 648-649.

La creación del Imperio por Napoleón Bonaparte decretó el fin de la Revolución Francesa, pero en una concepción que intentó heredar lo que la burguesía había obtenido en la Revolución, lo que de rescatable tenía el aristocratismo y lo que la estructura política de un imperio de nuevo tipo podía sostener. El código napoleónico intentó avalar esa conciliación nombrada bonapartismo. Los ideólogos ya no tuvieron cabida; y es en esas circunstancias en que se puede explicar el pensamiento de V. Cousin. Éste afirmó haber tenido tres grandes maestros: Larromiguière, Royer-Collard y Maine de Biran. Los tres, pero sobre todo el último, habían fundamentado las bases del espiritualismo ecléctico. El centro originario de este movimiento fue la Escuela Normal, que definió la psicología como la ciencia que estudia las facultades del alma, o sea, los mecanismos internos del entendimiento. Desde este enfoque la constitución de la ciencia de la conciencia siempre tendría un carácter individual, introspectivo y subjetivo. La contraposición central entre los ideólogos y los psicólogos residía en que los primeros, en la búsqueda objetiva del modo en que se producen las ideas, se basaban en el estudio de las ciencias naturales y en la fisiología humana para, con el conocimiento completo del hombre, sin desdeñar los factores psicológicos, crear la conciencia colectiva; los segundos, a su vez exclusivos y excluyentes, identificaban la razón del hombre con la razón divina y reducían la conciencia del hombre, todo, a la conciencia individual.

La Escuela Normal sería la primera en desterrar de sus predios a la filosofía del Siglo de las Luces. De todo el genio filosófico de este movimiento: Rousseau, Diderot, Montesquieu, Voltaire, Condorcet, Holbach, Helvecio, D'Alambert, Condillac, sólo este último fue reconocido. Se privilegiaron los estudios literarios, las lenguas y las materias filosóficas por sí mismas, desligadas de la vida social y política. Era lo que necesitaba el Imperio. Constituyó el recurso mayor de Napoleón: "fragmentar a los hombres para volverlos instrumentos suyos; y ahí tiraban todas sus instituciones ..." ²⁹ La fórmula ya implícita del naciente eclecticismo resultaba receta ideal para el mantenimiento y la justificación de aquel gobierno después de la Revolución Francesa: "tómese cierta dosis de monarquía, partes iguales de aristocracia, y su punto de democracia, y tendréis la restauración, o el justo medio, o el eclecticismo *secundum artem*". ³⁰

La caída del Imperio napoleónico ocasionó una violenta conmoción en lo más profundo de Francia. El bonapartismo que tanto había penetrado en las elites, y el cual hizo de Napoleón un arquetipo a imitar, no dejó de formar parte, si bien de un modo particular, de las concepciones de Cousin. El Emperador había superado la Revolución y creado la unidad, pero se-

29. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, Edit. de la Universidad de La Habana, La Habana, 1947, t. IV, p. 284.

30. *Ibidem*, p. 307.

gún Cousin, de manera ficticia, porque había suprimido las iniciativas individuales. De ahí su rápida adhesión a: “la carta de Luis XVIII” como “la última palabra de la ciencia”. La restauración monárquica borbónica que pretendió unir el pasado con una resultante del ascenso de la burguesía, pero no del pueblo, constituyó para Cousin un acercamiento más a sus concepciones eclécticas espiritualistas. Pero una nueva sacudida conmovió a Francia en 1825. El ascenso de Luis Felipe, “el rey burgués”, en 1830, creó un nuevo *statu*. La Carta Magna surgida de ese movimiento, la instauración de una monarquía constitucional, fue la revelación para Cousin de que ésta era la verdadera fórmula de la unidad francesa. ¿Y en qué consistía el logro del movimiento de 1830? Superaba a la Revolución, al Imperio y a la Restauración. Y esta superación estaba en la consagración de la sociedad burguesa que debía consolidarse en el siglo XIX. Cousin admiraba en ella la plasmación de las diferencias, pero las subordinaba a la justicia; esta justicia, según él, no hacía más que colocar la diversidad en una jerarquía que catalogaba de “sabia” y “benéfica” porque consagraba a la elite, y excluía a la masa amorfa de gente inculta que ni siquiera tenía el derecho de ser incluida en el concepto de pueblo.

La restauración de 1815 había adolecido del defecto de sustituir la jerarquía de los derechos por la renovación de los privilegios; dicho de otro modo, la jerarquía necesaria para la elite burguesa, fundamentada en los llamados derechos consagrados por el código jurídico que ellos deseaban y que Napoleón les reconoció, había sido sustituida por la renovación de los privilegios de la nobleza. Por su parte, la Revolución de 1825, y éste es otro indicio claro del camino de Cousin, tuvo el defecto de ser una revolución, cuando, en su criterio, debió haber sido una evolución. Había que conservar la rama maestra de la sociedad imponiéndole, además, el yugo saludable de la justicia. La carta de 1830 supera a la Restauración y a la Revolución, porque logra la igualdad en la diversidad de manera más eficiente. ¿De qué modo? El deber de los buenos ciudadanos y de los filósofos consistía en adherirse a un tipo de gobierno que, gracias al orden, garantizaba la libertad de forma libre y estable que era, a su vez, la forma en que se hacían definitivas las conquistas de la Razón. Así, la igualdad quedaba consagrada por la desigualdad de la jerarquía, y la libertad contaba con un orden social implacable que permitía la desigualdad de la libertad; es decir, la igualdad entre desiguales y la libertad de los desiguales garantizaba la hegemonía de la elite que era, a su vez, elite, al poseer la hegemonía económica, política, social y cultural.

Una última cuestión se debe referir sobre la Francia de Cousin, y ésta atañe al fenómeno religioso. Después de la época gloriosa de la Revolución cuando el deísmo, el ateísmo y el panteísmo alcanzaron difusión más allá de la elite intelectual, se generalizó un escepticismo en todo el país. El indiferentismo sobre el tema estaba muy extendido entre la burguesía y el

ejército. Hacer de la burguesía y del ejército buenos creyentes no podía ser sólo obra del discurso político, más aún cuando era evidente que el problema afectaba a la juventud. Era ésta, más que los hombres maduros, la que se sentía agitada y necesitada de creer; después de los descabros de la Revolución y del Imperio. La Universidad Imperial, en virtud de su constitución tomaba como base de su enseñanza la doctrina católica. Todos los que habían nacido con el siglo aprendían esta doctrina en la escuela y el colegio, pero cuando volvían a sus casas, encontraban casi invariablemente a padres que profesaban el ateísmo o el indiferentismo en materia religiosa. De ahí la inquietud que se observa en los jóvenes de esa época. Pero, el asunto se complicaba cuando en ciertos niveles de reflexión se pensaba que ser espiritualista, sin ser cristiano, era ya pasar a la contrarrevolución. Esta idea se centraba en los descontentos y en los antiguos revolucionarios. Entre 1815 y 1830 se puso de moda en los salones y tertulias iniciar largas discusiones con la siguiente pregunta: ¿qué piensa usted de Dios? La gente se consideraba en el derecho de opinar sobre ésta y otras interrogantes como ¿hubo Dios antes de la creación y hubo Dios después; un Dios distinto de sí mismo?; ¿el Dios perfecto quiso a las criaturas imperfectas?; ¿las quiso criminales, enfermas y débiles? En cierta medida estas preguntas no eran más que una reflexión necesaria ante el evidente fin de la Revolución, y la incompreensión de una sociedad que no se encontraba a sí misma. Cousin representó en este medio la nueva solución espiritualista ecléctica que se presentaba como superadora de la crisis espiritual y moral. El Dios omnipresente está en todas sus obras, lo mismo que las referencias a la creación y la providencia. Creía haberlo definido todo cuando afirmaba que “el mundo es tan necesario a Dios, como Dios es necesario al mundo”.³¹

Fueron éstas las condiciones en que surgieron la doctrina y el método de Víctor Cousin. Ellas también explican las inconsecuencias de un hombre, y, aunque la obra se juzga por sí misma, estas condicionantes adelantan en el contexto los juicios sostenidos en su texto.

Cuestiones de método: el debate en torno al eclecticismo

En la interioridad de la discusión sobre los métodos para conocer la realidad, el punto neurálgico de la polémica que se desató en La Habana radicó en la definición, contenido y conceptualización del término ecléctico. La propuesta de Víctor Cousin se presentaba como la más importante base teórica y analítica, un concepto de eclecticismo que se proclamaba como la filosofía del siglo XIX, y muy en especial, como la cumbre

31. Eduardo Torres-Cuevas: “Víctor Cousin: la propuesta teórica de la formación de las elites y de su cultura para el ejercicio del poder” (inédito).

epistemológica que trascendía al siglo XVIII. Su pretendida novedad, —la cual encandiló los ojos de una juventud estudiosa por el doble subterfugio del pensador francés y de su impulsor habanero—, era engañosa, pues años atrás, incluso antes que Cousin pensara siquiera apropiarse de ese concepto, ya en La Habana se había llegado a una elaboración tal de éste, que precisamente se había convertido en un elemento clave en la concepción no sólo del método de conocimiento, sino también de la elaboración cultural, de la interpretación político-jurídico-social y de la creación de un método para el estudio de las ciencias naturales. Desde la *Filosofía electiva* del padre Agustín Caballero, y de la elaboración teórica que hiciera Félix Varela del eclecticismo electivo como la libertad de elegir para llegar a la verdad, se había desarrollado toda una tendencia del conocimiento que, desprendiéndose de la metafísica y de la ontología, intentaba fundamentar una escuela cubana del conocimiento. No se podría entender la intensidad con que Luz acometería la Polémica —hasta el desgaste físico y mental—, si no se entendieran las consecuencias teóricas y prácticas del cousinismo en Cuba. Consistía en una doctrina y en un método de desmontaje teórico de todo el aporte del pensamiento y de las ciencias del siglo XVIII, y en consecuencia, representaba en nuestra tierra el desmontaje teórico de las bases mismas de la ciencia y la conciencia cubanas. Si en Francia la doctrina de Cousin pretendía bajar la Filosofía de las Luces a la tumba, en Cuba, junto a aquella, aspiraba a hacer descender al sepulcro el pensamiento de Agustín Caballero y el de Félix Varela.

Al alboroto creado por la propaganda del pensamiento del francés, entre una juventud a la cual se le presentaba como lo más novedoso, profundo y actual del pensamiento, se opuso Luz y Caballero con toda la sabiduría cubana que requería un encuentro, no con los imitadores de Cousin, sino con el propio Cousin porque no siempre lo más novedoso es lo más acertado. Modas hay que con el tiempo develan todo el ridículo de su contenido. Para la juventud cubana de todas las épocas trabajó este grande del magisterio cubano, porque el problema no residió en la letra del cousinismo, sino en salvar el espíritu de las ciencias y la libertad de las conciencias: “Ya tiene la juventud su ‘Curso completo de sofistería’, pero tampoco le faltará, aunque no tan acabado, el suficiente de esgrima nacional, para descubrir y desbaratar las redes con que pretenden envolverla los que en son de amistad, resultan ser los mayores enemigos de sus almas”.³²

En 1840 se expresaba de esta forma: “¡Pobres eclécticos habaneros, que tocáis la flauta de Cousin y habláis por boca de ganso. Palabras aplicadas por nuestro insigne Varela a los filósofos escolásticos *in illo tempore*. Los eclécticos de ahora quieren ¡oh Cartesio cubano! desbaratar la obra de

32. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, ed. cit., t. V, p. 113.

tus manos; pero se romperán los dientes los que se empeñen en roer la estatua de bronce: la verdad".³³

Como se constatará en este ensayo, la esencia de la confrontación de Luz con el cousinismo radicaba en la contraposición de dos principios irreconciliables. El suyo, esencia del vareliano, se basaba en el ejercicio del pensar; mientras que el de sus rivales implicaba el no pensar. Lo oculto, lo que muchos no percibían, consistía en que, detrás de la definición del eclecticismo, por unos o por otros, subyacía la idea de que con ese término o se definía la libertad de pensar y la capacidad del hombre para ello, o, por el contrario, la verdad estaba ya dada en las autoridades y en el reencuentro introspectivo con Dios, anulando así todo ejercicio activo y creador en la reflexión.

Otro factor no podría soslayarse. La Europa de la Santa Alianza, la Francia de la Restauración monárquica absolutista y la que intentaba consolidarse a partir de la conciliación de intereses hegemónicos, resultaban sustancialmente diferentes a la Cuba colonial en el conocimiento y reconocimiento del concepto ecléctico. Sólo el desconocimiento, aun entre los jóvenes cubanos, de la ya para entonces tradición de pensamiento antitradicional y de la diferencia entre lo que son y lo que no son, podría generar una confusión, muy bien manejada, en la también diferencia de los contenidos del término ecléctico. No percatarse de ello será un error imperdonable de método; más aún, es el punto de partida de todo método.

Incluso el propio Varela, alejado del debate cubano en relación con Cousin en 1840, no llegó evidentemente a comprender las interioridades de la contienda teórica. Así se revelaba en la carta a un discípulo el 22 de octubre de 1840.³⁴

Es evidente que conocía al Cousin anterior a la década de 1830 por medio de sus traducciones de textos de clásicos de la historia de la filosofía, en los cuales el término ecléctico no se había desfigurado del sentido original que le dieran los antiguos. No se anunciaba todavía el aliento de conciliación premeditada de lo inconciliable. El distanciamiento de Varela de la problemática interior cubana de los años treinta, sobre todo del agudo debate de 1838-1840, a causa del exilio a donde poco le llegaba para hacerse de un juicio más preciso sobre la recepción de la doctrina del pensador francés en Cuba, no le permitían calibrar la magnitud y la complejidad de aquel suceso intelectual en el cual Luz y Caballero levantaría la voz desde las raíces de una cubanidad que comenzaba a conformarse con las desgarraduras propias de la naturaleza de su complejidad. No se trataba, pues, de "juego de voces", como con benévola intención quería inferir Varela de las proposiciones cousinianas de Manuel González del Valle, en el manejo

33. *Ibidem*, t. IV, p. 113.

34. Félix Varela: *Obras*, ed. cit., t. III, p. 234.

de los conceptos autoridad filosófica y eclecticismo, sino justamente la propuesta de una "Filosofía estacionaria", resultado no de la libre elección, sino de la contradictoria admisión de autoridades que se afirman en el conocimiento de una realidad que no pertenece a su espacio y tiempo histórico, por lo que su utilidad para la comprensión de la sociedad presente es poco verificable. La advertencia de Luz se sintetizaba así: "... Efectivamente, señores, ¿habrá nombre más bello, más sonoro, más eufórico, más electrizador, sobre todo, para los oídos de la generosa juventud, que el rotundísimo de eclecticismo, que vale tanto como elección, justicia, imparcialidad, concordia, fraternidad, siglo de oro? Pero ¿proceden estos hombres y señaladamente su caudillo, con arreglo al venerable nombre con que se han ellos mismos bautizado? Ellos son sus primeros profanadores renunciantes: son unos verdaderos simuladores, o mejor dicho, embaucados los alumnos y embaucadores los maestros; de suerte que si por la letra, por el nombre escapan, los mata el espíritu que es el mismo que a nosotros nos vivifica. Luego por los frutos reconoceréis a los árboles. Y si para conseguir el cielo y ser mejores en la tierra, predicáis ahora (después de la friega) el desprecio de los bienes terrenales, aquí tenéis a uno que antes y después los ha desdeñado práctica y efectivamente. ¡Fuera, pues, ficciones y simulacros! *Exemplim erim dedi vobis ut quemadmodum ego feci, ita et vos facistis*".³⁵

Conviene señalar aquí el caso particular de uno de esos jóvenes a quien se refiere Luz. Se trata de José Zacarías González del Valle, quien se pronuncia en defensa del eclecticismo de Cousin. En aras de alcanzar mayor claridad en la comprensión de los modos en que se recibió este concepto en Cuba, veamos sus argumentos. Si se desconoce que no siempre hubo una intención premeditada al asumir el eclecticismo de Cousin, sino que se sostuvo una identidad entre éste y la acepción electiva que en el pensamiento cubano le imprimiera Félix Varela al destruir las bases de la escolástica en la Isla —labor que había iniciado en las fronteras del pensamiento moderno el padre Agustín Caballero—, sin captar la diferencia esencial entre uno y otro, no podrían entenderse las diversas posiciones que surgieron entonces. Tulio —seudónimo de José Zacarías González del Valle— en el *Diario de la Habana* del 14 de octubre de 1839 precisaba su punto de vista:

"... al par que condenamos los errores, reunimos las verdades; y enseñándonos la historia, según Ud. mismo [se refiere a Luz] que no hay sistema enteramente falso, ni enteramente verdadero, aprovechar, cual solícita abeja, la flor; la parte buena de cada una, es no ya crear un sistema posible, sino santo y verdadero sobre el corazón; que ya no comprendo de otra suerte el eclecticismo, que así lo sigo por convicción propia, que no creo

35. *Loc. cit.* no. 33, p. 289.

estar extraviado, y que mi entusiasmo de joven descansa en la mejor fe del mundo. El señor Varela, el venerable y querido apóstol de la razón en nuestra tierra, el que nos emancipó de la escolástica reinante en su tiempo, dio a la luz su primer tratado de filosofía, escrito en latín, bajo el epíteto de eclético; y en un capítulo cuyo lema dice ‘La mejor de las filosofías es la eclética’, expone algunas razones de las que acabamos de explorar, inculcando que el eclecticismo no junta cosas repugnantes y contradictorias: *diversorum, etc., contrarios sequitur opiniones, nego; diversorum, sed conformes, concedo*. Bacon es eminentemente eclético, cuando al hablar del método se expresa en estos términos, que traduciré de su elegante latín a mi descolorido romance: ‘Que el método racional y el empírico se junten para siempre en un himeneo verdadero y legítimo, a saber, la anticipación de la mente con la interpretación de la naturaleza’.³⁶

Lo anterior despeja cualquier duda acerca de una cierta uniformidad en los criterios sobre los ecos de la “nueva filosofía” en La Habana. Las líneas directivas de la doctrina de Cousin no fueron, en todos los casos, comprendidas del mismo modo. La confusión teórica caracterizó a algunos de los jóvenes profesores, ilustrados liberales que profesaban hasta entonces las enseñanzas de Varela.

El por qué se había propuesto Víctor Cousin “estructurar” una “filosofía” con el nombre de eclecticismo es descubierto por José de la Luz y Caballero. El problema radicaba en desentrañar el verdadero sentido del concepto y hacia quiénes estaba dirigida esta “nueva filosofía”, proclamada como sistema de la época. Filolezes, en una de las cuatro respuestas-refutaciones a Tulio, enfatizaba:

“Es eclético el venerable señor Varela, el verdadero Descartes de nuestro suelo, que lo es en el legítimo sentido de la palabra, y lo era antes que el señor Cousin soñara en dar a luz su famoso sistema, o sea, proyecto de sistema. Eclético se llama el que escoge lo bueno y desecha lo malo de donde quiera que se presente”. Y añadía:

“En este sentido, y con razón, se jactaban de tales todos los filósofos modernos, y tanto que como llegó a ser distintivo general, ya se subentendía, aun cuando nadie lo expresase, y así se explica cómo el señor Varela, eclético siempre, no se apellidó tal sino en un principio, cuando venía al caso, para ponerse en contraste con los que todavía en nuestro suelo juraban en las palabras de un maestro. En otros términos, proclamarse entonces eclético, fue proclamar la ruina del principio de autoridad. Viene ahora al mundo un Cousin, diciendo que bajo el estandarte del eclecticismo trata de conciliar las opiniones antiguas con las nuevas. A esta promulgación protestaron todos aquellos que se habían distinguido con el mismo nombre, declarando que no los tuvieran por ecléticos en el nuevo sentido dado

36. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, ed. cit, t. III, pp. 37-38.

a esta palabra, que no era más que un medio encubierto para atacar ciertas doctrinas de suyo inexpugnable. (...) Es también eclético, en el sentido de escogedor; el inmortal Bacon de Verulamio, pero no lo es en el sentido de Víctor Cousin; ese Bacon, tan calumniado por toda su escuela. Verulamio no quiere destruir la razón humana, como tan neciamente se le acumula; lo que quiere es ponerle lastre, cortarle los vuelos, para que no se extravíe y caiga, no para dejar de remontarse y asegurar el acierto ...”.³⁷

Víctor Cousin acuñaba con un viejo concepto, una idea nueva y engañosa. Se apropió del término a partir de la traducción de la obra de Proclo, de la escuela de Alejandría, y proclamó la idea de “refundir los sistemas filosóficos y constituir con ellos otro más comprensivo que a todos abrazase”.³⁸ Sus derivaciones al encontrarse con la escuela metafísica alemana, que sugería sobre todo el estatismo social, significaron una franca usurpación del verdadero contenido del concepto eclético.

La historia de la filosofía verifica la antigüedad del concepto: refundir en una filosofía universal todas las filosofías existentes: sabeísmo de Zoroastro, creencias de Pitágoras y de Platón, paganismo griego y romano, politeísmo oriental, índico o egipcio, judaísmo y cristianismo. Desde Ammonio en el Oriente, Hermes entre los egipcios y Platón entre los griegos, hasta Plotino, Porfirio, Yamblico, Máximo, Proclo, Juliano, hicieron del eclecticismo “la doctrina de las doctrinas, la religión de las religiones”, una especie de sincretismo que se consumó durante siete siglos.

De modo que toda esta tradición universal subyacía cuando se reelaboraba en circunstancias históricas diferentes, el concepto que tantas implicaciones tendría no sólo en el plano del conocimiento, sino en el plano de la cultura y de la política.

El nuevo sentido que Cousin imprimió al término significó la conciliación de “opiniones antiguas con las nuevas”. ¿Pero cuál era el verdadero criterio de Cousin para discernir entre unas y otras opiniones? Con seguridad no consistía en el criterio de la ciencia como búsqueda de la verdad por medio del método experimental. Era la construcción de un “sistema” a partir de lo que intencionadamente negaba —las proposiciones fundamentales de la filosofía del siglo XVIII—, y lo que del mismo modo afirmaba: la psicología como sostén de toda filosofía para la construcción metafísica de las bases teóricas de la sociedad.

Los avatares del concepto en pugna explican el contenido ideológico que cada parte le introducía. En particular, pensamos que es importante describir aquí los diversos modos en que fue recepcionado el concepto. Resultaba natural que todos quienes pretendieran ser ecléticos se remitieran a la escuela helenística que acuñó este nombre. Pero el punto de

37. *Ibidem*, pp. 101-102.

38. *Loc. cit.* no. 33, p. 306.

conflicto radicó en los modos diferentes en que el siglo XVIII, por una parte, y el XIX, en la visión de Cousin por otra, lo interpretaron. Félix Varela, hijo intelectual del primero de esos siglos, lo asume y refunde para Cuba porque él contiene la esencia de un proceso de constitución de un método para las ciencias. En contraste con la definición de Proclo tomada por el francés, el cubano asume Potamón Alejandrino: “En el siglo IV de la Iglesia, Potamón Alejandrino estableció un género de filosofía más *libre*, que en cada uno buscaba la *verdad*, sin jurar en la palabra de ningún maestro y estos filósofos se llamaron eclécticos porque elegían *libremente* lo que juzgaban más cierto”.³⁹ En 1812 ya definía: “lo que la filosofía ecléctica pretende es que tengas por norma la razón y la experiencia y que aprendas de todos, pero no te adhieras con pertinacia a nadie”.⁴⁰ A poco que se busque se podrá encontrar el origen de la concepción vareliana en el Siglo de las Luces. John Locke y Voltaire, el uno con el *Ensayo sobre el entendimiento humano* y el otro con el *Diccionario filosófico*, apéndice de la *Enciclopedia francesa* de D’Alambert y Diderot, definieron el eclecticismo del siglo XVIII, el de la Ilustración, a partir de tres conceptos básicos: libertad, elección, verdad. A partir de ellos, y como uno de los aportes singulares de esa centuria, el eclecticismo se interpretó como la libertad de elegir en la búsqueda de la verdad. En la concepción de Voltaire sería así: “El ecléctico es un filósofo que, haciendo tabla rasa del prejuicio, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, en una palabra, de cuanto subyace a la multitud de los espíritus, ese pensar por sí mismo, remontase a los más claros principios generales, examinarlos, discutirlos y no admite más que bajo el testimonio de su experiencia y de su razón y de todas las filosofías que ha analizado sin prejuicio ni parcialidad, hacerse una particular y doméstica que le pertenece”.⁴¹ Por su parte, Locke afirmaría que

39. Félix Varela: *Lecciones de Filosofía*, Imprenta de Don Juan de la Granja, New York (1841), p. 5

Resulta de suma importancia para entender la diferencia entre Varela y Cousin, sus puntos de partida para valorar y asumir el eclecticismo. Mientras el cubano toma la definición de Potamón de Alejandría, realmente, según Diógenes Laercio, “introducir de una escuela ecléctica”, que no es otra que la originada en la etapa helenística de la filosofía; el francés se acoge a Proclo, un neoplatónico de la etapa inicial de la escolástica. Si Potamón declaraba la libertad de elección, Proclo ha pasado a la historia como “el mayor escolástico del neoplatonismo” (tomado de: Josep-Maria Terricabras: *Diccionario de Filosofía*, Editorial Ariel S. A., t. III, Barcelona, 1994, pp. 2862 y 2920).

40. Félix Varela: “Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños”, *Obras*, edit. cit., p. 3.

41. Paul Feulquié: *Diccionario del lenguaje filosófico*, Editorial Labor S. A. Madrid, 1967, p. 290.

“la libertad consiste en que seamos capaces de actuar o no actuar a consecuencia de nuestra elección”.⁴²

Esta ruptura con las autoridades, con la tradición escolástica, esta liberación del pensamiento y del hombre se convirtieron en la base del método para elaborar un pensamiento del conocimiento que también fuese emancipador de la sumisión de la sociedad y del país en la medida que encontrase el conocimiento de sí mismo. En este camino, y para precisar aún más este punto de partida de todo método de conocimiento, y con el objetivo de diferenciarse de otros contenidos que se daban al término, algunos autores utilizaron el concepto de electivo, pues la esencia se resumía en la libertad de elegir y no en el rebajamiento bajo el peso de la autoridad de normas y figuras. Es la libertad de pensar, el eclecticismo electivo, o con mayor propiedad o precisión conceptual, el electivismo coherente, consecuente con el reto que impone la naturaleza y con la libertad humana de ejercer su propia inteligencia en el desafío de lo desconocido. Por ello, el electivismo sentó sus bases en la no aceptación del principio de autoridad, negación que liberaba la capacidad racional del hombre, obligándolo hasta el agotamiento al ejercicio de la observación y de la experimentación de la naturaleza física y humana. Quizás, el mayor mérito del padre Agustín Caballero radicó en escoger el concepto electivo para sustituir el de eclético, evitando así la confusión que generaba el debate en el interior de un concepto tan amplio como ambiguo, pretencioso y pretendido, que intenta contenerlo todo, por lo que no define nada. Así, Félix Varela asumió el contenido efectivo del eclecticismo proveniente del siglo XVIII, reconceptualizado por Agustín Caballero, y lo convirtió en el arma más preciosa y precisa para construir un pensamiento nuestro, que por lógico, es también el pensar desde Nuestra América. Como ya se ha visto, Luz aclara por qué hubo un primer momento en la utilización del concepto eclético por Varela, pero enfatiza la diferencia esencial de contenido con la elaboración cousiniana. Lo que muchos no percibieron en su entusiasmo juvenil, lo comprendió Luz y Caballero desde las primeras propuestas de Cousin. Enemigo del pensamiento del siglo XVIII, al cual culpaba de todos los males, en especial de la Revolución, el pensador francés encontró en el concepto una fórmula con la cual no sólo alteró el contenido que le habían adjudicado las Luces, sino que proponía una modificación de toda la actividad intelectual del hombre.

Si el eclecticismo tuvo un centro teórico que le daría base a la doctrina espiritualista, éste fue la psicología. Desde comienzos del siglo XIX se produciría un enfrentamiento entre la ideología o ciencia de la producción de las ideas y la psicología o ciencia de las facultades del alma, según se

42. John Locke: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 234.

entendían en la época las dos doctrinas. La limitación más importante que tenían los contendientes estaba entonces en el propio desarrollo de las ciencias. Las que se denominaban ideología, psicología, fisiología, frenología, todas tomadas con la misma importancia, pero ponderadas o criticadas según tendencias, apenas tenían propuestas incipientes para un desarrollo ulterior de la epistemología y de las ciencias particulares. Incluso en algunos casos, como el de la psicología, sus derroteros más importantes pertenecerán al siglo xx —Pavlov, Freud, Jung y Lacan, por sólo citar algunos de los más relevantes—. Debe destacarse que la psicología estaba en función de otros contenidos meta o parapsicológicos. Por ello constituyó una de las armas fundamentales del espiritualismo ecléctico.

En el caso de la ideología, arma que desde 1818 Varela asume para la creación de su método y de su doctrina, sólo adquirirá en Europa una nueva dimensión muchos años después cuando Carlos Marx y Federico Engels la asumieron. A partir de entonces, tuvo una importancia extraordinaria llena de aventuras y desventuras que ocultaron el verdadero valor que representó para los fundadores del marxismo. La ideología, la ciencia que estudia la producción de las ideas, permitió a Marx y Engels entender las limitantes de su pensamiento anterior y romper las cadenas del idealismo o del materialismo que les precedieron; someter a una crítica de fondo a la que definieron como “la ideología alemana”. En manos de Marx y Engels la ideología adquirió una fundamentación mucho más profunda, y se convirtió en una propuesta más elaborada, rica y realista, no de la forma en que algunos la interpretarían con posterioridad, al simplificarla como ideología política. En Marx, la ideología consistía en los mecanismos que desde una totalidad social engendraban la totalidad de la conciencia, los mecanismos de la producción de las ideas, que desde la realidad social y el mundo de las ciencias, permiten elaborar el pensamiento, producir ideas, ejercitar y ejecutar el pensar:

De ahí su crítica al idealismo alemán en el binomio Ser-Conciencia y su modo de trascenderla al definir ese Ser y esa Conciencia como sociales: “La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparecen al principio directamente entrelazados con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se representa todavía aquí como emanación directa de su comportamiento material y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etcétera, etcétera; de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etcétera; pero los hombres son reales y actuantes tal y como se hayan condicionados por un determinado desarrollo de las fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponda hasta llegar a sus formulaciones más amplias. La

conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real y si en toda ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, ese fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como una inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico”.⁴³

Resultaba innecesario hablar de la certeza de la psicología, pues de lo que el hombre no podría tener nunca dudas era de la existencia de su mundo interno, que sólo él podría conocer, pero cuya complejidad necesitaba de una ciencia, la psicológica, con un grado de madurez tal que le permitiera la explicación de ese mundo interior. Con el desarrollo alcanzado por la psicología en esa época, esto no era posible, y Luz propondría, ante la polémica con Cousin, que el problema de la producción de las ideas se analizara a través de la ideología, la cual se centraba en el origen de las ideas y no en los mecanismos del entendimiento que las producen. Esto último sería la construcción de la ciencia de la conciencia que resultaría, de hecho, como conciencia individual, la negación del estudio de la naturaleza e incluso del conocimiento del hombre. Pero Luz no buscaba la construcción de una ciencia de la conciencia, sino de una ciencia toda del hombre, para lo cual se vale de los descubrimientos de todas aquellas especialidades que contribuirán a ella y muy en particular de la fisiología y la frenología. Su finalidad se resumía en la formación, sí, de una conciencia general, crítica y formadora, única vía que conduciría a la constitución de la verdadera ciencia. Habría que señalar que, a pesar de tener las ciencias de la época un desarrollo emergente todavía, Luz no perdía lo esencial del camino de la ciencia para fundamentar un conocimiento y una sociedad nuevos: “Así esta misma guerra prueba que la ciencia de la conciencia no se puede levantar sólo sobre la conciencia propia individual ...”.⁴⁴

En “Victor Cousin. Esta sí es la verdad”, Luz develaría los tres fines esenciales del eclecticismo cousiniano: el epistemológico, el social y el político: “Careciendo por sí mismos de una filosofía y habituados a considerar la del siglo dieciocho como materialismo, cabalmente porque no la habían comprendido sino como psicólogos, pretendieron intervenir generosamente entre el sensualismo y la teología: hicieronse pues espiritualistas, pero espiritualistas racionalistas y a esto llamaron eclecticismo.

”Veíanse colocados entre el Antiguo Régimen y la Revolución, y no se decidieron por uno ni por otro; pero trataron de arreglarse con ambos; y llamaron a esto eclecticismo.

43. Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana*, Edic. Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 25.

44. *Loc. cit.* no. 33, p. 106.

”Encontrábanse entre la Monarquía y la República y forjaron una teoría de estos dos gobiernos ayuntados; y llamaron a esto eclecticismo.

”Y viendo que tenían una palabra que se amoldaba portentosamente a su situación en todas materias, se les pasa en la cabeza, que esa palabra omni-cuadrante era por sí y ante sí toda una filosofía”.⁴⁵

La crítica de Cousin fue en Luz, la defensa del método electivo coherente experimental racionalista. Éste no era posible aplicarlo a partir del Yo individual: “Tan cierto es que en la investigación del origen y causa de las cosas se cifra el verdadero, único medio de constituir la ciencia como tal, que aun cuando por él mismo no llegáramos jamás al suspirado origen, precisamente hemos de adelantar en el conocimiento del objeto, siendo así que no podemos remontarnos a la causa de un solo vuelo, sino por los escalones de los efectos ...”.⁴⁶

Fue así como Luz percibió lo más constructivo del pensamiento moderno y enarboló el principio de la investigación por encima de la erudición, de la especulación, para constituir la verdadera ciencia.

En 1833, cuando proponía en la Sociedad Patriótica el método-proyecto que contenía la reforma en la enseñanza de hacer preceder —no preferir, que es otra la interpretación—, los estudios de física a los estudios de lógica en los cursos de filosofía, estaba convencido de que la única vía para formar profundos pensadores consistía en iniciarlos por el conocimiento de la naturaleza, de más fácil entendimiento, y entrenarlos, al mismo tiempo, en la asimilación de una lógica que de modo natural pudiera brotar de ese estudio.

Una vez robustecido el intelecto estaría el alumno apto para el estudio de las ciencias intelectuales. Los argumentos básicos de su tesis fueron: “primero es observar que deducir; primero es recibir impresiones que reflejarlas; primero es ser niño que hombre; primero es crecer que madurar; primero es andar que explicar la marcha ...”.⁴⁷

De importancia capital resultó la discusión suscitada en la polémica alrededor de los métodos que debían seguirse en la construcción de las ciencias y de la enseñanza. El camino quedaba despejado, para quienes lo entendieran, de una ciencia en construcción, siempre en construcción; de un método para crear un método, obligadamente en desarrollo; del proceso de entendimiento del hombre todo, objeto y sujeto del conocimiento, genérico y específico a la vez; y, en ese todo, no “divino” como el de Cousin, sino humano, sin ser “demasiado humano”, el descubrir los destellantes fulgores de una sociedad en brotación volcánica. En síntesis, *la idea cuba-*

45. *Ibidem*, p. 290.

46. *Ibidem*, p. 111.

47. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, ed. cit., t. I, pp. 39-40.

na, como definió a Luz uno de sus alumnos, José M. Mestre. Sólo el espíritu electivo, tal y como lo entendían José Agustín Caballero, Félix Varela y José de la Luz podría construir un pensamiento propio sin rebajamiento ante autoridad alguna, divina o humana, cierta o no.

La doctrina: el espiritualismo o la ontología embozada y desembozada

El espiritualismo, palabra que acuñó Víctor Cousin en el Prefacio de su obra *Du Vrai, du Beau et du Bien*, se definía como la doctrina que practica la filosofía como análisis de la conciencia. En negación a un sensualismo ridículamente reducido y a una ideología subestimada, los espiritualistas explicaban su doctrina como aquella que pretende salvar el espíritu del hombre; salvar el espíritu desde la interioridad de la espiritualidad. Veamos las palabras del propio Cousin: “Nuestra verdadera doctrina, nuestra verdadera bandera es el espiritualismo. Esta filosofía tan sólida como generosa, que comenzó con Sócrates y Platón, que el Evangelio difundió en el mundo, que Descartes expuso en las formas rigurosas del genio moderno, que en el siglo XVII fue una de las glorias y una de las fuerzas de la patria, que pereció con la grandeza nacional en el siglo XVIII y que, a principios de este siglo, Royer Collard rehabilitó en la enseñanza pública, mientras Châteaubriand y Madame de Staël la transportaron a la literatura y al arte... Esta filosofía enseña la espiritualidad del alma, la libertad y la responsabilidad de las acciones humanas, las obligaciones morales, la virtud desinteresada, la dignidad de la justicia, la belleza de la caridad y fuera de los límites de este mundo muestra un Dios, autor y modelo de la humanidad que luego de haberla creado, evidentemente con una excelente finalidad, no la abandonará en el desarrollo misterioso de su destino. Esta filosofía es la aliada natural de todas las buenas causas. Sostiene el sentimiento religioso, secunda al arte verdadero, a la poesía digna de este nombre, a la gran literatura; es también sostén del derecho, rechaza por igual la demagogia y la tiranía, etcétera”.⁴⁸

Resumida así, la doctrina del espiritualismo se autovaloró como “la aliada natural de toda buena causa”, y por tanto, como el centro de todos los valores morales, políticos, sociales y religiosos que tenían como sustento la tradición. La conciencia se consideraba entonces en una relación del alma consigo misma, del hombre interior o espiritual con sus facultades. En esta acepción, el espiritualismo tenía un doble contenido: *el moral* o la posibilidad del hombre de *autojuzgarse* y *el teórico* o la posibilidad de *conocerse* de manera directa e infalible. Desde el punto de vista del conocimiento es el individualismo gnoseológico. Pese a su alegato

48. Víctor Cousin: *Du Vrai, du Beau et du Bien*, Didier, París, 1853, p. 8.

socrático-platónico, es muy difícil asociar la visión griega de la introspección que permite llegar a otro tipo de totalidad externa con esta doctrina tan del siglo XIX, que se debate entre modernidad y antigüedad; entre ciencia como estudio de la naturaleza o ciencia del ser al estilo de la escolástica tardía.

Si bien este eclecticismo fue resultado de la crisis francesa, tanto política como intelectual, el espiritualismo adquiere sus perfiles definitivos en el encuentro de Cousin con el idealismo alemán, y en particular con Jorge Guillermo Federico Hegel, quien expresó su admiración por el joven francés.

La principal idea de los filósofos alemanes, que Cousin consideraba como un descubrimiento determinante, consistía en la impersonalidad de la razón humana. Según Cousin “la razón es en cierta medida el puente entre la psicología y la ontología, entre la conciencia y el ser; descansa al mismo tiempo en una y en otra parte”.⁴⁹ De esta forma invertía la concepción de los ideólogos, la cual establecía esa misma relación entre la materia, la idea y la conciencia. En esta inversión Cousin crearía su mágica fórmula sobre la cual descansaría todo el andamiaje teórico de su pensamiento, la relación entre el yo, el no-yo y Dios: “desde el primer hecho de la conciencia, la unidad psicológica en su triplicidad se encuentra, por decirlo así, frente a la unidad ontológica en su triplicidad paralela”.⁵⁰ Es decir, lo finito, lo infinito y su relación. No escaparía a un agudo observador que consciente o no, la propuesta de Cousin no era sino un enmascaramiento filosófico de un principio teológico, con lo que, consciente o no, sólo redescubriría a Santo Tomás de Aquino, asociándolo con San Buenaventura. Sólo que este camino era mucho más limpio y sincero en los teólogos que en esta falsa y pretendida filosofía. El haber escogido el camino de Hegel, en el mejor de los casos, convertía a la filosofía, o más bien, a la falsa filosofía, en un complemento innecesario de la teología; Únicamente para uso y abuso de los eruditos de mala conciencia que preferían llamarse filósofos antes que teólogos.

Dios aparecía aquí como sustancia y causa del mundo, porque el mundo “sólo puede existir en una sustancia y por una causa”.⁵¹ El problema de Dios será, en las lecciones de Cousin, un problema repetido y sostenido. Su Dios era, a la vez, verdadero y real, sustancia y causa —siempre sustancia y siempre causa, solo sustancia en tanto causa, y solo causa en tanto sustancia—. Resultaba la causa absoluta y hegelianamente la Idea Absoluta. Dios era uno y varios, eternidad y tiempo, espacio y número,

49. Patrice Vermeren: *Victor Cousin. Le Jen de la Philosophie et de L'Etat*, Editions LHermattan, París, 1995, p. 145.

50. *Ibidem*, p. 148.

51. *Loc. cit.* no. 48, p. 14.

esencia y vida, individualidad y totalidad; Dios era también principio, final y mitad; la cumbre del ser y también, su grado más humilde; finito e infinito y, por fin, triple a la vez: Dios, naturaleza y humanidad. Cousin afirmaba que “si Dios no lo es todo, entonces no es nada”.⁵² De aquí se derivan tres necesarias conclusiones: a) en un primer nivel es esencialmente panteísta; b) en un segundo nivel es esencialmente ontológico y no gnoseológico, y c) en un tercer nivel es lo incoherente en lo absoluto, pues su conclusión es que Dios lo es todo, pues la nada no es.

La razón es la facultad de lo infinito. Los sentidos y la conciencia son sólo facultades de lo finito; pero los sentidos y la conciencia no pueden producir ideas sin la razón; por su parte, la razón no puede concebir las ideas que están en ella sin las facultades discursivas. El hombre entero está en cada fenómeno del hombre —sensación, inteligencia, voluntad—; la inteligencia está toda en cada fenómeno intelectual, en los sentidos, en la conciencia, en la razón; la unidad del hombre está en su trilogía básica, lo finito, lo infinito y su relación. En consecuencia, su objetivo en psicología, metafísica, historia o política consiste en descubrir la unidad en la variedad y la variedad en la unidad. Si ésta resultaba ser su doctrina, ¿cómo puede hablar de una conciencia que expira y de una razón que abarca las verdades eternas sin ninguna intervención del yo y de la conciencia? Estamos, entonces, ante un hombre que por el camino del racionalismo ha llegado a la mística: “sólo del pensamiento de Dios se puede decir que el pensamiento es el pensamiento del pensamiento”.⁵³

La frase, “tengo que iniciarlo todo por un acto de fe o refugiarme en el escepticismo”⁵⁴ no era otra cosa que la colocación de nuevo, del pensamiento en dependencia de la religión.

Frente a las propuestas del espiritualismo ecléctico Luz y Caballero tendría que definir las vías más certeras para alcanzar el conocimiento, que no eran precisamente las que enfatizaban los seguidores de Cousin: el método ecléctico-racionalista, el cual sólo conducía a reivindicar los viejos dogmas, a crear otros no menos anodinos y peligrosos y a legitimar; junto al estatismo gnoseológico, el inmovilismo social. La enseñanza cubana corría el riesgo de ser penetrada por un método limitador e imitador; y con ella, el peligro se extendería a la sociedad en su totalidad. El método experimental racional constituía el camino útil para Cuba, no el de la ontología. No bastaron a Luz los trece artículos dedicados a la cuestión del método publicado en los periódicos la *Gaceta de Puerto Príncipe*, y el *Diario de la Habana*, sino que dedicó un apartado que titulara la *Ontología embozada y desembozada*, el cual reprodujo después, al publicar la *Impugnación a*

52. *Ibidem*, p. 14.

53. *Ibidem*, p. 16.

54. *Ibidem*.

Cousin en el año 1840, y que con toda justicia puede considerarse pieza magistral del pensamiento teórico cubano.

Incluso en la nota 33 de la citada Impugnación, Luz reconoce la crítica que sobre la ontología hiciera Varela en *Lecciones de Filosofía* (1818), y *Miscelánea filosófica* (1819) y al final se preguntaba:

“¿Y es posible que fueran tan poco profundas las raíces que entre nosotros echaron estas saludables doctrinas, que hayan podido conmovirse al primer soplo de esa hojarasca trasladada a nuestro suelo por el tamiz (pues ni original es) de la nueva filosofía eclectic-gállica? Más honrosa habría sido sin duda para la ilustración de nuestra patria el que en ella no hubiesen encontrado un solo eco, opiniones tan estrafalarias, que arroja lejos de sí el rigor de la ciencia. Por esto mismo nos podrá servir de lección para inculcarnos la necesidad de tener siempre encendida la lumbre del verdadero saber; porque desgraciadamente nunca falta en una sociedad, aun cuando sea de las más ilustradas (que todavía no es de éstas la nuestra) quien intente apagarla o amortecerla, so pretexto de alumbarnos mejor”.⁵⁵

Si con toda legitimidad se sostiene la tesis del derrocamiento del sistema escolástico en Cuba por el Padre Fundador, Félix Varela, no menos genuino resulta el hecho de que Luz y Caballero fue quien más profundizó en la crítica a la ontología y la metafísica de la época. No hay dudas de que las circunstancias de la Polémica lo obligaron a ahondar un camino que su maestro ya había trazado con certeza. La base esencial de su crítica consistió en demostrar que todo conocimiento procede de la naturaleza física y social. La imposibilidad de la construcción de un conocimiento *a priori* de la realidad radicaba para Luz en que todo conocimiento se debe basar en la experiencia. A partir de la observación se desenvuelve todo el proceso gnoseológico para llegar a la verdad. La especulación metafísica se reduce a construir las cosas con las palabras, subvirtiendo las abstracciones en realidades, interpretando como realidad entitativa lo que sólo tiene una realidad fenoménica. Luz comentaría en su *Impugnación a Cousin*:

“¿Pero, quién había de decir a nuestro verdadero civilizador, a nuestro ilustre Varela, cuando desde el año 1816 descargaba aquellos mortales golpes a la pretensora ciencia de la Ontología, que había de volver a levantar cabeza entre nosotros, porque le plugo resucitarla como por ensalmo a un nuevo metafísico delirante allende el mar con el prestigio de su puesto y de su palabra?”.⁵⁶

Así demostraría Filolezes que la ontología no podía ser constituida ni a través del ente común ni del Ente por excelencia. No tiene sentido alguno erigir una ciencia del ser en cuanto ser. A esto opondría la investigación

55. *Loc. cit.* no. 32, p. 180.

56. *Ibidem*, pp. 178-179.

para conocer la diversidad dentro de la realidad natural y social. Sería absurdo reducir el conocimiento todo al rasgo elemental de la existencia. Por otra parte, la pretensión de una ontología sobre el Ente por excelencia derivaba necesariamente en una “teología natural” o ciencia de Dios, limitada a afirmar que Dios existe, pero de cuyas propiedades y atributos no tendríamos jamás noción. Comentaba al respecto:

“Tal es, en efecto, la propensión, la ley del alma humana, que todo hombre se figura o concibe al Ser supremo, según los datos o modelos que le ofrece la misma naturaleza o su propio entendimiento, fingiéndoselo muy corporal el hombre salvaje, y muy espiritual el civilizado, cada cual a imagen y semejanza de sus concepciones. Luego no es posible en lo humano formar una ciencia del ente en cuanto ente, sea por el rumbo del universo, sea por el rumbo de su hacedor. Ni aun la misma existencia de Dios, que sería en todo caso el fundamento de la Ontología, es, ni puede ser, inducción o deducción de esta pretendida ciencia, tal vez que aquella gran verdad fundamental es filosóficamente el resultado de la misma observación del hombre y del universo”.⁵⁷

No existía en la concepción de Luz ninguna forma posible de conocer a Dios, sólo de tener una idea de su existencia por la “contemplación del mundo exterior”. La propia naturaleza revelaba la existencia de Dios, causa primera del universo, pero sólo por el principio de inducción podía constatarse este hecho. La cuestión no se trata aquí por incidencia, sino que es la conciencia exacta de que para Luz y Caballero ni la idea de Dios escapaba a la observación, por tanto a la relatividad de los conceptos. O sea, como Dios era el creador de toda la naturaleza, mediante el conocimiento de ésta se intuye a Dios, al cual sólo es posible, según Luz, adorar. Desde esta perspectiva Luz criticaría el panteísmo, implícito también en Cousin, porque “Dios no es el universal ni tengo que ocuparme en la cuestión de los universales para hacer aplicación a él (...) los universales no existen sino como expresión de los individuos. Dios es el creador; la causa primera”,⁵⁸ y no puede confundirse la causa con la consecuencia. De esta forma, Luz se proyectaba, en el claro estilo de la Ilustración, como deísta.

Si algún distintivo llenaba al espiritualismo de una atractiva y engañosa belleza, ésta venía dada en su propio nombre. Como doctrina del espíritu se planteaba rescatar su cualidad, es decir, la espiritualidad. De aquí el valor que tenía para la literatura y el arte como expresión sublimada de la interioridad del hombre. Presentaba a la corriente que acusaba de materialista como la incapacidad, esencialmente cultural, de poder adentrarse y cultivar toda la amplitud del yo interno. La argumentación resultaba endeble, porque la vía recorrida por hombres como Varela y Luz partía de la

57. *Loc. cit.* no. 36, pp. 289-290.

58. *Ibidem*, p. 98.

búsqueda total del hombre y de la realidad. La sensibilidad era, por tanto, la capacidad infinita del hombre de contemplar, sentir, sublimar, soñar y reelaborar desde su subjetividad lo objetivo del mundo que contempla, tanto en la riqueza externa como interna. Ese espíritu de contemplación, que va desde lo observado a lo experimentado, crea —creación también— lo humano, que no es lo divino, por lo que, cultiva el sentimiento y el espíritu desde una sensibilidad elaborada por sí misma. Una sensibilidad humana y natural, abstracción de lo vivido, no individualidad encerrada en sí misma, sino cultivo del espíritu desde lo total existente para una espiritualidad que sólo es resultado de la relación del yo, del tú y del él, del nosotros, de lo objetivo en lo subjetivo y de lo subjetivo en lo objetivo. Pluralidad de lo plural, no como doctrina, sino como realidad.

Si se escudriña un poco en el trasfondo del espiritualismo cousiniano, no quedarán dudas de que se trata de un retorno de la teología en la concepción de la unidad absoluta más allá de lo que habían elaborado las escuelas alejandrina y eclectica; un retorno a la doctrina de la creación, e incluso de la creación *ex nihil*. Aún asombra la forma en que imita al pensamiento medieval tan tardíamente; para Cousin existía una ciencia divina que era perfecta, y una ciencia humana que era finita y progresiva. Consecuente con su hegelianismo iniciaba la historia de la humanidad por la historia del pensamiento.

Para Cousin la intuición espontánea de la verdad provenía tanto de la religión, como de la poesía y de la filosofía. Esta conclusión trajo consecuencias de profundo y largo alcance en nuestro país y en toda América Latina, donde Cousin encontró entusiastas continuadores por razones metafilosóficas; si la verdad puede intuirse de las tres formas, con una de ellas basta: faltos de teólogos y en ausencia de filósofos, el poeta asumió la función de recreador estético de una verdad inmanente que expresa con el corazón lo que la razón le propone, sensibilidad limitadamente racional; sensibilidad y no sensaciones, que no pocas veces resultó sensiblería patriotesca, romántica y racionalmente insuficiente. Nació un cierto desprecio al ensayo social y teórico en contraste con la recreación de un gusto poético, que pretendió cubrir el espacio de una verdadera filosofía.

Ante el peligro que entrañaba para la sociedad cubana la sustitución de la reflexión teórica por el gusto estético-contemplativo de la realidad, Luz y Caballero definirá el papel de la filosofía en el Elenco de 1840. A diferencia de las diversas acepciones del concepto de filosofía que habían primado —“cualquier conocimiento adquirido por la razón”, “el por qué de la ciencia: la filosofía de las matemáticas, de la jurisprudencia, etcétera”, el “estudio de las facultades”, o “el estudio de los diversos sistemas filosóficos que han reinado en la historia de la humanidad —Luz precisaba el concepto de filosofía como “un sistema de doctrinas o dogmas que así se ocupa de la exposición de las leyes del hombre y del universo, como en la práctica de

sus pensamientos o acciones” y que “todo sistema que aspire al nombre de filosofía ha de ofrecer respuesta plausible a esta triple pregunta: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Y ¿a dónde vas? (...) problema siempre renovado (...) que presenta la humanidad”.⁵⁹

Esta concepción general de la filosofía, a la manera de los antiguos, Luz la opondría a la especulación metafísica que “toma por realidades las abstracciones” y no conduce jamás al conocimiento del hombre y del mundo. Es necesario subrayar que si la Escolástica utilizaba el término sustancia para referirse a la realidad, el concepto naturaleza lo reemplaza con la recepción del pensamiento moderno en Cuba. Varela se proponía significar con naturaleza toda la realidad física y social, corporal y espiritual, lo que lo distanciaba irremisiblemente de la especulación, porque es de ella, de la propia naturaleza, de donde nacen las ideas. No puede perderse de vista esta derivación básica de la emancipación del pensamiento para la creación de una cultura del pensar.

Sólo mediante de la investigación —enfaticaba Luz— se podrían “vencer las dificultades que ofrecen la naturaleza y la sociedad” y era esa precisamente “la primera ocupación del filósofo”. Al constatar el espíritu que animaba a la clase de ciencias morales del Instituto de Francia en 1803 en relación con 1830, cuando se produjo un viraje del estudio de la influencia del hábito en las facultades intelectuales a la averiguación de la autenticidad y contenido de las obras de la filosofía antigua, Luz destacaba la diferencia entre la investigación y la erudición; a dónde conducían cada una en el camino del conocimiento y la validez práctica que representaban para comprender las realidades naturales y sociales. Esto, sin dudas, resultaba de vital importancia si se quería plantear, en rigor, la esencia misma de la filosofía. Así, con ese tono concitador, característico de sus artículos, se referiría a los textos de los filósofos de la antigüedad como “precisos, bellos en sí mismos, y que yo me deleito en leer y releer su resolución, pero esto no es rigurosamente filosofía, sino filología; aquello es investigación, esto erudición, que también se dirá que es investigación, pero no en el campo en que se halla la ciencia actual, a quien toca fecundar y derramar sus luces sobre las indagaciones eruditas y anticuarias, todo es filosofar, porque todo es discurrir; pero hay problemas muchos, infinitos que resolver pertenecientes a lo que llamamos filosofía propiamente dicha ...”.⁶⁰

De esa manera, sugería a la juventud el estudio de las matemáticas, química, física, fisiología, y la alertaba a no dejarse influir por las concepciones de la escuela pseudo-ecléctica de Víctor Cousin. Pero esto sólo resultaba posible imprimiéndoles el espíritu de investigación, de búsqueda

59. José de la Luz y Caballero: “Elenco de 1840”, *Elencos y discursos académicos*, ed. cit., pp. 151-152.

60. *Ibidem*, pp. 153-154.

de la verdad con el aliento de “you are nothing, if you are not critical”, (nada eres si no eres crítica) palabras de Shakespeare que Luz hace suyas. Le advierte que “... La filosofía de Filolezes consiste en predicar a sus alumnos que la filosofía de los puramente metafísicos no es ni merece el nombre de tal; y poco ha de poder él, en esta patria para quien vive él y respira. Ataca a los filósofos de nuevo cuño: por su progreso, por su mejora trata de quitar del medio cuanto se opone a tan noble marcha, que esté en su débil brazo; y por su progreso y mejora, y por evitar su deshonor, levanta la voz para denunciar ante la opinión pública a cuantos escritores incapaces se arrojan el derecho de dirigirla y vilipendiarla ...”.⁶¹

En Luz, el punto de partida y referente más cercano fue, sin dudas, su maestro Félix Varela. Pero como buen discípulo —en todo lo que entrañaba el despojo de autoridades y un método para pensar desde todos los referentes posibles, que la realidad podía, además, hacer estallar desde lo complejo de su dinámica interna—profundizó y amplió la concepción vareliana de “toda filosofía es natural”, que implicaba desterrar de la reflexión teórica aquello que se resumía en “los filósofos dicen lo que creen, no lo que ven”. A partir de ahí, la filosofía tendría un norte real, y no se perdería en especulaciones inútiles que conllevaban inevitablemente al abandono de todo intento real de conocer, explicar la sociedad cubana.

De aquí que el concepto de teoría —concebida por Luz—fuera la resultante directa del método de la filosofía: “... rigurosamente hablando no deberíamos decir que la teoría está en pugna con la práctica, sino más bien que es incompleta o falsa, si no abraza los hechos que debe comprender; o lo desfigura a su tamaño, pues la teoría no debe ser más que la expresión general o clave que a todos los hechos encadena. Pero no es posible que la razón humana descubra desde un principio, no ya los hechos todos, que esos se revelan a sí mismos, y los revelan las circunstancias o los arranca el ingenio a la misma naturaleza, pero ni aun las relaciones de los hechos: luego hasta en sus mismas teorías ha de ser forzosamente progresiva. Con sobrado fundamento, pues, habló el que dijo que los hechos eran más preciosos cuando contradecían que cuando confirmaban, doctrinas recibidas, no siendo en rigor nuestras teorías más que unas aproximaciones al conocimiento real de las cosas”.⁶²

El núcleo central sobre el cual giraba la relación teoría-práctica, lo que le daba sentido, era el patriotismo. El por qué y el para qué de la filosofía se definían a través de él. Sus interrogantes giraban en torno a hacerlo efectivo. Lo esencial de la teoría estaba dado en la realidad que interrogaba, en la práctica que le daba contenido y a su vez la contenía. O sea, la propuesta teórica tendría total coherencia con la realidad, porque se pensaba esta

61. *Loc. cit.* no. 29, p. 14

62. *Loc. cit.* no. 47, p. 266.

desde su naturaleza profunda, y no se violentaba a partir de un esquema teórico elaborado sobre la base de las ideas por las ideas mismas.

No adelantamos nada en el conocimiento del pensamiento teórico cubano si reducimos su comprensión a la contraposición idealismo-materialismo. Fue mucho más. Porque también fue otra la realidad. No fueron escasas las circunstancias en las cuales Luz se valió de los argumentos idealistas de un Leibniz o de un Kant, por ejemplo, para refutar los juicios sobre la conciencia y la construcción de la ciencia misma. Contraer su posición a un sensualismo materialista sería perder en la clasificación la riqueza de matices que caracterizaba la búsqueda perenne de un instrumental teórico, el cual se probaba y modificaba incesantemente en la comprensión de la realidad. De todo se nutría Luz, e invitaba a sus discípulos, a apropiarse de cuanto existiera en el acervo cultural de la humanidad sin perder nunca la orientación de las investigaciones a partir de los hechos reales, fundada en el espíritu de observación. El principio de la libertad de elección constituía el punto cardinal de su filosofía para la construcción de una teoría emancipativa, la cual sólo tenía de exclusiva y excluyente la liberación misma del hombre, que es decir, del pensamiento y de la sociedad.

De la doctrina moral de las elites al universo moral del procomunal

Las doctrinas morales son expresión del modo en que se socializa la concepción teórica del hombre, la sociedad y la trascendencia. Si los filósofos habían introducido la diferencia entre moral y ética, la primera basada en la dogmática religiosa y la segunda en los principios axiológicos del pensamiento filosófico, la doctrina moral de Cousin tendía a borrar esta frontera para crear una moral ética más que una ética moral. Ya algunos críticos señalaban que existía un punto grave en la concepción cousiniana: lo que él llamó la *absolución del éxito*.

Esta teoría estaba vinculada con la de los *hombres necesarios*.

Entonces, ¿cómo conciliar la doctrina del deber, que es con tanta frecuencia la doctrina del sacrificio, con la absolución del éxito? Y he aquí lo más grave, ¿cómo separar el éxito de la fuerza? Fue el mismo Cousin quien pronunció las palabras más nefastas al respecto: “hay que perdonarles a los héroes el escalón de su grandeza”, y estas otras: “no hubo ningún vencido en Waterloo”. En esta última frase como manera de objetivar la relación entre éxito-fracaso o entre historia-valores, quiso decir que el Napoleón de aquella batalla famosa, ya no era Francia, ya no la representaba. ¿Por qué? Pues porque ya no tenía la *fuerza* suficiente para gobernarla; ya no es él, y por tanto, ya dejó de ser grande. La fuerza es, por tanto, la fuente del poder; de la gloria y del éxito. ¿Podía haber una doctrina

más tentadora para los caudillos latinoamericanos, convertidos en dictadores, que ésta de la razón, del éxito, de la fuerza y del papel del hombre en la historia? ¿Es esta versión hegeliana de la doctrina histórica y moral la que justifica, con un carácter divino, la acción política y social? No hay dudas que el no pensar cousiniano, la cultura recreativa y la formación de las élites —elite en tanto cultura de elite y cultura para la elite—, constituyen un todo que podía hacer derivar el camino del pensamiento en América Latina hacia la ponderación de los elementos que permitieron constituir esa elite, que hicieron posible a una oligarquía económica llegar a la plenitud de una elite cultural con la buena conciencia de su formación moral que justificaba el empleo de la fuerza y ratificaba sus pretensiones hegemónicas.

Víctor Cousin —no tanto por la originalidad de su sistema como por la inteligencia que tuvo para percatarse de las necesidades gnoseológicas, culturales y políticas de un tiempo que necesitaba reflexionar sobre una experiencia que no había dado los frutos que se habían esperado— pudo ofrecer lo que la naciente burguesía, todavía carente de la cultura suficiente sobre sí misma, necesitaba para reorganizar la sociedad y los fundamentos teóricos que la sustentaban. Pero Cousin pensaba desde una crisis; desde un tiempo histórico en que casi nada era claro. No obstante, tuvo a su favor lo que otros en Cuba tendrán en la segunda mitad del siglo XIX: una oratoria brillante con poca originalidad en las ideas, que atraía a las muchedumbres, mientras que los pensamientos que expresaba se dirigían a la elite para ofrecer la organicidad de que carecía en tiempos de crisis. Se dejaba llevar por su gusto de orador, por las fórmulas brillantes al discutir sus ideas a tal punto, que durante mucho tiempo se le consideró irrefutable, aunque hoy, ya pasado de moda, apenas si se sostienen sus endeble columnas.

Los partidarios de Cousin en Cuba, al simplificar la concepción lucista de la filosofía del siglo XVIII —según su visión y versión— entendida ésta como un exclusivismo estéril cuyas consecuencias esenciales eran el egoísmo en la moral y la anarquía y disolución de la sociedad en la política, también tuvo derivaciones importantes en las interpretaciones de los partidarios del eclecticismo cousiniano sobre la ideología, la moral y los destinos de la sociedad colonial, en general. Comprendían así a la ideología como enseña del siglo XVIII, una vez que la psicología era la ciencia dedicada al estudio de las ideas al modo en que éstas se producían, a esa actividad del alma, que negaba la concepción sensualista y que el espiritualismo francés reivindicaba en el siglo XIX por medio de la resurrección del sentimiento religioso, del rescate de la inmortalidad del alma.

Luz concebía la espiritualidad emanada del conocimiento de la naturaleza física y social, proyectada hacia un debe ser de la sociedad; la creación de valores esenciales que nos identificaron en el universo de pueblos y

naciones. Por ello, cuando lo hacían coincidir con un sensualismo extremo que negaba el espíritu y cuyas consecuencias morales eran nefastas, argumentaba que “sensualista en filosofía no quiere decir más que un hombre que atribuye el origen de todas las ideas que forman el alma, a la experiencia, o sea, los resultados de la acción de los sentidos internos y externos presididos por el espíritu; ortodoxa doctrina autorizada por la iglesia universal, que nada tiene de herética, ni de *sapiens haere sim*. ¿Quién me habría de decir a mi (...) que me había de ver en la culta Habana, casi mediado el siglo XIX, rechazando las notas de incrédulo e inmoral, con que también trataron de manchar hace 20 años (...) ¡oh ilustre Varela! Tu inmaculada reputación? ...”.⁶³

Su concepción de la moral —sujeta sin dudas al método experimental-racional de conocimientos— partía del rechazo de las ideas preexistentes, cuya consecuencia directa consistía en no considerar a la moral, universal, sino condicionada por la naturaleza de los diversos pueblos de acuerdo con su grado de civilización. La ley del deber, que tanto preconizaban en La Habana los seguidores del espiritualismo francés, Luz la sometería también al crisol de la experiencia particular de cada nación. Se preguntaba: “¿Cómo puedo yo saber lo que es el deber, si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta exigencia de las circunstancias en lo que se cifra el orden y concierto del mundo moral?”.⁶⁴

Una pregunta quedaba implícita en la reflexión de Luz: ¿hacia quién iba dirigida la ley del deber?, se encaminaba ésta al bien general o procomunal, como aclararía en la polémica para ahorrarse inútiles altercados. Allí dejaba sentado que no existía contradicción alguna entre la ley del deber y la máxima de la utilidad en la moral, si se entiende por útil, no el interés, sino el bien general. Uno era el precepto, y la otra, la teoría. De esta manera, echaba por tierra los esfuerzos de los cousiniano, en la Isla por identificar teóricamente la moral utilitaria, o sea, la moral regida por el principio de la utilidad, y la moral del interés, legítima herencia, según ellos, de la escuela sensualista.

Si bien Luz bebió de una de las más importantes fuentes teóricas —con relación al principio de la utilidad en la moral— de la época: Jeremías Bentham, no quedó atrapado por su propuesta —lo que no sorprende—, aclarando que el principio de la utilidad “no es el que siempre gobierna a los hombres, sino el que debe gobernarlos: nueva prueba de que se había confundido el hecho con el derecho ...”.⁶⁵

En este sentido consideró a Bentham “falta de observación y de fisiología cuando afirmaba que la utilidad era el móvil de todas las acciones huma-

63. *Loc. cit.* no. 29, p. 176.

64. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, ed. cit., t. II, pp. 190-191.

65. *Ibidem*, p. 188.

nas sin exceptuar una ...”⁶⁶ pues no tuvo en cuenta otros mecanismos que funcionan en el individuo: impulsos e instintos, que —aunque de modo primario— determinan también sus acciones. La ciencia, decía Luz debe saber distinguir entre lo que es y lo que debe ser.

De acuerdo con estos fundamentos lucistas, el sistema de la sociedad no podía ser otro que el plan de la naturaleza propuesto por Varela, “que todo ceda a la utilidad del mayor número, y hasta con detrimento de la utilidad individual ...”⁶⁷ Fomentar el espíritu público, ilustrar sobre las cuestiones más importantes que tenían que ver con el progreso de la sociedad constituyó la divisa esencial de Luz y Caballero. Al referirse al Diario de gobierno comentaría: “... raro es el día que no brilla con alguna comunicación importante sobre agricultura, industria popular; comercio y cuanto puede interesar al procomunal, y esta al alcance de todas las clases de la sociedad, cuya ilustración y mejoramiento es el primero y exclusivo anhelo de cuantos contribuyen principalmente con sus comunicados al Diario de gobierno, así por ser el vehículo por donde pueden lograr más difusión las ideas útiles ...”⁶⁸

Pero, este fin no fue nunca afín a quienes en Cuba se apropiaban de las tesis cousinianas para legitimar toda una tendencia elitista dentro de la burguesía criolla. Antes bien, la propuesta de Cousin sobre las dos doctrinas: una para los filósofos, para los escogidos y otra para el pueblo, encajaba de buen grado en sus aspiraciones como clase, cuyo objetivo consistía en mantener el poder político establecido en la Isla. En su curso de 1825 declaraba Cousin: “Habrà siempre masas en la especie humana y no hemos de empeñarnos en descomponerlas y disolverlas de antemano. La filosofía está en las masas bajo la forma cándida (*naïve*), profunda, admirable de la religión y del culto: el cristianismo es la filosofía del pueblo ...”⁶⁹

A este desprecio por el pueblo, que ya sus seguidores difundían en La Habana, a esta decisión de mantenerlo en la ignorancia, de subestimarlo, de rebajar la propia religión, Luz le contraponen la concepción cubana, que fundamentada originalmente por Varela, amplía y enriquece: “¡Con que, dos doctrinas, una para los filósofos, para los escogidos, y otra para el pueblo, para la turbamulta! El que estampó aquellos renglones, no pregono él mismo sin querer; el triunfo de la incredulidad sobre el cristianismo en el fondo de su razón? ¿No te declaras incrédulo en esas mismas palabras en que estás inculcando ese respeto hipócrita a las creencias popula-

66. *Ibidem*, p. 185.

67. *Ibidem*, p. 186.

68. *Loc. cit.*, no. 29, p. 11.

69. *Ibidem*, p. 166.

res? Así, a tus discípulos que sean filósofos, y a los demás que sean creyentes. ¡Hipocresía, inmoralidad, brotan por cada poro de vuestro ídolo!”.⁷⁰

“... ¿Por el género humano es por quien os tomáis tanto empeño? ¿De veras, señor catedrático? Yo creía que era por los que Homero llama los pastores de la grey, que trasquilan y hasta se comen su rebaño. Esos dicen que es menester una religión para poner un bozal a sus semejantes; ¡para ellos, no! Parece que, sobre poco más o menos, viene U. a decir otro tanto”. “...dos doctrinas, una para M. Cousin y las clases superiores a quienes comunica su palabra, y otra, que es el cristianismo, para el género humano. ¿Es esto o no hipocresía? Ni vale decir con el Ontólogo lo que ya sabe todo el mundo, sobre ser muy diversa la creencia del hombre vulgar a la opinión del hombre instruido: el teólogo, el filósofo saben el por qué de aquello mismo que cree él, y que creen los demás; pero a uno y otro debemos tratar de uniformar en la misma fe que tenemos nosotros por verdadera: esto es lo que hacen los hombres de bien. ¿Qué diríamos del astrónomo que sabiendo ya la causa de los eclipses, v.g. continuara amedrentando con este fenómeno a los infelices ignorantes en las leyes naturales? No es menester que el pueblo sea sabio para que le alcancen las ventajas, los resultados de las ciencias; aún cuando no sepa astronomía, hoy no teme ya como antes la aparición de los cometas. ¿Y por qué? Porque los sabios de buena fe le han predicado la misma, mismísima doctrina que a sus discípulos, aunque sin exponerles todos sus fundamentos; mejor dicho publicándolos para todo el mundo, pero que no se hallan al alcance de todos por la dificultad de ciertas materias. Así, pues, se enciende la lumbre para todo el género humano (...) Acábase el tiempo de las doctrinas esotéricas. Jesús no tuvo doctrina esotérica, y la luz es para todo el mundo”.⁷¹

Pocas veces se ha expresado con tanta claridad la división social entre una oligarquía económica —convertida en mecenas y *elite* cultural, que ejerce el poder tanto con la razón de la fuerza como con la fuerza de la cultura— y una *masa* desposeída en lo económico y conscientemente segregada de la cultura, a la cual se le suministra una religión para simples.

La rebelión lucista es tan enérgica, porque ya existían en Cuba no sólo una teoría de la emancipación intelectual, sino, además, una teoría de la emancipación del pueblo que por sus contenidos eran inseparables. Crear un pueblo, crear conciencias, era desmontar la falsa idea de que los ignorantes están condenados a serlo siempre. El punto medular teórico lo había definido Félix Varela al expresar que la fe, en todo y de todos, era para las cosas divinas, a lo que Luz añade que el Dios creador es para adorar en tanto sólo se puede intuir a través de su obra, pero no es su obra. Y completa Varela su punto liminar cuando expresa que las cosas del

70. *Ibidem*, p. 167.

71. *Ibidem*, pp. 321-322.

mundo natural y humano, las ciencias, pertenecen a la razón y a la experiencia. Luz ahonda y desarrolla la idea tratando de fundamentar que en el estudio de lo natural y real estará el conocer y el hacer; que toda ciencia es progresiva, pero que por ello no es más que un largo y extenso camino que aun en su tiempo inicia los primeros pasos.

Es esta separación entre fe y razón lo que da sentido a la filosofía y la distingue de la teología. Si esto es ya una diferencia sustancial entre cousinismo elitista, y varelismo-lucista patriótico, científico y popular; está aún más claro en sus proyecciones ética, moral, que, en última instancia es social.

El término esclarecedor de los varelianos-lucistas radicó en su concepción de espíritu público. Cuatro años antes de estallar la polémica, resultaba evidente que en Cuba existía ya la noción del menosprecio al pueblo, al diluirse la idea en el concepto amorfo, oscuro, impreciso y despreciativo de masa. Y escribía el Padre Fundador: “¡Qué fértil en recursos es la vanidad cuando se une a la pereza! Uno se queja de que el pueblo nada aprecia, otro le ultraja, llamándole ignorante, este otro le supone incorregible y mientras que nada hacen para ilustrarle y moralizarle, creen hallar en su misma injusticia un velo que cubre su indolencia (...) El pueblo no es tan ignorante como le suponen sus acusadores. Verdad es que carece de aquel sistema de conocimientos que forman las ciencias, pero no de las bases del saber social. Esto es, de las ideas, y sentimientos que se pueden hallar en la gran masa y que propiamente forman la ilustración pública» (...) ¿Aconsejamos que se engañe al pueblo? ¿Pretendemos que se adormezca y adule? Lejos de nosotros tan inicuas ideas (...) Creemos que es un deber de los amantes del pueblo hacerle justicia, confesando que desea emplear los medios que puedan conducirlo a la prosperidad y rectitud (...) El interés social no es un impulso de la sensibilidad, sino de la razón; y algunas llamadas filosóficas para deshonor de la Filosofía, no son sino delirios que sirven de castigo a los mismos delirantes. Existe sí, el espíritu público, y mucho más en los pueblos, cuyas circunstancias proporcionan pábulo a esta llama que destruye el crimen y acrisola la virtud”.⁷²

La concepción de Luz sobre la formación del hombre no es otra cosa que la preparación de éste para modificar la sociedad a partir de la educación y la cultura. Pero, para modificar la sociedad era necesario creer en la existencia de una base pública y social sobre la cual actuara el formador-transformador. Ése era el espíritu público del procomunal. A su vez, ésa, la materia prima para la formación de conciencias en lo individual y en lo colectivo. Y sólo así podría darse la brotación auténtica de un pueblo nuevo que se conociera a través de su naturaleza física, social, moral y cultural; dueño y creador de su destino. Herencia que no encontró, sino en la fuente

72. Félix Varela: *Obras*, ed. cit., t. II, pp. 374-383.

interna de una sensibilidad y una racionalidad genuinamente cubanas, el asidero de la propuesta teórico-patriótica de José Martí, concretada en su proyecto de una República libre de hombres iguales, con todos y para el bien de todos, cuyo logro sólo sería posible con la apropiación de la cultura por todos: “No hay igualdad social posible sin igualdad de culturas”.⁷³

IV

Un encuentro con la Polémica hoy

Sabíamos ya por José Martí, quien lo amó, que José de la Luz y Caballero “pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su Patria fue su único cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras —para su Patria al menos— inmortales, lo que ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el estilo del mundo y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar; supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres”.⁷⁴ Sólo este conocimiento bastaría para quedar atrapados por su grandeza. Sin embargo, el encuentro con la Polémica Filosófica nos define con todo rigor su carácter poderosamente reflexivo y el vigor de una sensibilidad nada pedestre.

Ciento sesenta años han transcurrido desde aquella impugnación que José de la Luz y Caballero hiciera a Víctor Cousin —dedicada a la juventud cubana— y que quedara inconclusa, pues ya la salud, quebrada en la contienda, no le permitiría culminarla. Igual suerte corrieron las traducciones de las obras del pensador francés, que Luz prometiera al público para que se formase un juicio certero de sus propuestas y advirtiera el peligro que para el destino político y cultural de Cuba entrañaban. No obstante, lo medular quedó.

El electivismo, concepto básico para entender lo peculiar del proceso de formación y desarrollo del pensamiento cubano, derivó en contrapropuesta de un eclecticismo que enunciaba la falsa conciliación de conceptos opuestos en su esencialidad, en lo gnoseológico, lo político y lo social. Este eclecticismo producía una metafísica para interpretar-justificar una sociedad que fortalecía las estructuras que sostenían a su clase privilegiada. La cultura de elite legitimaba las estructuras de poder. La masa amorfa, condenada a no saber, se conformaría con aliviar su pobreza,

73. José Martí: *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965, t. III, p. 28.

74. José Martí: *Obras Completas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975; p. 249.

su ignorancia, entregada y destinada en los brazos de una religión incompatible con la ciencia, a conservar aquella sociedad. Se levantaba, sobre ella, la conciencia individual e individualizada que miraba al mundo a través de sí misma e imponía la erudición y la autocomplacencia como el fin único del conocimiento. En una sociedad colonial, como la cubana, el espiritualismo ecléctico implicaría la ruptura con la tradición emancipatoria que desde su espíritu original con el padre Agustín Caballero, había madurado en una intelectualidad comprometida con la patria cubana. Nuestro Filolezes consideró que Cousin sentaba un principio metafísico con el cual le arrancaba a la filosofía su propia esencia. No sólo volvía al campo de la especulación teológica, sino que la encubría nombrándola una nueva filosofía que cercenaba desde un principio y en lo más profundo la capacidad de pensar.

No debe obviarse el hecho de que en la época que el eclecticismo de Cousin cobraba fuerza en ciertos sectores intelectuales de diversos países, al mismo tiempo no pocos pensadores en el mundo reconocían su insuficiencia teórica. De ella nos deja constancia el propio Luz. En el *Diario de la Habana*, del 23 de mayo de 1840, se publicaría la crítica de Pierre Leroux al eclecticismo cousiniano, por Elías Regnault, cuya traducción se piensa, sea de Luz y Caballero. En el texto titulado *Otra pieza justificativa de la misma estofa, y hasta ultra-petita*, el autor censuraba con agudeza la “filosofía” de Cousin: “Su principio consiste en no tener ninguno, y su ley en postrarse ante todas las leyes”.⁷⁵ Eso, desde Francia. No menos interesante resulta que un joven alemán, enfrascado en el nacimiento de los *Anales franco-alemanes*, en carta a Feuerbach, del 23 de octubre de 1843, en la cual le pidiera una crítica de Schelling, ofreciera su visión acerca del ecléctico francés: “Schelling ha sabido poner el cebo con gran habilidad a los franceses, empezando por el flojo y ecléctico Cousin y acabando por el genial Leroux. Pierre Leroux y sus iguales siguen teniendo a Schelling por el hombre que ha sustituido al idealismo trascendente por el idealismo racionalista, a la idea abstracta por la idea de carne y hueso, a la filosofía profesional por la filosofía universal ...”.⁷⁶ Carlos Marx, desde Europa, comenzaba a perfilar una teoría social desde las entrañas mismas del capitalismo y cuya finalidad consistía en la emancipación total de la clase trabajadora mundial.

En Cuba, el núcleo central de la problemática social del siglo XIX, lo era sin dudas, la educación. La teoría se producía desde la interioridad de la enseñanza para formar hombres que transformarían la sociedad. Filosofía y pedagogía participaban de una ligadura que encontraba su máxima expresión en la finalidad social de la emancipación política. Por esta razón esencial el filósofo era un verdadero educador; no constructor de un sistema que sólo

75. Elías Regnault: *La polémica filosófica*, ed. cit., t. IV, p. 131.

76. Franz Mehring: *Carlos Marx. Historia de su vida*, Editora Política, La Habana, 1964, p. 84.

tiene como centro de su pre-ocupación e interrogación el sistema mismo, sino hacedor de una obra teórico-práctica en perenne rectificación.

La contemporaneidad de dos posiciones frente al problema del hombre real se legitiman por sus circunstancias históricas, y descubren el alcance de la radicalidad de dos propuestas que contienen los dos elementos esenciales fundamentales de la política de liberación: el humanismo y la cultura.

La ciencia es fruto siempre de un largo camino de apropiaciones de la realidad, que escapa a todas las expectativas y nos deja, en el mejor de los casos, el aliento de verdadera aproximación a la verdad. Pero, sobre todo, la ciencia tiene un sentido, un para qué de su existencia que la hace real. A José de la Luz le tocó defenderla en un escenario oscuro donde el rigor de la teoría pasaba por el tamiz de los intereses de grupos, fuertes intereses sociales y de clases. ¿Cómo podría explicarse si no que una propuesta teórica tan endeble como la de Víctor Cousin disfrutara en Cuba de una acogida tan cálida como insólita por quienes abandonaban al mismo tiempo las bases teóricas fundacionales de un pensamiento propio para Cuba? La crítica de Filolezes a la pasión idealizadora de los partidarios cousinianos en el debate sobre el eclecticismo, parece escrita para todo tiempo histórico: “Yo no pedí, pues, a nuestros espiritualistas que fueran originales a estilo de Platón o de Cartesio sino que al menos supiesen siquiera contar su cuento, como dicen los ingleses expresivamente de un caso (...) (pero, señores, no estén Uds. esperando el correo para saber cómo han de pensar o de decir lo que piensan) (...) Esto es lo que hacemos por acá los sensualistas; trabajar; ver modo de ejercitar el pensamiento, prenda y prez de la nacionalidad y fin también para que fuimos criados. No haremos gran cosa, pero procuramos hacer; damos algunas señales de vida, y en las cosas grandes con la buena voluntad basta...”⁷⁷

Lo difícil es la ciencia, y Luz la consagró para todos. Sus largos artículos en la *Polémica*, su vuelta al origen de todo: desde la historia del hombre, la historia de las ciencias y el pensamiento humano para convencer; demuestran la solidez de sus argumentos durante la contienda, el fondo de su crítica. Un método para pensar fue su divisa. La dimensión ética y crítica de su pensamiento creó una espiritualidad integradora de lo cubano, que acaso hoy debamos recuperar con la presteza de lo urgente. Eso, si disponemos de la voluntad de asistir al nacimiento de una nueva época que exigirá, para existir como nación, encontrar el espíritu que nos define a partir de la singular universalidad de nuestras raíces.

La *Polémica Filosófica Cubana* continúa. La de la primera mitad del siglo XIX fue sólo un eslabón, de la más alta excelencia, en esa labor ardua e inconclusa que todavía sigue siendo en Cuba, para la práctica política liberadora, la construcción de una teoría crítica de la emancipación cubana.

77. José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, ed. cit., t. III, p. 182.



Murallas de La Habana,
Puerta de Monserrate
(grabado de Federico Mialhe)

TEMAS
CUESTIÓN DE MÉTODO, IDEOLOGÍA,
MORAL RELIGIOSA

POLEMISTAS

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

MANUEL CASTELLANOS MOJARRIETA (*RUMILIO*)

MANUEL COSTALES

JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE

FRANCISCO RUIZ

DOMINGO DEL MONTE

ANTONIO BACHILLER Y MORALES

JOSÉ T. DE LA VICTORIA

MIGUEL STORCH (*DÓMINE*)

MAYO



I

ADVERTENCIA—PROEMIO¹ AL ELENCO DE 1834

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, mayo 12 de 1838.)

Cuando se introduce una novedad es forzoso justificarla. Se hace, pues, necesario exponer sucintamente los motivos que nos han impulsado a prin-

1. Señor Redactor [De la *Gaceta de Puerto Príncipe*]: como creo de suma utilidad la cuestión que se empezó a tratar en su apreciable periódico, sobre el orden en que debe comenzarse el estudio de la filosofía, le remito a Ud. las razones que da un ilustre Habanero en favor de la preferencia del de la Física al de la Lógica, las cuales se publicaron en el año de 1834, en un elenco de exámenes del Colegio de San Cristóbal de La Habana, por si lo tiene usted a bien le dé publicidad, a lo que le quedará a V. Reconocido, por la utilidad que trae a las ciencias la racional discusión, su seguro servidor; Q. B. S. M., Un suscriptor.*

* Don José de la Luz Caballero envió al *Lugareño* esta Advertencia que constituye el punto inicial de esta polémica filosófica sobre la *Cuestión de método*. Forma aquélla el *Proemio* del famoso Elenco de 1834. El *Lugareño* la publicó segregada del Elenco en la *Gaceta de Puerto Príncipe*, debido a que el Elenco era conocido ya en el *Camagüey*. Sin duda el *Un suscriptor* que firma la nota de envío para su publicación es el *Lugareño* (Roberto Agramonte).

comenzar el curso de Filosofía por el estudio de la Física en lugar del de la Lógica, como generalmente se practica. Para los inteligentes bastará reproducir las mismas razones alegadas al presentar el proyecto de arreglo de las nuevas clases de Filosofía en los colegios de San Fernando y San Cristóbal; razones que parecieron tan poderosas al Excelentísimo señor don Francisco de Arango, encargado especialmente por Su Majestad de informar en el asunto, que se dignó en el esforzarlas con las más luminosas consideraciones. Así fue que la autoridad no pudo menos de ordenar que se enseñase desde luego según el plan propuesto. Pero vengamos a las causales expuestas en el expediente, para que los sensatos puedan juzgar. Helas aquí: “Al terminar nuestros artículos sobre la enseñanza de la filosofía, quisiéramos someter a Vuestra Excelencia una indicación, que nos parece importante, por la influencia que podrá tener en la reforma de esta clase de estudios.

“Trátase de disponer que el curso de filosofía principie por la física y concluya por la lógica y la moral, que es precisamente lo contrario de lo que aún se practica y siempre se ha practicado. No es un espíritu de novedad el que nos mueve a proponer este trastorno. La razón y la experiencia son las guías que nos han dirigido en la materia. Muchas y dilatadas serían las pruebas que pueden aducirse para demostrarlo, pero es necesario reducirnos a algunas consideraciones concluyentes, para no exceder los límites de una mera indicación.

1. Las ciencias naturales versan sobre objetos sensibles, más al alcance de la primera juventud, y por lo mismo más capaces de entenderla y deleitarla.

2. De la inagotable variedad de hechos que nos ofrecen, va formando nuestro entendimiento su caudal de datos para discurrir acerca de ellos.

3. Si se nos dice que antes de discurrir sobre cualquier objeto científico, necesitan los jóvenes aprender la Lógica, contestaremos desde luego que no puede haber mejor lógica que la que están practicando en el estudio de la física. Efectivamente, el método es admirable, siendo al mismo tiempo el más natural, como que es esencialmente analítico. En él se procede de los hechos sensibles y particulares a las consecuencias generales por una cadena de inducciones. Con este ejercicio se robustecen de tal modo las potencias intelectuales, que cuando se aplican al examen de cualquier otro género de asuntos, hacen los alumnos progresos tan rápidos como seguros.

4. Por el contrario, comenzar por los estudios ideológicos es comenzar por las abstracciones, es exigir demasiado de nuestro endeble entendimiento en sus primeros pasos, es carecer a cada instante de los ejemplos, esto es, de los hechos y observaciones sobre los cuales ha de recaer la exposición de las doctrinas ideológicas de cuyo examen han de deducirse, en último resultado, los documentos para la dirección del espíritu humano,

o sea, la lógica propiamente tal. En una palabra, en las ciencias naturales se marcha de los hechos a la teoría; y en la ideología, por más que nos empeñemos en lo contrario, nos vemos en ocasiones forzados a seguir un orden inverso, fuera de que su objeto no permite apelar a la clara luz de la experiencia. En fin, la ideología es la teoría de las teorías, como ha dicho enérgicamente el conde de Tracy.

Acaso se nos objetara que no necesitándose más que el estudio de la Lógica para cursar leyes, se hace un perjuicio a los que intentan seguir la carrera del foro, en obligarlos a estudiar todo el curso de filosofía antes de pasar a Derecho. Ciertamente es que pasarán menos pronto, pero también irán más preparados. Así pues, si bien se examina, este reparo es una nueva razón para hacer preceder el estudio de las ciencias físicas al de las intelectuales y morales. Obligando a los alumnos a permanecer por todo el curso, se desterrarán el espíritu de superficialidades que ha reinado en algunos puntos de la instrucción, lográndose simultáneamente que aun los juristas alcancen aquellas nociones en el estudio de la naturaleza, que han de necesitar no solo en la sociedad, sino aun en el ejercicio de su misma profesión, y hasta un grado de que no se tiene idea generalmente. Por último, excusemos alegar más razones, como lo haríamos del mejor grado, cuando el artículo 73 del Reglamento general trae la prevención expresa de que en los colegios donde se establezca la enseñanza de las Matemáticas, Historia Natural, Física y Química, deberán preceder estos ramos al estudio de la Filosofía; entendiéndose por filosofía, según se evidencia de todo el tenor de éste y otros artículos, la parte del curso que comprende las ciencias intelectuales y morales. Nos asisten, pues, sobrados fundamentos para apoyar la alteración que proponemos”.

Hasta aquí las palabras de nuestro informe. Séanos lícito añadir tan sólo que pues la ciencia de la naturaleza ofrece abundante materia para el desengaño de la razón humana, ninguna nos suministrará documentos más apreciables para la conducta de la vida.

II

REFUTACIÓN DE LA ADVERTENCIA-PROEMIO

POR RUMILIO (LCDO. MANUEL CASTELLANOS MOJARRIETA)²

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, mayo 12 de 1838.)³

Sacada por el comunicado de la *Gaceta* última del olvido en que yacía la cuestión de si el estudio de la Física debe preceder al de la Lógica, proposición que ha sido sostenida y aún practicada por varios talentos modernos, y que fue sentada últimamente por el director del extinguido Colegio de la Santísima Trinidad en un elenco y conclusiones públicas sostenidas a fines del año próximo pasado, y que por motivos que no están a nuestro alcance no ha querido o sabido sostener bajo la misma publicidad de que gozaba su instituto y método que estableció, según le insté por mi comunicado de 6 de enero último, y debió hacer; nos vemos en la necesidad de confesar uno y otro que el público tiene justos motivos de haber reclamado la continuación de una que envuelve más interés del que aparece a primera vista; pero si mi silencio puede tener alguna disculpa en haber debido esperar a que don Eusebio Pérez González fundase su proposición asertiva, si no como director que ya no era, al menos como un particular interesado cuando menos en la instrucción pública, éste se halla en un gran descubierto que difícilmente llena, a menos que no apele a la indulgencia, y confesando su falta trate de enmendarla a la posible brevedad; para ello yo mismo le suministraré material, pues analizando la cuestión le proporcionaré blanco a que dirija sus atinados tiros con la circunspección, prudencia y sabiduría que le son características.

Aparte por ahora la cuestión de si la formación del juicio es precedente a la de la idea, cuestión inconexa con la que vamos a ventilar, y que desde luego pediría ejecutoria a favor de la opinión que senté en mi anterior comunicado, si en materias de esta clase se pudiera dar; a ello me autorizaría no sólo el convencimiento general de los hombres ilustrados que me favorece, sino también el largo silencio y falta de comparecencia de quien lo motivó, que por sí sola bastaría a absolverse de toda responsabilidad científica.

Bien sé que estamos en el siglo de los progresos; bien conozco que los ciegos partidarios de ellos, todo lo que no sea nuevo lo tachan de errores y

2. Era secretario del Excelentísimo Ayuntamiento de Puerto Príncipe (Alfredo Zayas).

3. Este es el artículo a que dio lugar la "Advertencia" de Luz (Roberto Agramonte).

estacionario, sin otra consideración que no ser de invención moderna; bien veo que para los que viven únicamente con los progresos, y para ello, mis ideas y la opinión que voy a emitir son esencialmente retrógradas, cuya sola palabra sería bastante a exportar a la más estacionaria senectud; sin embargo, semejantes dicitos, que no me arredran, no me pertenecen en manera alguna; amo los progresos como el primero, aborrezco el oscurantismo, tenga su fecha atrasada o cuente su nacimiento moderno; empero no me ciega el deseo de progresar hasta el grado de ser arrastrado a lo nuevo, hollando sin examen lo antiguo. Si mi entendimiento encuentra el punto de su convicción en las doctrinas de las escuelas pasadas, sin ser doctrinario, las abrazo desde luego, y esto es para mí un progreso de bastante consideración; si por el contrario, las modernas sólo me brindaran errores que destruyen más añejos conocimientos, retrogradaría huyendo su contagio hasta el arca de Noé.

Esta fe científica me ha parecido conveniente hacerla, para que se vea con cuanto temor debe entrar en una polémica en que la novedad forma la mejor defensa de la opinión contraria, en que toman parte personas de notorio saber; y en que el ilustre Habanero,⁴ autor de la advertencia inserta en la *Gaceta* última ha opinado y planificado el método que me propongo rebatir. Yo respeto sus luces, y me merecen tal aprecio sus altos conocimientos, que si dudase un momento en admitir una opinión, la suya sola bastaría para hacérmela seguir; pero quien como él reúne un profundo saber a una circunspección sin límites, no se ofende de las opiniones que difieren de las suyas, y no puede menos de respetar el sentir de los demás, aunque en su concepto sea equivocado, y yo sin pretender salvar de este anatema que acaso puede alcanzar a mi opinión, que más lo es de mis predecesores que propia, me aparto en esta ocasión, con harto sentimiento, del parecer de quien más de una vez he tenido motivos de aprender mucho en algunos actos públicos, en que ha examinado mis limitados conocimientos.

Para proceder, pues, con la debida claridad y bajo el método que prescribe la recta ideología, no es preciso considerar la Lógica y Física, objetos de la cuestión, bajo el verdadero punto en que las coloca su carácter de ciencias. La Lógica en abstracto no es otra cosa que la teoría del análisis; concretada a alguna ciencia es el análisis mismo metodizador. La Física, según su término y sin relación con otras ciencias ni aun con sus mismas ramificaciones, es el conocimiento de los cuerpos y nada más; cuando de este conocimiento de la naturaleza y propiedades de los cuerpos se procede a hacer comparaciones y de ellas un encadenamiento de deducciones bajo la generalidad de la Física, como diversa denominación, según los objetos sobre que recae y las aplicaciones de que ella se hacen; si con la

4. José de la Luz (Roberto Agramonte).

composición y descomposición de los cuerpos se trata de averiguar la acción íntima que ejercen unos sobre otros y la ley a que obedece cada una de sus moléculas, se denomina a esta ciencia Química; si estos conocimientos, una vez adquiridos, se ponen en ejercicio, constituyen nuevas artes, cuya perfección es debida a los adelantos que llevan consigo las arregladas combinaciones y abstracciones que forman nuestro entendimiento a vista de los objetos por medio del análisis.

Sentados, pues, estos preliminares de que nadie ha dudado, ni ha podido dudar; ocupémonos de la cuestión en los términos de abstracción de una y otra ciencia; y si en este sentido, es decir, considerada la Física como mero conocimiento de los cuerpos, y la Lógica como el análisis que se practique en ellos, se ha querido anteponer el estudio de la primera proposición, y digo que, para conocer únicamente los cuerpos y distinguir sus propiedades sin combinaciones de ninguna otra especie, no sólo es necesario la precedencia de la Lógica, pero ni aun después sirve de cosa alguna. Acaso parecerá una blasfemia filosófica proposición tan aventurada, pero si atendemos a que conocer la forma, figura, extensión, peso y pesadez de los cuerpos y otras propiedades que constituyen su naturaleza, y definir malamente cada una de ellas de memoria no puede considerarse nunca como conocimientos que constituyen una ciencia, sino cuando más como un trabajo poco útil por sí, aunque preliminar de ulteriores adelantos, si se convirtiesen estas materialidades en que el entendimiento no toma más parte que la bastante a hacer concebir meras ideas, en abstracciones que crease nuevos efectos, que no son ignorados y que nos dirigen a combinaciones capaces de hacer útil esos conocimientos de efectos materiales a los usos y necesidades de la vida, nos es forzoso convenir que para tal Física basta una mala Lógica natural.

La combinación de los principios que proponen los cuerpos y las deducciones que convengan sacar de ella, son las que constituyen la verdadera ciencia de la Física; y semejantes combinaciones y deducciones no pueden obtenerse sino valiéndonos de la teoría del análisis. Por medio de éste conseguiremos componer y descomponer los cuerpos; por medio de él adquirimos nociones que serán tanto más exactas cuanto haya sido el análisis formado. Si, pues, la exactitud de los conocimientos en materias de Física depende precisamente del análisis bien hecho, y si la Lógica es la ciencia o la teoría del análisis, causa no poca admiración que se quieran obtener resultados ventajosos olvidando los medios indispensables de su consecución.

Acaso se dirá y se dice que el hombre posee una Lógica natural, que le guía en todas sus observaciones; pero semejante respuesta, demasiado especiosa, carece de toda fuerza mientras no se pruebe que todos los que analizan lo hacen con igual exactitud. Mas mientras yo observo que los hombres, que sin el auxilio de la Lógica metodizada analizan y juzgan

bien, son excepciones de la regla general de que todos analizan mal; mientras vea que ninguno sin estudio de la Lógica ha sido nunca físico, aunque todos observan los cuerpos y conocen casi todas sus propiedades, desde el más rústico aldeano en su choza hasta el más sabio filósofo en su gabinete; ínterin yo recuerdo que los maestros de las ciencias, los que han arreglado y deducido sus principios a fuerza de meditación y de análisis, han observado este método y que a él han debido sus grandes adelantos; mientras yo tenga presente el sublime principio de *nosce te ipsum* antes de querer conocer lo demás del orbe, y mientras yo conceptúe partes de mí mismo las ideas y el modo de concebir y ejercitarlas; y sobre todo hasta tanto que la experiencia no me pruebe, que la precedencia de la Física a los demás ramos de Filosofía arreglará mejor el método de nuestros conocimientos y nos proporciona mayores ventajas, y que yo vea genios superiores a los que me han sugerido, el que he seguido, no podré convencerme ni doblaré mi débil cerviz a la innovación que se pretende sea más útil.

Que a la vez que se estudia la Física se ejercita la mejor Lógica, que consiste en el análisis de los cuerpos, es otra de las razones con que se quiere en la escuela moderna paliar la innovación que rebatimos.

Mas ¿cómo se ejercita una ciencia cuya teoría no se conoce? Se sabe que la Lógica es el mismo análisis metodizado, pero, ¿quién nos garantiza que la práctica del análisis sin método no nos arrastrará a mil deducciones erróneas, y éstas al trastorno de todas las ciencias? ¿Quién se atreverá a sostener que un tomo de Física en manos de un rústico campesino, será entendido por éste, aun cuando le lea mil veces? No basta que la Física trate de cuerpos para que sea entendida, pues como queda dicho, el conocimiento único de ellos no se puede llamar Física; la combinación de sus propiedades y deducciones consiguientes son las que forman las ciencias, y para sacar estas deducciones se necesita más de la Lógica natural. Es preciso mucho criterio en raciocinar; un conocimiento no común de la Gramática general, para coordinar metódicamente las ideas que se hayan percibido con alguna confusión, y finalmente nociones exactas del mejor medio de analizar para proceder de lo conocido a lo desconocido.

Estas tres partes de la Filosofía son inseparables, y aunque algunos ideólogos las han confundidos, tienen sus límites bien declarados por Destutt de Tracy, y donde llegara a faltar una sola, de todo punto no habría Filosofía y nos despediríamos de adelantos en las ciencias. El hombre piensa con términos, y si éstos son confusos, si no expresan la idea que se ha querido, ésta precisamente ha de ser ininteligible e inexplicable, y exactas e inexactas no las puede el hombre adquirir sino analizando, cuya operación es el barómetro de nuestros conocimientos; el grado de perfección de este barómetro lo da el buen método, y éste no se adquiere sino arreglando bien nuestras ideas; así, pues, no sólo la Lógica, sino también sus herma-

nas inseparables, la Gramática general y la Ideología deberán preceder al estudio de la Física.

Que las ciencias naturales están más al alcance de la juventud, porque se versan sobre objetos sensibles, es otro de los fundamentos que apoyan el nuevo método; pero esto no es tan cierto como parece, si se advierte que la ciencia de la Física no consiste únicamente, como dejamos expuesto, en el conocimiento de los hechos o de los objetos sensibles; éste sería un puro mecanismo que está en contradicción con el verdadero y genuino sentido de la ciencia, definida por todos como reunión de principios ciertos que nos da el conocimiento de las cosas. La verdadera ciencia consiste en las nociones acertadas de las causas y de sus efectos, nociones que nos proporcionan los objetos sensibles, pero que no podemos adquirirlas con sólo la inspección de ellos; necesitamos, además, de la abstracción, de ejercitar nuestro entendimiento para formar ideas aisladas, que por medio del juicio venimos a aplicar a los objetos y concebir propiedades que nos eran desconocidas; los objetos sirven de punto de apoyo a nuestros conocimientos, emanan de ellos, si se quiere, pero no por su propia virtud; necesitamos, y no me cansaré de repetirlo, desentrañar sus propiedades, haciendo combinaciones puramente mentales, y al joven, a quien, sin haber aprendido el método de hacerlas, alejando la confusión, huyendo las falsas causas, se le obligase a estudiar los cuerpos y a decir definiciones que no ha sabido formar, estoy cierto que se le ha hecho perder el tiempo, y que si se quiere recuperarle necesita nuevo método y estudio.

No debe arredrarnos que en la escuela antigua se empiece por abstracciones: nuestro entendimiento desde que está en disposición de percibir y formarse ideas, tiene la suficiente robustez para abstraer; ésta es una operación mental que se ejercita por el hombre desde la primera idea que forma: sin ella jamás sabría ni que existe, pues la idea no es una propiedad de los cuerpos sino una creación de nuestro entendimiento, cuya causa está en los objetos exteriores; y para enseñarle Lógica no es forzoso obligarle a abstraer, pues él lo hace natural y voluntariamente, hasta que se le haga conocer el método con que ha formado sus ideas, de que un cuerpo era blanco fue porque vio otro que tenía diferente color; que su entendimiento segregándolas de los objetos a que pertenecían, halló por medio de la comparación cualidades que los diferenciaban. A esto se halla únicamente reducido el estudio de la Lógica, y mal que les pese a los partidarios del nuevo plan, teniendo que confesar que primero fue el hombre lógico que físico. Sigamos, pues, el orden de la naturaleza, y no queramos forzándola dar un paso verdaderamente retrógrado. Puerto Príncipe y mayo 14⁵ de 1838.—*Rumilio*.

5. Aunque Rumilio consigna este día 14, en la *Gaceta de Puerto Príncipe* aparece su artículo el día 12 (Roberto Agramonte).

III

**CUESTIÓN DE MÉTODO
SI EL ESTUDIO DE LA FÍSICA DEBE O NO
PRECEDER AL DE LA LÓGICA**

**(PRIMERA RÉPLICA A LA REFUTACIÓN
DE RUMILIO, PUBLICADA EN LA GACETA
DE PUERTO PRÍNCIPE, EN MAYO 12 DE 1838.)**

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana,*
número 35, tomo VI, de junio 18 de 1838.)

“Itaque huc res redit, ut organum nostrum, etiam si fuerit absolutum, absque historia naturali no multum; historia naturalis absque organo, non parum instaurationem scientiarum sit propectura. Quare omnino et ante omnia in hoc incumbere satius et consultius visum est”.⁶

BACON

Es mi ánimo contestar el artículo inserto en la *Gaceta de Puerto Príncipe* de veintitrés de mayo próximo pasado, contra la opinión de que el estudio de la Física debe preceder a la Lógica. Para realizarlo como es debido, convendrá exponer con alguna latitud los fundamentos en que descansa aquella precedencia (no preferencia), rebatiendo al paso algunas de las especies que más campean en el curso del mencionado escrito. Se hace tanto más necesaria esta exposición, cuanto que al haber publicado allí una Advertencia en que se alegaban, aunque sucintamente, los motivos que impulsaron a proponer semejante reforma, lejos de granjearle a ésta mayor número de partidarios, le ha atraído un antagonista que con todo su poder se esfuerza en contrastarla. Pero relatemos primero la historia del caso, para que el lector juzgue con pleno conocimiento en la materia.

Al planificarse las cátedras de Filosofía en los Colegios de la Habana nombrados San Fernando y San Cristóbal, en virtud de Real Orden fecha en octubre de 1833, por la cual se facilitó a los directores de dichos establecimientos para que presentasen un reglamento, exponiendo cuanto se les ofreciera en el particular, aprovechamos la feliz coyuntura, don Narciso

6. Véase la traducción de este texto en la página 192 (Ed.)

Piñeyro, director del primero, y el que escribe, que lo era del segundo, (pues no es posible guardar el anónimo como quisiera en gracia de la misma cuestión), para proponer varias mejoras y reformas, figurando entre ellas la precedencia del estudio de la Física al de la Lógica, contra la práctica generalmente establecida en nuestro suelo. A buena dicha preveníase en la misma Soberana disposición, que todas nuestras observaciones se sometiesen al examen del ilustrado patricio, don Francisco de Arango y Parreño, como Director General de estudios en la Isla, para con solo su informe proceder el gobierno de la capital a la aprobación provisional de nuestros reglamentos y propuestas. La circunstancia de haber de ser juzgados por un voto tan competente, unida a la facilidad de poder discutir verbalmente con dicho señor comisionado sobre cuantos reparos le ocurriese, fueron motivos que influyeron eficazmente, y máxime teniendo tantos puntos que tocar, en que adoptásemos un estilo demasiado lacónico, propio del caso; pero nada adaptable para el público lector, que siendo un compuesto de tantos y tan varios elementos, era forzoso entrar en más latas explicaciones para hacerle sentir las razones tan brevemente expuestas en nuestro informe. Pero como éstas, aunque breves, no dejaban de ser perceptibles, y estaban bastante encadenadas, como habían interesado tan fuertemente no sólo al señor Arango (que en tan expresivos términos se explicó en su informe), sino a algunos individuos que se confesaban partidarios hasta entonces del antiguo plan, y sobre todo, como se trató de discutir las materias psicológicas sobre que giraba la cuestión nada menos que en los actos públicos de Filosofía del colegio de Carraguao,⁷ no hubo ya reparo en dar al público, a la cabeza del Elenco de 1834, unas meras indicaciones que en un principio no le habían sido destinadas. Pero lejos de alzarse voz alguna ni por la imprenta ni en los exámenes contra la novedad introducida, recibióse generalmente con aplauso, no ya por la ardiente y novelera juventud, sino muy singularmente por los hombres más provecos y sensatos, por los hombres que preguntan primero al libro que llevan en su interior; a su experiencia propia, que no a los libros y opiniones ajenas. Hubieron sin duda de hallar eco también en Puerto Príncipe al cabo de tres años algunas de las doctrinas consignadas en mi Elenco, no sé si por convencimiento o por espíritu de novedad (que no es del caso averiguar), presentándose en la escena a sostenerlas (tampoco sé, si bien o mal) un profesor público que acaba de establecer un Instituto de educación. Con este motivo llegó a mi noticia, como dos meses ha, que cruzaban en pro y en contra remitidos sobre la cuestión en la *Gaceta de Puerto Príncipe*; y curioso por ver cómo se ventilaba, y no sin mucho placer de que se ventilasen semejantes puntos por los estudiosos del Camagüey (pues a fuer de

7. El Colegio de San Cristóbal fue generalmente conocido por de Carraguao, por estar situado en el barrio así denominado. (Alfredo Zayas).

cubano soy tan principieño como habanero), y en fin, y acaso más que todo, por mi amor decidido hacia la ciencia y los progresos de la instrucción pública, pedí a un amigo muy íntimo⁸ residente en aquella ciudad, me remitiese todos los comunicados: contestome que no había podido conseguir unos, y que otros nada de notable ofrecían, concluyendo con que enviara el que hubiese yo escrito sobre el particular, y caso de no ser ello suficiente para dilucidar, la cuestión, extendiese un artículo o memoria para llenar este vacío. Mi respuesta fue dirigirle a vuelta de correo el Elenco en que iba la Advertencia allí publicada, como única cosa que sobre el asunto hubiese yo impreso, y como todo lo que mis notorios antiguos achaques, mantenidos, si no fomentados por la estación calurosa, me permitían mandarle por el pronto. Publicó en efecto el amigo corresponsal tan sólo la Advertencia, que era lo que más hacía al caso; y ved aquí lo que ha dado margen al remitido de la *Gaceta* de 23 de mayo que me propongo contestar: remitido que quizás no hubiera visto la luz, al menos en los términos en que está concebido, a haber su autor leído también el Elenco a que la Advertencia consabida servía de portada. Así me lo hace creer la completa buena fe en que gradúo al articulista, el sincero deseo que me parece descubrir en él de buscar sólo la verdad. Pero no tuvo el corresponsal la culpa de que no se publicase el Elenco: túvela yo, que empeñado en contraer la cuestión, y enemigo de hacerme presente *ultra petita*,⁹ le indiqué que sólo lo hiciese con la repetida Advertencia. Ahora veo que es de necesidad, en virtud del remitido de 23 de mayo, el proceder cuanto antes a la publicación de aquel índice *razonado*, que ofreciendo más material a la meditación, presentará la cuestión en un terreno más amplio y más propio.¹⁰

La cuestión puede tratarse en dos palabras o en dos mil, porque envuelve una de las fundamentales de la Filosofía: la del método; yo no seré ni tan corto ni tan largo: no tan corto, por no exponerme a volver a la carga: no tan largo, porque ni lo permite mi salud, ni lo comporta la extensión de un remitido. Así, pues, sin más preámbulo, entremos en materia.

Empezar por la Física, o en general por las ciencias naturales, es empezar por el principio: el hombre naturalmente se siente arrebatado a la contemplación de los objetos externos por el sinnúmero de sensaciones con que ellos asaltan todos sus sentidos: así forzosamente ha de ser naturalista antes que ideólogo: primero ha de comenzar por lo de fuera que por lo de dentro, mejor dicho, no puede conocer su interior sino

8. Se refiere a Don Gaspar Betancourt y Cisneros, *El Lugareño*. (Alfredo Zayas).

9. "más allá de lo que se pide".

10. Habiéndose publicado repetidamente el Elenco en esta ciudad, juzga el autor innecesaria su reimpresión aquí, pero muy conveniente (para la cuestión) en Puerto Príncipe, donde al parecer no ha corrido. (N. De Luz.) (Ver este Elenco en el volumen II de las *Obras* de Luz y Caballero de la B. A. C.) [Roberto Agramonte].

precisamente en virtud del conocimiento de lo exterior. Lo mismo le sucede respecto del conocimiento de su creador: *Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum*.¹¹ Así es que se hace necesario, por su importancia, suplir este conocimiento desde la tierna edad por medio de la fe, y ésta es la obra sublime de la Religión. Exigir, pues, que el estudio de la Física preceda al de la Ideología o Psicología (que sin ellas no hay verdadera lógica) no es más que proporcionar al alumno la continuación de unos estudios a que está ya muy acostumbrado; es proceder de un modo más conforme a los preceptos del análisis que nos previenen partir de lo conocido a lo desconocido. Pero no en esto sólo se acomoda mi plan a las reglas del buen análisis: también recomiendan éstas se proceda de lo fácil a lo difícil. ¿Y qué punto de comparación podrá haber entre la dificultad que pueden ofrecer las ciencias naturales, y las espinas con que a cada paso se tropieza en las psicológicas o ideológicas,¹² y las nubes que tan a menudo envuelven a casi todas sus cuestiones. ¿Cuál será, pues, el motivo de que las ciencias intelectuales se hallen como si dijéramos en mantilla, al cabo de tantos siglos en que los genios más esclarecidos han acometido su estudio con todo el vigor de su capacidad, desde Platón y Aristóteles hasta Kant, Fichte y Cousin; al paso que las ciencias naturales han hecho progresos verdaderamente pasmosos, en términos de haberse creado algunas de ellas a nuestros mismos ojos, testigos la Química, la Cristalografía, la Anatomía comparada, la Geología, etcétera? Ni se pretende por un instante que semejantes milagros se hayan debido exclusivamente a la facilidad respectiva de las materias, sin que influyera eficazmente el método. Para no extendernos demasiado beneficiando tan copiosa veta, daré por toda respuesta, que el mayor empeño de los ideólogos y psicólogos modernos, se ha cifrado en introducir en las ciencias intelectuales y morales el mismo método que tanto ha hecho progresar a las naturales: en una palabra, han tratado de convertir aquéllas en ciencias de observación y si posible es de experiencia. Aun en la legislación y en la política tenemos admirables ejemplos de la aplicación de tan productivo método; mejor dicho, del método eminentemente filosófico, del único método que en todo rigor puede llamarse filosófico, del único método que en todo rigor puede llamarse científico. ¿Qué otra cosa es la famosa obra de Comte¹³ sobre Legislación, que la reiterada aplicación a la observación? ¿Quién no descu-

11. "Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento proclama la obra de sus manos" (*Salmos*, 19, 1).

12. Digo indistintamente psicológicas e ideológicas, por acomodarme a todos los sistemas, y por ser distinción que en nada interesa a la cuestión presente, contraída únicamente a ventilar la mencionada precedencia.

13. Carlos Comte, jurista. Vid. nota 8 de la página 296 (Roberto Agramonte).

bre en cada página de su libro un entendimiento empapado en el espíritu y marcha de las ciencias experimentales?¹⁴ Mientras las ciencias morales, llamadas por antonomasia especulativas, no salieron de meras especulaciones, permanecieron sin llegar al rango de verdaderas ciencias: se adopta el sistema de la observación de los hechos, y a este *fiat* queda desde luego creada la ciencia. Tan penetrados están todos los investigadores de la superioridad de este método, que no hay ramo de los conocimientos humanos a que no intenten aplicarlo, y siempre con el mejor éxito. Sirvan también de ejemplos los trabajos que hoy se establecen en todas partes sobre la estadística de las cárceles, de los crímenes, de la demencia, etcétera. Anteriormente se principiaba el examen de estas materias por algunos principios generales, y cuando más por las opiniones generalmente establecidas de los que habían escrito acerca de ellas: hoy por el contrario se comienza estudiando los hechos como son en sí; he aquí la observación; o poniendo los hombres o las cosas en las circunstancias en que aquéllos se producen, y he aquí los experimentos de las ciencias morales; en fin, antes era menester a veces suponer los hechos, ahora es indispensable estudiarlos. “Aquí como en cualquier ramo, como en todas partes, como siempre, me declaro por aquel método que pone el punto de partida de toda sana Filosofía en el estudio de la naturaleza, y por consiguiente en la observación, y que luego apela a la inducción y al raciocinio, a fin de sacar de la observación todas las consecuencias que envuelve”. Así se explica nada menos que la primera luz de la Filosofía hoy en Francia: no es menester nombrar a Víctor Cousin, caudillo actual de las escuelas espiritualistas. Si volvemos los ojos a la sensualista, encontraremos el testimonio del célebre Destutt Tracy, autor bien conocido del señor Rumilio. Tratando, pues, este ideólogo de las ciencias más a propósito para comunicar buenos hábitos al entendimiento, da la preferencia a las naturales, y entre ellas a la Química y Fisiología aun sobre las matemáticas, contra la opinión de los que sostienen ser éstas la mejor Lógica imaginable. Con efecto, las ciencias naturales ofrecen multitud de hechos, y esto ejercita la memoria; pero los hechos son semejantes y variados, y esto ejercita la atención y la sagacidad; distinguiendo a estas ciencias la ventaja de poder acudir a la experiencia en caso de duda, a cada paso ofrecen repetidas lecciones de la facilidad de extraviarse aun siguiendo las analogías con el mayor cuidado y practicando los experimentos con suma escrupulosidad. Por esta razón no titubea Tracy en darles la preferencia aun sobre las matemáticas (se entiende como método, pues la ciencia de la cantidad es un instrumento casi universal, sobre

14. Otro tanto puede decirse de Smith y Say en la Economía Política, de Gioia en la Estadística, de Quetelet en la Física social y sobre todo, de la obra reciente del médico Parent du Chatelet, que es un modelo de investigación.

todo para la Física), pues éstas si bien alcanzan una exactitud a que las otras rara vez se acercan y que depende de su misma naturaleza, no presentan ocasiones de caer, y así no inspiran esa natural desconfianza o temor de extraviarse que caracteriza al veterano en el campo experimental. Repárese en la naturaleza de las ciencias matemáticas y nos convenceremos de que todas ellas se cifran en una serie de abstracciones partiendo de unos pocos datos; de modo que con ellos sólo es posible al entendimiento humano, cual aconteció con Blas Pascal, crear toda la ciencia: empresa de todo punto impracticable respecto de las demás ciencias, en que no se puede dar un paso sin ir pisando sobre los hechos. Además de esto (y es otra prerrogativa característica de las ciencias naturales), el entendimiento se ve como forzado por los hechos a sacar consecuencias y a establecer una teoría cuya verdad puede comprobar o desmentir por la experiencia, abriendo así un campo más vasto de lo que aun el ingenio más creador pudiera imaginar. ¿Quién le había de decir a Volta, y eso que Volta es nombre que puede ponerse al lado de los Galileos y Newtones, los prodigios de descubrimiento que habían de realizarse tan luego con su admirable aparato?; y aun hoy día con todo lo que le estamos viendo realizar, ¿quién se atreverá a pronosticar hasta qué punto nos podrá llevar? ¡Qué exactitud en el golpe de vista, qué profundidad en las investigaciones, qué medida en el juzgar, qué sagacidad en el descubrir, qué facilidad en la elección de medios y recursos no ha de adquirir un espíritu que constantemente tiene que llevar cuenta exacta y minuciosa de la más leve circunstancia que pueda influir en el fenómeno, so pena de trabajar en balde, o por lo menos de estar muy lejos de la realidad! ¿Cómo no ha de ser prolijo y fecundo en recursos el que haya que estar constantemente tomando nota de la temperatura, de la humedad, de la altura del aire, de su densidad, de la distancia, de la atracción, del magnetismo, de la luz y de otro millón de circunstancias en cada fenómeno que observa? No en balde adquiere cierta robustez especial el entendimiento de los hombres dedicados a este género de estudios, robustez que en igualdad de circunstancias no suele encontrarse ni aun en algunos profundos matemáticos.¹⁵ Y ved aquí un fenómeno de los que más llamaban la atención al citado ideólogo, y por lo que tratando de darse cuenta de él nos consignó un nuevo documento precioso para la Ideología, y muy singularmente aplicable a la cuestión que nos ocupa.

De lo dicho hasta aquí brotan las consecuencias siguientes: primera, es más natural principiar por la Física a causa del objeto sobre que versa; segunda: lo es también por su mayor facilidad; y en esta parte no quiero que se oiga sólo mi débil voz, sino otra vez la muy enérgica y autorizada de

15. No quiero decir con esto que las matemáticas no ejercitan también por otro estilo ciertas facultades; pero esta cuestión nos llevaría ahora demasiado lejos.

Victor Cousin:¹⁶ citación tanto más grata para mí, cuanto que el articulista aguarda el dictamen de los grandes maestros para resolverse a tomar un partido. Por ella verá que no como quiera se trata de materias difíciles y peliagudas, sino cabalmente de las más arduas y espinosas que puede ofrecer el campo de la especulación, en una palabra, se trata de las ciencias más atrasadas, de las ciencias que están por crear, o cuando más, creándose; pues es de advertir que yo no llamo Lógica ni merece el nombre de tal, a un conjunto de reglas tomadas a crédito sin el debido análisis, y muchas de las cuales no pasan de un hágalo usted bien, y ya lo hizo bien, como tan donosa cuanto expresivamente decía nuestro ilustre Varela. Se trata de que la Lógica sea, no el principio de todas las ciencias, sino ella misma una hija, una consecuencia inmediata de otras dos ciencias harto dificultosas, conviene a saber, la Ideología, o mejor la Psicología y la Fisiología (ésta por lo menos como ciencia auxiliar aún en el sentir de los espiritualistas). Pero acabemos de oír a Cousin, porque aun me restan muchas reflexiones que tampoco vendrán mal después. En el “Examen sobre la clasificación de las cuestiones filosóficas”, se explica en estos términos: “...además, comenzar por lo primitivo (y cuenta que habla aún de lo que tiene visos de merecer la primacía) es comenzar por uno de los más oscuros y embarazosos problemas, sin luz ni guía, al paso que principiando por lo actual, principiamos por lo menos difícil, por lo que sirve de introducción a todo lo demás. La experiencia, el método experimental en Psicología, será comenzar con lo actual, agotarlo si es posible, para instituir un severo examen de todos los principios que ahora rigen la inteligencia; sólo serán admitidos aquellos que se presenten realmente; empero ninguno será desechado; a ninguno se le preguntará de dónde viene, a dónde va; existe, pues basta: tiene un lugar en la naturaleza, luego debe tenerlo en la ciencia”.

Y en otro lugar (iré extractando, y a fe que lo siento, y aun interrumpiendo el texto, por ser demasiado largos los pasajes): “ahora bien: a pesar de las dificultades que presenta, esta ciencia (la Psicología) (...) no es superior a los alcances del hombre (...) Todos los hechos de la conciencia son evidentes luego que la conciencia los percibe; pero a veces se escapan de su alcance en razón de su extrema delicadeza, o de las circunstancias adventicias que los rodean; la Psicología da la más completa certidumbre, pero esta certidumbre sólo la encontramos en aquellos recónditos que no todos los ojos pueden penetrar; para llegar a ellos es necesario abstraernos de este mundo visible y extenso en que tan largo tiempo hemos morado, y con

16. Fácil me sería amontonar en mi favor las citas de filósofos alemanes, ingleses, escoceses, italianos, y aun otros de la misma Francia; pero he puesto un estudio especial en referirme a los escritores generalmente conocidos en nuestro suelo. Siento, empero, no trasuntar siquiera un texto de Jouffroy, que parece tan de molde a la cuestión como el mismo Cousin.

cuyos colores están teñidos todos nuestros pensamientos y palabras; debemos abstraernos de este mundo exterior que es harto más difícil de excluir (...) En fin, después de haber ganado un asiento seguro en el mundo de la conciencia, tan delicado y tan resbaladizo, debemos establecer una revista amplia y profunda de todos los fenómenos que comprenden, pues aquí los fenómenos son los elementos de la ciencia... Cuando este trabajo preliminar nos haya puesto en posesión de todos ellos, resta construir la ciencia coordinándolos de manera que puedan representarse en las diversas clases a que pertenecen por sus diferencias características, cabalmente como percibe el naturalista sus vegetales o sus minerales en un cierto número de divisiones que los comprende todos. Hecho esto, todavía queda mucho por hacer; aun no se han vencido las más grandes dificultades". Pero basta por ahora de extractos, y continuemos con nuestras consecuencias.

Tercera: Infiérese asimismo que las ciencias intelectuales, y singularmente la Lógica, que como dije en mi advertencia, viene a ser la teoría de las teorías, necesitan de los datos que ofrecen las demás ciencias, para de ellos mismos deducir documentos para la dirección del espíritu humano. ¿Cómo es posible sin tener una idea de la naturaleza, procedimientos de la ciencia de la cantidad y de las naturales, dar voto sobre su marcha y las aplicaciones de sus métodos? Y qué ¿no son estos datos y aun las teorías que ellos derivan hechos respecto de la Ideología, cuyo objeto es dar cuenta de todos los fenómenos del entendimiento? No sin harta razón decía el mismo Aristóteles que hay dos clases de conocimientos, uno mediato, otro inmediato, y que el segundo es necesario para que el primero sea posible. Así, pues, mientras los hechos de las demás ciencias no ofreciesen materiales, y por decirlo así, ocasiones de investigación para los fenómenos intelectuales, la Lógica no podía menos que permanecer estacionaria.

Si no temiera escribir un libro, o no creyera que lo alegado y lo que me resta por alegar es suficiente a rectificar las ideas del articulista, yo me detendría de buen grado en recorrer uno a uno los capítulos de la Lógica que deben su existencia o directa u ocasionalmente al estudio de las ciencias físicas y matemáticas.¹⁷ No son débiles muestras de mi aserto las mismas observaciones ya citadas que hace Tracy en la obra titulada *Principios lógicos* sobre el estudio comparativo de las matemáticas y las ciencias naturales para comunicar buenos hábitos a la razón humana. ¿Qué más? ¿no trata el mismo Tracy de la Lógica después de haberse ocupado de la Ideología y la Gramática general, y aun estas últimas no

17. ¿Y los hechos que ofrece la historia de la humanidad? ¿Qué mejor comentario para la cuestión sobre el modo de adquirir las ideas que la historia del joven alemán Gaspar Hauser, de ese joven sin infancia de que tanto han hablado los periódicos? Pero tendríamos que ir muy lejos si se tocara esta materia.

las considera como una consecuencia de la Fisiología, según expresa en su dedicatoria al célebre Cabanis? Pero quién que haya leído a aquel autor no habrá notado a cada momento, que dirige el discurso a unos alumnos iniciados ya en los principios de la Física y de las Matemáticas? Y esto no ya lo afirmo por inferencia, sino que expresamente en repetidos lugares, y desde las primeras líneas del primer volumen, alude a los conocimientos adquiridos por ellos en el curso previo de aquellas ciencias. Ya antes Condillac en su *Curso de estudios*¹⁸ había explicado varios ramos fundamentales de Física y Matemáticas, previamente al tratado de Lógica; y aun cuando así no lo hiciera, nótanse a cada paso en esta obra los ejemplos y aun doctrinas deducidas del Álgebra, la Geometría, la Mecánica y otros ramos matemáticos y experimentales. Por este mismo tiempo el clarísimo Almeyda publica en Portugal sus *Recreaciones filosóficas*, dedicando seis tomos enteros a la exposición de los fenómenos del Universo antes de acometer la empresa del estudio de las ideas, aduciendo para ello razones análogas a las que vamos exponiendo. Pero ¿quién ha dicho al articulista que mi propuesta es una novedad absoluta? No lo es efectivamente sino con relación a nuestro suelo. Hoy día en diciendo en cual punto de Europa Filosofía o estudios filosóficos, nadie entiende por estas denominaciones más que las ciencias puramente intelectuales, quedando excluidas las naturales y matemáticas, no porque dejen de formar parte de la filosofía, sino porque las primeras se estudian separadamente, y después de las segundas, las cuales más bien que principio vienen a ser corona de todas las demás. Así es que en todos los establecimientos secundarios, como colegios, escuelas normales, institutos, fundados muchos de ellos por los profesores de las ciencias intelectuales o sus discípulos, se enseñan los ramos de las ciencias naturales y matemáticas con antelación a la Ideología, como puede verse en todos los programas de estudios, sin excluir el de la Universidad de París, y el de las de Alemania e Inglaterra. Hay más: en varios establecimientos preparatorios en que se enseñan las ciencias naturales no se ha querido de intento establecer cátedras para la filosofía propiamente dicha, por considerarla como materia demasiado ardua y espinosa para los jóvenes principiantes.¹⁹

¿Y qué diremos si se trata de enseñar la Filosofía por el orden histórico de la exposición de los sistemas, como se profesa tiempo ha en toda la

18. Traducido el *Prefacio* por José Agustín Caballero (Roberto Agramonte).

19. No se crea que me contraigo a las escuelas preparatorias de artes y oficios, que en cuanto a éstas ya se entiende la exclusión. Hablo de institutos preparatorios para carreras literarias. Si todavía desea el articulista graves autoridades para decidirse, ¡ahí tiene el cuadro de las ciencias de Bacon en el cual (y cuente que esta novedad lleva tres siglos) ocupa la Lógica el penúltimo lugar! (Se entiende en el orden de tiempo, que es la cuestión.)

Alemania, en Escocia y hoy también hasta en la misma Francia? Entonces sí que para acometer la empresa se requiere no solamente haberse ejercitado en el terreno firme de la naturaleza, sino ir provisto con todas las armas de la Filología y de la crítica. ¿Y es éste estudio a propósito para comenzar? Que respondan los hombres de buena fe. Pero apelemos también a la luz de la experiencia propia en comprobación de la experiencia ajena. ¡Cuántas veces, aun antes de haber yo meditado tan detenidamente sobre estas materias, cuántas veces acudían a mí los discípulos más aventajados a declararme la mayor facilidad con que entendían las materias físicas, y esto respecto de algunos que tenían predilección por las ideológicas! ¡Cuáles otras que venían a anunciarme haber comprendido después de otros estudios y ya con madurez aquellos mismos puntos que en los principios se habían resistido a todos sus esfuerzos! ¡Cuántas y cuántas, en fin, las que me he visto forzado a arrancar de manos de los alumnos más aplicados, aquellas mismas obras filosóficas que después de bien preparados han podido leer con mucho fruto, al paso que por el momento todo era confusión y embolismo para su endeble entendimiento! Sigamos siempre los pasos de la naturaleza si queremos conocerla lo mejor y más pronto. Otro hecho muy notable me ha ofrecido la planificación del método explicativo en la enseñanza primaria, método que produce los más prontos y sazonados frutos, presentando a los niños en el texto de lectura rasgos tomados de las ciencias naturales. Este es el verdadero secreto para poner en juego toda la actividad mental de estas tiernas criaturillas, y no ya indigestándoles indiscretamente, sino ofreciéndoles el alimento más adaptable a su nascente capacidad. ¿Y que más y que mejor Lógica que este ejercicio incesante y animado de todas las potencias mentales, excitadas forzosamente por la influencia de los objetos, y sobre un terreno firme y no resbaladizo, cual conviene a los que empiezan a caminar; obligados a pasar de los hechos a las abstracciones, y luego de las abstracciones a los hechos? ¿Qué más se puede exigir para robustecer la razón humana y aparejarla para nuevas y más arduas conquistas?²⁰

Ved aquí cómo insensiblemente hemos venido a parar en la gran reforma acometida por el ilustre Bacon de Verulamio: *Natura enim* (dice en su estilo científicamente metafórico) *percutit intellectum radio directo; Deus autem, propter medium inaequale (creaturas scilicet), radio refracto:*

20. Si no me acosara el incesante temor de hacerme interminable, copiaría aquí parte de un artículo que sobre el sistema explicativo publiqué en el *Diario de la Habana* a fines de 1832; en él vería el Sr. Rumilio cómo de algunos pocos hechos tomados de la sencilla Historia de Camello, voy elevando como por escalones a los niños a las más sublimes consideraciones sobre los planes de la naturaleza y los atributos de su Hacedor: Esta es la cadena de la inducción: aquí está todo el secreto de Verulamio (Vid. nota 3 de Roberto Agramonte, página 288).

*homo vero sibi ipsi exhibitus, radio reflexo.*²¹ ¿Y creerá todavía el señor Rumilio que se pueda poner en planta el sublime principio del *nosce te ipsum*, antes de conocer lo demás del orbe? A torrentes han de llover las luces de todas las ciencias humanas sobre el más privilegiado entendimiento, antes que se dé un solo paso en el primero de los estudios en el orden de la importancia, pero el último en el orden del tiempo y la dificultad. Deslindar los fenómenos del instinto y de la inteligencia; examinar las causas que pueden alterar dichos fenómenos, o lo que es igual, marcar la influencia de las edades, de los climas, de los temperamentos, de las enfermedades, conocer al hombre sano y al enfermo (sólo el capítulo de la enajenación mental es un episodio que respecto de los conocimientos auxiliares que requiere, se vuelve otro asunto principal); comparar la inteligencia del hombre con la de los animales que más se le aproximan; cotejar los fenómenos instintivos e intelectuales que dependen de la acción del sistema nervioso con los de la conciencia y la razón; estudiar la historia de la Filosofía para instruirse de los aciertos y extravíos del entendimiento y entrever sus causas, tirar la raya divisoria entre la esfera de la organización y la educación; marcar el punto preciso, si posible es, en que se detiene la influencia de estas dos causas, y principia la libertad moral... por todo este dilatado y áspero camino es forzoso pasar antes de llegar a la suspirada meta. Fisiología, y quien tal dice, dice Física, Historia natural, Anatomía comparada, Medicina, Matemáticas (porque es menester notar la marcha del espíritu humano en todos sus ramos). Psicología y por descontado Ideología, Gramática, Lógica; y quien así se explica, ya incluye todos los recursos de la Crítica y Filología, y por cima de todo y para todo una razón sumamente fortificada y maestra en el ejercicio de la investigación; en una palabra, para el estudio del hombre es menester todo un hombre y es menester más que el hombre, toda la naturaleza.

Ahora se comprenderá sin esfuerzo por qué dije en mi “Advertencia” que principiar por la Ideología era comenzar por las Abstracciones; sin que pueda ocurrir a un sensato que sea posible proceder en ninguna ciencia sin la abstracción, primer instrumento del análisis. A esta aclaración, aunque hartamente obvia, me obliga el mismo autor del comunicado. Cuando se dice que una materia es abstracta, se quiere dar a entender no precisamente que lo sea con exclusión de las otras, sino que lo es en mayor grado: así llamamos ciencias abstractas a las Matemáticas en contraposición a las ciencias físicas; no porque en éstas deje de haber abstracciones, sino por ser en menor número que en aquéllas, que todas miran sobre ideas abstractas.

21. “Porque la naturaleza impresiona el entendimiento como mediante rayo directo; Dios, debido a la desigualdad de medio, como por rayo refractado; pero el hombre, cuando se muestra a sí mismo, como por rayo reflejo”.

También se infiere de lo dicho que lejos de rebatir yo el mérito de la Ideología y demás ciencias intelectuales, he tratado por el contrario de influir en que se proceda en la enseñanza por un método más rigurosamente científico, a fuer de más rigurosamente natural: la cuestión no es de simpatía o antipatía por este o el otro ramo de los conocimientos humanos, que si por predilecciones se decidiera el caso, quizás, o sin quizás, hacia los estudios filosóficos se inclinaría el fiel de mi balanza: se trata tan sólo del método, de preparar a los alumnos para que lleguen a ser buenos lógicos, y sobre todo profundos pensadores; pues fuera de ligar a todos los conocimientos un vínculo común, como decía el orador de Roma, a cada especie le toca su puesto así en el orden de la teoría como en el de la aplicación. ¿Quién podrá negar la importancia de la Lógica, o mejor dicho, de los estudios filosóficos? Pero no una Lógica de meras reglas tomadas a crédito, o sobre las palabras del maestro, sino una Lógica que se funde en el espíritu de observación; éste es el único medio de evitar esas definiciones alucinadoras que con la sana ciencia reprueba el articulista, y que sólo producen conocimientos nulos o superficiales.

Mas ¿qué idea se ha formado de la Lógica el autor del comunicado? Cree sin duda, como se ve por sus palabras, que es una especie de instrumento, o clave universal con que se abren todas las puertas del saber humano. Si es así ¿cómo se explican los progresos rápidos y seguros de las ciencias físicas y matemáticas, ínterin las intelectuales apenas han empezado a tomar creces al cabo de tantos siglos de cultura, por los ingenios más peregrinos? ¿Piensa el articulista que un Newton, o un Galileo, o un Cuvier debieron, no diré sus descubrimientos, pero ni siquiera sus aciertos, o sus no extravíos, al estudio previo de lo que llamamos Lógica? Al cabo todos estos grandes hombres nacieron cuando ya estaban los conocimientos algo adelantados en todos los ramos. Pero, ¿y qué diremos de los descubrimientos de Keplero y de Copérnico? ¿Y qué de los de Pitágoras y de Thales Milesio, los cuales florecieron aún antes que Platón y Aristóteles que fueron los primeros entre los griegos en acometer la obra de la fundación de la Psicología y la Lógica? Todo indica a las claras que el verdadero instrumento de que se vale el espíritu humano es la abstracción, sobre el cimiento de la observación; y en este sentido no puede haber ciencia alguna en Lógica; es decir, no se puede dar un paso en firme sin deducir, sin discurrir con encadenamiento, y por eso se ha dicho siempre que tal autor escribe con lógica, o con más lógica que tal otro: esto es, que sabe deducir sus raciocinios de los hechos y encadenarlos estrechamente. Luego si en todos los ramos del saber humano es de necesidad que el hombre abstraiga, que de otra suerte dejaría de ser hombre, síguese irremediablemente que en todos los ramos hay Lógica; pero ésta no ha sido Lógica aplicada después de aprendida en general y como preliminar aparte,

sino una Lógica hija legítima de la naturaleza, y alternativamente hija y madre forzosa de toda ciencia.²²

En este sentido diré que el hombre no fue primero lógico que físico, sino que no puede ser físico ni aun hombre sin discurrir o abstraer. Y pues ningún estudio puede emprender sin abstracción, escojamos para empezar uno de aquellos ramos con que está más familiarizado, y que pueda considerarse como la más natural continuación de sus primitivas observaciones. Fundados en esta consideración propondríamos igualmente para los primeros pasos al estudio de las lenguas, pues es materia acerca de la cual está el niño recogiendo datos desde que comienza a tartamudear: antes la lengua que la gramática especial; y antes las lenguas que la gramática general:²³ primero Física e Historia natural y después Psicología y Lógica. He aquí lo que cabalmente se practica en la nación más practica y más especulativa de Europa en materias didácticas: no es menester decir que se alude a Alemania: Lenguas, Física, Matemáticas primero porque es lo más atractivo, y de lo que más saben los muchachos. Pero no es de esta manera como se debe entender el debate sobre la precedencia de la Física o la Lógica; pues mejor dicho, del uso de nuestras facultades mentales no hay cuestión, permitiéndome el señor articulista le diga francamente, que el párrafo con que cierra su escrito está en pugna abierta con todos los principios asentados en el discurso de él. La cuestión es sobre si la Lógica como ciencia cuyo objeto es exponer los fenómenos y teoría de la inteligencia, debe o no estudiarse antes que la Física. Si las dudas reales o efectivas no versasen sobre este punto así considerado, esté seguro el articulista de que yo no habría tomado la pluma. No alcanzo, pues, cómo en tono de triunfo proclama al terminar, que mal que les pese a los partidarios del nuevo plan, tienen que confesar que primero fue el hombre lógico que físico. No, diré yo siempre: primero es observar que deducir; primero es recibir impresiones que reflejarlas; primero es ser niño que hombre: primero es crecer que madurar: primero es andar que explicar la marcha: que igual se me figura el empeño de estudiar primero las ciencias intelectuales, al de quien pretendiese que aguardara el niño para caminar hasta que se le enseñase la doctrina del

22. ¡Qué muestra tan espléndida de esta Lógica de las ciencias experimentales nos ofrece la famosa introducción de Juan Herschell al estudio de la Filosofía natural! Si desgraciadamente mi discurso no alcanzare a rectificar las ideas del articulista (y aun cuando lo alcanzare) le aconsejaré la lectura de este precioso libro, para que admire el punto a que puede llegar la inducción en las ciencias físicas.

23. Esto no impide que el que escribe una Gramática especial para principiantes aproveche las luces de la general: o el que lo haga sobre una ciencia cualquiera aproveche las luces de las otras; antes al contrario, así se ganará para el método; pero se trata del orden en que han de aprender los alumnos, y no lo que deben saber los maestros.

movimiento. Que de hoy más no despegue tampoco los labios, hasta que no decore a maravilla todas las partes de la oración.

He omitido de intento corroborar otra de las razones alegadas en mi "Advertencia" a favor del nuevo plan, así por no haberla tocado el articulista como por no ser fundamental, sino más bien consiguiente en la cuestión que nos ocupa. Sin embargo, es tanta su importancia para la reforma de los estudios públicos, que no puedo menos de consagrarle unos breves instantes.

Exigiendo a los alumnos de Filosofía el estudio previo de la Física, se obliga a los educandos para juristas a seguir el curso por entero; en lo cual se llevan dos grandes miras: la una infundir a los aspirantes al estudio de la jurisprudencia el gusto por unos conocimientos de que suelen carecer, y de que con harta frecuencia tienen necesidad en la práctica. No sería una paradoja el afirmar que el abogado necesita antes o más de la ciencia de los hechos que de la del derecho: necesita más que ningún otro cultivador de las ciencias hacer acopio de toda clase de conocimientos, así teóricos como prácticos, porque para todo se ofrecerá ocasión en el inmenso campo de las transacciones humanas. ¡Cuántos puntos enlazados con la Química judicial, con la Medicina legal, con la Historia natural, con la Agrimensura, no se ventilan diariamente en el foro, y cuya solución pende casi exclusivamente del conocimiento de estas materias! Al menos que posean el juez y el abogado algún criterio para formar juicio acerca de ellos. No es la ciencia del derecho la que más falta hace a nuestros letrados, porque ésa suelen tener de sobra. Pero me equivoco: sin las otras ciencias sabrán de memorias las disposiciones legales; serán unos empíricos o leguleyos, jamás jurisperitos y jurisconsultos. Asunto es éste que por sí solo reclamaría tratarse, no así por incidente, sino muy expofeso. La segunda mira trascendental, fue levantar algún tanto nuestros postrados estudios. Acostumbrándose los jóvenes a aguardar un poco más de tiempo para pasar a otros ramos, se calmaría hasta cierto punto (no del todo ¡ah! porque aquí operan otras causas) aquella ansiedad de ganar certificaciones, de ver volar el tiempo, de ganar un pliego de papel, pero no un renglón de conocimientos. Desengañémonos: el verdadero secreto para reformar los estudios es darle el tiempo y el rigor necesarios: sin tiempo ni se recorren, ni se maduran las materias: que media una inmensa distancia entre leer y estudiar, entre pegar de memoria, permítaseme la expresión, y apropiarse o asimilar, como si dijéramos, los conocimientos adquiridos. Sin rigor en los exámenes, no hay maestro ni discípulos, quiere decir, no hay estudios, y es punto en que están a una los prácticos más entendidos de todas las naciones cultas. Admira por cierto en los reglamentos de estudios de Alemania, maestra de la Europa en punto a método, ver no ya precisamente los requisitos y

formalidades que en estas materias se estilan entre nosotros (que todos nos volvemos fórmulas), sino la variedad y orden de conocimientos que se exigen en los aspirantes, y las sabias providencias encaminadas a asegurar el acierto. Tan atinados documentos no ha podido menos la Francia, la civilizada Francia, que copiarlos íntegramente para su uso, erigiéndolos en ley de la materia: *Multi sunt vocati pauci vero electi*.²⁴ Así es forzoso que en justicia sea, y así lo reclama imperiosamente la moral pública; porque la cuestión de los estudios es la cuestión de las costumbres: hasta bajo un grado la importantísima del saber en parangón con la de las costumbres. Pero afortunadamente para la pobre humanidad, los intereses de la virtud están íntimamente enlazados con los de la ciencia. A todos se convoca al festín, pero es necesario arrojar del santuario a sus profanadores. Un hombre ignorante en una profesión letrada, ¡o se corrompe o perece! ¡Cuántos comentarios no ofrece el foro de la Isla en este punto que siento en el alma tratar así por incidencia!

Así que libertad de estudiar cuanto se quiera, libertad de entrar en todas partes y a todas horas para registrar museos y bibliotecas, libertad de ignorar: Pero nos llama otro punto importante, y al cabo ésta no es más que una digresión, que por la gravedad de la materia y su enlace con la principal, espero me dispensarán los lectores.

Acaso se preguntará cómo siendo tan evidentes las razones que abogan a favor de la precedencia de la Física sobre la Ideología en el plan de estudios, se haya enseñado sin embargo por espacio de tantos siglos según el método contrario: ¿cuál ha sido el origen de semejante práctica? pues hasta la más extravagante preocupación envuelve una explicación filosófica; no hay nada en balde, ni nada sin por qué, y dado éste queda el entendimiento del investigador como más convencido y satisfecho. Voy a tratar de explicar el fenómeno con la posible brevedad.

No puede hablarse sobre el origen de la Filosofía y de las cuestiones filosóficas sin que los ojos del entendimiento se conviertan hacia la Grecia. Los griegos, estos hombres tan aptos para el estudio de las ciencias y las artes, se extraviaron sin embargo en sus primeras investigaciones. Éstas recayeron como era regular antes que todo sobre los fenómenos naturales, y recuerde de paso el articulista que Thales Milesio, Pitágoras, antes de ellos sus maestros los egipcios, y después de ellos el grande Aristóteles, principiaron sus estudios por la indagación de los fenómenos naturales. Precisamente lo que les extravió fue el apartarse de la senda de la observación y la experiencia por un lado, y el prurito por el otro, de aplicar los principios matemáticos (no las matemáticas como instrumento) a la naturaleza de las cosas. A la primera causa se deben los errores

24. "Son muchos los llamados, pocos los elegidos" (*Mat.* 20, 16 y 22,14).

de Thales Milesio en Física, a la segunda los de Pitágoras, que justamente alucinado con los prodigiosos resultados que él mismo alcanzara en la ciencia de la cantidad, pretendió forzar a ellos la naturaleza. Así vino a parar la ciencia Física o en una verdadera adivinación, o en un aparato matemático tan ridículo como gratuito. En este estado de cosas aparece el gran Sócrates, y viendo el abandono total en que yacía la ciencia de los deberes, y aun palpando el contagio de los principios de aquella errada Física, atrajo el estudio de la moral con el consejo y el ejemplo a la juventud más granada de su patria. La miserable situación en que se encontraban las ciencias físicas, la excelencia del nuevo método de Sócrates y la importancia de la moral fueron todas causas harto eficaces para que cayera en descrédito el estudio de unas ciencias esencialmente experimentales.

No es extraño, pues, el estudio de estos ramos que estaban agitando las grandes cuestiones vitales de la moral y de su hija la política: no olvidemos la suerte de Sócrates. Sócrates aun más que el sabio, fue el Apóstol y el Mártir de su patria. Vino después un genio extraordinario, el primer discípulo de Sócrates, Platón, a ahondar más los cimientos de la moral que había zanjado su maestro, teniendo para ello que levantar el edificio de las ideas. Aun el mismo Aristóteles, a pesar de haber principiado a cultivar y cultivado con tanto éxito para su tiempo las ciencias físicas, contribuyó también eficazmente a llamar la atención sobre las intelectuales, no sólo intentando fundarlas sobre la Psicología, sino haciendo el primer ensayo de una Lógica propiamente tal. Vino después el cristianismo, que tuvo una influencia tan considerable en espiritualizar el linaje humano, y que mirado como sistema filosófico, puede considerarse como la suma potencia a que ha podido elevarse el sistema de Platón. Entró después el escolasticismo a revivir, o mejor dicho, a hacer degenerar las doctrinas de Aristóteles: la obra del escolasticismo fue sustituir la forma a la sustancia, y no dar forma a la sustancia como se propusiera el Estagirita: fue desterrar las cosas, y entronizar las palabras. Llegados a este término los filósofos, ¿cómo había de existir la ciencia? ¿Cómo había de creerse que existiese en la observación de la naturaleza? Así que no es extraño que arribasen al punto de considerar a la Teología y la Jurisprudencia como las facultades por excelencia, bien que la Teología lo sea por la sublimidad de su objeto, dando desde luego un lugar distinguido, como el instrumento más a propósito, como el arma indispensable para las contiendas literarias, a la Dialéctica, no precisamente a la Lógica, y a la Metafísica, no precisamente a la Psicológica; tratábase de vencer, no de convencer. Apenas si se concedió un rincón a las ciencias naturales en el artificioso andamio de escolasticismo; todavía se notan vestigios de lo que fue, todavía se apellidan maestros en artes los doctores en Filosofía. Y a la verdad que poco se perdía con empezar por la Lógica o

por la Física; porque todo era una melaza de frívolas palabrillas y distinciones o un caos confuso de especulaciones metafísicas.²⁵

Hasta que vino al mundo el gran Bacon de Verulamio para cortar con su pujante hacha tan enmarañada espesura y con su antorcha refulgente alumbrar el camino que siempre va derecho a la verdad. De entonces acá datan los verdaderos progresos en todos los ramos del saber humano, sin que pretenda yo por un instante que los antiguos no adelantasen, así en las ciencias como en las artes (pues en éstas ¿quién podrá acercarse a los griegos?) Lo único que se deduce de lo dicho es, que no adelantaron todo lo que con su genio hubieran alcanzado, y aun se retrogradó de veras, pues hay mucha distancia entre los fundadores de la Filosofía griega y los campeones del escolasticismo en cuyas manos degeneró hasta la buena semilla que en sí llevaba la ciencia griega. Después de Bacon no sólo principiaron a estudiarse las ciencias por el debido método, sino con la debida separación, tanto más necesaria cuanto las mies iba siendo más abundante. Así es que en todas partes se fundaron nuevas cátedras y se reformaron las antiguas, apareciendo los Cartesios, los Galileos, los Newtones, los Leibnitz, y dividiéndose y subdividiéndose cada vez más los ramos del saber en manos de sus diversos cultivadores hasta el punto que vemos hoy por toda Europa. España empero no sintió tan pronto los saludables efectos de tan fundamental reforma: estaba en su suelo harto arraigado el árbol del escolasticismo por varias causas especiales, que es cosa más larga de contar, para que fuera fácil empresa el extirparlo; mas al fin llegaron a ella también los derrames de aquel torrente, siendo entre otras no débil prueba, a pesar de lo establecido en sus universidades, la Prevención del reglamento dado por la Dirección general de estudios de 1825 para los colegios de Humanidades sobre cursar sus alumnos las ciencias naturales y matemáticas primero que las intelectuales y morales:²⁶ reglamento que no se mandó tener a la vista, por la misma Real disposición, para conformar a él nuestro plan; y esta fue otra de las razones, bien que filosóficamente no tan fuerte como las anteriores, de que se hizo mérito en mi citada “Advertencia”. Es causa, pues, la presente, pasada en autoridad de cosa juzgada en todo el ámbito de la culta Europa.

25. Tampoco debe echarse en olvido como otra causa de descrédito para las ciencias naturales en la Edad Media, el haber caído los pocos conocimientos experimentales que se poseían en manos de gentes como los alquimistas, mágicos y otros tales de este jaez. Me queda el sentimiento de que por consultar la brevedad he tratado este asunto como a saltos; pero advierta el lector que más hubiera querido andar naturalmente que saltar; que los límites de este papel no me permiten otra cosa.

26. En España misma, desde el siglo pasado ya se enseñaban las ciencias físicas con entera independencia de las intelectuales, esto es, separadamente y sin preceder la Lógica: testigos los colegios de los cuerpos facultativos; otro testigo, el Instituto Asturiano.

Y pareciéndome con lo expuesto, no agotada, que no lo quedaría en un volumen, pero sí suficientemente examinada la cuestión, omitiré recorrer una por una otras especies que figuran en el comunicado. Ha sido mi ánimo hacer desaparecer en mi contestación, o sea más bien exposición, hasta la sombra de las personas, para dejar el campo franco a las cosas: sobre una tan sólo que me es personal osaré llamar la atención, y eso en gracia de la justicia y del respeto que debo al público. Trátase de patentizar que no de ahora, sino de muy atrás me ha guiado en la adopción de mis ideas el espíritu de examen, y no la mera consideración de ser invenciones modernas. Bien veo que el autor del comunicado no lo dice precisamente por mí (pues lejos de ello me prodiga excesivos elogios), sino más bien por los otros individuos con quienes había antes empeñado el combate. Diré más: a no haber estado persuadido, por el tenor de su mismo papel, de su completa buena fe, de su sincero deseo por hallar la verdad, ya me hubiera abstenido de empuñar la pluma.

Cabalmente conociendo la propensión de la juventud a traspasarse a los extremos, quise poner un valladar llamándole la atención sobre el valor que merecen muchas de las ideas de los antiguos; repetidas pruebas de ello se encontrarán en el discurso de mi Elenco, y señaladamente en la proposición 16, donde se lee: “El silogismo no es más que una forma del discurso, o un medio para la deducción. Por consiguiente, no decimos de él ni todo el bien que le atribuyeron los escolásticos, ni todo el mal que le acumulan los modernos. El escolasticismo quedó derrocado; y una revolución verdadera siempre se excede en su primer fervor. El tiempo es el que de todo hace justicia”. Y la 97: “Es también una vulgaridad despreciar lo que dijeron los filósofos antiguos cuando no lo podemos comprender (que es el *non plus* de la imparcialidad, si no es que peca en sobra de respeto). Más de una vez nos ha enseñado la experiencia que sus palabras bajo el velo de la paradoja, envuelven grandes conceptos y profundas observaciones”. En el citado Elenco se notará tan pronto defendida una opinión de Cartesio como impugnada otra; tan pronto estar del lado de los espiritualistas como de los sensualistas, ora aplaudiendo a los ideólogos, ora modificando, ora restringiendo, ora refutando sus doctrinas: en resolución, se ha procurado, pero con alma, vida y corazón, inspirar a la juventud el verdadero espíritu de la crítica filosófica, hasta el punto de predicarle con el consejo y el ejemplo; “que un profesor entendido y de conciencia debe proporcionar a sus alumnos los medios de juzgarle, acostumbrándolos a apelar a sus propias observaciones”. (Véase la proposición 95.) “Que el filósofo jamás debe prodigar su admiración por no hacerla degenerar en culto”. (Proposición 96.) “Que no obstante de parecer excusado el dictar precauciones contra la autoridad en medio del siglo XIX, todavía se les repite y se les inculca que la autoridad es un Proteo que se presenta bajo mil formas para ejercer su maligna influencia: la novela, la moda, el espíritu

del siglo, la ligereza, la presunción, el amor propio no son más que ropajes con que se viste la autoridad para avasallar nuestra razón”. (Proposición 94.) ¿Y quién puede dudar que el más acérrimo enemigo de la reforma propuesta es el mismo fantasma de la autoridad, apoyada en el derecho de prescripción inmemorial a falta de otros títulos de mejor categoría? ¿Por qué a nadie, ni aun a los mismos opositores al nuevo plan, repugna ni ha repugnado que se enseñen las Matemáticas primero que las ciencias morales? Porque había tiempo que así se enseñaban.

Es necesario tener ya la razón sumamente fortificada para poder sacudir el yugo de la autoridad en cualquiera forma que se presente ¿y qué forma más temible para el endeble entendimiento de los discípulos que las palabras del maestro? La autoridad es una planta que tiene su semilla en el corazón del hombre: ella le es tan característica como su misma fragilidad: el que no sabe andar es necesario que se apoye en el que ya camina, el que no ve bien claro necesita de guía que le alumbre. ¡Cuántas veces nos hemos burlado del *magister dixit* de los Pitagóricos, sin reparar que envuelve un documento precioso en la historia primitiva del espíritu humano! A los maestros se debe respeto, pero no fe. Lo primero está en el orden de la naturaleza, lo segundo fuera de él; el principio es útil, la exageración perjudicial. Mi ánimo ha sido a un tiempo demoler la autoridad y poner coto a la presunción. Yo quisiera contribuir con mi óbolo para afirmar el imperio de la razón, y ningún principio me parece más adecuado al caso ni reasume mejor el espíritu de esta discusión, que el mismo que dictó mi Elenco; desde cuya portada hasta su fin no se lee otra cosa bajo diversas formas, sino *Obest enim plerumque iis qui discere volunt auctoritas eorum qui docent.*²⁷

Habana y junio 8 de 1838.

27. “Por lo general, la autoridad de los que enseñan es perjudicial a los que quieren aprender”.

JUNIO



IV

CUESTIÓN DE MÉTODO SUSCITADA EN PUERTO PRÍNCIPE

POR EL CRÍTICO PARLERO (ANTONIO BACHILLER Y MORALES)

(*Diario de la Habana*, junio 19 de 1838.)

“Toda personalidad es un obstáculo a la convicción”.

Cartas a Elpidio

No es el punto de la cuestión determinar el hecho de que se puede estudiar lógica antes que física. Años ha que está resuelto. Trátase empero de investigar en qué circunstancias será más provechoso cada uno de estos estudios. Todo linaje de conocimientos se limita a hechos o inducciones. A ellos se reduce para nosotros la naturaleza. Los hechos o sensaciones los perciben nuestros sentidos que saben por instinto rectificar sus impresiones, razón por que sin saber lógica se puede sentir; acto que ni aun es voluntario; pero las inducciones ya pertenecen a nuestras facultades intelectuales, porque son relativas a realidades que no perciben los sentidos. La mayor parte de estas concepciones de la mente corresponden al análisis previo de las sensaciones, y mientras más grande sea el hábito de analizar los hechos, más en el camino del acierto estará el hombre observador.

¿Y quién duda que entonces, rico de hechos, podrá combinar y metodizar con más útil estudio sus conocimientos?

Un escritor francés ha dicho que la lógica es la ciencia de las consecuencias ¿y cuáles serán más numerosas y exactas en los dos sistemas? Vérsase la lógica sobre ideas, que éstas son relativas a sensaciones externas o internas que nuestro sentido íntimo produce, y es grande el caudal de aquéllos para que sea de poco momento el que proporciona el estudio de la física con más agrado e interés a la juventud para que el preceptor filósofo postergue su estudio a otro más intelectual.

Invocando el testimonio de los antiguos autores sobre los estudios relativos al entendimiento, el señor Rumilio olvida que entre el sistema de Aristóteles, o sea el de sus seudodiscípulos, las sùmulas, dialéctica y lógica magna, eran cosas muy distintas de lo que hoy se llama lógica. El ejemplo de la amianidad serviría para que se pusiesen en boga sus ingeniosos, pero inútiles métodos intelectuales, y ¿tal es la idea del señor Rumilio?

Si diversa es la lógica de las escuelas de la actual, aun es mayor la diferencia que existe entre la física escolástica y la experimental. Basta examinar la definición de la física escolástica para convencerse de que se necesitaba de un entendimiento lustrado con las argucias de la lógica y baratijas¹ de las sùmulas para su estudio. “La física, decía, no tiene por fin la observación de las cosas, sino que es su objeto el ente natural sensible, de tal modo que su razón de objeto no prescinde de la sensibilidad”; y puede acudir al arsenal inútil y helado de la estéril habilidad en busca de armas defensivas contra los juveniles bríos de la nunca vieja razón.

Yo espero que mi digno compatriota, el individuo a que se refiere el señor Rumilio, haga vigoroso alarde de sus buenos conocimientos ilustrando con sus luces la suscitada polémica, motivo que pone justo término a mis deseos de contestar por párrafos el comunicado que motiva este artículo.

Cuando tomé la pluma, dos eran mis objetos: 1º, recomendar en tan filosófica cuestión la calma y templado estilo de la discusión, sin asomos de personales alusiones que conviertan en disputa lo que debe ser examen. Discutamos, pero no disputemos: lo uno muestra deseo de aprender a enseñar; lo otro terca y necia presunción; 2º, manifestar al señor Rumilio cuánto se equivoca en pensar que sea flamante y peregrina idea lo que es pensamiento que tiene muchos años de emitido y practicado; lo que indica no es vértigo de novelería lo que ha creado partidarios al señor Luz, que fue el primero en plantarle en nuestra Habana.

Empero, tras pasé los límites de mi propósito entreteniéndome en trazar las antecedentes líneas, y por evitar al lector un rato de mayor fastidio

1. Expresión del ilustrísimo Feijóo.

me detendré en probar solamente la segunda parte del anterior párrafo, que la primera en sus términos está probada.

El abate de Pluche, en su curiosa y apreciable obra titulada *Espectáculo de la naturaleza*, escrita con el objeto de instruir a los jóvenes en las particularidades de la historia natural y lo que al hombre atañe considerado en sí mismo, después de recorrer los tres reinos de la naturaleza, después de haber escrito nueve tomos en cuarto, creyó el momento de enseñar la lógica. Pluche, pues, no es novador; no es un entusiasta por las ideas del siglo en que vivimos porque él escribió a los principios del próximo pasado. El sabio Almeyda, cuyos escritos se leen con provecho y placer a pesar de los adelantamientos que se han verificado últimamente en materias filosóficas, aplicó a su discípulo todo lo perteneciente a física, y destinó el tomo séptimo de sus *Recreaciones* a la enseñanza de la lógica; y para autorizar con razones su opinión se expresa en los términos siguientes, con tanta nitidez como valentía de expresión: “No me arrepiento de no habérsela dado a Eugenio, antes de la física, como es costumbre en las aulas; la casualidad lo dispuso así; y yo hallo conveniencia en lo que sucedió por acaso. Después de haber tratado de la filosofía natural o del cuerpo, es el lugar propio de tratar de la filosofía racional o del alma; pues estas materias son más delicadas por menos sensibles. Fuera de que conviene que la primera sala de este gran palacio de la sabiduría sea la más clara y alegre, para convidar y atraer a todos a que entren en sus más recónditos u oscuros gabinetes. Yo hago con vos, Eugenio, en la cultura del entendimiento, lo que hacen los labradores con aquellos que de nuevo se aplican al cultivo de los campos. En los primeros años sin darle precepto alguno, van con ellos labrando las tierras, y después que la práctica los tiene medio enseñados, entonces juntan con ella las máximas o reglas por las cuales se deben gobernar y guiar en todas las demás sementeras y labores; y cayendo estos preceptos sobre la práctica que ya tienen, los perciben mejor, y después con facilidad los ejecutan. Así hice yo con vos: toméos por la mano, y he ido discurriendo por todo el mundo: hoy os preservaba de una equivocación, mañana os sacaba de un error, al otro día os enseñaba a detener el paso hasta descubrir lugar firme en que pudiéseris asegurar los pies para el discurso; y ahora que tenéis ya ejercicio de discurrir con prudencia, estáis capaz de recibir todos los preceptos para la cultura de vuestro entendimiento”.

¿Y será de poco valor el voto de este sabio a los ojos del señor Rumilio? No, le creo con la mejor intención, y por lo mismo ya que tan pagado está de la fuerza de la autoridad literaria, cito la opinión de filósofos respetables. Queda demostrado que en Francia y Portugal hace muchos años que es conocido el método que se apellida una novedad, y que en España en 1772 ya se había hecho la 3^a edición del *Espectáculo*, y en 1803 la tercera de las *Recreaciones* en cuyas obras se proclama.

Por último, el pensar de maneras distintas no es un crimen, y cuando los argumentos lógicos de que uso no tengan parte en el convencimiento de los que no tienen mis ideas, los argumentos cronológicos, como relativos a hechos, son concluyentes respecto del equivocado concepto en que está el señor Rumilio, creyendo peligrosa novedad un sistema tan antiguo como la verdadera filosofía en la Península ibérica y mucho más en las naciones que la precedieron en tales estudios.—*El Crítico Parlero*.

V

IDEOLOGÍA Y LITERATURA²

1

NECESIDAD DEL ESTUDIO DE LA IDEOLOGÍA PARA EL DE LA LITERATURA

POR MANUEL COSTALES

(*La Siempreviva*, t. I, p. 13, 1838.)

Entre los estudios que reclaman particularmente de los desvelos del hombre, que esclarecen su espíritu, rectifican su juicio y perfeccionan el buen gusto desarrollando su razón, enriqueciéndola con el tesoro de los conocimientos útiles, ninguno le ofrece más encanto y atractivo que el de la literatura. A su poderoso influjo, como al toque de un talismán, siente el alma las dulces emociones del placer; la fantasía presenta sus más brillantes creaciones, hierva en sus venas el fuego santo del entusiasmo, inflámase en el deseo de la gloria, y produce entonces las acabadas concepciones del ingenio, los portentosos triunfos del talento.

Si la maledicencia asesta contra él sus dardos, si la desgracia lo persigue, si el infortunio lo abrumba, las letras derraman en su alma lacerada el balsámico consuelo, que si no destruye sus crueles padecimientos, mitiga al menos la acerbidad de su dolor, y humedece sus ojos con una lágrima, tributo eterno de su desventura, de su aflicción, de su congoja. Sí, lloramos en el dolor; lloramos también en medio del consuelo, porque nuestro oprimido corazón respira únicamente con el dulce alivio de las lágrimas.

2. Título de Roberto Agramonte.

Empero si el estudio de la literatura exige más que otro alguno la observación continua del hombre y sus relaciones, el análisis de sus facultades intelectuales y morales, y si éstos son precisamente el objeto de la Ideología, no puede dudarse que el literato debe ser ideólogo; o mejor dicho, que al estudio de la literatura debe siempre preceder el de la Ideología.

Cuando los vivos resplandores de esta ciencia no iluminaban al hombre en sus investigaciones, cuando arrebatado éste por el furor de las abstracciones despreciaba sus máximas saludables, nacieron los principios más absurdos, creáronse las teorías más impracticables, los sistemas se sucedieron unos a otros, y las verdades más sencillas se sujetaban a oscuras y complicadas doctrinas; la naturaleza no era entonces para el hombre más que un confuso laberinto, un caos incomprensible; la incertidumbre no la certeza, el error no la verdad, el delirio no la razón constituían su triste patrimonio. Fundador de escuela unas veces, partidario otras de las que más aceptación hallaba, extravióse en inútiles conjeturas, en torpes y arbitrarias consecuencias, cuyo estudio emprendemos no porque pertenezcan a las ciencias, pues los errores nunca son parte de ella, sino de su historia, más o menos lamentable según las preocupaciones que las separaron de la verdad.

En tan triste confusión y desorden proclamó la Ideología la exactitud del raciocinio, buscó el origen de las ideas, estudió al hombre intelectual, perfeccionó su conocimiento con el del hombre moral, y cayeron como por encanto aquellos colosos tan gigantescos y sorprendentes, como débiles y deleznable eran los fundamentos en que se levantaron.

El ideólogo ahuyentó con sus luminosos principios las tinieblas de la ignorancia, convocó a pretendidos sabios escritores, señaló el error para destruirlo, la verdad para abrazarla, y causó una revolución tan inesperada como útil y ventajosa para el género humano. La razón recobró su imperio, la imaginación vio destruidos los monstruos que en su delirio había creado, y, teniendo por norma la naturaleza, prestó más encantos a la poesía, su influjo y poder a la oratoria.

Esta fue a su vez despojada por la Ideología de los sofisticos adornos con que quisieron vestirla el capricho de las invenciones, la exaltación y desorden de las pasiones. Abrieron también para ella las sendas bellísimas de la naturaleza, e invocada entonces la verdad, el orador fue ideólogo porque raciocinaba, fue filósofo porque estudiaba el corazón humano.

Estas sencillas reflexiones bastan para conocer que a la luz benéfica de la filosofía se deben los adelantos de las ciencias, los admirables progresos de las bellas artes, y, para decirlo en una palabra, se le debe cuanto tiene al hombre de útil y ventajoso el período brevísimo de su existencia.

No hay signos sin ideas, sin ideas no hay pensamiento, sin pensamiento no hay raciocinio, sin raciocinio no hay discurso, y sin éste nada hay apreciable para el hombre. Ved, pues, cómo la literatura no puede existir sin la

Ideología: si ella niega su auxilio, enmudece la elocuencia, calla la poesía, o se sustituyen a sus encantos y bellezas las monstruosas concepciones de la fantasía.

Creen muchos que la amenidad y delicia de la literatura no pueden nunca hermanarse con la rectitud de los principios ideológicos, y alucinados con tan funesto error no sólo los desatienden, sino que los prescriben de sus trabajos, pronunciando un terrible anatema que muy pronto da a conocer su temeridad, obcecación e ignorancia.

La literatura funda sus bases en la naturaleza, el hombre repugna todo lo que se opone a ella, y como la Ideología no es otra cosa que un resultado de sus leyes, en las cuales, no en los principios, se funda el método analítico, objeto de sus investigaciones, es indudable que sólo el error y la preocupación pueden inspirar una doctrina contrariada por la razón, y cuyos sectarios dan en su misma obra las terribles armas con que combatirlos, la seguridad y certeza de vencerlos.

De aquí es que con harta frecuencia advertimos tantos errores, tantos defectos, tantas inexactitudes en muchas obras que diariamente ven la luz pública, inexactitudes, errores y defectos que oscurecen forzosamente el mérito más sobresaliente, si es que puede tenerlo una obra en que falten o se contraríen los principios ideológicos. Esta sería una obra sin método, sin plan, sin exactitud en los pensamientos, sin solidez en el raciocinio, sin orden y enlace en las ideas; una obra que sólo contendrá los delirios de la razón, la demencia de los sentidos y el desenfreno de las pasiones; que convertirá al hombre en un ser incomprensible, y que desvanecidas las primeras impresiones de la novedad, en vano buscará el lector en la naturaleza el tipo de tantas anomalías, porque ella no fue, ni pudo ser, objeto de las observaciones del autor.

El novelista, el orador, el poeta reclaman sin cesar los auxilios de la ciencia ideológica. Imposible fuera arrancar una lágrima de piedad o de dolor, conmover el corazón, inspirar amor a la virtud, interesar al hombre en las acciones magnánimas y generosas, si no hubiera exactitud en las ideas, profundidad en los pensamientos, calor y vida en las imágenes, brillantez y colorido en las descripciones.

Imposible fuera persuadir, deleitar y conmover, si el don de la palabra, reflejo de nuestros pensamientos, no guardara relación con éstos; si no se presentaran las ideas con orden analítico para que el entendimiento perciba la solidez y fuerza de la argumentación. Ni podrían tampoco despertarse simpatías en el corazón, pues para conseguirlo necesita el orador poseer el conocimiento del hombre moral, y esto jamás podrá alcanzarlo sin previo conocimiento del hombre intelectual, sujeto exclusivo, según hemos dicho ya, de la Ideología.

Imposible fuera que el canto del poeta interesara a los mortales, si la sublimidad de los pensamientos, la valentía de las ficciones, la rigurosa

exactitud de las ideas no divinizaran su ardiente inspiración y transmitiera a la posteridad el precioso fruto de sus observaciones. La colocación y armonía de las voces, ¿serían bastante para conseguirlo? ¿Y pueden acaso existir las voces sin que representen precisamente las ideas? ¿No son éstas las que persuaden al hombre, las que le hacen conocer la naturaleza, importancia y relación de las cosas? ¿No son éstas las que traspasan de dolor o inundan su alma en un torrente de delicias? Fácil es alargar el oído con la colocación y artificio de las palabras; empero pronto se cansa el hombre de las ficciones, busca la realidad de las ideas, y lo que antes mereció su atención, o viene a ser un ligero pasatiempo que pronto olvida, o contempla con dolor el efímero triunfo que la novedad arrancó de su opinión.

Sucede lo mismo respecto de la oratoria. Cuando el hombre reflexivo sujeta a un riguroso análisis las mismas palabras que le conmovieron, cuando en el silencio de su retiro examina los pensamientos e imágenes que tanto le deleitaron, y hace una rigurosa disección del discurso —si nos es permitida esta palabra— conoce la falta del plan, la carencia de método, la futilidad de las razones que le persuadieron; y si su alma se conmueve, si su entendimiento se convence, ve entonces con amargura su engaño y debilidad, y rasga indignado el velo que cubría el artificio del orador; contemplando en éste, no al filósofo sino al sofista, no al hombre que busca la verdad, sino al que pretende sólo apagar sus más vivos y brillantes resplandores.

La historia exige también el firme apoyo de la ciencia ideológica. ¿Qué utilidad, qué servicios prestaría el hombre si sus páginas no estuvieran escritas por la pluma del ideólogo? Las generaciones presentes verían en la relación de los hechos pasados los fantasmas que la ignorancia inventa y la realidad abulta, y al juzgar las venideras sobre los acontecimientos que actualmente ocurren, ni sabrían calificar la moralidad de nuestras naciones, ni aventurar siquiera la idea de nuestras inclinaciones, vicios o virtudes.

El historiador que contempla los monumentos públicos, sin investigar las causas, origen y fundamentos de su existencia, sin consultar, auxiliado de los sanos principios de la Ideología, la tendencia de la época, la opinión reinante, integridad y costumbres de los moradores, y la influencia de otras causas bastantes a veces para levantarlos, aumentaría la oscuridad que tras sí deja el transcurso de los siglos, y no cumpliría su santa y augusta misión.

La rectitud ideológica da a las observaciones del historiador aquel grado de verdad, aquella inalterable imparcialidad que son indispensables para juzgar con tino y acierto de las cosas. Ella mira los acontecimientos pasados con el criterio que le inspira esta ciencia, revela las turbulencias de los imperios, las conmociones sociales, los torrentes de sangre que

hicieron derramar las revoluciones políticas, los vicios, crímenes, excesos y virtudes del pueblo que describe, y pronuncia su terrible fallo contra las acciones magnánimas que inmortalizaron la memoria de los héroes, y sobre aquellas que trajeron sobre su cabeza la execración y odio de la posteridad.

¿Y podría conseguirlo sin la fuerza del raciocinio, sin la solidez del pensamiento, sin la exactitud de las ideas? ¿Podría conseguirlo sin la coordinación y enlace de esas mismas ideas, sin la identidad de ellas con los sucesos que refiere? La Ideología es la antorcha luminosa que disipa las densas tinieblas del error, que la hace conocer al través de los siglos y de las preocupaciones de los pueblos los hechos que su imparcialidad refiere, la influencia que ejercieron y las consecuencias que originaron.

El literato, pues, debe ser ideólogo, y debe también serlo el que quiera gustar los encantos y delicias de las bellas letras, pues así como al hombre no le es dado explotar la tierra, ni alcanzar los ricos tesoros que encierran en sus entrañas sin los conocimientos geológicos que lo conduzcan a tan ansiado fin, así tampoco podrá apreciar el mérito literario, ni perfeccionar el buen gusto sin el caudal de conocimientos intelectuales que proporciona el importante estudio de la Ideología.

AGOSTO



VI

IDEOLOGÍA Y LITERATURA¹

2

POR EL ECLÉCTICO

[JOSÉ ZACARÍAS GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*Diario de la Habana*, agosto 11 de 1838.)

Con el título “Ideología” se ha publicado un artículo en *La Siempre viva*, firmado por M. Costales. Suplicamos al autor crea que al emitir nuestra opinión sobre su estreno público no nos mueve motivo alguno de animosidad personal, sino el deseo de servir en algún modo a la juventud de nuestra patria, salvando al mismo tiempo el estado actual de la filosofía.

Al leer el título *Ideología* sospechamos que el autor pertenecía a la escuela de Condillac, puesto que la divisa corresponde al sistema decaído de la sensación y nos vino a la mente el *delenda est Carthago*,² porque el lema ¡sólo! trae todos los resabios del estéril exclusivismo a que se condenó tan mal parada escuela, sin embargo de que por nuestros ojos han

1. Título de Roberto Agramonte.

2. “Hay que destruir a Cartago” (obsesión de Catón).

pasado elencos, donde se ha querido asociar esa enseña del siglo dieciocho con la de Psicología que usaremos conforme a los progresos de la Filosofía.

El autor se propone probar la necesidad del estudio de la ideología para el de la literatura.

Los dos primeros párrafos se dirigen a encarecernos los encantos y atractivos de la literatura, pero se nos encarecen de un modo tan general y vago que lo que se dice de ella se podría aplicar con igual razón a cualquiera de las bellas artes.

El cuarto párrafo se puede considerar como el principio del artículo; sentimos tener que reproducir la misma observación con respecto a los dos primeros. Se nos dice de un modo también general y vago: “cuando los vivos resplandores de esta ciencia (ideología) no iluminaban al hombre en sus investigaciones, cuando arrebatado éste por el favor de las abstracciones, despreciaba sus máximas saludables, nacieron los principios más absurdos, etcétera”. Pero no nos dice cuándo existió esta época calamitosa, no se digna indicarnos el siglo o los siglos que condena a estar fuera de la humanidad, a no contribuir, en comunión con los otros, al adelanto de la civilización. Fíjense las épocas, désígnense los condenados y acaso encontrarán algún compasivo que vuelva por su honor y los redima.

Este modo de expresarse así tan general y vago lo pone a cubierto de cualquier ataque, pues si se le hiciese por ejemplo la observación de que Aristóteles o Platón fueron psicólogos, en cuanto lo permitía su época, nos podría decir que se había contraído a la época anterior al diluvio.

Aun en este período tan general y vago se advierte una contradicción, pues si era arrebatado el hombre por el furor de las abstracciones, debía ser arrebatado por el furor psicológico, si podemos valernos de esta expresión, porque siendo la psicología el estudio de las ideas, claro es que el furor de las abstracciones se resuelve en el furor psicológico.

Más adelante en el mismo párrafo añade extravióse (el hombre) en inútiles conjeturas, en torpes y arbitrarias consecuencias, cuyo estudio emprendemos no porque pertenezcan a las ciencias, pues los errores nunca son parte de ella, sino de su historia... Así, pues, V., señor Costales, estudia historia por satisfacer una curiosidad pueril y nada más; estudia V. la Grecia por saber lo que pasó allí sin considerar la influencia que tuvo sobre el mundo romano y éste sobre la edad media, etcétera; se pone V. en el mismo punto que el primer hombre, con la grandísima diferencia de que los errores de éste fueron necesarios y los de V. voluntarios.

Esta equivocación depende de que V. cree que hay errores absolutos; tanto el entendimiento, como el teatro en que se ejercita la conciencia, tiene sus leyes necesarias, que se ven forzados a obedecer, leyes que les es imposible traspasar. Me preguntará V.: ¿En qué consiste, pues, la variedad de opiniones? En los diversos modos de ver las cuestiones; pues como la reflexión es sucesiva, no puede considerar a la vez todos los elementos de

que se compone el fenómeno; tiene que considerarlos aisladamente, y como cada uno de estos elementos es importante, suele aficionarse exclusivamente al elemento que observó y considerarlo como componiendo todo el fenómeno. Así, pues, el error es y no puede ser otra cosa que una verdad parcial convertida en verdad absoluta; el filósofo, pues, en lugar de despreciar los trabajos de sus antepasados, debe aprovecharse de ellos corrigiendo sus exageraciones.

Traslade V. ahora estas observaciones a la conciencia del género humano, la historia, y no la despreciará V. tanto.

El párrafo noveno parece que fue escrito, más bien para lucir arreos retóricos que para la demostración del programa. Transcribamos parte de él: no hay signos sin ideas, sin ideas no hay raciocinio, sin raciocinio no hay discurso y sin éste no hay nada apreciable para el hombre. Ved, pues, como la literatura no puede existir sin la ideología... El argumento en que se funda la consecuencia es tan general y vago que igualmente se podría decir: ved, pues, como la química no puede existir sin la ideología, puesto que la química necesita de ideas; ved, pues, como para hablar es preciso ser ideólogo, puesto que para hablar es preciso tener ideas que expresar; luego los que no estudian gramática no pueden hablar; luego para hablar y entendernos se necesita ser sabio.

El señor Costales no admitirá, sin dudas, estas consecuencias; pero son rigurosamente deducidas de sus palabras, ya citadas; y el no admitirlas quiere decir que nunca podremos ser tan lógicos, que lleguemos a las últimas y necesarias consecuencias del sistema que nos domina.

El error del señor Costales estriba en que confunde la espontaneidad, precursora y base de la reflexión, con la reflexión misma; es verdad que la reflexión nada crea, y que los mismos elementos que se encuentran en la espontaneidad deben aparecer en la reflexión; pero en la espontaneidad el entendimiento no se da cuenta de las verdades que percibe y en la reflexión sí. En el hecho de la espontaneidad no hay diferencia esencial de hombre a hombre: en el mismo grado la posee el hombre más sabio que el hombre más estúpido: constituye la unidad de la especie humana; la reflexión pertenece solamente a algunos hombres, es causa de los errores y de la variedad de opiniones; constituye la diversidad de la especie humana; espontáneamente todos los hombres llegamos al conocimiento de Dios, del mundo de la justicia y de todas las verdades esenciales y fundamentales; pero no a todos nos es dado el conocer, en la forma clara, sabia, reflexiva y distinta, como las conocen los que se dedican al estudio de la filosofía.

Imposible fuera, nos dice, que el canto del poeta interesara a los mortales si la sublimidad de los pensamientos, la valentía de las ficciones, la rigurosa exactitud de las ideas, no divinizaran su ardiente inspiración; el que sea rigurosamente exacto en sus ideas no es poeta; su canto debe ser

una síntesis brillante y profunda en la que los colores estén mezclados, pero sin confundirse, y sin abatirse a los pormenores del análisis; como que él debe ser hijo de aquel estado transitorio de la inteligencia en que desembarazándose de su parte ordinaria y subalterna proceda intuitivamente al conocimiento de la verdad; así es que los profanos y aun el mismo autor del cántico, pasado el momento del entusiasmo, tienen que recurrir a mil ideas intermedias para llegar al conocimiento de la verdad, que por un don especial de la divinidad le fue dado conocer a aquél intuitivamente.

Esta es la razón por la que sufrimos el lenguaje imperioso de los poetas; pues conocemos que son simples espectadores, como nosotros, del fenómeno que los domina, y que Dios mismo es el que se expresa por ellos, según la expresión de un vate insigne.

Se ha considerado como una inconsecuencia de la escuela a que pertenece el señor Costales el celebrar y aplaudir a los poetas, pues no admitiendo otro origen de los conocimientos que la sensación, y otro guía y norte de las acciones que la utilidad, desconoce la base y origen de la poesía, esta virtud espontánea e intuitiva que tiene el entendimiento para conocer y comprender la verdad sin necesidad de intermedio alguno y sin pedirse ni darse cuenta de ella.

No cansaremos por más tiempo la paciencia del lector; el artículo *Ideología*, si estuviera bien desempeñado, pertenecería al siglo dieciocho; pero ni aún este mérito tiene, pues todo él se reduce a cansadas declamaciones sobre el estudio de la ideología, lugares comunes sobre la ignorancia, literatura, historia, etcétera, y reflexiones generales y vagas, que aunque verdaderas, pudieron excusarse puesto que todo el mundo sabe lo que se recomienda en ella.

VII

IDEOLOGÍA Y LITERATURA³

3

POR MANUEL COSTALES

(*Diario de la Habana*, agosto 16 de 1838.)

Rectificar las ideas, señalar con tino y discernimiento el error; convencer y persuadir la falsedad y equivocado conc epto de las doctrinas que se establecen, no menos que las consecuencias desarregladas que de ella se deduzcan; en una palabra, combatir con imparcialidad y entereza la ignorancia, proclamando siempre la verdad, tales son los principios luminosos, tal el objeto que dicta y se propone una Filosofía dulce y consoladora, principios que deben tenerse muy presentes cuando queremos juzgar de una obra, de cuyo examen nos hemos ocupado, no empero que invocándose su nombre se dé entrada a la animosidad, al espíritu de oposición y a otras pasiones que empozoñando las observaciones del escritor; alejen la calma y sosiego de la reflexión, y hacen por consiguiente dudoso, si no imposible, la exactitud y acierto del raciocinio.

Decimos esto con motivo del artículo que bajo la firma “El Eclético” se publicó en el Diario de ayer; relativo al discurso inserto en el número primero de *La Siempreviva*, sobre la necesidad del estudio de la Ideología para el de la literatura.

Bien quisiera, señor eclético, que respetando V. las personas, y observando los deberes que la moderación impone a todo escritor público, se hubiese ocupado en destruir las ideas, en probar la falta de plan, la carencia de método, la debilidad o poca fuerza de las razones y fundamentos que allí expuse, porque con esto hubiera V. abierto una discusión sumamente útil y provechosa; pero el deseo reprehensible de impugnarlo, todo le hizo a V. olvidar no sólo estos deberes, sino la obligación en que precisamente se halla el que critica, es decir; la instrucción y conocimiento de la materia sobre que escribe.

La ligereza, sin razón e injusticia, con que V. ha procedido, le han conducido hasta el extremo de manifestar que “el artículo de Ideología, si estuviera bien desempeñado pertenecería al siglo dieciocho”, y aunque esta manifestación bastaría por sí sola para imponerme un profundo silencio, quiero no obstante evitar voluntarias y gratuitas interpretaciones, demos-

3. Título de Roberto Agramonte.

trándole que V. no ha hecho más que cometer errores y desaciertos en cuanto ha dicho, que V. ni es ecléctico como se titula, ni entiende siquiera el significado de esta palabra.

Entremos, pues, en materia, y despreciando personalidades ajenas a mi carácter, y de toda cuestión literaria, contraigámonos a los particulares de su artículo.

Principia V. diciendo, que “no le mueve sino el deseo de servir en algún modo a la juventud de su patria, salvando al mismo tiempo el estado actual de la Filosofía”. ¿Y cuáles son los títulos con que V. se presenta para darse ese tono de magisterio e importancia? ¿Cuál es el ataque que ha sufrido la filosofía actual para que V. se nombre su salvador? ¿Cuáles son los principios que V. ha difundido, las doctrinas que ha establecido, los fundamentos que ha expuesto, las razones que ha esforzado, los argumentos que ha producido, para decir ante el público que le escucha: “voy a servir a la juventud de mi patria, voy a salvar el estado actual de la filosofía?” Convergamos, señor presuntuoso, en que no es V. el que tal dictado debió darse; convergamos en que V. con su artículo no ha hecho, como se lo demostraré más adelante, servicio alguno a la juventud; convergamos en que V. ni es, ni puede ser Salvador de la Filosofía, porque ésta en nada absolutamente se ha alterado, y por último es necesario que tenga V. presente el principio saludable, *Prius est esse quam taliter esse*,⁴ pues procurando observarlo evitará multitud de ocurrencias desagradables.

En el párrafo segundo dice V. lo siguiente: “Al leer el título *Ideología* sospechamos que el autor pertenecía a la escuela de Condillac, puesto que la divisa corresponde al sistema decaído de la sensación, y nos vino a la mente el *delenda est Carthago*;⁵ porque el lema sólo trae todos los resabios del estéril exclusivismo a que se condenó tan mal parada escuela, sin embargo de que por nuestros ojos han pasado elencos donde se ha querido asociar esa enseña del siglo dieciocho, con la Psicología que usaremos conforme a los progresos de la Filosofía”.

Vamos por partes. Dice V. “que el título de *Ideología* le hizo sospechar que yo pertenecía a la escuela de Condillac”. ¿Conque por el solo título me juzgó V. discípulo de Condillac? ¡A cuantos desaciertos nos arrastra la irreflexión! Sepa V., señor Salvador de la Filosofía, que el título de un discurso, o de una obra, sea la que fuere, no da a conocer las opiniones de su autor; ni mucho menos la escuela a que pertenece; sepa V. que esto se conoce únicamente por las ideas que se adoptan; por las doctrinas que se siguen; por los principios que se sostienen. Sepa V. que éstos, y no otros son

4. “Está antes ser que la manera de ser”.

5. “Hay que destruir a Cartago”.

los medios que indica la razón, y que enseña la filosofía para obtener el conocimiento que V. no ha podido adquirir.

“Que la divisa corresponde al sistema decaído de la sensación, y nos vino a la mente el *delenda est Carthago*, porque el lema solo trae todos los resabios del estéril exclusivismo”. Es un error decir que la divisa (el título Ideología) corresponde al sistema decaído de la sensación; lo es también, y muy grave, calificar de decaído este sistema. Sean cuales fueren los progresos de la Filosofía que conocemos y seguimos, porque de estudiantes nos preciamos, el sistema sensualista perderá su exclusión, pero no dejará de existir en todo lo demás, porque está fundado en la observación de los hechos, en la naturaleza misma, y por consiguiente jamás podrá el hombre destruirlo. Norabuena que haya muchas ideas que mediatamente no se adquieran por los sentidos, norabuena que los adelantos de la ciencia así lo demuestren, norabuena que estos adelantos destruyan la exclusión, sólo la exclusión según se ha dicho ya, de la escuela de Locke; pero todo esto acontece en el estado actual de nuestros conocimientos, es decir, después que en el hombre se han desarrollado las facultades intelectuales, después que piensa, después que es capaz de hacer o formar un discurso.

Despréciense si no sus principios, invéstiguese el origen de nuestras primitivas ideas, considérese al hombre en los días de su infancia, y tendremos que ningún espiritualista podrá explicar satisfactoriamente la adquisición de las ideas. De lo expuesto se deduce que debemos seguir la senda marcada ha mucho tiempo por el eclecticismo, es decir, que debemos elegir entre los dos sistemas todo lo que tengan de fundado y razonable, y como V., señor articulista, declara guerra abierta a la escuela de Condillac, como V. se asusta con el solo nombre de ideología, queda suficientemente probado que V. ni es ecléctico, ni entiende tampoco lo que significa esta palabra.

“Por nuestros ojos han pasado elencos donde se ha querido asociar esa enseña del siglo dieciocho (la ideología) con la Psicología.” La ideología no es, señor mío, enseña del siglo dieciocho, ella es la ciencia que trata del origen y enlace de las ideas, reconoce por base y fundamento a la naturaleza; y como he dicho anteriormente, el hombre destruirá las invenciones, pero no las doctrinas que se fundan en los hechos.

Que las ideas se adquieran por los sentidos, o por el espíritu sin auxilio mediato de aquéllos, no contribuye a la ideología como la enseña del siglo pasado, puesto que el nombre de Psicología no denomina esencialmente la ciencia, sino que la determina con más extensión. Por lo que respecta a los elencos, que dice Vd. haber visto, esto es hablar de más, pues nada tiene que hacer con la cuestión.

Contrayéndose V. al cuarto párrafo del discurso en que hablo de los absurdos principios a que dio lugar la carencia de conocimientos ideológicos, dice V. que debí fijar las épocas, señalando el siglo o siglos en que tal

cosa aconteció. Cuando escribí aquel artículo, no fue mi ánimo escribir un tratado completo de esta ciencia, ni menos la historia de la Filosofía; bastaba a mi propósito de mostrar el objeto de dicha ciencia, su necesidad e influencia en la literatura. Lo contrario, ni podía hacerlo por no permitírmelo los estrechos límites de la obra, ni era necesario ni conveniente, ni conforme a mi propósito.

“Que Aristóteles y Platón fueron psicólogos en cuanto le permitía su época”. Esto confirma que la Psicología no se diferencia esencialmente de la Filosofía, según dejamos dicho en uno de los párrafos anteriores.

Dije en el artículo de *La Siempreviva*: extravióse el hombre en inútiles conjeturas, en torpes y arbitrarias consecuencias cuyo estudio emprendemos, no porque pertenezcan a las ciencias, pues los errores nunca son parte de ella, sino de su historia. Y de aquí deduce el Ecléctico que “yo estudio la historia por satisfacer una curiosidad pueril, y nada más, que estudio la Grecia por saber lo que pasó allí, sin considerar la influencia que tuvo sobre el mundo romano y éste sobre la edad media”. Lástima da ver a V. tan extraviado, señor Ecléctico. ¿Qué tienen de común la historia de las ciencias y la historia del género humano? ¿He hablado acaso de esta última? ¿La he mencionado siquiera? ¿Por qué, pues, me hace V. cargos tan injustos? Porque no es lo mismo leer que leer con meditación, porque no es lo mismo escribir al capricho que escribir con instrucción y conocimiento. Las ciencias no son más que un conjunto de principios exactos, y mal pueden avenirse con éstos los errores; por eso es que pertenecen a la historia de las ciencias, o lo que es lo mismo, a sus cultivadores.

No pudiendo V. impugnar el párrafo de *La Siempreviva* que principia de este modo: “no hay signos sin ideas; sin ideas no hay raciocinio, sin raciocinio no hay discurso”, etcétera, dice V. que está escrito para lucir artes retóricas, añadiendo que según mi modo de pensar, para estudiar Química se necesita la Ideología, y para hablar se necesita también de esta ciencia y de la Gramática. ¿Y quién ha dicho hasta ahora lo contrario, señor Ecléctico? Para hablar bien se necesita saber gramática, para hablar bien se necesita saber ideología. Y la prueba de esta verdad la proporciona V. mismo con las consecuencias extraviadas que continuamente deduce, no menos que con el desorden y falta de método con que escribe.

Prosigue V. diciendo que “mi error consiste en que confundo la espontaneidad, precursora y base de la reflexión, con la reflexión misma, que es verdad que la reflexión nada crea, y que los mismos elementos que se encuentran en la espontaneidad deben aparecer en la reflexión, etcétera. Confieso de mí que por más esfuerzos que he hecho, no he podido comprender este párrafo; ¡tal es la confusión y oscuridad con que está escrito!

Por último, concluye V. con que “el que es exacto en las ideas no es poeta”. V. debió impugnar lo que sobre este particular dije en el artículo de ideología; mas para ello era necesario meditar y no es V. ciertamente aficio-

nado a esto de profundas reflexiones. Si el poeta no fuera exacto en sus ideas ningún mérito tendrían sus composiciones. La imaginación, ese don celestial que constituye su prenda más estimable, debe tener por norma a la naturaleza. De aquí depende el ser tan corto y reducido el número de los buenos poetas, porque arrebatados los más por el furor de sus fantasías desconocieron las bellezas de la naturaleza, creáronse un medio ideal e ilusorio, y acostumbrados a extravagancias y visiones, no pudieron luego contener el vuelo de sus abstracciones, cayeron en el delirio, y éste les atrajo la conmisericordia, cuando no el desprecio de los hombres sensatos. Quítese a la poesía la exactitud de las ideas, despójesele de este mérito, y será nulo, insignificante y efímero su triunfo. Las ciencias no les deben ni una sola verdad a los poetas; antes por el contrario, ellos necesitan de todo su auxilio para instruir e interesar con su canto a los mortales. Falso es, por consiguiente, que el poeta, según V. dice, llegue al conocimiento de la verdad intuitivamente sin necesidad de ideas intermedias, y bastante singular y peregrino que, tratando de materias filosóficas, diga que Dios habla por boca del poeta. Semejante delirio no merece refutación.

Queda, pues, suficientemente demostrado que V. no ha conseguido prestar con su artículo servicio alguno a la juventud, ni menos ha podido ser Salvador de la filosofía actual, pues para este último particular era indispensable 1º que yo hubiese contrariado los verdaderos progresos de esta ciencia; y 2º que V., señor Eclético, tuviera la imparcialidad, conocimiento e instrucción necesaria para conseguir tan útil e importante objeto. Sin embargo de todo, soy de V. su más atento y S. S. Q. S. M. B. —*Manuel Costales.*

Habana, agosto 12 de 1838.

VIII

IDEOLOGÍA Y LITERATURA⁶

4

POR EL ECLÉCTICO
[JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*Diario de la Habana*, agosto 24 de 1838.)

El señor Costales, en contestación a mi artículo del día once de agosto, me exige los títulos con que me presento a impugnarlo. A esto le responderé que como individuo de la especie humana tengo una chispa divina de la inteligencia absoluta, me glorio y honro en participar como los demás hombres de las convicciones de la razón, y por consecuencia en disentir de lo que no me parezca arreglado a ella, a no ser que quiera el señor Costales que los hombres sean racionales e inteligentes por títulos de pergamino, y ni aún en esto me encontrará desprevenido, pues tengo como buen bachiller mi título en mi canuto de hoja de lata.

De irreflexivo me trata porque sospeché, y no juzgué como él dice, que por el título Ideología pertenecía a la escuela de Condillac. Siempre he estado en la inteligencia que el título de una obra nos imponía sobre poco más o menos de la materia que trataba, pues al leer el lema de Ideología no debí pensar que se trataría del arte de condimentar y sazonar guisados. En prueba de que mi sospecha fue fundada, desafío al señor Costales a que cite un solo ecléctico, que lo sea realmente y no se cubra con el nombre para seguir un sistema, que se haya servido de esa expresión; al contrario de los sensualistas, que todos la han empleado. Destutt Tracy, que pertenece a la escuela de los últimos, y que adquirió fama de ideólogo, confiesa que Condillac, filósofo de la propia secta, se puede considerar el fundamento de la Ideología.

Para más corroborar mi sospecha, su mismo artículo viene en mi apoyo, pues a ejemplo de la escuela sensualista empieza buscando el origen de las ideas antes de empezar por el estudio del hombre intelectual; como ellos, desprecia insultantemente a sus antepasados, imitando a Condillac que dijo haber sido los antiguos los primeros ignorantes; y como ellos, no ha entendido lo que explicamos sobre la espontaneidad y la reflexión.

En su segundo artículo el señor Costales reconoció su error, no teniendo la suficiente entereza para confesarlo paladinamente; pero bien se de-

6. Título de Roberto Agramonte.

duce de sus vacilantes palabras que citaré: “Que las ideas se adquieran por los sentidos o por el espíritu, sin auxilio mediato de aquéllos, no contribuye a la Ideología como la enseña del siglo pasado, puesto que el nombre de Psicología no denomina esencialmente la ciencia, sino que la determina con más extensión.” Luego, si la Psicología determina la ciencia con más extensión, claro está que la Ideología no la determina con toda la que debiera; luego sólo el título de Ideología induce a creer que es exclusivista y sensualista el señor Costales: luego no fue irreflexiva mi sospecha: luego *Delenda est Carthago*.

Que no soy eclético y que ni entiendo lo que significa esta palabra, cree haberlo suficientemente demostrado el señor Costales, ¿y por qué? Porque declaro guerra abierta al sistema de Condillac. ¿De dónde ha deducido semejante consecuencia? A quién yo declaré guerra abierta, a fuer de eclético, fue al estéril exclusivismo a que se condenó tan mal parada escuela, pues éstas fueron las palabras que estampé en mi primer artículo.

Dije estéril exclusivismo en lugar de decir fecundo exclusivismo; pero fecundo en errores y desaciertos, pues en moral produjo el egoísmo, en política la anarquía y la disolución de la sociedad; la destrucción y aniquilamiento completo de la religión; y la pobreza y mezquindad en las artes y poesía. Confiese V., señor Costales, que no ha podido comprender el párrafo en que distinguí la espontaneidad de la reflexión para convencerlo de su error: Le aseguro que desde que le escribí sospeché que V. no le entendería, pues era trasladarlo a V. a un campo que su sistema y la tenacidad con que a él se ha aferrado no le deja conocer; aunque V. nos diga que conoce y sigue los adelantos de la filosofía.

Bastante singular y peregrino se le hace a V. que hablando yo de materias filosóficas, diga que Dios habla por boca de poeta, y ni lo juzga V. digno de contestación. En esto se está conociendo al discípulo de Helvecio y Holbach, de esos hombres que querían establecer un divorcio escandaloso entre la religión y la filosofía, que no tuvieron aun en su siglo sino un triunfo momentáneo y pasajero, debido más que a sus obras a los espléndidos banquetes que daban. De muy atrás se ha dicho que un gran poeta latino, a cuya sentencia aludí: *Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*;⁷ y uno de los poetas que más honor hacen a nuestra patria ha repetido: “No en vano agita su ferviente seno/Dios cuando quiere por su voz hablar”.

¿Se han enseñado acaso? Cuando el poeta, hallándose dominado por la inspiración y el entusiasmo y con la conciencia de su poca o ninguna intervención en este fenómeno, refiere a Dios las verdades que no son fruto de su reflexión ni por consecuencia de su voluntad, es decir, de su personalidad, ¿se equivoca acaso? No, sin duda; porque Dios es la sustancia y causa

7. “Dios está entre nosotros, y cuando hablamos lo hacemos por su voluntad”.

de las verdades. Así, pues, filosóficamente como en cualquier otro modo, pues la verdad es una. Dios mismo se expresa por los grandes poetas.

Me dice V. que no pudiendo impugnar yo el párrafo de *La Siempreviva* que principia: no hay signos sin ideas, sin ideas no hay raciocinio, sin raciocinio no hay discurso, etcétera dije que estaba escrito para lucir arreos retóricos, y que según su modo de pensar, para estudiar Química se necesita la Ideología, y para hablar también. Con este motivo me dirige V. la pregunta: ¿quién ha dicho hasta ahora lo contrario, señor Eclético? Lo que critiqué en el párrafo de *La Siempreviva* fue el argumento tan general y vago en que se apoyaba la consecuencia que V. deducía, y se lo probé a V. *ad absurdum*.⁸ V. parece que aceptó estas consecuencias, y por tanto será preciso prepararnos, según V., con estudios ideológicos para el de Química. La otra consecuencia me la adultera V., añadiendo que para hablar bien, se necesita la Ideología y Gramática. Yo no dije ni bien, ni mal, pues la consecuencia rigurosa que se deduce de las palabras de V., es que para hablar se necesita ser ideólogo, pues para hablar sea bien o mal se requieren ideas que expresar.

Si hubiera V. entendido la diferencia que establecí entre la espontaneidad y la reflexión, sabría V. por qué todos hablamos y por qué no todos hablamos bien.

Me pregunta V.: ¿qué tiene de común la historia de las ciencias y la historia del género humano? No es nada: su objeto, el hombre. ¿Por ventura la historia de las ciencias no es parte de la del género humano, o mejor dicho, no está comprendida en ella? ¿Se diferencian acaso en que la del género humano pertenece a nuestra raza y la de las ciencias a la de otro animal distinto? Aquí ¿quién se extravía, señor Costales, V. o el eclético?

Afirma Vd. que a la historia de las ciencias pertenecen los errores o, lo que es lo mismo, a sus cultivadores. Así, pues, de hoy más el que emprenda estudios históricos es un visionario: de hoy más, señor Costales, según los adelantos de la Filosofía que V. conoce y sigue, los estudios de este género son no ya pueriles, como primero le dije, sino de todo punto estéticos o retrógrados; y de hoy más, por último, queda asentada la estupenda verdad de que hay una ciencia que consiste en solo aprender los errores de los hombres.

Hasta aquí nos hemos ocupado en refutar el artículo del señor Costales. Le suplicamos que en adelante no divague tanto sobre la materia principal, pues habiendo sido su escrito sobre Ideología la causa de esta discusión, sobre él debe rolar con especialidad que no haga citas infieles, y que deje la ruidosa palabrería con que nos aturde, contestándonos derechamente.

8. "por el absurdo".

Decimos esto porque habiendo sido nuestro objeto pedir al señor Costales explicaciones sobre su artículo, inserto en *La Siempreviva*, ha huido el cuerpo, diciéndonos que no se propuso escribir un tratado completo, o bien que no entendía, y dándose otras veces hasta por sentido.

Esperamos, pues, que nos contestará claramente sin exordios, rodeos, ni generalidades, fijándonos la época en que despreciaba el hombre las máximas saludables de la Ideología, pues para esto no es preciso escribir un tratado completo, sino en breve cifra decir este siglo o aquel otro; nos dirá si las abstracciones son o no ideas, y si, por consecuencia, el furor de abstracciones se resuelve o no en el furor ideológico; si reconoce el hecho de la espontaneidad distinto al de la reflexión; si cree que haya errores absolutos; y si admite que para el estudio de la Química y para hablar, sea bien o mal, se necesita el de la Ideología. Estas son las cuestiones a que debió responder el señor Costales y sobre las que tienen que versarse nuestra discusión, cuestiones que le rogamos nos satisfaga, y será el modo de conocer si es ecléctico o sensualista, pues bajo estas dos distintas formas se nos ha presentado.

SEPTIEMBRE



IX

IDEOLOGÍA Y LITERATURA¹

5

POR MANUEL COSTALES

(*Diario de la Habana*, septiembre 13 de 1838.)

La lealtad con que V. ha procedido al escribir su artículo inserto en el Diario de 24 del mes próximo pasado, le ha hecho variar las razones y fundamentos manifestados en mi contestación del 14 del mismo mes, proponiéndolos a su capricho unas veces, desfigurándolos otras y aun suponiendo cosas que ni aun me han ocurrido indicar. Pero en la imposibilidad de contraerse precisamente a los particulares que en aquélla se contienen, era éste un recurso el más fácil, es verdad, pero no ciertamente el más cumplido para sostener debidamente su opinión.

Empieza V. diciendo que yo le he pedido los títulos con que me ha impugnado, y esto no es cierto, pues ni un período, ni una oración, ni una palabra, ni una letra siquiera me citará V. en que remotamente se deduzca semejante exigencia. V. había dicho, con la modestia que le distingue, “que

1. Título de Roberto Agramonte.

iba a salvar el estado de la filosofía actual, y a prestar servicios a la juventud, que el solo título de Ideología expresaba el estéril exclusivismo de la escuela sensualista, y que el artículo bien desempeñado pertenecería al siglo dieciocho”. Esta y no otra es la cuestión que he procurado fijar con el mismo empeño que V. manifiesta por separarse de ella, divagando inútilmente. En vista de esto dije que la filosofía no había recibido ataque alguno en el discurso que V. impugnó, que yo no había contrariado sus verdaderos progresos y que V. carecía de los requisitos necesarios para titularse salvador de aquella ciencia.

Para que no lo dude quiero copiarle el párrafo que a la letra dice así: “¿cuál es el ataque que ha sufrido la filosofía actual para que V. se nombre salvador? ¿cuáles son los principios que ha difundido, las doctrinas que ha establecido, los fundamentos que ha expuesto, las razones que ha esforzado, los argumentos que ha producido para decir ante el público que le escucha: voy a salvar a la filosofía, voy a servir a la juventud de mi patria”. ¿Qué ha contestado V. a estos particulares, señor Eclético? Nada absolutamente, a menos que como algo quiera estimar aquello de “soy un buen Br. y tengo mi título en un tubo de hoja de lata”, lo que es una verdadera puerilidad.

No es V. ni menos feliz, ni menos verídico, ni menos juicioso en el 2º de su artículo: en él dice V.: “siempre he estado en la inteligencia de que el título de una obra nos imponía poco más o menos de la materia que trataba”. ¿Y quién ha aseverado lo contrario? Lo que dije, y V. no ha contestado es “que el título de un discurso o de una obra, sea la que fuere, no da a conocer las opiniones de su autor; ni mucho menos la escuela a que pertenece: que esto se conoce únicamente por las ideas que se adoptan, por las doctrinas que se siguen, por los principios que se sostienen”. Importuno es, por consiguiente, cuanto V. manifiesta sobre este punto, y nada conforme a la dignidad de la materia, ni al modo de tratar una cuestión literaria las expresiones que V. usa y que por repugnancia no copio; pero hay eclecticismo hasta en elegir las palabras.

Estudiar el origen de las ideas es estudiar al hombre intelectual, ninguna diferencia se advierte entre una y otra cosa; tampoco pueden estar separadas; injusto es por consiguiente el cargo que V. me hace, suponiendo que a fuer de sensualista quiero empezar por lo primero, debiendo ser al contrario, e injustísimo, arbitrario, e improbable decir que yo desprecio a los antiguos, condenándolos como a los primeros ignorantes.

Cíteseme una sola palabra que así lo indique, y entonces y sólo entonces sellaré mis labios.

“Que las ideas que se adquieran por los sentidos o por el espíritu sin auxilio mediato de aquéllos, no constituye a la Ideología como la enseña del siglo dieciocho, puesto que el nombre de Psicología no denomina esencialmente la ciencia, sino que la determina con más extensión”. Esto dije y

esto afirmo sin que nada de vacilantes tengan mis palabras. La Ideología trata del origen y enlace de las ideas; este mismo es el objeto de la Psicología: buscar como origen de las ideas otra cosa distinta de las sensaciones, pretender hallarlo fuera de la observación y de la experiencia que son no sólo el punto de partida sino el fundamento de nuestros conocimientos, no es por cierto una clasificación esencial de la ciencia, no es tampoco un descubrimiento ni una revolución que promete abundantes y sazonados frutos.

Aristóteles y Platón, he aquí los dos genios que han presidido siempre las doctrinas filosóficas, con más o menos modificaciones, según los adelantos de la época: no hace mucho que se ha estado casi exclusivamente con el 1º y en solo el exclusivismo consiste su error; ahora trata de fijarse, de revivir, de difundirse con el 2º. “El hombre no es todo cuerpo, dice el idealista; el hombre no es todo alma, replica el sensualista; y de estas dos verdades, opuestas, porque se quieren tener como la enseña peculiar de cada escuela, se forman dos bandos perjudiciales a la ciencia, y en medio de esta lucha tan empeñada tiene lugar el eclecticismo, es decir, aquél espíritu investigador que nos hace abrazar la verdad donde quiera que se encuentre”.

Los principios platónicos llevados hasta su extremo rayan en el misticismo, y destruyendo éste el análisis, mal podrá avenirse con los adelantos científicos; busca en su auxilio a la religión, aunque se presenta como su columna más formidable, prestándole, según dice, su firme apoyo, como si aquella estuviese en pugna con una filosofía (la sensualista), que reconociendo por base de sus doctrinas la observación de los hechos, proclamó en sus investigaciones la adoración de sus verdades inefables, y derrocó por siempre el funesto imperio de una metafísica oscura y tenebrosa.

El estudio de la naturaleza, sí, porque ella es el fundamento de la escuela de Locke, agitando en el hombre la antorcha luminosa que la razón le hizo ver, conocer y admirar en toda su extensión la obra portentosa del Universo: el enlace y encadenamiento de sus reflexiones le hizo estudiar también el principio que él quiere y piensa, y fortalecido con el tesoro que la naturaleza misma siempre fecunda le ofrecía, le elevó su vista al Criador y abrazó en su entusiasmo el santo dogma de los preceptos evangélicos tan sencillos y adorables en sí, como incomprensibles, contradictorios y monstruosos los que la ceguedad y el fanatismo habían propagado.

Dícese “que el sensualismo fue fecundo en errores y desaciertos, que produjo el egoísmo en moral, en política la anarquía, y la disolución de la sociedad: la destrucción y aniquilamiento completo de la religión, y la pobreza y mezquindad en las artes y poesía”. ¿Y es Ecléctico el que así lo afirma? ¿Qué escoge V., pues, qué elige, qué adopta del sensualismo? Quisiéramos, porque somos amigos de la demostración, que se nos probase lo

que tan general y absolutamente se dice, y lo deseamos vivamente porque nos parece imposible, de toda imposibilidad, que existiera la sociedad, combatida por el egoísmo en moral, por la anarquía en política, por el aniquilamiento completo de la religión, por la pobreza y mezquindad en las artes; para decirlo de una vez, nos parece imposible, absolutamente imposible que con la disolución de la sociedad, se conservara esa misma sociedad hasta nosotros.

Apartándonos de la observación, prescindiendo del análisis, despreciando en fin las sensaciones ¿cómo explicaremos el origen y adquisición de las ideas? ¿Cómo explicaremos el desarrollo de las facultades intelectuales? ¿Reduciremos toda la filosofía a ese corto número de ideas abstractas, cuya inteligencia no principia sino mucho después de ejercitados los sentidos? ¿Podría el hombre sin éstos ponerse en relación con la naturaleza? ... ¿Conocería sin su auxilio los objetos exteriores?... Preguntas son éstas que jamás contestará satisfactoriamente ningún espiritualista, y por eso fue que en mi anterior artículo dije que la escuela sensualista había perdido sólo y únicamente su exclusión; no así la aplicación de sus principios, porque éstos están fundados en la naturaleza, y el hombre destruirá si quiere, las invenciones, no las doctrinas que se fundan en los hechos. De otro modo, nos lanzaríamos en el vastísimo campo de las conjeturas, y el error sería el triste resultado de nuestros afanosos desvelos.

“Porque la verdad es una, Dios se expresa por boca de los poetas” ibrilante consecuencia! Vd. señor Eclético dijo que “el poeta conocía la verdad intuitivamente, sin necesidad de examen ni de ideas intermedias”; esto si no me hace sospechar que sea V. poeta, por lo menos me da a entender que aplaude a esos pobres versificadores que queriendo templar su siempre discordes lira, se tienen, no como hombres, sino como ángeles caídos que vienen a habitar a esta tierra de maldición, a un mundo de fango, etcétera.

Alude también a estas palabras *est deus in nobis agitante calescimos illo*,² copiando además dos versos de uno de los poetas que según V. hacen más honor a su patria. Y ¿V. cree, señor Eclético, que con esto prueba “que el poeta conoce la verdad intuitivamente, que Dios habla por su boca, y que no es poeta el que sea exacto en sus ideas”? Muy engañado está V. y de tal modo cuanto que ha traído palabras que ningún influjo pueden tener en opiniones científicas: palabras que podrán pasar como ilusiones de poeta, pero que el hombre que piensa sabe apreciar en su verdadero valor. Para otra ocasión, si se le ofreciere, presente Vd. razones y fundamentos que son los que convencen, los que dan a nuestras ideas el grado de exactitud indispensable para hacernos oír con atención.

2. “Dios está en nosotros; y cuando hablamos, lo hacemos por su voluntad”.

Sepa V. que nada tienen de común la historia de las ciencias, y la del género humano: porque aquéllas nos dan a conocer los errores que impidieron el descubrimiento de la verdad, los pasos e investigaciones para alcanzarla, y porque nada absolutamente tiene que ver el que un sistema explique o no satisfactoriamente los hechos, con la relación de los vicios, crímenes, penalidades y excesos del hombre, objeto exclusivo de la historia del género humano. Debemos estudiar, sin embargo, la historia de las ciencias porque de su examen resulta el logro de un buen método, y proporcionándonos el conocimiento del error; nos proporciona forzosamente el de la verdad.

Me pregunta V. “si las abstracciones son o no ideas, si el furor de abstracciones se resuelve o no en el furor ideológico, si el hecho de la espontaneidad es distinto del de la reflexión, si creo que hay errores absolutos, si para el estudio de la Química, y para hablar bien o mal, se necesita la ideología”.

Las abstracciones son un acto de nuestra alma por el cual consideramos una propiedad o un objeto como existentes por sí solo; por consiguiénte las abstracciones, señor Eclético, no son ideas. Contestada negativamente esta pregunta lo está también la otra dirigida a inquirir si el furor de abstracciones se resuelve en el furor ideológico.

“Si el hecho de la espontaneidad es distinto del de la reflexión”. Proviéndo el hecho de la espontaneidad y el de la reflexión de dos operaciones distintas, es claro que son distintos, entendiéndo por espontaneidad la misma voluntad, es decir, el acto de nuestra alma por el cual queremos o no queremos alguna cosa. “Si hay errores absolutos”. No admito clasificación alguna del error; para mí el error es siempre error.

“Si para el estudio de la Química y para hablar bien o mal se necesita la ideología”. La Química es la ciencia que investiga los principio constitutivos de los cuerpos, que se vale de muchas y variadas combinaciones para producir otros nuevos, que los examina, los compara, y observa el modo que tiene de operar, ya solos, ya combinados. ¿Y podría apreciar, por ejemplo, las afinidades de dos cuerpos sin saber graduar por medio de observaciones exactas, la recíproca influencia que en sí tienen. No ciertamente. Luego para saber debidamente esta ciencia es necesario el auxilio de la ideología.

Para hablar bien se necesita no sólo la gramática de la lengua, sino también la ideología, pues es constante que sin ésta no hay exactitud en las ideas, ni acierto en el raciocinio. Para hablar mal nada es menester saber. V., señor Eclético, sabe muy bien esto y pudo excusar la pregunta. Finalmente le ruego, que si ha de contestar este artículo y prolongar la discusión, lo haga de modo que no tengamos luego que lamentar la pérdida del tiempo tan precioso y necesario para otras ocupaciones. Sin embargo de todo es siempre de V. su muy atento y S. S. Q. S. M. B. —*Manuel Costales*

X

ADDENDA I
PASAJES DE TULIO SOBRE LUZ

1

(Carta a Suárez y Romero de septiembre 15 de 1838.)

Ayer asistí a la apertura de la clase de Filosofía que en el convento de San Francisco da el por tantos títulos apreciado don José de la Luz. Pronunció un discurso largo como de hora y media para descubrir su plan de estudio, hoy que tan reñidas disputas trabajan a los partidarios de las diversas escuelas filosóficas. Fue su blanco exclusivo la de Cousin, que él reputa como un espiritualismo embozado. Hazte cuenta que habrá unos quince días que nos encontramos el señor Luz y yo en la Universidad y estuvimos hablando largamente, cada uno en defensa de sus opiniones, filosóficas sin convenir en muchos puntos; y que al oír yo repetirle desde lo alto de su cátedra y en medio de una concurrencia numerosa los mismos argumentos reforzados por algunos más, o más bien desenvueltos lógicamente, por débil y mezquino que al lado de una reputación como la suya me considerase no podía contener mi deseo de vindicar a Cousin, tanto más cuanto que de todos los asistentes estoy seguro que yo solo era el cousinista. Así fue que cometí la importunidad de acercármele cuando bajó de la cátedra y de decirle sin reparar en lo cansado que estaba, que había sido en alguna parte injusto con Cousin, que éste tachaba con razón al Conde de Verulamio de sensualista, porque dice que cuando la inteligencia humana obra sobre la materia hace cosa de provecho, y cuando sobre sí misma y sus misterios, teje como la araña muy sutiles telas, pero muy inútiles y frívolas. *Sicut aranea texens telam*, dice Bacon. A lo cual me contestó el señor Luz en estos términos: “pues bien, Valle, quite usted eso de la araña y vea usted si lo demás de Bacon no es excelente.” Díjele entonces que Bacon quiso en Filosofía una reforma *ab imis fundamentis*, y que eso era despreciar la historia. En fin, mediaron algunas cortas explicaciones, y viéndolo cansado por extremo, y que los demás lo llamaban, yo también lo invité a retirare y cedí. Nada más hubo; sin embargo, varios me atribuyeron siniestras intenciones, otros importunidad, y yo quiero que tú sepas el asunto por si acaso te hallas por ahí quien lo haya sabido mal y rectifiques, si se ofrece, y nada más, la opinión. Por la tarde estuve en el Real Colegio Cubano para oír el discurso de apertura de su clase de Filosofía que pronunció Manuel. Asistió don José de la Luz, y no bien me discernió al concluir, vino a donde yo estaba, y me abrazó con cariño diciendo jocosamente: “A éste es al que yo quiero convertir”, y con cuyo motivo se renovó la

disputa y quedamos conformes, reconociendo él los extravíos de Bacon que yo le apuntaba y venerando yo por mi parte el genio de Bacon y sus eminentes servicios por las luminosas observaciones que me hizo el señor Luz con aquella profundidad y tino de convencimiento que lo distingue.

2

(Septiembre 4 de 1839.)

Las conclusiones se verificaron el día 22. Los alumnos expusieron ampliamente la nueva doctrina: eran cinco nada más, y cuatro doctores de réplicas, a saber; el prior fray Pedro Infante, Horrunitiner, Castro y mi hermano Manuel. A la conclusión entró al combate conmigo don José de la Luz, que como tú sabes de antemano no está en buena con la teoría moderna. Yo me sostuve con el calor que pude, la discusión se dilató, concluyendo a las doce y media de un campanillazo del rector. Se tocaron los puntos principales, explanándose por ambas partes, de suerte que los inteligentes pudieron juzgar. Omito referirte los esfuerzos colosales de Luz, la sabiduría y erudición que desplegó, cuando te son bien conocidas. ¡Cómo me hubiera gustado tenerte por juez, Suárez inolvidable!

Hay ahora aquí tal movimiento por la Filosofía que pone espanto.

3

(Diciembre 9 de 1839.)

Los jueves a las siete y media de la noche hasta las nueve y media, y los domingos desde las once hasta cerca de las dos de la tarde concurre a casa de Pepe de la Luz a continuar nuestras discusiones filosóficas, que tuvieron origen, según te he comunicado, porque yo inserté en el *Noticioso* una traducción de Cousin (no son más sino de Manuel las que hoy salen todavía) cuya traducción así que fue impugnada por don José en el *Diario*, salí a defenderme en el mismo, y él tornó al combate con tan largo comunicado que en la imprenta se negaron a insertar otros nuevos; él entonces me convocó a su hogar doméstico, y en prueba de mi profundo respeto a sus luces y bellissimo carácter de sabio y de hombre no dudé ir; aunque dificultando que coviniésemos jamás. Esto es lo que ha sucedido, pues el resultado actual de la discusión se reduce a que yo he reconocido alguna que otra exageración de fervor en los corifeos de mi doctrina, pero nunca errores sustanciales en su esencia, ni mala fe o segunda intención en los que la profesan, según Pepe de la Luz cree firmísimamente.

Semejante polémica llevada en los términos que el candor y la delicadeza inimitable de aquel ilustre habanero consienten, me ha proporcionado el

gusto de conocer a fondo todo lo que es, y lo que abraza su enciclopédica sabiduría. No te puedes figurar, Suárez, las graves reflexiones que trasluce aquella mirada intensa, aquellos ojos que parecen tener vista para adentro, ni la especie de veneración que se concibe por un hombre para quien la vida no es sino el sacrificio de las riquezas y de los honores de cualquier género a la sed devoradora de verdad!

Nunca mis convicciones filosóficas han tenido más ocasión de hacerme sentir su firmeza, porque cien veces conociéndome pequeño y nulo delante de aquel hombre, he batallado por convencerme de lo contrario a mis principios; mi voluntad ha luchado con mi entendimiento, y jamás lo ha podido subyugar!

XI IDEOLOGIA Y LITERATURA³

6

POR UN AMANTE DE LA VERDAD⁴
[JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO]

(*Diario de la Habana*, 21 de septiembre de 1838.)

Al leer la discusión que se ha establecido con motivo de un artículo escrito por M. Costales sobre la necesidad del estudio de la ideología para el de la literatura, y criticado con demasiada ligereza e injusticia por un Eclético que repentinamente y sin anteriores recomendaciones, ha aparecido por primera vez ante el público con el título vano y pomposo de Salvador de la Filosofía, hemos tomado la pluma para hacer algunas observaciones, las cuales no llevan otro objeto que el de probar la falsedad de algunas doctrinas que ciegamente adopta y sigue el señor Eclético, y los grandes errores que ha cometido por haber desatendido las reglas ideológicas al establecer una discusión puramente literaria. Nada diremos del espíritu de oposición que se observa en sus escritos, porque tomándonos este trabajo, faltaríamos a nuestro carácter y aparecería claramente probado ante el público, que el señor Salvador de la Filosofía no ha podido

3. Título de Roberto Agramonte. Apareció bajo el título de “Filosofía”.

4. Adviértase que este seudónimo que usa Luz en este artículo, es la traducción castellana de *Filolezes* que utilizará en la polémica sobre el eclecticismo. (Roberto Agramonte.)

serlo de sí mismo, porque dándole entrada a las pasiones ha dirigido su mal aconsejada pluma por una senda contraria a la que debió seguir como maestro de la juventud y como Salvador de la Filosofía.

Si el señor Ecléctico, guiado por la luz de la razón, se hubiese atenido tan solo a los hechos, hubiera abierto una discusión del más alto interés para la ciencia; pero incauto, o tal vez mal aconsejado, prefirió lanzarse en el abismo de las conjeturas; y como el señor Ecléctico, según se deduce de sus escritos, no está muy acostumbrado a la exactitud en sus juicios, ni se detiene mucho en sacar consecuencias, ni observa en fin las reglas filosóficas más bien demostradas al entrar en una cuestión, y declarándole una oposición sistemática a la escuela del Condillac, desprecia hasta la palabra ideología como propia del siglo XVIII, ha caído inevitable y forzosamente en el error; dando prueba con esto de que está muy poco instruido en materias filosóficas, y de que no ha sabido sostener el título pomposo de Salvador de la Filosofía con que él mismo se ha regalado.

Cuando el hombre, lleno de un espíritu investigador y filosófico, busca la verdad, animado sólo por el anhelo de encontrarla; cuando un deseo bien entendido de difundir la ilustración, hace aparecer sus escritos ante un público en donde va a encontrar tal vez instruidos y profundos filósofos que los juzguen con severidad, debe proceder con mucha moderación, arguyendo sólo con las armas de la razón y del convencimiento, sin insultar ingratos la memoria de los hombres célebres que han prestado grandes servicios a las ciencias, sin despreciar sus opiniones sólo porque pertenecieron a siglos pasados. Examínense éstas con detenimiento e imparcialidad, combátanse con razones, no con sofismas, y si estaban generalmente adoptadas, y se prueban que son erróneas y que por su interés y alta importancia comprometen a la sociedad y se oponen a los progresos de la ilustración, entonces podríamos nosotros decir al que prestara servicio tan grande: Usted ha sido útil a la juventud de nuestra patria y al mundo entero. Usted merece nuestra gratitud y admiración por haber sido nuestro Salvador.

Decir que la ideología es la divisa de la escuela del sensualismo, es no encontrar el verdadero significado de esta palabra; es hacer interpretaciones arbitrarias incompatibles con la rectitud con que debe siempre proceder un buen filósofo. Sepa usted, señor Ecléctico, que la palabra ideología quiere decir: aquella parte de la filosofía que trata del origen de nuestras ideas; con ella no se especifica el medio como se adquieren, pues este conocimiento es el resultado de su estudio. Dice el señor Ecléctico con mucha ligereza que el señor Costales no debió usar la palabra ideología porque es enseña del siglo XVIII; esto prueba hasta la evidencia que el señor Ecléctico no estudia el origen de nuestras ideas, o lo que es lo mismo, no estudia ideología, y como este estudio constituye el objeto de la escuela de Condillac, se deduce necesariamente que él es enemigo mortal de esta escuela; luego

el que se firma Eclético no es eclético, sino un sistemático acérrimo defensor del espiritualismo; luego no es el deseo de propagar la ilustración el que mueve su pluma; luego *non delenda est Carthago, sed qui vocatur Ecclecticus*.⁵

El señor Sistemático, pues así lo llamaremos de aquí en adelante, admite ciegamente que las abstracciones son ideas; él no ha fijado el sentido verdadero de esta palabra; sentimos decirle que en esto ha cometido un grave error; pues siendo las abstracciones la consideración de una propiedad como existente por sí sola, es una operación del alma: a menos que el señor Sistemático no haya variado la significación de esta palabra, acomodándola a su sistema, o como una consecuencia precisa de sus principios quisiera confundir los medios de que nos valemos para adquirir las ideas con las ideas mismas.

El señor Sistemático afirma ciegamente que en nada se diferencia la historia de las ciencias de la del género humano; sentimos también decirle que en esto ha cometido otro grave error; pues siendo las ciencias un conjunto de principios exactos, los errores sólo pertenecen a su historia; y como la historia del género humano comprende los vicios, crímenes, delitos, etcétera, de los hombres, es claro y evidente que no entra en el dominio de las ciencias; luego en mucho se diferencian la historia de las ciencias de la del género humano; luego el señor Sistemático no ha comprendido lo que sobre esto le ha dicho el señor M. Costales o es tenaz y rebelde a la fuerza de la razón y a las convicciones del raciocinio.

La exactitud en las ideas, he aquí el principal mérito del historiador y del filósofo; sin este requisito esencial ningún mérito tendría sus producciones, y lejos de interesarnos en su favor, las miraríamos con indiferencia y desagrado lamentando sus desaciertos y errores. Esto mismo decimos del poeta, pues siendo las palabras la expresión de nuestras ideas, si aquéllas no son exactas tampoco lo serán éstas. Cuando los poetas, señor Sistemático, no expresan con exactitud sus ideas, los consideramos como ilusos y las producciones como parto de una imaginación delirante, y lamentamos entonces sus extravíos. El verdadero filósofo busca siempre la exactitud y la verdad combatiendo el error donde quiera que se encuentre, donde quiera que lo proteja el amor propio, y como el señor Sistemático sostiene ciegamente que para ser poeta es necesario ser inexacto, o lo que es lo mismo, cometer errores, sacamos en consecuencia que el señor Sistemático es antifilosófico, y siéndolo no lo consideramos como hombre que busca imparcialmente la verdad; luego no debió disputar nunca de materias filosóficas; luego él es el que ataca y amenaza el estado actual de la filosofía, proclamando errores y sosteniendo falsas doctrinas.

5. "No es Cartago a la que hay que destruir, sino al que se llama Eclético".

El señor Sistemático afirma ciegamente que la Ideología es enseña del siglo XVIII. Este es otro de sus graves errores, pues en el siglo en que estamos se ha enseñado y se enseña el estudio de nuestras primitivas ideas, que debe necesariamente preceder al de las ideas posteriores, de esas ideas abstractas que el hombre no forma sino cuando está acostumbrado a pensar. El señor Sistemático dice en el párrafo 7º de su estreno público, que la Psicología es el estudio de las ideas, y expresándose así de un modo tan general y vago, debe necesariamente convenir en que para este estudio debe empezar por el origen de nuestras ideas, aquellas que primero se adquieren, y seguir el desarrollo gradual de las otras ideas por tener un conocimiento completo y exacto de ellas. Estas y no otras son las reglas prescritas por una filosofía verdadera y luminosa y que debe seguir el hombre que se dedica al estudio de las ciencias; el que prescinde de este estudio, base fundamental de conocimientos posteriores, andará a cada paso tropezando con el error; no sabrá sostener la verdad y sus escritos estarán marcados con el sello de la torpeza y de la inexactitud; luego el estudio de la Ideología es necesario para el de la literatura; luego nada ha probado el señor Sistemático con sus escritos.

Concluiremos diciendo que en el artículo de Ideología nada se dice de sensualismo, nada de espiritualismo; que no hay en él una idea siquiera, una opinión por donde pueda sospecharse la escuela a que pertenece su autor. Éste, al escribirlo, trató de alentar a la juventud de nuestra patria, para que procediendo siempre con arreglo a los principios ideológicos, pensara con exactitud, y haciendo sus producciones dignas del aprecio y consideración de los hombres sensatos, contribuyeran de este modo a los adelantos de las ciencias y a los progresos de la ilustración. Nosotros estamos íntimamente convencidos de que si este mismo artículo, que tan amargamente ha criticado el señor Sistemático, hubiese llevado el título de Psicología en lugar del de Ideología, él no se hubiera dado a conocer del público, y finalmente le aconsejamos con la franqueza que nos es característica, que recobre la calma, que lea con interés y detenimiento el artículo que ha querido destruir, y que si piensa seguir la carrera de crítico, que se aproveche de sus sanas doctrinas y de los principios luminosos que contiene, pues de este modo procederá siempre con exactitud y con método, aprenderá a proponer una cuestión literaria, a sostener debidamente su opinión y se verá libre de que salga a probarles sus errores y extravíos.

XII

IDEOLOGÍA Y LITERATURA⁶

7

POR EL ECLÉCTICO
[JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*Diario de la Habana*, septiembre 27 de 1838.)

De falta de lealtad me acusa el señor Costales porque dice que le desfiguro los fundamentos y razones de su contestación del día 16 del próximo pasado agosto, suponiéndole cosas que ni aun le ha ocurrido indicar, y me reta a que le cite un periódico, una oración, una palabra, una letra siquiera en que remotamente se deduzca la exigencia de la presentación de mis títulos: y en prueba de ello copia un largo párrafo de su referido artículo; pero seguramente se le pasó por alto a su lealtad, justicia y verdad acrisolada transcribir el primer período de dicho párrafo que a la letra dice así: ¿Y cuáles son los títulos con que Vd. se presenta para darse ese tono de magisterio e importancia?

Objeto de escándalo se le hace el que yo diga que el estéril exclusivismo a que se condenó la escuela sensualista, produjo en moral el egoísmo, y en política la anarquía y la disolución de la sociedad, e imposible, absolutamente imposible le parece que con la disolución de la sociedad se conservara esa misma sociedad hasta nosotros. Aquí confunde el señor Costales las especulaciones teóricas con los hechos prácticos; lo que es con lo que debe ser. Las consecuencias que establecí son lógicas y necesariamente deducidas de los principios que proclama la escuela sensualista: y no yo, sino los más aventajados discípulos de esa escuela, como se lo demostraré más adelante, han llegado a esas mismas consecuencias que tanto eco han hecho en Vd. ¿Pero ignora el señor Costales que la vida consiste en la armonía, que no es otra cosa que el finito y el infinito en su relación competente? ¿Ignora que aun el hombre más exclusivista en teoría nunca puede ser por fortuna de la humanidad exactamente consecuente con sus principios en la práctica? ¿Ignora acaso que aun en la misma teoría nuestro buen sentido se opone a que nos arrastren las consecuencias lógicas que se deducen de los principios que hemos adoptado? Locke, que se puede considerar como el punto de partida de la escuela moderna de la sensación al tratar de la existencia del alma y al

6. Título de Roberto Agramonte.

considerar el escollo a que lo conducía su doctrina, vacila y confiesa que en cuanto a esto nada le dice su razón y tiene que recurrir a la fe y a la revelación más ortodoxa para salvar dicha existencia.

Pero puesto que el señor Costales exige que legitimemos estas consecuencias, trataremos de probárselas a posteriori (pues sospechamos que consecuente en esto con su sistema, es la única prueba que admite), con los discípulos de Locke, que son los que se han encargado de sacar las consecuencias de su doctrina.

Lea al metafísico de la escuela, a Condillac, y encontrará que *la réflexion n'est dans son principe que la sensation même, soit parce qu'elle est moins la source des idées que le canal par lequel elles decoulent des sens*.⁷ Abra el moralista de la propia escuela, Helvecio, y verá que el sentimiento del amor de sí es la única base sobre la cual se pueden sentar los fundamentos de una moral útil; así, pues, consagra como guía y norte de nuestras acciones la dicha personal, es decir, el egoísmo. Pasemos al barón de Holbach, uno de los corifeos de más nombradía entre los sensualistas y encontraremos esta inmoral y escandalosa proposición: si el vicio lo hace feliz (al hombre) debe amar al vicio. ¿Desconocerá y negará Vd. la tendencia anárquica e irreligiosa de las tan celebradas *Ruinas de Palmira*? ¿No habrán llegado a sus oídos las máximas morales del duque de la Rochefoucauld? Vea Vd., pues, cómo los discípulos más esclarecidos de la escuela, han dicho con la mejor fe del mundo lo que tanto le ha escandalizado en mi artículo.

Vuelve el señor Costales a insistir con su natural modestia en que nada tienen de común la historia de las ciencias y la del género humano, fundándose en que nada tiene que ver el que un sistema explique o no satisfactoriamente los hechos con la relación de los vicios, crímenes, penalidades y excesos del hombre. Ahora bien, ¿el sistema que explique o no satisfactoriamente los hechos será obra del género humano o de alguna otra raza desconocida? ¿El que coordine los hechos y dé razón de su necesidad y de su existencia, pues es lo que únicamente puede elevarlos al rango de ciencias, será el hombre u otro animal distinto? Decir que nada tiene de común la historia del género humano con el de las ciencias, es negar la utilidad de las ciencias; es negar que la humanidad sea el centro del mundo en donde se resuelven y resumen los diversos órdenes de que se compone. Decir que el objeto exclusivo de la historia del género humano es la relación de los vicios, crímenes, penalidades y excesos del hombre, es mutilar la humanidad; es restringir su historia a solo la de su parte moral, y eso incompletamente y sin tener en cuenta la historia de su desarrollo intelectual y físico.

7. "La reflexión no es inicialmente otra cosa que la misma sensación, tal vez porque no es tanto la fuente de las ideas como el canal por dónde corren desde los sentidos".

Afirma Vd. que estudiamos la historia porque proporcionándonos el conocimiento del error; nos proporciona forzosamente el de la verdad; esta teoría sería cierta si el error; como la verdad absoluta, fuera uno e invariable, y al mismo tiempo correlativo con ella; pues conocido el error precisamente conocería la verdad; pero el error es múltiple y variado, y por consecuencia, conocido un error se puede muy bien caer en otro; si para Vd. el error no fuera siempre más que un error; si atendiese Vd. a que el error es y no puede ser otra cosa que una verdad incompleta convertida en verdad absoluta; si considerara Vd. que es por decirlo así, la forma necesaria con que se reviste la verdad en la historia, la estudiaría Vd. no con un fin negativo y de destrucción absoluta, sino con el fin muy positivo de encontrar la verdad absoluta en el círculo de los errores, es decir; de las verdades incompletas y exclusivas que nos presenta la historia sucesiva de las diversas épocas de que se compone la historia del género humano.

Sentimos que el señor Costales al contestar negativamente a la pregunta que le hicimos, si las abstracciones son o no ideas, no nos haya dicho qué cosas son ideas; aunque por su respuesta sospechamos que trata de resucitar la idea imagen, o la idea representativa; y puesto que su contestación en esto es de un modo general y vago, expondremos nuestro sentir sobre tal punto.

El entendimiento se estrena por juicios concretos, sintéticos y determinados que el lenguaje, imagen fiel de su estado, traduce en proposiciones también concretas, sintéticas y determinadas, como este cuerpo existe, yo existo, Dios existe, etcétera.

Al considerar el entendimiento estas proposiciones, desembaraza su parte necesaria y general de su parte contingente y particular; y forma juicios generales; el lenguaje que sigue sus pasos los expresa por proposiciones también generales, como no hay cuerpo sin espacio, no hay modificación sin sujeto, etcétera, pero estas proposiciones, signos de los juicios anteriores, encierran todavía muchos elementos; el entendimiento abstrae estos elementos para considerarlos separadamente, y estos elementos o abstracciones son los que llamamos ideas; así, pues, no sólo las abstracciones son ideas sino que, a excepción de las ideas absolutas y necesarias, todas las ideas son abstracciones, por consecuencia el furor de abstracciones se resuelve en el furor ideológico.

¿Negará el señor Costales que al decir flor, por ejemplo, tengo una idea? La palabra flor, ¿tiene algún tipo, me recuerda alguna cosa existente en la naturaleza? ¿Se le ocurre al señor Costales tal o cual flor determinada? De ningún modo. Y esto ¿qué quiere decir? Que la palabra flor es solamente una cifra que me recuerda las propiedades generales y comunes que ha observado en este cuerpo, en aquel otro, etcétera; aplíquense estas observaciones a todas nuestras ideas a excepción de las necesarias y universales, y se reconocerá la exactitud de nuestro aserto.

Por la distinción que Vd. hace de la espontaneidad y de la reflexión me convencí de la causa, porque Vd. no entendió la diferencia que entre ambos fenómenos establecí en mi primer artículo.

Dice Vd. que proviniendo el hecho de la espontaneidad y el de la reflexión de dos operaciones distintas, es claro que son distintas; entendiendo por espontaneidad la misma voluntad, es decir, el acto de nuestra alma por el cual queremos o no queremos alguna cosa: cabalmente lo que hace a la espontaneidad distinta de la reflexión es la ninguna intervención de la voluntad en aquel fenómeno, pues muy lejos de ser en él actores somos simples espectadores, y el elemento predominante de la personalidad es la voluntad. La espontaneidad no solamente no se confunde con la voluntad, como pretende el señor Costales, sino que ni aun interviene en ella: es el desarrollo simultáneo de la razón con las demás facultades, sin intervención de la voluntad; se puede considerar como una síntesis rica y fecunda, aunque oscura, que suministra a la reflexión la base para sus desarrollos ulteriores; su carácter eminente es la impersonalidad, y por consiguiente lleva consigo el principio de autoridad, que mal puede legitimarse con la voluntad.

El señor Costales, que conoce y sigue los progresos de la filosofía, al considerar que salimos de una época que despreciaba los estudios históricos, porque creía que nada verdadero conservaba el error; y lo tenía por absoluto, no debió eludir la cuestión que le propusimos, diciéndonos que no admitía clasificaciones del error, y que para él el error es siempre error; deseáramos que nos hubiera dicho si participaba de la opinión de los que creen al error absoluto, y su estudio de ninguna utilidad; o si cree con nosotros que el error no es otra cosa que un elemento del pensamiento considerado exclusivamente, y como componiendo el pensamiento entero; y digno por esto de estudio y meditación.

También por nuestra parte suplicamos al señor Costales no divague tanto sobre la materia principal, pues no sabemos a qué han venido los párrafos en que nos habla de Platón y Aristóteles.

PD. *Ex ungue leonem*⁸ sospechamos por el estilo las ideas y resabios del artículo "Filosofía" del *Diario* del 21, suscrito por *Un amante de la Verdad*, que es de la fábrica ideológica del señor Costales, que ya parece anda buscando sombra para seguir esta polémica. Diviértese con repetirme el chiste irónico de que soy el salvador de la filosofía, queriendo que se olvide lo principal de la cuestión, a fuerza de lanzar ese dardo despuntado, pues salvar la filosofía es no lo que se malicia el señor Costales, sino decir y defender a tiempo lo que ella enseña, lo que dicta la razón, que no es individual, que no es mía, ni del señor Costales. La razón es quien salva la Filosofía.

8. "Al león por las uñas [se le conoce]".

Ya veo que se equivoca la facultad de abstraer y el producto neto de esta operación mental. Pero a lo primero señor *Amante de la verdad*, se llama abstracción en singular con el artículo *la*, y a lo segundo, abstracciones, una abstracción, etcétera. Tal vez por pobreza de lenguaje sobre lo demás, me remito a mi comunicado que antecede y a los de días atrás.

XIII

ENCUESTA SOBRE LAS IDEAS⁹

8

POR EL AMIGO DE LA JUVENTUD
[JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO]

(*Diario de la Habana*, 27 de septiembre de 1838.)

Señor Eclético:

Movidos por el interés que nos ha causado la cuestión suscitada por V. contra el señor M. Costales, y deseando ilustrar la materia con algunas observaciones, le suplicamos encarecidamente nos responda a las siguientes preguntas, pues deseamos saber su modo de pensar antes de emitir nuestra opinión:

1^a. Qué entiende por idea y por abstracción, y si admite diferencia entre estas dos palabras.

2^a. Si el verdadero filósofo debe o no estudiar el origen de nuestras ideas.

3^a. En el caso de contestar afirmativamente la anterior pregunta, si admite o no que éstas se adquieran por los sentidos.

4^a. Si niega que nuestras primeras ideas reconocen por causa las sensaciones, explique, con arreglo a las doctrinas filosóficas que profesa, la causa de ser tan limitados en sus facultades intelectuales los sordomudos de nacimiento.

5^a. Si las ideas de justicia, de bondad, etcétera, son innatas, o el resultado de comparaciones después de ejercitar el hombre sus sentidos; y si estas ideas se pueden tener sin que se represente algún objeto a nuestra alma.

9. Título de Roberto Agramonte. Original: "Un suelto dirigido al señor Eclético".

6ª. Siendo las ideas un resultado del ejercicio de las facultades intelectuales, si este ejercicio puede verificarse sin el intermedio del cerebro y de los nervios, y si nuestra alma procede aisladamente en las operaciones del pensamiento.

7ª. Si niega la anterior pregunta, explique, en cuanto diga relación con la filosofía y conforme a las doctrinas que sigue las causas de las locuras y del idiotismo, diciéndonos al mismo tiempo si los idiotas tienen idea de Dios, de justicia, de bondad, y demás ideas abstractas cuyo origen parece quiere negar absolutamente a los sentidos.

Deseamos con ansia la contestación a estas preguntas, y creemos al propio tiempo que V., señor Ecléctico, no nos desairará,¹⁰ pues así lo esperamos de los buenos deseos que manifiesta por los progresos de la ilustración. Con esta confianza soy de V. S.S.Q.B.S.M. *El amigo de la juventud.*

XIV

IDEOLOGÍA Y LITERATURA¹¹

9

POR MANUEL COSTALES

(*Diario de la Habana*, septiembre 28 de 1838.)

Señor *Ecléctico*:

Sin contestar satisfactoriamente a ninguno de los particulares de mi artículo inserto en el *Diario* del 13 del corriente, escribe V. en el de hoy un largo comunicado que termina con una P.D. en que sin guardar las consideraciones que todo escritor tiene derecho a exigir, me atribuye con la mayor voluntad y ligereza el artículo firmado por *Un amante de la verdad*, no advirtiendo que la igualdad de opinión jamás ha sido motivo para sospechar que sea uno mismo el autor de dos escritos, e incurriendo en la grave contradicción (después de atribuirme aquel artículo), de decir “que busca sombras para seguir esta polémica”, lo que supone precisamente el auxilio

10. *El Ecléctico* no dio pública respuesta a estas preguntas y la polémica quedó abandonada (Alfredo Zayas). Pero fue esta encuesta la materia sobre la cual giraron los artículos de los tres tomos siguientes. (Roberto Agramonte.)

11. Título de Roberto Agramonte.

de otras personas, y por consiguiente que no soy el que con el anónimo indicado dirijo a V. algunas observaciones.

Vd., señor Eclético, no ha debido aventurar especies que nunca ha podido probar; V. sabe que ni soy, ni he sido eco de persona alguna, y tan persuadido está V. de esto, cuanto que no ha querido admitir la proposición que a presencia de cinco o seis personas le hice para que fijada la cuestión se ventilara públicamente en la Real y Pontificia Universidad; pues éste es el único medio de terminar una polémica que por tan extraños y desusados modos se trata de prolongar, no molestando la atención del público, ni distrayéndome de otras ocupaciones urgentes y perentorias.

Si no obstante su negativa quisiere V. aceptar la proposición que le hice y que ahora le reitero puede V. avisar en la librería de esta imprenta el día y hora que elija para ponernos de acuerdo con el Rvdmo. señor Rector; en el concepto de que de otro modo guardará un profundo silencio su muy atento y S.S.Q.S.M.B., *Manuel Costales*.

NOVIEMBRE



XV

MORAL RELIGIOSA

POR DOMINGO DEL MONTE

(*El Plantel* entrega 3^a, noviembre 25 de 1838.)

Por fortuna ya pasó la reacción antirreligiosa del siglo decimoctavo: ya produjo a la humanidad los bienes que, en sus inescrutables arcanos, encerró en tan deshecho huracán la divina Providencia. Con la reacción, por supuesto, pasó la irritación de la lucha, la exaltación y el fervor del ataque, la ceguedad y el arrebatamiento de perseguidores y perseguidos.

Todo está hoy en calma, presagio de muerte según algunos y de resurrección de los sentimientos religiosos, según otros. De esta última opinión es el que escribe este artículo.

Nuestro siglo, aprovechándose de la tranquilidad presente, ha podido entregarse a su sabor, y con una imparcialidad completa, al grave e importante examen de las opiniones del siglo anterior sobre estas materias. De semejante examen, que al principio le arrancó un grito doloroso de desesperación, al perderse entre las tinieblas del escepticismo, que no le ofrecía más consuelo que el aniquilamiento total del ser humano después de la muerte, llegó por fin, por una senda rigurosamente científica, a conocer la verdad y la necesidad de la religión. Desde entonces volvió a poner en ella todas sus esperanzas, como lo hicieron los siglos pasados, y llena de fe,

depositó en su regazo el germen fecundo de los destinos de nuestra especie. Adviértase que al decir religión, entiendo por tal la cristiana; pero la cristiana, limpia y exenta de las prácticas supersticiosas y de las opiniones pseudoevangélicas, con que la ignorancia y la malicia la plagaron en la edad media; la cristiana, tal cual la estableció su fundador inmortal, pues que en ella se reasume, como en maravillosa síntesis, la quinta esencia del saber filosófico y teológico de los tiempos que la precedieron.

La misma Francia, patria del deísta Voltaire y de la numerosa y brillante pléyade de filósofos materialistas, que llenaron el mundo de sus ideas disolventes, es la que hoy pone más empeño en inculcar las verdades del Evangelio. Hijos de Francia son los campeones más distinguidos y elocuentes de la doctrina cristiana en la actualidad: basta mentar los nombres ilustres de Chateaubriand, de Lamennais y Lamartine. Y no son los himnos melodiosos de estos tres poetas inspirados, los que contribuyen solos a tan laudable objeto; que mil escritores dotados de aventajada capacidad y de la instrucción más sólida en artes y ciencias, son otros tantos misioneros de nueva especie de la fe en el Crucificado, misioneros cultos y sapientísimos, dignos de la elevación intelectual del siglo decimonono. Por medio de periódicos, de libros, de lecciones orales, propagan a porfía las máximas y principios conservadores del Cristianismo; distinguiéndose ventajosamente entre ellos el barón de Ekstein, el conde de Montalembert, M. de Genoude, los redactores de la Universidad Católica, los de la *Revista Francesa y Extrajera*, los miembros directores de la Sociedad de la moral cristiana, y los de las Sociedades Bíblicas.

Ha contribuido, por otra parte, a dar mayor empuje a este movimiento, la coincidencia feliz de aparecer al mismo tiempo en la arena filosófica de Francia, tres ingenios de tan buen temple y calidad, como los de Royer Collard, Cousin y Jouffroy. Estos, siguiendo las huellas de los escoceses, Reid y Dugald Steward, y de los profundos idealistas alemanes, se presentaron a luchar cuerpo a cuerpo con los mantenedores de la teoría escolástica de las sensaciones, que era la reinante entonces. Inútil repetir aquí que semejante teoría pone el único y exclusivo origen de nuestras ideas, aun de todas las absolutas, en los sentidos; de aquí deduce con exacta ilación lógica la negación de la existencia y de la inmortalidad del alma; por lo que los teólogos tomistas, que abrazaron por una contradicción inexplicable con sus principios religiosos, los cánones ya bastardeados del Peripato tuvieron que ocurrir a la omnipotencia de Dios, para sacar en salvo la parte espiritual del hombre. Los filósofos modernos, mirando la cuestión bajo un solo aspecto, adoptaron como era natural los mismos principios de la escuela sensualista, aplicaron, engañados por un análisis incompleto, los resultados que les daban las investigaciones de su ciencia, a la explicación de los fenómenos mentales: así fue que tuvieron la ambiciosa pretensión de dar cuenta por las leyes mecánicas de la anatomía, de las divinas inspira-

ciones y pasmosos vuelos del ingenio, y buscaron desasentados con el bisturí el disector de los secretos de la inteligencia en los senos y cavidades del cerebro. Esto hizo Cabanis: siguió el ideólogo Destut de Tracy, el cual, exagerando las proposiciones de Locke y de Condillac, se atrevió a dar contraposición del *pienso, luego existo* de Descartes, la cifra y el último término del sensualismo, diciendo que pensar era sentir. Jeremías Bentham, hijo de la filosofía volteriana del siglo anterior; sistematizó, arrastrado por su lógica inflexible, las consecuencias morales de la teoría de las sensaciones, y a pesar de sus reservas, naturales en un inglés honrado y escrupuloso como lo era él, elevó el egoísmo a la categoría de norma y fundamento único de toda moral; hizo del interés un Dios, y negó despiadado a la mente y al corazón del hombre la concepción y el sentimiento innato de la justicia; privándolo del entusiasmo espontáneo y desinteresado por la Virtud y la Belleza.¹ El doctor Broussais, con su arrojado e impetuoso dogmaticismo, coronó esta obra lamentable de destrucción y desencanto, y con el placer infernal de un Mefistófeles,² reveló sin compasión a la consternada humanidad el secreto de su ciencia, a saber: “esa alma, de que te envanece, no es otra cosa que la irritación del cerebro”.

Mas las improvisaciones elocuentes de los catedráticos arriba citados, Royer Collard, Cousin y Jouffroy que atrajeron al recinto de sus aulas el auditorio más numeroso y selecto de París, sonó a los oídos de la juventud francesa, en trance tan angustiado, como una armonía celestial de esperanzas y de consuelo. La escuela filosófica que formaron ellos, después de profundizar el estudio del organismo intelectual, procediendo en sus análisis con la más reflexiva y minuciosa observación de cada uno de los hechos que constituyen el acto o la operación que llamamos pensamiento, le encontró a éste más alto y puro origen que el de la simple materia: por consecuencia se restableció el espiritualismo en filosofía, y rehabilitada el alma por la ciencia, con el uso de todos sus derechos y exenciones, fácil le fue poder reclamar para sí otra vez el cielo, como su legítimo y heredado patrimonio.

La política se ha desengañado también de que no basta todo el sabio artificio de las constituciones modernas en las democracias puras o mixtas, ni la fuerza de voluntad más enérgica e ilustrada en las autocracias para producir la felicidad completa, la paz fraternal y la tranquilidad de los pueblos, si les falta el suplemento. Corroborantes de esta aserción en Europa pueden citarse la Francia y el reino de las dos Sicilias, los cuales

1. No es nuestro ánimo calumniar al hombre ni a sus doctrinas: Bentham, a pesar de sus principios teóricos, fue un filántropo ardiente que poco o nada se curó de su utilidad personal; su luminoso tratado de pruebas judiciales es una obra maestra de sagacidad intelectual: en ella se olvidó Bentham de sus estériles teorías.

2. Nombre que toma el demonio en el famoso drama de Goethe, titulado *Fausto*.

siguen dos sistemas gubernativos enteramente opuestos, y los dos pueblos son, sin embargo de sus instituciones, corrompidos y desgraciados; porque los dos carecen cada uno a su modo de verdadera religión. Por el contrario, se observa que los dos pueblos más dichosos, ricos e ilustrados del mundo, La Gran Bretaña y los Estados Unidos, son también los más religiosos y morigerados. Por eso vemos en nuestros días a los publicistas de más nombre en Europa, aun de los que no creen en nada, recomendar la predicación y propagación de la fe evangélica, como el mejor medio de gobernación que darse pueda. Hasta reduciéndola a instrumento servil de miras mundanas, honran estos hipócritas a la religión.

¿Y en qué estado se encuentran los sentimientos religiosos en nuestras Españas, entendiendo por tales a los pueblos de raza ibérica, esparcidos en Europa y en estas Indias? También a ellas llegó el eco de las opiniones escépticas del siglo decimotercero; sembró dudas y sombras sobre la verdad de la religión cristiana, aun en las almas más piadosas; y, de devotos idólatras de las santas imágenes, de siervos humildes de los monjes, de fervorosos familiares de la Inquisición, nos convertimos, cayendo en el extremo opuesto, en indiferentes incrédulos, en atrevidos escépticos; viniendo a parar en la Península junto con otras causas no menos poderosas que sería muy largo referir; a que nuestras costumbres, ya maleadas de antemano por la superstición antigua, se resintiesen lastimosamente de la materialidad de nuestras opiniones modernas. Los hombres serios y estudiosos leían a Holbach, a Helvecio, a Boulanger, a Diderot, después de aprenderse de memoria las obras maestras del Patriarca de Ferney; los mozuelos de uno y otro sexo devoraban a hurtadillas algunos, y a las claras los más, los cuentos filosóficos de Voltaire, los asquerosos y grotescos de Pigault-Lebrun, el *Compadre Mateo* o las *Amistades peligrosas*, amén de otras lindezas, con que proveían a nuestro escaso mercado de libros, sobre todo en nuestras Américas, cuatro especuladores infames de París, Burdeos y otras partes. ¿Y cuál fue el fruto de semejantes leyendas? Funesto, funestísimo.

Porque puede ser materialista, impunemente para los que le traten, un culto y refinado europeo de Inglaterra, Francia y Alemania, pues que, por el adelantamiento intelectual de estos países, de buen grado y por un egoísmo bien entendido, hasta cierto punto, se sabrá sujetar a un plan de conducta, si no religiosa y pura en el fondo, al menos decente en las apariencias;³ más en países tan atrasados como los nuestros en todas aquellas

3. Aun en la realidad puede admitirse la decencia y la honradez en un ateo ilustrado; pero consiste esto en que entonces no es consecuente con sus ideas; como por fortuna vemos que es muy común. Helvecio era un excelente sujeto en su conducta pública y privada; la humanidad siempre tiene instintos conservadores, por estrafalarias que sean las teorías que la gobiernan por algún tiempo.

artes, que pudieran llamarse flores de la civilización, un materialista por necesidad debe ser el ente más odioso y grosero del mundo. Como que no tiene muy alta idea de su naturaleza, pues juzga igual su destino póstumo al de los brutos irracionales, se asemeja e éstos en sus hábitos y costumbres: careciendo, además de toda policía de modales, porque a duras penas ha podido aprenderlos en el círculo que le rodea, no tiene aquel barniz seductor de cortesanía de un francés, v.g., que si no lo disculpa de su ateísmo, al menos disminuye la repugnancia que debiera causarnos en su trato.

Ahora bien, figurémonos lo que serán, convertidos en ateos, y además de su genuina y especial rusticidad, cualquiera de aquellos silvestres individuos de una misma familia, aunque se les distinga y bautice con los nombres diversos de patán, guajiro, gaucho, charro o llanero... Figurémonos picando más alto, la grotesca transformación, o más bien dicho, degradación que sufrirá al perder las pocas ideas de religión que aprendió desde su niñez y que formaban su único y escaso caudal intelectual, un vecino acomodado de la medianía, un mercader, por ejemplo, o un hacendado de Madrid o Barcelona, de La Habana o Matanzas, de Méjico, Caracas, Lima o Montevideo... Un monstruo, por no decir una bestia indómita.

Esta falta de principios sólidos y puros de religión, es la causa principal de que no se encuentren en nuestras grandes poblaciones hombres generosos y entusiastas, que animados de aquella caridad activa que sólo nace y sabe producir el fervor religioso, acometen empresas difíciles de beneficencia pública, y que son tan comunes hoy en Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, y lo que fueron antes en nuestras Españas, cuando las iluminaba todavía la antorcha de la fe, aunque con opacos y lúgubres resplandores. Por eso no pasan de meras farsas nuestros actos de devoción dentro y fuera del templo, pues cuando más son hijas de una superstición boba e ineficaz, que no penetra con su tibio calor el fondo del corazón, y lo que hace es ofuscar y pervertir el entendimiento: por eso nuestras mujeres, casadas y doncellas, de clara u oscura estirpe y categoría, están tan expuestas a la seducción, a pesar de la vergonzosa pero necesaria vigilancia de sus padres y maridos, y de su natural modestia y compostura; por eso, nuestros mozos en general, de cualquiera clase y condición que sean, con muy contadas excepciones, se entregan, y lo que es peor, hacen alarde por parecer marciales y despreocupados, del más soez y ordinario libertinaje, y cuando se hallan más adelantados en la vida, celebran como una gracia, como travesuras y agudezas de su vivaz ingenio el uso de artimañas y perfidias en el comercio, en la carrera parlamentaria, en el foro; artimañas reprobadas hasta por el simple decoro mundano, que las escarnece con el nombre de vilezas y picardías; y por eso se malogran lastimosamente en flor tantos y tan prodigiosos entendimientos, como nacen y se crían en nuestra fértil raza.

Ya se ve: aniquilada en nosotros, con el escepticismo, el fundamento de toda espiritualidad, pierde nuestra alma su energía solariega y generosa;

de señora que era de la materia, de la carne, según llamaban los teólogos a esta enemiga del espíritu, se ve reducida a la triste condición de esclava de los sentidos; muere, pues, en ella de inanición todo conato, todo hidalgo deseo de elevarse superior a las exigencias puramente animales de la cubierta moral que la oprime, y abotagada y sin fuerzas, renuncia al privilegio de su actividad moral e intelectual. Entonces nos convertimos en monstruos indefinibles, pues ni somos hombres, porque carecemos de alma, ni somos brutos (antes nos hacemos inferiores a ellos) porque carecemos también del instinto providencial con que dotó a estas criaturas la naturaleza. Y en llegando a tal extremo ¿por qué ha de ser el hombre vecino honrado, firme patriota, casto, amoroso y bueno? Si no cree en la inmortalidad de la noble parte de su ser, que discurre y goza del incontestable albedrío de obrar conforme a su voluntad; si no cree en la existencia de un ser misterioso, infinito, omnipotente y sabio, que formó y gobierna el universo; ¿por qué no ha de anteponer a toda idea de virtud y deber su conveniencia personal, sus gustos y placeres? ¿por qué no ha de tratar en su conducta pública de salvar sólo las apariencias? Y eso por no hacerse odioso a los demás hombres, que él supone haber dejado atrás en estas materias, los cuales, para juzgar una acción, no echan mano de las balanzas acomodaticias de Bentham, sino que le aplican espontáneamente el simple pero seguro criterio de la razón.

Triste es en verdad el cuadro que acabamos de diseñar... ¿Y no habrá remedio para tan funestos males? Por fortuna los hay y eficaces, pues no depende su aplicación sólo de la voluntad de los inficionados, sino de la mano enérgica, irresistible de la civilización que progresa y cunde. Aun a los pueblos más remotos y apartados del foco de la sabiduría europea, llegan en las del comercio y la navegación, las emanaciones saludables de la ciencia y de la verdad; todas las gentes y naciones se aprovechan al cabo de los desperdicios de aquel espléndido banquete intelectual, que allá celebran los reyes y adalides del pensamiento humano. Ya en la Península, que es la que goza entre todas las Españas mejor posición geográfica, mirada bajo este punto, va penetrando la luz de la filosofía espiritualista que es la del siglo por excelencia, y con ella van despertándose en la parte culta de la población las venerandas creencias de nuestros padres, pero depuradas del fanatismo y la superstición que las oscurecían: ya tiene filósofos y estadistas, que con su voz animadora convidan a sus compatriotas al estudio, a la observación del Evangelio. En nuestra propia Isla se experimenta igual influjo, el cual, combinándose con los preciosos restos de la fe religiosa, que todavía conservamos en toda su lozanía, irá ganando terreno en las almas puras y en los entendimientos ilustrados y penetrantes. De su completo triunfo depende más de lo que parece nuestra felicidad individual doméstica, la tranquilidad de nuestros espíritus, y la ventura y gloria social de nuestra querida patria.

XVI

**MEDIA PALABRA AL AUTOR DEL ARTÍCULO
MORAL RELIGIOSA, INSERTO EN LA 3ª
ENTREGA DE EL PLANTEL⁴**

POR FAIR-PLAY
[JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO]

(*Diario de la Habana*, noviembre 25 de 1838.)

“Che si la voce sua sará molesta
Nel primo gusto, vital nutrimento
Lascierà poi quando sará digesta”.⁵

DANTE

Supone usted aniquilada la doctrina de la sensación en virtud de las impugnaciones que le han hecho Royer Collard, Cousin y Jouffroy, siguiendo las huellas de los escoceses Reid y Dugald Stewart, y a los profundos idealistas alemanes. Pues yo opino cabalmente lo contrario, es decir, que después de las impugnaciones queda en pie la citada doctrina.

Grave es por cierto la cuestión, y Ud. la ha hecho más grave pretendiendo enlazarla tan íntimamente con la importantísima de la Religión. Pero hasta ahora ni Ud. ha dado la razón de su dicho, ni yo tampoco. Ud. habló primero, a Ud. pues compete explicarse desde luego, para proceder en materia de tanta trascendencia en el orden, franqueza y detenimiento con que desea ventilarla un apasionado de Ud., pero que lo es más de la verdad.—*Fair-Play*.

4. En febrero del año actual (1890) di al público en el diario de esta capital *El País*, un trabajo titulado “Un episodio de la vida de tres hombres célebres”, que se reprodujo por la *Revista Cubana* en su número de abril siguiente, y en el cual refiero cómo tuvo lugar una ruptura de las amistosas relaciones de Luz Caballero y Domingo del Monte, a causa de un artículo de éste sobre “Moral Religiosa”, inserto en *El Plantel*, periódico de don José Antonio Echeverría y don Ramón de Palma. Entonces ignoraba quién había sido el que con el pseudónimo de “El suscriptor al Plantel” contendió con Luz Caballero, pero el ilustrado escritor y conocido publicista, mi distinguido amigo doctor don Vidal Morales y Morales ha obtenido posteriormente noticia cierta de ser don Félix Tanco y Bosmeniel, persona de erudición y literato de nota, que nacido en Bogotá vino muy niño a Cuba, y residió siempre en Matanzas. (Alfredo Zayas.)

5. “Por eso dijo el primer poeta del orbe, que *si la voz de la verdad es desapacible al principio, siempre dejará nutrimento vital en nuestro corazón, una vez rumiada y digerida*” (Luz, *La Polémica filosófica*, B.A.C. t. 12 p.338). Vid. *Aforismos*, no. 625 (Roberto Agramonte).

XVII

DOS PALABRAS SOBRE CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ T. DE LA VICTORIA

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, noviembre 28 de 1838.)

Nace el hombre, y al nacer se encuentra en medio de un mundo y una sociedad que no ha creado, y a cuyas leyes no puede sustraerse, súbdito con respecto a su Creador, señor respecto de la naturaleza física, y compañero de los demás hombres; necesita de sus atributos constitutivos, la inteligencia y la libertad, para desempeñar con provecho su doble misión de espectador y actor sobre la tierra. Desde la cuna no hace más que recibir impresiones de cuanto le rodea, como simple espectador; hasta que por grado se va desarrollando su inteligencia con la edad, y ya empieza a inquirir el porqué de cuanto ha observado, en cuya inquisición desempeña su papel de actor.

Las primeras impresiones de su niñez casi no encuentran eco en su entendimiento, que las recibe pasivamente, sin esforzarse gran cosa por conocer lo que se las produjo; pero las de más adelante ya principian a reflejarse en su mente, y a despertar en ella el deseo de conocer los objetos que se las causan. Entonces es cuando comienza a analizar, y poco después a deducir por inducción, por analogía y por comparación, en los nuevos hechos que se le presentan con las mismas circunstancias de los que antes había observado. Todo esto lo hace el niño sin saberlo y a su pesar; y si el hacer buen uso de un instrumento puede alguna vez confundirse con el conocimiento de su mecanismo, yo convendré a lo más que coexiste, pero nunca precede, la lógica respecto de la física o ciencias naturales. Raros de los que poseen reloj y hacen frecuente uso de él, conocen su mecanismo.

Aunque llegado el hombre a la edad de hacer uso de su razón, rara vez la conoce desde ese instante, ni a sí mismo, ni los demás fenómenos que descubre en su interior; excitados por los objetos sensibles, que al ejercitar continuamente sus facultades mentales, se las pone de manifiesto, para que pueda descubrir en ella su naturaleza y el orden con que proceden. Entonces y sólo entonces es cuando vemos ya penetrar al hombre en el santuario de la filosofía o de la verdadera lógica, la lógica como ciencia. Después de este análisis de los fenómenos de la conciencia, cuando ya se han reducido los resultados a reglas, es que viene a nacer lo que podemos llamar el arte lógico; pues que un conjunto de reglas o principios jamás puede ser ciencia, isino resultado de la ciencia! El químico, como sabio,

investiga y reduce a reglas sus observaciones; el fabricante que hace uso de ellas o las aplica a sus procedimientos mecánicos, no es más que un artista.

Hemos visto hasta aquí que el testimonio de nuestra conciencia nos dice que el uso de la lógica es coexistente, no anterior, al estudio de las ciencias naturales; y que muy posterior a este estudio y como por reflexión de él, es que se estudia el hombre a sí mismo, esto es, la filosofía o la lógica como ciencia, por consecuencia de cuyo estudio nace el arte lógico. Veamos ahora si la historia, es decir, la humanidad o el hombre mismo considerado en el espacio y en el tiempo, corrobora este aserto de la filosofía o de la conciencia humana: sólo es verdadero lo que está de consuno con la historia.

No hay nación alguna, sin excluir ni las que se esfuerzan por alcanzar la meta de la civilización, que no haya pasado en su tiempo por las diversas y sucesivas situaciones de nómada o errante, cazadora, pastora, agricultora, industriosa, etcétera; en todas se ven en grande atraso las ciencias morales o la filosofía, o más bien dicho, una absoluta ignorancia de ellas, mientras no se las ve llegar siquiera al estado de agrícolas; y siendo la lógica o la filosofía una de tantas o más bien el complemento de todas, es claro que viene con posterioridad a los demás conocimientos que se desenvuelven en los pueblos al pasar por los distintos grados que preceden a su desarrollo moral, conocimientos que todos son físicos y por consiguiente ciencias naturales. Ningún pueblo se ocupa de sí mismo, ni de su organización y existencia moral, mientras no llega a un estado en que no necesita de su trabajo diario y continuo para su existencia física.

Reconocida ya, como una verdad, por el testimonio unánime de la filosofía y la historia, la existencia del orden indicado de los acontecimientos humanos, réstanos resolver esta cuestión, no difícil ahora: ¿cuál será el orden mejor y más sencillo o de más fácil acceso en la enseñanza? Es claro que el más natural, el de sucesión, el que guía de lo más fácil a lo más difícil, es el del estudio de lo material antes que el de lo espiritual, el que antepone las ciencias naturales a las morales, la física a la lógica.

Las ventajas que saca un niño de tener maestro, pueden reducirse a una esencial o que las comprende todas: la mejor dirección; si se aparta de ésta su maestro, no cumple con su deber. Si, pues, se ha visto ser el mejor el orden más natural, es claro que un preceptor debe dirigir la enseñanza de su discípulo siguiendo este mismo orden más natural, so pena de tener que volver a las andadas y hacerle invertir doble tiempo del que necesitara.

Se dirá tal vez que nada ofrece de dificultoso o imposible el que un niño aprenda antes de estudiar física las reglas del arte lógico, pero obsérvese que el arte no es la ciencia, y que puede aprender las reglas de aquél como un papagayo una relación.

He aquí en compendio mi profesión de fe filosófica en cuanto a métodos. Las importunaciones de algunos amigos sólo han podido obligarme a darle publicidad.⁶

6. Escrito estaba este artículo, había muchos días, cuando salió en la última *Gaceta* el del *Dómine*, contraído a la misma cuestión, del cual es el presente en el fondo una cumplida refutación; sin embargo, su autor se propone hacer más adelante algunas observaciones más concretadas al indicado artículo. (No hemos podido encontrar este importante artículo del *Dómine* de noviembre 17 de 1838, que ha de ser refutado en los que subsiguen de Luz. De encontrarlo algún estudioso, lo publicaríamos en los apéndices [Roberto Agramonte].)

DICIEMBRE



XVIII

EL AUTOR DEL ARTÍCULO MORAL RELIGIOSA, INSERTO EN LA 3ª ENTREGA DEL PLANTEL A FAIR-PLAY

POR DOMINGO DEL MONTE

(*Diario de la Habana*, diciembre 5 de 1838.)

Yo no supongo en mi artículo *aniquilada la doctrina de la sensación*: lo que dije fue, que esta doctrina era la reinante en Francia, cuando los catedráticos de filosofía, que cité, *se presentaron a luchar cuerpo a cuerpo con sus mantenedores*. Esto dije, y no otra cosa, sin agregar nada de aniquilamiento, ni aun de triunfo en favor de ninguno de los luchadores; ni podía decirlo, cuando sé muy bien que la lucha dura todavía. Que hoy todavía son, no sólo sensualistas sino ultrasensualistas, grandes y distinguidos ingenios; y cuando, por otra parte, dicha teoría encierra en sí, mezcladas con sus errores, muchas verdades, que son imperecederas, como lo es toda verdad. Indiqué, sí, rápidamente y de paso —porque el objeto principal de mi artículo era otro— en qué consistía, a mi parecer, el vicio fundamental y las consecuencias morales de aquella doctrina; también indiqué de paso la esperanza consoladora que despertó en la juventud francesa el oír otra teoría filosófica, en que *por la ciencia misma se logra restablecer el espí-*

ritu y rehabilitar el alma. Hubo sin duda, equivocación al interpretar mis palabras.

Esto, en cuanto a mi dicho.

En cuanto a la paladina manifestación que hace el señor *Fair-Play* de su distinto modo de pensar, respecto del mío, espero que con la aclaración que acabo de hacer, quedará satisfecho. Si no tuviere yo esta buena fortuna, lo sentiré en el alma, porque me veré en el duro caso de entrar con él en la polémica a que de improviso me provoca, la cual no podría yo honrosamente esquivar, después que él ha hecho al público partícipe de sus intenciones. Y digo que sería *duro* ese caso para mí, porque no soy menos apasionado de *Fair-Play* de lo que él lo es mío, aunque tengo la ventaja de que mi amor a la verdad no está en oposición con la amistad que a él profeso.

Por lo demás, nada tengo que añadir ni explicar a lo que dije en mi artículo. Si mis proposiciones psicológicas, morales y políticas no son exactas, o tienen tendencias perjudiciales o son erróneas o disparatadas, yo agradeceré mucho, no digo a *Fair-Play*, que es perito abonado en esta materia, pero a cualquiera otro vecino del pueblo, que levante su voz y las impugne, y me saque de errores, pues ya entraron en el dominio y jurisdicción del público: sólo suplico que lo hagan con la misma lealtad, con la misma buena fe y candor con que yo sin segundas ni ruines intenciones las estampé en *El Plantel*, fijo solamente mi pensamiento en el bien que a mi patria pudieran producir. Habana, 28 de noviembre de 1838. —*D.d.M.*

XIX

CONTESTANDO AL ARTÍCULO DEL SUCRIPTOR AL PLANTEL INSERTO EN LA AURORA DE MATANZAS DE 30 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO

POR FAIR-PLAY
(JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, diciembre 5 de 1838.)

¡Conque el autor del artículo *Moral Religiosa* inserto en el número 3 del *Plantel* no supone aniquilada la doctrina de la sensación! Vamos a ver quién tiene razón, señor Articulista, si Ud. en decir que no, o yo e n afirmar que sí. Desde las primeras palabras del párrafo 4 empieza el autor del

artículo a caracterizar su modo de ver en la cuestión, que no puede ser más terminante. Tan aniquilada la supone, cuanto que “cree inútil repetir que semejante teoría pone el único y exclusivo origen de nuestras ideas, aun de todas las absolutas, en los sentidos”. Que es como si dijera: gente tan atrasada la del opuesto bando que aun las ideas absolutas quiere derivarlas de los sentidos; sólo ese *aun* basta para ganar a Ud. con costas, y vaya Ud. apuntando, señor Articulista.

Sigamos viendo qué bien observa las reglas del clímax el autor del artículo, para no dejar ni sombra de duda sobre su opinión. “De aquí dedúcese (esto es, de la doctrina, y son sus palabras) con exacta ilación lógica la negación de la existencia y de la inmortalidad del alma...” Pero una doctrina que con exacta ilación lógica conduce indefectiblemente a negar la existencia y la inmortalidad del alma es insostenible, aun cuando fuese defendida por los más expertos campeones; luego, supone aniquilada la doctrina de la sensación el que asienta como premisa que ella conduce por línea recta al materialismo. Luego, el autor del artículo *Moral Religiosa* presenta la doctrina de la sensación no como quiera aniquilada, sino como un veneno que corroe a la sociedad en sus primeros fundamentos. Y no tome el articulista de Matanzas en tan estricto sentido la voz aniquilar, que quiere darnos a entender no estar aniquilada una doctrina por haber todavía quien salga a defenderla, pues hasta las causas más perdidas hallan vehementes defensores, siendo en vano que se presenten tales adalides si la causa ha sido perdida ante el tribunal de la razón. Demasiado percibirá Ud., señor Articulista, la fuerza de estas razones para que yo me detenga a detallarlas.

No contento todavía el autor del artículo con tachar de materialista la doctrina de la sensación, la tilda también de inconsecuente; aquí están sus palabras: “por lo que los teólogos tomistas, que abrazaron por una contradicción inexplicable con sus principios religiosos los cánones ya bastardeados del Peripato, tuvieron que ocurrir a la omnipotencia de Dios, para sacar en salvo la parte espiritual del hombre”. Luego, esta doctrina, si escapa del escollo del materialismo, naufraga en el bajío de la inconsecuencia. Ahora confíeseme Ud. de buena fe si el que sostiene que una doctrina que por exacta ilación lógica conduce al materialismo o a la inconsecuencia no la da por aniquilada.

Y cuenta que a tal resultado se llega, no así como quiera, sino por una exacta ilación lógica: de suerte que el que así se explica debe estar más que apertrechado de pruebas para reducir a cenizas a cuantos osen contradecirle. Verdad es que en todo el artículo no se encuentra la palabra aniquilar; pero de ahí no se infiere que no se suponga aniquilada la doctrina, que es la locución de que como de una fórmula me he valido yo. Así en el álgebra una letra cualquiera del alfabeto representa un dato de la cuestión; y se haría muy ridículo el que pretendiera negar el valor que representase la

letra; o para hablar al alcance de todos los lectores, diré que esto es lo mismo que si se afirmase que Antonio, vg., no le había quitado la vida a Juan, porque en los autos no se decía tal cosa, sino que le había dado la muerte.

Pero si a Ud. le parece, no pelearé por la palabra aniquilar; y vendremos en que el autor del artículo ha impugnado, o ha hablado en contra o se ha opuesto, como Ud. guste, al sistema de la sensación, y ahí está vivo su papel que no me dejará mentir, y que si Ud. me apura, lo reimprimiré. Pues, señor, yo defiendo el sistema: salga Ud. si quiere a la palestra, y aniquíleme si está en su mano, y no se ande con escaramuzas, sino haga la guerra lisa y llanamente.

Pero vamos ya a la cita a Cousin. Efectivamente, este caballero afirma que no quiere destruir el sensualismo, sino únicamente reducirlo: veamos cómo cumple su palabra. Tanto el sistema espiritual como el sensualista convienen en que el alma forma las ideas de los cuerpos por el ministerio de los sentidos: de suerte que el punto único de divergencia está en que el sensualismo atribuye el origen de todas las ideas a la sensación, al paso que el espiritualismo deriva unas de la misma fuente, y otras inmediatamente del alma. Prescindiendo ahora de la cuestión sobre verdad o falsedad de estos sistemas, pregunto: ¿podrán ser conciliables? ¡Qué! ¿puede haber en las ciencias transacciones como en los negocios de la vida? Las cosas no se hicieron para las ciencias, sino las ciencias para las cosas: la naturaleza y el hombre nos presentan sus fenómenos, y tratamos de explicarlo; podrán darse muchas explicaciones, pero una sola será la verdadera. Bien sé que Leibnitz trató de conciliar a Platón con Aristóteles, pero esta empresa no es realizable en el punto a que nos contraemos. Diráse que también Victor Cousin ha acometido la misma tarea conciliando a Locke con los metafísicos escoceses y alemanes. No hay tal: él no hace más que combatir a Locke afectando imparcialidad, como lo demostrará hasta la evidencia el que esto escribe: y por cierto que si bien a veces lo impugna con razón, en otras, y no pocas, no juega con él muy limpiamente. Es costumbre muy antigua en el señor Cousin, a quien venero por su elocuencia vasto saber, celo por la instrucción pública y otras dotes, el decir una cosa y hacer otra. Cuidado que yo no trato de la conducta del hombre, sino de la táctica del escritor; y hablando sin rodeos, el *Curso de filosofía* del señor Cousin está plagado de palmarias contradicciones. El que esto escribe, que no jura en las palabras de nadie y que por lo mismo no aspira a que otros juren en las suyas, ha ideado el medio mejor, más amplio e imparcial, para entablar una polémica con las ideas de ese esclarecido varón. ¿Y cuál es ese medio? Traducir sus obras y anotarlas; éste es el mejor modo, aunque no el más lucido, de pesar el pro y el

contra. Meses ha que se anunció esta traducción,¹ no habiéndose podido poner en planta por falta de salud en el traductor; pero ya en breve se abrirá la discusión. ¿Seré por ventura un presumido al proponerme combatir las doctrina de tan privilegiado talento? Nada menos que eso; nada dista más de mis principios; pero cuando un hombre, por grande que sea, está en el error; es dado hasta al último pigmeo el convencerle de él. Así mi empresa es fácil, facilísima; ni pretendo honrarme con ella, ni puse mi nombre en el anuncio, ni indiqué circunstancia alguna por donde se viniera en conocimiento del traductor: prescindo siempre de las personas y me voy derecho a las cosas; que se diga la verdad, y dígala quien la dijere: “Che si la voce sará molesta./Nel primo gusto, vital nutrimento/Lascierà poi, quando sará digesta”.²

Dije, y me ratifico, que el autor del artículo había pretendido enlazar la cuestión del origen de las ideas con la importancia de la religión. Me contesta Ud. que no hay tal pretensión de enlazar lo que está enlazado naturalmente, pues la cuestión religiosa es una consecuencia de la cuestión metafísica. Lo niego, y me fundo en que se puede atacar a la religión siguiendo el uno o el otro sistema, y sin seguir ninguno de los dos, esto es, sin entrar en la cuestión metafísica. No se me oculta que Cousin y sus partidarios quieren poner la marca de irreligiosos a los que defienden la opinión contraria. Pero, hablemos claro, ¿en qué gana o peligra la causa de la religión porque se defienda o se niegue que el punto de partida de todos nuestros conocimientos es la experiencia o la razón, o que ésta preceda a aquélla o viceversa? Tómese, pues, el rumbo que se quiera, no hay miedo a caer en el materialismo, pues en ambos sistemas se sostiene que siempre es el alma quien conoce.

A lo que parece no ha leído Ud. los dos últimos artículos publicados en el *Noticioso* de esta ciudad de 7 de noviembre y 1 del corriente por *Cauto*,³ sin contar otros que ha dado en meses anteriores. En ellos verá Ud. bien entendida la doctrina del sensualismo, cabiéndome tanta más satisfacción en esta cita, cuanto que esos escritos son obras de un estudiante que todavía frecuenta las clases, y a cuyos argumentos debió haber hecho algún caso el autor del artículo *Moral Religiosa*. No conozco al señor Cauto, pero sus escritos me han inspirado el deseo de conocerle y felicitarle, pues aunque no crea yo en las ideas innatas, me es innato el amor a la verdad, y más innata la propensión de tributar homenaje al mérito donde quiera que lo encuentre.

1. Luz Caballero no realizó nunca esta proyectada traducción de las *Obras* de Cousin, o por lo menos no tengo noticia de que lo hiciera. (Alfredo Zayas.)

2. Vid. *Supra* p. 141.

3. Era el pseudónimo de Juan Francisco Funes, muy estimado por Luz (véase *Aforismos*, no. 7). (Roberto Agramonte.)

Dice Ud. que no hay cuestión ni grave, ni media. ¡Cómo! ¿Y si un padre de familia celoso por la educación de sus hijos le hiciera a Ud. este argumento? En la Habana hay más de una Cátedra⁴ donde se profesa esa doctrina; es así que ésta siembra en el corazón la semilla de la incredulidad, o comunica al entendimiento el mal hábito de la inconsecuencia, que es muy frágil tabla para salvarlo de otros naufragios; luego, la Cátedra donde tal se enseña es una Cátedra de pestilencia. ¿Qué contestaría Ud., amigo mío? ¿Es grave o no la tal cuestión? Y cuidado que sólo alzo un canto (para volverlo a echar) del velo que cubre el asunto; y repare que no he dicho que tal sea la intención del autor, sino que ésta es una consecuencia forzosa de sus principios.

Por último, como juego tan limpio y el autor o el artículo no hubiese más que repetir lo que tanto cacarean Cousin, d'Eckstein y toda la brillante pléyade redactora de la *Revista Francesa y Extranjera*, le pedí entrara en explicaciones, por ver si habiendo estudiado mejor que yo la materia, me convencía de la falsedad de mis principios. A lo que se agrega que mereciéndome el autor muchas consideraciones, no quería, como pude, atacarle de rondón, marcándole, como lo haré en su oportunidad, las contradicciones e inexactitudes que ofrece el párrafo 4 de su artículo. Así que, por irme tan suavemente, me he granjeado la contestación del articulista de Matanzas, a quien creo haber satisfecho con lo dicho, quedando abierta la causa en lo principal (pues éste es un incidente insignificante) así para él como para cuantos se dignen impugnar las razones de un pobre pensador, pero que pobre o rico, piensa siempre con su cabeza y siempre juega limpio.—*Fair-Play*.

Habana, diciembre 3 de 1838.

4. Hacía dos meses escasos que Luz Caballero explicaba públicamente filosofía en el Convento de San Francisco. (Alfredo Zayas.)

XX

FAIR-PLAY AL AUTOR DEL ARTÍCULO MORAL RELIGIOSA

POR FAIR-PLAY
(JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, diciembre 7 de 1838.)

Es cosa muy sencilla lo que ha ocurrido entre nosotros: Ud., con pleno conocimiento de causa, y estando muy al cabo de las opiniones que así en público como en privado he sostenido en esta materia, juzgó sin embargo de tal importancia, tan necesario, o al menos tan conveniente introducir en su artículo la cuestión filosófica que no titubeó en darle un lugar preferente: y esto es una obra como *El Plantel* destinada muy especialmente al mayor número de lectores, para quienes en sentir de Cousin y todo sensato, no son pastos muy a propósito las graves cuestiones de la Filosofía. Que se aprovechen las luces que ésta ofrece para mejor inculcar al pueblo las verdades de la religión, nada más en el orden; pero internarle en el laberinto de las doctrinas psicológicas de las diversas escuelas y hasta sin entrar en los fundamentos en que descansan, paréceme tan inoportuno, que cuando menos le cuadra *non erat hic locus*⁵ de Horacio.

Esto en cuanto a Ud. En cuanto a mí ¿qué hice yo? Nada más que decir: “Fúndese Ud.”.

¿Quién provocó, pues, a la lid, Ud. o yo? Lo único que hay de particular en este pleito, así como acontece en otros muchos, es que la contestación se convirtió en reconvencción; no podía ser de otra manera, puesto que yo doy a la cuestión filosófica toda la importancia que se merece. En las actuales circunstancias, sobre todo, es para mí tanto más vital cuanto que veo a una parte de nuestra interesante juventud deslumbrada con el falso brillo de unas doctrinas que propenden a hacer retrogradar los conocimientos humanos. Y aquí está el móvil que pone la pluma en mi mano para anotar a Cousin y para contestar a Del Monte. ¿No me impuse la primera tarea más de dos meses ha, exponiéndome a hacer el sacrificio de mi frágil salud? Se ve, pues, hartamente claro que no he tenido empeño en impugnar a Ud. ni a persona determinada; me dirijo al asunto y sólo al asunto, prescindiendo, como acostumbro siempre, de las personas.

“¡Que somos amigos!” ... Tanto mejor para la cuestión, porque al ventilarla reinará la urbanidad y el comedimiento. Y a la verdad que sería un

5. “No era ésta la ocasión”.

espectáculo realmente bello, y que puede considerarse como un triunfo de la civilización el ver a dos amigos, celosos a cuál más por el bien de su patria (de esta patria, a quien jamás, podré por mi parte pagar la inmensa deuda que con ella tengo contraída), agitando las graves cuestiones de cuya solución penden los futuros adelantos intelectuales de sus hijos, y lo que es más, la futura mejora de sus costumbres, sin cuyo sólido cimiento *in vanum laboraverant qui cædificant eam*.⁶

No alcanzo, pues, ni cómo teme Ud. que achaquen a *segundas y ruines intenciones* la publicación de sus ideas en *El Plantel*; ni menos que a quien las impugne pueda faltarle la misma lealtad, la misma buena fe y candor con que Ud. las estampó, fijo solamente su pensamiento en el bien que a nuestra patria pudieran producir. Me abstengo de entrar en comentarios. Ud. no dude un instante que aquellas cualidades y esta mira son plantas arraigadas en el pecho de un hombre que siempre ha ajustado su conducta filosófica a aquella regla, de oro en su humilde concepto, que proclamó ha de tres años: “el verdadero filósofo es modesto y circunspecto para decidir, accesible para siempre oír, y sólo firme para examinar”. Y he aquí la máxima que he procurado con todas las veras de mi corazón (que no es tibio) con todas las conquistas de mi aplicación, no diré grabar sino encarnar en los entendimiento de nuestra cara juventud, para asegurar el triunfo de la verdadera filosofía entre nosotros, para no dejarla arrebatada de todo viento y todo color de doctrina, y que la autoridad de la escuela, verdadero Proteo, no ocupe el augusto solio de la razón, ante cuyo tribunal debe todo comparecer, sin que pueda eximirse la razón misma. Yo quisiera que el entendimiento de nuestros jóvenes fuera como el cristal, que dando sólo paso a la luz de la verdad, fuese impermeable al sutil polvo del error. Yo quisiera... vencedor o vencido, arribar al puerto del desengaño.

En resolución, todo esto quiere decir que doy suma importancia a la cuestión; pero no que yo le compulse y apremie a Ud. a entrar en su examen públicamente, máxime cuando lo he de hacer a la larga en la traducción del Cousin. Me alegraría, sí, en los más íntimo del alma, la ventilásemos privadamente en su propia morada de Ud. a presencia de dos o más amigos inteligentes, o a solas, como Ud. guste, acompañándonos en todo caso un taquígrafo (que le tenemos muy experto y se halla a mi disposición) para recoger las razones que en pro y en contra jueguen en el curso de la discusión, y ofrecerlas después a la juventud estudiosa de nuestra patria como prenda y fruto de nuestro amor a la madre común. Y ved aquí a *Fair-Play* estrechando en un abrazo mismo, con toda la efusión de su ardiente pecho, abrazo purísimo y eminentemente cristiano, a la madre, a los hijos y al amigo, o, por mejor decir, al hermano. — *Fair-Play*.

Habana, diciembre 6 de 1838.

6. “Trabajan en vano los que la construyen”.

XXI

SEGUNDA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE (LICENCIADO MIGUEL STORCH)⁷

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(Diario de la Habana, diciembre 17 de 1838.)“Pro me laboras”.⁸

Seré muy breve; así por hallarse contenidas en mi anterior papel, ya largamente, ya en embrión, las respuestas a las objeciones que ahora se le hacen, como por la facilidad de reducir los puntos que se toca a los términos más claros y sencillos.

1. De acuerdo con el *Dómine* y con Cousin, en que “según el método de un filósofo, así será su doctrina”. Mas nunca podré convenir en que “si poseyésemos el inestimable tesoro de un diccionario perfecto sólo se disputaría en las casas de locos”. Pues, aunque realmente se suscitan millares de cuestiones que vienen a reducirse a disputas de palabras, y que por consiguiente se eviten muchas de aquéllas con sólo definir éstas, todavía es inconcuso que no todas, todas las cuestiones que median entre los hombres, pueden resolverse en contiendas de voces. ¿Es acaso lucha de palabras la gran cuestión que se está agitando en los campos de Navarra entre cristianos y carlistas, hijos todos de la misma madre? Idea muy menguada es menester formarse de la humanidad para creer que sólo por palabras esté derramando su sangre a torrentes: cuando tal sucede, y aquí tengo la dicha de caminar de acuerdo con Cousin, es porque tercián grandes intereses de una y otra parte. Pero salgamos del agitado palenque de la política para entrar en el apacible santuario de las ciencias: ¿son por ventura cuestiones de palabras las tantas y tan graves que a cada paso en ella se suscitan, y las muchas que están y estarán largo tiempo *sub judice*? Haría un agravio a los sensatos, si los molestase con el catálogo de estas cuestiones tan importantes como indecisas que pululan en el vasto espacio de las ciencias. Pero no puedo menos de insinuar una breve consideración ideológica muy adecuada a la materia, y es que semejante modo de ver hace consistir toda ciencia, como pretendía Condillac, en un idioma bien forma-

7. Prácticamente todas las réplicas de Luz que subsiguen lo son a la vez al *Dómine* y a *Rumilio* (Roberto Agramonte). El *Dómine*, catalán, fue director del *Liceo Calasancio* de Puerto Príncipe. (Alfredo Zayas.)

8. “Tus argumentos me favorecen”.

do: lo que vale tanto como confundir *el efecto con la causa*; pues la reforma del lenguaje de la ciencia no tanto depende de la exactitud del idioma empleado anteriormente en el análisis (si bien tiene su buena parte) cuanto de la *observación* (fuente de todo saber) que sobre los objetos instituímos. Así que, observación es la causa; la exactitud del lenguaje, el efecto. Un ejemplo lo hará conocer palpablemente. Supongamos que un niño, o un rústico (que no es más que un niño grande) al hablar de los cuerpos celestes, los apellida indistintamente estrellas: en tales circunstancias, si yo le hago observar que entre esas estrellas hay algunas que centellean, y otras que jamás ofrecen tal apariencia, esta sencilla observación basta para hacerle reformar su lenguaje, encargándole en consecuencia que para los cuerpos celestes que centellean conserve la palabra estrella, y a los que no presentan este fenómeno, aplique, v.g., la de planeta; crece su ciencia, y crece en proporción su lengua: que hay planetas a cuyo rededor giran otros menores; otra observación, otro término —llámelos secundarios—: que algunos cuerpos celestes aparecen rara vez, y luego dejan de verse presentando colas, barbas, etcétera; otra observación, y otro nombre —cometas—; y si se trata en fin de reunirlos a todos bajo un nombre o clave general, llámaseles astros. Pongamos el caso, que tan a menudo debe acontecer y acontece en nuestro estado social, de que el hombre conozca muchas veces el signo antes que el objeto que representa, o bien que el signo le ofrezca una idea inexacta: en la tal hipótesis, la observación le hace o conocer el significado, o rectificar su lenguaje, cuando no formarlo. ¿No es ésta, ni más ni menos, la historia de todas las ciencias? ¿No se inventan voces nuevas cuando ocurren nuevas observaciones, o sea, descubrimientos? Empero, no pretendemos por ende negar un instante la suma importancia de los signos, que son el más eficaz instrumento del análisis; opinando antes bien que esa misma importancia fue parte a alucinar a Condillac y otros ideólogos hasta el punto de hacerles creer que una ciencia no era más que una lengua bien formada.

Yo, por el contrario, diré que una lengua bien formada es la expresión de una ciencia verdadera; así, pues, en vez de afirmar que toda ciencia es una lengua bien formada, debería decirse que toda lengua bien formada es una ciencia: si bien es innegable que el entendimiento del hombre no puede progresar en sus investigaciones sin el socorro de los signos. Pero, por Dios, señor, cada cosa en su lugar: los objetos son los materiales de las ideas, los sentidos el vehículo de las impresiones, la razón el agente de la observación, y los signos el instrumento para marcar los pasos y poder continuar la marcha. Pero los signos *producen* en las matemáticas, luego no son meros instrumentos. He aquí otro dato que contribuyó sobremanaera a deslumbrar a Condillac. Son efectivamente portentosos los resultados a que nos lleva la lengua del cálculo (porque al fin el cálculo no es más que una lengua); pero no olvidemos que esta lengua sólo se ejercita acerca

de las relaciones de la cantidad, no pudiendo menos de recaer sobre los datos que suministra la observación. Así, en pos de los datos viene el eficaz auxilio del cálculo, que apoderándose de las circunstancias de los fenómenos, los aísla para mejor entenderlos y seguirlos hasta en sus últimos pormenores. Jamás puede aplicarse con mayor exactitud la máxima de *divide, et impera*, esto es, “abstrae y dominarás el objeto”. Los signos algebraicos, pues, por ser la última expresión de la sencillez y de la generalización, quitan a nuestro espíritu las ocasiones de distraerse, librándole de cargar; como tan enérgicamente lo expresó Maine de Biran, el doble peso del signo y de la idea, cual acontece con los signos del lenguaje común. Y aquí está explicado en gran parte el milagro de las matemáticas; deduciéndose igualmente que el lenguaje de estas ciencias no puede aplicarse a todas las relaciones que ocurre examinar en las demás. Para no pecar de prolijo, excuso los ejemplos, y tanto más, cuanto que me dirijo a inteligentes, que podrán suplir lo que omito. Sólo sí me será permitido, para cerrar este punto, hacer un cotejo de los enunciados principios con el supuesto en que descansa el Dómine en su partida sobre la “posesión del inestimable tesoro de un diccionario perfecto”, en cuya hipótesis juzga que “sólo se disputaría en las casas de locos”.

Absolutamente hablando es de suyo imposible poseer un diccionario perfecto; pues siendo la lengua una pintura exacta de la ciencia, sólo llegando el hombre a saberlo todo, y saberlo con perfección, lograría un idioma perfecto; es decir, que solamente llegando a ser Dios, podría poseer un idioma perfecto. Luego un diccionario en rigor no puede ser perfecto, sino perfectible, como la ciencia que representa; o lo que es igual, será relativa y particularmente perfecto. Ahora bien, ¿podrá evitarse con esta perfección relativa (única concedida a la humanidad) el que se susciten diversas opiniones en la investigación de los fenómenos? ¿Podrá el instrumento, por perfeccionado que esté, hacernos prescindir en ciertos casos de la observación? ¿Podrá el álgebra, la encantadora álgebra, aplicarse a toda clase de relaciones? ¿O vendremos a parar en el escollo de los nominalistas? No echemos en olvido que tan sólo las cosas son cosas, y las palabras no más que palabras, que nada valen sino en cuanto representan cosas. Por último, no quiero pasar adelante sin advertir al Dómine de Puerto Príncipe que en esta parte también me cabe la suerte (que no es poca) de abundar en las ideas del señor Cousin, de quien tanto, tanto tengo la desgracia de diferir en otros importantes particulares, aunque afortunadamente ni en uno siquiera de los que se tocan en el discurso del presente escrito. Pero no nos apartemos de la cuestión principal.

2. Convenido con el Dómine en que la Lógica es el estudio de las facultades mentales para dirigir las en la investigación de la verdad; o sea, la ciencia cuyo objeto es “exponer los fenómenos y teoría de la inteligencia”. Definición que envuelve una completa refutación de los principios que se

pretenden sostener en contrario. Mas antes de entrar en semejante análisis, no quiero pasar por alto el tropiezo que he dado en la nota 2 del Dómine. Ha creído éste conveniente “fijar el sentido de la palabra Lógica, porque el autor de la Contestación unas veces la ha tomado en sentido *lato*, como cuando dice: que sin Psicología e Ideología no hay verdadera Lógica, y otras estricto, como cuando dice: se trata de que la Lógica sea, no el principio de todas las ciencias, sino una hija, una consecuencia inmediata de otras dos ciencias harto dificultosas, conviene a saber: la Ideología y la Psicología”. Es verdad que yo tomé en dos acepciones la palabra Lógica; una por la simple ilación en cualquier materia, como cuando se dice escribir con lógica, y otra por la ciencia propiamente tal. Pero esto no es en rigor usar la palabra en sentido *lato* y en sentido estricto, sino en dos sentidos diversos, aunque análogos. Así, pues, siempre que se emplea una expresión en sentidos *lato* y estricto, se ha empleado realmente en dos sentidos; pero no siempre que se usa en dos sentidos pueden éstos llamarse estricto y *lato*, pues tales adjetivos indican tan sólo la mayor o menor extensión que se da a una misma idea, pero nunca la diversidad que reina entre dos o más. Así, pues, primera falta de lógica.

Pero aun dado caso que yo hubiera tomado en sentido *lato* y estricto la palabra Lógica, es menester confesar que ha estado el Dómine muy desgraciado en la elección de las citas para probarlo. En efecto, decir que “sin Psicología e Ideología no hay verdadera Lógica” (como me expresé en la página 336)⁹ y que ésta (como lo hice en 339) “no ha de ser el principio de todas las ciencias, sino una hija, una consecuencia inmediata... de la Ideología y la Psicología”, es expresar la misma idea, y tomar la voz Lógica en la misma acepción en ambos pasajes, que son cabalmente los escogidos por el Dómine, para manifestar que en un caso empleo la palabra Lógica en sentido *lato*, y en el otro en sentido estricto. Y se ve bien claro que *non sequitur*¹⁰ con que segunda falta de Lógica sin salir de la estrechez de la nota. Por lo demás, no es contradictorio el comprender a la Ideología en la Lógica, tomando esta palabra en el sentido *lato* de significar todo el grupo de las primeras ciencias intelectuales; pero en rigor, si la Lógica es lo que debe ser, y lo que quiere el mismo Dómine que sea, esto es, la ciencia de la inteligencia para dirigirnos en la investigación de la verdad, lejos de comprender a la Psicología e Ideología, debe forzosamente venir en pos de ellas por lo mismo que de la rectitud de nuestras ideas, es decir, de nuestras observaciones, ha de pender la exactitud del raciocinio.

9. Esta página y la citada después son del volumen de las *Memorias de la Sociedad Patriótica*, donde se publicó el primer artículo de contestación de Luz [p. 17 y ss. de este tomo] (Roberto Agramonte).

10. “no hay consecuencia”.

Desembarazados ya de la nota, deberíamos pasar a probar, como prometimos, que la definición de la Lógica dada por el Dómine, envuelve la refutación más completa de sus mismas doctrinas. Pero como esto aparecerá demostrado en todo el discurso del presente escrito, y aun va ya alguna prueba de ello en el examen de la nota, continuaremos siguiendo paso a paso al articulista de Puerto Príncipe.

Cree este buen señor, y de buena fe, que porque “el hombre conoce antes sus sensaciones que los objetos que las producen, debe estudiar primero lo interior que lo exterior”. Y hasta se figura en su candor, haber retorcido victoriosamente uno de mis argumentos diciendo: “El hombre conoce antes sus sensaciones que los objetos que las producen, y viene en conocimiento de éstos precisamente en virtud de la resistencia que presentan al uso de nuestros órganos. Como ser racional, continúa el Dómine, procura indagar las causas de los efectos que siente; pero, ¿quién duda que sin el conocimiento de éstos, ni siquiera sospecharía la existencia de aquéllas? Luego debe comenzar por lo de dentro, que son los efectos, y no por lo de fuera, que son las causas: mejor dicho, no puede conocer lo exterior sino en virtud del conocimiento interior de las sensaciones”. “Para averiguar cada una de las propiedades de un objeto, prosigue, observamos las sensaciones que causan en nuestros sentidos, y damos a éstas los nombres que después apropiamos a aquéllas: de modo que lo que se llama análisis físico, pudiera decirse con más exactitud análisis lógico o de sensaciones”. De intento he querido copiar íntegro al argumento favorito, el verdadero Aquiles de nuestro Dómine; y para que vea este señor que no contento yo todavía con tanto, y lejos de tratar de debilitarlo, antes me propongo fortalecerle con sus mismos apoyos, agregaré el siguiente pasaje que juega admirablemente con el anterior: “¿Acaso la Lógica no ha sido en todos tiempos eminente observadora? ¿Acaso todas las observaciones de las otras ciencias no recaen precisamente sobre las sensaciones que producen en nuestros sentidos los objetos externos? Cuando el hombre se figura, engreído, recorrer la inmensidad del espacio, y leer en el firmamento la gloria del Eterno, se halla realmente concentrado en sí mismo observando las diversas modificaciones de su inteligencia”.

Veamos ahora quién es el retorquente y quién el retorcido. Las sensaciones presuponen la existencia de los objetos en la naturaleza: luego el hombre conoce los objetos en virtud de las sensaciones; luego las sensaciones son una condición para el conocimiento de los objetos, y no el conocimiento mismo. Cada cosa en su lugar, y cada cual en su papel. Para adquirir conocimiento, se necesita objeto que ofrezca el material, y sujeto que sienta y perciba lo que en él hay. Todo lo más que pueda haber, y realmente pasa, es que muchos de los fenómenos que se verifican en nuestro interior sean al igual exteriores u objetivos para el alma, como facultad de percibir; pudiendo considerarse hasta dos clases de estos fenómenos internos, unos

propriadamente corporales, como la sensación del hambre, la del dolor, y otros realmente espirituales, como las operaciones del entendimiento y de la voluntad; todo lo cual viene a ser tan objetivo para el entendimiento como el mundo exterior; pues de todo ello tiene el alma conciencia, o lo que es igual, percibe lo que dentro pasa como percibe cualquiera otro fenómeno de fuera. Además, la naturaleza no existe para el hombre sino en sus propias sensaciones, y esto lo tiene por tan seguro el mismo Dómine, cuanto que cree conmigo que todas las ciencias son, rigurosamente hablando, ciencias de observación, y no teme decir que “cuando el hombre se figura, engreído, recorrer la inmensidad del espacio, y leer en el firmamento la gloria del Eterno, se halla realmente concentrado en sí mismo, observando las diversas modificaciones de su inteligencia”.

No alcanzo cómo se hayan podido estampar estas palabras sin percibir que envuelven la más completa refutación de la doctrina que se pretende sostener. Ahora bien, si la naturaleza no existe para el hombre sino en sus sensaciones, si hasta cuando él se cree más sublimado contemplando las glorias del Eterno, está realmente recibiendo impresiones y tomando cuenta de ellas, claro está que todo su saber no puede descansar más que en la observación, así su saber lógico como su saber físico; pero de estas dos clases de observación, o mejor, de entre los objetos a que se aplica la observación, deben unos ofrecer más facilidad que otros, así por su distinta naturaleza, como por estar habituado el entendimiento a su examen; pues forzosamente ha parado la atención sobre unos primero que sobre otros. ¿Cómo no ha visto el Dómine que su famoso Aquiles es uno de aquellos argumentos de los que en las escuelas se decía que nada prueban, porque probaban demasiado? Pues del mismo modo que él ha discurrido sobre la sensación para demostrar que primero conocemos el mundo interno que el externo, le argüiría cualquiera tomando por medio una de tantas de nuestras facultades mentales, para convencerle que de nada valían sus decantadas sensaciones, remedándole de esta manera, v.g.: sin atender no puede el alma conocer; es así que aquello que es primero se conoce primero (falso, falsísimo; pero es una de las premisas del Dómine); luego, conoce la facultad de atender; que es el efecto, primero que los objetos atendidos, que son la causa. ¿Qué contestaría el Dómine a éste y otros mil paralogismos *ejusdem furfuris*,¹¹ si quiere ser consecuente con los principios que ha sentado? A este punto deseaba yo arribar para que saltase a los ojos de todos el absurdo a que conduce semejante doctrina. ¡Con que el niño, de sí, conoce primero estas facultades que los objetos externos! ¡Con que el hombre que camina conoce el aparato locomotor, y sabe cómo se camina, y por qué camina! Preguntad a un niño si conoce el caballito de madera que le divierte. No es menester aguar su respuesta: preguntadle si conoce

11. “de la misma estofa”.

todas las facultades que ha puesto en acción para conocerle y no dará más cuenta que de sus impresiones; de las cuales sin duda deberemos partir después para constituir la ciencia, pero que ni las constituyen ellas solas, ni es posible que él propio refiera aquello mismo que ha pasado por su interior.

Luego, para averiguar cada una de las propiedades de un objeto, no observamos las sensaciones, como quiere el Dómine, pues ellas son parte de la misma observación, sino que las recibimos, y después percibimos y conocemos el objeto: todo lo cual junto es lo que constituye la observación; sin que obste a que el entendimiento más adelante refleje y vuelva sobre sí, observando todo lo que ha pasado en él mismo. Pero un niño al principiar a adquirir sus conocimientos, ¿tiene ya desarrollada la facultad de reflexión? ¿Cuál es, pues, el método más natural, y, por consiguiente, mejor de enseñanza, comenzar por el estudio de las facultades o por el de las propiedades de los cuerpos? ¿A qué viene tampoco decir que damos a las sensaciones los nombres que después apropiamos a las propiedades, cuando para nosotros las sensaciones son los representantes de las propiedades? ¿Ni cómo puede entenderse que a lo que se llama análisis físico (¿quién es quien lo llama? nadie más que el Dómine) pudiera llamarse con más exactitud análisis lógico? Sin querer se me viene a la pluma el célebre *puderet me non intelligere*,¹² etcétera, del celeberrimo Melchor Cano.

No hay más que un análisis mental, señor Dómine (con pleonismo y todo), que podrá aplicarse a objetos de lógica o de física, o de cuanto analizar ocurra; pero aunque muchas clases de análisis hubiera, nunca podría usted alcanzar de la humana naturaleza que primero analizara las sensaciones que las propiedades de la materia. Lo más particular del caso es que abrigue semejantes opiniones quien, por otra parte, se muestra partidario del sistema sensualista en el discurso de su escrito; pues ha de saber usted y cuantos presentes vieron que esta Cuestión del método (so pena de no haberla entendido) es la misma, mismísima, pintiparada, vestida con otro ropaje, que se debate entre los sistemas espiritualistas y sensualistas: cuestión importantísima bajo todos aspectos; cuestión de vida o muerte para la filosofía; cuestión a la que cuadra más que a ninguna otra el *to be or not to be* del insigne vate británico.

Pero al llegar aquí, paréceme de levantar la pluma por ahora, que no es razón continuar ocupando con las arideces y espinas de la filosofía el lugar en que busca el público las flores de la variedad. Así que vayan por el correo de mañana estas mis primeras de cambio a mi señor Corresponsal, seguro de que, Dios mediante, irán en el próximo las segundas, y acaso las terceras; porque ha de saber vuestra merced que, si bien prometí ser

12. "me avergonzaría de no entender". (Vid. J. A. Caballero, *Philosophia Electiva*, pp. 4 y 5, en la B.A.C., vol. 1.)

breve, ésta es una de aquellas palabras que no pueden cumplirse, si cumplirse quiere con el asunto; fuera de que no sería hacer justicia ni aun caso a nuestro Dómine, ni guardar la debida regla de proporción al aplicar la tiente del análisis a una mínima parte de su discurso, dejando intacto casi todo el cuerpo de él. Ínterin, ya habrá tenido y tendrá de qué divertirse con la librancita que le ha tirado en su misma plaza, fecha 28 del pasado, y las que ofrece seguirle tirando un Camagüeyanito de ley, tan modesto como ilustrado, y a la cuenta tiene algunos fondos disponibles, y no es de lo peor en achaque de puntería.¹³ Ea, pues, por mi parte hasta el otro correo, para no molestar a mi Dómine con tantos pagos a la vez, que no es gracia ni justicia, ni honra ni provecho el exponerle y exponerme a las resultas de un protesto.—*Apage!*¹⁴

XXII

AGUINALDO DE FAIR-PLAY PARA EL SEÑOR SUSCRIPTOR AL PLANTEL (EN MATANZAS)

POR FAIR-PLAY
(JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, diciembre 22 de 1838.)

*Tu nihil invita dices faciesve, Minerva.*¹⁵

HORACIO

¡Válame Dios, señor Suscriptor de mi ánima, y con cuánto desgano tomo la péñola para rebatir su último comunicado a la *Aurora* de Matanzas del 11 del que rige! Y duéleme de veras, porque en puridad estamos los dos, aunque más usted que yo, y Ud. como promovente y yo como promovido, haciendo muchas malas obras a la vez: vamos a contarlas por curiosidad.

13. Alusión a las *Dos palabras sobre la cuestión de método*, por el apreciable joven don José T. de la Victoria, inserto en la *Gaceta de Puerto Príncipe* del 28 del pasado, que con el mayor gusto acabo de leer, ya escrito mi artículo. (N. de Luz.)

14. “¡A otra cosa!”

15. “Tú, Minerva, no dirás nada ni harás nada contra tu voluntad”.

Primera, y no es floja, el flaco servicio que infiere Ud. a nuestro común amigo el autor del artículo *Moral Religiosa*, con estarlo sacando a plaza muy a su pesar, y muy al mío, por ponerme en el caso de tener que tocarle para defenderme. *Segunda*, la no menos mala de verse Ud. en el compromiso de usar una lógica, no de las más buenas; no porque Ud. no sea muy capaz de usarla mejor; sino porque la causa, por mucho que la expriman, no da más de sí. *Tercera*, la no muy mejor; y aquí me toca parte, de constituirme en la necesidad de gastar tiempo y papel en refutar cuestiones de *si no dijo*, o *si no se dijo* (cuando tanto se dijo y tan campanudo). *Cuarta*, por último, y por callar de muchas más, la mala, malísima, para el pobre público, que sin comerlo ni beberlo, como suele decirse, se le está cansando la paciencia con escaramuzas y fruslerías con que se trata de *divertir* su atención para que no la ponga sobre la cuestión principal, única que puede interesarle, y a la que saca Ud. el cuerpo a las mil maravillas como guerrillero de marca.

Hecho este cómputo, pasemos a otras cuentas; y vámonos por encimita, que no es menester ahondar cosas que digamos para dejarlas bien ajustadas.

Corriente, mi señor Suscriptor; le concederé a Ud. si le place, que un autor al escribir un artículo sobre *Moral Religiosa*, no da por aniquilada la doctrina de la sensación con decir que “contribuyó a dar mayor empuje al movimiento religioso la feliz coincidencia de aparecer al mismo tiempo, en la arena filosófica de Francia, tres ingenios, de tan buen temple y calidad como los de Royer-Collard, Cousin y Jouffroy”, caudillo nada menos de la hueste de filósofos *soi-disant* eclécticos, esto es, espiritualistas puros y netos, luchadores a brazo partido, que empeñaron el lance con los *mantenedores de la teoría escolástica de las sensaciones, que era la reinante entonces* (que ahora sólo es una reverenda antigualla) *siguiendo para esto las huellas de los escoceses Reid y Dugald Stewart y de los profundos idealistas alemanes*. Esto creo que se dirá (con *permesso*, señor Suscriptor) a fin de recomendar los graves estudios de esos ingenios esclarecidos, para prevenir los ánimos de la juventud en su favor. Y es tan de seguro ésta la mente del autor, cuando después proclama paladinamente que la escuela filosófica que formaron ellos, es decir, Royer-Collard, Cousin y compañía, “después de profundizar el estudio del organismo intelectual, procediendo en sus análisis *con la más reflexiva y minuciosa observación* de cada uno de los hechos que constituyen el acto o la operación que llamamos *pensamiento*, le encontró a éste más alto y puro origen que el de la simple materia: por consecuencia se restableció el espiritualismo en filosofía, y rehabilitada el alma *por la ciencia*, con el uso de todos sus derechos y exenciones, fácil le fue poder reclamar para sí, otra vez, al cielo, como su legítimo y heredado patrimonio”. ¿Es o no es esto poner por las nubes al espiritualismo, y considerarlo triunfante? Veamos ahora qué tan librado sale el sensualismo. Al infierno, y con

razón, lo arroja el articulista, por confundirlo gratuitamente con el *materia- lismo*, a quien no pretenderé yo sacar de ese sitio de dolor y de rechinamiento de dientes; pero sí sacaré sana y salva a la doctrina de la sensación, y libre de toda mancha que contaminarla pudiera. No nos desviemos empero de la cuestión del momento, que se reduce a investigar *utrum*¹⁶ si el sensualismo ha salido bien o mal parado de manos del autor del artículo. Mas ¿a qué detenernos en semejante demostración, después de haberle puesto en el infierno, y a su antagonista en el empíreo? Excusemos, pues, al público y a nosotros mismos el fastidio de seguir hacinando citas sobre citas que empearían por los inconsecuentes teólogos tomistas, daría de paso su puntada a la gente del bisturí, pondrían en guerra, que no lo están, a Cartesio y a Destut Tracy, pasarían con un poco de más miramientos sobre Locke y su discípulo Condillac (siempre de paso en son de narrativa, no de disertación), se descargarían un poco más sobre el bonazo de Jeremías Bentham, y terminarían nada menos que precipitando a las profundidades del tártaro al *sensu- materialismo*, todo en una pieza, cargado en triunfo por el tudesco Mefistófeles, quiere decir, señores, para que lo entiendan los profanos, por el mismo Satanás en cuerpo y alma, con todas las legiones *belcebúlicas* por añadidura.

Así, pues, señor Suscriptor, si quien tal pone al sensualismo, después de haber puesto cual hemos visto al espiritualismo, todavía es imparcial respecto a los dos sistemas, todavía supone que no está terminada la lucha, todavía presume que no ha quedado por el suelo la doctrina de la sensación más que pisada por su adversaria, todavía supone fielmente el fiel de la balanza de Astrea; confieso francamente que no alcanzo ni jota ni erre, no diré en la cuestión presente, pero ni aun en la inteligencia del lenguaje castellano; o bien que Ud. y yo estamos diferentemente organizados, pues aquello mismo que le parece a Ud. clarísimamente blanco a mí me parece clarísimamente negro. Pero me estoy temiendo que el público clame por- que cese la cuestión del aniquilamiento; pues bien, quede para siempre jamás sepultada proverbialmente como aquello de *inquisición... ichit! ...*, diciendo cada vez que se miente tan infausta palabra: *aniquilación... ichi- tón!... ichitón!...*

No crea Ud., sin embargo, que por ende quiera eximirme de irle si- guiendo paso a paso, o como si dijéramos, picándole la retaguardia, aunque a la verdad no sea muy agradable el estar tropezando con tan continuada falta de lógica, habiéndose confirmado esta vez, así como otras muchas en cuán fundadas es la máxima vulgar de que todo lo aguanta *el papel*, pues realmente no me esperaba de la sindéresis de Ud. unos razonamientos como los que paso a analizar. Para ello tengo que infundirme ánimo a mí mismo, porque a la verdad la pluma no cae de la mano.

16. "una de estas dos cosas".

Dice Ud. que no comprende por qué una doctrina, que con *exacta ilación lógica conduce indefectiblemente* a negar la existencia y la inmortalidad del alma, es *insostenible*. Pues, sí señor, lo sabe Ud.; pero no quiere confesarlo, y así me pone en el caso de que yo lo diga. Es insostenible porque la existencia y la inmortalidad del alma son hechos demostrados por la ciencia, y me parece que lo que se opone a los hechos no puede sostenerse. “Por el contrario —dice Ud. creo yo y creará cualquiera que una doctrina que con exacta ilación *lógica*, o lo que es lo mismo, con un perfecto análisis, conduce derechamente a su fin, que es la verdad, no como quiera es muy *sostenible*, sino que es una doctrina verdadera, una doctrina única, aun cuando no la defiendan hábiles y expertos campeones”. Este raciocinio me parece muy propio para mostrar a los alumnos en la clase un buen modelo de sofisma, al explicarles la materia. Semejante modo de discurrir supone que jamás se puede partir de un principio equivocado, pues nada tiene que ver con la exacta ilación lógica el que la premisa sea o no verdadera: en el supuesto, por ejemplo, de dar yo por demostrada la verdad de este principio: *nada se quiere sin que primero se conozca*, se infiere de él con exacta ilación lógica que la primera vez que siente el hombre la sed (v.g.), al venir al mundo, es porque había bebido antes; idea falsa, pero consecuencia legítima. ¿Quiere Ud. que multipliquemos los ejemplos? Es lástima perder el tiempo.

Así es que los escolásticos fundadamente enseñaban, en la táctica de la forma silogística, que se pudiera negar la consecuencia y conceder el consiguiente, y *viceversa*; y nada más en el orden, porque puede ser la proposición llamada *consiguiente* verdadera, pero no inferirse del antecedente, que es lo mismo que decir que no es verdadero consiguiente; o bien, puede inferirse y ser legítima la consecuencia, como en el ejemplo propuesto, y ser sin embargo falso el consiguiente. Luego, aun cuando haya *exacta ilación lógica*, o perfecto análisis en la deducción, si el análisis no fue exacto y riguroso en cuanto a las premisas o el cimiento, viene abajo muy *consecuentemente* todo el edificio levantado, o sólo puede salvarse por el portillo de la inconsecuencia. Y entonces, señor suscriptor de mi vida ¿será sostenible esa doctrina aun cuando la defiendan hábiles y expertos campeones? ¿Se haría Ud. cargo de sacar la cara por ella? *Medice, cura te ipsum*.¹⁷ Ahora podrá entender cualquiera (y digo *cualquiera*, porque Ud. siempre lo ha entendido) que no hay contradicción en decir que por una exacta ilación lógica puede llegarse a la *verdad* o al *error*, según sea el punto de partida; y eso es cabalmente lo que quiso significar el autor del artículo *Moral Religiosa* cuando afirmó que la doctrina de la sensación conducía indefectiblemente, o por una *exacta ilación lógica*, para valerme de sus propias

17. “Médico, cúrate a ti mismo”.

palabras, al error del *materialismo*, y tanto más error en su concepto, cuanto que más adelante asevera haber quedado el *alma rehabilitada por la ciencia*. Se ve, pues, *luce clarior*,¹⁸ que el autor del artículo es también de los que juzgan como yo, que por una ilación forzosa se puede varar igualmente en el escollo del error. Pero continuemos. “No es menos incomprensible o más legítima (dice Ud.) la segunda consecuencia que Ud. saca cuando dice: *que supone aniquilada la doctrina de la sensación, el que asienta como premisa que ella conduce por línea recta al materialismo*. Lo contrario es cierto, es decir, que aquel que dé por sentado como premisa que *la doctrina de la sensación conduce por línea recta al materialismo*, ése defiende y sustenta la tal doctrina en vez de *aniquilarla*, ése dice y defiende que todo es *sensación* porque todo es *materia u órganos materiales*, y ése por consiguiente destruye o aniquila el dogma religioso del alma espiritual”. ¡Habrás visto raciocinio más peregrino! Vamos por partes. La existencia y la inmaterialidad del alma son verdades demostradas por la ciencia, según enseñan los mismos espiritualistas, y con ellos el autor del artículo; pero el que sustenta que la doctrina de la sensación conduce directamente al materialismo hace pugnar esta doctrina con aquellas verdades demostradas: luego, aniquila dicha doctrina en vez de sustentarla, pues manifiesta su oposición con otras verdades no puestas en duda. Si extraño es lo que afirma el señor Suscriptor en la primera parte de su razonamiento, todavía es más incomprensible lo que asevera a continuación. ¡Conque el que dice que la doctrina de la sensación conduce al materialismo, ése defiende que todo es sensación, porque todo es materia u órganos materiales! ¿Y no quiere Ud. le repita que todo lo aguanta el papel? ¿Merecen refutación semejantes especies? ¡Conque hemos venido a sacar en claro que el autor del artículo *Moral Religiosa* es un sensualista a machamartillo! y no como quiera *sensualista*, si no *materialista de clavo pasado*, pues él es quien ha sentado que la doctrina de la sensación deduce con exacta ilación lógica la negación de la existencia y de la inmortalidad del alma! ¿Quién ha dicho que el sensualismo sostiene que *todo* es sensación? Lo único que afirma esta doctrina es que el punto de partida de todos nuestros conocimientos está en la experiencia; sin que por esto se pretenda un instante negar la actividad del alma. Cada cosa en su lugar, amigo mío: los objetos ofrecen los materiales, los sentidos sirven de vehículos, el alma es el agente que entiende y quiere. ¿Cómo se puede concebir la observación, o la experiencia (que es lo mismo para el caso) sin la concurrencia de todos esos elementos? ¿Y qué otra cosa pretende el sensualismo? No se me oculta que entre los partidarios de este

18. “más claro que la luz”.

sistema haya algunos materialistas, pero esto no prueba que el principio por sí conduzca forzosamente al materialismo, pues si de tal modo hubiese de juzgarse, son muchas más las aberraciones y contradicciones de las varias escuelas en que se divide el espiritualismo, como es muy fácil demostrarlo, sin que por ello se pueda decir que ciertos sistemas son lógicamente hijos legítimos de otros. Pero aun dándole a Ud. todo de barato, nunca, nunca podrá ser legítima la consecuencia de que el que sustenta que la doctrina de la sensación conduce por línea recta al materialismo, ése sustenta y defiende la tal doctrina en vez de aniquilarla; así, de hoy más, según esta lógica de nuevo cuño, sostiene una doctrina el que demuestra que es errónea; así voy yo también a sostener cuantos delirios se profieran en la Casa de Orates de Toledo.

Con lo dicho en mi exordio queda más que contestado el contenido de los párrafos de Ud. subsecuentes al que acabo de examinar. Así que no hay tropiezo hasta llegar a aquello de “que ni el autor del artículo se ha opuesto al sistema sensualista como tal *sistema*, sino como *sistema exclusivo*”; y a la cuenta Ud. también lo tacha de tal. Corriente: pues pruébeme Ud. la tal exclusión, exclusivismo, y va el primer problemita; puesto que Ud. no combate el sistema tal como lo explican Cousin y los demás idealistas franceses y alemanes, sino que lo combate Ud. como *exclusivo*: esto es, que *no es bueno*, por *exclusivo*: ea pues, venga la prueba: con que *bon gré mal gré*,¹⁹ se halla Ud. en campaña camarada.

Dije a Ud. que no anduviera con escaramuzas; porque siendo fuera de duda que el articulista del *Plantel* había puesto de vuelta y media al sistema de las sensaciones, y habiendo salido yo al campo rogándole que se fundasen, no quedaba más escapatoria que fundarse o callarse. Todo lo que sea no entrar en la cuestión principal, debe llamarse escaramuza, o si Ud. quiere, *estocadas laterales*, para que el atacado acuda al quite, como estoy yo acudiendo, bien a mi pesar, a la de Ud. En cuanto a que Ud. *juega siempre limpio*, el público decidirá; y en cuanto a que Ud. *piensa siempre con su cabeza*, la resolución del anterior problema y de algunos más que se apuntarán en lo sucesivo, le ofrecerán a Ud. ancho campo para patentizarlo. En el ínterin, a otra cosa.

Senillísimo es explicar el misterio del párrafo mío a que Ud. alude y he aquí su traducción, ya que Ud. la quiere: el autor del artículo *Moral Religiosa* se produjo con algún dogmatismo en la cuestión filosófica: pidiéronsele explicaciones; salió Ud. a darlas por ser su amigo; y ved aquí cómo la hidalguía de los sentimientos de Ud. le arrebató hasta el punto de divertir la atención general llamándola sobre puntos insignificantes: pero bien se ve que no basta la nobleza de sentimientos, para hacer buena obra a la

19. “de buen o mal grado”.

amistad... En suma a Ud. le ha salido el golpe *contra producentem*; y no más, por Dios.

Prosigamos a negocio de otra sustancia. Dice Ud. más adelante: “Que cada escuela ha expuesto sus razones, sus pruebas, en cuanto son posibles las pruebas en la mayor parte de las cuestiones metafísicas; en una palabra, cada escuela ha creído y cree firmemente que está en posesión exclusiva de la verdad, y juzga a la contraria en posesión de una parte de error”. Viene luego Víctor Cousin y dice: “aquí tengo yo un sistema que va a conciliarlos a todos, tomando de cada uno lo verdadero, y desechando lo falso (¡que hombre tan racional, tan imparcial! exclama la incauta juventud); por consiguiente yo estoy en posesión de la verdad. Le sale al encuentro un miserable gusanillo de la tierra, gritándole: pues no es Ud., sino uno de esos dos sistemas el que está en posesión *exclusiva* de la verdad. ¿Qué recurso le quedaría en tal caso a Víctor Cousin? Demostrar la solidez de su fundamento ¿Y a los que repiten *Cousin, Cousin y más Cousin* (con su trisagio corriente) ¿qué otro les queda? Demostrar la solidez de su repetición.

En vano, pues, alegará Ud. “que un sistema y un sistema metafísico no es otra cosa que opiniones o hipótesis de los hombres, que hoy viven y mañana mueren, y que las que no mueren se quedan toda la vida (¡con vida!) en dudas la mayor parte”. Aquí no hay más que *voces et praeterea nihil*,²⁰ mi señor Suscriptor. Pues que por *sistema* se entiende cualquier cuerpo de doctrinas verdaderas o falsas, o bien una sola *idea* fundamental que constituye toda una doctrina, o bien las doctrinas ya examinadas y depuradas y por lo mismo tenidas por *verdades* o elevadas al rango de ley de la naturaleza. En este sentido se dice que el *sistema astronómico* de Newton es el verdadero, o sea la historia de las leyes de la naturaleza, al paso que el de Cartesio es el falso, o sea, una novela de su ingenio. Por mucho tiempo ha luchado el sensualismo con el espiritualismo, quedando al cabo la palma de la victoria al primero, único, sí, *exclusivo*, que explica todos los fenómenos de la inteligencia. Ya han pasado las pruebas de uno y otro por el crisol del examen, y el primero se ha llevado la sanción de la experiencia. Esto digo yo, y esto lo creo demostrado hasta la última evidencia, como lo verá el público en las notas al Cousin filósofo.²¹ Ud. cree lo contrario; pues afirma que todo está todavía en duda,

20. “palabras y nada más que palabras”.

21. Porque hay dos messieurs *Cousin*, señores; o por decir mejor hay hasta tres (¡que siempre salgamos a *trinidad* y no puede por menos, pues constantemente se encuentra en el fondo así de la *ciencia antigua como en la ciencia moderna!*). Pero *railleur a part*;* hay uno consecuente, circunspecto, que jamás abandona la sondaleza de la *experiencia* en materia de educación, sin que se la hagan soltar de la mano ni las más brillantes teorías. Este es el Cousin informante y celoso promovedor en la causa de la educación, y a este adoro y es el primero. El segundo es uno que promete muchas cosas

que hay razones de una y otra parte. Norabuena, pues vamos a despejar la incógnita, y he aquí el segundo problema que someto a la resolución de Ud. para que en ella pueda cambiar; y nos dé otra prenda de que *piensa con su cabeza*. *Fair-Play*, amigo mío, ésta es mi divisa: abro juego a todos, aunque no me lo den a mí.

Es tanto más importante ventilar esta materia, cuanto que de su resolución aparecerá que hay puntos en *metafísica*, tan demostrados como en matemáticas: cosa que sostienen asimismo Cousin y Jouffroy y cuantos tengan sentido común —y por aquí entreverá Ud. la posibilidad de llegarse a enseñar la psicología por un solo libro como se enseñan las matemáticas, según su deseo.

Que estén o no estén “doctos escritores al frente de cada escuela con numerosos partidarios”, no importa. También las verdades sostenidas por Galileo Galilei tuvieron tantos y tan encarnizados opositores, que no contentos con alzar el grito contra las ideas, persiguieron al hombre mismo hasta el punto de arrancarle una abjuración de sus opiniones, pero también le arrancaron aquel sublime *e pur si muove*.²² ¿Eran o no un sistema las opiniones de Galileo? ¿Se han sepultado o han salido triunfantes del choque de la discusión y de los embates del tiempo? ¿Es ésta la suerte del espiritualismo? Mucho ha que le llegó su postrimera hora. ¿Y no lo ha oído Ud. sonar? Por lo demás, el que los doctos sigan opiniones contrarias a las nuestras es un nuevo motivo para examinar unas y otras con más detenimiento; pues cuando caen los fuertes ¿cómo no caerán los débiles? Por eso, y para adoptar el verdadero término, el legítimo eclecticismo, no me canso de repetir con nuestro Séneca: *non enim me cuiquam mancipavi, nullius nomen ferro, multo magnorum virorum iudicio credo, aliquid et meo vindico: nam aliquoque non inventa se quaerenda nobis reliquerunt*.²³

A otra cosa. ¿Quién duda que por la metafísica se va al campo de la religión y que la metafísica puede *racionalmente* tratar algunas cuestiones (no todas) de que trata la teología? Lo que dije fue que con cualquiera de los sistemas se podía atacar o defender la religión, así como sin ninguno

22. “y sin embargo se mueve”.

23. Vid. B:A:C: t. 10, p. 104 (Roberto Agramonte).

grandes y buenas en *filosofía*, y a éste también *venero*, pero le tomo la palabra. Y el tercero, por último, es otro que olvidándose de su palabra empeñada, y abandonado el carril de la seguridad, se lanza por el espacio de las visiones y a este tal me *atrevo* a llamarle al orden, midiéndole con su mismo rasero, y sin echar en saco roto aquel tremendo *tolluntur in altum ut lapsu graviore ruant*.**

* “bromas aparte”.

** “lanzándole de lo alto para que ruede”.

de ellos. Ud. no conviene enteramente conmigo en esta última parte; pero *prescinde de la cuestión*, por pasar a la que nos ocupa actualmente. Muy en hora buena; pero pues disiente Ud., ahí tiene otro campo en que ejercitar su cabeza y su pluma para convencerme de lo contrario. Y desde ahora le digo (y no se me asuste) que si se apura la cuestión ya verá en su oportunidad que hay más y más chocantes herejías en su predilecto espiritualismo, que en ese sensualismo tan calumniado, tan acusado de irreligión; bien que esta técnica no sea más que el *bú* con que se nos quiere espantar para no verse en el caso de responder a nuestros irrefragables argumentos: *a fructibus eorum cognoscetis eos*.²⁴

Adelante. *Usted contesta, pero no responde* al naturalísimo argumento o interrogatorio que pongo en boca del padre de familia, y que Ud. halle tan extraño que no pueda comprender. ¿De veras? Tan lo comprende Ud. que esta misma estudiada extrañeza que manifiesta es el mejor comprobante de ello. Es tan forzosa la consecuencia que se saca de dicho argumento, que hasta renunció a corroborarlo, dejándolo como lo presenté, al arbitrio del público sensato y aun insensato, a quien no podrá Ud. deslumbrar con todo su chistosísimo *sorites* de que “ignora si en la Habana hay un colegio y en el colegio una cátedra, en la cátedra un catedrático (vamos, que es cosa de gusto) y en el catedrático una doctrina (no hay duda le da el naipe al suscriptor) que plante en el corazón la semilla de la incredulidad, etcétera.. ¡Qué inocencia! ¡Qué sabroso ignorar lo que pasa en este mundo! ¡Cómo que ni de aquí se escribe para allá, ni hay correos, ni corrientes, ni tenemos imprenta ni impresores, ni cruzan y se cruzan los vapores como el pan nuestro de cada día! ¡Vaya que nos hemos trasladado a las dulzuras del siglo de oro! No señor, sino que es tal la costumbre que de prescindir tiene el señor Suscriptor (porque la *abstracción* es su *forte*, a fuer de espiritualista de ley) que de todo va prescindiendo hasta del plenísimo conocimiento que tiene de quién es el hombre que se oculta bajo la sombra de *Fair-Play*. Pero téngalo, o no lo tenga; conózcame, o no me conozca, se trata de cosas no de *personas*. Tampoco yo tenía la curiosidad maldita de conocerle a él; pero le he conocido sin querer; y aun cuando quisiera prescindir, no llegan mis fuerzas *abstractivas* a tanta altura como las de su merced; aunque si respondo de mis *inmemorativas* para no acordarme absolutamente de las personas, sino tan sólo de las cosas en el examen de las cuestiones que agitemos.

De intento me he abstenido así de tocar algunas especies que figuran en el papel de Ud. como de profundizar los mismos puntos en que le he rebatido; y esto, por no necesitarse más que lo dicho para mi propósito, por no hacerme interminable, por no fastidiar más al público de lo que lo hemos fastidiado (aunque, yo para mi descargo podría decir con el Após-

24. “por sus frutos los conoceréis”.

tol: *Inspiciens factus sum, sed vos me coegistis*²⁵ y en fin y a la postre por no fastidiarme más a mí mismo de lo que estoy, pues desde que escribo, en mi vida he tomado la pluma con más desaliento, y ya me creerán cuantos lean el presente escrito, al reparar la rapidez y aun los saltos con que paso de una a otra materia, abandonando hasta lo que más me favorece, y dejando mucho por decir que vendría muy bien en algunos lugares. Sobre un punto de los no tocados, empero, séame lícito al menos en gracia de su importancia llamar la atención brevemente, antes de cerrar mi discurso. “Que todos los metafísicos de la escuela de Locke, afirma Ud. rotundamente, vinieron a parar de uno en otro hasta enterrar el alma o a convertirla en *tendones y nervios*, y el mismo Locke por una deducción natural de su sistema, llegó a decir que bien pudo Dios hacer la materia susceptible del pensamiento”. A lo cual respondo, 1.- Falso que *todos* los metafísicos de la escuela de Locke, consecuente o inconsecuente con su sistema hayan destruido la existencia del alma. Esta es cuestión de hecho muy fácil de averiguar, muy sencilla, de las que a Ud. le gustan. 2.- Aun los que de entre ellos han negado la existencia del alma, no lo han hecho como *consecuencia* de su sistema y aquí tiene Ud. otro problemita: pues trabajo le ha de costar el deducir tan espantosa consecuencia del inocentísimo fundamento de Locke: a saber, las ideas se adquieren por la razón con el intermedio de los sentidos no estando grabadas de antemano en nuestro entendimiento: o en otros términos, “las facultades son innatas, pero no las ideas”. 3.- Aun el mismo Locke al insinuar que Dios en su omnipotencia podría hacer a la materia *cogitante*²⁶ se aparta del espíritu y de la letra de su sistema, y lo hace cuando acometiendo la cuestión de la naturaleza del alma, y acordándose de uno de los atributos de la Divinidad, dice que no sería imposible a Dios hacer a la materia cogitante. Este resultado, pues, lejos de ser una *consecuencia*, es más bien una *inconsecuencia* de su sistema, cuya letra hemos visto, y cuyo espíritu lleva por norte no engolfarse en el inmenso pero vacío espacio de la hipótesis. 4.- En eso de *nervios y tendones*, no quiero interesarme, no señor, que no quiero meterme en la renta del excusado, que no es tan sabroso que me salga por ahí un gigantón de estos que llaman fisiologistas (chusma terrible, a fuer de mecánica *material* y forzada, no menos que desencantada, descreída, y desalmada, pero no *desarmada*, que no suelta el bisturí), y tirando del freno a mi desbocado rocín con voz altisonante me descargue el varapalo de *tractent fabrilis, fabri*, o me asegunde con el otro donaire de “tente hombre que te has de ver...” y otras flores del propio tenor. *Abrenuntio!*²⁷

25. “Yo estoy tranquilo, pero vos me habéis provocado”.

26. Pensante.

27. “¡Lejos de mí!”.

Con este motivo séame permitido que yo por mi parte hasta ahora en estas cuestiones no he hecho uso, ni lo haré jamás, de uno siquiera de los argumentos empleados por los fisiologistas y frenologistas; pues son armas vedadas todas las de semejante arsenal. Yo le hago la guerra al espiritualismo, o sea *pseudoelecticismo*, en su propio terreno y con sus propias armas; yo le acepto el combate do quiera y como quiera presentarlo, sea en el vasto campo de la naturaleza, o en el estrecho recinto del castillejo en que se cree fortificado. Yo le demostraré que la historia de las ciencias es un libro cerrado para él; yo le demostraré que la historia de la humanidad tampoco le está más abierta; yo le demostraré que lejos de cumplir su palabra celebrando ese prometido tratado de paz entre las ciencias, es él quien más en abierta guerra las pone entre sí; yo le demostraré que él es el exclusivo, y el inconsecuente, y el *sistemático* que quiere violentar la naturaleza a sus caprichos; yo le demostraré que él es quien destroza y mutila al *hombre*, y a la ciencia del hombre: yo le demostraré que él es quien trata de apartaros de la senda segura, única, concedida a los frágiles mortales para hallar la verdad, la vivificante *observación*, tratando de hacerla sucumbir a la indigesta erudición. *Homo naturae minister ac interpres tantum facit et intelligit, quantum de naturae ordine revel mente observaverit; nec amplius scit, aut potest;*²⁸ *ni sabe más, ni puede más* el hombre. Yo le demostraré que sin la *sensación* no puede haber *responsabilidad* ni *conciencia*. Yo le demostraré que la *sensación* es el vínculo universal que liga a toda la humanidad. Yo le demostraré que la religión santa, purísima, divina a fuerza de ser humana, y humana a fuerza de ser divina, la religión del hijo de María, la religión sublime del Evangelio (de ese libro único en su línea, tan propio para los *sabios* y *prudentes* como para los *parvulos* e *ignorantes*); esa religión, sí, es una montaña inaccesible para los llamados *espiritualistas*, si quieren ser consecuentes a sus principios: yo les demostraré que por la naturaleza vamos en derechura a su creador: yo les demostraré que los cultivadores de la naturaleza han de ser forzosa y eminentemente religiosos. Yo les demostraré que la filosofía más que en los labios está en el corazón. Yo les clamaré con el apóstol increpando la incredulidad de los gentiles. “Puesto que lo que se puede conocer de Dios, les es manifiesto a ellos, porque Dios se lo manifestó; porque las cosas de él *invisibles* se ven después de la creación del mundo, considerándolas por las obras creadas (*visibles*)

28. “El hombre, intérprete y ministro de la naturaleza, extiende sus conocimientos y su acción a medida que descubre el orden natural de las cosas, ayudado por la observación y la reflexión” (es el aforismo I, libro I, del *Novum Organum* de Bacon, [Roberto Agramonte]).

aun su virtud eterna y su divinidad; de modo que son *inexcusables*” en su incredulidad. Cesen, pues, los pseudoeclecticos de venir con el espantajo de materialismo para espantarnos de la investigación. Cesen de poner en guerra a la ciencia con la religión, con mengua y detrimento de una y otra. Abran de una vez a la humanidad, a toda la humanidad, de par en par las puertas del tabernáculo, que le tienen cerradas a cal y canto. Esto pide el espíritu de la ley humanísima del Crucificado; esto pide la humanidad, esto pide la razón, y por esto clama la humildísima pero esforzada voz de quien quiere todo y por todo corresponder a la sombra bajo la cual se oculta, por ciertas consideraciones, no por miedo ninguno a la luz; voz débil, pero alentada con el aliento que le infunde el amor a esta patria querida, el amor a sus más tiernos e interesantes vástagos, a quienes intenta preservar del contagio que amenaza su lozanía y robustez mental; he aquí la grave misión del que cree haber hallado la verdad: la verdad, hija del cielo, a cuyo mágico poderío no puede resistir el que la siente y adora en el santuario de su pecho, con la vehemencia y ardor con que la idolatra. *Fair-Play*.

XXIII

TERCERA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, diciembre 30 de 1838.)

“Pro me laboras”.

Yo no sé comprender, sigue después el Dómine, por qué ha de ser más difícil conocer las propiedades de nuestro ser que las de los demás de la naturaleza, cuando el testimonio íntimo nos persuade que nada conocemos con tacta exactitud como lo que pasa en nuestro interior; cuya idea expresó felizmente Virgilio en boca de Dido: *non ignara mali miseris succurrere disco*.²⁹ Pues yo soy el que no puedo comprender, ni de seguro tampoco lo alcanzará el público sensato, cómo sea posible semejante duda en mi adversario después de haber leído mi papel, y señaladamente las citas de Cousin sobre las dificultades y espinas que embarazan la marcha de las ciencias intelectuales y cuanto acerca del mismo particular se expone desde la página 340 hasta la 344,³⁰ inclusive, y sobre todo, las consideraciones que cierran el último párrafo, tanto más concluyentes cuanto que recaen sobre un cúmulo de pruebas, en mi concepto irresistibles, y que así en gracia de la cuestión como para mi propio descargo, no puedo menos de reproducir con las mismas palabras.³¹

Este pasaje así como otros muchos vencerán al Dómine de Puerto Príncipe de que la Memoria sobre método sabe defenderse a sí misma, sin necesidad de nuevos arrimos ni parapetos; circunstancias que debería eximir a su autor de ulteriores explicaciones en la materia. Pero pues el Dómine, lejos de darse por notificado y convencido todavía, no alcanza “por qué ha de ser más difícil conocer las propiedades de nuestro ser que las de los demás seres de la naturaleza”, poniéndose nada menos que bajo el manto de la dolorida reina de Virgilio, sería no tener ni chispa de

29. “por tener experiencia del mal, sé ayudar a los desgraciados” (Virgilio, *Eneida*).

30. Alude a las páginas de las *Memorias de la Sociedad Patriótica*, donde se publicó el primero de estos artículos. (Alfredo Zayas.)

31. Aquí transcribe el autor varios párrafos de su citado artículo, y son los que comienzan en la página 177 con las palabras: “¿Y creerá todavía el señor Rumilio...” y terminan con las de “toda la naturaleza”, en la página 178. (Alfredo Zayas.) Coinciden con las páginas 86-88 de este tomo (Roberto Agramonte).

humanidad ni simpatía en el alma el no acudir con el remedio, una vez conocido el mal. Ea, pues, manos a la obra. Es más difícil conocer nuestro ser que los demás seres, primero, porque en él se hallan reunidas las propiedades de todos los cuerpos y las facultades de todos los de su género, con la añadidura de la racionalidad, que es un grano de anís para la cuestión; el microcosmo, o mundo en miniatura, nada menos, y aun algo más. Segundo: Suponiendo de la misma dificultad respecto al hombre que en los demás animales comprender y deslindar los fenómenos de la vitalidad, el conocimiento completo de la racionalidad exige el conocimiento de todas las facultades mentales, que como fenómenos internos, y que tan rápidamente se suceden, no puede el alma percibirlos, sin estar muy habituada a la más intensa observación. Tercero: Se complica más el problema al contemplar que el hombre es el animal más educable o perfectible que ofrece la naturaleza, y a fuer de tal, debe ofrecer más variedad en el desarrollo de sus operaciones mentales. Cuarto: Hay fenómenos, funciones intelectuales, como v. gr., la reflexión, que ni aparecen siquiera hasta no estar muy desarrollado el entendimiento;³² así, pues, aun cuando no fuera más que por esta circunstancia, sería menester aguardar un poco más para acometer el estudio de las ciencias especulativas; puesto que no se puede proceder en ciencia alguna sin los datos necesarios. Pero esta falta de preparación es pecado en que se incurre repetidamente anteponiendo el estudio de la lógica al de la física, como se verá de un modo más obvio en lo sucesivo.

Quinto: Otro elemento que viene de suyo a acrecentar las dificultades es el hábito, cuya influencia en las facultades intelectuales llega a un punto tan extraordinario, que no se puede formar idea de su eficacia sin ponerse a examinarlo muy detenidamente. Basta apuntar de paso en tan interesante como rica materia, que produciendo el hábito, junto con la facilidad de practicar las operaciones, el olvido o falta de conciencia, esto es, conocimiento íntimo de los mismos pasos que hemos dado en el desempeño de tales funciones, nos es muy difícil, por no decir imposible, el hacer una historia exacta de todas nuestras ideas en el momento en que se nos pida. Pregúntese a un niño todo lo que practica su entendimiento cuando lee con rapidez un libro, y no será capaz de descubrir todas las funciones que a la vez se halla ejercitando, y que tuvo forzosamente que ejercer por grados muy lejos. He aquí tan sólo las más principales: conocer cada letra, combi-

32. Y cuidado que quien así escribe ha dado hartas pruebas, tanto teóricas como prácticas, de lo mucho que cree en la aptitud de los niños más tiernos y cuánto ejercitan todas las facultades mentales (cuyo germen todos poseen) siempre que se les proporciona un pasto acomodado a su naciente capacidad; y aquí está toda el alma del método explicativo, que no es más que una aplicación de estos mismos principios filosóficos al sistema de enseñanza primaria.

narlas unas con otras en sílabas, luego en dicciones, luego pasar a las oraciones y períodos, después atender al sentido de cada palabra, luego a la inteligencia del período, sin contar con el trabajo de su oído y de su lengua para vencer los tropiezos de la pronunciación, y el no menos notable de sus ojos, para ir viendo los renglones antes de llegar a ellos; en suma, llega a tanto la facilidad de su ejecución (lo mismo que sucede con el músico) que ya no se ocupa más que en el sentido del autor, sin poder dar cuenta quizás del tamaño, figura y color de las letras, ni del ensanche de las líneas, ni de la calidad del papel, ni de otro millón de circunstancias que le llamaban y distraían indefectiblemente la atención en un principio, y que ahora han quedado como absorbidas y eclipsadas en el objeto principal de la lectura, que es la inteligencia del autor que se lee. Este sencillo ejemplo bastará para convencer cuánto es necesario estudiar la influencia del hábito en las facultades mentales: estudio por sí solo superior a los alcances de los que saludan la ciencia, y estudio tan fecundo en resultados, así para las intelectuales como para la Pedagógica, o ciencia de la Educación, cuanto que será el mejor profesor en cualquier ramo aquel que mejor pueda hacer a sus alumnos la historia de lo que ha pasado por él mismo en la adquisición de sus conocimientos.

En el alma siento no entrar ahora más a la larga en una materia que más vivamente que ninguna otra debe interesar a nuestro Dómine, si es que quiere corresponder al título bajo el cual aparece a los ojos del público —el asunto al par que grave título de director de los entendimientos—. Pero éste no es más que un registro de los mil que se tocarán. Sigamos con la enumeración. Sexto: No parece sino que todas las ciencias que dicen relaciona al hombre, aun entre las naturales, son cabalmente las más difíciles, como que entran un millón de causas a modificar los fenómenos, y es menester, para no extraviarse, tomar cuenta exacta de todas ellas. Ejemplos algo notables ofrecen en las naturales la Fisiología y Patología, en las intelectuales la Moral y la Legislación, cuyas dos últimas en especial son hijas muy legítimas de la Psicología y de la Lógica. En todas estas ciencias se ocultan asimismo las causas, por la dificultad de someter los objetos a la experimentación, dificultad que no media respecto a la Física y Química y demás análogas. Así es que no han podido medrar aquellos ramos hasta que la casualidad, los descubrimientos en las otras ciencias, los viajes por diversos países, han multiplicado los medios de observación, y con ellos el descubrimiento de los hechos sin los cuales no era dable fundar el edificio sobre bases indestructibles.

Sólo citaré en mi abono la famosa cuestión de la influencia de los climas sobre la especie humana, en cuya resolución claudicaron hasta un Montesquieu y otros eminentes ingenios. ¿Cómo es posible que pueda prescindirse en la Moral del previo estudio del influjo recíproco de nuestro físico en nuestros afectos, y de nuestros afectos en

nuestros órganos? ¿Ni cuándo ha adelantado la legislación sino cuando ha recogido los hechos de las ciencias naturales para guía y pauta en sus prescripciones? ¿Qué otra cosa hace el legislador sino declarar por escrito la misma ley ya estampada en la naturaleza de las cosas? ¿Podrá el legislador inventar la ley? ¿Podrá dar una ley contraria a la naturaleza de las cosas?³³ En tales casos, la primera puede ser inútil, la segunda no podrá vivir. ¡Cuánto campo no me ofrecería la legislación criminal para patentizar su inmensa deuda con todas las ciencias naturales! Las bárbaras penas que se imponían contra los endemoniados y agoreros ¿cuándo cesaron? ¿Cuándo se han principiado a corregir eficazmente los códigos criminales y de procedimientos? Así que no contentos todavía los investigadores con las observaciones que espontáneamente se presentaban, se han instituido experiencias morales, permítasenos la expresión, por los filósofos y los legisladores: quiere decir, hasta que no se han amontonado los hechos de todas partes (y lo que tanto hace a nuestra cuestión), hasta que no se ha aplicado a las ciencias morales el método vivificante y creador de las naturales, no nos hemos puesto en camino de resolver los más importantes problemas de la organización social. En mi Memoria cité de paso, por creer que me hacía fastidioso con la prodigalidad, entre otros comprobantes, la obra de Carlos Comte, y el sistema de Penitenciarías, que tanto ha mejorado y mejorará a los desgraciados presidiarios, derramando al mismo tiempo las luces más abundantes sobre todos los ramos de la legislación criminal. Pero ¿a quién se debe en mucha parte ese espíritu de lenidad, de tolerancia, de dulzura, de circunspección que se va apoderando de todos los hombres pensadores en materia de legislación y gobierno? A los adelantos en las ciencias naturales, sin duda, y sobre todo al espíritu que su método forzosamente ha de infundir en otros ramos. Y he dicho sólo en mucha parte, porque ¿quién podrá desconocer que la mayor pertenece de derecho siempre que se trate de tolerancia, de simpatía y de humanidad, a aquella religión divina que manda no ya perdonar, sino amar a nuestros enemigos? Pero viniendo al ejemplo de las Penitenciarías, no quiero privarme del placer de copiar las palabras de un voto, el más

33. Acaso se objetará que Licurgo y algunos fundadores de religión inventaron instituciones aun contra la naturaleza de las cosas. Pero téngase presente que estos tales siempre se fundaron en algún sentimiento del corazón para combatir otros; y no se olvide cuánto duraron y lo que produjeron semejantes instituciones. El examen de tan importante materia lejos de perjudicar favorecería en sumo grado a nuestro modo de pensar. Pero no es dable entrar a la larga en cuantos puntos se hace preciso tocar en comprobación. Si nuestro Dómine, sin embargo, desea que desmenecemos el presente, o cualquiera otro de los indicados, le complaceremos desde luego tratando cada artículo por cuaderno separado.

competente en la materia (M. Demetz, consejero de la Corte Real del Sena), por proclamarse en ellas el triunfo del método experimental, único que puede elevar a toda la legislación a la esfera de verdadera ciencia. “Al presente estoy desengañado por mí mismo de cuan alerta debemos estar contra ciertas teorías generosas en su principio, pero falsas en su aplicación, y que extravían tanto más el entendimiento cuanto mejor saben apoderarse del corazón. Yo salí de Francia lleno de prevención contra el régimen de Pennsylvania (el confinamiento solitario, pues es bien sabido que hay en los Estados Unidos dos sistemas en actual prueba o experimentación; a saber, el susodicho, y el de comunicación alternada con el aislamiento). Mas al ver de cerca funcionar este sistema, mis ideas han cambiado completamente, y es ese mismo sistema el que mi conciencia me impone hoy la ley de sustentar y defender. Erraría sobremanera el que se figurase que las ciencias de las prisiones es todo negocio de puro instinto y sentimiento: sucede en estas materias como en las ciencias exactas, en las cuales sólo y tan sólo el estudio y la observación dan derecho para profesar una opinión con cierto grado de confianza y autoridad. El calor del alma y el talento no pueden aquí reemplazar a la experiencia. ¿Cómo es posible fallar por inspiraciones acerca de esta cuestión cuando he visto directores de penitenciarías veteranos en la práctica, hallarse todavía muy perplejos sobre ciertos particulares? Es, pues, un deber (y un deber sagrado) en semejante materia más que en ninguna otra el no formar opinión sino después del más maduro examen”.

Séptimo: Tan está en verdad en la naturaleza de las cosas el que los descubrimientos en las ciencias físicas preceden y sean ocasión a los progresos de las intelectuales, que lejos de dañar este orden, favorece recíprocamente los adelantamientos de entrambos géneros de ciencias. Véanse si no, v. gr., las ventajas, no ya materiales, pero morales que acarrea el progreso en los medios de comunicación, y el origen a que deben atribuirse. Eran antiguamente muy mezquinos y arriesgados todos los viajes marítimos que se emprendían; descúbrese en el imán la propiedad de la dirección, y desde luego se alienta el náutico a emprender, y trata ya de lanzarse por mares desconocidos: realizase la travesía a la India por el cabo de Buena Esperanza, y descúbrese, por fin, a dos mil leguas de distancia, el famoso mundo de Colón. ¡Cuántas cuestiones no se suscitan en todos los ramos del saber humano, con motivo de tan portentoso descubrimiento! Cuestiones no sólo físicas y matemáticas, sino teológicas, morales, filológicas, políticas y todas las eminentemente filosóficas! Sin la dirección de un miserable pedacito de hierro a los polos del mundo, ¿se hubiera abierto tan vasto campo a las humanas especulaciones? ¡Cuántas ventajas materiales no ofrecen a los pueblos los admirables medios de comunicación que hoy suminis-

tran el hierro y el vapor!³⁴ ¡Pues todavía son nada esas utilidades materiales en parangón con las ventajas morales que acarrearán al linaje humano! ¡Qué diferencia, o por decir mejor, qué manantial de diferencias no establece entre los pueblos antiguos y modernos sólo la invención de la imprenta! Así, pues, la historia del entendimiento del hombre no está señalando con el dedo que los descubrimientos en el orden físico preceden y son ocasión a los adelantamientos en el orden moral; o lo que es igual, que aquello es lo primero, y por consiguiente, lo más fácil, y perceptible. “¡Como que primero es observar que deducir; primero es recibir impresiones que reflejarlas: primero es ser niño que hombre: primero es andar que explicar la marcha!”.

Tuve, pues, sobrada razón para afirmar que “el empezar por la física, o en general por las ciencias naturales, es empezar por el principio; y que el hombre naturalmente se siente arrebatado a la contemplación de los objetos externos por el sinnúmero de sensaciones con que ellos asaltan todos sus sentidos”. Ya que el Dómine se muestra tan aficionado a citas, voy a regalarle con algunas, que, a pesar de su oportunidad, me dejé en el tintero en mi anterior Memoria, en gracia de la brevedad. Habla Jouffroy, y habla como suele, dándonos en uno toda la elegancia de los filósofos de la antigua academia y el admirable talento de exposición que reclama la ciencia moderna. “Ahora bien, es un hecho innegable que nuestra atención se dirige mucho más espontáneamente a los objetos exteriores que a los fenómenos internos. ¿Es éste, por ventura, un nuevo resultado del hábito, o en parte, obra de la naturaleza? He aquí una cuestión acerca de la cual pueden formarse diversas opiniones. Pues cuando contemplemos qué multitud de necesidades propenden a fijar la atención del niño y a retener la del hombre sobre los casos externos, qué variedad de objetos presentan a su curiosidad y a sus pasiones las relaciones sociales y el inagotable campo de la naturaleza, nos veremos obligados a confesar que aun cuando no tuviéramos inclinación natural a convertir nuestra atención hacia los objetos ex-

34. No quiero que se me confunda un instante con los que yo llamo los materialistas de la política, es decir, aquellos que *more napoleónico** sostienen que bastan los adelantos puramente materiales para la felicidad y bienestar del hombre y de las sociedades. Nadie ha levantado más fuertemente la voz contra tan escandalosa inmoralidad como el que escribe estos toscos renglones, y lo abona entre otras pruebas con la siguiente proposición que se halla en un Elenco de Filosofía, publicado desde 1835: “La moral del interés nos abre un abismo de males”; y he aquí entre sus consecuencias forzosas una de las que enumeré... “La pretensión de contentar el hombre sólo con goces físicos”. En ese mismo Elenco se combate en parte a los utilitarios, aunque no con las armas de los filósofos espiritualistas, sino simplemente con las de la observación, probando que la doctrina no es completa por falta de ese ingrediente indispensable para confeccionar la ciencia.

* “como Napoleón”.

ternos antes que a los internos, las circunstancias de nuestra condición serían suficientes para impartir este sesgo a nuestra inteligencia; y por otra parte, ora seamos engañados por la fuerza del hábito, ora el instinto de nuestra inteligencia naturalmente la arrastre a mirar hacia fuera primero que a reflejar sobre sí misma, sería difícil a un hombre sensato e imparcial el desechar rotundamente la posibilidad de una inclinación primitiva. Pero sea de esto lo que fuere, siempre resulta incontestable el hecho de dirigirse efectivamente la atención hacia los objetos externos; y seguramente a esta propensión, no menos que a la preferente necesidad de proveer a la conservación de nuestra existencia y a las innumerables necesidades de nuestro cuerpo, debemos atribuir la preeminencia que las ciencias naturales han alcanzado sobre las filosóficas en el desarrollo intelectual del linaje humano". Verdad que yo demostraría más y más, haciendo ver que todos los sistemas teológicos y cosmogónicos de los hindúes, de los egipcios, de los griegos y en general de todos los filósofos y legisladores más notables de la antigüedad, son meramente sistema físicos, fundados en la observación de los fenómenos naturales; y esto quise dejar entrever en mi Memoria cuando dije que "las primeras investigaciones recayeron, como era natural, antes que todo sobre los fenómenos naturales, recordando de paso el articulista (el señor Rumilio) que Thales Milesio, Pitágoras, y antes de ellos Aristóteles, principiaron sus estudios por la indagación de los fenómenos naturales". Y ved aquí sin duda más de las materias tocadas en mi escrito, de que prescinde el Dómine, porque la cree, así como a otras, de menos importancia. No ha visto este señor que el tal punto versa tan directamente sobre la cuestión principal, que es uno de los mejores datos para elucidarla. Pero más adelante se le hará ver que no hay en mi Memoria un solo particular que no importen muy principalmente a la cuestión, puesto que toda ella se compone más que de largas explanaciones, de meras indicaciones sobre los puntos más principales; esperando convencerle de que hasta esa parte que él cree accesoria está calculada para llevar el convencimiento más íntimamente al ánimo de los lectores. ¿Y qué prueba más irrefragable de la necesidad de decir todavía algo más, que las mismas dudas que aun asaltan la mente del señor Dómine? Con tal motivo no puedo menos de rogarle encarecidamente (pues trato muy de veras de satisfacer su entendimiento), ya que tampoco puede pasar de meras indicaciones en algunas partes el presente escrito, por el justo temor de hacerme interminable (que esta cuestión abraza todas las cuestiones de la Filosofía), se sirva señalarme separadamente cada uno de los puntos que requieran más dilucidación para penetrarle más y más de la fuerza de mis pruebas, que yo tendré un gusto muy especial en proporcionarle cuanto esté a mi alcance, aunque, a decir verdad, más lo tendría en recibir luces de un maestro tan competente como lo debe ser todo un Dómine. No nos apartemos, empero, de nuestro asunto principal.

Prueba asimismo de la mucha parte que contribuye Jouffroy al método, en las medras de las ciencias naturales, se halla en el siguiente pasaje de otro de sus escritos: “Este nuevo espíritu —dice— introducido en las ciencias naturales ha sustituido al reinado de las opiniones el de la observación, y les ha hecho dar más pasos en medio siglo que los que habían dado desde la creación del mundo”. Por eso suspira Jouffroy, y suspiran con él cuantos desean los verdaderos adelantos en las ciencias intelectuales (aun aquellos que como Cousin tan a menudo, y no tanto el propio Jouffroy, son inconsecuentes a los mismos principios del Eclecticismo) por la aplicación de tan vivificante método a las investigaciones psicológicas, único método que puede elevarlas al rigor y exactitud de la demostración, condiciones indispensables de toda ciencia. Como me he desengañado de que nada me valió haber citado a la corta y a la larga en mi anterior *Memoria*, para encarecer las dificultades que cercaban a las ciencias intelectuales y el estado de atraso en que yacían, quiero todavía acotar dos o tres pasajes más de Cousin y sólo el epígrafe de Verulamio, escogido por Kant para frontis nada menos que de su gran *Crítica de la razón pura*; sin perjuicio de cuanto sobre el particular habré de decir a usted en el análisis de su párrafo siguiente, pues aun no está siquiera terminada la lista de motivos que estoy formando para hacerle comprender por qué ha de ser “más difícil conocer las propiedades de nuestro ser que las de los demás seres de la naturaleza”.

He aquí los pasajes de Cousin, y cuente que sólo se alegan para demostrar que todos los filósofos sienten como por instinto y resultado de sus propios estudios, la necesidad, la urgencia imprescindible de apelar a la única áncora de esperanza: al método de la observación. De intento me abstengo de citar autores de la escuela sensualista, pues ya se echa de ver que forzosamente han de abundar en tales ideas. En una Memoria sobre la clasificación de las *Cuestiones y escuelas filosóficas*, después de hacer una reseña circunstanciada sobre las condiciones de una clasificación de las mencionadas cuestiones, después de haber proclamado, como manifesté en mi primer escrito, 1º superioridad del método experimental como el lauro de nuestro siglo, después... (mucho recomendaría yo al Dómine la lectura de este trabajo de Cousin) se pregunta así mismo: “¿Y ha habido un solo filósofo que las haya llenado hasta ahora (aquellas condiciones)? Si tal fuera tendríamos una ciencia metafísica, como existe una geometría y una química. Por lo menos, ¿han distinguido los filósofos siquiera esas diferentes casillas o compartimentos del gran cuadro, ya que no han podido llenarlas? ¿Han bosquejado por ventura los contornos y proporciones del edificio, ya que no han podido levantarlo? Si tal fuera, habría una ciencia comenzada, un camino abierto, un método ya definido (y cuidado que yo no voy tan allá, pues ni creo la ciencia tan atrasada ni estoy aquí de mantenedor de las opiniones de Cousin: se trata de un hecho, el atraso de las cien-

cias intelectuales y la necesidad de aplicarles el método experimental). Pero si los filósofos no han sabido ni llenar esas casillas del cuadro filosófico, ni siquiera percibir las y distinguirlas ¿qué es lo que han hecho? He lo aquí en breves palabras:

“Los primeros filósofos todo lo han tratado y todo resuelto, pero confusamente; todo lo han tratado, pero sus métodos son arbitrarios y artificiales (...) Descartes mismo, a pesar de todo el vigor de su entendimiento, no penetró todo el alcance de la distinción entre el sujeto y el objeto (...) no le hizo fuerza como debía el abismo que separa al sujeto del objeto; y después de haber planteado bien el problema, este grande hombre lo resolvió con demasiada ligereza”. Aquí vendría perfectamente hablar de lo que hizo el gran Leibnitz; pero ya me voy cansando de mí mismo y cansando sin duda a los lectores con tanta cita, y hay todavía muchas por hacer en otra parte del presente o más bien del futuro escrito, pues ya es menester ir dando punto para este correo, aun antes de concluir la enumeración de los porqués en que nos hallamos, que ya le robamos más de media docena de columnas al diario de mañana; y siento, a fe mía, echarle aquí el siete a la pluma, pues en la primera parada salí mejor librado que en la presente, en la cual ni siquiera me ha sido posible cerrar con un punto, como me aconteció en la primera; pero paciencia: que en reuniendo todos los diarios que contengan las partes, resultará sin remedio el todo, y ya estaremos del otro lado. Entre tanto, y paciencia por otra vez, allá va al texto prometido de Verulamio, que sirve de portada a la obra magna del filósofo de Königsberga, y que yo de muy buen talante lo estamparía al frente y fin como alma y cuerpo de las presentes y futuras discusiones que con otros y entre nosotros medien: *De nobis ipsis silemus. De re autem, quae agitur, petimus ut homines eam non opinionem, sed opus esse cogitent; ac pro certo habeant, non sectae nos alucivius, aut placiti, sed utilitatis et amplitudinis humanae fundamenta moliri. Deinde ut suis commodis aequi {in commune consultant} et ipsi in partem veniant. Praeterea ut bene sperent, neque instauracionem ut quiddam infinitum et ultra mortale fingant, et animo concipiant; quum revera sit INFINITI ERRORIS FINIS ET TERMINUS LEGITIMUS.*³⁵ Resulta, pues, que en concepto de los más grandes metafísi-

35. Las versalitas —en el original de Luz cursivas— son de Luz, no de Kant. Se ha confrontado el texto con el de la cuidada edición de *Crítica de la razón pura*, en I. Kant's *Sämmtliche Werke*, edición de Kirchmann, Leipzig, 1901, t. I, p. 10.

“Por lo que a mí se refiere, me callo; pero tocante al objeto de que se trata, pedimos a los demás que no vean en la reforma planteada una mera opinión, sino una tarea trascendental; y que tengan por cierto que estamos echando los cimientos, no de una secta, ni de un parecer arbitrario, sino del bienestar mismo y de la elevación del hombre. Pedimos también que cada cual mire con equidad en qué consiste su propio

cos, las ciencias intelectuales son en resumidas cuentas un mero y simple postulado o desideratum: algo más de lo que necesitaba yo para afirmar que estaban en mantillas respecto de las naturales. Verdad que irá apareciendo más y más refulgente con el curso de esta discusión, al punto de penetrar su resplandor hasta por los mismos ojos que quieran cerrarse a este río de luz concentrada en un mismo foco y derramada sobre un mismo punto.

bien [encaminándolo hacia el bien de todos],* y entonces participe de él. Y por último, que no consideren ni imaginen —y tengan confianza en ello—nuestra reforma ni como algo sin fin, ni como algo sobrehumano, ya que en realidad aquélla no es más QUE EL FIN Y TÉRMINO OBLIGADO DEL INMENSO ERROR". (Bacon de Verulamio, *Instauratio Magna*, Prefacio) (Roberto Agramonte)

* Kant omitió este paréntesis en su cita, pero Luz lo incluye entre paréntesis (Roberto Agramonte).



Teatro Tacón
y parte del Paseo de Isabel II
(grabado de Federico Mialhe)

TEMAS
CUESTIÓN DE MÉTODO,
MORAL DEL PROCOMUNAL,
POLÉMICA SOBRE EL ECLECTICISMO

POLEMISTAS

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

JOSÉ T. DE LA VICTORIA

MANUEL AGUIRRE ALENTADO (*EL ADICTO*)

MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

FRANCISCO RUIZ

JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE

MIGUEL STORCH (*EL DÓMINE*)

Y OTROS

ENERO



XXIV

CUARTA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, enero 6 de 1839.)

“Pro me laboras”.

He ocupado ya diez columnas de los diarios anteriores sin haber salido todavía de la primera de mi antagonista, cuyo artículo abraza más de tres en la *Gaceta de Puerto Príncipe*; y así por este motivo como por haberle repetidamente indicado mi disposición a entrar en pormenores, y cuando guste, sobre todos aquellos puntos que por la brevedad con que estén tratados, requieran elucidación, me será lícito continuar el camino a paso más acelerado.

Octavo: También las lenguas necesita conocer el que desee penetrar a fondo los fenómenos del entendimiento. Y digo las lenguas, porque no basta el conocimiento de una sola para suministrar los datos que ha menester la gramática general. Las lenguas son el primer monumento para la historia del espíritu humano; así, pues, contrayéndonos al punto que nos ocupa, es de recomendarse su estudio, y ha de preceder al de la Lógica, no tanto a causa de la importancia de la expresión de las ideas (que es en sí una gran

carta de recomendación) cuanto por ofrecerse en los idiomas el fiel reflejo de las operaciones del entendimiento, y la historia más exacta y completa de su desarrollo. Así, la lengua de un pueblo acusa lo que es, lo que ha sido y cómo ha sido este mismo pueblo. Las lenguas, en fin, nos presentan las mejores pruebas de careo o confronta que imaginarse pueden para experimentar y acrisolar las doctrinas más importantes de la ciencia de las ideas. He ahí, pues, otro elemento que dificulta el problema, convenciéndonos de la necesidad de su precedencia al estudio de la Lógica propiamente tal, en el supuesto de estar convenido con el Dómine que por Lógica se entiende la “ciencia que tiene por objeto exponer los fenómenos y teoría de la inteligencia”. Yo no tendría más que ir sacando consecuencias de esta definición para pulverizar cuanto ha sentado el Dómine en su papel.

¿Se ha puesto este señor a reflexionar por un instante cuánto abraza aquella definición? ¡“Todos” los fenómenos de la inteligencia! Y luego... ¡la teoría de la inteligencia! ¿Dónde están los fenómenos de la inteligencia? Escondidos en la conciencia, y es menester desentrañarlos; complicados con los de la sensibilidad, y es menester deslindarlos; modificados por la edad, y el sexo, y el temperamento, el clima, la educación, el estado de salud y enfermedad, y es menester aclararlos; reflejados en las lenguas, y es menester recibir su luz; envueltos a veces en los sistemas, y es menester sacarlos en claro; derramados por todo el ámbito de las ciencias, y es menester recogerlos y clasificarlos. De aquí, noveno: La necesidad de familiarizarse con el conocimiento de los sistemas filosóficos: otro inconveniente para la resolución del problema, otra piedra de toque para las doctrinas; y esto es ya internarse en el vasto campo de la historia de la filosofía. Décimo: De aquí también, como paso previo, como *conditio sine qua non*, el recoger los datos de las otras ciencias como hechos o ejemplos para la ciencia de las ideas, para la teoría de las teorías. Esto es tan obvio, que no podemos entablar discusión alguna sobre tales materias sin contraernos inmediatamente a la naturaleza de las ciencias físicas, matemáticas o morales: ni puede ser de otra manera. ¿Cómo hubiéramos podido al principio de este papel, ventilar la cuestión de los signos sin algunas nociones algebraicas? ¿Cómo era posible haber explicado la causa del rigor y precisión de semejantes signos, y su superioridad sobre los de las lenguas vulgares, sin habernos informado primero de todo el artificio del método algebraico? ¿Y no sacamos de este análisis un documento precioso para las ciencias de las ideas? Ábranse los libros de todos los psicólogos y metafísicos modernos, y desde los mismos umbrales se tropezará con las nociones tomadas de las otras ciencias, como base fundamental, como conocimientos previamente adquiridos; y no sólo se encontrarán a las ciencias naturales y matemáticas ofreciendo la hueste para la campaña (los hechos) sino sirviendo de caudillo y modelo para dirigir y marchar en la acción (su método). ¿Quiere usted que le acote en comprobación a todos los

metafísicos modernos de todas las escuelas, desde Cartesio hasta nuestros días? De nada me valieron tantas citas como amontoné en mi anterior trabajo ¿y qué remedio? Volver a citar. Pero sólo lo haré con Manuel Kant y Víctor Cousin—que ya tiene usted otra cita al mismo propósito de Jouffroy; y si las quiere todas no hay más que avisar y quedará servido, a pesar del fastidio que trae consigo la ingrata tarea de copiar. Todo el prólogo a la segunda edición de *Crítica de la razón pura*, o mejor dicho, la obra entera podría extractarse en comprobación, pues toda ella es una continua discusión sobre la naturaleza de las verdades de cada ciencia y los métodos adoptados en ella. Antes de fundar cosa alguna era indispensable recoger y escoger los materiales y trazar el plan de la obra, ocupar el terreno antes de levantar el edificio, discutir antes de enseñar. Tal es el procedimiento de Kant. Elegiré, pues, tan sólo las palabras siguientes como las más adecuadas a nuestro propósito: “En esa tentativa de cambiar la marcha que hasta ahora ha seguido la metafísica, proponiéndonos por modelo a los geómetras y físicos para lograr en ella una total revolución, se cifra, pues, el objeto de esta crítica de la razón puramente especulativa. Ella es un tratado del método, no un sistema de la ciencia misma (parecen mandadas decir las palabras para la cuestión); pero en medio de eso ella demarca toda su esfera, así respecto a sus límites como a toda su estructura interna”. No es menester copiar más de Kant. Agreguemos las expresiones de Cousin en el apéndice a sus *Fragmentos*: “Exclusivamente ocupado (refiere sus tareas en la escuela normal) en introducir en la metafísica el método de las ciencias naturales, yo no traspasaba los límites de la Psicología; y hoy mismo estoy bien lejos de arrepentirme de esta circunspección, pues, ante todo se debe fecundar el entendimiento, y lo que lo fecunda es el método. Con el método se fundan sectas, empero se puede comunicar un movimiento útil”.

Onceno: Dije en mi Memoria que el capítulo de la enajenación mental por sí solo es un episodio que respecto de los conocimientos auxiliares que requiere, se vuelve otro asunto principal en el estudio del hombre, teniendo por excusado advertir que procedemos bajo el concepto de que es materia fundamental para la Psicología, la Ética y la Legislación. Sin salir de la Psicología, ¡cuántos fenómenos admirables y dignos de ser observados para el estudio de las funciones intelectuales, no nos ofrece su perversión por todos los grados y matices con que se presenta desde el delirio de la fiebre hasta la desesperación de la manía! ¡Cuántas funciones alteradas unas, y estimuladas otras al lado de algunas todavía normales en medio del desorden de las demás! Y pasando de aquí a la moral y a la legislación, ¡cuántos datos preciosos para trazar con tino la sutil raya divisoria entre la enfermedad y el delito! ¡Qué estudio tan digno, tan importante!, el más propio de todos los estudios para el linaje humano: el hombre, en expresión del insigne poeta pensador A. Pope. ¿Y se puede conocer al hombre sin

internarse profundamente en el examen de estos fenómenos? ¿Y debe o no debe preceder este estudio al de la Lógica propiamente tal? ¿Y no supone, además, semejante estudio el de otras ciencias naturales, como indispensables preliminares? ¿Puede haber Psicología sin Fisiología, ni Fisiología sin Física? ¡Qué digo, sin Física!

Hoy menos que nunca, particularmente a raíz de los experimentos y doctrinas de Magendie, que tienden a probar que una gran parte del atraso de la ciencia fisiológica era debido a la falta de aplicación de la Física a los mismos fenómenos vitales, muchos de los cuales no son más que los propios fenómenos de la materia inerte observados en la viviente. ¡Tan cierto es que cuanto más adelantan las ciencias, tanto más se ensancha el horizonte de la generalización, y tanto más, por consecuencia forzosa, se simplifica y despeja el vasto campo de los hechos, quedando reducidos los que al parecer eran más lejanos e inconexos a un vínculo universal que a todos los junta y fraterniza! No sin harta razón decía el insigne Davy que la complicación es el patrimonio de los primeros albores de la ciencia. Si a este propósito me fuera concedido detenerme, yo señalaría de buen grado los errores a que han sido arrastrados los talentos más esclarecidos en todos los ramos de la ciencia del hombre, sólo por falta de observación sobre su propia naturaleza. Así, por falta de Fisiología, han delirado infinitos psicólogos; por falta de Fisiología, se extravió Montesquieu y erró Helvecio; por falta de Fisiología se ha descarriado Bentham, que tanto suele acertar; por falta de Fisiología se han malogrado los mejores planes de educación y los mejores educandos; por falta de Fisiología... Pero he pronunciado la palabra *educación*, y al mágico influjo que sobre mi alma ejerce, no puedo menos que recordar el clamor que de todas partes se levanta en la culta Europa para hacer sentir a los institutores no sólo la necesidad en que están de enseñar esta ciencia en sus establecimientos, sino la más urgente de practicar los preciosos documentos que ofrece para no malograr el precioso fruto de sus afanes; y este clamor ha hallado eco aquende los mares, en esa tierra clásica de la primaria educación, la república norteamericana; también otro clamor no menos universal de combinar el trabajo manual con el mental, o sea el mejor sistema de gimnástica e higiene con arreglo a los datos que de sí arroja la ciencia del hombre. Clamor arrancado por los innumerables hechos que ofrecen las enfermedades y dolencias especiales de los que se consagran al estudio, en términos de socavar el edificio de su salud, o dejarlo para siempre frágil y vacilante.

Cuanto más profundicemos en la materia, tanto más nos convenceremos de la imposibilidad de dar pasos acertados en ningún ramo de cuantos dicen relación al hombre mismo, que ya se presupone el general de la naturaleza con un sin número de especialidades. En psicología, educación, moral y legislación, ya hemos amontonado algunos datos para juzgar de la imprescindible necesidad del estudio del hombre para semejantes ramos

del saber humano. Respecto de la historia, baste decir que no es dable formar juicio de innumerables hechos sin haber formado para ello nuestro criterio por el tipo de la naturaleza. ¿Cómo podrá graduar nuestro entendimiento los límites de lo posible, y lo probable, de lo creíble e increíble, sin haber observado las fuerzas de la naturaleza, o sin guiarse por las analogías deducidas de estas mismas observaciones, cuando le faltan nuevos experimentos indispensables para fallar? “Pues, ¿qué cosa hay que no sea milagro la primera vez que se observa? ¡Cuántas y cuántas no se tienen por impracticables hasta no verse que están hechas! A cada paso dudaríamos del poderío y majestad de la naturaleza de las cosas, si mirásemos sus partes aisladamente y no abrazásemos su totalidad con nuestro espíritu”. Así se explica Plinio el naturalista. La primera vez que un hombre vulgar oye decir que llueven piedras, no vacila en relegar semejante especie al país de los imposibles y las quimeras. ¿Y por qué? Porque no habiendo estudiado la naturaleza, carece de medios y contrapesos para graduar su poder. Pero sin ir a parar hasta el rústico: aun los mismos eruditos, que suelen (y antes más que ahora) no abundar en conocimientos naturales, se atrevieron a tratar de fábula el fenómeno de los aerolitos consignado en muchos historiadores de la antigüedad y señaladamente en el citado Plinio. Otra cosa habría sido con entendimientos adocotrados por la observación, pues aun caso de no haber llegado a su noticia semejante hecho prodigioso, la constante experiencia de otros portentos notados en el vasto campo de la naturaleza, los hace forzosamente más cautos, circunspectos y mesurados para decidir, y por una consecuencia indispensable, sólidos y profundos en cuantas materias traten de examinar; o lo que es lo mismo y hace más a nuestro propósito, menos sujetos a errores y retrocesos, que tantos perjuicios irrogan a la ciencia, y menos fáciles de contentar con un barniz superficial, por más deslumbrador que sea para los ojos bisonños de la muchedumbre. Y no haya miedo que el espíritu de rigor y exactitud que reclama la ciencia esterilice ni siquiera un filón del venero inagotable del arte y de la poesía, antes fomentados que menguados con los descubrimientos de la ciencia moderna, como contra el dictamen de algunos literatos del día, sería harto fácil demostrarlo. No es menos irrazonable la guerra en que se trata de poner a la ciencia con la poesía, que el divorcio que se ha procurado establecer entre aquella misma y la religión santa de la hija de Sión. La viva impresión de las maravillas de la naturaleza, nos ha de arrebatarse forzosamente a las regiones sublimes de la poesía. Los objetos y resortes de ésta podrán variar con el tiempo y las circunstancias, pero su raíz está hondamente afirmada en el corazón del hombre para que pueda jamás arrancarse. La ciencia, lejos de conmover esta raíz, le ofrecerá nuevos jugos, y fecundante riego. Será la poesía del siglo XIX: tendrá al mismo tiempo su vínculo común con las demás, y un carácter peculiar que la distinga.

Lo que hará el estudio de las ciencias es poner cada cosa en su lugar: sus progresos impedirán que a la humanidad adulta se la pueda arrullar con el mismo instrumento, o con el mismo tono que a la humanidad infantil: sucederá a la especie lo mismo que sucede siempre al individuo: no se le distrae ya hombre con aquel mismo juguete por el que se desatinaba en la cuna, pero siempre habrá un medio de recrearle y morigerarle.

¡Qué nuevas formas no ha tomado el arte, cuando ya se creían agotadas sus fuentes, en manos de los Goethe, los Schiller, los Scott, los Byron, los Manzoni, los Lamartine y los Hugo. Pero ¡qué digo nuevas formas!, nuevos asuntos nunca tratados, y que tanto caracterizan la época en que vivimos, han sido admirablemente manejados por esos preclaros ingenios; y como para desengañarnos de que no sólo se podía cautivar el corazón con la magia de la Edad Media, se presenta el autor de Roma subterránea no invocando más numen que lo presente y alcanzando un triunfo igual, si no superior por su noble fin, a los obtenidos por el prestigio encantador de las antiguas tradiciones. No haya miedo de los grandes descubrimientos que se suceden y de los grandes intereses que nos agitan, enmudezcan un instante la suma de la humanidad.

En Economía pública, ¿puede darse un pasín sin exponerse a tropezar, como no se consulten los métodos y procedimientos de las ciencias y artes mecánicas, que constituyen una gran parte de los materiales sobre que han de recaer los razonamientos? Véanse si no las lecciones que aun a la práctica y sesuda Inglaterra, la nación práctica por excelencia, la de uno de sus hijos más distinguidos, el físico-matemático Carlos Babbage, digno sucesor de Isacc Newton en la cátedra de Cambridge: lecciones consignadas en la obra titulada *Economía de las manufacturas*. Nadie se esperaría a primera vista que bajo tan modesta portada se incluyesen las más graves cuestiones de la Economía pública; y, sin embargo, tan magistralmente y bajo tan nuevos aspectos se examinan estas materias, haciendo ver la trascendencia de los errores que se han cometido y pueden cometerse legislando acerca de ellos sin el previo conocimiento de esos datos a primera vista puramente mecánicos, que no queda más recurso a los economistas y legisladores que ir a aprender física y matemáticamente la ciencia sublime de la Economía pública en los severos libros de la Dinámica y en los humildes talleres de las artes. Tan penetrado parece haber estado de idénticos principios el traductor español de esta preciosa obra, cuanto ha engrandecido con el título de *Principios de Economía Política*, con que no le ocurrió bautizarla a su modesto autor.

Pero donde se echó el resto a los desengaños para los legisladores y gobernantes, y en general para cuantos se ocupan de la causa pública es en la famosa obra del médico Parent-du-Chatêlet, sobre la *Prostitución en la ciudad de París*, que por vía de nota cité en mi Memoria como un modelo de investigación. Vengan los jurisconsultos, los moralistas, y, en

general, todos los que cultivan las ciencias especulativas, a iniciarse en infinitos datos que para ellos serán otros tantos arcanos: vengan a aprender no sólo cosas, sino métodos para examinar y descubrir otras cosas: el método de la observación, el rigurosamente analítico, el único que merece el nombre de científico, espíritu que no se adquiere sino en el cultivo de las ciencias naturales y de sus inseparables cooperadoras, las matemáticas. Allí verán la mejor aplicación que jamás se ha hecho de los procedimientos estadísticos, o rigurosamente numéricos: ésta es la lógica que reclama el siglo en que vivimos, éste es el pasto que se debe suministrar a los que meditan sobre la suerte de la humanidad, y sobre los medios más eficaces de curar las dolencias morales que la afligen. Porque el libro de M. Parent no como quiera es un libro eminentemente moral, sino que desde la primera hasta la postrera página abona a su autor como el más celoso abogado de las buenas costumbres, como un alma purísima e incontaminada, a pesar de los hálitos infectos que en el desempeño concienzudo de su gravísima misión le forzó a respirar ocasionalmente en el largo período de ocho años. ¡Bien podía haber puesto este profundo filósofo, este predicador de salud física y moral, por texto a su precioso doctrinal aquel famoso *et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui judicatis terram!*...¹

Obras de esta especie realizan la duda cartesiana en la investigación, pues llamando a examen cuantas especies corren válidas en la ciencia, antes de adoptar conclusión alguna, se comienza a pensar de nuevo, procediendo cual si nada se supiera; así es como quedan extirpados infinitos errores que habían ya recibido la sanción del tiempo y de las más respetables autoridades. No por medios diversos de estos pudo otro profundo pensador, el no menos que Parent malogrado Niebuhr, conmovier hasta en sus cimientos el venerado monumento de la Historia Romana. Valiéndose de cuantos recursos puede suministrar la observación, llamando en su auxilio las ciencias, las artes, las lenguas, situándose en los mismos lugares en que pasaron los sucesos admirables de ese pueblo extraordinario, midiendo, contando y pensando; así fue como se aparejó el profundo Niebuhr para acometer la ardua empresa: hasta no estar así surtidos de datos, no intentó graduar y confrontar entre sí los testimonios de los historiadores, escapando apenas uno de su severo espíritu analista, destructor a un tiempo de lo deleznable del edificio, y reconstructor de la obra con aquellos mismos fragmentos que pudieron quedar a toda prueba. Pero muy lejos me llevaría el querer citar las obras que en la época presente ofrecen el verdadero dechado del espíritu de investigación. Yo pondría de muy buena voluntad al lado de los que llevo citados los nombres no menos dignos de Juan Federico Herschell, de un Raspail, de un

1. "Y ahora, reyes, entended: admitid corrección, jueces de la tierra" (*Salmos*, 2, 10).

Tocqueville y de otros eminentes varones en gran número, aunque no tanto como vulgarmente se cree, que también en las ciencias hay vulgo y mucho vulgo, y no se cuentan a docenas las cabezas verdaderamente originales y escudriñadoras.

De intento me he abstenido en lo que va dicho hasta ahora de incluir a la lógica entre las ciencias intelectuales que más deben a la naturales, por ser punto que reservo para capítulo separado en la refutación de uno de los párrafos subsecuentes de mi estimado corresponsal; bien que ya podría tenerse por excusado entrar en ulteriores alegaciones sobre el particular; cuando se considera que la psicología, madre de la verdadera lógica, en el sentido cual entendemos el Dómine y yo la palabra, lo es también en la moral, la legislación y demás especulativas a que se han contraído nuestras observaciones. Pero habiendo prometido reiteradamente ventilar el punto con separación, puede contar ya el Dómine con otra lista muy dilatada para la hoja de servicios prestados por las ciencias experimentales a la lógica: mejor diré, reproduciendo mis ulteriores expresiones: “que ni aun existirían capítulos enteros de la Lógica si no hubiera sido por las observaciones de las mismas ciencias naturales”. Entre tanto se vendrá en conocimiento por lo dicho de cuán fundado de suyo iba Verulamio al trazar su cuadro de las ciencias en colocar a la Lógica en el penúltimo lugar, siempre consecuente al gran principio que como epígrafe estampé al frente de mi Memoria, a saber: “que aun caso de ser su órgano (esto es, su método) absoluto, no aprovecharía cosa para la reforma de las ciencias sin la historia natural (esto es, sin los hechos físicos, fisiológicos y psicológicos, pues todos ellos debe incluirlos una historia completa); mientras que la misma historia por sí sola, aun sin el órgano, contribuirá sobradamente a la suspirada reforma: por lo cual parecía más conveniente y natural ocuparse enteramente y ante todo sobre tan importante materia”.

Así sorprenderá no poco al ver cómo las ciencias intelectuales han sido fecundadas o, por mejor decir, creadas por las naturales, practicando al pie de la letra las profunda máximas de Bacon, y verificándose todos sus vaticinios, que haya todavía en Francia, en la ilustrada Francia, no uno, sino muchos literatos que sostengan que con el método de Verulamio se han creado sólo las ciencias físicas, pero no las intelectuales; como si pudiera ser bueno un método capaz de crear unas y no otras; como si fuera posible que hubiese simultáneamente dos métodos igualmente buenos; como si las ciencias fueran tan esencialmente diversas, como ellos se las figuran, y sobre todos las ciencias que dicen relación al hombre; como si hubiera, rigurosamente hablando, muchas ciencias, y todas ellas no vinieran a parar en una sola, partida y diversificada por la urgente necesidad de la limitación de nuestras facultades y la inmensa variedad de los objetos y de sus mismas propiedades. Llega hasta tal punto la osadía, no sé si diga

mejor la obcecación, de esos pretendidos filósofos, que niegan a Bacon de Verulamio, sí, señor; a Bacon de Verulamio, el título de filósofo, regalándole únicamente como de favor el de primer físico, o fundador de la Física moderna. Y los que tal dicen, ¿han reflexionado bien en lo que dicen? ¿Se han hecho cargo de lo que envuelven sus propias palabras? Aun concediéndoles que Bacon no conoció la antigüedad (y escribió el libro, ¡qué libro! *De sapientia veterum*),² que no se penetró del estado de la cuestión (cuando todo lo abraza la *Instauratio Magna*, unos de los monumentos que más honran al espíritu humano); aun dándoles cuanto quieran de barato, aun aceptándoles los más escandalosos absurdos, no hay más que juzgarlos por sus propias palabras, para convencerles o de mal entendimiento, o de mala voluntad. No hay arbitrio para escapar del terrible dilema: si con su método se han levantado las ciencias físicas, como confesáis, su método ha sido forzosamente el padre de las intelectuales; porque éstas, o no son nada sin aquéllas, como queda demostrado hasta el fastidio, o aun lo mismo que son por sí solas lo deben al método de observación que de las naturales han imitado.

Todo lo más que podría con fundamento afirmarse es que el mismo Bacon se dio mucho, y aconsejó que se diesen primero los investigadores, al estudio de la naturaleza de los objetos externos que al de la naturaleza del alma. Pero en este consejo cabalmente nos consignó la prueba más preciosa y perentoria de cuán profundamente había estudiado las facultades de esa misma alma, pues estaba bien penetrado de que tal era el camino más natural no sólo de conquistar conocimientos y comodidades materiales, sino forzosamente y en virtud y con ocasión de ellos mismos, llegar, como en muchos puntos hemos llegado, a la resolución de las cuestiones más importantes para el hombre intelectual y moral. Se nos dice por esos mismos filósofos, que Verulamio no ha hecho más que la materialidad (¡válgame Dios con la materia!) de legar la industria a los pueblos. ¿Y qué tal os parece el legado, señores? ¿Se pueden legar muchas materialidades de este jaez que más espiritualicen, encumbren y hagan más morigeradas a las naciones? ¡El trabajo!... el primer estímulo de moralidad, directa e indirectamente... la segunda religión del pueblo —permítaseme la atrevida expresión—, la única eficaz garantía de su perseverancia en las vías de la justicia y de la probidad. Por Dios señores, no descarguéis el golpe más fiero a las costumbres con ese malhadado divorcio que establecéis entre lo físico y lo moral. Pierde en ello la causa de la ciencia, y pierde más la causa de Dios, que es la primera causa para el hombre. Por lo demás, es menester no haber saludado siquiera las voluminosas obras del insigne Verulamio, o no conocerlas más que por los dos renglones de la famosa cuanto brillante

2. *The Advancement of Learning* o *El Progreso del Saber* (Roberto Agramonte)

sentencia de la tela de araña³ para pretender que su autor no se ha ocupado de las facultades del alma, cuando no hay, no diré una página, pero ni un aforismo de sus obras que no encierre o la descripción de algún fenómeno mental, o algún documento precioso para la dirección del espíritu humano. Y todo ello no por meras indicaciones, sino tratado muy ex profeso, y tan latamente, que en ellas se recorre todo el inmenso campo de las ciencias y de las letras. Hablando, pues, en todo rigor, se debería antes bien apellidar a Verulamio el príncipe de los psicólogos que no el primero de los físicos, aunque ni él desdeñaría este honrosísimo dictado, ni hay contradicción en condecorarle con ambos lauros; o en una palabra, que todo lo comprende: es el filósofo por excelencia, el verdadero restaurador y primer arquitecto de los conocimientos humanos.

Lo más singular del caso es que los corifeos de estos mismos filósofos y literatos son cabalmente los que más han proclamado la excelencia del método baconiano, y su aplicación a las ciencias intelectuales como la única tabla de naufragio (testigos los pasajes que de Cousin, Jouffroy y Kant hemos citado, sin otros miles que acumularse pudieran), y cuya conducta sería un verdadero enigma, si en los escritos de esos mismos caudillos no hallásemos la clave para explicarla. Éstos, efectivamente, son los que sugieren a cada paso esas especies contradictorias, o por lo menos, el germen de ellas, dando a entender que existen dos clases de observación, la externa e interna, no siendo ella en realidad más que la misma función, ora aplicada al conocimiento de los objetos exteriores, ora al de los fenómenos internos; por lo cual sólo en razón de su objeto, pero no de su principio, podrá clasificarse la observación como interna y externa; modo de clasificar que no es de lo más claro ni científico y por lo mismo tanto más tachable en este género de investigaciones que más que ningunas otras deben hermanar el precepto con el ejemplo en materia de precisión.

A dos clases pertenecen los detractores en realidad, y encomiadores en la apariencia, del mérito de Verulamio; los que lo son porque ven amenazado el edificio de la ciencia, y muchos de éstos pertenecen a la categoría de la mala voluntad, y la turbamulta de los discípulos que juramentados y esclavizados bajo el yugo de la moda, que es la autoridad con otro traje, no hacen más que repetir la flor en que han dado sus preceptores de que Bacon no fue filósofo, sino el príncipe de los físicos, y éstos entran en la categoría del mal entendimiento, de aquellos de quienes decía Tulio que dejan de usar su propio juicio en razón de tener por firme y valedero cuanto

3. "El verdadero método no hace como las arañas, que sacan el hilo de sí mismas (los metafísicos dogmáticos), o como las hormigas que sólo reúnen materiales (los empiristas puros), sino que trata como las abejas de elaborar éstos por sus propias fuerzas". Vid. *Aforismos*, no. 72; y *La vida literaria en Cuba*, cartas de J. Z. G. d. V. *Cuad. d. Cultura* 5, pág. 62 (Roberto Agramonte)

ven mencionado por el oráculo que adoran: receta admirable para no padecer de la cabeza, pero por desgracia impropinable para los que se ven forzados a ejercitar la suya. Y considero que basta y aun sobre para digresión sobre Verulamio, de cuyo pecado me absolverá mi amigo el Dómine, por no caer sobre su merced mis observaciones, sino nada menos que sobre los redactores de un periódico estimable, la *Revista Francesa y Extranjera de París*.

Pero ya es tiempo de seguir con nuestra dilatada enumeración, y aun voy a terminarla por hoy, dejándome todavía en el tintero el análisis de las funciones del instinto (no. 12) y el de los recursos de la crítica y filología (no. 13), sin otros de menor cuantía; así, pues, sea el 14 y último motivo (en obsequio de la brevedad) el fenómeno constante que ofrecen las ciencias en la ocasión y modo de formarse. Este punto se puede considerar como ya tocado en alguno de los anteriormente examinados, pero quiero presentarlo bajo otro aspecto y mi corresponsal palpará la ventaja de practicarlo así. Sería efectivamente un efecto sin causa el que existieren las ciencias especulativas sin haber sido provocadas, digámoslos así, por las urgentes necesidades del hombre, o lo que es igual, por sus más vivas sensaciones. ¿Cómo nació la geometría, ciencia fundada toda en abstracciones? A orillas del Nilo, y a causa de sus inundaciones, que borraban los límites de la heredad, se hizo muy importante determinar hasta qué punto llegaba aquel cieno fertilizador de todos los agricultores tan codiciosamente apetecido; y he aquí cómo en este paraje, o en otro o en otros, bajo circunstancias análogas, hubo naturalmente de nacer la ciencia que mide la extensión. Ínterin no se hizo sentir la necesidad de medir; a nadie le ocurrió que se midiera: se hace sentir esta necesidad, y empieza el hombre a clavar miras para señalar puntos, y tirar a cordeles para marcar distancias.

Ya le queda un espacio incluido entre sus cuerdas, ya posee los elementos sobre los cuales va a labrar la geometría, suministrados por la misma naturaleza; ya comienza naturalmente a separar la consideración del punto y la distancia, ya tiene la línea, ahora la traslada al papel, la divide, la subdivide, la hace cambiar de dirección. La línea estaba en la naturaleza, pero no separadamente, sino como el contorno o término de la extensión, o como la distancia entre los campos, y sobre estas bases, y de abstracción en abstracción va alzando con su entendimiento el suntuoso edificio de la ciencia. Aquí tenemos la ley invariable de la razón humana: empezar por lo concreto para elevarse a lo abstracto; la práctica antes que la teoría, para después con el congreso de la ciencia ser fecundada de nuevo por la teoría. Este es el eterno círculo de los conocimientos del hombre; pudiendo asegurarse en más de un sentido que los adelantos en las ciencias más bien se hacen en línea curva que en línea recta, y la historia de los descubrimientos lo abona, pues a veces se ha estado tocando a otro descubrimiento en virtud de un hecho nuevamente observado, y siguen los investigadores otro rum-

bo pasando de largo por aquel punto que más directamente los hubiera conducido a la suspirada meta.

Infiérese también de lo dicho el error que envuelve la aplicación del humanísimo principio de *non ignara mali, miseris succurrere disco*,⁴ a la cuestión del origen de la ciencia, pues si bien es verdad que la ciencia principia siempre por las sensaciones, no es dable continuar sólo con ellas sin el ministerio de la abstracción y demás facultades intelectuales. Así es cierto que muchos conocimientos nacen de la sola sensación, pero no es posible levantar el edificio de la ciencia sin la abstracción. El célebre *non ignara mali...* se aplica perfectísimamente a los sentimientos de humanidad, y en tal sentido he dicho en otro lugar que la sensación es el vínculo que une a toda la especie humana: es decir, Dios me ha hecho sentir, y por eso puedo socorrer las miserias que sienten mis hermanos. Aquí está el fundamento de todo, de la moral y de la ciencia, pero aquí no está todo como pretende el Dómine, de quien me despido por hoy advirtiéndole que rara es la proposición notable de las que asienta en su papel que no encubra algún error de trascendencia: despedida que no es tan seca como parece a primera vista, y que ya verá todo el jugo que le sacamos al *rivederci* con su apasionado *Corresponsal*.

4. "Por tener experiencia del mal, sé socorrer a los desgraciados". Vid. Luz, *Aforismos*, nos. 258 y 314.

ADDENDA

En el *Diario de la Habana* de enero 14 de 1839, se inserta el siguiente comunicado:

Al Dómine de la *Gaceta de Puerto Príncipe*.

Carísimo:

Habiéndonos cogido la carreta del correo peninsular y todo lo al, no queda ni un huequecito en las columnas del *Diario* para nuestra querida filosofía; así, tregua a la pluma hasta el otro lunes, no cabiendo por esta vez más que un *Dómino suo* S. P. D. de su afectísimo corresponsal y constante apreciador.—*El Consabido* [JOSÉ DE LA LUZ].

XXV

**QUINTA RÉPLICA
AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE**

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, enero 21 de 1839.)

“Pro me laboras”.

Pareciendo a muchos peritos en la materia que la cuestión ha quedado sobradamente ilustrada en mis anteriores artículos a términos de no admitir ya discusión, excusaré en lo restante de mi análisis alegar más razones que las muy precisas para refutar las del contrario.

Yo atribuí el atraso de las ciencias intelectuales a varias causas, y principalmente a estas tres: su dificultad, en comparación a las naturales, el método seguido en ellas, y la falta de datos de que adolecían. La observación que hice en mi *Memoria* ponía en evidencia todas estas causas. “¿Cuál será, pues, el motivo (pregunté) de que las ciencias intelectuales —las más favoritas entre los griegos, máxime después de Sócrates—, al cabo de tantos siglos en que los genios más esclarecidos han acometido su estudio con todo el vigor de su capacidad (...), se hallen como si dijéramos en mantillas?...” Luego bastaba solo ese hecho para inferir o la dificultad, o la falta de método, o la de datos, o las tres causas combinadas para influir en el atraso de semejantes ciencias. Después manifesté que el cuadro seductor que ofrecían las naturales, el convencimiento de que era debido muy señaladamente también a su método, hizo desear con ahínco a los psicólogos de todas las escuelas la aplicación de tan precioso instrumento al estudio de las intelectuales. Pero aun concediendo “que la amenidad de las naturales puede haber contribuido eficazmente a sus pasmosos adelantos” (punto que se ventilará muy luego), todavía no es de sostener que la “aridez de las psicológicas debió retraer a todo genio que no fuera verdaderamente filosófico”. En efecto, los hechos contradicen semejante aserción, toda vez que tales cuestiones, lejos de retraer a los filósofos griegos, fueron más bien el objeto favorito de sus especulaciones, y fuéronlo asimismo de todos los filósofos en todas las épocas, así antes como después de los griegos; y ni podía ser de otra manera, pues son tan importantes para el hombre las cuestiones de la filosofía, como fundamentales respecto de la religión y las costumbres, sin hablar de la espuela de la curiosidad que le acosa por penetrar el denso velo que cubre estas preguntas: ¿dónde estoy? ¿de dónde vine? ¿a dónde voy? que aun desde los umbrales de

los conocimientos humanos, y mezclados con las investigaciones de los fenómenos externos (que en Grecia como en todas partes siempre son las primeras en tiempo), tropezamos con las más sutiles y abstrusas especulaciones de la Metafísica.

En consecuencia, no debe considerarse tan absolutamente como símbolo de muy elevada cultura en un pueblo (y es observación que también ha hecho el profundo inglés Mr. Mill)⁵ el que se agiten semejantes cuestiones, las cuales naturalmente brotan de las más groseras concepciones de la primitiva religión. La naturaleza del principio cogitante, sus relaciones con el cuerpo, su futura existencia y responsabilidad, son cuestiones que podemos columbrar hasta en los anales de los períodos más remotos, y entrelazadas las más veces con cuantas hay de más sagradas en las creencias y ceremonias religiosas de los pueblos. En la India, como en todas partes, sin que el país de la religión física, el Egipto, sea excepción a la regla, como presto se verá, encontraremos desde luego a la Filosofía profundamente incorporada a la religión popular. Su más antiguo desarrollo fue la ilustración e interpretación de los Vedas como revelaciones de la Divinidad.⁶ En el Egipto propiamente hablando no se desarrolló la filosofía mental; o para valernos de las expresiones del mismo Cousin: “allí se quedó el pensamiento con su cubierta religiosa, sin haber llegado a su forma filosófica”. Y he aquí otro dato precioso para la cuestión (que por doquiera brotan a centenares), pues esto prueba que los egipcios llegaron a un grado considerable de progreso sin salir todavía de las ciencias físicas; y con todo eso se presentan revueltos y como confundidos los gérmenes de la metafísica en su mismo sistema teológico, por lo cual indiqué poco ha que ni aun ese país de la religión física, como le he apellidado, hacía excepción al principio establecido de hallarse semejantes cuestiones en una condición no tan avanzada de la sociedad, como parecería a primera vista. Mas ¿a que detenernos con esos registros de anticuario, cuando las mismas palabras del Dómine manifiestan cuán convencido está del atraso de las ciencias intelectuales? ¿No dice “que la amenidad de las naturales puede haber contribuido eficazmente a sus pasmosos adelantos, al paso que la aridez de las psicológicas debió retraer a todo genio que no fuera verdaderamente filosófico”? Mas, aun cuando no lo confesara, es un hecho incuestionable que las ciencias físicas y matemáticas se hallan más adelantadas que las psicológicas, adelantos que todos reconocen haberse logrado en gran parte en virtud del excelente método en ellas adoptado. Luego si tales ciencias existen, cuando las otras están formándose, claro es que han existido y podido existir sin

5. James Mill, cuya obra principal aparece en 1829. La Lógica de John S. Mill es de 1843 (Roberto Agramonte).

6. Véanse a Cousin, y a la *Revista de Edimburgo* (1833), de donde están tomados estos datos (n. de Luz).

su auxilio. Luego la Lógica no es una especie de instrumento o clave universal con que se abren todas las puertas del saber humano. Luego en cada ciencia se halla ejemplificado el método, sin que sea necesario traerlo de otra parte. Luego toda ciencia tiene naturalmente su Lógica, en el sentido de que en ninguna se puede dar un paso sin deducir, sin discurrir con encadenamiento; pero ésta no ha sido una Lógica aplicada después de aprendida en general y como preliminar parte, sino “una lógica legítima de naturaleza, de nuestra facultad de abstraer, y por lo mismo, alternativamente hija y madre forzosa de toda ciencia”. Está, pues, demostrada la anterioridad e independencia de las ciencias naturales respecto de las intelectuales. Este argumento, que por sí solo bastaría a decidir la cuestión, adquiere doble fuerza, al considerar que está no menos demostrada la excelencia del método seguido en las primeras; método tan sumamente eficaz, que no sólo ha levantado a algunas, sino que ha creado otras, y las ha vivificado a todas. Pero según las palabras mismas del Dómine, son amenas las ciencias naturales, al paso que áridas las psicológicas. Veamos cuánto encierran estas expresiones.

Bien puede ser que la amenidad ande unida con las dificultades, y la aridez con la facilidad, mas si se examina el punto contraído a la cuestión presente, veráse que son casi sinónimos amenidad y facilidad, no menos que aridez y dificultad. Porque ¿en qué consiste la amenidad de las ciencias físicas? En su objeto mismo, sin duda, pero también en el modo de examinarlo, en que sometiénose todo al crisol de la experiencia todo se ve, todo se palpa, todo se facilita... ¿Y cuál será la causa de la aridez de las psicológicas? No está en la falta de interés por parte de su objeto, tan interesante y atractivo para el hombre, que hasta en una condición muy atrasada y primitiva osa acometer, y no puede menos de hacerlo, cual hemos visto, las más abstrusas cuestiones de la metafísica: luego no está en la falta de atractivo la aridez de la psicología. Tampoco puede consistir en la falta de aplicaciones, que por este lado peca de fecunda y no de estéril la importante psicología; y esto nada menos que en concepto del mismo Dómine, el cual sigue y cita a Cousin, al que también me adhiero en el particular, o por mejor decir, la cual doctrina he sostenido siempre como mía propia y de cuantos cultivan la ciencia: a saber, que la Psicología es la raíz y fundamento de toda filosofía,⁷ o hablando con más rigor, de todas las ciencias intelectuales, prestando sus eminentes servicios a la Lógica, a la Moral, a la Jurisprudencia, la Historia, la Economía pública, etcétera, luego por el lado de las consecuencias es harto fructuosa la ciencia de las facultades del alma. ¿En qué se cifrará, pues, esa aridez a que alude el Dómine? No queda

7. A su tiempo expondré al Dómine el sentido en que debe tomarse el texto de Cousin, que en contra mía alega a su parecer triunfantemente, así como el de Locke al mismo propósito. Ya verá en su lugar, y acaso con sorpresa suya, que convenimos en esta parte.

ya más nada que decir sino que en la misma naturaleza de su objeto, que no es tan perceptible a los sentidos, o en el método que en ella se siga, o haya seguido, o en la falta de datos preliminares que necesite de otras ciencias. Pero cualquiera de éstas que sea la causa, y *a fortiori*⁸ todas ellas juntas constituyen a la Psicología en una ciencia más dificultosa sin comparación que las ciencias físicas: luego (no tema usted que vaya a sacar la consecuencia que se está desprendiendo de éste, así como de cuantos argumentos he aducido para la cuestión principal: ahora no quiero salir del punto a que voy contraído) luego *aridez* en el caso presente es *casi*, y sin *casi*, sinónimo de *difícil* y peliagudo: luego a la ventaja de ser primero reúnen las ciencias naturales la de ser más fáciles; luego es más natural y más sencillo principiar por ellas, que no por las especulativas, que era cuanto se quería demostrar. Queda, pues, el Dómine encerrado en las redes que él mismo se ha tejido.

Así que tuve sobrada razón para decirle en mi despedida, que rara es la proposición notable asentada por él, que no descubra desde —o no encubra en— el fondo algún error de trascendencia. Pero advierta el lector que todavía no me contenté en mi Memoria con los poderosos motivos de la preexistencia y facilidad de las ciencias naturales para recomendar su precedencia en el plan de los estudios, sino que hice mérito muy especial y principalmente, fuera de otras razones, de una política, y decisiva, en la materia: a saber, los buenos hábitos que su método había de comunicar forzosamente al entendimiento de los alumnos, amaestrándoles para hacer con más facilidad y seguridad nuevas adquisiciones en cuantos ramos después acometiesen. Esta última observación deberá convencer al Dómine de que al atacar mis razones es necesario las tenga presentes a la vez, porque prestándose todas ellas mutuo apoyo, juntas constituyen un cuerpo de pruebas, por el cual no puede penetrar ni una sola de las objeciones que hasta ahora se ha dignado hacer a mi papel. ¿Cómo, si no se desentendiese tan a menudo de mis razones, hubiera dicho al principio del mismo párrafo que voy refutando “no parecerle que el atraso de las ciencias intelectuales debían atribuirse a su dificultad”, cual si yo hubiera afirmado semejante especie así a secas, y sin haber agregado, como lo hice a renglón seguido, en el mismo período, que “¿cómo era que estaban casi en mantillas al cabo de tantos siglos en que los genios más esclarecidos habían acometido su estudio con todo el vigor de su capacidad, y como objeto de predilección para muchos de ellos? Prueba demasiado evidente de que la dificultad de que se trata no es ya conjetural, ni objeto de discusión, sino positiva, probada, así por la naturaleza misma de las cosas, como por el método seguido, puesto que ni aun los más preclaros ingenios consiguieron grandes ventajas en el campo de sus afanes.

8. “con mayor motivo”.

Ataque Vd., pues, más en regla, señor Corresponsal estimado (a quien, eso es aparte, creo siempre de la mejor fe), para fastidiar y fastidiarnos menos, no haciéndome volver a las andadas. En lo adelante seguiré contestando con un laconismo casi de elenco, cual lo he adoptado en algunas partes del presente escrito, pues ansío de veras terminar, quedando a usted siempre salvo su derecho para pedirme aclaraciones *toties quoties*⁹ las haya menester. Entretanto, no quiero despedirme del párrafo que voy desmenuzando sin hacerle notar que la amenidad de las ciencias naturales no pudo ser gran parte a sus pasmosos adelantos, puesto que con todo el agrado que debían inspirar; de media centuria acá es cuando más han progresado: antes de esa época estaban ellas en muchas y buenas manos, eran todas en extremo atractivas, algunas de ellas muy necesarias para el hombre, y sin embargo nada avanzaban. ¿Puede darse una prueba más total de que no seguían sus cultivadores el debido sendero? Pues hay más: se adopta el método experimental, el camino de la observación y la inducción, y a su eficaz influjo no solamente se adelantan unas, sino que se crean otras y otras, lográndose más y mejor en medio siglo que en los cincuenta y cinco anteriores. No menos se equivoca mi adverso en atribuir también los progresos de las matemáticas a la amenidad de su estudio; bien que algo titubeante por esta vez, como se ve por la nota que agregar, en la que sin embargo de dar con la verdadera causa, todavía no nos explica por entero el cómo; que es cabalmente la clave del problema. Por de contado que en el progreso de todos los ramos del saber, así físicos como matemáticos, deben influir hasta cierto punto el atractivo que en sí mismo tengan; pero en cuanto a la física, ya está demostrado que ésa no es la causa principal; y respecto a las matemáticas, desde luego veremos que tampoco se le deben atribuir sus adelantamientos. Cífranse éstos inmediata y principalmente no menos en la naturaleza del instrumento que la misma índole del objeto permite aplicarle, que en la marcha o método que este propio objeto consiente, y hasta obliga a adoptar.

En este sentido convengo con usted en que *mediatamente* la naturaleza del objeto es gran parte a la perfección de las matemáticas —proposición que está en abierta pugna con la que asienta usted en el texto, donde atribuye los progresos principalmente a su amenidad, pues dice nada menos que a su ver *no es otra la causa*. Esta palmaria contradicción indica demasiado a las claras que las ideas del Dómine no están fijas en el particular, y cuánta razón tuve para decirle que si bien es la nota atinada con la verdadera causa, aun no había dado enteramente con lo que buscaba. Colubro así en globo, que las mismas abstracciones de las matemáticas por su extremada sencillez, sin duda (aunque ni aun esto expresa), debían contribuir a simplificar y hacer progresar la ciencia; pero no vio, o no especifi-

9. "tantas veces cuantas".

có por lo menos, y era lo que realmente ilustraba la cuestión, que las causas inmediatas, bien que producidas por la primera, no podían ser otras que los signos y el método de las matemáticas. Efectivamente, como estas ciencias versan sólo sobre las relaciones de la cantidad, con muy pocos hechos que sugiera la observación al entendimiento, puede éste luego a fuerza de abstracciones encadenadas alzar todo el edificio deseado, cual afirmé en mi Memoria que había acontecido con el célebre Pascal, quien de los más escasos e indispensables datos que sobre la geometría le proporcionara su padre, dedujo sin más auxilio todos los teoremas fundamentales de esta ciencia —empresa de todo punto impracticable respecto de las demás ciencias en que no es posible dar un solo paso sin ir pisando sobre los hechos. Y he aquí otra prueba de que la *Memoria sobre método* sabe defenderse a sí misma; pudiendo usted convencerse más y más, repasando todo su contexto, con qué fundamento aseveré al principio de este papel no haber una razón de las que juegan en la materia que no se halle o explanada o bosquejada en aquel trabajo, porque en realidad, yo nada nuevo he añadido después, no he hecho más que dar algunas sombras al contorno, para que sea visto a mejor luz. Pero volviendo de esta pequeñísima digresión a lo que más importa, observaremos que en las matemáticas el hombre hasta cierto punto tiene poder de crear los hechos sobre que ha de fundar la ciencia, toda vez que la menor circunstancia, sin necesidad de aparatos, ni de reactivos, produce un sinnúmero de hechos que acarrearán infinitas consideraciones y dan margen a muchas más, así como a multitud de aplicaciones.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito, así tomados de la geometría como de la aritmética, o de cualquiera otra rama de las matemáticas puras. En la naturaleza, pues, de su objeto, más que en su amenidad es en la que se cifran los progresos de la ciencia de la cantidad; y en la sencillez y simplicidad de los signos que ella emplea está el secreto de aquella concentración de la atención, o absorción de todas las facultades mentales que admira el Dómine en el matemático de Siracusa, absorto hasta el punto de no percibir el asalto de una ciudad; y para prueba de que semejante concentración se debe en gran parte a la naturaleza de los medios empleados, y no precisamente al entusiasmo que esas ciencias inspiran, observaremos que no hay ciencia ni arte, ni proyecto humano, que no sea vivificado y llevado adelante por el entusiasmo, único padre de las grandes cosas, que nunca fue entusiasta la mediocridad; y sin hacer mérito de los arrojados navegantes y viajeros, entre ellos el prototipo del entusiasmo, del ilustre Cristóbal Colón, y sin salir de las ciencias naturales y de nuestros días, acordémonos que sólo por determinar la diversa respirabilidad de los fluidos uniformes aspiró el químico poeta H. Davy hasta los gases más mefíticos; el infatigable Barón de Humboldt se aplicó dos cáusticos en las espaldas, sólo por experimentar más viva y acerbamente las excitaciones

galvánicas; y el impertérrito Eusebio Vallí, después de haberse inoculado la peste por la Europa y el Asia, vino hasta la América en pos de la fiebre amarilla, a desafiarla en su propio teatro, cayendo víctima de su inextinguible amor a la humanidad, de ese entusiasmo que sólo la muerte pudo apagar, y todavía no conquistar.

Pudiera sensibilizar con mil ejemplos la influencia de los signos vulgares en las demás ciencias; pero sobre ser este punto muy perceptible, no hay ya lugar para más por esta vez, viéndome forzado por la cuarta a despedirme hasta el otro correo.

XXVI

APÉNDICE

He aquí para la cuestión un nuevo hecho que reúne todos los méritos, y no necesita comentarios por ser nada menos que de Puerto Príncipe, y de la sabrosa pluma del tan patriota como ilustrado Lugareño, quien dando cuenta de los exámenes del Colegio Calasancio¹⁰ en la *Gaceta* de 2 del corriente, dice, entre otras cosas dignas también de leerse, lo que sigue:

“El día 22 se presentaron a examen las clases de Lógica y Física. No es nuestro ánimo entrar en cuestión sobre las obras que sirven de texto para el análisis y deslinde de nuestras facultades mentales... Nos retraemos de entrar en la cuestión, porque no nos creemos con derecho, ni nos hallamos con la capacidad suficiente para emitir nuestra opinión sobre las escuelas antigua y moderna, que por una parte descansan en columnas tan macizas como un Locke y un Desttut de Tracy y por otra en un Cousin y un Jouffroy. Sólo quisiéramos que los Profesores de la clase de Lógica meditasen bien las obras de todos estos grandes ingenios antes de sembrar las semillas de aquella o esta escuela. Siguió a esta clase la de Física o Filosofía natural, mucho más divertida para el público, y en la cual observamos más adelanto, más despejo en los niños, resultando de la confianza en sus conocimientos. Así explicaron con desembarazo y exactitud los principios y la naturaleza de la ciencia, las propiedades generales de la materia, los diversos fenómenos físicos, la luz, la lluvia, el sonido, etcétera, y terminaron con una breve exposición de los principios elementales de la Mecánica, la Teoría del movimiento, etcétera. Es una lástima que el Colegio no posea los instrumento neces-

10. Este colegio estaba precisamente bajo la dirección de don Miguel Storch, que no era otro que *El Dómine*, que contendía con Luz Caballero. (Alfredo Zayas.)

rios, indispensables para el estudio de la Física, pues los ejemplos de los libros nunca pueden ser ni tan gratos ni tan convenientes como el hecho material que pone una causa física al alcance de todos”.

Vaya otro hecho paralelo: He oído a varios estudiantes de los de más edad y saber de una clase de filosofía en la Habana, asegurar que si faltaran argumentos para fundar la antelación del estudio de la Física al de la Lógica, la experiencia de lo que pasa por ellos mismos los convencería hasta la última evidencia, sintiendo a cada paso no sólo la mayor facilidad, sino también la necesidad de apelar a los conocimientos preliminares de las ciencias físicas y matemáticas para exponer y entender las doctrinas psicológicas.

XXVII

BREVES OBSERVACIONES SOBRE EL ARTÍCULO “FILOSOFÍA”

POR JOSÉ T. DE LA VICTORIA

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, enero 30 de 1839.)

Por no abrumar al Dómine, dejándole tomar respiro para que meditase imparcialmente lo que en mis dos palabras sobre la cuestión de método expuse, quería esperar, no obstante mi propósito anterior; a que convencido de no haber leído con la reflexión que debiera la contestación a Rumilio dada por el maestro benemérito de la juventud cubana, lo confesase paladinamente; o reprodujese de lo contrario contra mí los ataques falsos que hizo a éste en su artículo inserto en la *Gaceta* que dejo indicada. Así pensaba yo que en este último extremo, su ratificación por lo menos me ahorraría decirle dos veces una misma cosa. Pero ahora de nuevo estimulado en mi antiguo proyecto, al ver la letra de cambio que por el último correo ha recibido el Dómine, giradas contra él por su corresponsal en la Habana (véase el *Diario* del 17 del pasado), paso a extender las observaciones ofrecidas:

1. Dice el Dómine en su párrafo 3 que si poseyésemos el inestimable tesoro de un diccionario perfecto, sólo se disputaría en las casas de locos. Este es el resabio de los nominalistas: a la verdad que al leer el preliminar, se ve uno tentado de no entrar en discusión con quien tal cree; porque hacer depender las ideas de las palabras y no éstas de aquellas, es pensar

que el que aprende de memoria un libro de matemáticas, sabe matemáticas. Contra tal aserto no insisto más, ni contra la imposibilidad de semejante diccionario, porque bastante y con la mayor claridad posible, le dice en estos particulares el autor del artículo que contra el del Dómine que impugno se publicó en el diario que dejo citado.

2. Al querer fijar el Dómine, en el párrafo 4, la significación de la palabra lógica, en la nota a que nos remite trata de persuadirnos que el autor de la contestación inserta en la página 333 del tomo VI de las Memorias de la Real Sociedad Patriótica, ha dado en su escrito, en los trozos que de él extracta, dos acepciones diversas a la indicada voz, la una lata en el sacado de la página 336, la otra estricta, en el de la 339; de cuyo aserto se percibe la falsedad a primera vista, y con la simple lectura de las dos proposiciones extractadas. Si no dígase qué quiere decir *sin ideología o psicología no hay lógica sino que la lógica debe ser una hija de la ideología o psicología*. Más claro: no poder existir una cosa sin que exista primero otra, ¿no es lo mismo que decir que la una es hija de la otra? ¿sin la previa existencia del padre podrá existir el hijo? Y cuando el articulista añade en seguida: “yo comprendo en la lógica la ideología” ¿no repite lo que dijo antes por duplicado el autor de la contestación? ¿No indica bien claramente que sin la ideología o psicología no puede existir la lógica, porque qué es comprender una cosa a otra, sino contenerla en sí, serle necesaria a su existencia? Adviértase de paso la inexactitud del articulista al extractar, pues que usando el autor de la contestación indiferentemente como sinónimos las palabras *ideología y psicología*, por acomodarse al lenguaje de Rumilio, según lo advierte el Dómine, las copia como usadas con separación, sustituyendo la conjunción *y* o su equivalente, a la disyunción *o* de que usa el autor. Faltándose a la fidelidad en los extractos, no hay escrito que no pueda impugnarse.

3. Cree el Dómine impugnar completamente las proposiciones del autor de la contestación que extracta en el párrafo 5 de su artículo, con decir que se suponen a los que asientan los más célebres ideólogos; sin echar de ver que con esta palabra da a conocer la impotencia de su argumento, prescindiendo de lo que pueda valer la autoridad, donde hablan la razón y los hechos. La palabra *ideólogo* y toda su familia, no hace sino recordar a Locke, Condillac y su escuela representando al siglo XVIII, y por consiguiente al estéril exclusivismo sensualista. Por otra parte, es falso que el hombre conozca sus sensaciones antes que los objetos que se las producen: el hombre siente la impresión que le causan los objetos porque sin sentir mal podría conocerlos; pero una cosa es su percepción fisiológica, y otra es conocer cómo sucede esto, para buscar el mejor medio de asegurarse de la verdad externa. Además, sin objetos que se la produjesen no percibiría el hombre sensación alguna, por más perfectos que fueran sus sentidos, y ni aun podría concebir la existencia de éstos. Convengamos,

pues, en que primero es que haya objetos capaces de producir sensaciones, y en que antes ha de procurar uno conocer *lo que* se las causa, que el *cómo* las ha percibido. Hasta por la revelación tenemos confirmadas esta verdad: después de haber empleado Dios los cinco primeros días de la creación en formar la tierra, el cielo, la luz, etcétera, al sexto fue que creó los animales, y en ese mismo día, el postrero de sus obras, para complemento de éstas, la última que salió de sus manos fue el hombre.¹¹ Con ésta podíamos ahorrarnos otras observaciones; pero pasemos a la

4. En el párrafo 6 se ve transcrito otro trozo de la contestación; y prescindiendo de la inexactitud que se cometió en el traslado, sustituyendo la palabra *ofrecen* a las *pueden ofrecer*, que son las que se hallan en el original, examinemos sólo la refutación que se hace al trozo copiado: ésta se hace en el siguiente párrafo, diciendo que ¿por qué ha de ser más difícil conocer las propiedades de nuestro ser que las de los demás seres de la naturaleza? Muy fácil es la respuesta: porque no podemos ver nuestro interior como vemos una planta: ni podemos con la facilidad, prontitud y claridad que con ésta hacer experimentos en el hombre o en las colecciones de hombres, que son el objeto de las ciencias morales. Y tiene ya el Dómine demostrado lo contrario de cuanto afirma en los párrafos 8, 9 y 10. Además añadiré por separado contra lo que aventura en estos párrafos, que las matemáticas deben sus adelantos a su exactitud, y a la facilidad con que se prestan, así como las demás ciencias naturales, a la comprobación de los fenómenos observados; y no por cierto a su amenidad: que si es cierto que el objeto de la física o ciencias naturales es el universo físico, el de la lógica, filosofía o ciencias morales, lo es también este mismo universo físico, con más el universo moral; porque sólo bajo la condición de convertirse en ideas o pensamientos, haciéndose, por lo mismo, desde luego, materia de la filosofía; y véase ahora qué espacio es más inmenso, y cuál más fácil salvar, y véase también si se hallan y es preciso que se hallen, y se hallarán en mucho tiempo todavía, en mantillas las ciencias intelectuales.

5. Contestando al trozo que transcribe en el párrafo 11, hace esta pregunta el Dómine: ¿acaso la lógica no ha sido en todos tiempos eminentemente observadora? En esta pregunta se envuelve un sofisma que debo destruir antes de contestarla: una cosa es ser ciencia de observaciones, esto es, si puede decirse así (perdonándome el inevitable pleonasma), ciencia observada, ciencia analizada, y otra es ser observadora, inquiridora, analizadora, ser; por decirlo así, un microscopio.

Ahora bien, como en este último sentido no puede ser la pregunta del Dómine una objeción al trozo indicado, forzoso será entenderlo, contra el sentido genuino, contra lo terminante de la palabra, por el primero; y

11. *Faciamus hominem*, etcétera, *Génesis*, cap. I, vers. 26. Véase todo el capítulo.

entonces la contestaremos diciendo: no, no ha sido siempre de observación observadora, ni lo es hoy sino a medias; ha sido sí, en todos tiempos, un instrumento muy delicado de que nos hemos servido sin conocer bien su mecanismo, del mismo modo que el rústico que da vueltas a la cigüeña de un órgano, produciendo con él los sonidos más armoniosos y concertados, sin saber de qué manera, por ignorar su conformación. En la otra pregunta con que continúa el Dómine está su error; y por consiguiente se halla la respuesta de la anterior; error que le es favorito y que consiste en confundir el conocimiento adquirido por medio de las sensaciones con las sensaciones mismas o con el conocimiento de éstas.

6. Para contestar el Dómine el trozo de la contestación que transcribe al principiar el párrafo 12, sienta esta proposición evidentemente falsa: la lógica es la ciencia que menos necesita de las otras. No en balde dije que es evidentemente falsa esta proposición: para convencerse de ello, basta observar que todas las demás ciencias son las que suministran mediata o inmediatamente todos los materiales sobre que se versa la lógica o la filosofía; y recordar cuanto dejo dicho en la observación 4.

7. Sin meterme en el mérito que pueda tener en materias psicológicas la autoridad del ideólogo Locke (de quien es un traslado todo el párrafo 13 del artículo del Dómine), representante en la Inglaterra de la filosofía del siglo pasado y por descontento del estéril exclusivismo sensualista propagado en Francia por Condillac, contraeréme solamente a las dos preguntas que intercala el Dómine en medio del párrafo, y conviniendo con la primera en que sin el hilo de la inteligencia, es decir, *sin el uso de la lógica*, no se puede dar un solo paso en el intrincado laberinto de los conocimientos humanos, me opongo a que no se pueda hacer muy buen uso de un instrumento que no se conozca, o cuyo mecanismo se ignore por el que lo maneja: esto está demasiado comprobado con lo que dejo dicho en este artículo, con lo que manifesté en sus dos palabras y con lo que se palpa diariamente en mil ejemplos materiales que pudiera aglomerar.

8. Con un aire de triunfo copia el Dómine en su párrafo 15 un trozo de Cousin, que ha entendido a su modo, en el que le ve sostener la precedencia de la lógica. Sea lo que fuere, no me arredra que diga Cousin terminantemente lo que entiende el Dómine, porque la autoridad, por más respetable que sea, debe callar donde hablan los hechos: éstos manifiestan bien a las claras que no pueden conocerse las facultades mentales sin conocer su destino; éste se ignora mientras no se sabe su ejercicio; éste sólo puede saberse efectuándose, lo que sólo puede verificarse directa o indirectamente en los hechos de cualquier naturaleza que sean, los cuales no pueden dejar de conocerse al ejercitarse en ellos las facultades mentales; de consiguiente, este conocimiento precede y debe preceder al análisis de dichas facultades, que es lo que constituye la psicología y consiguientemente la lógica. Las conclusiones que sienta el Dómine en los restantes párrafos

hasta dar fin a su escrito son deducciones de los principios que estableció antes y que ya dejó destruidos; por lo tanto lo están también aquéllas, careciendo de cimientos.

9. Esta observación es general sobre todo el artículo del Dómine; asombroso es, inexplicable, el enigma de cómo un hombre que por su artículo manifiesta estar en punto de filosofía en el siglo xvii y ser de consiguiente discípulo ciego de Locke y Condillac, ha podido rebelarse hasta tal extremo contra sus maestros que niegue que todos los conocimientos han pasado por los sentidos; porque en realidad no es otra cosa que negar esto, pretender la precedencia de la lógica a la física. Esto explica las innumerables contradicciones en que incurre a cada paso en su escrito, pues queriendo ser fiel a sus maestros y a su sistema, no puede ser lógico o consecuente.

El gran fondo de buena fe que he creído descubrir en el Dómine, viéndole al principiar su artículo convidar a una discusión sobre la importantísima cuestión que nos ocupa, ha sido lo único que me ha hecho tomar la pluma para cumplirle la palabra dada. Por esa misma buena fe, y consultando la brevedad de un artículo, aunque ésta jamás pueda conservarse en refutaciones, es que sólo me he contraído a aquellos puntos que he considerado fundamentales o de mayor importancia en su artículo. Porque fuera de que los otros que adolecen del mismo mal de falsedad, quedan virtualmente destruidos con la ruina de sus cimientos, ya ha tomado la defensa del asunto el autor¹² de la contestación replicada, a quien por todos títulos pertenece con mejor derecho que a mí.

Por lo demás yo le protesto al Dómine estar persuadido que, aunque expresado, es quizá más desconocido que él en la república de las letras el nombre de *José T. de la Victoria*.

12. José de la Luz (Roberto Agramonte).

FEBRERO



XXVIII

SEXTA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE

POR EL CORRESPONSAL (JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, febrero 10 de 1839.)

Llegamos ya al octavo párrafo del Dómine, en que se explica en estos términos: "... el objeto de la Física es el universo, el de la Lógica la inteligencia: la primera ofrece un espacio inmenso al observador; la segunda: un punto matemático..." Aun concedido que así sea (cosa que nadie admitirá, después de leído mis anteriores artículos), le contestaré diciendo, que más fatiga y arte se necesita para llegar a la cúspide del Monteblanco, que apenas cuenta miserables tres leguas de altura perpendicular; que para beberse las millas por las deleitosas planicies de la Lombardía: por aquí se dejan resbalar hasta los más flojos viandantes; por allí sólo trepan los muy aguerridos viajeros. Las dificultades en las ciencias, que es toda la cuestión, se gradúan más por el peso que por el número, más por la calidad que por la cantidad. Nada hay más dilatado que la historia natural, como que comprende la descripción de todas las obras de Dios que están al alcance del hombre; y sin embargo, nada más adecuado a la comprensión de las más tiernas criaturas. Tampoco se trata no digo de que un niño, pero ni tampoco un joven de principio a sus estudios recorriendo todo el vasto

campo de la naturaleza. Lo que se hace primero, esto es, para el niño, es escoger algunos capítulos de la ciencia, y luego para el joven un ramo de ella, como lo es la Física, excusándome el Dómine de que me detenga a hacer el cotejo de las dificultades de un capítulo de la Física con otro capítulo de la Lógica; pudiendo tener entendido que mientras se penetra un alumno de uno solo de ésta, puede adquirir cuatro de aquélla, y apelo a cuantos enseñan y aprenden dichas ciencias, que no me dejarán mentir. Pero a la cuenta, este señor ha traído a colación las dimensiones de la Física y la Lógica, para explicar que no se hayan hecho tantos descubrimientos en éstas como en aquélla, y así ha puesto, si cabe, de peor condición su no muy buena causa. Vémosle efectivamente variar de medios y alterar la cuestión, envolviendo, como en otras ocasiones, un error grave en su proposición. Helo aquí brevísimamente demostrado.

En primer lugar, del mayor o del menor número de descubrimientos no puede deducirse precisamente el estado de adelantamiento de cualquier ciencia; como que en las ciencias no puede medirse, como antes indiqué, por la cantidad sino por la calidad: así es que la Geometría, v. gr., cual estaba ya en tiempo de Euclides es una ciencia más adelantada, más formada, más rigurosamente ciencia que muchas de las naturales, por no hablar de las psicológicas (que bien visto son naturales) en las que han llovido los descubrimientos; y aun cuando no se hubiese añadido un solo teorema a los que nos legó el matemático griego, y se hubiesen sucedido sin interrupción los descubrimientos en las ciencias naturales, ninguna de ellas podría competir en exactitud con la ciencia de la extensión. ¿Y por qué? Porque *res ipsa vetat*.¹ En segundo lugar, aun comparando las ciencias naturales entre sí, veremos que no siempre se puede inferir el estado de adelantamiento, del número de descubrimientos, sino de su importancia. A veces se descubren infinitos hechos de la misma especie, que poco o nada hacen progresar la ciencia en aquel ramo, al paso que un solo hecho de distinto carácter mueve eficazmente el espíritu de especulación, y contribuyen más a promover los progresos reales de la ciencia: ejemplos de una y otra se presentan abundantemente en la Química y en la Botánica. Tercero: otras veces sucede que aun cuando sean importantes y numerosos los descubrimientos, todavía no bastan para ilustrar la cuestión, si por acaso es de suyo oscura. Cuarto: en Química se han hecho en estos últimos años incomparablemente más descubrimientos que en Física, y sin embargo nadie duda que esta ciencia está más adelantada que aquélla. Quinto: adviértase finalmente, por no eternizarnos en este punto, que la ciencia es constituida por la generalización y la clasificación: mientras no se reducen los hechos a una clave, sino que vagan como independientes y derramados, no hay teoría, o sea, ciencia propiamente; no se habrá pasado del empirismo más superficial.

1. "lo rechaza la propia cuestión".

“Compárese la Lógica antigua con la del día, continúa el Dómine, y será forzoso confesar o que las ciencias intelectuales son susceptibles de una perfección que ni si quiera podemos concebir; o que al presente no se hallan en mantillas”. Vamos a la primera parte del dilema. Si confesáis en verdad que la Lógica actual está más adelantada que la antigua es forzoso conven-gáis, en virtud de las demostraciones expuestas en mis anteriores artículos, que estos progresos se han debido a las luces que ha recibido de las ciencias naturales y exactas y al método que de ellas ha imitado: así que, la Lógica resulta deudora de las naturales tanto en el fondo como en la forma. Y éste sería el lugar de hacer la larga lista de préstamos que aquellas ciencias han hecho a las intelectuales; pero me contentaré con indicar algunas de las principales partidas de esta cuenta, así en gracia de la brevedad, como por ser casi excusado después de lo que llevo escrito en la materia. Pero antes de proceder a ello ¿qué probaría el adelantamiento de la Lógica moderna sobre la antigua, aun cuando fuera independiente de los progresos de las demás ciencias? Nada más sino que la Lógica, a fuer de ciencia, es también perfectible como una de tantas. ¿Y cómo no ha conocido el adverso que sus palabras nada hacen en su pro, y pueden hacer mucho en su contra? Porque la cuestión principal versa sobre la precedencia que debe darse en el estudio a la Física sobre la Lógica, precedencia que entre otras infinitas razones se fundó en el estado de adelantamiento en que respecto de las intelectuales se hallaban las ciencias naturales; es decir, que el atraso de las primeras no era absoluto, sino relativo al estado de las segundas; así que se las comparó entre sí en el estado actual, para que fuera exacta la comparación y tuviera fuerza el argumento. ¿De qué aprovecha, pues, a usted alegar que la Lógica moderna está más adelantada que la antigua, cuando mi raciocinio no daba entrada a semejante observación, puesto que era tan riguroso, que concedidos los progresos de la Lógica, todavía hoy en el estado actual resultaban las ciencias intelectuales como en mantillas respecto de las naturales? Vuelva usted a leer con detenimiento la memoria, y verá cómo en ella están obviadas cuantas dificultades le han ocurrido a usted hasta el presente, y algunas más, si no todas las que puedan ofrecerse. Pero vamos ya con las pocas partidas de la cuentecita pendiente.

Abramos un tratado cualquiera de Lógica, pero contraigamos más, y sin exigir lo que se pide en Francia o Alemania y ciñéndonos al plan y aun al texto adoptado en nuestro país, nos convenceremos de que apenas hay materias, y señaladamente las de más entidad, que no se presupongan los conocimientos derivados de las otras ciencias. No es posible dar un solo paso sin estar acudiendo continuamente a ellas. Diré más (y es observación que tengo hecha, aun respecto de jóvenes ya muy adelantados y de más que mediano entendimiento): si se aprenden las teorías o generalizaciones, sin contraerlas a los datos en que descansan, es absolutamente imposible

hacerse cargo no diré de su alcance, pero ni siquiera de su tendencia: así he visto con frecuencia a muchos jóvenes discutiendo cuestiones especulativas de Lógica o de Metafísica, sin poder dar un paso verdadero en el asunto; en una palabra, sin entenderlas, después de haber pasado horas enteras soltando generalidades tomadas a crédito, pero no comprendidas ni en cien leguas. Ni puede ser de otra manera, como que carecen de los datos así para fundar como para probar y aquilatar las doctrinas. Desengañémonos: es necesario estudiar más las especialidades, que en concepto de Cousin (y en esto voy con él *amplectis ulnis*),² son las que forman y nutren el entendimiento, antes de echar a lucir esas generalidades preciosas, muy preciosas en sí mismas muchas de ellas, pero otras y no pocas semejantes a los abalorios, que brillan con extremo, pero como ellos se reducen a polvo impalpable al más leve soplo de análisis. Ya se deja ver que a cada paso que vamos dando se hace más excusada la lista ofrecida; pero se ofreció, pues ahí va:

1º. Para demostrar rigurosamente que la experiencia es el punto de partida de nuestros conocimientos, que es la entrada de nuestro curso, se hace ya necesario apelar a la Fisiología para desvanecer todas las dudas. (Prescindo ahora, por supuesto, de la cuestión que mueve Cousin en su impugnación de Locke, sobre si conviene o no comenzar por la cuestión del origen de las ideas, cuestión que verá usted largamente tratada por mí dentro de poco, pues por el momento sólo es mi ánimo hacer una lista; y como ha de quedar demostrado que para todos los puntos que se toquen se necesita del auxilio de las otras ciencias, es indiferente que este o el otro vayan primero o después.) Decía, pues, que para desvanecer todas las dudas en la materia del número 1º, era forzoso apelar a la Fisiología. Efectivamente, ¿no observamos en la infancia del hombre ciertas operaciones que no son realmente aprendidas, y que por lo mismo es necesario demostrar que no dependen de ideas innatas? Así se toca *primo limine*³ la importancia y aun necesidad del estudio de la Fisiología para formar una historia completa del hombre interno. Y para no citar otra vez a Destutt Tracy, quien pretende que el estudio de las ciencias intelectuales sea preliminar a la Fisiología, de cuya cita se desentiende usted y luego me lo trae a colación allá sobre la duda cartesiana: pero no nos distraigamos, que ya esa cuenta la ajustaremos a su tiempo y lugar: le citaré al mismo Estagirita. ¿No habla éste de un alma vegetativa, de otra animal y de otra intelectual? Pues bien: ésta es una historia abreviada del hombre, pues dichas palabras no son exactamente lo que suenan a nuestros oídos modernos; sino que en realidad ofrecen los tres grados por donde pasa el hombre y que al fin se hallan en él reunidos: así primero es planta, en el seno materno, después

2. "codo con codo".

3. "desde el principio".

animal, en la primera infancia, y en fin, propiamente hombre al entrar en la discreción. Tampoco debe olvidarse así en esta cuestión como en otras de no menor entidad, para obviar graves dificultades y aparentes contradicciones, que la palabra alma no la toma Aristóteles en el sentido que nosotros le damos, sino en el suyo primitivo de sople, o vida propiamente tal, en los dos primeros casos, y sólo en el 3º en la acepción actual, como se evidencia por diversos pasajes de sus obras; pues es fuera de duda que él establece la espiritualidad del principio cogitante. Por eso se dijo en el Elenco varias veces citado, elenco en el cual se ha procurado inculcar a la juventud la verdadera libertad filosófica, esto es, nada de autoridad de escuela, pero tampoco nada de presunción, “que hasta en el caso de no poder comprender lo que dijeron los filósofos antiguos, sería una vulgaridad despreciarlos; atento a habernos más de una vez enseñado la experiencia que sus palabras, bajo el velo de la paradoja, envuelven graves conceptos y profundas observaciones”.

2º. El acto mismo de tratar ante todo de las operaciones intelectuales, como preliminar indispensable, indica que la Psicología debe también preceder a la Lógica. Aunque no trato por el momento más que de formar una lista, y no toda la lista de las deudas de la Lógica a otros ramos de los conocimientos, quiero aprovechar esta oportunidad que tan naturalmente se presenta para ilustrar, o apurar más la cuestión en esta parte.

Una de tres: o la Lógica se reduce a decir: sacad buenas consecuencias de toda premisa (lo que no puede negarse que es real y efectivamente el objeto de ella, o más rigurosamente hablando, del método), y no hay más que añadir; y es lo mismo que decir con nuestro ilustre Varela: “Hágalo usted bien y ya lo hizo bien”; o la Lógica es la ciencia que trata de las leyes formales del raciocinio, y entonces no cabe duda en que muy poco o nada se ha adelantado en ella desde Aristóteles hasta nuestros días, como ya lo observó Kant, y lo repite y lo prueba hoy St. Hilaire,⁴ pero también es

4. Kant. Permítaseme transcribir un poco a la larga, por lo mucho que contribuyen estas citas a ilustrar las cuestiones generales y varios puntos accesorios. “Que la Lógica ha tomado esta marcha segura desde la más remota antigüedad, se infiere del hecho que desde Aristóteles hasta aquí no ha podido dar un paso retrógrado, pues no deben contarse como mejoras efectivas la introducción de algunas sutilezas excusadas, y aun la exposición más clara de la doctrina, lo que más bien contribuye a la elegancia que a la seguridad de la ciencia. Pero también es admisible en la Lógica que tampoco haya podido dar hasta ahora un paso adelante, llevando visos por consiguiente de estar concluida y completa...”

Los límites de la Lógica están bien demarcados, considerando que ella es una ciencia que no hace más que exponer plenamente, de demostrar rigurosamente las reglas formales de todo el pensamiento, bien sean *a priori*, bien *a posteriori*, bien tengan este o el otro origen u objeto, bien encuentren en nuestros ánimos obstáculos casuales o naturales.

Si la Lógica ha salido tan bien librada tiene que agradecerlo meramente a su limitación, en virtud de la cual se halla justificada, y aun obligada, a abstraer de todos los objetos el conocimiento y su diferencia, y por consiguiente en ella la razón no tiene que haberlas más que consigo misma y con su forma. Mucho más difícil ha de ser naturalmente para la razón el adoptar el camino más seguro de la ciencia, cuando no sólo tiene que hacer consigo misma sino también con los objetos: de aquí es que aquélla (la lógica) constituye propiamente tan sólo el vestíbulo de las ciencias; y cada vez que se trata de conocimientos, si bien se supone una lógica para calificarlos, siempre se ha de buscar la adquisición de ella en las tales ciencias peculiares y objetivas”.

Luego entra a distinguir, en consecuencia, el conocimiento teórico y el conocimiento práctico, de la razón...

“La matemática y la física son los dos conocimientos teóricos (pues Kant distingue entre determinar el objeto de las ciencias, y hacerlo efectivo) de la razón que deben determinar sus objetos, la primera enteramente puro, la segunda en parte al menos puro, pues siempre debe hacerlo con arreglo a otras fuentes de conocimientos diversas de las de la razón...”

Después de especificar muy atinadamente las causas que han traído a las matemáticas y la física al estado de adelantamiento en que las vemos, se produce así respecto de la metafísica.

“Empero a la metafísica, conocimiento de la razón especulativa enteramente aislada, que se levanta del todo sobre las lecciones de la experiencia, y esto por meras ideas (no como la matemática por la aplicación de éstas a la intuición) donde por consiguiente la razón misma ha de ser su propio maestro; a la metafísica, digo, no le ha sido la suerte tan favorable hasta hoy que haya podido tomar el paso firme de una ciencia... pues en ella continuamente se ve la razón en apuros, aun cuando quiere comprender *a priori* aquellas mismas leyes que establece la más vulgar experiencia. En ella es necesario volver a andar el camino infinitas ocasiones, porque se encuentra que no conduce a donde se quiere ir, y por lo que respecta a la unanimidad de sus partidarios en algunas proposiciones, se está tan lejos de eso, que ella es más bien un palenque que parece propiamente, destinado para ejercitar las fuerzas en la pelea, palenque en el que todavía jamás ha conquistado un adalid el más mínimo palmo de tierra, ni le ha sido posible cantar victoria, ni menos contar con una posesión duradera.

No queda, pues, la menor duda que la marcha de la metafísica no ha sido hasta aquí más que un mero tropezar a tientas, y lo que todavía es peor, entre ideas y sólo entre ideas”.

“Ahora bien, ¿en qué consiste, pues, que la ciencia no ha podido encontrar hasta hoy camino más seguro? ¿Es por ventura acaso imposible? ¿Por qué pues ha inspirado la naturaleza a nuestra razón el insaciable empeño de rastrear este camino como uno de sus intereses más importantes? ¡Pero cuán pocos motivos tenemos de confiar en nuestra razón, cuando ella no como quiera nos abandona en uno de los ramos más importantes de nuestra curiosidad, sino que nos trae entretenidos con simulacros, y al fin para engañarnos! O bien han fallado hasta aquí todas las tentativas, cuya lección podremos aprovechar, para, renovando el examen, seamos más afortunados que nuestros predecesores”.

Aristóteles. Ahora llegamos a una demostración histórica de alta importancia, dice un periódico francés, a saber, “que antes de Aristóteles no había lógica, y que después de él, no hay más que la suya, ilustrada es verdad, pero no extendida”. Esta demostración ocupa más de 200 páginas en la obra del señor Saint Hilaire. Por lo demás, era también la opinión de Aristóteles que antes de él no había lógica, pues dice expresamente al fin

inconcuso que aun así reducida, todavía tiene mucho que saber y aun presupone otros conocimientos; pues como se habrá visto en la nota, por las mismas palabras de Aristóteles nos convenceremos de que entre los griegos venía el estudio de la Lógica en pos del de la retórica para formar al orador. Repetidas pruebas de ello, pueden verse asimismo en Cicerón, Quintiliano y otros autores antiguos, tanto griegos como romanos. O finalmente entendemos por Lógica⁵ con el Dómine y con la mayor parte de los modernos “el estudio de las facultades mentales para dirigir las en la investigación de la verdad; o sea de la ciencia cuyo objeto es exponer los fenómenos y teoría de la inteligencia”; y entonces tienen una fuerza irresistible cuantos argumentos he presentado en el curso de esta discusión, pues supone la Lógica muchos, muchos, y variados conocimientos —motivo por qué dije al Dómine en mi segundo y tercer artículos, que no atinaba cómo hubiese estampado semejante definición que envolvía la más victoriosa refutación de sus principios. Pero en la segunda acepción, o sea, la restringida de la palabra Lógica tiene lugar mucho de los argumentos presentados; y si no repárase en aquellas palabras de Kant: “Y siempre que se trata de conocimiento, si bien se supone una Lógica para calificarlos, siempre se ha de buscar la adquisición de ella (*Erwerbung*) (sacrificio en general, en la traducción de estos pasajes, la elegancia a la exactitud, por ser lo importante a la cuestión) *en las tales ciencias peculiares y objetivas*”. No puede ser más decisivo el texto. Excusado en reiterar que marchó con la posible brevedad, así por atenerme a tanto como llevo alegado, cuanto por haber repetidas veces manifestado a mi adversario se sirva indicarme los puntos que en su concepto requieran más dilucidación.

Pero supongamos que de nada vale cuanto he dicho para demostrar el atraso respectivo de las ciencias especulativas; supongamos que la Lógica, lejos de deber a los otros ramos, por el contrario, sean ellos los deudores; demos de barato que sea la más adelantada de las ciencias y aun que no es posible adelante más por el estado de perfección a que llegara.

5. También se entiende, de contado, por esta palabra lo que tantas veces hemos repetido, esto es, el mero encadenamiento en las ideas; así en este sentido se dice: habla con lógica, tiene mucha lógica, etcétera, tomando el efecto por la causa, que puede ser la ciencia, o el talento natural, o ambas causas combinadas.

de su *Organon*: “En cuanto a la retórica, desde largo tiempo se habían ocupado de ella y aun producido muchos trabajos. Mas respecto a la ciencia del raciocinio, por el contrario, nada teníamos anterior a nuestras propias investigaciones, que tanto tiempo y trabajo nos han costado. Si reconocéis que esta ciencia, en la que todo estaba por hacerse desde los cimientos, no se ha quedado muy atrás de las demás, acrecentadas por tareas sucesivas, no podréis menos, así como todos los que lleguen a conocer este tratado, que manifestar indulgencia por los vacíos que ofrece, y reconocimiento por todos los descubrimientos que en él se han hecho”. Excuso amontonar más citas a este propósito, que las ofrece muy al caso la *Revista de Edimburgo*, y algunas otras obras muy acreditadas.

Concedamos que las ciencias morales no necesitan tantos experimentos como las ciencias físicas, aunque no son pocos los que han menester; concedamos que se cultivaron muchas de ellas con éxito desde la más remota antigüedad, como ya también demostramos, y que así está en la naturaleza del hombre; demos en fin por nulas y de ningún valor y efecto las 30 o más columnas que sobre la materia llevamos escritas, amén de la *Memoria* inserta entre las de la Sociedad Patriótica, y con todo y a pesar de todo, queda en pie nuestro punto de vista en la cuestión principal o del método. No puede haber cosa más clara, y toda ella puede reducirse a este sencillo silogismo: “El método pide que se principie por lo más fácil e inteligible: es así que la Física, y en general las ciencias naturales son más fáciles de adquirir que las especulativas y están más al alcance de la primera juventud: luego en caso de tener que enseñar ambas cosas, si se quiere proceder con método, es forzoso empezar por las primeras. Pero la Lógica, aun en el sentido estricto, es de más difícil comprensión que las ciencias físicas (páreceme que cualquiera me revelará de la prueba); luego no debe principiarse por ella. Norabuena que de la adquisición de la Lógica y en general de las ciencias intelectuales, resulten luces a las otras ciencias, pues como ya dijo Tulio, todos los conocimientos humanos tienen un vínculo común; y nadie más que yo se ha empeñado en manifestarlo; pero no es buena lógica inferir de ahí que deba principiarse por ella: dificultad que ya traté yo de atajar en una nota puesta en mi *Memoria*, que dice así:

“Esto no impide que el que escriba una gramática especial (aludo al texto donde propongo también para los primeros pasos de los niños el estudio de las lenguas), aun para principiantes, aproveche las luces de las otras: antes al contrario, así se ganará para el método: pero se trata del orden en que han de aprender los alumnos, y no de lo que deben saber los maestros.” *Hoc opus, hic labor*.⁶ Esto de la facilidad o dificultad de adquisición es la verdadera piedra de toque en la materia: éste sí que es un experimento, y como todos ellos al alcance de los ignorantes lo mismo que al de los sabios, de los párvulos lo mismo que de los adultos; y en tal caso no hay más que rendirse a la evidencia, sean cuales fueren las doctrinas que sobre el asunto se profesen. Pero séame lícito en este lugar, en gracia de la mayor ilustración del que nos ocupa, recapitular con la misma brevedad que acabo de hacerlo respecto del argumento principal, las demás razones cardinales sobre las cuales gira la cuestión. En el estudio de las ciencias naturales y matemáticas se gana no sólo para el método sino también para el caudal de datos, pues no puede haber un ejercicio más propio para todas las facultades intelectuales en sus primeros pasos; luego esta consideración también aboga por su *precedencia* (no *preferencia*). ¿Quién

6. “Ésta es la tarea, éste el trabajo”.

no concibe, o por decir mejor, quién no toca a cada paso la perfección con que se pueden adquirir dichas ciencias sin el previo estudio de la Lógica? Y digo de intento la perfección, esto es, que no necesitan más que de sí mismas para discurrir en ellas con acierto, que es el último fin de la Lógica; y esto es lo que quiso decir Verulamio con su *organum nostrum etiam si fuerit absolutum, absque historia naturali non multum; historia naturalis absque organo, non parum instaurationem scientiarum sit proventura*:⁷ y a esto también se contraen las recitadas palabras de Kant. En cuanto a las matemáticas, nunca se puso en duda que se pudiesen adquirir con perfección antes, o después, o sea con entera independencia de todo otro ramo; y más bien ellas, como instrumentos, son preliminares necesarios en casi todos; así es que hasta el mismo Platón puso este mote a la portada de su famosa academia: *Nemo geometriae ignarus hic ingreditur*.⁸ Pero toda la oposición se quiere hacer respecto de la Física: ¿y por qué? Confiétese francamente: porque no se había hecho así, no porque no deba hacerse así.

Todavía yo, no contento con alegar tantas, y en mi concepto, y en el de varios peritos, que vale mucho mucho más, tan irrefragables razones, quise explicar históricamente el porqué de semejante anomalía, para dejar más satisfecho el ánimo de los lectores. ¿Pero se aguardan por ventura autoridades para decidirse, como ya desde un principio manifestó este deseo el señor Rumilio?

Pues ahí están a centenares, como demostré en dicha *Memoria*, diciendo que este negocio en la culta Europa era ya pasado en autoridad de cosa juzgada: que en todas partes se enseñan las ciencias físicas con entera independencia de las intelectuales, etcétera, etcétera. Y si quiere todavía textos el señor Dómine, aquí está nada menos que el artículo del reglamento de la Escuela Normal Primaria⁹ de Francia, redactado, o por lo menos sancionado por su mismo director; ¿y quién? Nada menos que el señor Cousin, del cual en son de triunfo me cita mi adverso un luengo pasaje que está explicado por sí mismo, y que yo expondré clarísimamente a su tiempo. Dice, pues, el artículo 41, párrafo tercero de la Instrucción: “Todos los aspirantes al grado de bachiller en ciencias, indistintamente, siguen en el primer año el curso de Física general y experimental”. En Holanda, país tan clásico como Alemania en materias de instrucción pública, según el artículo sexto del reglamento para la enseñanza de las matemática, así en los liceos como en las universidades, extractado como pauta por el mismo Cousin, en uno de sus conocidos informes, previene, no ya que

7. Vid. páginas 77 y 192 (Roberto Agramonte).

8. “Aquí no entra nadie que no sepa geometría”.

9. En el original: 1^a. (Roberto Agramonte).

el examen en matemáticas sea anterior al estudio de las ciencias físicas, sino que aun deberá preceder al que se sufra para optar a los diferentes grados de *candidato*¹⁰ en *letras*. Añadiendo que “nadie podrá ser admitido a los dichos exámenes para el grado de candidato, sin haber exhibido un certificado de la facultad de ciencias matemáticas y físicas, atestando que en lo respecto a tales conocimientos podrá ser admitido a los exámenes literarios”. Fácíl me sería ir hacinando textos sobre textos, así respecto de los reglamentos de educación de los países indicados, como de Alemania, Inglaterra, y aun de España misma, como ya lo hice desde que se introdujo aquí esta novedad, citando el artículo del reglamento de 1825 para los colegios de humanidades de la Península, donde se dispone se curse física, química e historia natural, y por de contado las matemáticas antes que la Filosofía estrictamente llamada, en que entra la Lógica como uno de sus principales ramos. Es querer cerrar los ojos y los oídos el no entender que cuando Locke, Cousin y la Europa entera dicen ya hoy filosofía, sin distinguir, se contraen a las ciencias intelectuales, y en este sentido afirma Cousin, y con sobrado fundamento, que la Psicología es la raíz de toda filosofía, sin que por ello pretenda que sea la raíz de la Física o de la Química.

Paréceme que procediendo de buena fe, no es posible poner más en duda esta materia, y bien podría darse aquí por terminado el papel; pero pues no he concluido la lista comenzada, y aun quedan partes del comunicado del Dómine por analizar, será forzoso dejar la conclusión para otro correo, notando por hoy que el espíritu de esas disposiciones es el mismo que anima y ha animado siempre todos mis esfuerzos en punto a método: a saber “que no hay más que una ciencia” y que es necesario, como también clama Cousin, “fecundar el campo de las unas con las semillas de las otras”. Así es como acabaremos con la superficialidad; y así únicamente seremos algo en el mundo de las inteligencias. Su afectísimo *Corresponsal*.—Havana, febrero 8 de 1839.¹¹

10. En Holanda no hay más que dos grados universitarios: el de *Candidato* (para Doctor, con un año de intersticio) y el de *Doctor*.

11. Dice Alfredo Zayas: “Aunque el precedente artículo concluye con la oferta de otro que ponga término a esta polémica, es lo cierto que no se publicó aquél nunca, ni existe entre los manuscritos de Luz Caballero; y se explica que no lo escribiera, porque la intervención de un tercer artículo, que firmaba *Adicto*, le hizo abandonar la casi terminada serie e iniciar otra nueva”. Sin embargo, veremos a continuación cómo el licenciado José Tomás de la Victoria, residente en Puerto Príncipe, y a quien Luz se refiere (p. 160), la cerró con broche de oro (Roberto Agramonte).*

* En la presente edición, ordenada cronológicamente, ese artículo aparece en la página 204. (*N. de la E.*)

XXIX

**PRIMERA REFUTACIÓN
AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN
DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ**

POR EL ADICTO¹²

(*Diario de la Habana*, febrero 12 de 1839, referidos
a los artículos insertos en las *Memorias de la Sociedad
Patriótica* de junio 18 de 1838.)

“Non nos ferro libycos populare Penates
Venimus:
Non ea vis animo, nec tanta superbia”¹³

Æneidos, libro 1.

Al ser insertos en la *Memoria* de la Sociedad Patriótica de esta Capital dos artículos acerca de la cuestión de si el estudio de la física debe preceder al de la lógica o viceversa, confieso que tomé decidido empeño en leerlos con atención reflexiva, buscando el convencimiento que había menester en asunto de tanta entidad, debatido por personas de notorio saber; pero a pesar de ello, las dudas solamente fueron el resultado de mi examen, cuando volví los ojos hacia la antigüedad para consultar en sus anales los progresos del espíritu humano; fijándolos después sobre nuestro siglo, para contemplar con mis escasas luces el estado de las ciencias físicas y morales, haciendo un imperfecto cotejo entre aquéllas y éstas; a quienes debemos nuestras más acabadas instituciones en el orden moral, y por consecuencia, en el orden lógico, y los diversos elementos que demandan las ciencias físicas para poder llegar a la perfección, a diferencia de las morales, perfeccionadas hace muchos siglos, que sólo reclaman el auxilio de la

12. Según Francisco González del Valle, *El Adicto* es el señor Aguirre. El propio Luz dice al final de la polémica que fue discípulo suyo en 1824.

13. (Paráfrasis del texto de la *Eneida* de Virgilio que dice:

“Non nos aut ferro libycos populare Penates
Venimus, aut raptas ad littora vertere prædas:
Non ea vis animo, nec tanta superbia victis”.
(No hemos venido ni a arrasar con las armas
las casas de África:
Ni a derramar en la playa el botín:
No somos tan crueles ni tan soberbios para con los vencidos).

razón para ponerse a nivel de la más limitada inteligencia. La Lógica, como ya se ha dicho, no es más que la teoría del análisis, o lo que es igual, la que designa las reglas que determinan la mejor conducta de la inteligencia y el raciocinio en los trabajos del espíritu. Esta definición sólo basta para fijar su naturaleza accesoria a toda clase de conocimientos: es el preliminar indispensable, el preludio sin cuya introducción se desacordaría hasta el destemple el estudio de las ciencias.

La lógica ha existido positivamente antes que las ciencias todas, pues la deben este carácter; aun las morales mismas, anteriores en tiempo y perfección a las demás. Esto es muy obvio: el análisis exacto, o la lógica misma, se ejercita sobre los objetos o cuanto existe que pueda ser analizado; sobre ellos descansa la ciencia; sin este previo e indispensable instrumento no puede crearse una sola teoría, un solo principio, y es sabido que el conjunto positivo de éstos, en un ramo dado, forman la ciencia. Por otra parte, si a la exposición metódica de la naturaleza, causas y efectos de ciertos fenómenos; si a la explicación que hacemos de sus diversos enlaces y combinaciones, y a las diferentes inducciones que formamos de ellos, creando principios infalibles, damos el nombre de ciencia, claro es que todo lo debemos a la lógica; sin que las cosas sobre que se versa la constituyan más que los instrumentos de que se vale el artífice o manufacturero para constituir el artefacto o manufactura que acaba de salir de sus manos. Y si es cierto que el análisis, en último resultado, es el padre de todos los conocimientos artísticos y científicos, ¿a qué posponer su teoría a la práctica aislada, siempre torpe y rutinaria? Si a un hombre cualquiera se le quiere convertir en artífice, sin darle los preceptos del arte que ha de ejercer; ¿cómo es posible que no impenda doble trabajo y tiempo y siempre mal, que otro instruido en una teoría que ha de llevar a la realidad con tino y maestría? Podrá decirse, tal vez, que nada se adelantaría con instruir a un aprendiz en teorías que no entiende (casi está considerada la cuestión que nos ocupa) y valdría más que practicase su oficio para inculcarle después los principios: este método tan contrario a la razón, además de entorpecer las operaciones adquiridas con las malas prácticas, duplicaría el tiempo que habrían menester la teoría, y la práctica de ella misma —su consecuencia.

Es incuestionable también que la mayor parte de las teorías son ininteligibles, cuando el individuo a quien doctrinan no posee nociones algunas en un género dado de conocimientos: ¿y por esto habríamos de recomendar la práctica de una cosa desconocida, para después retrogradar al principio de que procede? ¿no es mejor y más obvio inculcar la doctrina, aunque sea oscura e ininteligible, pasando inmediatamente a dar la realidad que la haría clara y efectiva, como lo acredita la experiencia? Respondan todos los individuos, ya los que estén dedicados a la carrera literaria, ya los que no lo estén: ¿quién no se halla embargado al pasar del principio a su ejecu-

ción, mejor dicho, inhábil, aun poseyendo aquél a la perfección? ¿no es más propio y más lógico empezar por la teoría y acabar esclareciéndola con su consumación, que comenzar por ésta y acabar por su origen? No creo haya ninguno que recomiende la práctica de la medicina, de la jurisprudencia y de la física antes del conocimiento de los principios que constituyen estas ciencias; y no obstante tal es en la doctrina contraria, pues exige que se practique la inteligencia en especulaciones físicas antes de instruirla en los medios de hacerlo con acierto; que se analice, desconociendo la naturaleza, orden y método de un buen análisis, y que se aplique éste a las ciencias, sin conocer la senda más expedita, menos tortuosa y embarazada para elevarnos hasta su cima. He dicho que las ciencias deben en rigor este rango literario a la lógica, por no ser ellas más que la exposición metódica de los resultados del análisis aplicado a las cosas que son su objeto, y un mal examen seguido de inducciones de la misma naturaleza no puede crear ciencias de ninguna especie: de aquí he concluido que antes fue el hombre lógico que todo lo demás; de modo que la Moral, hija inmediata de la Lógica, primera por su época, por su importancia, y por su facilidad, como luego probaré, fue cultivada con grandes ventajas y aun llevada a la perfección por el género humano, antes que algunos de los otros ramos de nuestras instituciones científicas.

Cuando la Europa gemía encadenada por la ignorancia y sumida en la barbarie, los pueblos orientales eran consumados moralistas, malos astrónomos y peores físicos. Además, si la teoría del raciocinio es el solo medio capaz de determinar la acertada conducta del entendimiento en los diversos ramos de nuestros conocimientos, si todas las teorías son difíciles, vagas e incomprensibles las más veces, antes de consumarlas y darlas una realidad que las fije y facilite; si el hombre posee un acopio más o menos abundante, más o menos acertado de nociones lógicas, resultado forzoso de sus ensayos prácticos analíticos al desplegar esta facultad sobre cuanto puede despertar su sensibilidad; si no es posible dé un paso para apreciar cuanto existe sin la investigación y las inducciones, instrumento universal y exclusivo de que se vale nuestro espíritu, y si la lógica no sólo es la creadora de la ciencia, sino el verdadero e indispensable vehículo que la hace accesible a nuestra inteligencia, excitando las facultades de nuestra alma para repetirla sobre su estímulo o motivo de acción, descomponiéndole intelectualmente y volviéndole a componer por un orden sintético, hasta concebirle del todo, cual es en sí, ¿cómo es posible, repito, que nos lancemos a la práctica de unos principios que desconocemos? ¿cómo hemos de analizar, si no sabemos analizar? ¿y deducir, si carecemos de los medios de obtener buenas inducciones? ¿por qué no damos realidad a la más difícil teoría, pues siempre es más fácil que practicarla, ignorando el modo de hacerlo, por ignorarse ella misma? ¿por qué obligarnos a practicar la Lógica en la teoría de todas las ciencias, sin habernos inculcado sus

principios? ¿Y si un hombre emprende el estudio de la Física antes que el del análisis, como se quiere, no se verá en necesidad indispensable de analizar bien o mal para adquirir aquella ciencia, y después rectificar este análisis por medios de sus reglas y preceptos invariables, perdiendo positivamente el tiempo impendido en la mala investigación desacorde con los preceptos? Es más natural y más lógico comenzar por la teoría y acabar por la práctica, que lo contrario: la práctica de la Lógica es la teoría de las demás ciencias, y así, empezar por el estudio de aquélla es empezar por el principio; y acometer el de los otros ramos científicos es darle fijeza esclariéndola, y hacerla real y efectiva.

Paso a ocuparme de las reflexiones que más me han detenido en la redacción de la *Memoria* ya citada. Primeramente dice así: “¿cómo es posible, sin tener una idea de la naturaleza y procedimientos de la ciencia de la cantidad y de las naturales, dar voto sobre su marcha y las aplicaciones de sus métodos?” ¿Y cómo es posible adquirir estas ideas, resultado inmediato del análisis, sin conocer los preceptos lógicos del mejor examen, para aplicarlos a las matemáticas y a las ciencias naturales? ¿Y cómo sin tener una idea de la teoría del raciocinio, se podrá aplicar el método analítico para apreciar aquella naturaleza y procedimientos?

Y concluye de este modo:

“Así, pues, mientras los hechos de las demás ciencias no ofreciesen materiales, y por decirlo así, ocasiones de investigación para los fenómenos intelectuales, la Lógica no podía menos que permanecer estacionaria: por la razón de estar menos ejercitada, menos educada, y por la misma causa, dejaría de tomar incremento y vigor la inteligencia”; mas esto no indica, ni prueba, que deba anteponerse la práctica de la Lógica a sus principios, que sin constituir en consumado ideológico al que los posee, como se manifiesta en la conclusión antecedente, no puede jamás pasar sin ellos bajo la pena del desacierto y la pérdida del tiempo. En otra parte se expresa de este modo: “Se cree sin duda (hablando de la Lógica) que es una especie de instrumento o clave universal con que se abren todas las puertas del saber humano”. ¿Y qué otra cosa puede ser la teoría de las teorías, los preceptos del mejor análisis, los principios que nos enseñan el único medio de adquirir buenas ideas, para acometer después, entender y lanzarnos con acierto en el campo de las especulaciones de todo género? Sin Lógica ¿qué podría ser el entendimiento?: un caos y nada más; y sin su doctrina ¿cuál la suerte de nuestras ideas?: un fárrago incomprensible, aun para nosotros mismos. Continúa: “Si es así, ¿cómo se explican los progresos rápidos y seguros de las ciencias físicas y matemáticas ínterin las intelectuales apenas han empezado a tomar creces al cabo de tantos siglos de cultura, por los ingenios más peregrinos? ¿Piensa el articulista que un Newton, o un Galileo, o un Cuvier debieron, no diré sus descubrimientos, pero ni siquiera sus aciertos, o sus no extravíos, al estudio previo de lo que llamamos Lógica?”

Sobre lo primero, no me parece que las ciencias intelectuales hayan venido a tomar creces en nuestro siglo: la moral de los pueblos antiguos, sus religiones y sus legislaciones, nuestro augusto y sublime dogma y la indestructible e incomparable legislación romana, de que todas las actuales no son más que un trasunto ¿pertenece acaso al número de las ciencias físicas, matemáticas o naturales?

Se me dirá que corresponden al orden moral, y que ésta es su naturaleza ¿mas qué deslinde inequívoco puede trazarse entre nuestro espíritu como agente moral y la teoría lógica? ¿pueden ser otra cosa que doctrinas aplicadas al alma para conducirla mejor en sus operaciones, según los motivos que la determinan? ¿Qué diferencia puede existir entre una idea y un afecto que es otra idea? ¿Si se ilustra el alma moral quedará en las tinieblas el alma intelectual y viceversa? ¿Lo que llamamos ideas y afectos no son efectos de una potencia espiritual, abrigada en nuestro interior, que se agita según los estímulos que la excitan, acogiendo, rechazando o mostrándose indiferente a cuanto la rodean? Así yo no acierto a comprender cómo se dice que las ciencias intelectuales estuvieron atrasadas hasta aquí, siendo los antiguos tan consumados moralistas, tan aventajados metafísicos. ¿No debemos la más sana y pura moral a Thales, Sócrates y a su distinguido discípulo, el autor del Fedón, como también al fundador del Cinismo? Y si lo segundo, ¿quién ignora que Galileo existió en la época del célebre Bacon, regenerador de la Filosofía y Newton en el siglo siguiente, contando entre sus coetáneos al inmortal Locke? Y será creíble que la elevada inteligencia del autor de la ley de atracción no tomase por guía en sus observaciones estas dos antorchas filosóficas, absorbiendo toda su luz para reflejarla después sobre la naturaleza en sus concepciones sublimes? ¿Será posible raciocinar con la delicadeza y elevación de un Newton, sin anegarse antes en las teorías del mejor análisis, y en los principios que den más acertadas tendencias al espíritu de observación? Es preciso saber observar, esto es, analizar bien, saber conocer, combinar y deducir a la perfección para poder crear e impulsar la ciencia al progreso con una nueva teoría, con un desconocido principio, con un admirable descubrimiento. ¿Cuántos físicos presenciaron millones de veces los mismos fenómenos, repetidos a su vista en todas ocasiones, en todos instantes, y que sólo el inmortal autor de la ley de atracciones supo apreciar en virtud de su incomparable investigación?

La Lógica no ha menester nada de la Física para existir, y ésta ni la conoceríamos siquiera si los principios de aquella madre de todas las ciencias no se hubiesen aplicado al conocimiento y exposición metódica de todos los fenómenos que son su objeto. Para ser físico es necesario ser ideólogo; pero el ideólogo no necesita de las nociones físicas para poseer la Lógica profundamente; [bástale] el estudio de las ciencias morales: por manera que, a vista de estas verdades, debemos concluir que la preceden-

cia de la Lógica a la Física es incuestionable en el orden de enseñanza; y el mejor método sería practicar inmediatamente sus teorías, aplicándolas sucesivamente al cultivo de todos los ramos científicos conocidos, para hacerlas claras y darlas vigor y estabilidad.

Más adelante el autor de la *Memoria* caracteriza a la Lógica de dos modos: ya como el objeto de un estudio exclusivo, ya como inherente al de todas las ciencias, o más bien procedentes del “uso de nuestras facultades mentales”. Primeramente debo advertir que este señor considera a la Lógica como un auxiliar positivo e indispensable para el estudio de las ciencias, pero que consiste en el simple uso de nuestras facultades mentales; mas convengo en que la Lógica práctica es un auxilio necesarísimo a toda ciencia, y no que ella consista en el simple uso de nuestras facultades mentales. Si así fuese, esta cualidad sería común a la inteligencia del bárbaro como a la del hombre científico, y nunca puedo creer a un idiota capaz de Lógica, a menos que no se admita una bárbara y otra culta, esto es, una mala ciencia y otra buena, o más propio, ninguna y alguna; de modo que me parece más cierto decir que depende del cultivo de nuestras facultades mentales en la Lógica de todas las ciencias, verdadera práctica de la Lógica elemental, que no del mero uso de ellas, pues un bárbaro, un hombre de mediana inteligencia y otro que la tenga aventajada poseen estas facultades, sin que tengan igual aptitud para emprender el estudio de las ciencias por depender ésta de la frecuente práctica del raciocinio y el hábito de las combinaciones e inducciones acertadas, que no son más que la Lógica elevada a su más alta perfección posible. La práctica de esta ciencia está precisamente, como ya he dicho, en la teoría de las demás; y así juzgo más propio llamarla Lógica práctica, que Lógica natural, dándola un carácter diverso al que tiene por el estudio que hacemos de sus reglas y principios, o el ejercicio de éstos, y a diferencia de las demás ciencias que las calificamos por la mera especulación de sus doctrinas, o la ejecución de ellas.

Como no hay Física natural, tampoco debe haber Lógica que no sea transmitida por la naturaleza, trazándonos la ruta del mejor análisis y su consecuencia, las buenas ideas: ha de ser adquirida por el estudio de sus teorías, o la realidad de ellas en todos los ramos, siempre oscura, cuando nos son desconocidos los principios de que son efecto. “Primero ha de comenzar el hombre por lo de fuera que por lo de dentro: mejor dicho, no puede conocer su interior sino precisamente en virtud del conocimiento de lo exterior”. He aquí una proposición que no me ha convencido. En efecto, después probaré con el adelanto de las ciencias morales en la antigüedad, que no sólo las conoció y supo cultivar con acierto y maestría este preferente estudio, cuando la Física y demás ciencias eran desconocidas, o plagadas de errores, sino que la debemos lo mejor que tenemos en este género, que no es más que el conocimiento del hombre interno, del hombre

espiritual; el *nosce te ipsum*³ en toda su fuerza y elevación. Probaré también que la Moral no ha sido sistemática, o de partidos, ni meramente especulativa sino el resultado forzoso de la observación que quieren desconocer los hombres de nuestro siglo.

La teoría unánime de la virtud y la del vicio ha sido de todos los pueblos y de todas las épocas. La Moral es y fue universal, como la verdad; y fue también la primera que descubrió el hombre, elevándola a tal altura y perfección que se difundió, sirviendo de inmensa base a las más caras y preciosas instituciones del género humano. Esta es la mejor prueba que puede ofrecer de su veracidad, de invariable y sublime temple, hijos de la observación continua y acertada, que no se alcanzan jamás con mezquinas teorías sistemáticas y meras especulaciones de gabinete, puestas en olvido a medida que aparecen nuevos siglos y otros hombres que las desmienten, sufriendo éstos a su vez la misma suerte por las generaciones que le suceden.

Al contemplar el hombre en derredor de sí, en los primeros días de su existencia social, la multitud de objetos que a porfía la naturaleza pródiga le presentará como otros tantos estímulos encaminados por sus sentidos a despertar su razón, aletargada hasta entonces por la ignorancia y enmohecida por la barbarie de una vida salvaje, precaria y errante, en común con los brutos que le sobrepujaban en poder, si bien le aventajaban en sagacidad y astucia; o mejor dicho, en un ligero destello de las facultades que le impelió después a la supremacía que goza hoy; al desarrollar las fuerzas que hasta allí mantuvo plegada su debilidad, y al percibir la desconfianza de dar un recto giro a sus tendencias, en el caos que antes sus ojos presentara el Universo, aun no sometido al análisis, se retrajo indudablemente de acometer la empresa colosal de deslindar del todo los hechos tumultuosos y en confusión que imprimían un modo de ser y de existir a cada uno de sus sentidos, poniéndole en contacto inmediato con los objetos que le rodeaban: al poner en ejercicio los resortes que antes le hicieran desconocer su incapacidad mental individual, y al romper las trabas que le impusieron tan abyecta condición, se lanzó del estado nómada a la sociedad, y sucesivamente cediendo al empuje irresistible del progreso, hasta el hombre actual.

He aquí la base de cuanto existe: ¡la Sociedad! He aquí el primero de los establecimientos humanos. El hombre se sintió arrastrado hacia su semejante por un sentimiento intenso de simpatía, de interés común y de protección mutua; por un sentimiento instintivo de apego a su raza, calidad común con los irracionales, y por un sentimiento hijo de la razón y del elevado rango a que le llamó el Omnipotente. Colocado en esta elevada altura se enseñoreó sobre cuanto existía que pudiera serle inferior; nada

14. "Conócete a ti mismo".

se escapó a la investigación: todo fue sometido al rigor del análisis; nada pudo resistir al deseo ardiente del examen. Esta época de la naturaleza en su infancia la hacía susceptible a todo género de modificaciones, que plugo a la mano del hombre, torpe todavía, imponerla en lo sucesivo.

Éste, entonces en su cuna, sin otra guía que sus inexpertos sentidos externos, recibiendo de sí mismo una educación espinosa, combatido a un mismo tiempo por sensaciones opuestas, estimulantes y perentorias, a cuál más alarmante, a cuál más decisiva en sacarle del estado de aquiescencia en que yacía, despertando su sensibilidad en tumultuosa confusión, y erigiéndole el blanco hacia el que asestaba la naturaleza sus tiros y el foco a que convergían todos los rayos de luz emanados de cuanto existe, se apresuró a buscar, confundido y deslumbrado, en una agregación de individuos, el vigor y apoyo de que careciera el suyo, para desenmarañar este intrincado laberinto y someterle a su influjo e investigaciones. Las primeras tendencias de esta concentración de fuerzas e individuos en una asociación común se dirigieron a conocer, deslindar y proveer a las urgencias que más demandaba su existencia, poniendo de concierto los medios y potencias físicas de cada uno de sus miembros y los morales que su débil razón le sugería, para desplegarlos sobre la naturaleza entera y apoderarse de sus recursos, convirtiéndolos hacia su felicidad y progreso, y con más energía volverlos contra todo lo que pusiese obstáculos a su seguridad, civilización y desarrollo. Así se apoderó el hombre de la supremacía: así formó las bases eternas e indestructibles de la sociedad; y así tomó el impulso ascendente que de mejora en mejora lo ha elevado hacia nosotros.

Las primeras ocupaciones del género humano fueron la caza y la pesca: en ellas libraba su existencia en su infancia: probablemente todos nuestros antepasados, sin excepción alguna, se entregaron a su ejercicio, cuando la naturaleza inculta y la carencia del derecho de propiedad no podían despertar ideas de ambición en los pueblos: todos, bajo una media común, satisfacían iguales necesidades y contaban iguales medios, mas un estado tan precario no podía ser duradero. La intemperie, el hambre y la desigual lucha sostenida con las fieras provocaron las primeras ideas de población, de cultivo y de asociación, y de éstas tomaron origen las de agricultura y de propiedad y fomento. El hombre aspiró, y proclamó el primero y más sagrado de los derechos, el tuyo y el mío: esta declaración hizo eco en cuantos contaban iguales intereses y fue sancionada por todos los que se hallaron ligados con los vínculos de una causa común; y a medida que la difusión de este principio tomó incremento, se aparejaron los ánimos a hacerla efectiva: de aquí nacieron los primeros ensayos para poner la tierra en cultivo, y de aquí también los que fueron necesarios para poner en ejercicio las artes anexas e indispensables a la agricultura, torpes entonces; pero que, repetidos y arrastrados en el movimiento perpetuo que todo lo lleva a la perfección, los vemos hoy consumados con el mejor acierto y

maestría. Establecida así la sociedad, se desvió el hombre del examen e investigación de la naturaleza inanimada, en tanto cuanto pudiera conciliar este despego con la provisión de las cosas más necesarias e indispensables a su existencia material, y volviendo rápidamente los ojos a su especie entró en sí mismo, para esclarecer lo que pudiera exigírsele y lo que de sus semejantes podría demandar, o lo que es lo mismo, para establecer sus derechos y deberes respectivos como propietario y como asociado; esto es, comenzó a abstraer desde su infancia, pues un derecho no está más adherido a la materia que le produce que el individuo a quien beneficia.

Él es, ahora como entonces, un modo de ser en la cosa, un ente de razón, un goce, una garantía, en fin, que asegura y perpetúa al trabajo en ventaja común. Así comenzó el hombre a poner en ejercicio el raciocinio y la inteligencia, y así comienza todo por puras abstracciones, apenas ensayada su razón. Mas como no toda la especie humana primitiva contase igual época de existencia social, pues ésta siempre ha estado en razón de la facilidad del cultivo, la feracidad, la extensión y la situación del terreno, y aún más de la benignidad del clima, según que las latitudes han sido más o menos próximas al Ecuador, o situadas entre los trópicos, es positivo que las fracciones de la tierra privilegiadas con las ventajas topográficas de las zonas tórrida y templada, se reunieron, desarrollaron y prosperaron antes que pudieran hacerlo las que habitaban las glaciales, careciendo de tales elementos; y es más positivo aún que las emigraciones de éstas a mejores climas y la rebeldía de algunos miembros de aquéllas a la utilidad y progreso común, despertaron, como medios de reacción, los grandes intereses de la humanidad, la legislación, la moral, la política y la religión.

Pudiera decirse quizás que demasiado temprano abandonó el hombre el estudio y examen de la naturaleza, para lanzar su razón en el campo de las especulaciones metafísicas. Contestaré a esto que las tres ciencias mencionadas no se versan, como equivocadamente se creyó hasta aquí, en teorías e hipótesis sistemáticas, sino en la naturaleza de las cosas y la exacta observación de los hechos, como lo prueba hasta le evidencia un ilustre escritor francés de nuestra época; de modo que hoy debemos mirarlas, cual han sido siempre de hecho, hijas de la observación, de igual manera que a la química, la física y demás que llevan este nombre por antonomasia, debiendo nosotros a Carlos Comte, no la creación de esta verdad, pues esto es un imposible para los sabios, sino su exposición metódica, y proclamación.

Así el hombre sólo se separó de la investigación del conjunto, orden y disposición de todas las entidades que componen el Universo, y nunca del carácter y observación de los hechos, lo que constituye otra naturaleza diversa. Tampoco podía el hombre en tan atrasada época entregarse a estudios que demandan extensos e infinitos conocimientos sin más guía que sus débiles fuerzas, ni otra protección que el estrecho círculo de sus

facultades intelectuales. ¿Qué más pudo exigir el hombre de la naturaleza en su infancia que la satisfacción de sus necesidades perentorias? ¿Con qué recursos contaba, ni qué elementos tenía para demandar a todo lo que le rodeaba más de lo que cumplía a sus escasos intereses y mínimas urgencias? ¿Estaba, acaso, su razón inmadura en estado de mover resortes que desconocía y trazar el gran círculo de las entidades físicas de todo género, sometiendo a examen las potencias que determinan cuantos acaecimientos presenciamos en el orden natural y constante de la creación? Claro es que en semejante estado sólo pudieron apreciarse aquellas cosas que tenían en continua vigilancia y alarma a los sentidos, siempre estimulantes, siempre inalterables cual hoy, tales como la luz, el calor, las dimensiones, las formas, las sustancias; sin formar más inducciones sobre estos diversos modos de ser que las que pusiera en uso entre nosotros un niño, ni más especulaciones que las que pudiera hacer un bárbaro actual de Austral-Asia, incurriendo en infinitos errores y aberraciones.

Para mejor esclarecer la verdad, a mi ver, de esta doctrina, haré uso de un sistema comparado entre los hombre primitivos y los actuales que se les parecen. Positivamente, la naturaleza hoy, vista por un habitante de las islas del Mar del Sur, presenta los mismos fenómenos que, apreciados en sus verdaderas circunstancias por los físicos y químicos de la Europa occidental y central, han dado origen a los más bellos descubrimientos y doctrinas y creado las más incuestionables teorías e inducciones. ¿Mas qué uso harían que determinaron la conducta científica de los célebres Franklin, Volta, Galvani y del inmortal Newton, que, elevándose de los efectos a las causas y descendiendo de éstas a aquéllos, sorprendió a la naturaleza, rasgando el velo que la cubriera, y apoderándose súbitamente de la sublime potencia a cuyo inmenso influjo está sometida la creación, concibió proclamando arrebatado la más grandiosa percepción del entendimiento humano? Este portentoso descubrimiento le sobrepuso a las generaciones de su época que admiradas prorrumplieron en aplausos, rindiendo justo homenaje al ilustre genio creador de la primera de las leyes que rigen el universo, la ley de atracción.

Ella lo abraza todo, todo lo explica; desde la tendencia o afinidad que tienen dos moléculas a unirse hasta la que determina la de las grandes masas, desde el principio que domina los átomos más imperceptibles hasta el más activo y admirable que despliega nuestro sistema planetario en su equilibrio, siempre enérgico, siempre intenso, desde su centro, Mercurio, Venus, la Tierra, prolongándose al través de millones de leguas hasta Herschell y haciendo reversión de éstos a aquél en perpetuo movimiento centrífugo y centrípeto. Claro es que el hombre en sus primeros días, las generaciones que le sucedieron hasta el siglo quince de nuestra era y los pueblos actuales atrasados en civilización, no pudieron concebir ni apreciar los fenómenos emanados de la atracción, la electricidad, el galvanismo

y los más que los hacen tan inferiores a nuestras notabilidades científicas en el orden físico, por carecer su entendimiento de cultivo y maestría, y de aquel refinamiento de la razón en el examen e inducción, hijo del progreso y los elementos de que disponen los actuales. No estuvieron en mejor estado los conocimientos astronómicos hasta el célebre Galileo, pues nadie osó contrariar ni someter a la investigación doctrinas puramente ortodoxas, eliminadas de la ciencia para elevarlas hasta el dogma, como se halla consignado en nuestra Vulgata; y los pueblos que cultivaban otras creencias carecieron de fuerzas suficientes para cometer tan ardua empresa. *E pur si muove!* fue la respuesta constante y enérgica de este genio que, descollando sobre los hombres de su siglo, supo resistir al torrente de las preocupaciones y barbarie; e impeliendo a nuestro planeta alrededor del sol con la velocidad del rayo, *E pur si muove!* gritó, atronando a los prosélitos del fanatismo inquisitorial.

XXX

SEGUNDA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ

POR EL ADICTO

(*Diario de la Habana*, febrero 14 de 1839.)

En obsequio del mejor método, y fiel al convencimiento que me dirige, trazaré un ligero bosquejo de los pueblos orientales que más brillaron en la antigüedad por su saber y civilización, para demostrar que, abrigando en su seno consumados moralistas que supieron educar a sus semejantes en la primera de las ciencias por su objeto y fin, no contaron igual suerte respecto de los que habían de inculcarles conocimientos físicos de todo género. Los chinos, cuyos anales se remontan hasta donde alcanzan los hechos cronológicos, y que se conservan con esplendor hace más de 4 000 años, sin que nada haya alterado sus leyes, sus costumbres y su idioma, fueron indudablemente los primeros astrónomos que nos merecen alguna fe: su historia, fundada sobre las observaciones celestes, es de la más segura cronología hasta un eclipse observado 2 155 años antes de nuestra era vulgar. Animados con el ejemplo y estudio de su emperador Hiao, que se dedicó a la astronomía, calculaban de tal manera los eclipses que en las

obras de Confucio hallaron consignados sucesivamente 30 los matemáticos enviados por los gobiernos de Europa; y verificándolos se asombraron de la exactitud de sus efemérides; pero ellos no adelantaron en la astronomía sino en cuanto es la ciencia de los ojos y el fruto de la paciencia, como dice el coloso del siglo XVIII; observaron asiduamente los fenómenos celestes y los transmitieron a la posteridad cual los vieron. La brújula de que hacían uso no les servía para su verdadero objeto de trazar las grandes rutas marítimas: ellos no conocieron más navegación que la de cabotaje; verdad es que todo lo tenían en su país, y nada que demandar en el extranjero. Fueron tan malos físicos como nosotros 400 años ha, y como lo han sido los griegos y romanos y demás pueblos de la antigüedad.

Los caldeos, cuya cronología ha suscitado tanta controversia, tenían los mismos conocimientos astronómicos que sus coetáneos los habitantes de China. En Babilonia trazó Calístenes las efemérides que por orden de Alejandro, le fueron remitidas a su preceptor en Grecia. Algunos historiadores suponen que ellos reconocieron en el Sol el centro de nuestro sistema planetario, alrededor del cual describían la tierra y demás planetas primarios y secundarios diferentes órbitas; pero otros, con mejores datos y mayor verosimilitud, los han desmentido. No es posible que un pueblo naciente acometa con éxito feliz tan aventajadas empresas; y aun en la hipótesis de que así hubiese acontecido, se habrían difundido por todo el Asia civilizada de entonces y al través de los siglos hubieran llegado hasta nosotros sin merecer nada al célebre Galileo, creador de esta verdad admirable. Los primeros rudimentos, en todo género, son más lentos que los grandes progresos. Este pensamiento, lleno de verdad y sabiduría, es producto del genio colosal que aturdió a la Europa con su saber en el siglo pasado. Es humanamente imposible que los caldeos hubieran llegado a este alto grado de prosperidad científica en Astronomía, cuando, por otra parte, no hay tanta exactitud en sus observaciones celestes, como las que merecen a todos las de la China, que no gozó de estas ventajas. Además, si consideramos los siglos que hubieron de transcurrir para que un pueblo cualquiera se procurase el conveniente abrigo a su situación, las habitaciones que habían de alojarle, los utensilios para poner la tierra en cultivo, el necesario para formar su idioma e inventar la escritura, y el más indispensable para poner a cubierto su seguridad a toda clase de atentados, e ilustrarse, será preciso concluir que los anales de la Caldea sobrepujan a la existencia de nuestro globo: tal es la infancia razonable que aquella hipótesis produce. Los indios, a quienes se atribuyen los signos de los siete planetas generalmente conocidos en toda la tierra, no pudieron rivalizar en conocimientos astronómicos con las dos naciones que acabamos de mencionar; prueba total de su inferioridad en este ramo. Los egipcios, que tan cercanos a nosotros pudieron ilustrarnos más sobre la antigüedad que ningún otro pueblo, consignando en sus inmensas bibliotecas el más precioso archivo

de su ilustración de la más remota de las naciones orientales, fueron sumidos, por la ignorancia de Omar, en la barbarie, convirtiendo en pavesas el tirano, innumerables volúmenes que encerraba Alejandría: no obstante les debemos los signos del Zodíaco que demuestran sus conocimientos en astronomía.

Los griegos, que se instruyeron a expensas del Egipto, Fenicia y la India, fueron tan malos físicos como astrónomos: entre los primeros contaban al Estagirita, cuya doctrina, desde su base errónea, se fundaba en el sistema de los cuatro elementos, o cuerpos simples universales. Los romanos, que tomaron de los griegos en su religión y sus leyes y aventajaron en esta ciencia a sus actuales, como después probaré, estuvieron al nivel de los pueblos más atrasados en las ciencias físicas y astronómicas. Para convencerse de ello basta consultar la historia de un puñado de valientes que circunscritos en su origen a muy estrechos límites, se reproducen en silencio, y seguros ya de su poder y desarrollo, se sienten poseídos de un espíritu guerrero y atrevido, que precipitando sus falanges sobre cuanto pudiera cebar su ambición de conquistar llegan a trazar los límites de un grande imperio, desde el Rhin y el Danubio hasta los abrazados desiertos de la Libia, y desde el Tigris al Océano Atlántico, envolviendo en el torrente de sus pujantes huestes las glorias de Dido y la existencia de Cartago.

Creo haber justificado plenamente con la historia de los progresos del entendimiento humano, el estado decadente de las ciencias físicas en la antigüedad, y la infancia de la astronomía entre los chinos y los caldeos que fueron los más distinguidos en este ramo, y aun esta ventaja la debieron, repito, a que en algún modo es la ciencia de los ojos y el fruto de la paciencia, como lo demuestra la torpeza de sus operaciones comparadas a las actuales de los más célebres astrónomos, que al través del telescopio desvanecen las distancias que nos separan de los demás planetas, y atravesando la inmensidad nos describen las formas, distancias, órbitas, tiempo en que éstas se describen, más o menos elípticas, la aparición de los cometas en determinada época, a pesar de su irregular carrera, las revoluciones periódicas de nuestros satélites y demás planetas secundarios, las conjunciones, los eclipses y la gradual distancia de cada uno de ellos al centro y foco de nuestro sistema planetario, la existencia de otros [mundos] en todas las estrellas fijas, como otros tantos soles con un movimiento sobre su eje, el que constituye en nuestro globo los días y las noches, y el de su revolución anual, los equinoccios, la declinación de los astros y de la brújula, según se desvía más o menos del polo boreal, etcétera. Me parece, por estos progresos que están al alcance de todos, y otros muchos que en obsequio de la brevedad silencio, que nuestros astrónomos y nuestras notabilidades en las ciencias físicas y sus ramificaciones, gozan de una superioridad incalculable respecto de los pueblos antiguos y de la Edad

Media, apenas iniciados en los conocimientos que constituyen el principal patrimonio de los sabios del siglo diecinueve.

Paso ahora a continuación a ocuparme del estado de las ciencias morales en las naciones antiguas y de la Edad Media hasta la decadencia del Imperio Romano, y el de los pueblos modernos hasta hoy, siguiendo el mismo orden que he observado; pero antes juzgo conveniente patentizar mi manera de ver estas ciencias, quizás equivocada; los puntos de contacto tan estrechos, inmediatos y repetidos que las confunden con las que hoy llamamos ciencias intelectuales y el difícil deslinde que pudiera efectuarse entre unas y otras, o lo que es lo mismo, donde positivamente empiezan las funciones del dominio de la inteligencia y acaban las de la moral, y al contrario, sin invadir la una en la provincia de la otra confundiéndonos.

Indudablemente la religión, la legislación ya natural, ya positiva, la política y la moral por excelencia no son más que otras tantas fases o modos de ver esta última; diversas investiduras, pero igual fondo; diferentes consideraciones, pero una misma doctrina, un mismo origen, una procedencia común. En efecto, la religión no es más que la apoteosis de la moral, la moral misma edificada y robustecida con la intervención de una potencia sublime sobrenatural que se hace sensible con goce y eternos suplicios aplicados a la virtud y al vicio, sin analogía alguna con los que adquirimos por medio de nuestros sentidos externos: potencia que ha figurado en todos los cultivos, y en todas las creencias que invocaron la Divinidad; en fin, la religión no es más que un vehículo moral elevado desde el hombre hasta la omnipotencia para ponerla en contacto con las alabanzas del justo, santificándole, y convertir al malvado amonestándole.

Sobre legislación ¿podrá existir un curso de moral más acabado que el que encierran las disposiciones dictadas a los pueblos por un espíritu lleno de clemencia y sabiduría? ¿Qué otra cosa son las leyes sino reglas de conducta trazadas a los hombres para que modelen sus acciones a ellas y encaminarlos así al bien y prosperidad común e individual? Las leyes fomentan y premian la virtud, al paso que reprimen y castigan el vicio, bajo todas las fases y denominaciones de culpa, dolo, delito y crimen; de manera que un código de doctrina legal es un código que al pasar por la boca del legislador se tintura de su influjo y energía, llevando el sello de la coacción para reprimir y castigar; como para excitar y premiar. Las naciones cuentan, así como los individuos, con sus sistemas de moralidad: ellas pueden ser virtuosas y viciosas, de igual manera que cada uno de sus miembros; así es que a la moral de los gobiernos y de las naciones llamamos política. La mejor prueba es que lo justo en moral lo es también en política, y lo malo no es justificado por la una ni por la otra. La conducta de los gobiernos si es morigerada y digna de alabanza la llamamos virtuosa, y si des-templada criminal y viciosa.

No existe otra diferencia entre un código político y un código moral que la que se versa entre el todo y su parte integrante, pues así como aquél sirve de tipo a la conducta de las naciones, éste dirige la de cada uno de sus miembros.

Paso a ocuparme brevemente en demostrar cuán difícil es separar los fenómenos que constituyen las ciencias morales de aquellas que dan origen a las que llamamos intelectuales, atribuyéndolas un origen y naturaleza diversos, pues a mi ver no son más que diferentes modos de ver una misma ciencia en sus ramificaciones, esto es, existe la misma relación entre la moral y las ciencias intelectuales que la que se versa entre la química y la física. En verdad, los conocimientos a que damos este nombre se dirigen a la investigación de la naturaleza, causas y efectos de las inmutables potencias que rigen a todos los cuerpos, al paso que la química es la física misma circunscrita, más concreta a la indagación de las potencias que mantienen a los cuerpos, en composición, o bien tienden a descomponerlos, para con el examen poner en práctica sus fuerzas, y establecer sus inducciones y teorías, invariables como las causas constante de que proceden: ambos tienen igual origen y objeto en examinar y reconocer las leyes universales que rigen a todos los cuerpos, así es que la química es una rigurosa emergencia de la física, su madre y apoyo, bajo todos sus aspectos, recursos y especulaciones. Tan físico es un hombre que nos describa los fenómenos producidos por la electricidad, el galvanismo, las leyes del movimiento y la de atracción, como un químico en su laboratorio, componiendo y descomponiendo los cuerpos al infinito, y dándonos el resultado de sus investigaciones.

De igual manera sucede con la moral y las ciencias intelectuales; su procedencia es común, todo es en ella espiritual, todo pertenece al alma, nada a la materia: tan intelectuales son las afecciones como las ideas; la virtud y el vicio son partes tan integrantes de los cuerpos de todo género, como las concepciones que nos ligan a ellos. La cólera, la venganza, el odio, la amistad y el amor moral ¿qué son sino otros tantos modos de ser y de existir de nuestra alma, de nuestra inteligencia, de nuestro espíritu? Las impresiones comunicadas por los sentidos externos y que despliegan la actividad y percepción de nuestro entendimiento ¿no son acaso modos de ser también de nuestra alma? Las ideas que despiertan la impresión de un objeto cualquiera, no eliminan más de una pequeña fracción que las simpatías o antipatías que excita. ¿El sentido interno no puede concebir por sí solo ideas, sin haber menester en nada a los sentidos externos, medio casi exclusivo de los sensualistas? Claro es que sí, como lo confiesan los filósofos modernos abonando la doctrina de los espiritualistas. ¿Y el alma no crea asimismo afectos o desafectos, sin un previo motivo externo que los haya producido? Responda la medicina por mí con sus monomanías, idiosincrasias, temperamento y efectos ocasionados por innumerables do-

lencias. Jamás olvidaré el efecto singular que producía en un sargento francés la vista de un dedal. Este hombre, lleno de valor y bizarría, acostumbrado a los peligros del campo de batalla, envuelto mil veces en el polvo, sangre y fuego de los combates, oponiendo siempre la más serena calma al trueno de la artillería y a los desastres de la guerra, se ponía convulso al aspecto de un ligero instrumento en que engasta su dedo la niña más tímida con la mayor soltura e indiferencia.

Además, las abstracciones de suyo no son más que creaciones de nuestra alma: lo blanco y lo negro no están aislados en la naturaleza; precisamente han de ser propiedades de un cuerpo cualquiera que nuestro entendimiento separa para considerarlas por sí solas; tampoco la existencia es un individuo, menos lo son aún los deberes y derechos que constituyen las legislaciones todas. El moralista como el ideólogo, dirigen sus observaciones al alma sola; sobre ella especulan acerca de la naturaleza, causas y efectos de nuestras afecciones e ideas para dar las acertadas tendencias con el auxilio de la ciencia; ambas son el resultado que nos deja el análisis de los cuerpos y sus cualidades. Al percibir el hombre el vicio lo hace por medio de una idea, al detestarle por otra; si aprecia la virtud sucede lo mismo y si las entidades físicas igual acontece; unas y otras son hijas de nuestra alma, censorio común, sentido interno o moral, razón o inteligencia, pues todas ellas son diversas denominaciones de una misma facultad, de un mismo espíritu. Una idea y una afección no existen en la naturaleza como lo bueno y lo malo, lo de uso y lo raro: ellas no son cuerpos, ni parte integrante de ellos, sino el resultado de su impresión en nuestros sentidos externos, repetida y apreciada en el interno; impresión que puede ser producida por lo terso y lo áspero, lo bueno y lo malo que determina nuestra voluntad por medio de simpatías o antipatías, acordándola protección o repulsa.

Si un hombre ejecuta delante de nosotros una acción laudable, nos dejará por resultado una idea o afección que nos ligue a él; al paso que las acciones dignas de vituperio y las propiedades maléficas, producirán sentimientos o ideas contrarias: éstas y las afecciones están en el patrimonio del entendimiento que se agita de modos diversos; son creaciones del alma que la pertenecen exclusivamente y toman su origen de ella, según que la afectan distintamente todos los cuerpos exteriores, como otros tantos motivos de acción que determinan su ejercicio. Así es que no se puede apreciar ni hacer un exacto deslinde entre el acto de nuestro espíritu a que llamamos idea, y aquel que lleva el nombre de afección, pues el primero es la concepción de las propiedades de un objeto, y el segundo la misma concepción, buena o mala, acogida o rechazada, como ha de ser precisamente la primera, por no poderse concebir las propiedades de un objeto sin apreciar simultáneamente su bondad o maldad, su adopción o repulsa, nuestra simpatía o antipatía, nuestro odio o amor; nuestra amistad o desvío. El frío y el calor intensos excitan nuestra aversión al instante que somos sometidos

dos a su influjo; mas si están nivelados a la temperatura de nuestra economía despiertan en nosotros simpatías hacia ellos. Lo mismo sucede con las personas. Ellas nos agrandan o desagradan por su benéfico o funesto influjo, por sus virtudes o por sus vicios, por los beneficios que nos proporcionan, o los daños que nos hacen sentir; como también puede sernos indiferente su conducta en sus efectos inmediatos, cual acontece con muchas ideas que no excitan nuestro placer, ni nuestro dolor. La idea que formamos de un cuerpo sólido no nos halaga como el convencimiento de su utilidad; la de una superficie no nos afecta como la de un frío excesivo. De modo que entre la física y la química existe un enlace menos íntimo a mi ver, que el que se versa entre la Moral y la Ideología hasta confundirse en una sola y única ciencia, con variadas tendencias que parten de nuestro sentido moral, su centro común.

XXXI

TERCERA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ

POR EL ADICTO

(*Diario de la Habana*, febrero 15 de 1839.)

Siguiendo el orden que antes me propuse, trazaré un bosquejo sucinto del adelanto de los pueblos primitivos, de los que les sucedieron y de los actuales en los distintos ramos de las ciencias morales. Transcribiré aquellos lugares más llenos de erudición, elocuencia moral y profunda filosofía que tanto brillan en los libros religiosos de la antigüedad, despojándonos al contemplarlos de todo espíritu de parcialidad e intolerancia, pues en nada desmerecen nuestra creencia; lejos de ello, parecen modelados a nuestro santo y augusto dogma. He aquí el exordio verdaderamente sublime del Shasta, texto sagrado antiquísimo de los habitantes de la India. “Absorbido el Eterno en la contemplación de su existencia, resolvió en la plenitud de los tiempos formar seres partícipes de su esencia y beatitud. Estos seres no existían; él quiso y existieron”. ¿Qué más podríamos decir de acertado y elocuente acerca de nuestro origen?

Mas adelante, hablando de la procedencia del genio del mal, manifiesta el gozo y armonía que rodearon largo tiempo el trono del Eterno, desde la

creación de sus deidades secundarias, pero apoderándose de la envidia del corazón de Moisaor y sus prosélitos, desecharon la perfectibilidad y ejercieron el poder de la imperfección, abortando el mal a la vista del Omnipotente. Los ángeles fieles se entristecieron, y el dolor se conoció por la primera vez. Después de arrojados al abismo, por los ministros de su Dios, y transcurridos infinitos siglos, los vuelve a su gracia y con ellos anima los cuerpos de los hombres. Esto, aunque falso, es majestuoso y filosófico. Veamos la solidez y acierto con que explica el *Veidam* la esencia del Omnipotente. “Dios no creó jamás el vicio, Él no puede ser su autor. Dios, que es la sabiduría y la santidad infinitas, no creó sino la virtud. El Ser Supremo no tiene cuerpo, ni figura: todos los que le atribuyen pies y manos son unos insensatos”.

En otra parte dice, que cuando Dios existía solo, y nada con Él, formó el designio de crear el Universo; primero creó cinco elementos, a saber, la tierra, el agua, el fuego, cuerpos, dándoles por base la tierra. Su primer hombre se llamó Adimo y la primer mujer Procriti: de ellos nació Brahma, legislador de las naciones. Después se expresa así. “Habiendo salido el hombre de las manos de Dios, le dijo habrá sobre la tierra diferentes ocupaciones; todas no serán propias para todos ¿cómo distinguirlas entre sí? Le responde así: aquellos que nazcan con más gusto por la virtud que los demás, serán los brahmas; los que participen más del *rosogoun*, es decir, la ambición, serán los guerreros; los que participen más del *tomogun*, la avaricia, serán los mercaderes y los que participen más del *comogun*, esto es, que sean robustos y limitados, serán ocupados en las obras serviles”. En seguida manifiesta que cuando Dios sacó todas las cosas de la nada creó un individuo de cada especie, y quiso que llevase en sí mismo el germen de reproducción, “que él es el principio de cada cosa, y el Sol no es más que un cuerpo sin vida y sin conocimiento, que en las manos de Dios es como la luz entre las del hombre”.

Se habla después del Infierno, y del modo de evitar sus tormentos eternos, cumpliendo con los preceptos del *Veidam*. Hay cuatro amores de Dios, dice el comentador de este texto: el primero es amarle por interés; el tercero no amarle sino en los momentos en que no se oye la voz de las pasiones; y el cuarto amarle para obtener el objeto de sus pasiones; mas este amor no merece el nombre de tal. ¡Qué sublimidad en los conceptos! ¡Qué energía en la expresión! ¡Qué bellezas en el estilo! Es necesario ser un profundo moralista, y estar empapado en los elevados sentimientos que inspira la virtud, para trazar así los grandes e inmensos principios sobre que gira la moral universal e inclinar los pueblos al bien, desviándolos de la torpe y funesta senda del vicio.

Si volvemos los ojos a la China y contemplamos la moral de Confucio, tan pura y severa, y al mismo tiempo tan humana como la de Epicteto, hallaremos que toda la religión de este vasto país fue restablecida por este

eminente filósofo, en su época. El recomienda el perdón de las injurias, el recuerdo de los beneficios, la amistad y la humildad, y este gran principio positivo: harás con los otros lo que quieres se haga contigo. Aconseja a los gobernadores rectifiquen su razón, pues ellos deben corregirse antes de encaminar al pueblo con su ejemplo. Aunque esta nación ha sido acusada de ateísmo, nada hay más falso. Es verdad que entre sus filósofos algunos espíritus extraviados han incurrido en el materialismo; pero los más y la población en masa profesan la doctrina del espiritualismo, que admite un Ser Supremo incorpóreo. Juzgan a la virtud tan necesaria y apreciable por sí misma que sin la intervención de la Divinidad, puede enderezar al bien la conducta del género humano, con sólo su benéfico influjo y eficaz imperio. Las inscripciones de sus templos son: “Al primer principio sin origen e infinito: Al que todo lo ha hecho, al que lo gobierna todo. Él es infinitamente bueno, infinitamente justo: él esclarece, arregla y sostiene la naturaleza entera”.

Este pueblo y los demás de la antigüedad creen con nosotros, que Dios ha grabado la virtud en los corazones, y que lo demás es obra de los hombres: así lo confirman Confucio y Zoroastro.

Pasemos a consultar la doctrina moral y religiosa de Sadder; compendio del Zend, uno de los tres libros más antiguos que cuenta el mundo, en que se halla consignado el dogma de la nación persa. Citaré aquellos artículos que más analogía guardan con nuestra augusta creencia, y tengan más contacto con nuestra moral. 1º El decreto de Dios muy justo es que los hombres sean juzgados por el bien y el mal que hicieren: sus acciones serán pesadas en las balanzas de la equidad. Los buenos verán la luz: la fe los librará de Satanás. 2º Si tus virtudes vencen a tus pecados, el Cielo es tu recompensa: si son vencidas, el infierno es tu castigo. 3º La limosna constituye el principal mérito en nuestra religión. 13º “Ama a tu padre y madre si quieres vivir eternamente”. He aquí el Decálogo. 15º Bendice al Omnipotente al presentarse cualquier objeto ante tu vista. 19º Cásate en tu juventud; este mundo es transitorio; es menester que tus hijos te sigan, y que la cadena de los seres no sea interrumpida. 30º En la duda de si una acción es buena o mala, abstente. ¡Cuán sublime y positivo! 33º Que las grandes liberalidades se derramen sobre los más dignos; es pedido lo que se confía a los indignos; mas no si se trata de lo necesario. 40º El corazón y la lengua deben estar siempre de inteligencia en la virtud. 67º No mientas jamás; esto es infame, aunque la mentira sea útil. 69º No seduzcas la mujer de nadie. 70º Abstente de todo robo y rapiña. 71º Conserva puros tu mano, tu lengua y tu pensamiento. En tus aflicciones, ofrece a Dios tu paciencia; en la dicha, alábale. 91º Piensa en hacer bien noche y día: la vida es corta. He aquí la profunda moral de Zoroastro. He aquí su religión que enseñaba la virtud. Este es el objeto esencial de todos los cultos, y el único de la moral universal.

Mas ya es tiempo de considerar esta ciencia en pueblos más cercanos a nosotros. El país que produjo los Temístocles, los Timones, los Arístides, los Fociones, los Milcíades y los Sócrates; el que abrigó en su seno la secta filosófica de los estoicos, esto es, la secta del hombre imposible, a juicio de algunos escritores de nuestro siglo, si no hubiese existido un Marco Aurelio y un Trajano; la que llevaba el alma a tal perfección que se la ha considerado como una vana teoría, incapaz de realidad; el que oyó dictar leyes llenas de sabiduría a Minos y Zeleuco, la muy enérgica voz de las Sibilas y su inmenso influjo sobre las demás naciones; y el que entre otros misterios daba culto a los de Ceres Eleusina, convirtiendo al teísmo a los sectarios del politeísmo, debió ser, como fue, más aventajado que los pueblos antiguos en las ciencias morales y filosóficas.

“Basta observar el orden y armonía del Universo, decía Zeleuco, para convencerse de que la casualidad no pudo haberle formado. Es necesario doctrinar el alma, purificarla y desviarla del mal. La virtud sola y la disposición constante en hacer el bien, pueden únicamente agradar al Ser Supremo. Preciso es ser justos en los principios y en la práctica”. El célebre Carondas, su sucesor, decía: “El deber de un monarca es imitar a Dios, imitarle es tener las menos necesidades y hacer el mayor bien posible”. En los misterios de Ceres, celebrados para inspirar la virtud a los hombres, comenzaba así el pontífice: “Marchad por la senda de la justicia, adorad al solo Ser del Universo”. Y de esta manera se despedían los miembros de la asamblea: “Velad y sed puros”. ¿Pero a qué buscar en la antigüedad de distintas ceremonias una moral llevada a la perfección, como hemos visto, y espíritus empapados en la teoría y práctica de la virtud, cuando nos dirige el santo Dogma de la Cristiandad? ¡Qué mejor dechado! ¡Cuál más bello tipo! ¡Qué curso, en fin, más acabado de moral que nuestro Evangelio y aún el Pentateuco!

¿Y podrá decirse todavía que las ciencias morales están atrasadas? El primero tan antiguo como nuestra era, y el segundo como la distancia que nos separa de Moisés, adquieren cada día nuevos prosélitos y descuella sobre cuantos cultos conocemos hoy, aun sobre el islamismo que parecía disputarle sus conquistas. El Cristianismo abraza la más grande extensión de nuestro globo, según el cómputo que se ha verificado en estos días. Esta es la religión de toda Europa y América civilizada, y aun parte del Asia y África: ésta es la religión que más está en armonía con la ilustración y genio del siglo. ¿Quién no ha encontrado motivos infinitos de admiración al abrir la Biblia? ¿Existe algún cuerpo de doctrina moral más perfecto que ella? ¿Existe otro que mejor describa la naturaleza, causas y efectos de la virtud y el vicio; esto es, la teoría de la Moral, la ciencia misma? Las doctrinas de los mejores teólogos y canonistas ¿tuvieron acaso otro origen? Y las obras de los Agustinos, los Jerónimos y los Ambrosios ¿no están plagadas de verdades admirables en este género, tomadas del inagotable raudal de

los Evangelistas? ¿Qué moralista de nuestro siglo, de los anteriores y de los venideros, podría hacer dudar, con sus obras, de la superioridad del Evangelio? No basta decir que las ciencias morales están atrasadas; es necesario convencernos de ello, sin obligarnos a tomar doctrinas a crédito de escritores de nuestra época.

El célebre francés, autor de los tratados de legislación, de la propiedad y de los poderes y obligaciones nos asegura que la Moral, bajo todos sus aspectos y consideraciones, debe su atraso a que no se le consideró hasta aquí como ciencia de observación, sino como sistemática y meramente especulativa; pero es preciso llevarnos al convencimiento de esta verdad, desvaneciendo todo género de dudas con pruebas irrefragables, y no con el prestigio que da la autoridad y la seducción de una elocuente pluma capaz de deslumbrar y envolver la razón con la sorpresa de un sistema inventado con arte y sostenido con talento. La teoría de Carlos Comte lo atribuye todo a la naturaleza de las cosas y a la exacta observación de los hechos en todos los ramos de las ciencias físicas y morales; que esta naturaleza es invariable, desde que el hombre existe; y que al impulso de esta potencia nada es bastante a resistir; igualmente da el nombre de ciencia, no al conjunto de las cosas descritas en cualquier ramo, sino a la descripción de la naturaleza, causas, y efectos de los fenómenos producidos por estas mismas cosas.

Veamos si tenemos un curso de Moral tan completo que reúna cuanto él exige en su teoría. Ningún hombre de mediana inteligencia ha ignorado, ni ignora hoy, lo que sea virtud, las causas que puedan producirla y las consecuencias inmediatas y mediatas de su ejercicio, así como del vicio. Si éste alguna vez nos somete a su influjo, no es debido a que le juzguemos superior a aquélla, sino a las ventajas aparentes que nos presenta de momento; es debido al celo de un beneficio que se nos escapa de las manos al tiempo de gustarle; es debido, en fin, a nuestra debilidad que nos aumenta los goces en proporción de nuestra ignorancia, dejándonos después burlados. No olvidemos que esto es respecto de los individuos. ¿Mas sucede así respecto de los diversos cuerpos de doctrina moral que rigieron a las naciones antiguas, y los más consumados que dirigen hoy nuestras operaciones al bien y felicidad común e individual? ¿Existirá algún hombre que empapándose en las máximas evangélicas, pueda algún día arrepentirse de ello? ¿Siguiendo su espíritu se encontrará descarriado en la senda del vicio y a muy larga distancia de la virtud, en cualquiera época de su vida? Esto no es posible: en nuestro código moral todo se ha previsto. Allí esta trazada la recta senda del bien y la del mal con todas sus sinuosidades y precipicios: la de la bella y radiante virtud, como la del torpe y oscuro vicio, bajo sus diversas fases e investiduras y en su naturaleza, causas y efectos: en sus fenómenos todos analizados, apreciados, concebidos y explicados al infinito. Y ahora bien ¿pudieron alcanzarse estos resultados sin el previo auxilio

de la observación? ¿Pudo jamás calificarse la naturaleza benéfica de la virtud, fijándola para siempre, y la odiosa y maligna del vicio, que no la perderá tampoco mientras haya hombres, sin el indispensable examen de sus causas y consecuencias? ¿Con qué elementos se apreciaron éstas, diversas de los del análisis e investigaciones esmeradas? ¿Existe alguna teoría moral en nuestro dogma, que llevada a la realidad desmiente el principio? Responda por mí la experiencia de los que se han dado a la práctica de la virtud y el vicio. Por manera que, exceptuando las Matemáticas, ninguna ciencia me parece tan adelantada como la Moral Evangélica, que es la Moral Universal de los pueblos civilizados, como lo acreditan sus páginas, la historia moderna y los sucesos que pasan a nuestra vista, arrasados por el impulso irresistible del progreso y el torrente del siglo.

Preciso es que retrogrademos ahora hasta la época floreciente de la república e imperio romanos, para dar la última pincelada al cuadro que me he propuesto. Roma, considerada ya en los 500 años que duró su república, ya en los otros 500 que duró su imperio, siempre grande, siempre heroica, siempre en guerra y siempre vencedora, pareció ser llamada a la supremacía por su espíritu belicoso, la pujanza de sus armas y la sabiduría de sus elocuentes oradores y consumados jurisconsultos. Instruida en su época naciente por los griegos, de quienes tomó su religión y las Leyes de las Doce Tablas, supo elevarse a mayor altura que éstos, eclipsando el brillo de sus proezas militares con sus rápidas conquistas, despojarles de sus posesiones sometiéndoles y alzar la terrible voz para prescribir mandatos a sus inmensos dominios, circunscritos por el Tigris, el Atlántico, los desiertos de la Libia y el Danubio. Bajo el imperio, ya sometida a la feroz tiranía de Tiberio, Calígula, Nerón y Domiciano, ya en el siguiente siglo, al suave y acertado gobierno de los Trajanos, Antoninos, Marco-Aurelios y Adrianos, fue siempre señora del mundo y de sí misma. Las naciones de hoy no saben qué admirar más, si el valor, denuedo y práctica de sus generales en el campo de batalla, o el tacto delicado, profunda filosofía y sana moral de sus inimitables legisladores y acabados jurisconsultos. Verdad es que algunos lunares afean estas obras llenas, por otra parte, de un criterio y sabiduría admirables en el fondo de su doctrina: lunares producidos ya por la lucha de dos partidos que dividieron la república con sus pretensiones opuestas, despojándose alternativamente de sus excluyentes prerrogativas y privilegios; ya debidos al espíritu belicoso de algunos de sus monarcas durante el imperio, y ya al derecho de vida, libertad y hacienda sobre el vencido: esto es debido todo al genio de aquella época, como sucede con todas las instituciones legislativas y políticas que nos ha transmitido la antigüedad, y como se resentirán las nuestras, aunque en buen sentido, de la fisonomía peculiar a nuestro siglo, cuando al través de las edades lleguen a ser un objeto de investigación para las generaciones más remotas.

Si los estrechos límites de esta memoria me permitiesen trazar en detalle el espíritu de cada uno de los siglos modernos, nos convenceríamos de esta verdad. ¿Quién ignora el carácter particular que imprimió a la Europa el establecimiento del feudalismo, erigiendo de cada potentado un partícipe de la soberanía, con tantos esclavos como vasallos tenía, señor de vidas y haciendas, más temible que los reyes mismos? ¿Quién no sabe que en los dos siglos siguientes un entusiasmo religioso, llevado hasta el delirio, inflamó el ánimo de las naciones con una velocidad eléctrica, tal y tan enérgica que levantadas en masa bajo el estandarte de la cruz se desplomaron sobre la Palestina, con la esperanza de conquistas que dieron por resultados solo sangre, convirtiendo el país en la tumba de los conquistadores y en una profunda sima que tragó las inmensas riquezas de Occidente? Quien desconoce hoy que la Europa estuvo sometida a un tiempo a la teocracia y al papismo más riguroso, de tal manera que aniquilada la soberanía temporal, los reyes veían de continuo amenazadas sus cabezas con los rayos del Vaticano, en el centro de sus palacios y en medio de todos sus súbditos? ¿Y quién ignora, en fin, el siglo de las disensiones religiosas que produjeron las diversas sectas en que se dividió el cristianismo; y el siguiente de Luis XIV, que hizo florecer las artes, y las ciencias todas? Es indudable que cada época ha tenido su fisonomía particular; y todo género de instituciones legislativas y de gobierno ha llevado impreso el carácter de las clases influyentes que determina siempre la conducta de las inferiores.

Así es necesario concluir que las Pandectas, el Código, las decisiones de los jurisconsultos romanos y sus diversas institutas han sido y aún son lo más acabado que conocemos en legislación. Estas son las leyes que nos rigen hoy: ellas las que dirigen a todos los pueblos de Europa. ¿Qué nación actual ha creado un sistema de leyes que difiera en el fondo, de aquella fuente inagotable en que todos bebemos? ¿Cuál ha regenerado otro, sin contar con el auxilio de tan sólido apoyo? Nuestro Digesto, esto es, nuestro mejor código ¿es acaso otra cosa que un trasunto del romano, modificado por el país, las circunstancias, nuestro carácter y el genio del siglo? ¿Qué mejor cuerpo de doctrina legal podríamos apetecer que las Partidas redactadas metódicamente, con las modificaciones que demanda nuestro actual estado? Y pasando a las naciones extranjeras ¿qué legislación gobierna a la Francia? La romana, como a nosotros. El código civil que rigió hasta la extinción de los Capetos, el mismo modificado durante la república y el que estableció el imperio, denominado Código Napoleón ¿han sido y son otra cosa que las decisiones de Roma aplicadas a la Francia; alteradas por ella, como por nosotros, no en el fondo, sino en lo que es dable? Este último, en particular, que goza una reputación europea, no es más que el Código antiguo Romano-Francés, redactado con más método, más concisión, reunido en un cuerpo de doctrina más breve, expedito, que abraza, en su

pequeño volumen las muchas disposiciones consignadas en innumerables folios; y si algunas adiciones tiene, son debidas al poder absoluto de un hombre sagaz que apoderándose de la revolución supo imprimir otra faz a la política francesa; pero siempre al través de su clara y escogida redacción se descubren las sabias decisiones de los Papinianos, Ulpianos, Tribonianos, etcétera.

Las legislaciones alemana, toscana e inglesa cuentan igual origen y estado, como dominios todos que en otro tiempo pertenecieron a la capital del mundo, que al emanciparse llevaron consigo los sabios preceptos que demarcaban sus deberes y derechos recíprocos sin que el transcurso de los siglos haya podido destruir la solidez y verdad de sus principios, llenos de equidad, sabiduría y justicia, si no es la última que sin perderlos del todo, pues esto no es posible, se resienta aún del feudalismo, siendo el único país quizá de Europa que conserve en sus instituciones vestigios marcados de este sistema.

Las leves alteraciones que ha sufrido la legislación romana, especialmente en su parte criminal, no arguyen nada contra su naturaleza privilegiada e inmutable, como la verdad y la superioridad de sus principios; lejos de ello, esta conducta de parte de las naciones modernas justifica, más que pudiera yo hacerlo, que las modificaciones verificadas en una doctrina, cualquiera que ella sea, no sólo no acredita su incertidumbre, sino que la recomiendan, pues esto prueba que no se ha encontrado nada más positivo a que posponerla, ninguna nueva verdad que la desmienta y sustituya, ninguna acertada teoría que la desvanezca y destruya. Retraer al hombre del delito, creando motivos de detención con las penas graduales, calificar el conato y el delito mismo, aplicarle la pena según las edades, el sexo, la situación, la intención, el estado de calma o delirio de nuestras pasiones, el carácter de la persona dañada y el de la que infiere el daño, la mayor o menor atrocidad del crimen, la alarma que puede causar y las reincidencias en su perpetración: he aquí las tendencias de los legisladores de Roma, y he aquí las nuestras tomadas de sus disposiciones. Atormentar a un criminal, recluirle, confinarle, expatriarle o matarle es la parte; el todo está en perseguirle hasta alcanzarle con el castigo, está en la inflicción de la pena para desvanecer toda esperanza de impunidad.

¿Hoy mismo no se controvierte la pena capital, queriendo unos que se aplique en muchos casos y otros que solo en el de homicidio? ¿Pero dejan de convenir todos en la verdad científica de la aplicación de la pena inmediatamente a la consumación del delito que durará tanto como la sociedad? Y si permanece inalterable la base romana, ¿cómo podemos pretender innovaciones cuando todo lo vemos al través de ésta, y nada hemos innovado?

No ha sido así en las ciencias físicas; la existencia de Newton, Franklin, Volta, Galvani, Bacon, Leibnitz y Galileo, la vida de cada uno de estos ge-

nios, ha hecho época inundando la ciencia con un torrente de luz: cada uno ha contribuido con un descubrimiento admirable al adelanto de ella, cada uno, con mas verdad nueva y con nuevos principios, ha concurrido, solo o de concierto con los demás, a impeler la física al progreso, destruyendo las quimeras de la antigüedad y el caso en que mantuvieran a aquélla los físicos de la Grecia.

Conocerá las verdades palmarias que arriba dejo expuestas el que instruido en la jurisprudencia romana, haya consultado, sin mucha detención, las del continente europeo y encontrado infinitas disposiciones del todo romanas, vaciadas en el molde de cada país, y que al pasar por la boca del legislador han sido modificadas por las circunstancias de la época, las urgencias y el carácter nacionales y las miras del poder. Es necesario convencerse de que todavía influyen sobre nosotros las cosas de los romanos y en particular su legislación; todavía no han perdido su existencia moral: la mejor prueba que podemos ofrecer de este aserto es que después de transcurridas treinta centurias, nos rigen aún los posteriores preceptos del Imperio; y es necesario convenir también en que su sistema de leyes y el de las actuales, su emergencia, son otros tantos cursos aventajados de moral, pues no es posible establecer el equilibrio entre los deberes y derechos individuales sin conocer profundamente la naturaleza, causas y efectos de la virtud y el vicio, dando fomento a la primera con premios y recompensas y haciendo odioso el segundo con medidas represivas y de corrección, para descaminar las tendencias que se dirigen a entorpecer la marcha constante de la sociedad, contrariando la utilidad y el progreso general — intereses comunes a toda clase de asociados.

Me parece que resumiendo cuanto dejo expuesto, se puede concluir, de un modo positivo, que las ciencias morales han estado y están hoy más adelantadas y perfectas que las ciencias físicas: que éstas demandan trabajos preparatorios y necesitan el vigor intelectual que no han menester aquellas producciones exclusivas de nuestra alma, ensayadas desde su infancia con el tino y acierto que no cuentan las de la física, aun en espíritus acostumbrados a la observación y descansando en el apoyo mutuo que se prestan todo género de conocimientos para alcanzar la verdad.

La virtud y el vicio jamás han sido confundidos: ningún hombre llamó vicio a lo que otro llamó virtud: este deslinde ha sido trazado por la gran familia del género humano, sin que un solo individuo haya dudado de su exactitud. El vicio y el crimen de ahora cuarenta siglos es nuestro crimen y nuestro vicio. Las acciones que reprobaron Moisés, Confucio y Sanconiathon son reprobadas hoy por nosotros: las que ellos aplaudieron, aplaudidas también. No hay un vicio y un crimen antiguo y otro moderno, como tampoco hay virtud; esto prueba que su naturaleza genuina nació con el hombre, impresa indeleblemente en el fondo de su alma, que apenas ensayada se apoderó de esta verdad, separándola.

En toda ciencia hay una gran verdad que descubierta sirve de base a toda su doctrina: ella es el sólido y vasto pedestal sobre que puede levantarse después el edificio científico para no ser derrocado jamás. La gran verdad moral es que el vicio odioso acarrea infinitos males, y la virtud plausible colma de inmensos bienes: ella tuvo origen desde que el hombre pensó; y ella ha sido de todas las naciones y de todas las épocas. He aquí el motivo que tuvo un escritor sapientísimo del siglo XVIII para decir que la moral es en sí única y universal. ¿Sucede lo mismo con las ciencias físicas? De ningún modo: ya creo haber probado que los pueblos antiguos estuvieron muy atrasados en este género de conocimientos; que ellos no tenían los elementos científicos y los medios necesarios que los pueblos actuales, para someter la naturaleza a las investigaciones; de manera que aunque ella ejecutase a su vista diariamente los fenómenos más comunes para nosotros, no estaban en estado de apreciarlos, ni establecer inducciones y teorías, por las dificultades insuperables que le presentaba esta clase de trabajos; a diferencia de la sencillez de las ciencias morales, consignadas en sus dogmas y legislaciones, en que aventajaron mucho, como hemos visto, explicando la naturaleza, causas y efectos de todos los fenómenos morales, hasta establecer sus usos y costumbres conforme a ellos.

Además, ¿quién nos ha presentado incontestables datos para convencernos de que las ciencias físicas aventajan hoy a las morales? Si nos atenemos a la experiencia, ella nos demuestra lo contrario; con los siglos se han sucedido unos a otros los sistemas en física: lo que en tal época pareció una verdad admitida por todos los sabios, en tal otra pareció como un error craso e incuestionable: prueba de ello es el sistema de los cuatro elementos o cuerpos simples universales, el que hizo nacer el universo de la agregación de los átomos diseminados en el espacio, y la medicina con los opuestos de atonía, humorista y antiflogístico; esto es, exceso o defecto de vida y crasitud de los humores —sistemas todos tomados de la física en gran parte y aplicados a nuestros tejidos en diversas edades con boga y aceptación de Broen, Le Roy y Broussais, sus autores, y [prueba] de que la naturaleza humana ha triunfado, pues ella jamás ha dejado al facultativo el cuidado exclusivo de reponerla en su equilibrio.

Lo mismo ha sucedido con otras ramas de las ciencias físicas, más no así con las morales: ellas no han sido sometidas a sistemas jamás. La moral de Confucio y Zoroastro es la nuestra, y será la del universo entero, mientras exista: esto demuestra cuán poco dúctil es la verdad para acomodarse a sistemas, que una vez alcanzada ya no es posible divagar de una en otra doctrina: esto sucede cuando los espíritus están en fermentación continua, cuando exaltados los ánimos se forjan infinitas teorías con el objeto de alcanzar algo positivo; en fin, cuando no está descubierta la verdad, sino reinan el caos y las conjeturas.

XXXII

PRIMERA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA
CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(Diario de la Habana, febrero 16 de 1839.)“Et pulsanti aperietur”.¹⁵

Heme aquí, pues, más que justificado en mi tema de contestar tan latamente al Dómine de Puerto Príncipe, en la cuestión de método, aun contra el torrente de muchos y muy abonados peritos que la juzgaban más que medianamente ilustrada, y hasta fuera de discusión, después de mis tres primeros artículos de réplica. Preséntase ahora en la arena un nuevo adalid, pero con el modesto escudo de dudador, ofreciendo nuevos reparos¹⁶ contraídos a las doctrinas expuestas por mí en la *Memoria* que corre estampada entre las de la Sociedad Patriótica correspondientes al mes de septiembre próximo pasado. Algo singular es por cierto que siendo las dudas contraídas a la *Memoria*, no hayan resollado hasta el cabo de cinco meses a la publicación de ésta, viviendo en la Habana el objeccionador, pero al cabo semejante conducta puede admitir muy fácil salida, alegando enfermedad, ausencia, ocupaciones, tiempo para rumiar la materia o sobre todo la potísima razón para el caso de no haber sido la voluntad del articulista el estampar sus ideas hasta el presente.

Empero lo que no permite tan sencilla explicación es el contraer las dudas a la *Memoria*, cuando hace meses que publico y aún a la sazón estoy publicando glosas y más glosas acerca de las doctrinas allí sostenidas, subiendo de punto mi extrañeza al considerar que ni aun se ha querido acabar de oír mis razones, cuya completa exposición queda todavía pendiente como lo demuestra no sólo el continuará... allí impreso, sino todo el último párrafo y algunos otros del artículo inserto en el *Diario* de anteayer, y el tenor de cuantos llevo impresos hasta hoy en la memorada respuesta al Dómine de la *Gaceta*. Así, pues, una de tres: o el nuevo impugnador no ha leído ni uno solo de mis últimos artículos, o no pesan en la balanza de su crítica ni un adarme siquiera las nuevas razones que en ellos tengo expuestas, o no soy acreedor a que se me deje acabar de hablar sin in-

15. “Al que llama, se le abrirá”.

16. Veremos si todos los son, o si acaso resultan los mismos vestidos con otros ropajes (n. de Luz).

terrupción. ¿Quién sabe que cuando se insta en una cuestión, se parte siempre del punto en que ya se la ha dejado? O se ha propuesto el impugnador (pero no lo expresa) combatirme tan paso a paso que no va dejar hueso sano a uno siquiera de todos los artículos en la materia por mí publicados y por publicar y así ha querido arrancar desde la raíz, o estaba tal vez impaciente por tomar la palabra aburrido ya de oír disertar al preopinante, sin esperanza de escampar (así voy siendo de la opinión de mis amigos los peritos, que consideran la materia ya fuera de duda, y entonces las dudas propuestas no serían dudas, sino antes ganas de dudar) o bien se dirá que yo doy como por concluido mi papel, sospecha que en manera alguna alcanza a mi nuevo antagonista, a quien juzgo haber tomado la pluma con el más perfecto candor, y a quien por lo mismo procedo a contestar tan menudamente.

Pero dejémonos de más cargos ni preámbulos de esta especie, para ocuparnos exclusivamente en el negocio principal: aquí de la Lógica y del método y hasta de la táctica para no tener en verdad que escribir eternamente, y al fin y a la postre, que es la más porfiada, con el desconuelo de haber predicado en desierto. Dando, pues, por alegado cuanto resulta de autos, y máxime cuando el nuevo impugnador reproduce muchas de las objeciones presentadas por la otra parte, reduzcamos la cuestión a los más breves términos posibles, expresando cada uno de los argumentos principales, a fin de que me señale este señor los puntos en que conviene y los en que disiente, para llevar a feliz remate la discusión, y examinar uno a uno de los controvertidos puntos en cuaderno separado. De este modo no habrá embolismo de ninguna especie, ni será posible reproducir un argumento ya contestado, a menos que sea esforzándolo con nuevas y eficaces razones; así escribiremos, es verdad acaso, una docena de artículos de una y otra parte, pero siendo precisamente corto cada uno de ellos, juntos apenas compondrán uno muy extenso, con la inapreciable ventaja de proceder con un rigor lógico que no permitirá ahogar con materias heterogéneas las principales razones que juegan en la cuestión.

En una palabra, se trata de despejar la incógnita, y no hay medio más adecuado de adoptar, si posible es, fórmulas tan sencillas como las algebraicas.

Conque vamos a cuentas.

1º. La cuestión es puramente de método, y siéndolo, tan sólo la consideración de la mayor facilidad de las ciencias físicas sobre las intelectuales, caso de tener que enseñar unas y otras, es decisiva para la precedencia. Diga usted, pues, categóricamente y *ante omnia* en su contestación si tiene o no tiene por más al alcance de los principiantes la Física que la Lógica? Sí o no, nada más.

2º. Diga igualmente si la primera no es más amena que la segunda, por lo mismo más adaptada para inspirar amor al estudio a los tiernos principiantes.

3°. Diga asimismo si no es más natural un procedimiento, en el que se parte de lo conocido a lo desconocido, o mejor dicho, en el que no se hace más que continuar en aquel ramo acerca del cual tiene más conocimientos el joven principiante, toda vez que primero es observar los fenómenos del universo que los fenómenos del entendimiento a quien, según el felicísimo símil de Locke, le sucede primero lo que a los ojos que todo lo ven, y no se ven ellos mismos, pues hasta que no ha pasado mucho tiempo y por lo tanto muchas experiencias no comienza el entendimiento del niño a reflejar sobre sí mismo, y aquí de aquella larga cuanto preciosa cita de Jouffroy, que estampé en mi tercer artículo, si mal no me acuerdo.

4°. Ítem diga si cree que para aprovechar en el álgebra, en la geometría o en cualquier ramo de las matemáticas, se necesita un curso previo de ciencia Lógica.

5°. Y diga de la misma manera si concibe que haya materia alguna en la que pueda darse un paso sin el ejercicio del raciocinio, y caso de contestar por la afirmativa, cual es de esperar, cómo cree que sea forzoso hacer preceder el estudio teórico del instrumento al de la materia misma que nos obliga de por sí a emplearlo del mejor modo posible.

6°. Diga igualmente cómo concibe la formación de una teoría cualquiera, y qué es teoría.

7°. Ítem diga palatinamente en cuántos sentidos toma la palabra Lógica, y cuál de ellos es aplicable a los cursos que entre nosotros se siguen.

8°. Diga asimismo si la Lógica cual aquí la aprendemos necesita o no de los preliminares de otros ramos físicos, matemáticos, y aun filosóficos, y si muchos de éstos no pueden adquirirse a la perfección con entera independencia de ella (la Lógica, como ciencia aparte).

9°. Diga si la adquisición del lenguaje (y no hay nada más lógico ni más filosófico) supone esa lógica previamente aprendida, o sólo el uso natural, naturalísimo, forzoso de nuestras facultades innatas de percibir, abstraer, acordarnos, deducir, etcétera, etcétera.

10°. Diga si cuando se va a enseñar gramática, por ejemplo se empieza por las doctrinas de la sintaxis, o por el conocimiento individual de las partes de la oración. La misma pregunta contraída a cualquier otro ramo, a la aritmética, v.g. Se empieza por conocer los números, los elementos, las propiedades, y después nos elevamos a la teoría, que no es más que generalización y clasificación de lo que hemos observado en cada ramo, esto es, la expresión general, la cifra de nuestras observaciones. Conteste usted este sencillo interrogatorio, pasando yo en el ínterin a contestar punto por punto a su papel. Será un análisis prolijo, fastidioso, pero usted y la suerte lo han querido así, y yo me he propuesto hacerme entender, y voy a ver si lo consigo.

Primer tropiezo (pues sólo iré marcando los puntos en que tropezase, por no ser corto el papel de usted). Desde el principio da usted a entender

que toma la cuestión en toda la latitud que le dio el *Dómine*, pues trata de cotejar las ciencias físicas con las ciencias morales. A ustedes les sería más fácil defenderse, si presentaran la cuestión más contraída, es decir, si tomando como Kant, v.g., la palabra Lógica en el sentido propio y restricto de la ciencia de las leyes formales del raciocinio, con exclusión hasta de la Psicología, sostuviesen que era una introducción necesaria, o por lo menos conveniente al estudio de muchas ciencias. Y aun bajo esta reserva, todavía no podrían ustedes sostenerse, como he demostrado en uno de mis artículos, y volveré a demostrar después para los olvidadizos, o bien procediendo con más consecuencia, con más lógica, sostener que la Lógica así considerada, y es lo que intenta el filósofo de Koenigsberg, es independiente de todas las demás ciencias: lo que por otro lado tampoco quiere decir, en buena Lógica, que todas estas últimas sean dependientes de ella, y entonces, seríais verdaderamente inexpugnables.

Pero tomar en un período la cuestión en toda su latitud, y a renglón seguido restringir en el razonamiento la acepción de la palabra Lógica, esforzándose en demostrar lo que nadie jamás intentó negar, es el colmo de la inconsecuencia, y el medio seguro de no salir jamás de un eterno círculo vicioso, de uno de aquellos argumentos que como se dice en las escuelas nada prueban por probar demasadamente, pues de esta manera vendríamos a parar sin remedio en que ni sería posible el raciocinio sobre materia alguna, aún la más trivial, sin el previo estudio de la ciencia del análisis, o en otros términos, que la Lógica sería la madre del raciocinio, cuando es concusamente su hija legítima, o una consecuencia forzosa de su existencia. Y cuidado que yo no atribuyo a usted que sustente expresamente ser indispensable una previa lógica para el uso (bueno o malo, que no es la cuestión del momento) del raciocinio, sino únicamente que tal es la consecuencia a que por precisión le han de arrastrar sus mismos principios. ¿Cómo es posible que se pueda adquirir conocimiento alguno excepto los que, siguiendo en esto a los peripatéticos, llamaba Cartesio primeros principios, que sólo penden de la impresión acabada de experimentar sin más auxilio que la percepción, como v. gr., la idea del sonido, del color y aun muchas de las que recaen sobre los fenómenos internos, sin que entren en ejercicio todas las facultades mentales entre las cuales hace un papel tan principal, la de deducir para formar la mayor parte de nuestras nociones?

Si a este ejercicio, pues, se le llama Lógica no hay disputa, ni puede haberla. Pero dígame el articulista, ¿dónde aprendió el hombre semejante lógica? En ninguna parte, ella es forzada, es instintiva, y en este sentido madre de toda ciencia, o para hablar con más rigor, a este método, a este procedimiento que forzosa y naturalmente seguimos en la investigación de las cosas, le llamamos lógico si ofrece el debido encadenamiento, de forma que lógico viene a ser sinónimo de enlazado, o rigurosamente deducido. Así conocemos lo que está o no bien deducido en virtud de la razón que para tal

oficio nos otorgó el creador; así como distinguimos si un objeto está torcido o derecho, en virtud de habérsenos dotado de ojos para ver, sin que sea necesario que previamente nos hayan dado lección de ver.

Esto no quiere decir que este sentido no sea susceptible de educación, o sea de perfeccionarse con el arte; antes por el contrario, cuanto más nos ejercitamos en ver, tanto veremos, siendo ésa la misma regla para bien ver; ¿ni cómo se pueden averiguar las reglas más a propósito para bien ver, si no se ve mucho? ¿Cómo se pudo dar esas reglas para evitar los errores y sacar buenas consecuencias, sino deducidas ellas mismas de las observaciones que en el ejercicio de nuestras facultades forzosamente hubimos de hacer? ¿Qué es pues primero, dar reglas o experimentar? ¿Cómo se puede concebir ni la misma formación de la lógica aun en su sentido restringido, sin partir de la base de observación? He aquí el orden y el lugar de cada cosa: primero es que haya objetos externos, luego se ejercitan sobre ellos las facultades mentales, adquiriendo nociones del mundo exterior; y en este ejercicio ha observado después el espíritu lo que a él mismo le ha pasado mientras observaba los cuerpos, después ha generalizado y clasificado estas observaciones por medio de su instrumento, de su razón, no de las reglas, que todavía no están formadas (ya les llegará su tiempo y lugar), descubrirá ciertas leyes invariables, y en su virtud vendremos a parar en que por último dictará reglas o preceptos, para proceder en lo sucesivo. En resumidas cuentas, y para reducirlo todo a una fórmula: primero observación, segundo ciencia, tercero arte, que es quien propiamente ejecuta lo que ha legislado la ciencia en virtud de su poder supremo de observar; debido a las facultades con que al entendimiento dotó nuestro munífico Hacedor. Luego hasta esa lógica estricta, contraída sólo a la teoría y reglas del análisis, presupone la observación, y la observación el ejercicio de nuestras facultades. ¿Y pasan las cosas diversamente en cualquiera otra ciencia del orbe? Tendamos la vista sobre las matemáticas, sobre la física; vemos cómo se han formado, y nos convenceremos que no deben su existencia a la de la lógica como ciencia. Pero estas demostraciones ya las tengo hechas bien a la larga en mis anteriores artículos, y usted podrá si no le acomodan, impugnarlas.

Vamos a la duda que podría acaso presentarse: diríase que nadie ha pretendido que la lógica sea acreedora, digo, creadora de las ciencias en cuanto a los materiales peculiares a cada una, sino que éstos son hijos de la observación contraída especialmente a cada ramo. Norabuena, pues si tal se me concede, ya se crearon las ciencias con los materiales, y el instrumento de la observación, entonces ¿qué le queda por hacer a la Lógica en la confección de la ciencia, ya que ni las inventa a ellas, ni a sus axiomas? “Pasarles por encima con un *cuique in sua arte credendum*”,¹⁷ como

17. “Hay que confiar en cada cual en su especialidad”.

profundamente dijo el gran Verulamio. ¿Cómo no se quiere entender una cuestión tan clara? Señor, sean cuales fueren las doctrinas que se sustenten en estas materias, o la acepción en que se tome la palabra lógica, se pregunta en el supuesto de constar nuestros cursos de filosofía de una parte de ciencias físicas, y de otra de ciencias intelectuales y morales, entre las que va por delante concluida la Lógica, ¿por cuál de estos grupos es más conveniente, o sea, más metódico, comenzar? Pero no como quiera es más conveniente, por más fácil, el empezar por las ciencias naturales, sino que por el mero hecho de estudiarlas estamos ejercitando de un modo admirable nuestras facultades, para dejarlas amaestradas en la investigación; así es que sin decírsenos en ellas que sigamos el buen método, estamos siguiendo el mejor y más adaptable a nuestra condición, quedando de resultas amaestrados para lo sucesivo cuando nos dediquemos a otros diversos ramos.

Puede muy bien compararse la situación del que aprende por este orden a la de aquel caminante bisoño a quien sin haberle confundido con una relación minuciosa del camino que debe seguir para no extraviarse, se le ponen de antemano señales en todos los puntos dudosos para cuando vaya llegando a cada uno de ellos: ¿a cuál de los dos medios de señalar dará la preferencia el inexperto viandante?; o si no acomoda este símil, aquí tiene usted otro sacado todavía más exacto: el colocar al joven en el campo de la naturaleza, obligándole en caso de duda a apelar a las revelaciones de la experiencia es como si se le pusiera a uno en una máquina en que forzosamente se le obliga a marchar derecho, y caso de caer, se le hace notar la causa de su caída, y por lo mismo se le enseña a desconfiar de sus fuerzas, y por ende a evitar nuevas contingencias. ¿Y cómo es posible que quien se haya pedido cuenta a sí mismo de lo que ha pasado por él y por los demás en la adquisición de cualquier ciencia o arte, o lengua, pueda abrigar la menor duda acerca de este punto? Con efecto, yo cierro los ojos y los libros, y me pregunto a mí mismo: ¿cómo adquiriste los conocimientos físicos? v.g., ¿tuvo en ello alguna intervención lo que te enseñó la lógica? Ninguna de ninguna especie. Pues la lógica, o más bien la filosofía especial o el por qué de cada ciencia viene en pos de su adquisición, como luego veremos. Yo necesitaba, por ejemplo, estudiar el movimiento de los cuerpos y me ponía a hacer o leer varias observaciones y experimentos acerca de los cuerpos en movimiento, deduciendo entonces forzosamente, en virtud de mi facultad de deducir, que nadie me la enseñó (cosa que es hasta ridícula de preferir), sino que me la otorgó Dios, ciertas leyes especiales que gobiernan estos fenómenos; yo puedo, pues quedar completamente al cabo de la mecánica, y podré resolver cuantas dudas me pongan acerca de ella sin el estudio previo de la lógica. Ahora sí, en esta misma mecánica y demás ciencias físicas podré haber notado sus especialidades, lo que las caracteriza; su parte crítica, su filosofía, el por qué y marcha de sus procedimientos,

cosas todas que son otros tantos datos preciosos para las ciencias intelectuales, y por consiguiente para la teoría del análisis, pero datos que presuponen el estudio u observación ejercida en las memoradas ciencias naturales; luego éstas más bien fecundan que son fecundadas por las intelectuales, aunque todas ellas se comuniquen mutuamente sus luces respectivas.

Pero ¿pude yo haber adquirido ni siquiera los fundamentos de la mecánica sin algunas nociones aritméticas y geométricas por lo menos? Imposible, me contestó al momento, pues yo me acuerdo que tenía en el movimiento que medir el tiempo, la distancia, observar la dirección, valuar las fuerzas, tenían que salir al frente la línea recta y la oblicua, y el paralelogramo y la diagonal, y los ángulos y el círculo, y los números y hasta todo el cortejo de las fórmulas algebraicas con sus varias combinaciones; aquí veo por lo menos a las matemáticas como instrumento y como material con que debo estar familiarizado de antemano. De donde deduzco, después de haber tocado todo esto, que la mecánica es una ciencia físico-matemática: conclusión filosófica teorética, especial, a que he llegado en virtud del estudio también especial que de la misma mecánica he seguido. Así yo no pretendo aislar unas ciencias de otras, antes al contrario, sostengo y siempre he sostenido que todas son ramas diversas del mismo tronco, o en otros términos, que no hay más que una ciencia o que todas las ciencias son más o menos ciencias de observación. Ahí tenemos a las matemáticas que siendo de las más dependientes de la razón, no pueden menos que arrancar asimismo de la observación, si bien es verdad, que son de las que más pueden progresar con menos observaciones comparativamente, por permitirlo así su mismo objeto, que descansa en los supuestos que hacemos; de suerte que bajo este aspecto no hay ciencia más rigurosamente lógica que la matemática, en la que por la sencillez de las relaciones que se examinan, así como por los signos que se emplean, es dable llegar con el mayor rigor y exactitud a constituirse la ciencia por sí misma, con entera independencia de otra alguna, independencia que nadie que comprenda la naturaleza de dicha ciencia, podrá negarle respecto de la lógica, aun entendida en el sentido que se quisiera.

A este propósito recordaré el donoso pasaje de un insigne matemático, que habiendo pasado una gran parte de su vida en indagar y meditar exclusivamente sobre sus matemáticas sin haberse dedicado a ningún otro ramo como abriese casualmente un libro titulado *Arte de pensar*,¹⁸ exclamó al punto: “¡Cómo! ¡Con que yo tengo ahora que aprender a pensar! ¿Y qué he estado haciendo yo toda mi vida?” “Raro será el matemático que no diga desde luego otro tanto: sin que yo pretenda que por esa sola circunstancia, aunque tan al caso, pensara rectamente, pues de nada valen matemáticas, ni lógica, ni método alguno para ciertos entendimientos que nunca dis-

18. De los lógicos de Port Royal (Roberto Agramonte).

curren con exactitud, cosa que depende de las mismas facultades mentales del individuo. Por lo que en general se observará que las reglas son más bien para evitar errores que para producir verdades, o lo que es igual, más negativas que positivas, si no siempre en la letra, al menos en el efecto de sus prescripciones. Esto no quita que ellas indirectamente conduzcan a resultados positivos, verificándose en esta parte aquel célebre principio algebraico de que “menos por menos da más”.

Por último, mi impugnador, que antes de examinar la cuestión ha vuelto sus ojos sobre la antigüedad, debe haber tropezado en las primeras páginas de la historia de la filosofía con el nombre de Pitágoras Samio, quien con la fuerza de su ingenio descubrió los elementos de las ciencias matemáticas, en especial de la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía, siglos antes de que sus compatriotas se ocupasen en crear la Lógica propiamente dicha, como puede también verse por las palabras de Aristóteles que cité en mi último artículo de contestación al *Dómine* de Puerto-Príncipe. Pues, aunque es verdad que al Estagirita se le tacha de presentar oscuras relaciones de los sistemas de sus antecesores, para que los suyos aparezcan más preciosos y originales, no es tal el caso respecto a las expresiones a que aludimos, que nada tienen de misteriosas ni embozadas, sino que son harto categóricas y circunstanciadas, para que no habiendo sido lo que él dice, se hubiera atrevido a publicarlo tan paladinamente a presencia de sus entendidos e inteligentes compatriotas, fuera de que en ello convienen todos los historiadores en consorcio de los más eminentes metafísicos, entre los cuales, como también vimos, se cuenta un Kant y un St. Hilaire.

Adviértase igualmente, lo que importa para nuestro propósito, que Aristóteles no vino al mundo hasta más de 200 años después de Pitágoras. Además, cuando vemos en la historia y la naturaleza de la misma ciencia las causas evidentes de sus progresos, mal los podremos atribuir a otras causas extrañas. Si yo concibo cuánta luz debió proporcionar para el progreso de la Geometría la demostración del triángulo equilátero, v.g., ¿cómo he de ir a atribuir semejantes adelantamientos al estado de la ciencia lógica ni a otras causas remotas y extrañas? En toda ciencia no se descubrirá otra cosa que la aplicación del raciocinio a las observaciones que se hagan de intento, o que presente la casualidad. Y ya que estamos en la historia de la Filosofía, advierta asimismo mi impugnador que “el punto de partida de la Filosofía fue la cuestión del origen y del principio elemental del mundo; la filosofía trató desde luego de resolverla, aplicando la experiencia y la reflexión, ora a la materia de la sensación, como lo hizo la escuela jónica, ora a su forma, cual practicó la pitagórica; en seguida trató de resolverla por la oposición de la experiencia y de la razón, como se vio en la escuela de Elea; y al fin, como se verificó en la escuela atomística por la reunión de una y otra”. Cuestión física eminentemente, pues por la Física, por el examen

de los objetos externos, ha de comenzar forzosamente toda Filosofía, y ved aquí como está la historia de acuerdo con las otras demostraciones que sobre la materia he presentado en mis anteriores papeles, a los cuales tengo que remitir a cada paso a mi adversario (a pesar de no haberse dignado contraerse a ellos), para no fastidiar al público con repeticiones, que demasiados números nos ha tolerado, y aun le resta que tolerar por compelérsenos a ello, pero recuerdo siempre para mi descargo el *insipiens factus sum, sed tu me coegisti*¹⁹ del Apóstol.

Pero aun cuando una ciencia haya sido antes o después que otra, o haya tardado más o menos en formarse, esta circunstancia por sí sola no debe influir en la decisión de la cuestión del método. No hay que confundir las especies. En la del método lo que debe decidir es la circunstancia de la mayor facilidad y la de la mejor preparación, y muy bien podrían ellas concurrir, como en efecto acontece, en algunos ramos, de más y aun muy moderna formación. Así mi empeño en refutar a mi antagonista en esta parte de la prioridad de las ciencias, no tanto es para defender mi plan, cuanto para hacerle ver la inexactitud de sus ideas, pues tal es la naturaleza de la cuestión, que aun demostrada la previa existencia de todas las ciencias intelectuales, siendo hoy las físicas más fáciles de comprender, y convenciéndose que se pueden adquirir a la perfección sin el auxilio de la Lógica, basta y aun sobra para decidir la contienda sobre precedencia.

Pero no llevemos más adelante estas consideraciones preliminares bastantes por sí solas a mover en pro al espíritu más prevenido en contra, máxime si se ha empapado en las expuestas en los últimos artículos de contestación al *Dómine*, aunque acaso no surtirán el suspirado efecto de convencer al nuevo dudador, a quien, repito, creo de muy buena fe en su opinión, y por lo mismo me habrá de dispensar el público, vaya refutando una a una cuantas ideas me parezcan inexactas en el discurso de su papel, marcando al mismo tiempo las contradicciones en que me parece haber incurrido, todo ello con la mayor posible brevedad, pues aun conformándome a este plan, recelo con sobrado fundamento que ha de resultar demasiado largo mi escrutinio. ¡Tan extenso es el trabajo de mi adverso, y desgraciadamente tanto lo que le falta y lo que le sobra!

Es verdad que “a las ciencias morales debemos nuestras más acabadas instituciones en el orden moral”, pero eso no prueba que las ciencias morales no deban nada a la física o a la observación, que es el punto de la controversia; antes por el contrario, esas palabras indican que las instituciones son resultado de la ciencia, esto es, de la previa observación de los fenómenos y de su clasificación, habiendo una palmaria contradicción, y sea la primera que se nota, entre sostener por un lado que la moral es ciencia de observación, y después a renglón seguido “que sólo reclama el auxilio de la

19. “me he vuelto ignorante, pero tú me obligaste a ello”.

razón para ponerse a nivel de la más limitada capacidad”. Entonces, no hay experimentos ni observaciones que aguardar en las ciencias morales para la inteligencia de una porción de cuestiones ya resueltas, y la resolución de otras muchas por dirimir. Verdad es que usted se *aluna* con el siguiente raciocinio, que es el alma de la mayor parte de sus dudas: “las ciencias morales versan sobre los sentimientos e ideas de los hombres, de suerte que lleva el hombre su objeto y su instrumento consigo mismo, y no tiene por lo tanto que aguardar a que el gran estudio o la casualidad le revelen sus secretos, como acontece en la ciencia de la naturaleza, en que pasan siglos sin hacerse los descubrimientos que se han menester, como que el objeto está fuera de nosotros, así es que cuando las ciencias físicas estaban en mantillas, ya se hallaban muy avanzadas las ciencias morales”. He aquí en resumen, y más bien fortificado que debilitado el Aquiles de mi antagonista. Veamos ahora si puede resistir el más leve soplo de análisis.

En primer lugar, bajo el nombre genérico de ciencias morales, o por otro nombre intelectuales o especulativas propia o más bien impropia llamadas (que ahora no es del caso, aunque lo será luego) se comprende la Psicología, la Lógica, Metafísica, Moral, Legislación, Política y Economía Pública. Corriente. En cuanto a la primera nadie duda que necesita recibir luces de la Fisiología, ciencia natural, aunque no sea más que para tirar bien la raya divisoria entre los fenómenos de la sensibilidad y los privativos del entendimiento, sin contar con el sinnúmero de cuestiones que o sólo se pueden decidir con su auxilio, o que con él se pueden ilustrar admirablemente. Hasta aquí, pues, deuda de la ciencia moral, *Psicología*, a la ciencia natural, Fisiología, y creo que estaremos de acuerdo; pero si no lo estuviere mi adverso, puede manifestármelo, para proceder a más larga demostración de ese solo particular, aunque son muchos los que nos llaman.

La Lógica. Esta, aún tomada en el sentido estricto de las leyes formales del raciocinio, tiene que deber a otros ramos, y se entiende en el sentido lato, que es como se enseña así en nuestros cursos como en los de Europa, y por lo mismo constituye nuestra cuestión principal, apenas hay capítulo importante suyo que no derive luces o que no sea enteramente hijo de otras ciencias, y entre ellas muy directamente de la Psicología, Matemática y Física. Uno y otro punto han quedado demostrados en mi contestación al *Dómine*, bien que el segundo pendiente, porque no contentándome con algunos ejemplos (lo que basta para mi prueba), le ofrecí una larga lista de deudas, que dejé interrumpida, por falta de hueco en las columnas del *Diario*, de aquel día. Pero se le continuará, y aun parece excusado en vista de sólo el programa de Filosofía de la Escuela Normal de París. Empero si usted gusta que se le continúe, se hará como lo pida.

Llega ahora la Metafísica, y en cuanto a ella he demostrado, no sólo en mi concepto, sino en el de los primeros peritos, que apenas pasa hoy de un desiderátum: tantas son las cuestiones abstrusas en que tiene que ocupar-

se, muchas de las cuales probablemente quedarán por siempre insolubles, que algunos hasta le niegan el nombre de ciencia, bien que yo no sea de este número. Así en cuanto a la Metafísica propiamente tal, me relevaría usted de más prueba sobre su estado de atraso respectivo.

Entramos ya con la Moral, y he aquí la que más ha deslumbrado a usted en la cuestión, pues ha dicho para sí: “Cómo no había de estar más adelantada la moral que las ciencias físicas, cuando sin Moral no pueden existir las sociedades, cuando la Moral la encontramos hasta en las hordas más bárbaras, cuando la Moral la hallamos cultivada con más brillante fortuna por los primeros ingenios de la antigüedad y desde los tiempos más remotos, cuando sin la Moral no puede existir la responsabilidad, y por consiguiente es eterna e invariable, profundamente grabada en el corazón del hombre, e independiente de todo sistema; véase en comprobación hasta qué alto grado de ciencia llegó la Moral del Crucificado, al paso que las conquistas de las ciencias físicas han sido la obra lenta y dilatada del tiempo, habiendo los hombres formado ideas equivocadísimas de las causas de los fenómenos por un largo transcurso de siglos, testigos, entre otros innumerables, las hipótesis sobre el sistema del Universo hasta la venida de Copérnico al mundo”. Tampoco me echará usted en rostro que le debilito sus razones, pues sin acabar de desmenuzar los varios miembros de su Aquiles, le he robustecido con la más pujante *musculatura* que adherírsele puede. Pero en primer lugar es menester distinguir entre la Moral práctica y la ciencia moral, pues conocidamente, en unas partes de la objeción está tomada la palabra en el primer sentido y en otras en el segundo. En esta cuestión así como en otras de su especie, mucho se despejaría siempre la incógnita fijando correctamente la significación en que se tomen los términos, si el estado infantil de los conocimientos se hubiera distinguido de su estado de mayor progreso, y especialmente si hubiera puesto la debida atención en la diferencia esencial entre comunicar doctrinas por mera autoridad (como sucede en la cuna de la sociedad por medio de la religión) e investigar los principios, relaciones y causas de las cosas por estudio diligente (que es lo que constituye la ciencia), entonces toda la controversia no hubiera venido a parar más que en un miserable juego de voces.

Efectivamente, no se necesita de grandes progresos en la ciencia moral para reconocer v.g., que es un mal la muerte y un bien la vida, un mal la enfermedad, y un bien la salud, pues basta tan sólo haber nacido para sentir, y por consiguiente nada más natural que el que los hombres como una consecuencia forzosa tengan por inmoral cuanto propende a destruir aquellos bienes, o a fomentar aquellos males. Aquí tenemos, pues, que la Moral parte forzosamente de nuestras primeras impresiones, sin que tal cosa, ni aun el código que sobre tales luces se fundara mereciera todavía el nombre de ciencia moral. Injusto por demás hubiera sido el Supremo Ha-

cedor si hubiera dejado al dilatado lapso de tiempo o de las investigaciones de la ciencia el fundamento de la responsabilidad, al paso que nos hiciera responsables. Lo mismo ni más ni menos (aunque en rigor antes más que menos, como luego veremos) sucede con la parte Física.

¡Cuántos conocimientos posee aún el hombre más salvaje de la naturaleza que le rodea, y cuánto y cuántos aplica a sus necesidades sacando de ellos el mejor partido, sin alcanzar las verdaderas causas, sin tener todavía la ciencia, que consiste en la doctrina, en el porqué de las cosas y sus relaciones!; y he aquí, cómo algunas veces, no siempre, cual manifesté en otro lugar, precede naturalmente el arte a la ciencia, la observación y los hechos siempre al raciocinio.

Si acometiera más por lo menos a hacer una breve reseña de estos conocimientos físicos del salvaje, veríamos en cuánto exceden a los intelectuales y morales que posee. Tiene noción de los alimentos y de su acción, conoce los venenos y los antidotos, conoce las estaciones y su influencia en su cuerpo y en la vegetación, o en la caza y la pesca, se fabrica una choza, aunque todavía no es arquitecto, llena la necesidad, pero aunque no ha llegado al arte, ni a la ciencia, reconoce la acción del fuego sobre los cuerpos. Sabe las cualidades de ciertos animales, mide el tiempo por medio de los astros, y por lo mismo estudia sus fases y posiciones respectivas, y sin embargo aún no es astrónomo; conoce porción de minerales, plantas y animales, y sin embargo no es naturalista; cura las dolencias de su hermano adolorido, en virtud de los secretos que posee, y sin embargo no es médico; en resolución, si el hombre más salvaje fuese a exponer cuanto sabe en orden a la naturaleza física, y en mucha parte hasta en orden a causas y relaciones, sería negocio de poderse llenar muchos volúmenes. Pero ¿a qué me detengo en esta vana demostración? ¿Son por ventura de distinto carácter esencial los hechos que sirven de base a la Moral? ¿No son las impresiones que el hombre recibe las que ofrecen sus fundamentos? ¿No es la razón el agente en ambos casos?

Tenemos, pues, que es muy inexacto afirmar que en las ciencias morales debemos saber más por llevar en nosotros mismos el instrumento y el objeto de la ciencia. Diríase que en cuanto a Moral y legislación nos ha dejado la antigüedad monumentos más acabados, más científicos que en el campo de las ciencias naturales, como lo prueban los sistemas políticos y religiosos de los Moisés, Licurgos, Solones, Numas, la legislación misma del Crucificado, sin contar con la respetable falange de obras célebres y verdaderamente científicas que en la Moral, política y legislación nos dejaron los más insignes filósofos, así griegos como romanos.

Antes de contestar este reparo, permítaseme recordar que, aun cuando fuera el caso tal como se representa, todavía los monumentos en la ciencia moral y legislativa, puestos juntos, no podrían sostener un instante el paralelo en cuanto a rigor científico con sólo los elementos de geometría

de Euclides. Y nunca olvide usted este dato tan preciso para la cuestión. Viniendo ahora a contestar directamente diré si no son monumentos dignos de ponerse en parangón con los citados las obras de Aristóteles y Teofrasto, de Epicuro, de Pitágoras, de Hipócrates y de Plinio sobre los fenómenos naturales, y los descubrimientos que hicieron los egipcios y griegos en la astronomía, en la geometría, en la música, y en general en las ciencias físico-matemáticas. Sólo la famosa *Historia natural* de Aristóteles es un tesoro inapreciable no como quiera de hechos preciosos sino de clasificación admirable, monumento a que no hay nada que oponer ni en lo antiguo ni en lo moderno en sentir del primer voto en la materia Jorge Cuvier; a Hipócrates, el primer observador de la antigüedad, ¿qué le oponemos para su obra *De Aëre, locis et aquis*,²⁰ atendida la edad del mundo en la época que alcanzó? ¿Y qué diremos de los inmensos conocimientos que suponen en la mecánica, la hidráulica y todas las ciencias auxiliares físico-matemáticas esos suntuosos monumentos de la arquitectura egipcia, persiana, griega y romana?

Hablen por mí sus templos y sus palacios, sus pirámides y sarcófagos, sus caminos y sus canales, sus acueductos y sus fuentes, sus puertos y sus bajeles. Ábranse no más las obras de Vitruvio, y cualquiera se quedará pasmado no sólo de los profundos conocimientos que despliega en las ciencias físicas y matemáticas el insigne arquitecto, sino el método eminentemente científico con que están expuestos, Hablen por mí sus estatuas... ¡ah! sus estatuas... ellas hablan bien por sí solas: ¿hase visto jamás una delicadeza, un acabamiento mayor que el que ofrece la escultura de los griegos? ¿Quién no se queda extasiado, adolorido, remedando involuntario las contorsiones, del sacerdote padre, al contemplar el grupo del Laooconte? ¿Quién tuvo un sentimiento más íntimo de la naturaleza, ni cómo se pudo llegar a él sino por la más minuciosa observación de las formas externas, de los hechos físicos? Cánova, el primer artista de la época, arrojaba desesperado el cincel, cada vez que miraba uno de esos fragmentos salvados por Inglaterra de las ruinas del Partenón, y con razón, pues yo sólo de ver aquellas majestuosas figuras de espaldas, me quedaba pasmado de la expresión de su aire y actitudes, y cuando volvía, [me quedaba] absorto [al] contemplar el poder sobrehumano conque había sido posible animar de aquel modo a aquellas piedras colosales.

*Potens est homo de lapidibus istis suscitare (non filios Abrahae—apage!) sed filios animae suae.*²¹ ¡Hablen por mí, aun relativamente a sus artefactos las reliquias desenterradas de Pompeya y Herculano, y se advertirán así las obras de necesidad como de mero ornato para lo público y

20. "Aires, lugares y aguas".

21. "El hombre tiene poder de hacer surgir de esas piedras (no hijos de Abraham, lejos de eso), sino hijos de su alma". (Paráfrasis del texto conocido de *Mateo*, 3, 9).

lo doméstico, así en los metales como en las piedras, con un primor, gusto y acabamiento, que formarán siempre el encanto no menos que la desesperación de los artífices modernos de la civilizada Europa. ¿Qué conocimientos físicos nos suponen estas artes de las propiedades de los cuerpos y de sus leyes? Las mismas artes de [la guerra], fundadas, todas en los conocimientos físicos ¿a qué estado de adelantamiento no llegaron entre esos pueblos notables de la antigüedad? La gimnástica, a que tanta importancia dieron los antiguos, no tan sólo como poderosa arma de la guerra, sino muy especialmente por la influencia de lo físico en lo moral, que ya percibieron desde los tiempos más remotos (*mens sana in corpore sano*) ofrece otro argumento precioso de la altura a que habían llegado sus conocimientos acerca de la naturaleza.

Pero... la naturaleza... ¿quién la conoció mejor, ni quién más digno de ser su intérprete que el dulcísimo Virgilio? Las *Geórgicas* son el más precioso tratado de agricultura que nos ha transmitido la antigüedad, tratado del que es un comentario no menos importante toda la obra *De re rustica*²² del célebre Columela. Difícil sería presentar un libro de ninguna época más acabado que el de las *Geórgicas*, y aquí prescindimos del mérito poético, en cuyo capítulo no tiene rival, sino considerado meramente como un tesoro vastísimo de observaciones, tan bien recogidas como compaginadas.

Y ya que se trata de ostentar obras acabadas en su línea, y en materia de ciencia de observación (permítaseme cierto desorden en las ideas, causado por la premura con que escribo, puesto que en nada perjudica a la claridad, único blanco que no debe perderse de vista en escritos de esta especie), declaran los inteligentes si habrá muchas que poner al lado de la *Geografía* de Estrabón. Pleno conocimiento de la materia, riqueza de observaciones, juicio sólido, mesura, discernimiento, son dotes que compiten en toda la obra, y nos hacen sentir a cada paso, como nos sucede respecto a tantos otros ramos, las infinitas obras importantes de los antiguos, que para siempre hemos perdido. Pues no debe echarse en olvido, que todavía no podemos menos que juzgarlos de una manera muy incompleta, muy a menudo casi a tientas, otras enteramente a oscuras, y en ninguna con aquel pleno conocimiento de causa que pide la recta y justa crítica. Descubrimientos sobre monumentos y obras antiguas que hacen a cada paso hoy los modernos investigadores.

Estas consideraciones me llevan como por la mano a tocar brevemente sobre los conocimientos físicos que suponían en los antiguos la práctica de las artes prestigiatorias, de la mágica, quiero decir, que empleaban los sacerdotes para apoyar sus oráculos, y mantener y acrecentar su imperio sobre las almas para gobernar los cuerpos. Apenas habrá quien no haya

22. "Agricultura".

ojeado alguna cosa sobre los milagros de Apolonio de Tianay y otros impostores, milagros muy particularmente divulgados por Filostrato, y por cuyo estilo puede verse mucho en Luciano, Flavio, Josefo y otros escritores de la antigüedad. Tenían estos adivinos o sacerdotes que apelar sin remedio a la astronomía y al conocimiento de la atmósfera para pronosticar los fenómenos celestes y meteorológicos con una exactitud tal que pudiese darles una investidura divina. “La facultad de traer el fuego de los cielos, aun en circunstancia en que la influencia eléctrica se hallaba en reposo, dice el señor David Breuzter, no podía menos de considerarse sino como un don celestial. Otro instrumento irresistible de impostura debió ofrecerles la facultad de hacer al cuerpo humano insensible al fuego, y en las combinaciones de la química e influencia de las drogas y embrocaciones soporíferas hallaron sin duda los antiguos mágicos sus más provechosos medios de alucinar”.

El uso secreto que hacían de los descubrimientos científicos, ha impedido en gran parte que sus procedimientos hayan llegado hasta nosotros, pero, aunque estemos muy mal informados respecto a los progresos de los antiguos en los varios departamentos de las ciencias físicas, con todo, tenemos pruebas suficientes para afirmar “que casi todos los ramos del saber constribuyen con sus maravillas a constituir el caudal del mágico, pudiendo hasta lograr alguna idea sobre las adquisiciones científicas de los primitivos tiempos por medio de un estudio diligente de sus fábulas y milagros”. No hay un solo ramo que no les pagara su tributo; la acústica, la hidrostática, la mecánica, y singularmente la óptica, eran en sus manos una mina inagotable de las decepciones que solicitaban. Si no temiera extenderme demasiado, yo extractaría de buen grado mil pasajes de Plinio en especial, para comprobación de cuanto queda dicho.

XXXIII

**¿DEBE ESTUDIARSE LA LÓGICA
ANTES DE LA FÍSICA?**

POR UN TERCERO EN DISCORDIA

(Noticioso y Lucero, febrero 18 de 1839.)

Habana y febrero 10 de 1839

Aunque sea renovar una cuestión que el autor del remitido del Diario de hoy da por concluida, me ocurren ciertos argumentos que harán quizás avenir a entrambos contendientes. Como me fatigan muchas ocupaciones y pocas ganas de perder tiempo, entraré de lleno en la cuestión: *¿Debe estudiarse la lógica antes de la física?*

Proponiendo así la cuestión, no hay hombre racional que no responda: sí, debe estudiarse.

1. Porque la lógica no es un conjunto de abstracciones escolásticas, de principios aéreos y sin aplicaciones constantes e inmediatas: se comienza a aprender desde que el hombre concibe la primera idea, y puede muy bien saberse lógica ignorando hasta la existencia de esta palabra, como aquel que habla prosa sin saberlo.

2. Porque del análisis del modo de adquirir nuestros conocimientos se ha formado un tratado que simplifica aquella acción natural y que se llama lógica o ciencia que nos enseña a discurrir. Por ella distinguimos el objeto esencial de sus atributos accesorios: por ella aprendemos a analizar las cosas, a compararlas entre sí y a deducir consecuencias. Luego sin saberla, nada podemos aprender. Luego es la base de nuestros conocimientos. Luego su estudio debe preceder al de todas las ciencias; y

3. Porque comenzando a estudiar los hechos de la física sin que preceda la lógica, o se enseña esta última prácticamente y entonces se estudia la lógica aplicada a los hechos o los hechos lógicamente mirados (lo que incluye su enseñanza), o no se aprende nada; y porque sin análisis, comparaciones y acciones, que es lo que enseña a hacer la lógica, no hay racionios ni estudios.

Así, para esclarecer la materia, pondremos dos cuestiones:

Primera: Sin saber discurrir, ¿se podrá comprender la naturaleza de los objetos que nos rodean, las causas que los sostienen en acción, las leyes que los rigen y sus aplicaciones?

¿Quién se atreverá a sostener la afirmativa?

Segunda: Los ramos que estudia la parte de la filosofía que se llama Lógica (y que según hemos demostrado no son la lógica propiamente dicha) ¿deberán enseñarse antes que la física?

No deben estudiarse, porque el entendimiento pasa de lo concreto a lo abstracto, de lo simple a lo compuesto, de lo fácil a lo difícil; y el niño comprenderá mejor los hechos sencillos y palpables que constituyen el mundo físico, que los complicados y las más veces abstractos del mundo moral.

Concluyo, pues, que a mi entender un catedrático de talento puede comenzar enseñando nominalmente la física, y en realidad la lógica aplicada a los hechos que estudia la física; y otro la lógica propiamente dicha, esto es, aplicada a los hechos o producciones de la inteligencia, y que uno y otro enseñan igualmente a discurrir aunque sobre diferentes hechos, debiendo el primero obtener mejores resultados que el segundo.

XXXIV

CUARTA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ

POR EL ADICTO

(Diario de la Habana, febrero 18 de 1839.)

He dicho que la verdad no es sistemática, porque ella es una y la unidad no puede dividirse. Dos sistemas son tan opuestos entre sí, como la afirmación y la negación: la existencia del uno supone indispensablemente la inexistencia del otro; ambos se destruyen mutuamente, pues una sola verdad no puede ser afirmativa y negativa a un mismo tiempo; por manera que las ciencias a que la antigüedad fijó un carácter y naturaleza transmitidos invariablemente hasta nosotros, han debido ser y son, en realidad, más perfectas que las que han sido combatidas por las oscilaciones de los diversos sistemas y partidos. En efecto, todo conspira, no a que aventuremos, sino a que aseguremos esta opinión: las doctrinas morales de Zoroastro, Confucio, las de los evangelistas y las de los juriconsultos romanos son tan exactamente las nuestras como las verdaderas matemáticas de Arquímedes lo son: tan invariables hoy como entonces: tan positivas en este siglo como en aquéllos; ésta es la mejor apología de nuestro juicio.

Si no hubiese probado aún que la perfección de las ciencias morales es debida no sólo a su facilidad y sencillez, sino también a que sus elementos están del todo en el espíritu y son emanaciones inmediatas del alma, me

valdré, para justificarlo, de ejemplos tomados de las naciones de nuestros días. Un esquimal y un patagón como un habitante de la Siberia y un lapón, a pesar del atraso de estos pueblos, son susceptibles de ideas tan exactas de la virtud y el vicio, de la naturaleza y consecuencia de ambos, como nosotros que lo somos tan superiores en civilización; mejor dicho, las tienen, y si no practican la primera en muchas ocasiones es debido a su vida miserable, precaria y salvaje que sofoca todos los sentimientos benévolos respecto a los demás, cuando la existencia propia los demanda para cada individuo; cuando se hace oír de un modo terrible la voz imperiosa de la conservación individual, voz perentoria e infalible alzada por la naturaleza contra los que contravienen a sus leyes, que concentrando todos los afectos de que es capaz el alma en uno solo y decisivo, despliega toda su energía sobre cuanto la rodea, sin consultar más interés que el suyo.

Mas poned a este hombre bárbaro en nuestra situación y le veremos variar de inclinaciones: sumidnos en su miseria y seremos peores, con mayor número de necesidades facticias, creadas en nuestra refinada sociedad. ¿Habrá esta misma susceptibilidad respecto de las nociones físicas más simples? De ningún modo; ellos presencian los mismos fenómenos físicos que nosotros, sin poder concebirlos, apreciarlos y exponerlos; ellos manejan la palanca, sin poder explicarnos siquiera su teoría, y sin las más ligeras nociones de dinámica; al paso que Solís, Magallanes, Cook y otros los encontraron en diversas épocas dando culto a diferentes divinidades, con una religión establecida que explicaban, y jueces de paz que dirimían sus diferencias. Tenemos ejemplos aún más patentes de esta verdad en obras de hombres célebres que nos dan una circunstanciada noticia de la conquista del Continente Americano.

México y el Perú eran los pueblos más aventajados de este vasto país al arribo de los españoles: ellos tenían conocimientos aritméticos y ligeras nociones de astronomía; pero en lo que más sobresalían era en materias religiosas y de gobierno, especialmente en éstas, hasta nivelarse con los pueblos más adelantados de Europa entonces, y aun con muchos de los actuales, como lo expone Humboldt en su ensayo político sobre la Nueva España. Así, me parece necesario concluir, que mientras más accesible es una doctrina para todos los pueblos, desde el más bárbaro hasta el más civilizado, recorriendo los diferentes grados de la escala social, más verdad y perfección hay en ella, si la acompaña también la unanimidad en la admisión de sus preceptos; y mientras más inaccesible y dividida sea, menos convicción y verdad hay en su teoría.

Si aplicamos estas conclusiones positivas a las ciencias morales y a las físicas, nos darán por resultado la perfección y ventaja de aquéllas sobre éstas. Además, cuando la Europa, sacudiendo el yugo de la ignorancia, se apoderó de la civilización del Asia y África, por los intermediarios griegos y romanos ¿qué la transmitieron digno de elogio ambos países? Ya lo he-

mos dicho, la moral de Confucio, la de Zoroastro, sus teogonías, sus falsas religiones; pero encaminadas a la virtud; sus acertadas legislaciones, las de Zeleuco, de Minos, de Solón, el *Pentateuco*, y los más caros presentes que la hiciera Roma fueron el Evangelio y su legislación admirable; nuestro sublime Evangelio y nuestra acabada legislación y la de toda la Europa civilizada.

Todavía más, si las ciencias físicas están más aventajadas en sus incuestionables principios e indudables verdades y por lo mismo más al alcance de las inteligencias limitadas, ¿por qué somos tan inconsecuentes en nuestro sistema de educación? ¿Por qué amontonar en la cabeza de un débil niño, como pasto más a propósito y digerible para su entendimiento, los preceptos más elevados de nuestra moral y los más augustos misterios de nuestro dogma? ¿Por qué los padres se desvelan en inculcar amor a la virtud y odio al vicio, a todos sus hijos en la niñez; esto es, en educarlos, sin conocer ellos mismos la naturaleza, causas y efectos de aquélla y éste? ¿Por qué en los establecimientos de educación, en que libran los padres su confianza y la suerte futura de sus hijos, velan tanto los gobiernos acerca de la probidad y virtud de sus directores y sistema de moral y enseñanza? ¿Y por qué en las ciudades se afana la autoridad en desviar los torpes espectáculos y la lectura de obras inmorales, poderosos incentivos para pervertir a la inexperta juventud, precipitándola en la asquerosa senda de la crápula y todo género de placeres sensuales viciosos?

Claro es que según el contrario sistema, empezar por la moral es empezar por el fin. Debemos primero ser físicos, químicos, geógrafos, matemáticos, botánicos y médicos para después ser moralistas; esto es, para poder apreciar lo que sabe un niño y un salvaje, la virtud, el vicio y sus consecuencias, por medio de la educación y la religión. Pudiera decirse, tal vez, que habiendo sostenido el célebre Carlos Comte una doctrina contraria a la mía no debía yo dudar de ella, por ser producción de un genio francés que en su elevación dista mucho de mí.

Confieso que me hallo convencido del respeto sin límites que debemos a los grandes hombres, cuando hablan la verdad a todas luces; pero no de la servil deferencia a la autoridad, cuando ésta se atavía con el poder y prestigio que le da la opinión sola. Si un hombre, cualquiera que sea su clase y rango literario, me convence, le aplaudo; si me hace dudar, le consulto y reflexiono, y si negar le desecho, haciendo abstracción siempre de las personas para mejor consultar los hechos. También puede un hombre menos aventajado elevarse alguna vez hasta la altura de un genio, no por todas vías, ni para sostenerse en ella como éste, sino por aquella que lo haya trillado el estudio y contemplándole de cerca descender rápidamente convencido de que no ha dicho verdad, pues ningún hombre ha logrado abrazarla del todo, y los sistemas más erróneos han sido muchas veces parto de

superiores inteligencias delirantes, mucho más temibles si los llega a dictar el talento y a vestirlos una pluma atrevida y elocuente que todo lo lleve tras sí, mintiendo, con torpes remedos de la mímica fantasía, los acertados procedimientos de la razón, mientras ella descansa, como lo expresa el siguiente dístico del sublime autor del *Paraíso perdido*: “Oft in her absence mimic fancy wakes to imitate her; but misjoining shades”. Por último, como se producen ejemplos de naciones bastante adelantadas en materias didácticas, y que abonan contrarias doctrinas a la que expongo, tales como Alemania, me parece necesario manifestar que no es éste el mejor medio de dilucidar la cuestión.

Este es un recurso de la autoridad, al *magister dixit*,²³ que sólo es legítimo cuando se le anteponen la verificación y convencimiento de las teorías que apoya: y así la conducta de tal o cual país, la de ésta o aquella época no deben determinar de ningún modo, sino si debe hacerlo y por qué debe hacerlo: éste es el verdadero aspecto de la cuestión, cuya sola convicción nos dirigirá en la presente.

En efecto, ¿quién nos garantiza la infalibilidad de la innovación que se trata de plantear, o que ya lo está? ¿quién nos asegura que las generaciones venideras no verán un error en lo que hoy se toma como una verdad, y no adoptarán el antiguo método que algunos escritores de nuestro siglo quieren desechar, mientras ellas le juzguen el verdadero, fácil y exclusivo medio de mejor y más expedita enseñanza, si consultan la historia del entendimiento humano y las primeras instituciones del hombre social, primeras por ser fáciles y fáciles por ser primeras? ¿Qué escritor del siglo XIX podrá tener la altiva pretensión de poner cotos a la inteligencia, hasta el extremo de querer que sus opiniones vayan al través de los siglos a servir de modelo y guía a las más remotas generaciones, cuando a nuestra vista se desvanecen teorías que creímos muy sólidas, y se la sustituyen otras, a que damos la misma calidad con igual suerte? Claro es que no nos hemos hecho un deber el adoptar opiniones ajenas sin el convencimiento de su verdad y acierto, ni menos admitir principios, sustituidos a otros indudables y positivos a nuestro juicio.

Antes de concluir quiero y debo hacer una profesión de mis sentimientos hacia el autor²⁴ de la *Memoria* inserta en las de la Sociedad Patriótica de esta Capital. Mi ánimo no es abrir un certamen acerca de esta materia, pugnando con tan vigoroso atleta: me juzgo muy inferior y menos capaz para poner en conflicto mis fuerzas con las suyas, superiores en mucho a mi corta capacidad: respeto demasiado el profundo saber y la ejemplar virtud del ilustre compatriota que guió mis primeros pasos en la carrera literaria,

23. “lo dijo el maestro”.

24. José de la Luz. (Roberto Agramonte.)

inculcándome amor a las ciencias con su ejemplo. Todas las ideas que dejo expuestas no son más que otras tantas dudas, cuya solución espero; y cualquiera que ella sea, si me convence, protesto no volver a tomar la pluma, pues mi ánimo no es establecer una desigual polémica con tan aventajado antagonista capaz de envolverme si desplegase la mitad de la suma de sus fuerzas.—*Adicto*.

XXXV

SEGUNDA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, febrero 23 de 1839.)

Diré más. Hasta que los mismos modernos no adelantaron considerablemente en el estudio de los fenómenos de la naturaleza, estuvieron negando varios hechos referidos del modo más auténtico por los historiadores antiguos, entre otros la existencia de los aerolitos o piedras caídas de la atmósfera, a que repetidamente alude el citado Plinio, de los cuales nadie duda en el día, no menos que de los famosos espejos ustorios con que incendió Arquímedes la escuadra de los enemigos de su patria situada a gran distancia de la ribera; pero que se contaban en el número de las fábulas hasta que no fueron imitados por el célebre Buffon. Lo mismo ha acontecido con infinitos pasajes de Herodoto, cuya historia puede considerarse en gran parte como una narración preciosa de los propios viajes, más que como un relato de cosas pasadas, y por lo mismo en extremo importante como colección de observaciones sobre todas las diversas materias recogidas en el discurso de sus romerías. El mismo modo de intruirse de los filósofos antiguos era el medio seguro de que se ocupasen tanto en cuestiones puramente físicas como morales, pues ninguno de ellos consideraba su educación terminada, si no llevaba el complemento o última mano de los viajes; no contentándose los más con una simple recorrida a los países que visitaban, trasladábanse efectivamente a ellos con ánimo de estudiar a fondo su naturaleza física y moral, situándose de asiento con preferencia en aquellos más célebres por sus adelantamientos en las ciencias, como lo hicieron los griegos respecto del Egipto, de donde sacaron rica mies para las naturales los Thales Milesio, los Pitágoras y otros de menor nombrada.

De este último es bien sabido que hasta columbró el verdadero sistema del mundo, después revivido por Copérnico,²⁵ y de Epicuro puede decirse que ofrece los lineamientos de la teoría newtoniana, en cuanto al sistema de atracción universal, y de la química moderna en cuanto a la teoría atomística, a no juzgar más que por la exposición que hace de sus doctrinas su discípulo Lucrecio en el poema *De rerum natura*. Admiran verdaderamente los pasajes en que se notan estas coincidencias,²⁶ sin que por eso pretendamos que Newton y los químicos modernos fuesen a aprender física y química en Epicuro ni en Lucrecio: se trata tan sólo de mostrar la altura a que en ciencias físicas se elevaron los filósofos antiguos, y me parece haberlo conseguido.

Pero ¿qué más ni mejor prueba de que todos los pueblos principiaron por las ciencias físicas que sus mismos sistemas religiosos primitivos, fundados todos en los sistemas cosmogónicos, que en sus *vedas* y *mithos*, o misterios y alegorías, nos ofrecen los más antiguos? Ahí están el Egipto y la India señaladamente para convencernos que desde la misma cuna de la sociedad, desde los tiempos fabulosos, aparecen mezcladas las cuestiones metafísicas y religiosas con la exposición de los fenómenos del mundo físico, o por mejor decir, como una consecuencia inmediata, la parte metafísica y moral, del conocimiento del universo material, advirtiéndonos así naturaleza en todo y por todo, que no podemos elevarnos a lo espiritual sino por la escala de lo corpóreo.²⁷ ¡Qué fácil me sería dejarme correr disertando

25. A este propósito podría también citar el tan famoso como divulgado pasaje de Séneca el trágico, que comienza: *venient annis secula seris*,* en el cual se vaticina la existencia del nuevo mundo del modo más terminante y circunstanciado. Si yo quisiera valerme de los recursos con que brinda la erudición moderna, ahí está el alemán Heeren, que me suministraría datos estupendos sobre las navegaciones de los fenicios, y en general sobre las relaciones mercantiles de los pueblos de la antigüedad, y los progresos consiguientes en las artes y ramos que ellas presuponian.

* “días vendrán, andando los años...”

26. ¿Qué ideas más sanas de física, y digo, ideas que se creían hijas de la ciencia moderna, sobre ser general la gravedad, que las contenidas en los siguientes versos del libro 2º: *Nunc locus est, ut opinor, in his illud quoque rebus –confirmare tibi, nullam rem posse sua vi— corpoream sursum ferri, sursumque meare*”? Y no como quiera, sino que ahora pasa a explicar las ilusiones o motivos de error. —“Ne tibi dent in eo flammaram corpora frauden-sursus enim versus gignitur et augmina sumunt... Pondera quantum in se est, cum deorsum cuncta ferantur.”* Y por este estilo se halla todo el poema lleno de las más profundas miras en las ciencias físicas, no extractando más, por no fastidiar ni fastidiarme. Modernamente se han encontrado en Pompeya muchos preciosos manuscritos griegos, exponiendo las doctrinas de Epicuro.

* “Creo que es éste el momento de asegurarte además lo siguiente: *que ningún objeto corpóreo puede, por su propia fuerza, elevarse o trasladarse de abajo arriba...*” “Y no te dejes engañar en este punto por la sustancia de las llamas. Pues surgen hacia arriba y hacia arriba crecen [lo mismo que los brutos rozagantes y los arbustos]; al paso que la generalidad de los objetos pesados, por su propia naturaleza, *se dirigen hacia abajo*” (*De rerum natura*, libro II, 184-190).

27. A este propósito véanse también mis artículos al *Dómine*.

por este campo riquísimo y aprovechándome de las luces que sobre él han esparcido en estos últimos años, así los más hábiles orientalistas como los primeros filósofos de la culta Europa! Sólo y tan sólo la historia de la astronomía bastaría para convencer hasta qué punto asombroso de adelantamiento arribaron los antiguos en las ciencias físico-matemáticas.

Oigamos sólo dos palabras del elocuente historiador de la ciencia para convencernos de ello. Contrayéndose {Heeren} a la marcha firme y científica que supo dar Hiparco, discípulo de la famosa escuela de Alejandría, a la ciencia, dice: “Hiparco sería el verdadero fundador de la astronomía, si esta ciencia no se hubiera ya perdido y vuelto a hallar, a la manera de un río, que hundiéndose en el seno de la tierra, para mostrarse de nuevo a distancias lejanas, parecer tener manantiales diversos”. Así recapitula con esta alusión los progresos que egipcios, caldeos y griegos habían hecho hacer a la ciencia. Pero bastan estas indicaciones para mi propósito, que no ha sido por cierto ventilar la cuestión de superioridad entre antiguos y modernos, sino únicamente convencer que estaban más adelantados en las ciencias físicas de lo que cree el erudito articulista, demostrando al mismo tiempo que todos los pueblos siguen forzosamente la ley de la naturaleza de comenzar por el principio, o sea, recibir impresiones antes de reflejarlas, observar y conocer la naturaleza exterior antes de conocerse a sí mismos.

Si así no fuera, ni sentido tendría el famoso *nosce te ipsum* de los griegos, pues el mero hecho de haberles predicado que se estudiasen a sí mismos, prueba hasta la evidencia que estaban tan engolfados en la investigación del mundo exterior, que se habían olvidado de la importantísima de su interior. Tampoco se explicaría mejor la memorable revolución causada por Sócrates, la cual sería en tal caso un efecto sin causa, toda vez que él no hizo más que atraer los ánimos enfrascados en la indagación de la naturaleza externa al importante estudio de la moral con el consejo y el ejemplo. Pero ¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio? De ninguna manera, pues así como en el estudio de nuestras facultades mentales hemos tenido que invocar las luces de la fisiología, aunque no sea más que para deslindar los efectos que pertenecen al instinto de los que corresponden a la conciencia, de la misma manera en la moral, donde se deben primeramente describir nuestras pasiones y las causas que las apagan y fomentan, es de necesidad apelar a aquella misma ciencia preciosa para determinar el influjo de los órganos y funciones corporales sobre nuestros afectos morales, cuyo estudio presupone el de la física propiamente tal no menos que el de la patología, o conocimiento de los desórdenes de las funciones, toda vez que no se puede conocer bien al hombre sano sin conocer bien al enfermo y viceversa, tocándose aquí, como sucede a cada paso, apenas se profundiza cualquier departamento del saber humano, el estrecho enlace que existe entre ellos, no habiendo en rigor más que una ciencia, dividida y diversificada en diferentes ramas, a causa

de la limitación de nuestras facultades, tan fuera de proporción con la inmensidad de la naturaleza.

Dije y repetí y probé que sólo el capítulo de la enajenación mental bastaría para dar las más importantes lecciones, así al psicólogo como al moralista y al jurisconsulto, sobre los puntos más delicados de sus respectivas provincias. Todo lo cual prueba que la perfección de la moral en gran parte correrá pareja con los adelantamientos en este ramo de las ciencias naturales. ¿De dónde, si no de la falta de Fisiología, así en la Psicología como en la Ética, pende que se hayan transmitido grandes problemas de estas dos ciencias de generación en generación, dándoseles diversa solución, según lo indican los varios sistemas que en ellas han reinado, sin atinar con la verdadera?

Por otra parte, nadie que reflexione sobre la historia de las revoluciones humanas, podrá desconocer que la moral, como la ciencia, se perfecciona de la misma manera que las otras, siendo tan hijas de la observación y la experiencia como cualquiera de las más experimentales, con sólo la particularidad de que muy a menudo, amén de los siglos que suelen aguardar por sus descubrimientos, en lo que también se parecen bastante a las físicas, todavía cuesta torrentes de sangre el establecimiento de cualquier nuevo principio, por provechoso que sea a la causa de la humanidad. Y después de establecido, nada parece más natural ni más conforme a la razón, asombrándose muy a menudo la generación subsecuente de que costase tan caro la adopción de una gran verdad en el orden moral.

Yo no alcanzo cómo concediéndose que la Ética es una ciencia de observación, y por lo mismo susceptible del progreso, que está enlazada con otras, máxime dependiente de la Ideología, yo no alcanzo, digo, como haciéndose tales concesiones (y las hace y aún se esfuerza en demostrarlas el contrincante, como veo ahora en el segundo fragmento de su artículo) pueda negarse que la moral se variará o corregirá, según los progresos de las ciencias físicas, máxime cuando para graduar ciertas acciones es forzoso conocer sus causas. No se vaya a creer por un instante que tratemos nosotros de inculcar que sean variables los eternos e inalterables principios de la ley moral, que va plantada en el corazón del hombre. Un solo ejemplo bastará para hacer comprender nuestra idea. Por la época en que los pueblos se habían formado de la agorería, v.g., se condenaba a la pena de muerte, aun entre las naciones cristianas,²⁸ a los reos de este delito enorme, según su legislación, que nunca es más que la expresión de las opiniones dominantes, base indispensable de su moral, siendo en esto muy consecuentes los hombres de entonces, pues partiendo del principio de ser la

28. Apenas hace un siglo que se condenó al último, y no en España sino en Escocia.

agorería un pacto con el demonio, y por lo mismo la más grave ofensa a la Divinidad, no le hallaban pena proporcionada, todo les parecía poco para el tamaño del delito.

Viene la antorcha de las ciencias físicas a ilustrar los entendimientos sobre sus verdaderas causas, humanas y muy humanas, nada de divinas, ni de diabólicas, y el pretendido enorme crimen queda reducido a un picadillo de chalatanismo, acreedor siempre a cierta pena, pero no a la horrible de muerte, ni tampoco a sus inmediatas. ¿Hay más que tender la vista sobre la larga historia de las humanas supersticiones para multiplicar los ejemplos de este género? Así lejos de ser extraño, está en la naturaleza de las cosas, no ya que varíe la moral, o más claro, los principios de acción de pueblos diversos, constituidos bajo distintas circunstancias del clima, religión, costumbres, leyes, etcétera, pero hasta la de un mismo pueblo en los varios siglos de su existencia, no ofreciendo la historia fenómeno más constante que ese continuo cambiar de los resortes que mueven a la humanidad.

Compárese la Edad Media con el siglo xvii y el xviii con el presente en las mismas naciones cristianas, y si se quiere, hasta en una sola de dichas naciones. Todas ellas, y señaladamente la Francia, se desvivían en el siglo xii por pasar a Tierra Santa a la conquista del sepulcro de Cristo, y esa misma nación en el xviii ya no siente el sacro fuego de la religión que le hizo obrar prodigios en los campos de Palestina, pero en su lugar, arrastrada por otro estímulo, ejecuta hazañas no menos portentosas, presentando un muro de pechos a toda la Europa armada contra ella. ¿Y moverían esos mismos resortes, y caso de mover, moverían del propio modo que antes a la Francia del siglo décimo nono? Nadie discrepa en la respuesta negativa, permitiéndoseme, sin embargo, observar que en medio de tanta variación e inestabilidad es uno mismo inalterable el corazón del hombre: cambian en él las ideas, pero permanecen las facultades, que le son congénitas, inherentes a su naturaleza. Efectivamente vemos en el fondo así de las cruzadas como de las campañas de la revolución, el mismo entusiasmo, la misma susceptibilidad aplicada a diversos objetos, y fomentadas con diverso pábulo.

El lector puede continuar el cotejo con el siglo presente, permitiéndoseme entretanto otra observación que no será fuera de lugar. Si nada sucede en vano en la naturaleza de las cosas, y si la historia es el teatro donde figura la humanidad, nada más conforme que esas variaciones, que en último análisis son otro nombre para decir progreso, puesto que la misma naturaleza parece marcarnos con el dedo que cada idea o resorte, una vez lleno su destino, no tiene para que aparecer más en la escena, o al menos, haciendo el papel principal que antes desempeñaba. Sólo de esta manera es como puede explicarse la historia, pues de otra suerte los hechos serían

efectos sin causa: en pos de la licencia del siglo XVIII vino forzosamente la moderación del XIX.²⁹

Pero ¿qué necesidad había de acudir a la historia en la cuestión presente, cuando el más sencillo razonamiento por sí solo basta a dejarla para siempre dirimida? Helo aquí, pues: las ideas influyen eficazmente en las acciones, pues que el hombre opera según cree: es así que las ideas cambian al infinito: luego las acciones han de seguir por fuera la misma suerte: esto es, que ha de cambiar nada menos que el tipo por donde han de dividirse, es decir; no solamente varía la teórica, sino la práctica: la ciencia moral precisamente en virtud de haber adelantado los conocimientos físicos y forzosamente la práctica, esto es, las costumbres.

Quiero todavía poner otro ejemplo luminoso, antes de pasar a desenvolver nuevas ideas. Ya se habrá notado que los escojo de aquellos que demuestran no sólo cambio en la legislación, sino también en la moral, como consecuencia forzosa de haber variado la opinión, así para no dar entrada a nuevas dudas, como para la inapreciable ventaja de patentizar las estrechas relaciones entre una y otra ciencia, viniéndonos a convencer al cabo de que el código civil de un pueblo es igualmente su código moral, lo cual sólo sucede por copiarse en él exacta y fielmente el estado de la opinión: desde la hora y punto que ésta varía, ya es muerta la letra de la Ley; existe escrita todavía, pero con el mismo género de existencia para el pueblo de que se trate, que otra cualquier ley de Licurgo o de Solón, esto es, permanece en el papel, pero ya no gobierna, es decir; ni se toma por tipo de las acciones de los individuos, ni por regla para las determinaciones de la autoridad. Pero vengamos al ejemplo ofrecido. La usura nos le proporciona muy al caso. No solamente era ilegal, sino que se tenía por pecaminoso en todas las naciones cristianas el más ligero aumento a lo fijado por la ley en el interés del dinero, a pesar de las vicisitudes que naturalmente ofrece el comercio, verdadero océano, que tan pronto retira sus olas de la ribera, dejándola enjuta, como las hace retroceder para inundarla. Pero como este principio cívico-moral dependía del concepto en que estaban los pueblos cristianos, fue menester que variase este concepto para que dejase de gobernar aquel tipo. ¿Y cómo varió dicho concepto? Porque presentando el mismo aumento del comercio entre los hombres nuevas combinaciones, nuevos fenómenos mercantiles, éstas pusieron en evidencia el hecho o fenómeno general de que al dinero le sucedía lo que a cualquier otro género en el mercado, a saber: “que vale mucho, si anda escaso, y vale poco, si corre abundante” —y desde este momento quedó derogada la ley moral, y barrenada la ley civil.

29. Cosa singular: Cousin, que explica del mismo modo la historia, no admite el sensualismo: los fenómenos en todos los ramos son causa y ocasión de las nociones. No quiero disertar ahora, sino marcar una contradicción, no se creyera que estaba en mí, que he combatido otras doctrinas del mismo autor.

¿Con qué derecho, con qué justicia se pudo exigir a un prestamista que diera barato su metálico, al paso que se le pedía más caro, v. g., por el artículo del sustento? Antes por el contrario, esta sencilla reflexión basta para patentizar la fuerza, la injusticia que le infiriera semejante legislación. Y tal es el imperio de la demostración, que los tribunales más respetables del mundo civilizado, tiempo ha que en punto a usura, a pesar de no hallarse derogadas las leyes de la materia, están declarando muy lícito un interés doble y aún triple del legal, según las circunstancias del mercado en la época del contrato. ¿Son éstas, o no son éstas conquistas, y grandes conquistas de la ciencia? Pero, ¡qué triunfos tan bien y tan trabajosamente alcanzados! ¿Por ventura se han obtenido así sencillamente con sólo asomar la idea madre de todos ellos, o no han sido el resultado de largas discusiones, prolongadas hasta por siglos, y manejadas por las plumas más elocuentes, por las plumas de los bienhechores, de los moralizadores del linaje humano?

Y ved aquí lo que distingue los progresos de las ciencias morales, como ya indiqué, que por fuerza han de ser más lentos, dado que sus experiencias no pueden ser tan perceptibles ni tan prontas como las que instituímos en nuestro laboratorios con los cacharros y las máquinas para ilustrar o dirimir las cuestiones físico-químicas, razón por que ni están ni pueden estar en general las ciencias morales tan adelantadas como las físicas. Aun en las mismas ciencias físico-matemáticas se nota que aquellos puntos que no pueden someterse tan pronto ni tan fácilmente a la experiencia, por contrariar el primitivo o más grosero testimonio de los sentidos, son más difíciles de establecer fuera de duda, como aconteció con el sistema copernicano. Aquí mismo se advierte otro motivo de grande supremacía científica: (hablo de los resultados, no del objeto, pues una ciencia puede ser más sublime que otra por su objeto, aunque no sea tan rigurosa en sus procedimientos) la mayor facilidad con que se adapta el precioso instrumento de las matemáticas a las ciencias naturales que no a las morales, sin dar a entender por esto que no sea también aplicable a las últimas, pues lo es, y en bastante grado (y aun ese será uno de los medios más eficaces para su progreso), pero no hasta el punto que a las primeras; así que lejos de hablar de un modo absoluto, nos valimos de la expresión comparativa, y por lo mismo restrictiva, de que se aplicaba dicho instrumento con mayor facilidad a unas que a otras.

(La experiencia que tengo en polémicas de esta especie me obliga a veces a entrar en explicaciones tan obvias que a muchos parecerán excusadas y que a mí, sobre excusado, me parecen fastidiosas; porque a la verdad sería delicioso no ya hablar lo menos posible, sino hasta por fórmulas si cabe, en materias científicas, pero por precioso que sea semejante método de exposición, todo es relativo en este mundo, y todo debe estar subordinado a la ley no menos áurea, por imprescindible, de decir cuanto se necesita,

máxime cuando desgraciadamente todavía se necesita, después de haberse dicho, en mi humilde concepto y en el de los peritos, hasta más de lo regular.) Bien podría aplicárseme, parodiándolo, como chistosamente lo hacía un amigo tan alcanzado como oportuno, el famoso verso de Horacio: “*Longus esse laboro, obscurus fio*.”³⁰ ¡Qué no sería, si fuera breve!” Pero, volvamos a la cuestión. Reflexionemos todavía acerca del ejemplo presentado, y veremos si es fecundo en consecuencias aplicables al asunto principal.

Él prueba, como ya demostré al *Dómine*, que no basta toda la fuerza del ingenio humano para que el hombre dé con ciertas verdades, por obvias que después de encontradas parezcan a los que aprovechándose de ellas, no tuvieron el trabajo de buscarlas, sino que es necesario que las circunstancias (que en el caso presente fueron el mayor desarrollo de combinaciones mercantiles) hayan devuelto los hechos a fin que haciéndose éstos más perceptibles, recaigan sobre ellos las observaciones, para después formar la ciencia. Y aquí está cómo no podemos dar un paso sin palpar que las ciencias morales son ciencias de observación, y por consiguiente, de progreso o perfectibles, tan experimentales como las que más, y a que por lo mismo es eminentemente aplicable el método baconiano de la inducción. Recordará el lector a este propósito, como ya dije al *Dómine*, siempre cito al *Dómine* (culpa del nuevo impugnador que no tomó la cuestión en el estado en que yo la dejé) que ni aun podía concebirse la existencia de las ciencias especulativas, o que era forzoso considerarlas como efectos sin causa, si no eran producidas con ocasión de las mismas necesidades del hombre: así la geometría nació a orillas del Nilo, en virtud de la necesidad de medir la tierra en que se hallaron los moradores del Egipto, más urgente que la de otros pueblos, por la circunstancia especial de las inundaciones frecuentes de aquel río famoso, que borraba a cada paso los límites de las heredades. Así también la Economía política, a cuya ciencia pertenece el hecho que sirvió de ejemplo, nació precisamente en la Gran Bretaña, donde había de presentar más ocasión para especular sobre estas materias, en virtud del mayor ensanche y desarrollo que en aquel campo tuvieron las artes industriales y las negociaciones mercantiles. No de otra manera se ha formado en gran parte la jurisprudencia de las naciones modernas. Para todas las del mundo era de absoluta necesidad constituirse bajo ciertas leyes; pero las europeas, habiéndose encontrado ya formado el código de los romanos, en el cual veían ya llenas muchas de sus necesidades civiles, hubieron naturalmente de adoptarlo o casi en su totalidad o al menos como base de ulteriores trabajos.

Efectivamente, no quedando satisfechas todas las necesidades de los pueblos, vemos que las decisiones de sus tribunales o cuerpos gubernati-

30. “me afano por ser difuso, y resultado oscuro”. El texto de Horacio es *Brevis esse laboro, obscurus fio* (“Al querer sera breve, resultado obscuro”. *Arte poética*, 25-26).

vos superiores, adoptadas primero para resolver los casos particulares, no previstos los más por las leyes vigentes, se elevaban después a la esfera de leyes civiles, e iban a incorporarse en el código. Así es como se han formado las legislaciones europeas.

Lo mismo acontece en la política: si las revoluciones no desarrollan ciertos hechos, en vano se esforzaría la razón humana en preveerlos y estorbarlos. Las mismas instituciones civiles y políticas pueden y deben considerarse como unos verdaderos ensayos o experimentos en punto mayor, que andando el tiempo nos revelan los resultados, que no podríamos esperar, y que a veces ni pudimos pronosticar. Bien sentían toda la fuerza de estas verdades los formadores de la constitución angloamericana, pues siempre la han caracterizado con el expresivo epíteto de *nuestro gran experimento*. Con efecto, aun siendo una república el gobierno político de los Estados Unidos, ¿qué puntos de semejanza median entre ella y las repúblicas de la antigüedad? ¡Qué diversidad de elementos físicos, morales y políticos no juegan en uno y otro caso! No es necesario más que apuntar el paralelo para sacar las consecuencias. ¿No quedaron en este solo ejemplo desconcertadas todas las teorías de la antigüedad en materias gubernativas? No porque ellas sean acreedoras a nuestro menosprecio, sino porque no habiendo tenido sus autores a la vista estos nuevos hechos, no pudieron despertárseles las ideas consiguientes.

Si tal no fuera, ¿qué negocio más sencillo habría que el de gobernar a los pueblos? Pero desgraciadamente es el más difícil de todos, como que más que ninguno reclama los costosos y largos frutos de la experiencia en el orden moral. ¿Por qué oímos repetir a cada paso que la revolución francesa es el libro más instructivo para los que dirigen las naciones? Porque ella desconcertó innumerables doctrinas recibidas, y fue madre fecunda de otras infinitas a que no hubiera podido llegar toda la perspicacia del ingenio humano, dedicado exclusivamente por siglos a especular sobre estas materias. Tenemos, pues, que en moral, en jurisprudencia, en economía pública, en política, lo mismo que en cualquier otro ramo experimental preceden los hechos a las disposiciones, las experiencias a las doctrinas, las causas a los efectos, siendo de notar precisamente que cuando se quiere prescindir de este método natural y se trata de adivinar en vez de acertar o deducir, lo que se logra es que las ciencias especulativas queden estacionarias y aún retrógradas en vez de adelantar. Y ved aquí cabalmente la tacha que suele ponerse en general a los filósofos antiguos que en sus síntesis atrevidas se encumbraban por los campos imaginativos, olvidándose del terreno firme de los hechos. ¡Cuánto más no hubieran progresado los griegos con sus brillantes disposiciones hasta en las ciencias experimentales, si hubiesen siempre seguido esta senda! Pero una vez vista por los modernos la eficacia de semejante método en dichas ciencias, no han podido menos, máxime tocando la identidad de origen en todas ellas, de

suspirar por su aplicación a las llamadas impropriamente morales o especulativas, para imprimirles una marcha más firme y rigurosa, prenda segura de sus ulteriores adelantamientos.

Y heme aquí conducido como por la mano a tratar de resolver otra de las dudas del señor Adicto sobre el estado de atraso en que afirma se hallaban comparativamente las ciencias morales respecto de las físicas y matemáticas, pues en cuanto a ser ciencias de observación y susceptibles de progreso, no obstante de descansar en algunos principios tan inalterables como universales (cosa que por otra parte en nada se opone al progreso), no puede ya quedar ni sombra de duda aún al entendimiento menos prevenido.

Pero antes de ventilar este punto, permítame el señor Contrincante, le recuerde que bajo el nombre de ciencias morales se comprende en general todos aquellos ramos de los conocimientos humanos en que no se hacen materialmente experimentos y observaciones con los instrumentos y reactivos como se practican en las llamadas naturales. Es tanto más necesario recordar el sentido en que se toman las palabras cuanto que este señor, en realidad, casi ha contraído sus argumentos, para demostrar el estado de perfección a que en su concepto han llegado las ciencias morales, y la Moral misma y la Jurisprudencia, debiendo tener presente que aun cuando dichas dos ciencias se hallasen real y efectivamente en el estado de adelantamiento que pretende, todavía esta demostración no infirmaría en lo más leve el aserto general de que las ciencias llamadas morales se hallan en atraso respecto de las naturales, pues bajo aquel nombre genérico se comprenden la psicología, la lógica, la metafísica, la filosofía de la historia, la ciencia de la educación, la política, la economía pública, etcétera, y en general, como he dicho antes, todos aquellos ramos, que si bien son de experiencia y observación, no observan ni experimentan con aparatos e instrumentos. Por esta razón siempre me incliné a apellidar intelectuales a dichas ciencias —término que está sin duda menos expuesto a equívocos e interpretaciones. Así distinguiremos: ciencias especulativas por excelencia, las matemáticas, que constituyen ramo aparte, ciencias físicas o naturales y últimamente ciencias especulativas, o intelectuales, o morales, que hemos ya enumerado, y que participan rigurosamente de la naturaleza de las primeras y segundas, bien que aún más de éstas que de aquéllas, por ser eminentemente ciencias de observación; así que a todas puede con razón aplicarse este epíteto, pues aún las mismas matemáticas tienen su punto de partida en la observación; pero pues son ellas tan sólo las que en sus progresos y procedimientos pueden prescindir de la observación, quédese este distintivo, como el más característico para todas las demás, tocando de derecho a las de la cantidad el de eminentemente especulativas, que bajo otro sentido intelectuales todas lo son, pues que en todas entra el entendimiento como causa.

Si se hubiera tenido a la vista la nomenclatura que en verdad proponemos, estoy por decir que se habrían excusado muchas cuestiones de la naturaleza de la presente en las ciencias llamadas morales. Porque efectivamente recordando que eran de observación, ya se daba a entender que eran susceptibles de progreso, y que en sus pesquisas no debíamos atenernos exclusivamente a las deducciones de la razón humana. Empero si se reflexiona un momento, conoceremos que en el estado en que se hallaban los entendimientos, no era tan sencillo como parece a primera vista dar con una denominación que caracterizara la verdadera naturaleza de dichas ciencias, siendo así que esa misma era la cuestión, puesto que se estaba en el concepto de que en ellas podía procederse meramente con el instrumento de la razón, o sea, que las ciencias llamadas morales eran puramente especulativas. ¡Tan cierto es que la precisión del lenguaje viene en pos de las ideas! Hasta que los infinitos tropiezos que se daban en las ciencias morales, tanto más notables cuanto contrastaban con la firme marcha que gracias al método ya tomaban las naturales, no desengañaron a sus cultivadores de la ineficacia de sus procedimientos, no comenzaron a desconfiar de su razón aislada, y a convencerse de la indispensable alianza de ésta con la observación para llegar, y llegar bien, a la suspirada meta.

Todavía no bastó que una voz tan enérgica como autorizada, al contemplar los antiguos extravíos, clamase con todo su vigor: *Hominiimum intellectui non plumae sunt addende, sed potius plumbum et pondera*; “al entendimiento del hombre no conviene darle plumas para que vuele, sino plomo que le sirva de lastre”.³¹ Fue menester que los hombres vieran los milagros operados por este principio en las ciencias físicas, para que viniesen en deseo de aplicar tan abonado instrumento a los demás ramos de sus investigaciones. Verdad es que no hay ramo alguno en que no partan los hombres de ciertas observaciones, y esto precisamente así los antiguos como los modernos, pues hasta las hipótesis más atrevidas recaen sobre ciertos hechos u observaciones, en una palabras, las ficciones mismas se inventaron, no por inventarse, sino por explicar las realidades.

La diferencia, pues, entre el método puramente racional y el experimental se cifra en que el primero, creyendo suficientes unos escasos datos para levantar el edificio de la ciencia (como sin inconveniente puede hacerse en las matemáticas, por comportarlo su objeto, pero no el de las demás) prescinde de ulteriores observaciones, al paso que el segundo, juzgando éstas indispensables, detiene el vuelo del ingenio tan luego como le faltan estos preciosos escalones y materiales para elevar la fábrica.

No de otra fuente nace la discordancia entre la teoría y la práctica en las ciencias intelectuales, pues cuando se aventura una doctrina sin ir apoyada en todos los datos necesarios, como harto a menudo ha acontecido en

31. Bacon (Roberto Agramonte).

legislación, y en política, nada más natural que después se haya estrellado contra los hechos no previstos, o sea, las leyes del mundo moral que propiamente constituyen la práctica. ¿Quién no sabe que un sinnúmero de leyes civiles promulgadas en distintos tiempos no pueden ni deben considerarse sino como unos verdaderos ensayos o experimentos, que aplicados a la sociedad, habían de revelar la acción de sus resortes, y por lo mismo señalar el camino para corregir la teoría? Y si nos internamos en el dilatado campo de la política, ¿quién ignora las pruebas más o menos funestas hechas por las naciones en un cortísimo período en su sistema de gobierno, pruebas todas hijas de su inexperiencia, y en que por lo mismo no podían obviarse, no diré todas las dificultades recónditas, pero ni aun las que debían parecer más de bulto? Sólo pido que se tienda la vista por una sola página de la historia de la República Francesa. Por doquiera que volvamos los ojos en el vasto campo de los conocimientos humanos, hallaremos como una ley invariable la necesidad en que está constituido el hombre de no salir del círculo eterno de la experiencia a las analogías y de las analogías a la experiencia; o en otros términos, de los hechos al raciocinio, y viceversa; por lo que se ve, y sea dicho de paso, que no es nuestro ánimo rebajar en lo más leve el alto rango que ocupa la razón humana, esta centella de la Divinidad, sino al contrario queremos hacerla más digna de su origen, recordándole la ley a que la sujetó el Supremo Hacedor, para asegurar el acierto que es el resultado que más puede acercarla a él.

De lo dicho se infiere que rigurosamente hablando no deberíamos decir que la teoría está en pugna con la práctica, sino más bien que es incompleta o falsa, si no abraza los hechos que debe comprender, o los desfigura a su tamaño, pues la teoría no debe ser más que la expresión general o clave que a todos los hechos encadena. Pero no es posible que la razón humana descubra desde un principio, no ya los hechos todos, que éstos se revelan a sí mismos, y los revelan las circunstancias, o los arranca el ingenio a la misma naturaleza, pero ni aún las relaciones de los hechos: luego hasta en sus mismas teorías ha de ser forzosamente progresiva. Con sobrado fundamento, pues, habló el que dijo que los hechos eran más preciosos cuando contradecían que cuando confirmaban doctrinas recibidas, no siendo en rigor nuestras teorías más que unas aproximaciones al conocimiento real de las cosas.

Después de estas observaciones se hallará más despejado el sendero para resolver las dudas del señor Adicto acerca del estado de atraso respectivo en que se encuentran las llamadas ciencias morales. Al intento escogeré algunos ejemplos luminosos, pues sería un proceder infinito el recorrer todo el campo de estas ciencias y después el de las físicas, para hacer un cotejo exacto de su respectivo estado y circunstancias —tarea además tan innecesaria como ajena del presente papel, en el cual no puede tratarse ni de hacer la historia de las ciencias, ni de exponer todas sus

doctrinas. Si logramos darnos a entender por medio de ejemplo notables, el lector fácilmente hará las aplicaciones, que no las podemos temer; puesto que con ellas no haría más que ganar fuerzas nuestra demostración.

Permítaseme todavía, en gracia de la mayor claridad, antes de entrar en el cotejo de unas ciencias con otras, advertir: 1º que hay ciertos principios en las morales tan evidentes y seguros como los que rigen en las matemáticas, así v.g., es tan demostrada la existencia del pensamiento como cualquier axioma de geometría; es tan demostrado que la salud es un bien y la enfermedad un mal, como que dos y dos son cuatro. Pero de aquí no se infiere 2º que en lo demás sean dichas ciencias del mismo rigor que las matemáticas: así no hay que formar argumento de los principios a los progresos y estado actual; 3º recuérdese que en las matemáticas puede continuarse con sólo el raciocinio, al paso que las otras ciencias no pueden seguir sin la observación; 4º que ésta suele ser más pronto y fácilmente realizable en las experimentales que en las morales; 5º que el instrumento del cálculo, aunque aplicable a todas hasta cierto punto, lo es más a las primeras que a las segundas, y así se explica el admirable estado de adelantamiento y de rigor matemático a que han llegado muchos ramos de la física —rigor muy difícil, por no decir imposible de conseguir, no ya en las ciencias intelectuales, pero de que distan muy mucho aún algunas de las naturales.

Todo esto presupuesto, entremos más de lleno en la cuestión. Y empezando el cotejo por la Psicología, sólo el hecho que ofrece la historia, de la diversa solución que se ha dado a la del origen de las ideas, cuestión que encontramos propuesta desde los primeros pasos de la ciencia, bastaría para decidir la que tanto nos ocupa. Tomémosla tan sólo desde la antigua Grecia, y desde luego advertiremos cuán diversamente la resolvieron Platón y Aristóteles. Siguiéron luego divididas siglos y más siglos las escuelas formadas por estos insignes caudillos en la cuestión del origen de las ideas, tan fundamental en la ciencia cuanto que ella por sí sola basta a caracterizar y aun a producir la diversidad entre los sistema filosóficos. Reinó después casi exclusivamente la solución del Estagirita durante el largo período del escolasticismo, hasta que viniendo al mundo el gran Descartes y derrocando el peripato, revivió y modificó las ideas de Platón. Preséntase después Locke en Inglaterra reproduciendo con nuevos datos el sistema sensualista, y a poco aparece en Alemania una estrella de primera magnitud, el universal Leibnitz, que trata de alumbrar, y alumbró todos los horizontes de la ciencia, y pretendiendo conciliar el sensualismo con el espiritualismo (lo que en sí ya es otra solución) confiesa francamente la tendencia de sus opiniones más bien hacia las del idealista griego que a las de su esclarecido discípulo. Pero a pesar de este impulso dado por Leibnitz a la filosofía, hace sin embargo fortuna en Francia el sensualismo en manos de Condillac y de la famosa escuela que le siguió, a la sazón que en el Norte

de Alemania se presentaba otro gran pensador original, Kant, llamando a examen las opiniones dominantes y produciendo una revolución en los espíritus, la más notable quizás, después de Cartesio, aunque por entonces confinada todavía a los límites de la dilatada familia teutónica —revolución que volvía a llamarlos al espiritualismo, pero un espiritualismo muy modificado, pues Kant no es rigurosamente platónico, ni cartesiano.

Por el mismo tiempo comenzaba a florecer en Escocia la famosa escuela de Edimburgo, que inclinándose al espiritualismo, fincó sin embargo su mayor empeño en hacer una historia completa de los fenómenos del alma, para preparar una teoría de sus facultades, que todavía se deja desear en la ciencia. No hablaré de los diversos sistemas y variedades de sistemas en que se dividió y subdividió la Alemania después de Kant; bastárame citar solamente los nombres más notables de Fichte, Jacobi, Herder, Hegel, Schelling y Gruppe, con que llegamos hasta nuestros días, y volviendo los ojos hacia la Francia moderna, donde el sensualismo había echado tan hondas raíces, gracias a la filosofía del siglo XVIII, no menos que a los progresos posteriores de la escuela fisiológica, encontraremos al famosos Cousin,³² importando y tratando de aclimatar en su patria el nuevo idealismo alemán, a quien había preparado el camino por medio de las doctrinas escoesas, más relacionadas con aquel sistema el célebre Royer Collard. Pero apenas se presentan estos campeones en la arena, cuando otros adalides no menos esforzados salen a disputarles el terreno, y descargarles golpes de que no es fácil levantarse.

Esta imperfectísima reseña histórica en que no suenan otros nombres muy famosos en los varios sistemas de la ciencia, es, sin embargo, más que suficiente para mi propósito, reducido a demostrar el atraso respecto de la psicología, por las vicisitudes de las opiniones en la famosa cuestión fundamental del origen de las ideas, tan antigua como la ciencia. Diré más, sin salir de la mera historia: aún los medios metafísicos actuales que podríamos comprender bajo el nombre genérico de racionalistas, todavía se subdividen rigurosamente en especulativos, sintéticos y positivos, o si se quiere con Damiron (aunque quizás no de un modo tan comprensivo), en espiritualistas, eclécticos y teológicos, pudiendo enumerarse entre los positivos a De Bonald y Lamennais, entre los especulativos a Hegel y Cousin, y entre los sintéticos a Eckstein y Schelling. ¡Conque después de tantas vueltas y revueltas, por espacio de tantos siglos, y habiendo pasado por el crisol de los ingenios más privilegiados del orbe la famosa, la fundamental cuestión, *adhuc sub judice lis est!*³³ ¿Y podrá la Psicología resistir un momento el paralelo con la Física, o algunas otras ciencias naturales? Y

32. Cousin es discípulo de Hegel y Schelling, pero en cuanto a su plan de conciliación o su eclecticismo, como él lo entiende, es propiamente alumno de Leibnitz.

33. "¡todavía no se ha decidido la cuestión!".

cuenta que no se trata de deprimir unas ciencias para encumbrar las otras; la cuestión no es de antipatías o simpatías; por el contrario, precisamente los que más desean el adelantamiento de las ciencias intelectuales, mejor convencidos que nadie de su atraso, a fuer de conocedores del terreno, son los que ansían porque se les aplique el mismo método que tan bien ha probado en las naturales, como único medio de llegar al blanco suspirado, si no tan pronto, ni acaso tan completamente, por no permitirlo la naturaleza del objeto, al menos hasta donde sea dado a la humana capacidad.

Por este orden podría ir recorriendo uno a uno los principales capítulos de la Psicología, y comparándolos con otros de las ciencias físicas, ir convenciendo más y más de los fundamentos de mi aserto. Pero fuera de ser esa demostración un proceder infinito, de intento escogí como ejemplo una cuestión vital en la materia, cuestión-madre, digámoslo así, para que se me excusase de entrar en más pormenores, que hartó me compelen a dilatar-me más de lo regular las multiplicadas dudas del señor Adicto —razón por qué se me permitirá continuar bosquejando el estado de las demás ciencias llamadas morales, o especulativas, para después al fin confrontarlas a todas de una vez con el estado que ofrecen la mayor parte de las naturales.

No ha sido mucho mejor la suerte de la Moral o Ética, considerada como ciencia, que la que ha cabido a la Psicología, no pudiendo la primera evitar hasta cierto punto semejante destino, por ser una secuela precisa de la segunda.

Y éste de suyo es el lugar oportuno de notar que el articulista ha confundido a cada paso en su papel la Moral práctica, o los principios morales, con la teoría o ciencia de la Moral. Entendámonos, así porque en este caso es forzoso proceder con la mayor precisión para asegurar la claridad, como porque no quiero ni en mil leguas suponer al articulista a quien refuto opiniones o doctrinas que no ha sustentado, o especies a que no se ha contraído. Yo jamás calumnio. Entendamos: No digo yo que el señor Adicto deje de conocer que hay principios o hechos morales al mismo tiempo que una teoría sobre estos hechos, y tan no puedo pensar así, cuanto el mismo señor pretende que los filósofos antiguos primero, y los padres de la Iglesia posteriormente, siguiendo las luces del Evangelio, llegaron al *non plus*, no ya de la Moral preceptiva sino precisamente de la ciencia moral. Pero esto no estorba que en otros pasajes de su papel haya confundido, como he dicho, la moral práctica o preceptiva con la ciencia moral, según puede verse entre otros lugares, en el penúltimo párrafo de su artículo, tratando de la primera educación de los niños.

Hay ciertos principios o hechos fundamentales en Moral comunes a todos los países y a todos los sistemas religiosos, y aunque en ellos se funde la ciencia moral, no son ellos los que constituyen tal ciencia. La ciencia se cifra en el porqué de las cosas, en la averiguación de las relaciones y causas de los hechos, y por una forzosa consecuencia en su arreglo y

clasificación, a fin de proporcionar fórmulas que guíen y sirvan para ulteriores progresos y aplicaciones. Así es que en la Moral, considerada como ciencia, hallaremos la misma divergencia de opiniones entre sus cultivadores que en Psicología entre los metafísicos. Todavía se disputan hoy el terreno los dos sistemas del principio de nuestras acciones, del tipo para graduar su justicia o injusticia, a saber: por un lado los desinteresados, y por otro los utilitarios, que se subdividen en varios matices, según entienden más o menos latamente esos mismos principios, al paso que todavía hay quien no se conforma absolutamente ni con unos ni otros, tachándolos a entrambos de faltos de la debida observación.

Verdad es que un hombre educado según las máximas del cristianismo, no solamente sabrá lo que debe practicar en tales y cuáles casos determinados, sino que hasta dará cuenta de muchas de las grandes cuestiones relativas al alma y al mundo, como v.g., la naturaleza espiritual de la primera y la creación del segundo. ¿Pero sabe científicamente lo que debe hacer y lo que debe creer, o lo que sabe en virtud de habérselo comunicado por mera tradición? Y ved aquí el papel de la religión y el de la ciencia perfectamente deslindado. Por ambos caminos llega el hombre al mismo resultado, pero son diversas las sendas, y diverso el modo de caminar. La ciencia le demuestra lo que la religión le ha enseñado, siendo por lo mismo su mejor aliada lejos de ser su antagonista. La religión se dirige también a los sentidos, habla a la imaginación, a la masa del linaje humano, al paso que la ciencia se dirige exclusivamente a la reflexión, y por consiguiente a un número más reducido de la humanidad, el cual a su vez aprovecha y recoge las luces de la ciencia para demostrar mejor a la muchedumbre las mismas verdades de la religión; en este sentido son los sabios tan sacerdotes como los ministros del altar, ¿y no se llaman éstos los ministros de la palabra? ¿Y cómo pudieran emplearla sin estar al cabo de los recursos de la ciencia y arte humanos para inculcar los preceptos divinos? ¿Ni cómo hubieran podido esas lumbreras refulgentes de la Iglesia, los Tertulianos, los Jerónimos, los Agustinos y los Ambrosios haber confundido las cabezas que siempre levantaba la hidra de la herejía, sin haber empleado hábilmente los resortes de la razón para las demostraciones de los dogmas? Pues aunque al entendimiento humano no le es dado explicar los misterios de la revelación, para establecer las doctrinas de la misma revelación se le otorgó el instrumento del raciocinio, y por la razón y con la razón es como en definitiva juzga sobre la necesidad y pruebas de la incomparable religión revelada.

Pero viniendo de esta especie de digresión antes ilustrativa que inconducente, sigamos describiendo la jurisdicción de la Moral preceptiva y la de la ciencia moral, y observemos 1º que aun muchos de esos principios o hechos morales que se tiene por universales, no lo son en la realidad, puesto que en diversas naciones se practican acciones enteramente con-

trarias unas a otras, teniéndose precisamente por buenas en unos países aquellas que se tienen en otros por malas; segundo, aun en las naciones que deberían estar más uniformadas por hallarse sometidas a la influencia de una misma religión, se encuentran prácticas las más opuestas entre sí; y 3º aun una misma nación las ofrece, según las varias épocas de su historia. De donde se infiere que aun en moral práctica, prescindiendo de la teórica, están los hombres sujetos a la ley del progreso, como en todos los demás ramos, dependiendo en muchos casos sus adelantos morales del progreso de las ciencias físicas, así como en otros, del de las intelectuales. 2º Dedúcese igualmente que aun cuando por el cristianismo llegase el hombre al *non plus ultra* de la Moral, esto no quiere decir que arribase al *non plus ultra* de la ciencia, en la que tanto hay por descubrir así como por arreglar y clasificar lo ya descubierto.

Y antes de pasar adelante, es necesario hacer una distinción con respecto al cristianismo: o se considera como institución divina, y entonces no hay cuestión, o lo que hay por decir es muy favorable a mi modo de ver, puesto que la necesidad de su introducción prueba que no ya la razón humana por sí sola, pero ni aun esta misma razón alumbrada por la experiencia de los siglos, bastaba en realidad para morigerar el linaje humano, o aun cuando se le considerase humanamente, vemos en él la consecuencia y resultado del progreso, pues que la historia nos muestra al hombre en los primeros pasos de la sociedad con una religión grosera, material, después adorando ídolos, luego pasando de la idolatría al politeísmo; en seguida destruido este sistema por el teísmo, cuyo primer representante universal se nos ofreció en el pueblo judaico, viniendo a quedar este último absorbido, amplificado, y más espiritualizado en la sublime religión del hijo de María. Y ved ahí la marcha de la humanidad en todos ramos. Así la pintura fue primero que los jeroglíficos, y los jeroglíficos primero que las letras; como las parábolas fueron primero que los argumentos.

MARZO



XXXVI

TERCERA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(Diario de la Habana, marzo 3 de 1839.)

Está, pues, más que manifiesto cuán inexacta es la noción del señor Adicto, pues pretende nada menos que poner un coto intransitable a la humana naturaleza que es tan eminentemente perfectible. Lejos de considerar a la moral cristiana como el término, debe más bien mirarse como el germen fecundo de frutos sin términos para la mejora de la humanidad. ¿A qué otras causas que al espíritu del cristianismo y a las concomitantes investigaciones en las ciencias físico-matemáticas que él permite y aun fomenta, se debe la actual superioridad del mundo Occidental sobre el Oriental? Esas indagaciones y conquistas de la moderna civilización ofrecen al entendimiento del hombre nuevos hechos así en el mundo físico como en el moral, que coadyuvan eficazmente al adelantamiento de la ciencia de los deberes. Sin salir del cristianismo, ¿no se creía antes que era una acción aceptable a los ojos de la divinidad usar de medios compulsorios para inculcar nuestra creencia a los penitentes? Y hoy mejor entendido por la generalidad el espíritu del cristianismo, como siempre lo entendió la

Iglesia, no se tiene por una virtud evangélica la lenidad y tolerancia con toda especie de disidentistas? Y sin embargo, ¿no había la religión dulce del Cordero predicado el perdón hasta a los enemigos? Fue necesario, pues, que el tiempo, la experiencia, la mayor ilustración fueran ejerciendo su influencia en las masas, para que en la práctica se generalizasen las máximas divinas del Crucificado. Ningún pueblo tuvo más cerca los milagros de Jesús que el pueblo israelita, como que en su mismo seno se obraron todos esos prodigios, y sobre todo el sin igual de la redención. Y sin embargo ninguno más obstinado en sus principios en rehusar la debida fe a tantas maravillas. No en vano dijo el mismo Cristo que “nadie podría ser profeta en su patria”.

Yo he dicho antes que el articulista mi adversario que no habría mejor curso de moral que aquel en que se adoptase por texto, no ya el catecismo de nuestra santa religión, sino el mismo Evangelio cual está escrito, y esto por parecerme el único libro que se hizo para los párvulos y los adultos, para los ignorantes y los entendidos. Pero es evidente que en la exposición del Evangelio tendría el profesor que echar mano de los recursos con que le brindan los otros ramos de los conocimientos, para hacer sentir mejor las verdades que en él se enseñan. Pues todavía no está aquí toda la moral considerada como ciencia. Tratándose en ella de las inclinaciones del hombre, de sus pasiones, se hace forzoso estudiar la influencia de todos los agentes, así físicos como morales, en nuestros afectos, para sacar por consecuencia los medios de corregirlas. Tratándose por ejemplo de la ira, puede hacerse notar cuanta parte son a producirla dos manjares muy estimulantes, obteniendo de aquí un precioso documento para nuestra conducta futura, y al mismo tiempo una demostración de los motivos de provenírse nos la *abstención*, como una acción meritoria a los ojos de la divinidad, y justificado por consiguiente el *ayuno*, que algunos tratan de ridiculizar.

Ved aquí cómo, sin salir de la aplicación a la práctica, se hace necesario a la Ética implorar los auxilios de las otras ciencias de observación, para dar pasos ciertos para mejorar nuestras costumbres, que es el último fin para que fue creada. ¿Y cómo es posible verificar esta mejora, sin que la ciencia suba hasta las causas de las cosas? ¿Y podrá subirse hasta esa altura sino muy lentamente y por medio de los hechos que presente la historia de la decadencia y progresos de la humanidad? ¿Y siendo esto así, es decir, siendo la moral una ciencia de observación, como cualquiera otra, y una ciencia en particular muy parecida a la medicina, en cuyos hechos entran un millón de causas a alterar y diversificar los fenómenos, mal puede llegarse en ella a la exactitud o rigor científico hasta no haber hecho grandes progresos en la observación? Ha sucedido a la moral lo mismo que a la medicina, que aun siendo tan antiguas, si no como ciencias, al menos como práctica, o empíricamente, pertenecen a los ramos menos adelanta-

dos de los conocimientos humanos, sin que esto consista en los hombres, pues ha habido y hay muchos y grandes médicos y moralistas, fuera de que ambas ciencias poseen algunas verdades tan evidentes como los principios de Euclides; pero estorba sus adelantamientos el mismo objeto y naturaleza de las cosas: *res ipsa vetat*.¹ Es tan exacta la comparación entre la Ética y el arte de curar, cuanto la primera puede llamarse en todo rigor la medicina del alma, así como la otra lo es del cuerpo. ¿Y será suficiente para curar nuestra alma un cúmulo de meras prescripciones, o aun la descripción circunstanciada de los síntomas de sus dolencias morales, si no se sube a la fuente de las causas para combatir las?

Pero estamos en posesión del libro que comprende todos nuestros remedios, del Evangelio, se dirá de contrario: luego ya no hay más que buscar: ahí está la vida y la medicina y la ciencia del alma, ni se puede ni se debe dar un paso más. No tal, porque la ley de gracia lejos de derogar la ley de progreso vino a confirmarla y fomentarla; no tal, porque uno es el camino de la ciencia y otro el camino del Evangelio, aunque no por eso están en pugna; no tal, porque el Evangelio no podía incluir todos los datos de las ciencias humanas; no tal, porque el hombre ha sido puesto en el mundo bajo la condición de conocer las cosas por la experiencia: *ante hominem vita et mors, quod placuerit, dabitur illi*,² ha dicho el mismo Dios por boca del profeta; pues con haberle hecho el sin igual presente del Evangelio no le despojó del libre albedrío, ni le eximió de la ley de estudiar para saber. Y ved aquí insensiblemente deslindado el lugar que debe ocupar cada cosa, aún contrayéndonos a la moral práctica: la ciencia, para conocer los motivos y causas; el Evangelio, para determinar la responsabilidad, una vez conocido el móvil de la acción, pues la ignorancia *invencible*, como enseñan con fundamento los teólogos eximiendo de la obligación, excusa por consiguiente de la falta, o por mejor decir no hay falta respecto del operante que bajo ella labora; pero del instante, en que salimos de la ignorancia, ya nada nos disculpa, y aquí entra la conciencia y el Evangelio, y hasta cierto punto la conciencia formada por el Evangelio, a gritarnos en voz alta sobre el cumplimiento de nuestro deber, sin que sea lícito alegar ya disculpa de ninguna especie, pues así como para conocer estamos dotados del entendimiento, para operar se nos ha dado la libre voluntad.

Pero aun dado caso que toda la humanidad estuviese perfectamente uniformada en la práctica de todas sus acciones, bien como consecuencia de su propia naturaleza, o por estar toda ella igualmente inundada con las luces del Evangelio, todavía este fenómeno moral puede concebirse existente con entera abstracción de lo que constituye la ciencia moral. Con efecto, ocupándose ésta en la indagación de las causas y clasificación de los

1. "lo rechaza la misma cosa".

2. "delante del hombre están la vida y la muerte; se le dará lo que elija" (*Deut*, 30, 19).

hechos, claro está que pueden diferir los entendimientos o en cuanto a los móviles de las acciones, o sean, los hechos de la ciencia, o en cuanto al modo de presentarlos y ordenarlos, o en cuanto a uno y otro capítulo juntamente. Y aquí es propiamente donde entran a jugar los diversos sistemas, los cuales se diferencian tanto más, cuanto no todos los autores ven los mismos hechos en algunos ramos; y por lo mismo que los sistemas son exposiciones de los hechos, también deben variar según los hechos. Esto es lo que cabalmente ha sucedido en la moral, tanto o más que en cualquiera otra ciencia de las intelectuales o naturales. Primeramente, en el supuesto de girar sobre los mismos hechos, no quiero más que mencionar los diversos principios a que los moralistas han atribuido nuestras acciones, como móvil o raíz de todas ellas, y hallaremos lo menos seis, a saber: el sentimiento físico, según Epicuro y los de su escuela, el sentimiento moral de Hutcheson, la perfección, según los estoicos y Wolfio, la voluntad de Dios, según Crusio y otros moralistas teológicos, la educación, según Montaigne y Helvecio, y finalmente la constitución política, según Mandeville.

Ni vale decir que los sistemas son muchos y que la verdad no es más que una, y que la unidad es indivisible, y otras especies por este tenor, las cuales aunque sean ciertas y demostradas, no alteran en lo más leve el estado de la cuestión. Sin duda que la verdad es una, pero como la dificultad está en descubrirla, el entendimiento de los hombres no puede menos que inventar sistemas y más sistemas mientras los objetos no se ven bajo todas sus relaciones; así es que el mismo examen de los sistemas le ayuda para llegar a descubrir la verdad. Pero la moral, se dirá todavía, es independiente de todo sistema: ella está fundada sobre bases universales e inalterables. Distingo; la moral práctica o preceptiva, y eso en cuanto a un reducido número de acciones en que no pueden los hombres diferir en virtud de su propia naturaleza, en todos igual, concedo; la moral, como ciencia, es independiente de todo sistema, se niega, porque ni lo es, ni puede serlo, tómesese la palabra sistema en el sentido que se quiera.

Paréceme excusado, después de lo que va escrito, desenvolver más mi pensamiento. ¿Y puede por ventura esta doctrina hacer peligrar la causa de las costumbres? Esta sí sería cuestión harto grave. Pero lejos de poderse abrigar semejante recelo, se nos ofrece aquí mismo ocasión de recomendar la justicia divina, que no hubiera procedido arregladamente, si exigiéndose al hombre por un lado la responsabilidad, al mismo tiempo se hubiera hecho ésta depender de sus ulteriores conocimientos, o sea de las conquistas lentas y difíciles de la ciencia: el colmo de la injusticia habría sido tal exigencia respecto del hombre, del hombre tan ignorante en sus primeros pasos, del hombre condenado a ganar los conocimientos lo mismo que el sustento con el sudor de su frente. Así que fue menester y consiguiente que la Providencia fundase la moral sobre las bases tan universales como indispensables, consecuencias forzosas de nuestra propia organización:

así es tan forzoso, tan indispensable que los hombres todos consideren la muerte como un mal y por consiguiente como un criminal al matador, como el que el sol alumbra y es redondo.

Y ved aquí formada la conciencia individual y la conciencia universal, con elemento del libre albedrío, que siempre debe abonarse en cuenta, independiente y anterior a toda educación; y he aquí con este sencillo raciocinio (que hay otros muchos con qué hacerlo) refutado sin querer el deslumbrador sistema de Helvecio, que pretende que hasta las facultades o principios sean adquiridos, cuando en realidad son innatos, no contentándose con limitar semejante doctrina a sólo las ideas. Pero no entremos, que no es ahora de nuestro propósito, aunque lo haríamos del mejor grado, en el examen de las doctrinas de este célebre filósofo. Quise sin embargo venir a parar en la consecuencia que saqué, para hacer sentir otros dos puntos muy importantes para nuestra cuestión, y que por lo mismo no haré más que indicar; a saber: 1º Cómo aún cuando la moral esté fundada sobre bases universales, pueden influir hasta en la práctica las opiniones de los filósofos, como harto han influido las del citado Helvecio, expuestas con la elocuencia que le distingue. 2º El íntimo enlace que reina entre la Moral y la Psicología, en términos que así serán los sistemas morales como fueren los psicológicos, de donde forzosamente derivan. Ahora bien: consecuencias para nuestra cuestión, contraída al atraso de las ciencias morales respecto de las naturales: luego una ciencia tan cuestionable en sus puntos fundamentales, o por lo menos, luego una ciencia en que todavía se puede alucinar hasta ese punto, no está tan adelantada como otras en que es imposible hasta intentarlo. Luego habiendo demostrado antes, que la psicología no ha resuelto aún algunos de los problemas fundamentales que se propuso desde la más remota antigüedad, y siendo tan estrecho su parentesco con la ciencia moral, de quien es nada menos que la madre legítima, se infiere por la más irresistible ilación no como quiera el atraso de la hija, sino la necesidad forzosa del atraso. Pero ¡cuántas otras causas eficacísimas no contribuyen a fomentarlo!

Observemos primeramente la facilidad con que los hombres por la misma naturaleza de los objetos morales son inducidos a juzgarlos de diverso modo, aun suponiéndolos libres de toda preocupación; así es que hasta en la misma ciencia del análisis se ha distinguido la evidencia racional de la moral: y se dice que una cosa está moralmente demostrada en el orden histórico, u otro análogo; que es como si se dijera no es una demostración como la pura racional, o matemática absoluta, sino tan sólo relativa, o para hablar con rigor, una verdadera probabilidad llevada a una alta potencia.

Tampoco echemos en olvido que como las verdades nuevas en moral van a luchar contra los hábitos e intereses arraigados, encuentran aún más resistencia para ser admitidas y digeridas que las de las otras ciencias, que sólo combaten las preocupaciones o juicios equivocados. De suerte que

estas últimas tienen que lidiar tan sólo con el entendimiento o con los sentidos (que aun no es poca lidia por cierto) al paso que aquéllas tienen que haberlas con el entendimiento y la voluntad, que aún prescindiendo de toda depravada intención, contribuye eficazmente a oscurecer más el entendimiento, o hacerle menos permeable a la luz refulgente de la verdad. Nada, pues, más en el orden que tratar de inculcar la moral desde los más tiernos años, y si posible es, desde la cuna, con el precepto y el ejemplo por entonces, añadiendo el no menos eficaz medio de la convicción cuanto pueda ser eficaz, tan luego como principie a amanecer la preciosa aurora de la razón; sin que pueda argüirnos de contradictorios, como lo hace el señor Adicto, por no comenzar enseñando física a los niños, sino antes los principios morales, o norma de sus acciones, como se practica y debe practicarse en todo sistema de educación, sean cuales fueren las ideas o doctrinas que se profesen. Pero este punto, a pesar de su sencillez, demanda alguna explicación por el modo con que le ha presentado el articulista.

Dije en otro lugar que había éste confundido en el caso presente muy en especial (que también lo hace en otros pasajes de su artículo) la moral preceptiva o principios morales, con la moral considerada como ciencia, o sea el porqué de nuestras acciones y su clasificación. Efectivamente, a los niños se les inculca con sobrada razón, aunque todavía no perciban los motivos, los principios o normas de nuestras acciones; pero no el porqué de ellas; en una palabra, se le enseña el arte, cual lo tenemos averiguado, no propia ni impropiamente la ciencia de operar: se les instruye de un modo empírico; se les dice: esto debes hacer y esto evitar, porque Dios lo manda y te conviene, sin entrar en los móviles de la acción, ni en el origen de nuestras inclinaciones, ni en las causas que en ellas influyen, ni en la clasificación de unas y otras, así como de nuestros deberes y derechos; por la sencillísima razón de no estar todavía en aptitud natural ni con los previos conocimientos que demandan tan delicadas materias. Así sería hasta burlarse de un profesor si se le encargara que fuese a dar un Curso de Moral a la primera infancia; y sin embargo dicta la razón y convence la experiencia la eficacia con que se inculca la moral en los primeros años. Sin embargo, y sin salir de este mismo ejemplo de la educación de la infancia escogido por el señor Adicto, quiero hacerle ver cuánto vale el método y las doctrinas que recomendamos para fecundar la razón humana desde sus primeros pasos, haciendo lo menos empírico, o sea, lo más científico posible el procedimiento bajo el cual se enseña la misma moral a las tiernas criaturas.

La experiencia nos ha convencido del influjo del hábito así en lo material como en lo moral; por lo cual ni titubeamos en amoldar desde temprano a nuestros hijos, así por las palabras como por los ejemplos, a aquellas acciones que tenemos por buenas, aun cuando ellos no puedan alcanzar todavía los motivos. Así operan todos los padres e institutores al principio, y así es

como deben operar. Mas raya luego la luz de la razón; y aquí empiezan a dividirse los métodos, según las ideas de los directores, continuados unos, poco más o menos, bajo el mismo orden de consejo y ejemplo (medios siempre eficaces, eficacísimos) exclusivamente, y otros añadiendo no una clasificación científica extemporánea, sino razones o motivos de acción al alcance de los educandos; medios que fortificando su naciente inteligencia, contribuyen a acrecentar la eficacia de los anteriores, y por consiguiente a la consecución más directa del objeto. Para lograr éste, se invocan entre otras³ las luces de las ciencias físicas, para llevarlos por una cadena la más sencilla de inducciones a la demostración de muchas de las verdades más sublimes, y preciosas para las costumbres, que poco o nada podían percibir en un principio y que de seguro no hubieran percibido por otro camino. Quisiera tan sólo llamar la atención al señor Adicto sobre algunos capítulos de los libritos que compuse para entablar el sistema explicativo en uno de los colegios de esta Capital; y por ellos vería, sin tener experiencia personal de su eficacia, o sin haber llegado a sus oídos los buenos resultados, por la simple lectura, cómo de la sencilla historia del camello, de la miserable ostra, o de cualquier otro objeto natural, va el tierno entendimiento de los niños elevándose por los más fáciles escalones a la contemplación de las miras más sublimes del Supremo Hacedor; de su providencia, bondad, y demás atributos, y penetrándose por consiguiente de la más profunda gratitud, inundándose en un torrente de amor y religión, que toda ella es amor y sólo amor.

Así por este sistema, esto es, poniendo al hombre en sus diversos grados en un terreno y con un alimento adecuado a su capacidad, se le hace más moral, y más lógico, más pensador; se le espiritualiza más y más haciéndolo pisar más sobre los objetos sensibles. No en balde se ha llamado, y con sobrada exactitud, sistema lógico o analítico al que apellidamos explicativo. Y ved aquí cómo en la física, esto es, con algunos rasgos de la historia natural y otros ramos, no con la ciencia rigurosamente tal, le hago cuanto lógico puede ser; desde que principie a alumbrarle la luz de la razón. Por el mismo orden se le van haciendo al niño simultáneamente demostraciones a su alcance de los bienes y de los males que resultan de tal o cual acción; y que como van percibiendo, se van aficionando a la moral. Otro principio no menos racional me hubo de guiar en la redacción de los libritos, y es la necesidad de evitar el fastidio, escollo en que es tan fácil tropezar cuando se trata de la primera edad, y al intento es necesario no ya vestir la moral con un ropaje halagüeño, sino poner un esmero particular

3. Digo *entre otras*, por el mucho partido que también se saca de la historia y singularmente de la biografía, como más al alcance de la primera edad. Pero de ninguno vamos tanto como de las ciencias naturales y procedimientos de las artes, por la amenidad que les ofrecen.

en que haya muchos artículos que no traten absolutamente de moral interpelados con los que sobre ella versan; y éste es el ardid más propio, para que surtan mejor efecto aquellos mismos que están consagrados a formar el corazón. Excusado es advertir que por tan saludable sistema, sistema de virilidad y robustez para el entendimiento naciente, no queda confinada la instrucción de la infancia al estéril y exclusivo ejercicio de la memoria, sino que entran en juego todas las facultades mentales en más o menos grado, con arreglo a su estado de desarrollo.⁴

Pero no nos dejemos arrastrar por nuestra predilección al ramo importantísimo de la educación, porque aún deseando ser breves, jamás acabaríamos; bastándonos únicamente apuntar, para nuestro propósito, que en la aplicación del método explicativo a la primera infancia, así como en los medios adoptados para hacerlo fructificar, no hay más que ver otra aplicación de los mismos principios que nos han guiado para recomendar la precedencia de las ciencias físicas a las morales con respecto a la primera juventud. Y al llegar a este cotejo saltará más a los ojos la trascendencia de esta cuestión del método, y se percibirá toda la importancia que yo le atribuyo. Efectivamente, de la convicción en que estén los directores de la educación penderá toda la diferencia en el sistema de enseñanza; siendo fuera de duda que aquellos que se hallen penetrados de los principios expuestos fertilizarán y llevarán por los *debidos* grados el entendimiento del hombre para prepararle a mayores y más difíciles conquistas, y asegurar la mejora del corazón; único y tanto fin a que debe aspirar todo saber, y ante el cual pierde hasta este mismo su importancia convirtiéndose en medio y solo medio de aquel otro gran fin para que fuimos todos criados. Ahora sí me toca aplicar el *nosce te ipsum*, y creo que se me entenderá y nos entenderemos.

También ahora se penetrará el lector de la ligereza con que el señor Adicto ha tratado de rutinario el sistema que más ha combatido la rutina: hubiéralo calificado de nuevo para él, de aventurado, de atrevido, de dudoso éxito, y sobre todo de repugnante a lo establecido, muy enhorabuena, que para ello podía haber títulos, o al menos apariencias muy *coloradas*; pero caracterizar precisamente de rutinario aquello que más pugna con la rutina, que la destruye, y da los motivos de la destrucción, es cometer la *antífrasi* más gratuita y desautorizada que cometerse puede. Mas a lo que parece, el señor Adicto (porque todo tiene su porqué) vio que se trataba de cosa de practicar antes de dar reglas, y oliéndole esto a craso empirismo,

4. Lo expuesto anteriormente es la fundamentación teórica del *método explicativo*, que Luz aplica a toda la esfera educativa, método de raigambre pedagógica inglesa, y que postula la precedencia del estudio de la Física, o mejor, de las ciencias de la naturaleza, a la Lógica o ciencias especulativas. Sobre este asunto vid. más en extenso el vol. sobre Educación en *Obras de Luz* de la B. A. C. (Roberto Agramonte).

y todo lo al, desde luego nos crismó de unos ciegos practicones empíricos sin más hilo de teoría que nos guiase en nuestro impracticable laberinto; y tan lejos estamos de exagerar en este extracto que de sus palabras presentamos, cuando nos llega a achacar la consecuencia de que nosotros seríamos gente de *pretender* hasta el que se practicase el derecho antes de estudiarse teóricamente en la clase, y otras lindezas por el estilo precedente, acerca de las cuales sobran al lector datos para juzgarnos. Pero no es ésta la sola vez en que el señor Adicto ha incurrido en equivocaciones de esta especie, las cuales junto con otras de distinta naturaleza serán notadas en la breve recorrida que de su escrito haremos luego de concluida la exposición de doctrinas que nos ocupa. Ya se convencerán más y más que si queremos física primero es para que sean los educandos más pronto y mejores lógicos después. En resolución, todo el espíritu de mi plan se cifra en fortificar y robustecer gradualmente la inteligencia, para más asegurar la mejora del corazón: espiritualizar más al hombre, porque cuanto más le espiritualizo tanto más le encumbro, tanto más le aproximo a la Divinidad, y en este sentido soy discípulo del Divino Platón. *Amplectis ulnis*.^{5,6}

XXXVII

CUARTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, marzo 19 de 1839.)

Creyendo que a la hora de ésta se habrán ya disipado las dudas del señor Adicto acerca del estado de las ciencias morales, dudas que provenían de la idea que se formara de la Ética, me será lícito no sólo omitir lo mucho que aún puede alegarse respecto del atraso relativo de esta última, sino adoptar para la demostración en cuanto a los demás ramos de las ciencias

5. "Codo con codo".

6. Digo en este sentido, porque yo no soy platónico en atribuir a la razón más de lo que es debido, ni en internarme por consiguiente en el mundo de las hipótesis *non vires humanæ mentis extollamus*, (*) porque esto produce no sólo errores en Filosofía sino hasta males en el orden moral.

* "no sobreestimemos las posibilidades de la mente humana".

intelectuales, el mayor laconismo posible, reduciendo las pruebas a un simple elenco de hechos descarnados; pues temo eternizarme, y fastidiar al público saturándole con filosofía, máxime cuanto me resta por hacer la recorrida que ofrecí sobre el papel de mi adverso, que siendo largo, por más corta que me empeñe en sacarla, nunca podrá ser tan breve como yo quisiera.

Sigue ahora la Jurisprudencia, y he aquí en mi sentir los argumentos que prueban su atraso respectivo. 1º División de opiniones en el punto fundamental sobre el modo de constituir la ciencia, y esto con más ahínco precisamente en el país en que más se cultiva el Derecho científicamente. Aludo a las dos famosas escuelas hoy reinantes en Alemania, la histórica y la filosófica, pretendiendo la primera el restablecimiento completo de la legislación nacional, y por lo mismo, declarándose contra el proyecto de un código general, al paso que la segunda cree más que llegado el caso de formarlo; y ésta era la opinión que en todo el mundo civilizado, y mayormente en Francia prevalecía hasta que apareció el famoso escrito de Savigny sobre la *Vocación de nuestro siglo para la legislación y la jurisprudencia*. Ninguna cuestión parecía más decidida que la de la necesidad de la codificación, sobre todo después de formado el nuevo código francés, que no se cansaban de admirar los sabios de todas naciones, y como que nada debía parecer más natural y más en el orden y más propio para constituir la verdadera ciencia que el plan, concierto y clasificación que reinan en una obra de esta clase, no podían menos de alucinar las formas exteriores de un edificio simétricamente construido. Pero a esto clamaron los anticodificadores: norabuena que se levante la obra; más antes es menester reunir y examinar los materiales, y todavía distamos mucho de ese caso: de lo contrario, a fuerza de querer ser filósofos, os convertiréis en sistemáticos, y lo que es peor, en falsos y retrógrados sistemáticos, pues faltando los hechos a la ciencia, no será la expresión de la naturaleza de las cosas, sino la de vuestra fantasía; y ved aquí que abogamos por el verdadero método experimental en Jurisprudencia. Estas miras se han confirmado plenamente con las graves objeciones que se han hecho aún a los mejores códigos existentes. Ahora correspondería exponer los fundamentos de la escuela filosófica, para cotejarlos y contrapesarlos con los de la histórica. Pero no siendo nuestro propósito más que alegar el hecho de la división de opiniones en la ciencia sobre materia de tanta trascendencia, para prueba de su atraso respectivo, excusaremos entrar en otros pormenores, sin que se entienda por de contado que hemos tomado nuestro partido por uno u otro bando. Sigamos, pues, con el índice comenzado.

2º Otro argumento del atraso respectivo de la ciencia nos le ofrece el estado en que todavía se halla la legislación criminal, a pesar de los progresos que ha hecho y muy distinta marcha que tomó desde mediados del último siglo. ¿Quién ignora que son otros y muy otros los principios que

gobiernan de entonces acá, gracias a las luces derramadas por la filosofía y la experiencia de los pueblos? Y no como quiera en cuanto a las doctrinas sobre la graduación de los delitos, sino hasta las que dicen relación a los procedimientos. Aquí tiene el señor Adicto, entre otras, una prueba bien notable de la insuficiencia e imposibilidad de la aplicación del Derecho romano a las necesidades de la sociedad moderna, cuyos resortes en tantos ramos son tan diversos de los que movían a aquel pueblo famoso.

Reconozco como el que más la sabiduría de ese gran monumento de la antigüedad, la legislación romana; soy el primero en confesar no ya que la ciencia hizo grandes progresos en manos de sus profundos jurisconsultos, sino también que sus códigos constituyeron uno de los depósitos más notables del saber humano aún en otros ramos, cual no puede menos de suceder; pues las leyes civiles en mucha parte tienen forzosamente que copiar las leyes físicas y ofrecer el cuadro de los conocimientos de la época a que pertenecen. ¿Pero se infiere de ahí por ventura que los romanos llegaron al *non plus* de la Legislación, y en caso que tal se concediera respecto de su estado civil, y sus costumbres, ¿podrá pretenderse respecto de las sociedades modernas? Todo lo que se deduce es que los antiguos sabían mucho de legislación, si se quiere, pero no que el estado de esta ciencia pueda ponerse en parangón con el que presentan la mayor parte de las naturales, pues aun concediendo todo ese saber en legislación así a los antiguos como a los modernos, la naturaleza misma de la ciencia estorba que sus progresos sean tan rápidos y seguros como en las naturales: a que se allega que son muchas más y de más largo tiempo propuestas las cuestiones fundamentales que están por resolver en las ciencias morales que en las físicas. Nada más natural que el que los pueblos de la moderna Europa adoptasen generalmente la legislación romana, como que en ella estaban satisfechas y previstas muchas necesidades comunes a todos los pueblos: encontráronse éstos con un edificio ya formado, y teniendo necesidad de alojarse hubieron precisamente de aprovechar la coyuntura para después más a la larga desechar lo inútil, y buscar lo necesario: que de sobra y falta hay en los códigos de Roma para la moderna sociedad europea.

3º Rara es la cuestión interesante en estas materias que no ofrezca diversos aspectos, al parecer igualmente sostenibles: véase si no lo que pasa en las discusiones sobre los proyectos de ley, notándose muchas veces que después en la práctica triunfa la opinión de la minoría. ¿Y qué quiere decir esto sino que la misma naturaleza de lo asuntos morales lo trae consigo? Por eso afirmé en otro lugar que muchas leyes no son más que ensayos que reciben su sanción o revocación de la misma práctica. Este punto ha quedado bastantemente esclarecido con los ejemplos alegados así en los artículos al Dómine como en los dos últimos en contestación al señor Adicto. Vamos, sin embargo, a recordar algunos, por ser muy notables, y agregar otros nuevos no menos convincentes del atraso res-

pectivo de estos ramos, y sean las cuestiones sobre sistema penitenciario, prostitución, expósitos y divorcio las escogidas para comprobantes.

Respecto a la primera cuestión, después de las infinitas observaciones, más diré, después de los innumerables experimentos que se han practicado (porque es el nombre que merecen las pruebas diversas, materiales, prácticas, a que han sido sometidos los presos, para observar en su resultado el modo de operar de cada sistema) así en la culta Europa como muy señaladamente en los Estados Unidos de América, todavía no está enteramente decidida, puesto que hay célebres sostenedores así como antagonistas del confinamiento solitario, y esta división de opiniones persiste, después de haber informado en el asunto hombres del calibre de un Tocqueville y de un Beaumont, y de haber sido materia de comisiones compuestas de lo más granado de los cuerpos legislativos de Francia y de la Gran Bretaña; sin traer a colación los trabajos admirables así teóricos como prácticos que en Alemania y Suiza se han llevado a cabo. No quiero decir con esto que todavía estemos tan atrasados como antes de acometer estas investigaciones en asunto de penitenciarias.⁷ Mi único propósito por el momento, y no me cansaré de repetirlo, es mostrar el atraso en que están estos puntos fundamentales de la legislación respecto de los correspondientes en la mayor parte de las ciencias naturales. Y estoy tan lejos de alegar aquel atraso para descrédito de las ciencias morales cuanto cada vez me hallo más convencido (¿y quién no?) de que esas pruebas o experimentos en el orden moral son el único medio de llegar a decidir semejantes cuestiones, siendo precisamente el mejor argumento en favor de las doctrinas que sostengo: esto es, las ventajas del método experimental y su aplicación rigurosa a las ciencias intelectuales, si se las quiere poner al nivel de las naturales. ¿Qué se sabía sobre cárceles cuando empezó a escribir el humanísimo inglés Howard? ¡Cuánto no se sabe de entonces acá! ¿A qué se deben los progresos? Al diverso modo de investigación. Alucinábanse los sabios en asuntos morales creyendo que por su misma naturaleza podían proceder *a priori* con sólo las luces de su razón. Por eso han pasado ciertas cuestiones de suyo naturalmente difíciles, de generación en generación, tan vírgenes y por resolver como lo estaban al principio.

En cuanto a la prostitución, lea el señor Adicto lo que al Dómine expuse en uno de mis artículos contrayéndome a la famosa obra de Parent-du-Chatélet; o mejor todavía, en toda la obra, que ofreciendo vasto campo a sus meditaciones, le dará por resultado esta grave lección para los legisladores: “que hay males de tal naturaleza en el cuerpo social que antes se evitan que se curan”. En este libro verá los mejores comprobantes de las vicisitudes y suerte que cabe a los reglamentos humanos, cuando no se

7. Vid. Informe “Sobre cárceles” en *Escritos económicos, políticos y sociales* de Luz, en la B. A. C. (Roberto Agramonte).

sigue el único camino que puede llevar a salvamento (que aún no siempre lleva, o al menos no tan pronto) no ya demostrando la ineficacia de los medios, sino las más veces su aumento de acción, o verdadera eficacia en obrar *contra producentem*, en multiplicar los males que se propusieron atajar, y hasta en producir otros de nueva forma, y totalmente inesperados e imprevistos, aun por las cabezas más privilegiadas. Pero el método, el rigor científico, el conocimiento de causa, la profundidad con que se halla expuesta en ese libro la gran lección a que aludimos son dotes que constituyéndole único en su línea, han dado la verdadera pauta de cómo deben tratarse semejantes cuestiones en el siglo XIX, que todavía, a pesar de su decantado positivismo, no es todo lo exigente que yo deseara en esto de rigor científico, único recurso de tener ciencia. No es el espíritu del positivismo, como algunos creen o afectan creer, el excluir o tener en poco los resortes morales que influyen en el corazón humano, agotando las fuentes de todo sentimiento y poesía. Muy al contrario, positivismo es sinónimo de realidad, y mal podría hacerse la historia real y efectiva del hombre, si se omitiese en la psicología dar cuenta de las causas que tanto en él influyen; y procederían nada bien el moralista y legislador que no fomentasen la acción de unos móviles que fueron puestos en nosotros por la sabia naturaleza precisamente para descortezarnos y morigerarnos. Positivismo, pues, no quiere decir más que rigor en la demostración, quedándose en la esfera de conjetura lo que no estuviere debidamente patentizado, por plausible que sea a nuestra razón y halagüeño a nuestras pasiones. Y si no, no hay ciencia, sino delirio, y hasta error funesto. No divorciemos a la poesía de la ciencia: ambas descansan en el mismo cimiento, la verdad, y tanto menos verdaderos y acertados obraríamos en enemistarlas, cuanto ambas pueden conspirar al mismo santo fin de mejoramiento, sirviendo la poesía de intérprete para con la muchedumbre de aquellas mismas costosas adquisiciones de la ciencia que dejadas en su natural difícil forma, serían como un tesoro todavía oculto en las entrañas de la tierra, sólo visible a los ojos del geognóstico, pero no aprovechable para los usos de la vida. Pido mil excusas por esta breve digresión, que no dudo se me dispensará en gracia de mi anhelo de no perder coyuntura de rectificar todas aquellas ideas, en cuya exacta determinación vea cifrado el adelantamiento de nuestra apreciable juventud.

El ejemplo que nos ofrece la cuestión de los expósitos no es menos notable para nuestro asunto que el de la prostitución, confirmando asimismo del modo más patente que la exposición así como es otra gangrena moral, pertenece a aquel género de males que antes se evitan que se curan. Ejemplo tanto más digno de atención, cuanto ya se había creído por los sabios y legisladores haber llegado al último término para conseguir el fin con la clausura de los tornos, o casas-cuna. Pero ¿cuál ha sido el resultado de semejante medida, así como de otras análogas y aun contrarias adopta-

das anteriormente? Aumentar el mal en vez de atajarle o disminuirle, y en muchos casos producir inconvenientes de otra especie. Así es que en Francia, donde más se ensayó la medida de la clausura, están clamando de todas partes los médicos y demás versados en esta materia por la apertura de los tornos. Efectivamente, los datos estadísticos recogidos en los varios departamentos, comprobando por una parte el prodigioso aumento de expósitos de resultas de aquella disposición, han revelado por otra males tan graves como inesperados. Oigamos cómo se explica uno de los más profundos investigadores en la materia: “Si poco visibles aparecen las ventajas de haber cerrado los tornos, sus inconvenientes son a veces gravísimos (...) pudiendo decirse en general que los departamentos donde no hay más que un hospicio, ofrecen siempre mayor mortandad que aquellos donde hay varios”. Pues que mueran los frutos de la ilegitimidad, clamarán todavía los partidarios del sistema de la supresión, que ni ellos merecen vivir; ni sus madres obtener un galardón, o por lo menos un consuelo en su fragilidad, que así se mina y socava la moral en sus mismos fundamentos. Pero ¿qué se objetará cuando veamos que los hechos nos dicen no sólo que crece la mortandad, sino también el número de esos desgraciados, y el raciocinio nos declara que no pueden menos de aumentarse? La supresión de los tornos hizo apelar entre otras medidas al expediente de dejar a los hijos naturales en sus familias; expediente que por de pronto acarrió la muerte prematura de gran porción de expósitos, no haciéndose sentir tan presto sus demás consecuencias; pero continuando semejante sistema, vióse crecer rápidamente el número de hijos ilegítimos, el de prostitutas y el de familias menesterosas y mendigas.

Por no pecar de prolijidad omito extractar los datos estadísticos que sirven de apoyo a esta conclusión general, advirtiendo que en muchos de los informes oficiales que de varios puntos se presentaron al gobierno francés como favorables al sistema de clausura, se ha descubierto posteriormente no menos inexactitud que exageración. Pero vengamos a la prueba del raciocinio. Subsistiendo la causa no puede cesar el efecto: pero si se abandonan los expósitos o huérfanos ya existentes, van a ser una plaga que cundiendo por toda la sociedad la han de infectar de mil maneras, y muy singularmente multiplicando el número de los infelices de su clase. Luego si se quiere de veras disminuir el número de expósitos, es forzoso mejorar las costumbres públicas, es menester desviar cuanto esté en nuestra mano las causas que las corrompen, o ponerles por lo menos la difusión de la enseñanza religiosa y de los hábitos industriales. Es así que para conseguir tan santos fines el primer paso indispensable es recogerlos, y recogerlos en hospicios. Luego por una consecuencia irresistible hemos venido a parar en un resultado totalmente contrario a lo que se tenía por más acertado y eficaz, pudiendo hoy afirmarse sin recelo con el apoyo de los datos: “Que cuanto más hijos ilegítimos se recojan hoy, menos niños expó-

sitos habrá un día”. Así me lo había parecido a mí siempre apenas me puse a considerar esta materia, y recuerdo que en años pasados cuando la mayor parte de mis jóvenes contemporáneos eran muy decididamente de opinión contraria, inspirada muy singularmente por la lectura de las doctrinas de Comte⁸ y otros célebres publicistas y jurisconsultos, nunca quedaba mi juicio satisfecho, presintiendo la necesidad de instituir nuevas observaciones y experiencias en la materia. Traigo a colación lo que por mí ha pasado, para hacer sentir más y más a la juventud los frutos del espíritu que forzosamente infunden las ciencias naturales, pues no atribuyo a otra causa mi exigencia y rigor en la demostración, así como la reserva y desconfianza en juzgar; consecuencias forzosas de los hábitos comunicados al entendimiento por el método experimental —razón por que aún no siendo más que bajo este aspecto, y prescindiendo de las grandes ventajas que en sí mismas ofrecen y las que acarrearán a los conocimientos de otra especie, deberían cultivarse con mucho esmero las ciencias físicas y matemáticas.

La gravísima cuestión del divorcio fue el último ejemplo escogido para mi propósito. Ninguna fue por lo mismo mejor discutida cuando se trató de establecerle en Francia, triunfando sin duda las razones alegadas en pro, una vez que quedó estatuido. Sin embargo, cuando volvieron los franceses a la natural marcha de las cosas, cuando volvieron las aguas de la moralidad a correr por donde solían ir; comenzaron a prevalecer las que se habían aducido en contra, viniendo al fin a parar en la abolición del divorcio, por la potísima consideración de mirarse el matrimonio como la base primordial de toda moralización, siendo muy de advertir que a pesar de la marcha del tiempo que todo lo gasta, y sobre todo, a pesar de la sacudida extraordinaria de 1830 y sus consecuencias, nada se haya alterado ni pretendido alterar en el asunto. Pero sea o no sea conveniente para el actual estado de la sociedad francesa el restablecimiento de semejante remedio, lo que hace a mi intento es esa misma divergencia de dictámenes que en la materia reinara. ¡Pero qué! ¿no serán más que cuatro ejemplos de esta especie los que puedan traerse a la palestra para persuadir del atraso respectivo de las ciencias morales? Obsérvese cualquier discusión sobre cualquiera de estas materias y se verá que apenas hay una de importancia en que queden convencidos, y por consiguiente uniformados los ánimos de todos, resul-

8. El francés Carlos Luis Comte (1782-1837), citado con elogio por Luz, *El Lugareño* y otras figuras de la época, fue un eminente político, diputado y tratadista. Su obra más utilizada por los pensadores cubanos fue su *Traité de législation ou exposition générales suivant lesquelles les peuples prospèrent, décroissant ou restent stationnaires* (premio Monthyon, 1835). Suspendido su periódico *Le Censeur*, arreció la campaña liberal, y volvió a publicar artículos. Fue perseguido por la restauración, y el gobierno francés le hizo expulsar a Suiza. Después de la Revolución de Julio desempeñó cargos públicos, pero Comte siempre conservó su carácter independiente (Roberto Agramonte).

tando con harta frecuencia que el tiempo, revelando la acción de las nuevas disposiciones, suele volver a la memoria la palma que momentáneamente le fue arrancada más por el número de votantes que por el peso de las razones. ¿Habrá ley sobre negocios de entidad que aun después del más profundo examen pase todavía de un mero ensayo? ¿Y es posible que sea de otra manera, atendida la naturaleza de las cosas? ¿Es ésta ni la culpa del hombre? ¿No lo resiste el mismo asunto, *non vetat res ipsa*,⁹ por ventura? ¿Aún las mejores y más adecuadas disposiciones no requieren infinitas enmiendas y alteraciones para llegar a la perfección, y esto no sólo en el sentido de adelantamiento, como sucede en las ciencias físicas, cuando ya está demostrada una teoría, sino en el de verdadera enmienda o reforma? ¿Qué pruebas tan oportunas como luminosas no me ofrecerían las leyes sobre educación en todos los países del mundo? Pero ¿con qué derecho habré de detenerme en tales demostraciones, cuando no hay ya quien dude hoy que la educación es ramo eminentemente experimental, más experimental que ningún otro, como ya lo vieron los que ven, desde la más remota antigüedad, y más que nadie el nunca bien celebrado Quintiliano, cuyas *Instituciones* son el primer libro en su línea que sobre enseñanza se ha compuesto?

Sin embargo, todavía no quiero contentarme con este género de demostración, y apelando al testimonio de los conocedores en la materia, les pediré que de buena fe respondan si hasta en las materias más trilladas de la jurisprudencia, como son, v.g. la propiedad, posesión, prescripciones, últimas voluntades, sin hablar de legislación criminal y de procedimientos (en que el campo es más nuevo y resbaladizo), no queda todavía mucho, mucho que desear; no ya para la mejor exposición en teoría (que ése es otro cantar) pero hasta para la diaria decisión de los casos prácticos, y esto no solamente entre nosotros, sino aun en aquellas naciones que o bien tienen códigos más perfectos, o bien cuentan con el mayor cultivo de la ciencia, y por lo mismo poseen libros y pautas más metódicas. Tan ciertamente es tal el estado de la jurisprudencia, cuanto entre las muchas objeciones que ha hecho Savigny a todos los códigos modernos y en especial al francés, aquellas que vienen a refundirse en los puntos a que aludimos, son admitidas como justas y sabias por los mismos juriconsultos de esta nación. (Véase a Lerminier, *Introducción a la Historia del Derecho*.) He aquí en resumen dichos reparos:

1º. Flojedad en las discusiones del Consejo de Estado en cuanto a la parte de ciencia.

2º. Insuficiencia de los conocimientos históricos de los redactores.

3º. Plan del código calcado sobre la Instituta de Justiniano.

4º. Teoría de las nulidades, tan incoherente como defectuosa.

9. "¿no lo impide el mismo asunto?"

Se habrá notado en el tercer reparo que se tiene por falta la conformidad en el plan con la jurisprudencia romana. Y como semejante principio pugna con los sostenidos por el señor Adieto, que considera el Derecho de los romanos como el *non plus*, o último término de la ciencia, será conveniente detenernos algún tanto sobre el particular; a pesar de haber expuesto en otra parte el lugar que debe ocupar esa gran fábrica del saber humano, indicando lo que le sobra y lo que le falta para amoldarse a nuestras actuales exigencias. No es menester más que haber saludado la legislación romana para convencerse que en medio de las prerrogativas que la distinguen, adolece de vicios que le son no menos inherentes, y en especial como cuerpo de ciencia adolece en verdad de repeticiones innumerables; infinidad de disposiciones inútiles que el tiempo y la historia se han tragado, por decirlo así, en su curso, porción de fragmentos que no son verdaderas leyes y contienen definiciones, etimologías, digresiones, observaciones históricas y críticas, propias del erudito más bien que del legislador, discusiones interminables entre los jurisconsultos para averiguar si en tal o cual caso debe emplearse una acción o un interdicto, y esto para llegar siempre al mismo resultado; finalmente, sutilezas sin término y falta de método.

Estoy seguro que no habrá un solo inteligente que tache de exagerado el juicio que acaba de estamparse, el cual está tan lejos de ser dictado por la pasión cuando es casi *verbatim*¹⁰ la misma crítica de un voto sobrado competente, y antes bien parcial en unos términos por el derecho de los romanos, que hasta encuentra en él muy a menudo el rigor de la demostración geométrica, y que confesando la superioridad de los griegos en todos los departamentos del saber humano, asigna la palma de la jurisprudencia a los hijos de Rómulo, sus discípulos. Este voto tan competente, el mejor ideal de la imparcialidad, que puede ofrecer la moderna filosofía, a fuer de más completo, y a título de más ingenio, es nada menos que el gran Leibnitz. Pues el mismo hombre que se explica con pleno conocimiento de causa en estos términos... *in una jurisprudencia regnant (Romani)... Dixi sepius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit; tantum nervi inest, tantum profunditatis...*¹¹ después de explayarse sobre la materia, resume a cuatro los defectos de que adolece semejante sistema de jurisprudencia: *superfluitas, defectus, obscuritas, confusio*.¹²

10. "al pie de la letra".

11. "[Los romanos] sobresalen por su sólida jurisprudencia... Muchas veces he dicho que, aparte los escritos de los geómetras, no hay nada que se pueda comparar; por lo vigoroso y por lo sutil, con los escritos de los jurisconsultos romanos: itanta es su fuerza, tal su profundidad!".

12. "redundancia, carencia, oscuridad, confusión".

Y ya que estamos con Leibnitz y con jurisprudencia, terminaré recomendando al señor Adicto recorra la lista dilatoria de trabajos que aún se deseaban por ese genio insigne para reformar la ciencia: lista que pasa de treinta obras a cual más importante, y que puede ver el curioso en el apéndice a su *Nova methodus* o en los extractos formados por Lerminier, en su citada *Introducción*, que es libro más conocido y popular.

Pero aun dado caso que estuviesen ya terminados todos esos trabajos preliminares, todavía resta el método y clasificación para constituir bajo el pie de rigor en que se hallan las ciencias físicas y matemáticas. Porque entendámonos: no se pretende por un momento que los antiguos no hubiesen adelantado en las ciencias morales, antes al contrario, mucho y bueno alcanzaron en ellas; menos se pretende que no se haya progresado después: lo único que sustentamos es 1º que las ciencias morales, aun cuando muchas de ellas fueran cultivadas desde la más remota antigüedad, no están ni pueden estar tan adelantadas como la mayor parte de las ciencias naturales, aun inclusas algunas que nacieron de poco acá; 2º que siendo todas ellas ciencias de observación, no se podía haber llegado a ese *non plus ultra* que se pretende, atento a ser por aquel mero hecho esencialmente perfectibles.

XXXVIII

QUINTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, marzo 24 de 1839.)

“Et pulsanti aperietur”.

Fáltame todavía aducir a la Economía Pública como comprobante de tan sólida doctrina —prueba casi excusada con lo que va dicho, y que sólo por haberla ofrecido, me contraeré con suma rapidez a algunos puntos que establece dicha doctrina de un modo inconcuso. En este campo, a fuer de menos explorado, campea más la divergencia de pareceres en las cuestiones fundamentales. Bástame apuntar la de la población en la famosa contienda entre malthusianos y anti-malthusianos, la no menos célebre del comercio libre en Inglaterra, sostenida por el insigne cuanto malogrado

Huskisson: ¡idigo! y en Inglaterra, donde ocurren todas las circunstancias favorables para mejor y más pronto decidir este linaje de controversias. No quiero más que indicar la grave materia sobre la influencia de los impuestos y restricciones legales en las manufacturas: las infinitas cuestiones que brotan del asunto de las manufacturas mismas, y sobre todo la importantísima de su influjo en la moralidad de los pueblos, la indispensable necesidad para el legislador y economista de consultar la tendencia y resultados de los sistemas en los mismos talleres, y por consecuencia forzosa, la necesidad no menos imprescindible de tomar luces de todas las ciencias y artes auxiliares antes de decidir estas cuestiones vitales. Es imposible dar un solo paso en tan preciosa ciencia, que envuelve todas las graves materias de interés social, sin hallarse en el palenque de las opiniones, siendo cabalmente el método experimental el medio más seguro y eficaz de salir cuanto antes victorioso, o a vida, de en medio del laberinto en que se enmarañan los campeones que quieren atenerse exclusivamente a las armas de su razón, sin llevar por estandarte los hechos pasados, observar los presentes, y aguardar por los futuros.

Ningún comprobante mejor en esta parte que la famosa obra del inglés Carlos Babbage sobre la Economía de las manufacturas, y la colección de informes dados por las comisiones en el Parlamento Británico. Por donde quiera que abramos estas colecciones de hechos y raciocinios interesantes sobre materias de la mayor entidad social, nos convenceremos que no bastan para profundizar en la Economía Pública obras como las de Adam Smith y de Juan Bautista Say, cometiéndose errores de grave trascendencia si no se lleva por delante la luz de las ciencias físicas y matemáticas, por un lado, y la de la experiencia y observación en los hechos morales por el otro. No quisiera fastidiar al lector con extractos, y máxime cuando a mi parecer he puesto tan en claro los puntos principales de esta discusión, que creo a la hora de ésta estar predicando a convertidos, incluso el mismo nuevo dudador. Citaré sin embargo algunos hechos, abriendo a la ventura el libro de Babbage, y comenzaré por uno de muy poca monta al parecer; para que se vea como hasta la cuestión económica más insignificante, se roza con las ciencias experimentales, y hasta cierto punto pende de ellas su resolución. El impuesto sobre las ventanas en Inglaterra hizo que apegaran a luces interiores los fabricantes, y redujeran el tamaño y número de aquellos necesarios conductos para la ventilación; y es que todo el mundo percibe su necesidad, pero no se sabe tan generalmente la importancia de la luz para la salud; importancia que sube de pronto respecto de los climas fríos y variables, y señaladamente respecto de Inglaterra que, sobre fría y variable, tiene una atmósfera proverbialmente oscura.

Otro ejemplo de este género nos lo proporcionan los grandes inconvenientes que producen los reglamentos del impuesto sobre los artefactos nacionales, impidiendo considerablemente el natural progreso de las me-

jas: a veces es necesario para los fines de la recaudación obligar a los fabricantes a sacar una licencia y compelerles a trabajar sujetándose a ciertas cantidades determinadas en cada operación. Cuando son grandes estas porciones, y en general así sucede, retraen a los fabricantes de hacer experimentos, y así se estorban las mejoras tanto en el modo de conducir los procedimientos como en la introducción de nuevos materiales. Advierete el señor Babbage que “ocurrieron dificultades de esta especie en las pruebas importantes que se hicieron en Inglaterra a fin de perfeccionar el cristal para objetos de óptica, pero en este caso se obtuvo permiso por parte de sujetos idóneos para hacer los ensayos, sin intervención de los empleados del impuesto (*excise*). Debe, sin embargo, tenerse presente que si se otorgase semejante permiso con frecuencia o indistintamente, se podría abusar de él; así que, el mejor resguardo contra este inconveniente sería dirigir la fuerza de la opinión pública sobre los sabios, para que las autoridades constituidas, aunque no se hallen debidamente versadas en la ciencia, puedan juzgar de la conveniencia del permiso por las circunstancias del aspirante”.

Véanse en el citado Babbage otros muchos casos de esta naturaleza a cual más luminosos en su línea.

Las patentes serán mi tercer ejemplo. Sin duda que es importante conservar a cada inventor el uso exclusivo de su invención hasta que se haya sobradamente indemnizado de los riesgos y costos en que ha incurrido, no menos que por la habilidad que ha desplegado para llevarla a cabo. Pero son tan varios los grados de mérito, y tan graves las dificultades de legislar en la materia, que se ha tocado la casi imposibilidad de fraguar una ley que no esté sujeta en la práctica a las más serias objeciones. Por la grande dificultad de defender una patente en juicio, así como por otras causas provenientes de la misma ley, se han visto los agraciados en el caso de vender su artículo a un precio que meramente rinde los ordinarios provechos del capital; asegurándose de esta manera su fabricación, pues no puede haber competidores que saquen provecho de invadir una patente así ejercida. Otro tanto puede decirse de la ley sobre propiedad literaria, y es muy particular que precisamente aquellas especies de propiedad que requieren más elevado talento y mayor cultura, que más que ningunas otras son puras creaciones del entendimiento, hayan sido las últimas que se han reconocido por el Estado. Afortunadamente no son muy difíciles los medios para decidir sobre infracción de propiedad literaria; pero las leyes vigentes en muchos casos acarrear grandes inconvenientes y estorbos al adelanto de los conocimientos.

4º Ejemplo y concluyo, teniendo el mérito este último de recaer sobre rectificación de ideas muy recibidas.

Está tan generalmente y tan bien sentado el principio de que “el gobierno debe intervenir lo menos posible entre los operarios y sus principa-

les”, que es de suma importancia precaverse contra su mala aplicación. ¡Qué no podía decirse sobre el mismo principio aplicado a la educación, y a la gran cuestión de la libertad de enseñanza! Si se hubiera llevado a cabo, ni tendríamos (ni tendrían los que las tienen, digo) escuelas normales, ni ley de instrucción pública, ni... pero esta materia nos llevaría demasiado lejos, y no es para tratarla por digresión. Volvamos a nuestras manufacturas. No se opone al anunciado principio de insistir en que los operarios sean pagados en dinero, pues esto se reduce únicamente a protegerlos de un engaño; y aun menos nos desviaremos de él con limitar el número de horas durante las cuales hayan de trabajar los muchachos en las fábricas, o la edad a que se ha de comenzar esa especie de trabajo, pues aunque ellos obrasen libremente por sí, no son capaces de juzgar; por lo cual así la política como la humanidad concurren en pedir para ellos alguna protección legislativa.

Toda la obra de este esclarecido físico-matemático es una continuada demostración de cuán imprescindible es para los economistas y para los gobiernos el conocimiento profundo de estas materias, si no quieren comprometer a cada paso en sus determinaciones los intereses de la ciencia, y lo que es más, el bienestar y fomento de los gobernados. La lectura de semejante libro será tanto más provechosa a la juventud, cuanto en él palparán que no pueden alcanzar un verdadero criterio en puntos económicos sin los datos que ofrecen las ciencias naturales, convenciéndose por esta vez de la exactitud de aquel principio del satírico latino: *Nunquam aliud natura aliud sapientia dicit*.¹³

Ahora bien: a vista de este estado de cosas ¿será que haya todavía quien pretenda que las ciencias llamadas morales, estén al nivel de las llamadas físicas? ¿Cómo es dable que puedan aquellas resistir el paralelo con éstas? Prescindamos ahora de las causas, de que tanto hemos hablado en el discurso de estas discusiones, y contraigámonos tan sólo a los efectos. Éche-se no más que una ojeada sobre la física, la astronomía, la mineralogía, la cristalografía, la botánica y aun la química, y se verá que la mayor parte de los tratados de estas ciencias, así por su clasificación como por estar reducidas a verdaderos teoremas las doctrinas, ofrecen el rigor científico de las matemáticas. No quiero decir con esto que aún no queden muchos puntos por descubrir y otros por ilustrar en tales ciencias, sino que están más y mejor constituidas que las otras en los puntos ya averiguados. Ayer como quien dice nació la Cristalografía de manos del célebre Haiüy, y de las mismas manos y apenas corrido el primer cuarto del mismo siglo, logró una exactitud y un rigor y fecundidad en las deducciones verdaderamente geométricas, como lo es ventajosamente por el asunto sobre que versa.

¿Puede esto suceder en tal grado en alguna de las ciencias morales, y ni aun en todas las naturales, como realmente no ha sucedido en la medicina,

13. “Jamás afirma nada la ciencia en contra de la naturaleza”.

por resistirlo la naturaleza de su objeto? Por esta razón se levanta más fuerte el clamor de los reformadores, así de esta ciencia natural como de las ciencias morales, en favor del método de observación, cual única tabla de naufragio; pues si el asunto mismo estorba la facilidad de los progresos, ¡cuánto no aumentará la fuerza de esta rémora, si no se apela al método experimental! Cotejemos lo que ha pasado respecto de algunas de las grandes cuestiones fundamentales en uno y otro ramo de los conocimientos humanos, y veremos que las relativas al mundo físico, una vez resueltas, lo han quedado para siempre: ejemplo notable el sistema copernicano, y tanto más notable cuanto es doctrina que pugna con el primer grosero testimonio de los sentidos;¹⁴ mientras que las morales han sido resueltas varias veces con apariencias de quedarlo eternamente, y después han salido fallidas las soluciones, trasmitiéndose de generación en generación, y llegando hasta nosotros sin resolverse.

Tal ha sido muy en especial la suerte de la Psicología, fundamento y raíz de todas las ciencias morales, siendo muy de notar que todos sus cultivadores, sean cuales fueren por otra parte sus opiniones, sensualistas o espiritualistas, están unánimes en considerarlas “como ciencias que aún no están organizadas, o que lo están malamente, y por lo mismo inspiran mucho menos la necesidad de proseguirlas que la de constituirlas o reformarlas”.¹⁵

No es de admirar; pues, que Carlos Comte, tan apasionado a no descansar más que en los hechos, sustente con todas sus fuerzas, una doctrina que sostiene aún los que no siempre caminan sobre terreno tan seguro. Pero lejos de inferirse de ahí, como da a entender el articulista, que yo haya formado mi opinión por la de este célebre moralista, se sigue por el contrario que no es posible haber saludado las ciencias físicas y entrar después en las morales, sin que salte a los ojos el contraste que forman su método y procedimientos respectivos; así que ésta es una consecuencia forzosa del mismo conocimiento de las cosas, por lo cual todos cuantos cultivan una y otras están perfectamente de acuerdo en este punto, resultado indispensable de sus propios estudios. Y ved lo que cabalmente pasó por mí. Prueba de ello que apenas se me presentó en la carrera de la enseñanza una coyuntura favorable para hacer aplicación de estas doctrinas, me apresuré a aprovecharla, como lo hice en el proyecto sometido al gobierno para la fundación de las cátedras de Filosofía en los colegios de San Fernando y San Cristóbal, proponiendo la precedencia de la física a la lógica en el

14. Digo de intento primer grosero testimonio, porque me sería fácil demostrar que con el mismo testimonio, más extenso y delicado, de los sentidos, hemos llegado a la verdad. No será esta demostración trago muy dulce para los pseudo-ecléticos; pero nos alejaría demasiado de nuestro propósito.

15. Palabras de Jouffroy.

curso, como punto vital para el método —proyecto en que creía hacer un servicio a la causa de los estudios en general y señaladamente a la causa de mi país, y que fue presentado desde 1833, cuando no conocía yo más que el nombre de Carlos Comte, pues apenas hace dos años que llegaron a mis manos las obras de este esclarecido escritor. No porque yo tenga a desdoro el seguir las huellas de tan eminente varón, sino porque quiero demostrar al señor Adicto que no soy yo hombre de moda en materia de opiniones y de dejarme ir con la corriente, pero que buenas o malas las mías propias, siempre son hijas del examen. Tan cierto es esto, cuanto que así antes como después he combatido una que otra doctrina del mismo Comte, a veces sin saber por lo dicho, que le perteneciesen; habiendo tenido presente para proponerle como muestra del método en las ciencias morales la circunstancia de ser su *Tratado de Legislación* un libro que anda en manos de todos.

Creo haber terminado la tarea de contestar al señor Adicto, pareciéndome no haber dejado sin respuesta ni uno solo de sus principales argumentos. Pero pues se encuentran muchas inexactitudes en el discurso de su papel, inexactitudes que he ofrecido rectificar para satisfacer completamente sus dudas, se hace preciso verificar esta recorrida. Antes, sin embargo, será conveniente resumir con brevedad los puntos ya demostrados.

1º He demostrado que siendo las ciencias físicas más fáciles que las morales, son más propias para los principiantes aquéllas que éstas.

2º Igualmente que los antiguos estaban más adelantados en las ciencias físicas de lo que vulgarmente se cree.

3º Que fue más natural al hombre principiar sus estudios por la naturaleza, y que así se verificó.

4º Que hay ciertos principios morales que son y deben ser universales.

5º Que estos principios no son en tanto número como algunos pretenden.

6º Que las ciencias morales, siendo ciencias de observación, son forzosamente perfectibles.

7º Por consiguiente, que por mucho que adelantasen los antiguos en estos ramos, no por eso pudieron llegar al *non plus ultra*, máxime considerados científicamente.

8º Que una gran parte de los progresos de las ciencias morales penden de los adelantamientos en las físicas.

9º Que estas últimas están notoriamente más avanzadas que las primeras.

10º Finalmente que el medio eficaz de promover los progresos de las morales es la aplicación rigurosa del método que ha hecho medrar a las naturales; en suma, que el método experimental es el verdaderamente analítico, y por lo mismo el único instrumento que puede aspirar a la universalidad.

Procedamos ahora a nuestras notas críticas, no poniendo sino las muy precisas, y sin contraernos a los puntos ya contestados, que si a anotar se fuera todo lo que notas merece en el artículo, sería menester llevarse con ellas otras tres docenas de columnas; sí señor, ¡y ya pasan de treinta las que van! ¡Abrenuntio! gritan a una lector y autor. Conque sin más preámbulo, vamos a lo preciso.

1º Habla el señor Adicto: “a quienes debemos (a las ciencias morales) nuestras más acabadas instituciones en el orden moral, y por consecuencia en el orden lógico”. Esta consecuencia es la que no percibo yo, aun concedido el antecedente, que no puede concederse tan aína: orden lógico quiere decir encadenamiento, enlace, y ése lo ofrecen todas las materias así las físicas como las morales. ¿Qué significa el que a las ciencias morales debemos nuestras más acabadas instituciones en el orden lógico? Entiéndase en el sentido que se quiera la palabra lógico, aquí no puede venir a colación. Y si la lógica según el articulista es “el prelude indispensable sin cuya introducción se desacordaría hasta el destemple el estudio de las ciencias”, mal pueden precederle las demás morales ni en el orden histórico, ni en el lógico, pues en el primer caso sería la lógica en realidad antes, y en el segundo debería serlo después. Excuso disertar más sobre este punto, porque hay muchos puntos que tomar, y vamos apuntando la segunda contradicción, que la primera lo quedó muy al principio del presente papel.

2º “La lógica, dice Adicto, ha existido positivamente antes que las ciencias todas, pues la deben este carácter (...) Esto es muy obvio: el análisis exacto, la lógica misma, se ejercita sobre los objetos, o cuanto existe que pueda ser analizado...” No quiero más: nunca ha venido más de perlas un *pro me laboras*¹⁶ que en el caso presente. ¿Quien no ve que aquí se toma la lógica por la facultad misma del raciocinio, que crea toda ciencia, a la lógica como una de tantas? Jamás pudo ser ésta la cuestión: sólo se trató de si debía o no preceder lo que llamamos curso de lógica a la enseñanza de la física. ¿No advierte el señor Adicto que tomada la palabra lógica, como en efecto se toma también y debe tomarse, en el sentido de enlace o encadenamiento en las ideas, se aplica a todo género de asunto? Así se llaman, y muy bien llamados, ejercicios lógicos, esto es, que enseñan a discurrir, o más propiamente que promueven el discurso, las preguntas y explicaciones sobre el texto de lectura en el sistema explicativo: llámanse igualmente con la misma propiedad lógicos los ejercicios gramaticales, sin que ni en uno ni en otro caso se haya cursado lógica por parte de los alumnos, que todavía pertenecen a la educación primaria.

3º “Y si es cierto que el análisis, continúa Adicto, en último resultado, es el padre de todos los conocimientos artísticos y científicos, ¿a qué posponer su teoría a la práctica aislada, siempre torpe y rutinaria?”. Es grande

16. “trabajas en mi favor” (o “apoyas mi tesis”).

y muy grande el extravío en estas ideas. Pues si tiene usted un hijo, señor Adicto, que por la natural curiosidad de la niñez le acabe a preguntas, como suele suceder, sobre cuantos objetos se presentan, no se las responda usted hasta que no le haya enseñado la teoría del análisis; que se espere, que tenga paciencia la criatura, ya que sólo por su bien se le pone en ese tormento, pues sería un cargo gravísimo de conciencia dejarla practicar el análisis, ejercitando el raciocinio tan torpe y rutinariamente. Vaya muy enhoramala el gran Montaigne con todos los autores de la explicación, que pretenden “que se acostumbre al niño a discurrir sobre cuanto se ofrece a sus ojos: una piedra, un árbol, un río, una casa, un pasaje de César o sobre Carlomagno, todo sirve de libro en este aprendizaje”.

¿Necesitará usted más argumentos para convencerse de que el análisis que ejerce y debe ejercerse ignorando aún su teoría, sin que tal práctica envuelva contradicción, ni acarree inconvenientes? ¡Inconvenientes! Ventajas, y grandes ventajas por el contrario, alcanzarán aquellos a quienes se haya acostumbrado a usar del instrumento sin saber cómo ni por qué lo usan, ni de qué elementos se compone, no porque tales nociones sean inútiles o perjudiciales (*apage!*), sino porque aún no ha llegado la estación propicia para sembrarlas en el entendimiento. ¿Se necesita explicar a un aprendiz de violín las doctrinas del sonido en que se funda la construcción del instrumento, y aun los mismos sonos que de él saca? Sería por el contrario en los principios semejante exposición inoportuna, pedantesca, prematura, innecesaria, y hasta perjudicial diría, porque había de aumentarle la confusión, lejos de facilitarle el ejercicio.

Norabuena que se le den algunas reglas al momento de la ejecución para que lo haga mejor, pero muchas de ellas, (pues no puede decirse todas) aunque derivadas de la teoría no deben confundirse un momento con ella, como lo hace desgraciadamente nuestro dudador. Los preceptos, por el contrario, son parte integrante de la misma práctica: todo ello se reduce a que quien ha andado primero el camino, advierta al novel viandante que pase por tal parte, o que evite tal atolladero para llegar mejor y más pronto al término deseado; cabalmente, ni más ni menos, como el maestro de carpintero dice a su aprendiz cómo ha de tomar el cepillo para mejor cortar y no cortarse: aquí están las reglas sin la teoría. Veamos ahora las mismas reglas derivadas de la teoría. Supongamos que se trata de enseñar las cuentas al discípulo: claro está que no se podrá dar un paso sin inculcarle ciertos preceptos, muchos de los cuales están fundados en la teoría, o sea la ciencia propiamente tal; mas para que calcule con exactitud y rapidez si éste es el único fin que nos proponemos, como sucede en las escuelas primarias, no es necesario imponerle de tales fundamentos. Será conveniente, será útil, será necesario, cuando sea otro nuestro propósito, esto es, cuando tratemos de iniciarle en la ciencia de los números, pues hasta ahora no hemos pasado del arte, que

siempre se ha definido “una colección de preceptos para hacer algunas cosas con facilidad y perfección”.

Muy bien puede un alumno estar diestro, destrísimo en la resolución de cuantos problemas se le pongan sobre quebrados y reglas de tres v.g., y sin embargo ignorar la doctrina de las fracciones y las razones; en una palabra, puede ser ya excelente contador y no ser todavía aritmético. Diré más. Pero aun cuando nos propusiéramos elevarle a los principios de la ciencia, siempre sería conveniente, ¡que digo! necesario sería imponerle de ciertos hechos o datos, que son los verdaderos cimientos de la ciencia, por recaer sobre ellos la teoría. Y estos hechos serán más numerosos y ofrecerán más puntos de comparación al entendimiento del alumno, cuanto mayor haya sido su previo ejercicio. Así este método, el único natural, lejos de poderse tachar de rutinario, es eminentemente intelectual, es el más lógico imaginable, no sólo por los buenos hábitos que al entendimiento comunica, sino muy especialmente porque los obliga a subir por los debidos escalones. Así, pues, señor Adicto de mi alma, no “es mejor ni más obvio, no señor, inculcar la doctrina, aunque sea oscura e inteligente (¿es posible que se haya estampado esta herejía en el papel?...) pasando inmediatamente a darle realidad”... Pues sin pasar más adelante, amigo mío, ya está usted entregado, y apúntese la tercera contradicción. Efectivamente ¿para qué agrega usted “pasando inmediatamente a darle realidad”, etcétera, sino porque percibe que sería imposible hacer inteligible la teoría sin descender a los hechos o casos particulares, de quienes no es ella más que la exposición general? El entendimiento del hombre naturalmente comienza por el concreto, y cuando queremos elevarle al abstracto, si no alcanza presto las cosas, el único medio de hacérselas penetrar es volver al concreto, esto es, a los ejemplos que necesariamente han precedido en el entendimiento a la teoría, que es la cifra o clave que a todos les abraza. ¿Podrá explicarse cómo son las declinaciones, v.g., y lo que es más, podrá exponerse la sintaxis o teoría de un idioma, sin que el alumno haya conocido los elementos de dicho idioma, y ejercitándose algún tanto en su marcha. ¿Sobre qué y sobre quién había de recaer si no la doctrina? Sobre datos no existentes, sobre un entendimiento no preparado, huésped completamente en la materia: ¿y es esto lógico, ni analítico, ni científico, no digo en último análisis, sino ni al menor soplo de examen? Cada vez se convencerá más el señor Adicto de que mi método es el eminentemente lógico, que no me he atrevido a proponerle sin haber meditado muy detenidamente sobre la marcha de la razón humana, y tanto más, cuanto que estaba en pugna con lo establecido, con la autoridad de la escuela, bajo cuya influencia hubo usted de tomar la pluma.

Como toda la continuidad de la primera columna y la mayor parte de la segunda del artículo de Adicto giran sobre la misma idea y ofrecen la misma contradicción reiteradamente y hasta de un modo más palpable, si

cabe, no molestaré al lector deteniéndome en anotarlas más, mayormente cuando con lo expuesto sobra al señor articulista para salir de dudas, como nos ha declarado repetidamente fue el objeto que se propuso al escribir: así lo he creído, y por tanto me empeño en corresponder a su loable propósito. Pero en esta respuesta general no debe entenderse contestada la muy especial y peregrina ocurrencia de que la “práctica de la lógica es la teoría de las demás ciencias”. Pues ahora sí declaro que no sé lo que es ciencia, ni lo que es lógica ni jota de teoría, ni menos de práctica.

La lógica considerada respecto a las otras ciencias no puede ser más que el método, o procedimiento, cuando más, que ha de haber en toda ciencia para constituirla tal, pero nunca, nunca puede constituir su teoría, que consiste en la exposición de las ideas especiales de cada capítulo de una ciencia; así es que en una misma ciencia hay tantas teorías cuantos son los puntos generalizados, o sistematizados. ¡Qué modo de discurrir tan antilógico! Así podría también sostenerse que los signos eran la práctica del análisis, porque con los signos se practica el análisis y aun eso sería más plausible. Pero que la “lógica sea la teoría de las demás ciencias”... pues todavía no es esto lo que dice el articulista, sino “la práctica de la lógica”... Si usted hubiera seguido mi método, señor Adicto, sin duda que borra esta posición apenas la estampara. ¿Y cuál es esa eficaz receta? Contraerse, amigo mío, no llevarse de generalidades, acudir a los ejemplitos, y uno solo le hubiera bastado para matar aquella idea singular desde el primer instante de un ser natural.

Si fuéramos a tildar cada una de las proposiciones que lo merecen especialmente en el papel del señor Adicto, sería menester escribir un largo volumen; así sólo lo haremos con algunas que más descuellan, o que no nos parezcan señaladamente refutadas en la impugnación o respuesta general que ya les hemos dado.

JULIO



XXXIX

SOBRE LA MÁXIMA DE LA UTILIDAD¹

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, julio 30 de 1839.)

Señor Pbro. Ldo. don Francisco Ruiz:

Con motivo de la discusión que se suscitó la noche del 22 del actual en el *Colegio cubano de conocimientos útiles*, sobre si el principio que estaba destinado a dirigir nuestra conducta moral, era la ley del deber o la máxima de la utilidad, entre otras pruebas aducidas para sostener los alumnos de Psicología y Moral que tuvo Ud. la bondad de examinar, el alto imperio de la ley del deber, ocurrió el citar a Hobbes y especialmente a Helvecio, que conducido lógicamente por su sistema del interés, llegó a decir con escándalo de Voltaire, que desde el punto y hora que el vicio, hacia feliz al hombre, debía éste amar al vicio, pues, constante así el absurdo de tal doctrina, descollaba radiosa la ley del deber. Perecióle a Ud., con su buen

1. Título de Roberto Agramonte.

juicio, tan desastroso el precepto que tuvo duda de que hubiese salido de la boca de Helvecio. Prometí a V. poner en público el pasaje citado, para sus satisfacción, y ahí va según lo escribió su autor en la obra titulada *Sistema de la naturaleza*.

“Si l’homme, d’apres sa nature, est forcé d’aimer son bien être, il est forcé d’en aimer les moyens, il serait inutile et peut-être injuste de demander a l’homme être vertueux, si il ne l’etoit pas, sans se rendre malheureux. Des que le vice le rend heureux, il doit aimer le vice”.

Ni podía ser otra la consecuencia de un sistema que hallaba la superioridad del hombre sobre los animales en que tenía dedos en las manos y no pezuñas. Yo creo que la utilidad del hombre no es para despreciarse. Los que se han dedicado a inquirir y exponer las condiciones de su bienestar, merecen el aprecio de la humanidad por sus generosos esfuerzos en llamar la atención sobre los medios que la conducen a la prosperidad terrestre. A ellos les deben las ciencias económicas. Pero la ley de lo justo campea por sobre todas las ambiciones, dirigiéndose a la intención del hombre; y si el juez, el historiador y el estadista miran los hechos exteriores y la trascendencia que tienen, todavía por ellos van a dar con la intención, porque los hechos la reflejan, la traducen y la ponen de manifiesto por lo regular. Tan es así que cuando el juez descubre que no hubo intención de cometer un homicidio, aunque hubo una muerte, absuelve al individuo. Bueno es que el moralista muestre la diferencia que hay entre las intenciones y los resultados, y que la consecuencia sea trabajar por establecer en lo posible la ecuación de entrambos términos, *hoc opus, hic labor est*.² — B.S.M., *Manuel González del Valle*.

2. “ésta es la tarea, éste el trabajo”.

AGOSTO



XL

SOBRE HELVECIO Y EL SISTEMA DE LA NATURALEZA¹

POR FRANCISCO RUIZ

(*Diario de la Habana*, agosto 8 de 1839.)

Señor doctor don Manuel González del Valle

Ya que V. ocurre al público para presentarme el párrafo que atribuye V. a Helvecio, sacado de la obra titulada *Sistema de la Naturaleza*, contestaré también ante el mismo público a los varios particulares que contiene su artículo los inserto en el *Diario de la Habana* del 30 del pasado julio. Procuraré ser breve y explícito, a fin de ver si alcanzo a que me comprendan hasta los más legos: de este modo podremos contribuir algún tanto a la utilidad pública, objeto primordial, y que no debe perder de vista de que se crea o aspire a la noble misión de cooperar al adelantamiento y mejora del hombre. Baste de preámbulo, y entremos en materia.

Sea lo primero notar la equivocación en que ha incurrido V., en mi concepto, en atribuirle a Helvecio la obra titulada *Sistema de la Naturaleza*, y de la que ha copiado V. el párrafo que inserta en su precitado artículo. Ciertamente me causó extrañeza oírle decir a V. la noche que concurrí al

1. Título de Roberto Agramonte.

examen de sus alumnos, a que tuvo V. la bondad de invitarme, que Helvecio sostenía “Que desde el punto y hora que el vicio hacía feliz al hombre, debía éste amar el vicio”; no porque viese yo en esta proposición un fuerte argumento contra la doctrina que sostenía, sino porque no recordaba ciertamente haberla leído en sus obras *El Espíritu y El Hombre*; pero bien puede ser, dije para mí, que se encuentre en alguna otra obra del autor, que yo no haya leído, o bien, que esté trascordado — ¡la memoria es tan frágil! — y seguí mis observaciones sin empeñarme mucho ni poco en justificar a Helvecio, como recordará V. porque no era del caso. Luego que he visto en su mencionado artículo la fuente de donde V. la tomó, justifiqué mi duda, pues aunque no estaba muy seguro si era el barón de Holbach, o algún otro autor de la obra titulada *Sistema de la Naturaleza*, tenía plena confianza que no era de Helvecio, y para corroborar mi juicio he querido consultar varias fuentes a fin de poner el asunto fuera de toda duda: la una es el *Diccionario de hombres ilustres*, traducido del francés al castellano, y publicado en Barcelona el año de 1834; otra es el *Manual de la Historia de la Filosofía* de Tennemann, traducido del alemán al francés por V. Cousin el año pasado de 1829. El primero la supone desde luego de Holbach, como cosa muy averiguada, aunque éste al publicarla lo hizo bajo el nombre de Mirabaud; el segundo se la atribuye a este Mirabaud, muerto ya cuando se publicó la obra, pero invita a los críticos para que investiguen si Holbach o un tal La-Grange quisieron ocultarse bajo ese nombre, y ninguno la coloca entre las obras de Helvecio, ni dicen que hubiere tenido parte como colaborador en ella. Si todavía quiere V. más comprobantes vea lo que se dice en el *Conversation-Lexicon*, o sea, *Enciclopedia general alemana*, edición de Leipzig, 1835, y traducida al inglés, artículo Holbach. “Son numerosas sus obras —dice— y la mayor parte se publicaron en Holanda anónimas, o bajo nombre supuesto”. Entra ahora el diccionarista en la enumeración de ellas, poniendo al fin de la lista al *Sistema de la Naturaleza* como su obra principal, en la que sin embargo tuvo gran parte Diderot. Este libro, que fue combatido hasta por Voltaire y Federico Mirabaud (no el famoso constituyente Mirabeau), aunque no admite la menor duda que fue obra de Holbach, sobre todo después de publicada la correspondencia del barón de Grinn, donde lo afirma éste expresamente. Y el artículo “Helvecio” de la misma obra ni palabra se dice sobre el particular.

Creo, pues, que la demostración se ha llevado hasta la evidencia, pero si V. hubiere descubierto alguna otra fuente de más pura y abundante luz en que se demuestre lo contrario, esto es, que la obra en cuestión pertenece a Helvecio, suplico a V. me la manifieste para salir de error; pero entre tanto permítame V. un pequeño desahogo en la satisfacción que me cabe de haber contribuido por medio de estas aclaraciones, a libertar a Helvecio, en cierto modo, del aumento de responsabilidad en que se constituiría para el género humano, si a la no escasa nómina de errores y extravíos en que haya

podido incurrir como todo mortal, hubiésemos de hacerle responder también en aquellos en que no tuvo la menor parte. Nunca aplicado con más justicia el *suum unicuique*.² Nada diré del sentido que envuelve el párrafo truncado que V. copia, sin embargo de ver que el autor establece su proposición de un modo condicional e hipotético, y V. la convierte al traducirla en absoluta, prescindiendo de las debidas consideraciones.

Si está demostrado, como creo, no pertenecer a Helvecio el *Sistema de la Naturaleza*, deberá absolvérsele también de aquel otro cargo que le atribuye V. deducido de la pro. 98 del Elenco, en que, según lo indica su sentido, Helvecio defiende “que la virtud consiste en el sacrificio del deber al placer”. Permítaseme decir al paso, que el dolor de que aquí se habla es legítimo, y el placer, al contrario, ilegítimo, bastardo y de mala ley, pues de otro modo, como pudiera suceder, sería inexacta la proposición, pero no inmoral, a no ser que los nombres sean los que constituyan la esencia de las cosas. Rectificada ya la cita, y corregida en parte la injuria hecha a la memoria de Helvecio (¡Cuidado no se crea que me constituyo en defensor de Helvecio, él no necesita de mi defensa!) pasemos a otro punto de mayor importancia.

Para mejor fijar la cuestión presentaré una proposición que se deduce inmediatamente de la doctrina que V. establece, y que a ser verdadera tendríamos que desterrar de la moral la aplicación del principio de utilidad bien entendida. He aquí, pues, la proposición que deduzco del artículo al que contesto: “Nuestra conducta moral debemos dirigirla no por la máxima de la utilidad, sino por la ley del deber”. Pero como he visto que V. fija el sentido de esta expresión, según cree V. que lo entendieron Hobbes y Helvecio, bueno será que indique yo la acepción en que la tomo, sin que por esto se crea que faltando a las leyes del lenguaje le dé una significación arbitraria o acomodaticia: nada de eso. La palabra *utilidad* la tomo en el mismo sentido en que la entendieron Sócrates, Cicerón en su libro *De los Oficios*, donde establece, “que la regla de lo útil es la misma que la de lo honesto”, Hume, el historiador, en sus ensayos de moral, Bentham, que dándole mayor desarrollo por su profunda ilustración, ha contribuido del modo más eficaz a los sólidos y rápidos progresos que en estos últimos tiempos han hecho las ciencias de la legislación y la moral, Droz, filósofo y moralista respetable, que habiendo sobrevivido a los fuertes sacudimientos de la Revolución Francesa, y sido testigo de los extravíos a que puede arrastrar el desencadenamiento de todas las pasiones de un pueblo, pudo estudiarle profundamente bajo todas sus relaciones y complicadísimos intereses, y encuentra que el único principio luminoso y seguro que no solamente conserva sino que establece el orden, es el de la utilidad. Comte, el jurisconsulto Comte se exalta tanto al recomendar su excelencia, que no

2. “a cada cual lo suyo”.

duda afirmar del modo más explícito a la conclusión del capítulo 14 del primer libro de su *Tratado de legislación*, “que nadie puede atacar el principio de la utilidad sin contradecirse, o estar fuera de sí”; y más adelante añade “que si alguna vez no está de acuerdo con Bentham es cuando éste no ha sido bastante fiel a su principio, por no haber observado debidamente los hechos”. No cito a estos autores, cuya nómina pudiera alargar, para apoyarme en su autoridad, pues siempre he procurado pensar por sí mismo, sino para que sea cual fuere la acepción en que tome V. la palabra utilidad, sepa cuál es el sentido que yo le doy, y por consiguiente la extensión y amplitud que tendrá la base en que descansa, cuando la establezco en su aplicación a la moral.

Contraigámonos ahora a la proposición deducida. Si es cierto que el objeto de la moral es perfeccionar al hombre no sólo como ser puramente moral, sino también como ser físico e intelectual, pues esto reunido es lo que constituye al hombre, a fin de que se proporcione la mayor suma de felicidad, es necesario que los medios que se apliquen sean adecuados y correspondientes a este santo fin, pero esta calidad no puede de ningún modo tenerla, si le falta la utilidad, esto es, aquello que da la dicha y felicidad del hombre, supremo bien y fin de la moral. Pero supongamos según el principio que quisiera V. se substituyese al de la utilidad, que se presenta esa ley del deber para determinar y dirigir las acciones morales. Lo primero que me ocurre es averiguar donde se encuentra esa ley, y como se manifiesta, si lo que determina es absoluto, necesario, infalible, o si deja al alma en libertad de ejecutar los actos de su voluntad según bien le plazca para que haya moralidad y por consiguiente responsabilidad... Si se quiere que esta ley del deber esté en la conciencia, sea la misma conciencia que me enseña a conocer y a distinguir lo bueno de lo malo moralmente, yo en ello no veo otra cosa, a la verdad, que la misma preciosa facultad de juzgar por la cual percibimos las relaciones de los seres, y distinguimos lo verdadero de lo falso, así como por la misma facultad distingo lo bello, lo patético, lo sublime, etcétera, de lo que no lo es, y le doy el nombre de gusto. Si bien es verdad que percibimos una pena, un sentimiento más o menos doloroso y profundo cuando hemos ejecutado alguna acción contra los dictámenes de nuestra conciencia, que sentimos crueles remordimientos en nuestro interior, y como que oímos la voz de un severo juez que nos acusa sin conmisericordia, todos estos fenómenos naturales resultan necesariamente del juicio formado; por consiguiente, para que las acciones que dicte la ley del deber a la conciencia, o sea el sentido moral, cumplan con su fin, es necesario que contribuyan a la felicidad del hombre: si contribuyen a su felicidad, forzosamente han de serle útiles, y he aquí como esa ley del deber tiene que mendigar consejo de la utilidad, antes de preceptuar una cosa, si quiere cumplir con el verdadero objeto de la moral. Se deduce, pues, asimismo, de tan incuestionables precedentes, que el principio del deber, lejos de dar

recibe forzosamente la ley del principio utilitario. Mi conciencia no me acusa por la ejecución u omisión o por el consentimiento de un acto voluntario y libre, ínterin mi juicio no lo haya condenado como malo, y no la condenará mientras no tenga motivo para ello, es decir, mientras no se oponga próxima o remotamente a mi bienestar y felicidad. Aquí sí podríamos decir que campea el principio de la utilidad, y descuello sobre todos los principios.

Si no temiera alargar más de lo que me he propuesto este artículo, podría continuar ilustrando la materia con el examen de cualquiera de los heroicos sacrificios que cada día hace el hombre por cumplir con sus deberes, y se vería al través de estos mismos sacrificios resplandecer el principio utilitario; pero baste lo dicho, y vengamos a la proposición 95 del Elenco, en que veo distinguida la justicia de la utilidad, suponiéndose que ésta no alcanza a donde aquélla llega. Por lo que dejamos demostrado se verá que la justicia lejos de diferenciarse de la utilidad, constituye al contrario la suprema utilidad, porque es la que en sus aplicaciones puede proporcionar a la Sociedad, y por consiguiente a sus miembros, el máximum de dicha y felicidad.

Pero la acción, me dirá V., para que merezca el nombre de virtuosa, es necesario que vaya acompañada de algún sacrificio de parte del que la ejecuta; luego, no es la utilidad quien la prescribe, sino la ley del deber; luego si exclusivamente rigieran nuestras acciones el principio de utilidad no habría virtudes, y ¡adiós moral! Nunca brilla tanto la utilidad, le contestaré a V., como cuando se practican las verdaderas virtudes, pues los sacrificios que hace de presente el virtuoso los encuentra recompensados con usura en la fuente inagotable de felicidad que le proporcionan sus mismas virtudes. El exacto cumplimiento de todos y cada uno de los preceptos del Decálogo produce inmensos bienes al orden social, y por consiguiente la utilidad más real y efectiva a los que lo practican... ¿Qué cosa sería tan útil así para el hombre privado, como para la Sociedad, para la humanidad entera, como el que todos conformasen su conducta según los principios de nuestra Santa Religión?; entonces, dando dulce acogida en nuestros corazones al primero, al más importante de todos, al que sirve de base a la Sociedad y forma su vínculo, al de la caridad, o sea el puro y ardiente amor a la humanidad, viéramos establecido sobre la tierra el reinado dichoso de la paz y la unión, apoyados en la justicia. ¡Bendita sea la época en que lleguen los hombres a este grado de perfección moral!

Examinando la naturaleza humana se ve que tales han sido los desig-
nios de su Autor, mas para alcanzar tanta ventura es forzoso que lleguen los hombres a conocer sus verdaderas relaciones e intereses, ¿y cómo podrán alcanzar ese grado de perfección si no cultivan su entendimiento, para aplicar después al fruto que éste les ofrezca el principio de utilidad? ¿Cuál será la regla, el criterio, la piedra de toque, digámoslo así, donde

ensaye el hombre sus ideas, pensamiento, acciones y cuanto tenga relación con su ser; para admitirlo o desecharlo según que se conforme o contraríe a su dicha y bienestar? Proscríbase el principio utilitario, y quedaremos a oscuras, pero admítasele y volverá luz, y con él la confianza y seguridad, porque siendo eminentemente racional, no permite a la voluntad dar un paso sin que antes tome cuenta de los motivos que la determinan. Es activo sin agitarse ni precipitar sus pasos, sus miras son las más rectas, como que a él está confiado nada menos que el precioso tesoro de la verdadera felicidad del hombre; por eso examina las cosas bajo todas sus relaciones, procurando escudriñar cuanto en ellas se encuentre, y descubrir hasta las más remotas consecuencias de una acción. A veces reprime nuestros más vehementes deseos por legítimos que sean y exige que sacrifiquemos placeres y bienes de presente, para recoger después otros más ricos y duraderos. Los que proceden de un modo contrario, esto es, los que no saben resignarse a sufrir una pena actual o que no quieren privarse de un bien momentáneo para evitar en lo sucesivo mayores males, o proporcionarse una fuente inagotable de bienes, desconocen el principio o ignoran el modo de aplicarlo.

Son tantas las ideas que me ocurren en apoyo de esta doctrina, que a dejarme arrastrar sería una obra, y no un artículo lo que escribiese. Lo dicho es suficiente para que el público forme idea del genuino sentido del principio de utilidad, y como debe aplicarse a la moral. Veo que se alarga este artículo mas de lo que quisiera; diré, sin embargo dos palabras sobre otra proposición de que se habló en los exámenes, y que también tuvo V. en su artículo “que para calificar la naturaleza de una acción moral no ha de atenderse al efecto que ésta produce en su aplicación, sino a la intención del operante”. En este mismo sentido la establece V. en su artículo, aunque advierto le ha hecho una pequeña modificación que no la altera en el fondo.

Todo el que haya saludado la moral sabe, o debe saber, que la naturaleza de las acciones es cosa muy distinta de su imputabilidad o moralidad. Para estudiar su naturaleza, es indispensable observar los efectos y resultados que producen con relación al hombre, cuyos resultados que son el fruto de la experiencia, se ensayan con mucha escrupulosidad, antes de clasificarlos, en la prueba de toque, que es el principio de utilidad, para distinguir las buenas acciones de las malas, y las virtudes de los vicios. Yo apelo a todo hombre de mediano entendimiento, si cree que en esto entra para algo la intención con que se ejecute la acción, o lo que lo mismo, si la intención es capaz de variar la naturaleza de una acción, y hacer que la perfidia, v.g., no sea un crimen. Pero la imputabilidad, o la responsabilidad en que haya incurrido el hombre por la ejecución de una acción buena o mala, tendrán que atender a la intención del operante, muy bien lo veo, o, para poder graduar el tamaño de la culpabilidad o del mérito que haya contraído por su acción u omisión. Y no entra sólo la intención como ele-

mento en este cómputo; ha de atenderse también a las circunstancias del hecho, porque asimismo atenúan o aumentan la responsabilidad del que lo ejecuta. Aunque estas ideas son muy triviales entre moralistas y jurisconsultos, me ha sido forzoso indicarlas para probar cuán distinta es la naturaleza de una acción de su imputabilidad, y que no ha podido determinarse como buena o mala una acción sin haber observado previamente sus efectos, lo que formulado podría expresarse diciendo “que las acciones son buenas o malas según la relación en que están necesariamente o conforme a su naturaleza con el hombre”. Vio éste que el quitarle la vida a otro hombre era el mayor daño que podía inferírsele, porque le priva de su existencia, y calificó de mala y detestable la acción. Se acusa a uno de haber cometido un homicidio, entra entonces el juez a considerar la intención que pudo llevar el que lo ejecutó, y no sólo se detiene aquí sino que pesa también las circunstancias que acompañaron su perpetración, para poder graduar el tamaño del crimen, y aplicar la condigna pena al reo, o su absolución si resulta inocente.

Creo que con lo ya expuesto queda demostrado: primero, que la obra del *Sistema de la Naturaleza* no es de Helvecio; segundo, que el principio de la utilidad no solamente debe aplicarse a las ciencias políticas y económicas, y a cuanto tenga relación con los goces y necesidades del hombre, sino también a la moral propiamente dicha; y tercero, que la clasificación de acciones en buenas y malas, virtuosas y viciosas, ha de hacerse después de observar atentamente lo que contribuye a la mejora y perfección del hombre, o al contrario, lo cual es muy distinto de la imputabilidad de un acto, porque aquí entran como elementos constitutivos, no sólo el acto, hecho, sino la intención del operante y circunstancias del mismo hecho. Si aun le quedaren a V. algunos reparos que hacer, así respecto a la cuestión crítica sobre quien sea el autor de la obra titulada *Sistema de la Naturaleza*, como respecto a la doctrina expuesta, podremos continuar ilustrando la materia en algunos otros artículos, o del modo que V. guste. Entre tanto saluda a V. su afectísimo Q.S.M.B. *Francisco Ruiz*. Habana, 3 de agosto de 1839.

XLI

SOBRE HELVECIO Y EL PRINCIPIO DE UTILIDAD³

(*Diario de la Habana*, agosto 17 de 1839.)

Señor presbítero licenciado don Francisco Ruiz:

Que sea Helvecio o el barón de Holbach el que haya dicho “desde el momento en que el vicio nos hace dichoso, debemos amar el vicio”, que sea éste o aquél, es punto en el que sobreseo de buen grado, porque, al fin y al cabo, los dos pertenecen a una misma época filosófica, se comunicaban con frecuencia, militaban bajo una misma bandera, y eran de una propia escuela; y tanto, que aquello que Helvecio no dio a entender muy a las claras basta oír después al obsequioso y desembozado Holbach, para no dejarnos duda de todo lo que ya traía en su seno el principio de la utilidad, a cuya defensa y propagación entrambos se dedicaron, atrayéndose disgustos y persecuciones. Habrá quien note en el libro *El Espíritu* de Helvecio dición diversa de la que luce el *Sistema de la Naturaleza*, y otras señales de diferencia, pero lo que es la idea del interés, con sus corolarios y aplicaciones, campea fija, poderosa y dominante en uno y otro escritor, como en veinte más de aquel tiempo, que con igual decisión la hicieron cundir por todas partes.

Si Helvecio ponía la superioridad del hombre sobre los animales en la diferencia de la organización física y no más, según lo declara abiertamente en su primer discurso, de ahí al amor al vicio, no hay mucho trecho para la lógica, y ya tiene V. juntos a Helvecio y Holbach. Para mayor prueba permítame V. trasladar algunos pasajes del libro *El Espíritu*, discurso 1º, donde trata Helvecio de manifestar la inferioridad del alma de las bestias en cotejo con la del hombre.

“1º Todas las patas de los animales rematan o en pezuñas como las del buey o del ciervo, o en uñas, como las del perro o lobo, o garras, como las del león y el gato. Esta diferencia de organización entre nuestras manos y sus patas los priva no sólo, según lo dice Buffon, del sentido del tacto en un todo, sino lo que es más, de la destreza necesaria para manejar un instrumento o hacer algunos de los descubrimientos que suponen las manos”.

”2º La vida de los animales, en general, por ser más corta que la nuestra no les permite hacer tantas observaciones ni, por consiguiente, tener tantas ideas como el hombre.

”3º Mejor armados y vestidos los animales que nosotros, tienen menos necesidades, y deben, por consecuencia, tener menos invención: si los ani-

3. Título de Roberto Agramonte.

males voraces tienen, en general, más espíritu que los demás, el hombre siempre inventiva, ha debido hacerles imaginar ardidés para sorprender su presa.

"4° Ante el hombre, que se ha hecho más fuerte y temible con el uso de las armas que ha fabricado, la sociedad que forman los animales es fugitiva.

"Pero cuanto más se multiplica la especie de un animal capaz de observaciones, tanto más tiene ideas y espíritu.

"Pero se dirá: ¿por qué los monos con las patas casi tan mañosas como nuestras manos, no hacen progresos al igual del hombre? Porque bajo muchos respectos se quedan inferiores; los hombres se han multiplicado más. Entre las diferentes especies de monos pocos tienen la fuerza del hombre: los monos son frugívoros, tienen menos necesidad y, por consiguiente, menos invención que los hombres; su vida es más corta, forman una sociedad fugitiva ante el hombre y ciertos animales, así como el tigre, león, etcétera, en fin, estando por la disposición orgánica de su cuerpo, como los niños en perpetuo movimiento, aun después de satisfechas sus necesidades no son capaces los monos del *ennui* o fastidio que debe mirarse, según lo probaré (en el tercer discurso) como uno de los principios de la perfectibilidad del espíritu humano".

Y allá en el capítulo 9 de su tercer discurso declara que al llegar la sociedad a punto de perfección, "entonces las palabras de bien y de mal, creadas para expresar las sensaciones de placer o de dolor físico, que recibimos de los objetos exteriores, se extienden generalmente a todo lo que puede preocuparnos la una o la otra de estas sensaciones, aumentarlas o disminuirlas".

Jamás hubo mayor olvido ni desprecio más patente de lo que es el hombre, y de lo que constituye su dignidad y preeminencia característica. Para Helvecio, lo mismo que para Hobbes, Holbach y los otros partidarios de su menguada psicología, el hombre no tiene más que sensibilidad física. Y con estos antecedentes, ¿fulmino cargos al sistema de Helvecio que no se deduzcan de sus propias frases? ¿Qué moral se podrá componer ateniéndose a la pura sensibilidad y a las pasiones que Helvecio deriva de ellas? A la vista está. El bien y el mal ya no se refieren, como siempre se ha creído, a la libertad de hacer o no hacer, con arreglo a la razón de lo justo, sino a sensaciones de placer o de dolor. En vano siglos atrás había demostrado Sócrates a Calicles, que lo que se posee y se pierde a un mismo tiempo, no es ni bien ni mal, por cuanto que al sufrir hambre y comer, concurren a la par; la pena del hambre y el gusto de la comida, mientras que no se sabe en lo posible el ser desgraciado y feliz simultáneamente, sacando, por consecuencia que una cosa es lo bueno y otra lo agradable. Helvecio no repara en esto, proclama por principio de conducta el placer del individuo, y ni vacila en afirmar que cualquier hombre, como prefiera el decir la verdad al orgullo de tenerse por virtuoso, si atento sondea en su

interior; ha de conocer que sus virtudes y vicios se los debe al diverso modo con que lo modifica el interés personal.

Para mayor alarde y gala de su tema, así explica Helvecio lo que entiende por beneficencia: “Humano —dice— es aquel que por serle insoportable la vista de la desgracia de otro, para redimirse de tal pena, se ve forzado a socorrer al infeliz...” ¿Y es ésta aquella virtud expansiva de las almas tiernas y generosas, que reputan por dicha propia cuanto rebajan de la desgracia ajena? Pero Helvecio era lógico y aplicaba su principio de utilidad a costa de los hechos que se le resistían a entrar por el aro de su hipótesis.

Sería no acabar el ir señalando las huellas peligrosas que ha dejado en su tránsito el sistema del placer conforme al texto helveciano. Antes parece el libro *El Espíritu* una sátira contra ciertas aberraciones de los hombres, que una explicación filosófica de su destino moral. En cambio, el género humano sigue tributando sus aplausos a la castidad difícil de Scipión, a la inmólación dolorosa que de su hijo decretó Bruto, al valor admirable de Régulo y de otros héroes de la virtud, bajo el concepto de que lo merecen por el sacrificio de sus placeres en las aras del deber y de la justicia.

Si el sistema de la utilidad pasara a la práctica, según la glosa de su teórica, lo que en honor de la verdad y por una feliz inconsecuencia no sucede, ¿qué viera un hombre en otro hombre? Una de dos, o un instrumento de utilidad o un obstáculo. Si lo primero, V. cae en la cuenta de lo que haría el egoísta neto. Si lo segundo, era preciso acabar con el hombre que estorbaba el bienestar individual. Y por ahí derecho se iba a los abismos del crimen. ¿Gozaban sus semejantes? La envidia le roería el corazón. ¿Se le presentaban miserables y congojosos? Se alegraría, en el contraste, de no sufrir con ellos, porque el riguroso calculista del interés individual debía condenar todo impulso de compasión por no haber salido ajustado de la contaduría de la utilidad.

Y de paso sea dicho, ¿cómo se harán ahí las sumas y restas de placeres morales y de placeres físicos siendo cantidades tan heterogéneas? ¿Se reducirán todas a placeres físicos? ¿Admitirán la partida de acciones espontáneas? Trabajo les mando...

Volvamos la contemplación al utilitario mismo en el discurso de su vida, entregada al arte mecánico de negociar la propia conveniencia. ¿De qué se queja? De sus placeres idos para siempre con la flor de su juventud. ¿Qué consuelo le asiste? El poco seguro de dolores terminados, mientras que la perspectiva de sus venideros años se la nubla, con la pérdida sucesiva de los quilates de sensibilidad, y con la disminución de algunos placeres posibles, sí, pero inciertos, y con la amarga seguridad de los dolores inevitables que trae la vejez. En desierto tan horroroso ¿no han de asaltar tentaciones hasta de suicidio?

¡Qué diferencia de espectáculo con ponernos bajo de encantadores auspicios de la ley de lo justo! De esta primer ley del bien y del mal, no inventada sino descubierta y acatada por el hombre para la guía de su destino, ley impersonal, que según la frase de Tulio *æternum quoddam*,⁴ que gobierna el universo mandando y prohibiendo con soberana razón. Entonces se admiran los rasgos espontáneos de la generosidad, se oye hablar con entusiasmo de los holocaustos, del olvido estoico de todo placer, hasta de la vida por el cumplimiento del deber; y santos se llaman los dolores que acompañan al bueno en su consagración inviolable a lo justo. En este mundo verdadero de la moral no alcanza el lauro y prez de virtuoso quien goza de delicias, si no las merece, ni sufre del baldón de malo quien pasa miserias y angustias, como no le vengan por castigo.

Tal vez alguno, haciendo del virtuoso, usurpe el asombro, y logre las aclamaciones y aplausos que discierne la humanidad a los héroes de la moral. Mas ¡cuidado!... porque si el género humano escribió el nombre de ese hipócrita en las páginas de la historia dándole el tributo de aprecio al que no era acreedor, penetremos la intención de la humanidad; a quien quiso premiar fue al héroe verdadero, no al calculista engañador ¡Ay del usurpador de la gloria cuando se descubra su trama!... Cierta escritor de la escuela utilitaria francamente ha confesado que la hipocresía, al cabo es un homenaje a la virtud, aunque espúreo bastardo y de mala ley. Y cuando en conversación vulgar se dice que uno hizo su conveniencia, u otro de la necesidad virtud, pardiez que no se echan flores a las acciones interesadas.

Pero tengo que detenerme, porque en el párrafo 7º del urbano artículo que V. me dirigió en *El Diario* del 8 de este mes, ¿dónde se encuentra la ley del deber y cómo se manifiesta? Respondo que damos con su revelación sublime al punto que asoma una intención de la conciencia, y que la hallamos también al admirar un hecho de nuestros semejantes, comenzado o cumplido con entera libertad, puesto que jamás nos abandona el oráculo augusto de la razón, y cada y cuando se ofrece, nos impone con autoridad divina la obediencia a lo justo, sin quitarle a la voluntad el poder de seguir o no la voz eterna del deber que la intima. De aquí el captarse el hombre o loor o vituperio, pues si hacen bien pudiendo hacer mal, merece aprobación y alabanza; si procede mal pudiendo proceder bien, desmerece ante la razón que así lo acusa en su conciencia como en el foro moral o en los tribunales de los demás hombres. ¿A quién se le oculta lo que se entiende por imputación? ¿No es el fallo del mérito o demérito que se granjea el hombre por sus acciones?

Por lo que mira a la manifestación de la ley del deber, bien clara se aparece en los remordimientos o en el regalo purísimo de una conciencia inmaculada. ¿Qué es la censura de nuestros semejantes? Solemne mani-

4. "una cosa eterna".

festación de la ley violada, sí pero no destruida ni un momento siquiera, pues castigando queda con su inmutable autoridad la infracción cometida, y recordando al culpable, muy a su pesar, en todas partes y a todas horas lo sagrado del deber por siempre imperioso. Contento, al contrario, con sí mismo el leal a la virtud, recibe en su conciencia la santa aprobación de Dios, junto con las bendiciones y honras de los demás hombres llamados a cumplir idéntica ley. Pero sus hermanos, dirá V. lejos de encomiarle no lo comprenden y lo colman de afrenta y amargura. Suele ser así, más como la justicia no es la utilidad, el virtuoso, firme en su deber, tendrá el martirio por palma.

Nuestra religión distingue, con sumo acierto, lo que es el dolor de haber ofendido a Dios por ser Dios, del pesar por las penas indefectibles reservadas al culpado. ¿Quién desconoce el mérito relevante de la contrición en paralelo con el interés de la temerosa atrición?

Para que V. se persuada de que el principio del deber es opuesto en el campo de la moral, al sistema de la utilidad, le recuerdo lo encontrado que está Bentham hasta con las palabras moral, justicia, virtud, conciencia, equidad natural, etcétera. La ciencia toda la reduce al conocimiento de lo que conviene y desecha el título de moral para ponerle “Deontología”.

Con respecto a los motivos de las acciones afirma Bentham que no hay para qué meternos en la averiguación de ellos que si siendo malos, producen buenas acciones, tanto mejor para la sociedad, y tanto peor si, con intenciones buenas, se producen actos malos, porque el asunto está en la acción y no en el motivo.

Muy lejos estoy de pensar en esto como el analítico jurisconsulto inglés. Seguramente, para el legislador y el juez, los hechos exteriores son indispensables, pero ¿qué ven en ellos? Unos signos, unos símbolos, una traducción sensible de intenciones, y así los aceptan. Cae una piedra, hiere a un transeúnte; la piedra aunque causó daño no es injusta, cabalmente, por carecer de intención.

Ahora ¿no me consentiría V. tildarle el raciocinio con que abona el sistema de la utilidad, con la nota técnica de *petitio principii*,⁵ pues repite lo que ha debido probar?. Y por circunscribir la cuestión a casos que reciben soluciones por la escuela de V. y la de mi predilección le suplico me resuelva los siguientes:

1º Desahuciado andaba de médicos un individuo que adolecía del hígado; guardábale antiguo rencor un enemigo pesaroso de que viviese el enfermo los pocos días que le señalaban los inteligentes en achaques de salud. Una noche el enfermo se encuentra con su enemigo: verle éste y clavarle un puñal, todo fue una. El herido creyó llegada su postrer hora, su agresor también lo creyó, pero el puñal abrió tal apostema del hígado, y al fin el

5. “petición de principio”.

enfermo se restablece y pone sano, y con la vida segura para muchos años. ¿Es bueno el que le hirió porque resultó la gran utilidad de la salud o es malo, a pesar de la conveniencia que trajo el crimen, atendida la intención del operante? Temo la alternativa en que puede verse V. entre la lógica o el reniego del principio utilitario.

2º Piérdesele a un rico avariento o disipador y vicioso, en lo espeso de un bosque, cierto tesoro: da con la bolsa un pobre labrador, afligido de la miseria y del hambre de su esposa y cuatro hijos. ¿Deberá por la utilidad del alimento de la educación y del porvenir mejor de su familia menesterosa, quedarse con las monedas? No incluyo en el cálculo las penas de los remordimientos que apretasen al labriego necesitado, por la intención de hacerse de la bolsa, pues al final del párrafo 7º de su cortés artículo, sostiene V. que “su conciencia no le acusa la ejecución u omisión de un acto voluntario y libre, ínterin su juicio no lo haya condenado como malo y no lo condenará mientras no tenga motivos para ello, es decir, mientras no se oponga próxima o remotamente a su bienestar y felicidad”. Sobre lo cual le llamo la atención porque si la bondad o la maldad de las acciones depende de calificaciones individuales, ni hay intersticio entre presentarse una intención y brillar la ley impersonal de lo justo.

Ruego igualmente a V. me admita la sincera protesta de que me contraigo sólo a la doctrina del *ibi fas ubi optimas merces*.⁶ Dos hombres, no obstante sus hipótesis más queridas son guiados en su conducta por principios superiores, que sin presumirlo, los llevan por buen sendero. De Helvecio se cuenta que era moderado, sobrio y honradísimo. De Holbach que era caritativo y generoso. Me he dirigido contra al sistema del placer tal como lo han labrado sus célebres autores, y ha venido hasta nosotros en sus últimas tradiciones, conforme a los textos reconocidos de la secta utilitaria. En su campo ha de ventilarse la cuestión: de otra manera el buen juicio particular de V. en los trances dialécticos en que se viera comprometida y desesperada la doctrina del interés, sería un obstáculo para llegar a tenerlas con el sistema oficial de la escuela.—B.L.M. de V.—*Manuel González del Valle*.

6. “el deber está allí donde radica el mayor rendimiento”.

XLII

**SOBRE HOLBACH Y EL SISTEMA⁷
DE LA NATURALEZA**

POR FRANCISCO RUIZ

(*Diario de la Habana*, agosto 30 de 1839.)

Señor doctor don Manuel González del Valle:

Confesada la equivocación que padeció usted en haberle atribuido a Helvecio la obra de Holbach, titulada *Sistema de la Naturaleza*, aunque no franca y paladinamente como era de desearse, en obsequio de la verdad, a quien debemos tributar siempre el justo homenaje, se consuela V. en su derrota, acogiéndose al refugio de que “ambos pertenecían a una misma época filosófica, se comunicaban con frecuencia, militaban bajo la misma bandera, y eran de una propia escuela”, etcétera, como si éstas y otras relaciones que pudiera haber entre ellos, autorizaran en buena lógica para concluir que habían de ser responsables recíprocamente de las doctrinas contenidas en sus respectivas obras.

Y bien era de esperarse, al ver mi protesta de no entrar en la defensa de Helvecio, ni de ningún otro autor, como de nuevo la reitero, porque es innecesario para ventilar ninguno de los puntos en cuestión; que V., portándose con más hidalguía y a ley de buen caballero, no hubiese insistido en atacarlo, y menos del modo que lo ha hecho hallándose indefenso.

Resuelta, como acabamos de ver, en mi favor la cuestión principal, porque fue la que dio motivo a esta polémica, pudiera en dos palabras contestar al resto de su elegante artículo, diciendo que puesto que V. en él ataca a Helvecio, Bentham y otros autores, cuya defensa, ni por poder ni de oficio he querido admitir, quedaba terminada nuestra discusión, pero en obsequio del importante objeto que nos ocupa, y por la utilidad que pueda redundar al público, me encargo de presentar algunas de las observaciones que me han ocurrido con la atenta lectura del artículo que contesto.

Sea la primera la inconsecuencia o la inexactitud lógica con que supone V. que “no distaría mucho Helvecio de amar el vicio, siempre que le proporcionase placer”, porque se había empeñado en demostrar que “la superioridad del hombre sobre los demás animales la debe a la organización física”. Muchos, muchísimos, a ser legítima la deducción de V. habrían de participar de la disposición al vicio que atribuye V. a Helvecio por semejante defensa. Desde el profundo y sesudo Herder, por no meterme allá entre

7. Título de Roberto Agramonte.

griegos y romanos, hasta el último alumno de la escuela fisiológica en nuestros días, han trabajado y trabajan, no ya tanto en la resolución del problema, porque su demostración se ha llevado hasta el grado de evidencia, sino en la averiguación de otros fenómenos morales y psicológicos por su estrechísima relación con los fisiólogos. Cuestión es ésta de inmensa trascendencia, pero no es la ocasión, ni me toca a mí ventilarla.

Otras inexactitudes lógicas pudiera presentar sin salir de los primeros párrafos de su artículo, pero se prolongaría éste más de lo debido. Quiero sí llamar la atención sobre la inexactitud crítica, y lógica al mismo tiempo, de dar por refutada la doctrina de un autor por lo que se le haga decir en media docena de párrafos truncados. Si esto no prueba sobra de mala fe, y decidido empeño en presentarle como derrotado sin estarlo, prueba al menos precipitación en los juicios, la cual puede provenir de muchas y diversas causas, y ¡cuidado! que es una de las fuentes más fecundas en extravíos. Un discípulo provector de la escuela fisiológica habría encontrado en esta parte de la doctrina de Helvecio una proposición verdadera, pero mal defendida. ¡Cuántas buenas causas se pierden por la torpeza y falta de pericia de sus defensores y patronos! Otros verdaderos errores en que incurrió Helvecio, pudo V. con más provecho haber indicado.

Creo que V. hubiera andado más acertado, si en lugar de copiar esos párrafos de *El Espíritu* de Helvecio, para deducir también ideas las más inmorales y absurdas, como pudiera acaso hacerlo un químico en la extracción de un veneno de una substancia sana y nutritiva, se hubiese V. contraído a justificar el cargo que contra Helvecio resultaba del tenor de la proposición 98 de su Elenco, en que se le presenta como defensor de la siguiente proposición: “la virtud consiste en el sacrificio del dolor al placer”, según noté en mi anterior artículo. Acaso el silencio que V. guarda sobre este asunto será por haber sobreseído también el cargo que le resultaba presentándolo bajo tan desfavorable aspecto, bien que como allí mismo digo mucho habría que ver en esto entrando en explicaciones, pero entre tanto obran las apariencias, y ¡cuenta que no pocas veces suelen ser más funestas que las realidades!

Algo desembarazado ya con la manifestación de las observaciones que desde la entrada de su precitado artículo me ocurrieron, pediría el buen orden que continuásemos la discusión sobre el principio utilitario, pero como veo que V. insiste en atacar a Helvecio y a su escuela, de quienes no me cansaré de repetirlo, no me he constituido defensor, no extraña V. si vuelvo a decirle que me considero legítimamente dispensado en contestarle sobre el particular. Bien pudiera quedarme sobre las armas, digámoslo así, de mero espectador, y hasta divertido, viéndole lucir su diestra dialéctica en las ruidosas, aunque vanas descargas que hace V. contra el indefenso Helvecio, y de las cuales algunas chispas alcanzan al filántropo Bentham; mas yo deseo sinceramente aclarar esta materia, y para mayor ilustración

del principio y de la doctrina, seguiré paso a paso todo lo que V. dice y expone, procurando contestar en aquellos puntos, que algo me atañen, siempre por supuesto, en consecuencia con la acepción en que desde mi anterior artículo he tomado el principio utilitario, cuando fijé la cuestión. Suplico a V. tenga la bondad de releerla, con algún detenimiento, y libre de toda prevención, como debe hallarse necesariamente quien con sinceridad busque la verdad, y encontrará que mi opinión es muy distinta de la que V. combate, aunque sean idénticas las expresiones empleadas. V. da a entender, según el contexto de todo su artículo —sentiría equivocarme— “que el moralista utilitario todo lo refiere a los goces sensuales, y que sacrificará cuanto hay de más sagrado al empeño de no perder el amor de estos goces, lo cual ha de conducirle por necesidad al más despreciable egoísmo; para él no hay virtudes, no hay deberes, no hay probidad, no hay conciencia, en una palabra se convertiría en uno de los malvados más detestables, si por una feliz inconsecuencia no tuviera que separarse en la práctica de su teoría”. Creo que V. me hará la justicia de creer que si tomara yo el principio utilitario en tal sentido, me merecería igual reprobación pero vea V. de qué otro modo tan diverso lo entiendo cuando digo “que el hombre, al aplicar el principio de utilidad no sólo ha de atender al dolor y placer puramente sensual, sino que ha de considerar también con mucha predilección los goces morales e intelectuales, pues de fenómenos pertenecientes a este hombre triple, por decirlo así, se forma el hombre completo, cual debemos considerarlo para llenar su estudio”. ¿Habrá lugar a decir que se excluyen las virtudes, los deberes y otras dotes que constituyen su mayor perfección? Sería necesario para esto suponer que quien aplicase el principio no había hecho el menor estudio de su naturaleza, pues la más ligera observación le habría enseñado que muchas veces hay conflictos, hasta empeñarse una lucha entre los sentidos, los apetitos, los placeres sensuales y la razón, así como otras se advierte más recia y comprometida entre las pasiones y la misma razón. El triunfo de esta razón aplicando su regla de oro que es el principio utilitario, exige que en nuestras acciones sacrifiquemos en tales circunstancias el menor presente bien al mayor aunque remoto, o sepamos resignarnos a soportar una pena actual que ha de proporcionarnos goce y felicidad duradera aunque futura, poniéndonos en la feliz necesidad para nuestra mayor perfección de practicar todas las virtudes y cumplir con todos los deberes que necesariamente resultan, atendida nuestra naturaleza y relaciones con nosotros mismos, con Dios y nuestros semejantes.

Explicando el principio de utilidad en los términos que llevo expuestos, y que con mayor extensión se encuentran en el anterior artículo, deben desaparecer esos vanos temores que tanto alarman su exaltada imaginación, y en lugar de suponer, partiendo de falsas premisas que los hombres guiados por este racional principio habrían de encontrarse en abierta pug-

na con sus hermanos, y preparados a cometer hasta el horrendo crimen de atentar contra la existencia de aquél que creyesen que no contribuiría a su bienestar; que verían con envidia los goces ajenos y se alegrarían de las miserias y desdichas de sus semejantes; en lugar de todo esto y mucho más que presenta el recargado cuadro que V. ofrece, resultaría todo lo contrario, y muy de otro modo que V. lo supone. Va V. a verlo muy en breve.

Estudiando el hombre, su naturaleza, según la posición que ocupa en el Universo, y las relaciones que le ligan con todos los seres, descubre desde luego que las tiene muy íntimas con sus semejantes, y advierte que de estas relaciones derivan ciertas leyes constantes e invariables que sirven de norma a sus operaciones; la experiencia le enseñó que el fuego, v.g., atacaba con energía su existencia, produciendo un intenso dolor; se alarmó el instinto de su conservación y rehuyó del fuego por evitar el dolor y la muerte. Del mismo modo y por el mismo idéntico principio evitó ofender a sus semejantes, hiriéndoles v.g., porque notó que tal acción ejecutada por otro en él había producido, no sólo el daño físico sino cierta reacción interna de su ánimo que le impulsó a rechazar con energía la causa inmediata del daño, no menos que a ofender al que lo causó. Fácil le fue, pues, entonces descubrir el canon, o establecer la ley de “no hagas a otro lo que no quisieras que te hiciesen a ti”; es decir, no te olvides, no desatiendas, no pierdas un momento de vista la utilidad que se te ha de servir de no dañar a tu prójimo, que desde luego, y prescindiendo de otras mil consideraciones “evitarás el mal o daño que por represalia pudieran causarte”. “Hazle a otro todo aquello que quisieras que te hiciesen a ti”. Este canon, como se advierte, adelanta mucho más la acción del principio poniendo en ejercicio el sentimiento de la benevolencia, y haciéndola efectiva. Sigue, pues, la razón discurriendo por lo que en nosotros pasa, y nos enseña la experiencia serenos conveniente, y provechoso, esto es, útil, aplicar tan bellos sentimientos en favor de nuestros semejantes, cuando las circunstancias lo exijan. Que es recíproca esta utilidad no necesita demostrarse, pues quien ejerce la beneficencia labra la fuente más pura y abundante de felicidad, y quien dice felicidad tiene que forzosamente reconocer utilidad en los objetos o medios que la causen.

¿Y cómo podría el hombre, sociable por naturaleza, cumplir con el bello instinto de mejora y perfectibilidad, si no arreglase también su conducta de tal modo que al comparar la suma de bienes y males que le ofrece la existencia, encontrara un gran excedente de la primera partida sobre la segunda? Para esto ha de procurar disminuir en cuanto sea posible, si no todos los males porque los hay inherentes a nuestra naturaleza, al menos aquellos que resultan de nuestra ignorancia, la cual nos impide arreglar de un modo conveniente nuestros encontrados intereses y opuestas relaciones sociales, al paso que ha de trabajar de consuno en el aumento de los bienes que se componen y constituyen de cuanto por su cualidad utilitaria

pueda asegurar nuestra felicidad, que consiste en vivir según los designios de nuestro benévolo Autor:

¿Y necesitaré todavía detenerme a demostrar que la envidia, y ese otro bastardo sentimiento, que ni aun nombre se ha dignado darle la humanidad el cual consiste en un maligno placer que experimentan ciertas almas débiles y mezquinas por los sufrimientos, que acaso ellos mismos han causado a sus semejantes, lejos de deber su existencia al racional principio de utilidad, resulta ser al contrario uno de los medios más seguros y eficaces de corregir éstos y otros sentimientos vituperables de nuestra imperfecta naturaleza?

Los que consulten debidamente este principio han de poseer conocimientos no vulgares acerca de la naturaleza e índole de nuestras pasiones para darles la conveniente dirección, a fin de que coadyuven con su poderosa acción a que el hombre llene los altos designios de su Autor. Y helo aquí como uno de los mejores correctivos de las pasiones. ¿Y no se dispensará V. la demostración de quien lo conozca, y sepa usarlo, lejos de sentir esas congojas que tan donosamente supone V.; por la pérdida de su juventud, permanezca tranquilo, viendo acercarse la rugosa vejez, porque con bastante anticipación haya sabido prepararse acopiando cosas muy útiles, que así contribuyan al dulce recreo de su ánimo en los últimos términos de su vida, como el consuelo y resignación en los achaques y dolencias que pueda sufrir su enferma y quebrantada naturaleza?

Como que nunca debe desamparar al hombre que con sinceridad procura perfeccionar su naturaleza, no pierde ocasión de enseñarle a preparar el campo de la vida, de tal modo que encuentre su felicidad y ventura en cuantas situaciones pueda colocarle su destino, porque como he dicho en mi anterior artículo, le está encomendada la preciosa joya de nuestra felicidad. Ésta se disfruta no sólo gozando de los placeres físicos, morales e intelectuales, sino privándonos de ellos, y hasta sacrificando unos a otros, si así lo reclama el principio, y por eso el cónsul Bruto cuando inmoló a sus hijos en las aras de la patria, ejecutó un acto de heroica virtud, y cumplió con un doloroso deber; pero quien no esté muy preocupado descubrirá desde luego la razón de inmensa mayor utilidad que obligó al cónsul romano a pasar por tan duro trance.

Dos deberes a cual más poderosos y legítimos hubieron de atormentar su acongojada alma en tan crítico momento: uno, el sagrado deber de vigilar sobre la existencia y conservación de sus hijos, deber inspirado por la misma naturaleza, y sellado con el amor que nunca abandona el corazón de un padre; otro, no menos sagrado, el de la salvación de la República que acababa de constituirse, y cuya suerte y destinos le estaban encomendados como a su principal libertador. En tan penosa como difícil alternativa su alma verdaderamente romana tuvo sobrada energía para detenerse a pesar las utilidades, y contemplar el cúmulo de daños que con la pérdida de uno u otro objeto

habrían de seguirse, y por resultado de su liberación decretó que cayese el hacha de los lictores sobre el cuellos de sus criminales hijos.

¡La salvación de la patria con quien acababa el cónsul de identificarse a costa del doloroso sacrificio de sus hijos, o el resultado opuesto! Pregunto: ¿dónde se encuentra la mayor suma de utilidad? El análisis sobre los motivos que determinaron al insigne romano, lejos de empañar, realza su heroica y sublime virtud consignada en las páginas de la historia como uno de los hechos que más ilustran la humanidad.

Si al cabo se malogra la acción, no por eso los sacrificios son del todo perdidos, ni deja la virtud de alcanzar su justo galardón. El duelo mismo que forman aquellos en cuyo beneficio nos hemos sacrificado, y el testimonio puro de nuestra conciencia constituyen bienes tanto más útiles y preciosos, cuanto que nadie alcanzará a turbar su deliciosa posición.

Veo que con frecuencia cambia V. el nombre del principio que quiere establecer en sus aplicaciones a la moral, resultando cierta multiplicidad, no muy a propósito a mi entender, para el estudio de las ciencias. Ora le llama V. ley de lo justo, o sea primera ley del bien y del mal, ora ley del deber; ley impersonal, que según la frase de Tulio, dice V. es *æternum quoddam*⁸ “mandando y prohibiendo con soberana razón”. No criticaré la oscuridad ni el vago e indeterminado sentido que ofrecen estas frases cuyo defecto es tanto más notable cuanto se trata de una ciencia cuyos principios han de ser los más claros y sencillos, a fin de que todos, hasta los de entendimiento más limitado, puedan hacer útiles aplicaciones de sus verdades. Pero prescindiendo de todo esto, me permitirá V. esta sencilla pregunta: ¿es bueno o malo lo que tales leyes determinan? Si es bueno ha de ser conforme a la dicha, bienestar y felicidad del hombre, y por consiguiente a su utilidad. Me dispensará V. la conclusión que se deduce del otro miembro del dilema, pues no me atrevo a hacerle a V. el agravio de suponer que quiera introducir un principio moral, cuya tendencia fuese el de aumentar la suma de los males que afligen al hombre mientras vive.

Desengáñese, amigo mío. El principio utilitario, según los términos en que lo establezco yo, no sólo se concilia el cordial afecto de las virtudes y deberes que nacen de nuestras relaciones sino que creará o descubrirá muchas nuevas, al paso que cancelará otras de su catálogo; porque como he dicho en mi anterior contestación “todas estas clasificaciones (voy hablando de las acciones buenas y malas, virtuosas, etcétera,) las ha formado el hombre ensayando ante sus acciones en la piedra de toque, que es el principio utilitario”, y por eso se han hecho algunas rectificaciones en dicha clasificación; de donde han resultado excluidas del rango de las virtudes ciertas acciones que lo habían alcanzado por usurpación, hasta que a la irresistible prueba del principio, se descubrió la impostura, quedando así más depurada la Moral.

8. “una cosa eterna”.

Aunque Dios se dignó dotar al hombre de razón y libertad, fue su benévolo designio que se conformase en el uso de tan preciosas facultades a ciertas leyes que derivan de su misma naturaleza, y de las relaciones en que se encuentra con los seres que le rodean, leyes que tienen por objeto concurrir todas a la perfección de su ser, a fin de que llegue al supremo grado de dicha y felicidad que le es dable gozar sobre la tierra. De aquí resulta que si se cambiara nuestra naturaleza, cambiarían también nuestras relaciones y con ellas nuestras leyes.

Aunque nos sean ingénitos el sentimiento de la benevolencia, de la justicia y otros, ínterin la experiencia apoyada en la razón no nos dé a conocer los actos verdaderamente benévolos y justos, no nos podemos lisonjear del acierto o buen éxito en la aplicación de tan preciosos sentimientos. En algunos casos ésta es fácil, pero en otros se complica de tal modo por la naturaleza y circunstancias del hecho, que apenas alcanza la razón más vigorosa y ejercitada a discernir entre lo justo y lo injusto, o entre lo bueno y lo malo.

Se sabe desde que Aristóteles clasificó la justicia, y fijó el modo con que debía aplicarse, en lo cual no hizo más sino lo que pedía el sentimiento inherente a nuestra naturaleza, “que en la distribución de premios y recompensas, sin hacer acepción de personas, se atienda a cada uno conforme al mérito de sus obras, o sea, según la igualdad geométrica”. Hasta aquí, Señor Filósofo Estagirita, estamos de acuerdo, le diría yo, y le doy a V. las gracias por su ingeniosa invención, pero siento sobremanera que me abandone V. cuando se presenta la mayor dificultad. Soy juez nombrado para la distribución de varios premios por acciones muy diversas en su naturaleza; ¿podría V. decirme cómo habré de comportarme para que conforme a su regla queden todos premiados en justicia...? ¡Oh! este es el punto más arduo de una buena jurisprudencia, me contestaría acaso, pero así no se resuelve la dificultad, replicaría yo. Mas siendo un buen utilitario, al momento comenzaría a ensayar todas aquellas acciones, abriéndoles, por decirlo así, su cuenta corriente a cada una para comparar después sus respectivos valores.

Igual observación haremos respecto a la beneficencia. Apreciabilísimo es este sentimiento, y uno de los que más honran la especie humana, pero necesario es irnos con mucho tiento, no sea que con la más pura y santa intención hagamos un gran perjuicio a los mismos que nos prometemos favorecer. No economicemos el uso del principio moral porque abogo, y no será fácil vernos sorprendidos por el prestigio seductor, o por un sentimiento de piedad mal entendido. Imitemos la conducta de aquellos padres sensatos que ocultando los ojos arrasados en lágrimas de la vista de sus hijos, les imponen la severa corrección por las faltas que hayan cometido. Conduciéndonos así obramos en justicia, en razón, en deber, en utilidad.

Veo que este artículo ya es demasiado largo, y que se irán fastidiando los lectores, pero así es menester que sea si he de exponer una mínima

parte de las ideas que me ocurren en contestación al de usted. La descarga que en él hace a los hipócritas, que afectando virtud sólo buscan su vil y mezquino interés, lejos de tocar al principio en los términos que lo entiendo, lo favorece en grado eminente: él es su más irreconciliable perseguidor; y el que mejor desenmascara no sólo a los hipócritas de todas raleas, sino a los pedantes y charlatanes. Todas las acciones, como hemos dicho tantas veces al respecto, tienen que reducirse a su intrínseco valor; por consiguiente, sería arrojado del número de los virtuosos el que sin merecerlo hubiese osado colocarse entre ellos, cual le sucediera al charlatán que quisiese ocupar un puesto distinguido entre los sabios. Respecto a esta escoria de la sociedad (hablo de los hipócritas) usted convendrá conmigo en que es canalla que inficiona con su aliento lo más sagrado, invadiendo no sólo el campo de la religión y la moral, sino el de la política, si éste le ofrece más rica mina que explotar, haciendo que le paguen a buen precio el ferviente amor a la patria, que sólo existe en sus labios.

Yo conozco otros que afectando la mayor austeridad de principios, subliman tanto sus contemplaciones que nada encuentran perfecto bajo el sol, y hacen sus jeremiadas cuando comparan lo que es el hombre con lo que debiera ser: de suerte que a muy poco apremio, se les tomaría por unos verdaderos profetas, y si aquellos tiempos volvieran, no dudo que se presentaran con su prolongada barba, descompuesta cabellera, túnica puesta y báculo empuñado, afectando mesura y gravedad en su porte, y sin embargo no son profetas, no son filósofos, no son sabios, no son virtuosos, no son sino unos hipócritas embusteros. Pero consolémonos con que a proporción que el modesto principio utilitario vaya adquiriendo popularidad, irán cayendo todas esas máscaras.

Si el moralista utilitario no desdeña las riquezas, el poder y otras consideraciones que le dan posición ventajosa en la sociedad, es porque ve que estas cosas contribuyen también a la mejora del hombre, y por consiguiente forman parte de los agentes de la dicha. Tampoco afecta despreciar los goces que tan espontáneamente le ofrecen los sentidos; semejante conducta argüiría o solapada malicia o falta de reconocimiento y gratitud a nuestro benévolo Autor por estos beneficios con que ha querido favorecernos. Lo que detesta el moralista utilitario es la afectación, de cualquier naturaleza que sea, porque lo que le complace es presentar con modestia el fruto o resultado de sus trabajos, para que se les juzgue y aprecie, no por timbres y sellos, sino por lo que en sí valgan; las lisonjas y adulaciones le apestan a leguas, porque no quiere que se le tenga en menos, pero tampoco en más de lo que es, hallándose conforme y satisfecho con su título de hombre. Fuera de esto ama con predilección la sinceridad, la ingenuidad, la verdadera franqueza, la cordial amistad y todas las virtudes, porque llenan su ánimo de los más dulces consuelos, y porque siente que en ellas se encuentra un activo colaborador en la obra de la providencia, respecto a la

perfección y felicidad del hombre. Bienes son éstos, mi doctor que no se cambian por ningún precio, y por consiguiente es infinita su utilidad para el que tiene la suerte de gozarlos.

Como he propuesto seguir rigurosamente el orden que guarda usted en su artículo, tengo a veces que dar saltos faltando a la natural congruencia de las ideas, como sucede ahora, para decirle que comprendí desde luego lo que quería usted entender por Ley del deber, como puede verse por el modo y términos en que absuelvo yo mismo la pregunta que a usted hago sobre el particular en mi anterior artículo. Lo que ahora dice usted se reduce al uso y ejercicio de la razón, que con el desarrollo de nuestra organización, se irradia, hagámoslo así, en cierto momento para entrar en ejercicio, y continúa perfeccionándose a merced de este mismo ejercicio, y del progresivo desarrollo orgánico. Los apetitos, sentimientos, pasiones y demás aptitudes y facultades morales dependen también del desenvolvimiento físico que los despierta y vigoriza, dándoles más o menos resorte, por decirlo así, al centro de unidad que los dirige, a fin de que conserven y no destruyan la obra que les está encomendada.

También le dije a usted que la misma razón que me enseña a descubrir la naturaleza, propiedades y relaciones de los objetos, y a distinguir los verdaderos de los falsos, contraída a la voluntad, o sea, al ejercicio de las facultades morales, me enseña también, usando de los mismos procedimientos, a juzgar de la naturaleza de las acciones, y a distinguir las buenas de las malas, las virtuosas de las viciosas, así como cuando se aplica el ejercicio de aquel otro sentimiento que nos hace percibir lo bello de las cosas para darnos a conocer en que consiste, le llamamos gusto; de suerte que la conciencia como principio moral y el gusto son hijos del juicio, o sea de la facultad de juzgar, constituyéndose así la inteligencia, o sea la razón.

Sabemos que tal o cual acción es mala —la de levantar un falso testimonio o calumniar al prójimo por ejemplo— no porque la conciencia me lo hubiese revelado, no porque existiese este conocimiento intuitivamente y *a priori* en mi conciencia, sino porque la experiencia, mediante el uso de mi razón, me ha enseñado que de atribuirle a otro lo que no ha dicho o hecho, puede seguirse un grave daño, aunque no sea sino el de inducir a los que oyen en un error o falso concepto acerca de la persona a quien se refiere. El sentimiento de la justicia, inherente a nuestra naturaleza, advertido por la razón, se alarma y reprueba tan vituperable procedimiento: he aquí la conciencia formada por la experiencia y como resultado de un juicio.

Ya el sabio jurisconsulto Heineccio, considerando la conciencia bajo la misma relación, había dicho que podía resolverse en un silogismo del cual la mayor contuviese la ley, la menor el hecho y la deducción la conciencia, lo cual es tanto más cierto, cuanto que de otro modo habría podido estable-

cerse la división de la conciencia en recta, errónea, escrupulosa, etcétera, admitida por los moralistas de todos tiempos.

De aquí resulta que así los remordimientos como los regalos purísimos de una conciencia inmaculada, por conformarme con su culta locución, han de haber resultado forzosamente de los juicios que haya formado nuestra alma, según la naturaleza de las acciones o motivos que la determinaron. Si por equivocación, ignorancia u otras causas, no corresponden los resultados de nuestros buenos deseos y acciones al fin que nos habíamos propuesto, solemos arrepentirnos de lo hecho, si llegamos a convencernos que el defecto ha estado en culpa nuestra, y nos compadecemos, o bien nos llenamos de una legítima indignación, si descubrimos que ha faltado por la ciega ignorancia, obstinación y malicia de los mismos en cuyo beneficio trabajamos. Examinado a buena luz el verdadero motivo de estos varios sentimientos, se encontrará que es debido a la utilidad malograda.

Suele encontrarse el hombre en circunstancias tan difíciles, que por cumplir con los deberes que le imponen la religión, las leyes y la naturaleza, hace grandes sacrificios, hasta inmolarse muy gustoso y con un santo entusiasmo por la causa a que se ha consagrado. Tan santo ejemplo nos ha dado un San Francisco de Paula, un Howard, un Balli y otros innumerables que por no detenerme dejo de enunciar. ¿Qué le importaban a estos héroes de la humanidad cuatro días más o menos sobre la tierra, si por conservar los habían de exponerse a que perdiera la humanidad inmensos bienes, cuya aseguración tan sólo aguardaba el sacrificio de su existencia?

En justa recompensa la misma humanidad se apresuró a discernir a su memoria la palma del martirio, y a colocarlos entre los que bien han merecido de sus hermanos, mientras que las almas de estos justos subían gloriosas a los cielos para recibir de manos del mismo Dios el merecido galardón por sus heroicas obras. ¿Y habrá quien todavía dude de la utilidad de los sublimes motivos que estimularon a estos héroes de la humanidad? Léanse sus obras, obsérvense atentamente los monumentos que para nuestra edificación levantaron, y en ellos encontraremos consignados los más sublimes pensamientos; estúdiense, en una palabra, su vida entera en cuantos pasos han dejado marcada su existencia, y en todo y por sobre todo se verá brillar cual astro refulgente el precioso timbre de la utilidad.

No me detengo en contestar la observación que hace usted sobre la dificultad que supone se ofrece de conciliar el principio del deber con lo que entiende Bentham por moral, justicia, virtud, conciencia, etcétera, porque como vuelvo a decir, yo no defiendo a Bentham, ni a ningún otro autor; ni respondo en esta cuestión de más opiniones que de las mías. Nimio sí me ha parecido, a la verdad, el que le tildase usted el nombre que ha dado a su obra póstuma de moral, titulándola Deontología, pero ya esto diría usted que es entrar en su defensa, y yo no debo faltar a mi protesta: aun nos quedan varios puntos que ventilar.

Respecto a la tercer cuestión que fijé en mi anterior artículo “sobre el modo de calificar o determinar la cualidad y naturaleza de las acciones morales”, veo que no se ha hecho usted cargo de la distinción que allí establecí “entre la cualidad de una acción y la imputabilidad de un acto”. Suplico a usted vuelva a leer con detenimiento y reflexión mi precitado artículo, que acaso baste esto sólo para hacerle sobreeser en la cuestión, como lo ha hecho respecto a la primera. En nada creo que desvirtúa mi doctrina el hecho que presenta usted de caer una piedra, y herir casualmente a un transeúnte, porque se trata de acciones morales, y no del efecto que puedan causar o producir unos cuerpos sobre otros, atendida su inercia.

Lo que sí me ha parecido extraño de su buen juicio es que haya usted tachado los racionios que formé para probar el sistema de la utilidad, con la nota técnica de *petitio principii*⁹ “porque repito lo que he debido probar”. ¿Pues qué, no he probado mi proposición cuando digo “que siendo el objeto de la Moral la perfección del hombre como ser físico, moral e intelectual, para que se proporcione la mayor suma de felicidad, ha de procurar que los medios adecuen y correspondan a tan santo fin, y que esta cualidad no puede de ningún modo tenerla si les falta la utilidad, esto es, la circunstancia que produce la dicha y felicidad del hombre, supremo bien y fin de la moral?” ¿Qué otra clase de demostración se conoce en Lógica que difiera esencialmente de explicar los términos, fijar la acepción de las voces que determinan y constituyen la proposición, y presentar los hechos que testifiquen su verdad? ¿Ha faltado por ventura alguna de estas condiciones en mi demostración? ¿No he fijado la acepción en que tomo la palabra utilidad? ¿No he presentado varios hechos tomados de los que prescribe nuestra misma religión, y de fuera de ella, los cuales si causan nuestra verdadera felicidad, como efectivamente la producen, es porque nos son útiles? Acaso querría usted, cuando alego que la justicia, los preceptos del Decálogo, la caridad, que sirve de base a nuestra augusta Religión, y otras virtudes, que produciendo inmensos bienes a la sociedad han de proporcionarle por lo mismo la suprema utilidad, me hubiese detenido en la demostración de cada uno de estos aceptos. No lo hice porque el buen método, en obsequio de la brevedad, prescribe que las verdades obvias no se demuestran, y porque hay cosas tan claras y tan evidentes que el empeñarnos en demostrarlas sería oscurecerlas. Creo que con lo que acabo de decir se convencerá usted que no solamente he probado en mi anterior artículo la verdad de mi proposición, sino que he demostrado que la que usted establece o sea la Ley del deber, si no quiere extraviarnos y hacernos incurrir acaso en los más extravagantes y funestos absurdos, necesita acogerse a su bandera, y no mandar que se ejecute nada sin que antes ponga su visto bueno el principio utilitario.

9. “petición de principio”.

¡Ya se ve! Usted se ha preocupado de tal modo contra el principio, que por más esfuerzos que hago para hacerle entender, que no lo aplico con la estrechez que usted supone, que en él incluyo no sólo al hombre físico sino al moral e intelectual, que lejos de sacrificar los goces y puras delicias de estos elementos, los más nobles del hombre, a los apetitos y goces sensuales, exijo, porque lo demanda el principio, que les estén subordinados; pero usted nada oye y sigue imperturbable en su impugnación, no contra mí doctrina, sino contra los que propalen o se imaginen semejantes absurdos. Sí he decir a usted lo que en mí pasa: las ideas de dicha, felicidad y utilidad las veo con la misma relación que tienen las de círculos, redondez y centro del círculo.

Con lo que dejo expuesto, creo que me dispensaría usted la solución que conforme al principio utilitario me exige de los dos peregrinos casos que usted me presenta; pero pudiera creerse de mi silencio que hay algunos hechos que no alcanzan a explicarse por el principio, y así veré si los resuelvo en breves términos.

Por la utilidad social, entre otras muchas instituciones, se han establecido leyes civiles y penales o criminales, para que sirven de regla a la conducta de los asociados, y asegurar mejor sus derechos que en últimos análisis se resuelven en su dicha y felicidad; si alguno, pues, de los miembros que componen el cuerpo social infringe las leyes atacándole en masa, o a alguno de sus miembros, la misma suprema ley de la utilidad pública exige que se le imponga el condigno castigo. En el primer caso que usted supone, ha habido un asesino: nada importa que de su atentado contra la vida del infeliz asesinato resulte curado un moribundo: esto sucedió por uno de aquellos felices accidentes de *rectum ab errore*,¹⁰ "muy a pesar de su voluntad"; por consiguiente, en el bien que se produjo no tuvo parte alguna, ni podría alegar más derechos a la remuneración, que los que tenía el instrumento con que le hirió, pero sí es responsable a la sociedad y al moribundo de la grave ofensa y daño que les ha inferido, aunque no sea sino el de la alarma pública que ha debido producir necesariamente la existencia de un asesino en el cuerpo social, y el atentado contra la existencia de un hombre, cuyos derechos a la conservación los posee en toda su integridad, hasta el último aliento de vida; deberá, pues, imponérsele para sanción de la moral pública y de las leyes, y utilidad de la sociedad, la condigna pena.

Al segundo caso responderé que ese labriego pobre y afligido de la miseria y del hambre de su esposa y cuatro hijos, etcétera, que se encontró la bolsa de dinero que acababa de perder en lo espeso de un bosque un rico avariento y disipador y vicioso si tiene ideas del derecho de propiedad, y sabe que "la cosa sigue a su señor, en ciertos y determinados, casos donde quiera que se encuentre", como dicen los juristas, y por las circunstancias

10. "dirigido por el error".

advierte que se halla en uno de estos casos, creará que aquel tesoro encontrado no le pertenece; de detenerlo, pues, como suyo, resultaría un hurto, y él como detentador de la cosa un verdadero ladrón. Aplique usted ahora el principio utilitario y dígame si el bien que le va a resultar a ese pobre labrador con la ilegítima adquisición del dinero, ¿compensa las graves penas a que se sujeta virtualmente por el delito cometido? Y no entiende usted que hablo sólo de las penas impuestas por las leyes a los ladrones, ni del daño que pudiera causarle el mismo dueño del dinero, si llegase a averiguar que lo había encontrado, ni de la infamante nota de ladrón que llevaría por igual motivo entre sus comarcanos vecinos, porque a esto podría usted contestarme que todo había quedado en el más absoluto y profundo secreto. Difícil es, por no decir imposible, que así sucediese pues como dice la misma Escritura, “nada hará el hombre sobre la tierra, por más oculto que sea, que no llegue a descubrirse”, pero paso por ello. Hablo de la terrible pena de los remordimientos de su conciencia, o sea el tremendo fallo de su juicio, por no haber querido conformar a él sus acciones; incluyo asimismo la ofensa hecha a Dios, y el castigo que ha de imponerle irremisiblemente cumpliendo con su justicia, el día que le llame a dar cuenta de sus pensamientos y acciones. ¡Penas terribles e inevitables son éstas que nadie puede contemplarlas sin sentir un secreto estremecimiento! Claro aparece, pues, como la luz del día, que conforme al principio utilitario, ese pobre y afligido labrador que usted supone, deberá, para no agravar su delito el peso de su desgracia, entregarle a su dueño el dinero que le pertenecía, por cuya noble acción merecerá el justo galardón que se reserva a los virtuosos, nombre que se le debe de justicia porque ha resultado de una lucha sostenida entre los estímulos de la carne, que son nuestras pasiones aguijadas por sus necesidades y otras circunstancias, y los rectos dictámenes de la razón, triunfando el principio del bien.

Antes he reclamado en favor del indefenso Helvecio, algunas deducciones que hace usted de sus doctrinas, porque a la verdad no me han parecido muy legítimas; ahora tengo que hacerlo en mi propio favor; y por lo mismo lo siento más. Espero que usted se apresurará a corregir ciertos juicios que me abstengo de calificar, sobre la torcida inteligencia que da usted a varias de las ideas contenidas en mi anterior artículo, y con especialidad a las que expongo en el párrafo séptimo “que se complace usted en copiar, para deducir que de su doctrina se infiere no deber tomarse en cuenta las penas, las acusaciones y remordimientos de una conciencia impura”. Estoy muy tranquilo porque afortunadamente no faltan en La Habana jueces muy competentes que sabrán con su buen criterio embotar el oculto veneno que tal vez, sin advertirle usted, se corrió bajo la pluma al trazar esas líneas. Quiso usted, seguramente en desagravio de tamaño disfraz, regalarme con una advertencia en un tono amigable de la equivocación en que estoy cuando digo en el mismo párrafo “que mi conciencia no me acusa por

la ejecución u omisión de un acto voluntario y libre, ínterin mi juicio no lo haya condenado como malo”.

Agradezco a usted su candorosa officiosidad en llamar mi atención sobre tales palabras, para advertirme que la bondad o maldad de las acciones no depende de calificaciones individuales; esto es muy cierto, pero siento decirle que en este punto también lo ha dejado mal su lógica, porque tal cosa no se infiere del sentido de mis expresiones. Ellas indican con bastante claridad que no he querido sino expresar la marcha con que procede el entendimiento en la formación de la conciencia. Es un hecho, y nada más de lo que pasa en mí, cuando hago o dejo de hacer una cosa. No presumo tener gran perspicacia, pero sería demasiado grande mi rudeza si una verdad tan obvia, y que se insinúa con tanta anticipación en nuestra mente, que tal parece no aprendida, se me hubiese ocultado. Si no fuera necesario terminar este artículo demasiado largo ya, me detendría en hacer algunas reflexiones sobre el principio de donde han partido los moralistas, para decir que la bondad o maldad de una acción no depende de nuestra voluntad, cuya proposición no se opone al verdadero contenido de esta obra: nada hay en sí bueno o malo.

Permítame usted ahora, a fuer de agradecido, recompensarle su buena intención con otra advertencia relativa a las ideas con que termina usted el mismo párrafo en que me hace la suya “cuando dice que no hay intersticio entre presentarse una intención y brillar la ley impersonal de lo justo”. Vamos a cuenta: si quiere dar usted a entender con esto el hecho de la inconmensurable rapidez del pensamiento en el ejercicio de sus facultades, tiene usted razón, y estamos de acuerdo; pero si por ello entiende que el alma no forma juicios cuando califica o determina lo que es justo o injusto, o que estos juicios los forma sin necesidad de la experiencia que le sirva como de materia u objeto a que se aplique el sentimiento de lo justo, no quisiera engañarme, pero mucho temo haya usted incurrido en una equivocación.

Fuerza es ya concluir este largo y cansado artículo que me ha sido forzoso extender más de lo que me había propuesto, no tanto por evitar interpretaciones poco favorables que pudieran darse a varias de mis opiniones emitidas con la más sana intención, lealtad y buena fe; en una palabra, no me he detenido por mí tanto como por el público con quien contraemos y nos constituimos en la mayor responsabilidad desde que nos atrevemos a emitir ante él nuestras opiniones e ideas, de cualquier error o falsedad que pueda extraviar sus juicios, o pervertir sus sentimientos que debieran constantemente encaminarse al bien.

Si no obstante el particular empeño con que he procurado demostrar, así en este artículo como en el anterior; donde a mi entender quedó fijada la cuestión son sobrada claridad, que nada tienen de común, más que el nombre si acaso, mi proposición y la que deduce usted de la doctrina de Helvecio,

insistiere usted, no obstante, en que el principio de utilidad no ha de tener ni puede tener; ni conviene que se le dé otra acepción que la que supone usted le dieron Helvecio, Hobbes y otros a quienes con cierta malignidad y vituperio, en grave perjuicio del verdadero adelantamiento de las ciencias, se les apellida sensualistas; si no ha de entrar, pues, en la cuestión, dándole al principio de utilidad, permítame se lo repita, toda la amplitud que demando, porque tengo conciencia que puedo y debo pedirlo, para que sirva de un modo racional e ilustrado en su aplicación a la enseñanza, depuración y generalización de la moral y sus importantes verdades, podremos dar por concluida esta polémica, pues ninguna utilidad ha de seguirse al público con leer nuestros artículos. si está usted empeñado en ejercitar su vigorosa dialéctica, no faltará tal vez algún campeón que queriendo medir sus fuerzas, conteste el reto, y salga a la lisa tomando la defensa de tan maltraídos y peor tratados autores; por lo que a mí toca, como conozco mis débiles y poco ejercitadas fuerzas, me limito sólo a responder de mis opiniones, y esto no con poca desconfianza. Con todo, como el principio en cuyo obsequio trabajo, me ha enseñado un tanto a tomar el correspondiente resguardo, en este campo siempre encontrará usted muy dispuesto a contestarle su afmo. Q.S.M.V. *Francisco Ruiz*.

Agosto 22 de 1839.

SEPTIEMBRE



XLIII

¿MÁXIMA DE UTILIDAD O LEY DEL DEBER?¹

POR OTRO
[JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*Noticioso y Lucero*, septiembre 5 de 1839.)

Señores Editores del *Noticioso y Lucero*:

La cuestión que actualmente se agita en el *Diario* por dos catedráticos de Filosofía me ha llamado toda la atención, sugiriéndome las siguientes reflexiones. Si usted las quiere insertar en su periódico, verán la luz pública.

1. Yo creo que la moral se funda en la antigua máxima de cumplir con nuestros deberes, y así, es hombre bueno quien lo verifica sin atenerse a los resultados. De lo cual se deduce que la utilidad próxima o remota, o bajo cualquier otro aspecto, aun cuando acompañe a las obras buenas, no las hace tales, sino que de suyo son buenas, y nos complace el que sus autores sean premiados. Va un ejemplo: impido que roben a uno. Pues bien,

1. Título de Roberto Agramonte.

la recompensa que éste me da, o aun que no la haya, el gusto de la virtud en lo interior de mi corazón es un efecto; y en buena lógica lejos de ser la virtud buena, porque me trajo aquel gozo regalado, el gozo se derivó de la excelencia de la virtud. Es lo propio que lo que acontece con lo bello. ¿La luna es bella porque me baña de puro y suave deleite el alma, o me embriega tan dulcemente porque es bella?

2. Siendo esto así, el género humano distingue con razón la virtud o el bien de la utilidad. Si el filósofo se propone describir al hombre tal como es, ha de poner a un lado toda mira exclusiva. El lenguaje de todas las naciones contiene las palabras bondad y utilidad, justicia e interés, sin que se hayan logrado reducir a una sola. Nadie deja de emplear las frases sacrificarse por el bien, ser amigo por interés, y de corazón, etcétera. Luego, una de dos o el hombre es diverso de como lo pintan los filósofos o los filósofos se engañan.

3. Se quiere sostener por algunos que mediante la añadidura bien entendida ya tiene pase la utilidad, y la disputa es de palabras. No hay tal: la disputa subsiste porque se refiere a la sustancia, a la esencia del bien y el carácter de toda sustancia es sed idéntica así propia, no poderse expresar sino por su mismo nombre, y rechazar en consecuencia lo demás, a no ser como accidentes. Los ejemplos son un medio de aclarar oscuridades. En la calle me detiene un infeliz en cuya cara sombría ha grabado su sello la miseria, me pide un pedazo de pan, y con espontánea misericordia le doy una moneda. Voy a llevar el calculo de las utilidades tan lejos como pueda, pero haré una advertencia preliminar que aniquile el sistema. Oír al hombre, examinarlo rápidamente, sentir movido el ánimo, poner la mano en el bolsillo y socorrerlo, todo fue en un punto. Protesto ante Dios y los hombres, y así lo declaran cuanto han experimentado lo mismo que el arranque de mi benevolencia fue tan espontáneo que ni daba lugar a cálculos, ni en realidad hubo el más mínimo. Mil acciones hay como ésta; luego, o extrae de ellas químicamente el utilitario su interés, o el móvil de todas las acciones no es el que él supone. Tornando ahora al cálculo pendiente diremos que la limosna libertó al mendigo de los horrores del hambre, fue estorbo que le impidió acaso lanzarse al crimen; en suma por dondequiera derramó dichas, pero yo que la di, ¿gané algo? No, antes perdí una moneda. ¡Falso!, prorrumpo el utilitario. Usted ganó en el placer de dejar socorrido a un necesitado. Vamos a cuentas, respondo yo, suponga usted que así sea. La acción ¿es buena relativamente a su autor porque trajo un provecho que él ni previó? Si lo hubiera previsto y calculado, diciendo en sus adentros, a dar la limosna, “vamos a recoger este deleite que se nos proporciona a poca costa gozar”, como dice el goloso: “vamos a regalarnos con este rico manjar, aunque nos duela el estómago después”; si hubiera procedido con tal propósito ¿no sería un miserable incapaz de amar la virtud, por lo que ella es, por su atractivo celeste, porque se basta a sí misma? De modo que le

cogimos ya dos pruebas al utilitario: primero, la de las acciones espontáneas, v.g., dar una limosna, lanzarse al agua a socorrer a uno, salvar al débil oprimido, etcétera, cuyo móvil no es aquel principio; y segunda, que aun concediendo que las acciones virtuosas le sean al hombre útiles en el sentido más lato de este adjetivo, de ahí no se deduce que sea una misma cosa la virtud y la utilidad, sino que a lo sumo hay entre ellos una relación de causa y efecto. Exagere usted esta relación, diga hasta que es necesaria; esto sin embargo no lo autoriza usted para confundir los dos términos.

4. Y como el colocar la virtud en lo que es su efecto, induce a que se olvide la intención, ya no hay intenciones buenas y malas. Luego cuando Caín quiso matar a Abel el mero querer no fue malo y solo pecó al consumir su delito. Yo quiero ser santo y disfrutar del sentimiento de Dios, pongo por caso, con aquella intensidad de San Agustín y de Santa Teresa. Pues bien, mi deseo no es bueno ni malo. Siendo ineficaz dedúcese que no hay donde aplicar la regla de oro, y como no siento, ni aun ese placer interno que se pone en balanza a más no poder, sino un martirio, una ansiedad cruel al verme alejado del punto al que aspiro, es indiferente mi anhelo, lo será en su caso el de quemar el mundo entero con tal que no pase a la obra. ¡Ved aquí una moral de superficie!

5. De superficie, sí, y es tan cierto que dislocando en la moralidad, quitándola de su centro, viene a ponerla en las obras y abandona las intenciones. Si al caerme de un edificio arrastro sin querer a otro que muere incontinenti, libertándome a mí la acción, o mejor dicho, el hecho en sí es dañoso, perjudicial, y nada más, pero el utilitario tiene que llamarlo malo, y a la manera que en sí la acción desprendida del sujeto tuviese responsabilidad moral, ella es un ser, un *quid* bueno o malo que no recibe esta calificación por el designio con que la creó el hombre, sino por su consecuencia natural.

6. Epicuro profesó el dogma de la utilidad, y el argumento incontestable que se le dirige, reducido a si debemos escoger, entre la muerte y nuestros deberes, a la primera, hoy lo contestan los partidarios de su doctrina, acogiéndose por salir del paso e hipócritamente, a la vida eterna, en la cual aquél no creía. El caso es que a nadie le suena la palabra interés, por mucho que la aclaren y expliquen, sino a dinero, buen vivir, gustos positivos o cosa que se le parezca, y el que lo piense con criterio no creará jamás que igual ha sido el móvil de un santo que el de un pícaro. Yo nunca me podré persuadir que Nerón y Bruto fueron arrastrados por un mismo principio y que no se distinguía por lo bien o mal que hacían su cálculo. Que el virtuoso premedite los provechos y utilidades de su virtud, si se decide en su vista, sólo por ello, es lo bastante para que caiga en descrédito, y para que su propia conciencia le diga que es un egoísta en vez de un justo. El que no seduce a una joven no por falta de ganas, sino porque las consecuencias le dañan gravemente, no está limpio a sus ojos y es un infame aun absteniéndose.

7. Sustituir a la máxima acreditada “Cumple con tu deber” esta otra de nuevo cuño, “Sigue tu utilidad”, es dejar sin brújula para dirigirse a la mayoría de los hombres. El que tiene delante sesenta onzas de oro, de hoy más habrá de preguntarse, no si contraviene a su deber robándolas, sino si pesarán más sesenta onzas que un remordimiento. Todos los otros males a que se expone nacen de la contingencia de ser o no descubierto.

8. La moral exige un principio absoluto. Decir que lo justo debe practicarse, no reconoce límites en una moral rígida. Pero como la utilidad no puede ser nunca un principio de esa naturaleza, hay que añadir, bien entendida, que es como un compromiso entre la justicia y el interés, lo que en política se denomina pastel.

9. ¿A qué se reduce la utilidad del ciudadano pacífico que no roba, ni mata, ni ocasiona males? A que no sufre. Luego la felicidad es nada, es un bien negativo, la ausencia de padecimientos. ¡Hermosa y consoladora creencia, máxime en extendiéndola a la otra vida!—*Otro*.

XLIV

MÁS SOBRE EL PRINCIPIO DE UTILIDAD²

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, septiembre 7 de 1839.)

Señor presbítero licenciado don Francisco Ruiz:

Hay una comedia en nuestro teatro, lindísima por cierto, titulada “La Verdad Sospechosa”, tan llena de gracias y donaires, que por ella, diz, se le iban los ojos al ilustre Corneille. Pues allí se encuentra una escena donde lozaneándose don García de haber tenido un duelo con don Juan de Sosa, pinta alegremente cómo aunque a los primeros se le rompió la espada, salió victorioso del lance y a las mil maravillas: “Aquí fue Troya —saqué/ Un revés con tal pujanza,/Que la falta de mi acero/ Hizo allí muy poca falta;/ Que abriéndole en la cabeza/Un palmo de cuchilladas/Vino sin sentido al suelo/Y aun sospecho que sin alma”.

Pero es el caso que, apenas concluye el guapo cuento don García, cuando cátese V. ahí a don Juan de Sosa sano y rozagante vendiendo salud, que era una bendición. Viene de perlas, y ¡bien haya la cita del rasgo cómico!

2. Título de Roberto Agramonte.

para que conozca V, sin enojo, que no debe cantar el himno del triunfo en la cuestión pendiente, ni darme como por derrotado. Ya V me ve: en mi puesto y con la frente muy serena.

O la historia de la reflexión humana es un enigma o que seguir tienen sus sistemas el orden de causas y efectos, y entonces la lógica enlaza los principios con sus consecuencias trayéndonos de la filosofía griega a la escolástica; de allí a la filosofía moderna; de Aristóteles a Bacon, de Sócrates a Descartes, y de Epicuro hasta Helvecio, Holbach y sus banderizos. ¿Qué sería, a estas horas felices y hermosas de la filosofía, una doctrina sin precedentes y apartada de todas las vías de tradición? Una opinión individual, condenada a quedarse estéril en silencio y soledad, sin haber dejado el menor vestigio en el movimiento general del pensamiento. Ni se aventuraría mucho en calificarla como una anomalía en el orden del progreso, cuando no se la tuviese por un capricho o por un obstáculo para el porvenir de la ciencia.

Así, ora sea como adhesión, ora como protesta; que sea como consecuencia o como acción, la filosofía actual sale próximamente de las escuelas del siglo XVIII, cual de su propio oriente. A este tenor se clasifican y determinan hoy los sistemas al modo que allá las plantas en la Botánica y las enfermedades en Medicina. Quien dice Helvecio, dice Holbach: uno es su principio y aunque de diversos nombres, juntos se hallan en el sistema del placer y la utilidad. Si uno da el texto, el otro lo comenta. Es flor el clavel y el jazmín también: pues flores las dos.

V mismo, en medio del dolor y lástima que le da el ver tan mal parado, en el campo de la moral, al sistema de la propia conveniencia en la pugna, que compromete, con la ley imperiosa del deber, V mismo le trae el regalo de una regla de oro para el ajuste de cuentas y ¡de oro!... que no hay más que decir. *Et tu ex illis es, nam loquella te ipsum manifestum facit*³ ¿Quién le enseñó a V la doctrina del interés bien entendido? ¿De dónde la hubo? De la tradición y de los libros.

Iba a seguir... pero antes repetiré aquí solemnemente con todas las veras de mi corazón que a los hombres, no obstante sus hipótesis más queridas, los alumbró y guía la antorcha de la razón por el buen sendero, sin que a veces ni ellos lo presuman. Ruego al público sea depositario de esta explicación en honor de V. y de todos los filósofos.

¿Con qué yo he sacado del *Espíritu* de Helvecio las ideas más inmorales y absurdas, como un químico pudiera hacerlo extrayendo el veneno de una sustancia sana y nutritiva? Que me place. Luego hay veneno en la doctrina de la utilidad e hice buena obra en desentrañarlo: *Tu dixisti*.⁴ De estas derrotas vengan muchas.

3. "Tú también eres de los de ellos, pues te delata lo que dices".

4. "Tú lo has dicho".

La verdad: antes que yo un estimable patricio⁵ dio en prendas de su amor acendrado a la moral y para aviso de la juventud que va al Colegio de Carraguao por buena educación, aquel elenco de 1835, que fue para los inteligentes la aurora de un nuevo adelantamiento filosófico en el país, y un consuelo en la ausencia del ilustre sabio y ejemplar sacerdote que nos inició en los conocimientos de Bacon, Descartes y Newton.⁶ Oigamos, entre las delicias de la gratitud que nos acompañan en estos momentos las bien meditadas proposiciones del moralista del Colegio de Carraguao. Aquí están:

141. Los partidarios del principio de utilidad han confundido el hecho con el derecho, sustituyendo una sátira del vicio a un análisis de nuestros principios naturales.

142. La veracidad ilimitada que se observa en la infancia no puede ser el resultado de la experiencia. ¿Cómo podrá explicarse este fenómeno por el principio de la utilidad?

143. La moral del interés nos abre un abismo de males: he aquí sus consecuencias forzosas: 1^a, el olvido de nuestros derechos; 2^a, la pretensión de contentar al hombre sólo con goces físicos; 3^a, la degradación del carácter nacional.

144. Aunque se ha dicho con mucha verdad que los pícaros son unos malos calculadores, de ahí no se infiera que los buenos no sean más que unos hábiles especuladores.

Después allá en la proposición 148 de un rasgo sale definida la virtud con estas palabras de verdadera unción moral: la obediencia al deber. Al que puso entre nosotros tan claras y transparentes las tendencias perniciosas del sistema utilitario, a él la palma y a mí la ocasión de que se reconozca que es suya.

Y no se lamenta V. de la indefensión de Helvecio, Holbach, Bentham y compañía; que textos legaron a la historia de la ciencia, y discípulos le sobran pregoneros de que el principio campeador por excelencia en moral y legislación ha de ser el acomodaticio de la utilidad. Lo que sucede es que los tales textos pasan ya por testamento de la doctrina que desahuciada y moribunda en la moral, por haberse querido levantar con los dominios del soberano deber, confesándose ya subordinada a la aprobación de la justicia, va a vivir en su paraíso terrenal de la Economía política.

En efecto: antes se aplica el concepto de la utilidad a las relaciones del hombre con las cosas materiales y los animales, y mejor se entiende así por todos, que con respecto a las armonías sagradas de derechos y deberes. Ejemplo *infraganti*. Si ahora escuchara V. Favor a la utilidad bien entendida...

5. José de la Luz Caballero (Roberto Agramonte).

6. José Agustín Caballero (Roberto Agramonte).

¡Qué! no hay utilidad general en esta tierra ¡Ni un utilitario que me socorra! —había de V. de reírse a carcajadas por apretado que fuese el lance del exclamador. Pues mire que ríe de su sistema ¡Qué otro el caso a las voces eléctricas de favor a la Justicia! ¡No hay justicia en esta tierra? ¡Ni un hombre justo!...

En los tribunales se está a derecho, se está a justicia, y no a lo útil. Allí se administra justicia que no utilidad, por más vueltas que dé el prurito de hipótesis para no quedar desairado. Lo útil se consume, varía, caduca y perece. ¿Y lo justo? Nunca, jamás. La utilidad es una contingencia, un accidente, y la justicia no. Son las cosas más o menos útiles, pero las intenciones, los hechos libres no son más o menos justos. No hay alternativas: o son justos o no lo son ante la ley del deber.

Cumple la calificación de útil al caballo que tira del carro, al buey que ara dócil el campo, a la columna que sustenta un edificio: útiles sean en paz los rápidos barcos de vapor: útiles los caminos de hierro a la prosperidad: útiles los vientos, útil el mar... la civilización lo proclama; pero sólo al hombre, imagen y semejanza de Dios, le toca participar la gloria de lo justo.

Luego una cosa es la utilidad y otra y muy otra la justicia. ¿Qué más? La utilidad, como de inferior categoría, ha menester para legitimarse y hacerse lícita, de la bendición de la justicia, mientras que la justicia reina por sí y ante sí, poderosa, soberana y absoluta sin necesidad de otro título que el de su divina virtud. Y V., dispéñeme la cita, allá en el párrafo séptimo de su primer artículo, pone la ley del deber mendigando consejos a la utilidad, y en el párrafo 35 de su segunda misiva agrega que necesita del visto bueno del principio utilitario. ¿La justicia? ¡A los pies de la utilidad! ¡A los pies! No, mil veces no. Ni de palabra siquiera.

Desacreditase la filosofía que no llega hasta donde va la creencia de la humanidad. Receloso el género humano de que a confundirse fuera con la conveniencia, el bien con el mal, el desprendimiento generoso con el solitario egoísmo, señaló términos distintos para lo uno y para lo otro. Consúltense todas las lenguas, espejos vivos de la conciencia humana. ¿A qué no faltan las palabras del deber y de lo bueno y de lo justo en contraste y oposición a las de utilidad y negocios de propio provecho? ¿A qué no? Y puede que la vida de un hombre, en todo y por todo siga una conducta perpetuamente contrapuesta a su lenguaje. Pase por ahora... pero que así mienta el género humano ¡imposible! Hablen las religiones y poesías, los monumentos de legislación; certifique la historia; regístrense los sistemas filosóficos ¡qué enseñan y ensalzan! El deber cumplido con sacrificio. Pues si la humanidad no miente, cayó el sistema de la utilidad. Humildes serán las acciones humanas y pálidos reflejos de la grandeza ideal que intima la razón. Pero ¿no hay un dechado, un ejemplo, un rasgo siquiera de virtud? ¡Ni uno? Sí hay... responde la historia. Pues entonces el deber no es inferior a las fuer-

zas humanas y plausible disculpa abona a los que se duelen del poco valor que se halla a veces para cumplirlo... a aquellos moralistas que V. apunta con el dedo en el párrafo 25 de su segunda perorata.

Yo me prometía del juicio imparcial de V., y no de su sistema, una explicación, al justo, de los dos casos morales propuestos a su criterio. En el primero confiesa V. que la utilidad magnífica de la salud alcanzada por el enfermo moribundo con la herida que le dio su implacable enemigo, fue un *rectum ab errore*.⁷ ¡Aquí de la verdad! Luego se atiende V. a la intención y no más que a la intención sin hacer caso ¿para qué? del principio de la utilidad ni de su regla de oro. ¡Albricias por el homenaje a la ley del deber!

Segundo caso. Aquejado el labriego del hambre y de la miseria, halló el tesoro de un avaro egoísta o de un derrochador vicioso en lo espeso del bosque. Útil le era al infeliz el proveer el sustento de cuatro hijos y una esposa; útil poner en fecundo movimiento un dinero que sólo servía de tormento al avaro o para vicios y crímenes al derrochador opulento; útil emplear el tesoro en la subsistencia, bienestar y educación de los amados hijos, para sacarlos del borrador oscuro de la miseria; útil la seguridad de que se daba por perdida la bolsa hallada; útil su inversión, y más útil por el número de los socorridos en cotejo de un avaro achocador o de un pródigo vicioso a quienes se les cayó el talego de oro. ¿Y donde el blasón del labriego? En resistir a tantas tentaciones y sacrificar tantas utilidades y darle el tesoro a su dueño, aunque no se lo agradeciera y lo reputase por ladrón arrepentido. *Ubi virtus ibi caelum*.⁸ Se conforma con haber cumplido su deber ante Dios, para quien no hay escondrijos ni secretos. Si no le luce ni una aurora de dicha en el mar de sus penas y tribulaciones, echa el ancla de la resignación. Así explica el caso la escuela a que correspondo, escuela de solar conocido.

Hízole a V. eco mi cortés llamamiento sobre el párrafo séptimo de su primer comunicado, en cuanto a aquello de que la bondad o maldad de las acciones dependía de su juicio u opinión particular. Acordóse V. del *opinionum commenta delet dies* de Marco Tulio, y ha enmendado la plana. Muy bien: mas como en el párrafo 40 de su postrer artículo invoca V. al público en honor de su moralidad, que nunca he negado, pues sólo le impugno la teórica del sistema utilitario, ahí va el pasaje original de V.

Mi conciencia no me acusa por la ejecución u omisión o por el consentimiento de un acto voluntario y libre, ínterin mi juicio no lo haya condenado como malo, y no lo condenará mientras no tenga motivo para ello, es decir, mientras no se oponga próxima o remotamente a mi bienestar y

7. "dirigido por el error".

8. "Donde está la virtud, allí está el cielo".

felicidad. Esto es de V. Aquí no hay nada de intenciones, nada de remordimientos.

En fin, a la luz de esta discusión ¿qué está V. viendo? El principio de utilidad a los pies de la ley del deber. Levántelo V. — B.S.M.— *Manuel González del Valle*

XLV

EL PRINCIPIO DE UTILIDAD EN EL ELENCO DE CARRAGUAO⁹

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Diario de la Habana*, septiembre 13 de 1839.)

Señor doctor don Manuel González del Valle¹⁰

Aquí me tiene Ud. a evacuar una cita, en la que me digna honrarme mucho más de lo que yo merezco. Y al entrar en las debidas explicaciones, no he menester protestar que antes como ahora he sido y seré enemigo teórico y práctico de cuanto huela a interés y ficción, como lo sabe Ud. mejor que nadie; y tan acérrimo antagonista soy, y debo ser; de esas despreciables alimañas, cuanto que a no haberlas descubierto en otros pechos me habría quedado a oscuras sobre su existencia, no consultando más que el mío. ¡Tan necesario es cotejar nuestro mundo interior con el externo, como piedra de toque para llegar al conocimiento exacto de las cosas! Observación que al paso deja en tierra a toda la escuela idealista. Pero no divaguemos, que no es ese el propósito a que se ha hecho la consabida observación, sino tan sólo interés del asunto: ni menos he tratado de quemar inciensos a mi desprendimiento, cuando yo no lo tengo a virtud, porque no me cuesta ningún esfuerzo, y no veo la virtud sino en el combate. Todo lo que quiero decir es que se digne escuchar las observaciones de un

9. Título de Roberto Agramonte.

10. Este artículo se publicó en el *Diario de la Habana* de 13 de septiembre de 1839, a consecuencia de haber citado don Manuel González del Valle varias proposiciones del Elenco del Colegio de Carragua en apoyo de la tesis que sustentaba en polémica con el presbítero don Francisco Ruiz. (Alfredo Zayas.)

Véase el apéndice I de Alfredo Zayas al final del volumen I de *Obras de Luz* de Alfredo Zayas.

hombre, en cuyo seno jamás se albergó el egoísmo; de un hombre que así lo declara, no por una necia ostentación, sino tan sólo por un elemento indispensable para juzgar en la cuestión que va a ocuparnos, de un hombre que se violenta para decirlo, de un hombre que cuando se trata de la verdad hasta se expone por publicarla a que puedan atribuir sus acciones a motivos que no le impulsen; de un hombre en fin que vive y muere bajo la inflexible ley del deber.

Al caso. Laborando en la última inopia un desgraciado que hace de juez, sin tener un mendrugo de pan que llevar a la boca de los hijos de sus entrañas; traspasado su corazón al contemplar la reprimida congoja de su esposa, sin esperanzas para el porvenir; se aparece un malvado a cohecharle con una gruesa cantidad seduciéndolo con las ventajas de que va a disfrutar, elevándose de golpe del lodo de la miseria a la altura de la opulencia; pero este hombre resiste: es heroico, es sublime; así opina Valle, así opina Ruiz; luego Valle y Ruiz no difieren en cuanto a la norma para juzgar las acciones, única diferencia que sería funesta para la santa causa de las costumbres. Pero no sólo opinan así los dos contendientes, sino todos los hombres a una, los interesados y los desinteresados. ¿En qué consiste, pues, la divergencia? Hela aquí. Todos han de rendirse a la ley del deber: éste es el primer grado de la cuestión ¿Y por qué? Aquí está el segundo: porque así lo pide el orden. Tercero: ¿Y qué quiere decir el orden? Las leyes de la naturaleza y el hombre, en que se cifra la armonía del universo y de la humanidad. Cuarto: ¿Y a qué se encaminan estas leyes? A asegurar el bien general, o llámese utilidad de la especie, con detrimento del individuo. Así, pues, el que infringe el orden falta precisamente a su deber, porque ataca el bien, o las ventajas de la comunidad. Ahora veremos con cuanta soltura se exponen por este preliminar las proposiciones de mi elenco de 1835 citadas por V. en su último artículo al señor Ruiz.

Vamos con la primera.¹¹ “Los partidarios del principio de utilidad han confundido el hecho con el derecho, sustituyendo una sátira del vicio a un análisis de nuestros principios naturales”. Antes de pasar adelante debo advertir que cuando he combatido el principio utilitario lo he hecho siempre en el concepto de tomarlo por el principio del interés, como bien se evidencia por las palabras y espíritu de la proposición 143 del mismo elenco citada por Ud., donde asiento:

“La moral del interés nos abre un abismo de males, etcétera”; y tan es así, que Vd. mismo recordará que en las últimas conclusiones sostenidas por el señor Ruiz en el Colegio Seminario impugnando yo la doctrina utilitaria al ver el aspecto bajo el cual él la presentaba, y el sentido en que la entendía, le contesté al fin que entonces teníamos el sacrificio del placer

11. Es la proposición 141 del *Elenco de 1835*: véase página 21. (Alfredo Zayas.) Vid. vol. II de las *Obras de Luz* de la B. A. C.

al deber; que era cabalmente lo que yo sustentaba; así pues, he sido consecuente cuando habiéndome consultado este amigo con el mayor candor; a consecuencia de la polémica empeñada por Uds., le manifesté que en mi humilde concepto me parecía inexpugnable el principio según él lo explicaba. Pero vengamos a la explicación de la primera tesis. Dije que los partidarios de los principios de la utilidad habían confundido el hecho con el derecho, por parecerme Bentham todavía falto de observación y de fisiología cuando afirmaba que la utilidad era el móvil de todas las acciones humanas sin exceptuar una; al paso que yo veía al hombre proceder muy a menudo contra su utilidad, y hasta faltando a su deber en muchos actos llamados espontáneos, y que con más propiedad se denominarían impulsivos o instintivos. Así, v.g., si un individuo contando con numerosa familia, y sin saber nadar, se arroja a salvar la vida a un miserable que se está ahogando con la casi seguridad de ser también víctima, y aun de serlo en vano, no sólo procede contra su utilidad personal, sino contra la de su familia, contra la de su patria, y por consiguiente contra su deber. Así, pues, este hombre no debería por ningún motivo haberse arrojado al agua, pero sin embargo se arrojó, y éste es un hecho de la naturaleza humana, y todos le aplauden como generoso, aunque le condenen como imprudente, pero nuestro hombre no se puso a calcular; no pudo dejar de echarse al líquido elemento: así es que la ciencia debe distinguir entre lo que es, y lo que debe ser. Se escapó pues a Bentham observar que hay hombres que se echarían al agua al instante por cualquier extraño, y hombres que no lo harían jamás ni por su padre.

Ahora bien, ¿por qué aplauden todos la acción? Porque conspira al bien general; y si el que se arrojó al agua por sacar a otro hombre se hubiese lanzado por furor; lejos de haber obtenido el lauro de heroicidad, hubiera sólo alcanzado una lágrima de compasión. Luego la naturaleza crea hombres valientes porque crea hombres cobardes: en ella todo es armonía: el que no la ve en la relación no puede verla en la realidad. Ella se ha ocupado más de la especie que de los individuos; cumple a su plan que el desvalido se salve y para ello hace impertérrito hasta el mismo sexo que creó pusilánime: una madre aunque tenga cien hijos se lanza al fuego por un solo hijo que haya caído sobre el voraz elemento: luego el plan de la naturaleza es que todo ceda a la utilidad del mayor número y hasta con detrimento de la utilidad individual. No es otro ni puede ser otro el sistema de la sociedad. Luego la teoría del deber depende forzosamente del conocimiento que tenemos de las leyes de nuestra naturaleza, y sólo así puede explicarse la diversa moralidad de los pueblos según su diferente grado de civilización, no menos que su uniformidad en ciertos principios fundamentales de las acciones, que descansan en hechos o impresiones comunes a toda la humanidad. Porque tratar de ideas o principios innatos, ni por pienso; sólo nuestras facultades nacieron con nosotros, y tanto hasta para conseguir todos

los fines de la moral. si los hombres nos hemos de uniformar precisamente respecto de ciertas máximas fundamentales, así físicas como morales, en virtud de nuestra misma constitución, ¿a qué viene suponer que tenemos ideas preexistentes? ¿No se nos ha dado la luz de la razón para formarlas sobre los materiales suministrados por los sentidos? *Erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* Tan cierto es que los principios de la moralidad penden de las ideas adquiridas, que sin salir de nuestro propio suelo, educados bajo la misma religión y costumbres, hallamos hombres, y no de los interesados sino de los más desprendidos y aun timoratos, que tienen por buenas o indiferentes aquellas mismas acciones que Ud. y yo tenemos por pecaminosas y detestables. Su imaginación de Ud. le representará los ejemplos a docenas, excusándome así de especificarlos. Por esta razón cuando queremos que cambien las acciones de los hombres, nos empeñamos en cambiar sus ideas; todo es armónico en este mundo, los sentimientos producen ideas y las ideas producen sentimientos que son los padres inmediatos de las acciones. Basta de comentarios para la primera proposición.

La segunda¹² aun es más fácil de exponer. En efecto, no pudiendo ser resultado de la experiencia la limitada veracidad que se observa en la infancia, ¿cómo ha de explicarse este fenómeno suponiendo un principio de cálculos en el individuo operante? Luego no puede darse cuenta de él por el principio de la utilidad, que presupone un avalúo de ventajas y desventajas; por esto he dicho que el principio de utilidad bien entendida no es el que siempre gobierna a los hombres, sino el que debe gobernarlos: nueva prueba de que se había confundido el hecho con el derecho, y prueba perentoria de la armonía en que está esta segunda proposición con la primera. En fin, bien podría afirmarse respecto de esta propensión de la infancia a la veracidad, que la naturaleza nos inclina al bien, aun cuando no podamos todavía calcular sus ventajas: aquí están los oficios de una madre próspera y afectuosa, supliendo a la antorcha de la razón, que aun no ha aparecido en el horizonte de la ciencia.

La tercera¹³ proposición citada declara demasiadamente mi ahínco por combatir la doctrina del interés, para que necesite de más comentario que reproducirla textualmente. Hela aquí: “La moral del interés nos abre un abismo de males; éstas son sus consecuencias forzosas: 1^a el olvido de nuestros derechos; 2^a la pretensión de contentar al hombre sólo con goces físicos; 3^a la degradación del carácter nacional”. Se ve, pues, a las claras que mi empeño es refutar hasta el extremo esa fatal escuela del egoísmo a cuyos partidarios he designado repetidamente con el epíteto de materialis-

12. Es la proposición 142 del *Elenco de 1835*. Véase la página 21 de las *Obras de Luz* editadas por Alfredo Zayas y B.A.C. *Elencos*.

13. En la proposición 143 del citado *Elenco*. Véase la misma página 21. (Alfredo Zayas.)

tas de la política, pero no en manera alguna a los hombres que predicán la teoría del sacrificio y de la abnegación en obsequio del procomunal, que es la divisa de mi corazón.

¿Qué duda puede quedar sobre la inteligencia de la última¹⁴ proposición? “Aunque se ha dicho con mucha verdad que los pícaros son unos malos calculadores, de ahí no se infiere que los buenos no sean más que unos hábiles especuladores”. Y así es en realidad por más de un motivo, pues hay hombres por su propia naturaleza; en cuyo sentido se dice en uno de los libros sapienciales: *Sortitus sum animam bonam*, los cuales jamás calculan para obrar el bien porque no pueden menos de hacerlo, y otros que aunque prevean los males que les acarrearán ciertos actos, prefieren la utilidad ajena a la propia, por ser aquélla la mayor para la sociedad, preferencia que no es más que otro nombre para decir justicia: así pues, habiendo una gran diferencia entre lo útil tomado en general y lo justo, no media ninguna entre lo más útil y lo justo: útil es un ferrocarril pero más útil es la justicia. La palabra útil se aplica a cuanto puede aprovecharse así en lo físico como en lo moral, y por lo mismo contraída ya a lo moral, no puede decir relación sino a la bondad o malicia de las acciones. Estoy por afirmar, que si en vez de la palabra utilidad se hubiesen valido algunos moralistas de la expresión procomunal, o bien general, mucho altercado inútil se hubiera ahorrado en la materia que nos ocupa. Para despejar esa incógnita se extendieron las mencionadas proposiciones en los términos que constan en el *Elenco de 1835* del Colegio de San Cristóbal. En confirmación de que no fue otra mi mente reproduciré la proposición 139 que no ha citado Ud. y que al parecer hacía aun mejor a su propósito. “Los hombres —dice— jamás gradúan el mérito o demérito de las acciones por la utilidad que produzcan”; donde sin embargo, sólo traté de alzarle contra los que osasen prescindir de la intención para graduar el mérito de las acciones.

Tan es así, que continuo allí en estos términos: “Entonces habría una moral para cada caso y los medios, cualesquiera que fuesen, quedarían justificados como se consiguiera el fin”. Aquí se nota como un deslinde entre la esfera del moralista y la del juriconsulto: la ley no puede penetrar hasta la intención, pero la moral sí. Lo que yo he querido dar a entender es que si un acto se practica en razón de bien, es bueno, aunque se malogre, y por tal le tienen los hombres; y si se ejecuta para hacer el mal, es malo, aunque rinda bien, y por tal le tiene la humanidad entera. Ahora, pues, seamos francos: ¿se oponen estos principios a la doctrina del señor Ruiz? ¿O no se ve antes bien que la naturaleza misma nos fuerza a probar el deber en el crisol de la ventaja general? ¿Cómo puedo yo saber lo que es el deber, si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta exigencia

14. Es la proposición 144 del propio *Elenco*, visible en la referida página 21. (Alfredo Zayas.)

de las circunstancias en lo que se cifra el orden y concierto del mundo moral? ¡Qué! ¿Por ventura la humana naturaleza no tiene leyes como toda la naturaleza? Luego la ley del deber lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad encuentra en éste su más firme apoyo. La una es el precepto, el otro es la teoría. En resolución, los artículos de Ruiz son el comentario legítimo de la doctrina de Valle. Creo, pues, que debe cesar toda discusión, una vez determinado el sentido de las palabras y determinadas las consecuencias del principio del interés, y del principio del bien general; quedándome tan sólo el sentimiento de que mis explicaciones no sean tan favorables al modo de ver de Ud. como yo quisiera, pues discrepando nosotros tan ampliamente en otras cuestiones fundamentales de filosofía, como es público y notorio, habría sido para mí de la mayor satisfacción aprovechar esta coyuntura para acreditarle mi imparcialidad. Ud. conoce algo mi carácter, y para nueva prueba de su ingenuidad, aun cuando atraiga sobre mi entendimiento la nota de inconsecuencia, le digo francamente que si Ud. no conceptúa conciliable mis tesis con las explicaciones aducidas, deme V. por retractado de las primeras y por atendido a las segundas. Y aquí tiene Ud. a mi amor propio a los pies de mi deber, que es confesar siempre la verdad tan luego como la columbro.

Septiembre 11 de 1839.

XLVI

MÁS SOBRE EL PRINCIPIO DE UTILIDAD¹⁵

POR FRANCISCO RUIZ

(*Diario de la Habana*, septiembre 16 de 1839.)

Señor doctor don Manuel González del Valle:

¡Qué feliz ocurrencia ha tenido V. en amenizar su artículo dando principio con esa deliciosa estrofa, no sólo por su oportunidad, sino porque habrá dado que reír, y no poco, a nuestros lectores, a quienes en verdad irían ya fastidiando mis inspirados artículos! ¡Que no tenga yo una chispa siquiera del numen poético que tanto a V. enaltece; una porcioncita al menos de esa sal ática, que con tanta profusión ha derramado en V. naturaleza, para entretener al público con una sabrosa y escogida narración como la que V.

15. Título de Roberto Agramonte.

nos hace, revistiéndola del brillante y ligero ropaje de esas eruditas historietas, que así ilustran nuestro ánimo, como nos sirven de solaz en los momentos de reposo y regodeo! Pero ya que no me ha cabido tal ventura, fuerza será conformarme con mi desafilada prosa, y dejándonos de cuentos entrar en cuentas.

Aunque a primera vista pudiera alguno creer que pretende V. entrar en la cuestión, muy luego se desengañaría viendo que el principio de donde V. parte, deducido de los párrafos 3º y 4º de su artículo, no toca ni en un pelo a la proposición que sostengo. Si hubiera de contestar en términos escolásticos el argumento que V. forma, negaría el consiguiente, y la consecuencia, porque ni es cierto que mi proposición tenga el mismo idéntico sentido que la que supone V. deducida de las doctrinas de Epicuro, Helvecio, Holbach, y otros banderizos, como V. los llama; ni hay derecho para inferirla; por consiguiente, es mala la consecuencia. El principio de los precitados autores, en concepto de V., no da otra guía de las acciones que el interés; ni otro motivo, que el de la conveniencia personal, ni otros goces que los puramente sensuales. Pregunto yo a todo imparcial y amante sincero de la verdad y de la justicia: ¿es tal el sentido que doy al principio de la utilidad cuando fijé la cuestión, y en varios otros lugares de mis artículos en que me he esforzado por explicarlo en los términos más explícitos? ¿Con qué derecho, pues, se me quiere violentar a que lo reduzca a la estrecha base que le da V. no sé si con razón, al de los precitados autores? Insistir en esto ¿no convencería la ilegal, por no decir absurda y terca pretensión de querérsese despojar de un derecho, que hasta el día no hay ejemplo, al menos que yo sepa, que contra nadie se haya intentado? Se han visto retractaciones forzadas, pero jamás se ha obligado a nadie a que sostenga contra su conciencia una doctrina, no según el sentido que dé su mismo autor a los términos que la expliquen, sino conforme al antojo o capricho de otro. Esto, a la verdad, excede los límites de toda exageración.

Una de las principales reglas del arte de bien discurrir es fijar los términos de toda doctrina con claridad y precisión antes de entrar a discutirla, y es tan eficaz esta preciosa regla que más de una vez ha evitado la discusión poniendo de acuerdo los más opuestos y encontrados pareceres. Teniendo, pues, la proposición que sostengo un sentido muy distinto del que V. le da, y no pudiendo ni debiéndose obligar a que sostenga la doctrina de Epicuro, Helvecio, Holbach, ni de otros filósofos, sean quienes fueren, pues como he protestado más de una vez, sólo respondo de mis opiniones, inferiré que V. aún no ha entrado en la cuestión; y por consiguiente la presunción de la verdad milita a mi favor. De que mi doctrina difiera tanto de la de esos filósofos, según los términos en que V. la presenta, no se deduce tampoco que carezca de antecedentes, ni de enlace y armonía con el resto de la ciencia. Sus verdaderos antecedentes los constituye el estudio del hombre y sus acciones, cual existe actualmente, con el objeto de per-

feccionarle para que goce de la dicha y felicidad a que le destinó su Autor. Como que el principio alcanza a cuantas acciones pueda ejecutar el hombre en calidad de ser libre e inteligente, descubrirá la armonía que ha de resultar necesariamente de las relaciones que le ligan, no sólo con Dios y sus semejantes, sino con el resto del universo; y habiendo conservado siempre su mismo tipo, y la naturaleza sus leyes, es muy el caso aprovecharnos también del estudio de la historia, para poder apreciar debidamente el progreso, o atraso y vicisitudes que haya experimentado en su marcha la especie humana. Así es como se pondrán de manifiesto las causas que han influido en el desarrollo de esos grandes y extraordinarios acontecimientos que la han conmovido a veces en sus profundos cimientos, ora para favorecer su marcha, ora para hacerla retrogradar. Suelen encontrarse verdades, las más preciosas, por lo fecundos resultados que pueden dar con una ilustrada y oportuna aplicación, pero que por el atraso mismo en que se hallaba el hombre no supieron apreciarse debidamente al descubrirlas, y así quedaron infecundas o bien bastardeados sus frutos. Tal vez pertenece a este orden de importantes verdades la que envuelve la cuestión que hoy discutimos. Y no creo que me equivoco ni exagero en agregar, mal que a V. le pese, que a ella debe ya la humanidad gran parte de los inmensos bienes de que goza, y el actual movimiento de vida y progresión que se nota en los países cultos, es producido sin réplica por la poderosa acción de la gran palanca del equilibrio utilitario. Paso el insulso y malicioso equivoquillo que forma V. de la metáfora con que designé el principio de la utilidad. Los sensatos verán cuanta razón hay para compararlos a una regla de oro.

Siento no poderle dar las albricias por el descubrimiento y aviso que con su natural bondad me comunica en haber sacado por mi locuela las ideas que profeso, así como el modo con que he adquirido la doctrina, no del interés bien entendido, como V. pone, (dispéñeme le corrija su locución) sino del principio de utilidad como lo explico; pues lo primero a mucha honra lo tengo, y lo segundo es cosa que hace largo tiempo la tenía averiguada. No me remuerde mi conciencia haber hecho una traición a mis pensamientos, y así me place sobremanera se conozca por mi locuela cuáles son las ideas que profeso. Tampoco soy tan presuntuoso que aspire a que se me tenga por inventor de la pólvora; antes bien, confieso que los pocos conocimientos que poseo, me ha costado mucho trabajo el adquirirlos. Confieso asimismo que los debo en gran parte a los recursos del arte, y a la comunicación con algunos buenos e ilustrados amigos que cuento; pero también le manifiesto a V. que antes de admitir dichos conocimientos en propiedad, procuro depurarlos sometiénolos al más severo examen; y si descubro algo por donde menos valgan, lejos de darle el pase, los repelo sin consideración alguna, vengán de donde vinieren, y sea cual fuere la carta de abono que traigan: en este sentido dije en mi anterior artículo que

acostumbraba pensar por mí mismo. El público que nos observa sabrá comparar nuestras ideas, pesar nuestras razones, y hacer justicia a quien de derecho se le deba.

Estoy casi plenamente convencido que no habrá uno (pues V. que pudiera serlo, ya veo que me hace justicia, aunque a medias) que me infiera el agravio de suponerme tan insensato que formara un sistema de moral tan extravagante que me pusiera en contradicción con los rectos dictámenes de mi razón. Sería el colmo del absurdo ser realmente bueno, y querer aparecer como malo. Este no es el modo con que se conducen los hombres que están en pleno ejercicio de sus facultades morales e intelectuales; y mucho menos de los que procuran poner en armonía sus acciones con su razón.

Usted ha tomado muy a la letra, y por eso ha dado un sentido diverso al símil con que taché su inexactitud lógica en deducir doctrinas inmorales y absurdas de premisas que no las contenían. Aunque el químico extraiga de un cuerpo un principio venenoso, no lo tiene realmente para la nutrición, si se usa de este cuerpo como sustancia sana y nutritiva. Ahora percibirá V. cuánta razón tuve en comparar con los químicos a los que preciándose de buenos lógicos encuentran mal sentido y cuanto se les antoja, en las más sencillas expresiones, atormentando para esto el genuino de las voces, y afectando gran profundidad donde todo es muy somero, queriendo palpar resultados que nadie ve, ni siente. ¿Y no podríamos acusar a estos consecuenciarlos como inventores de una lógica cabalística?

El ilustre patricio a quien V. alude, honra y prez de nuestro suelo, y a quien tanto debe su patria por más de un título,¹⁶ no me dispensaría la generosa y cordial amistad con que me honra si llegase a entender que yo por un momento titubeaba en manifestar con franqueza una idea que creyese verdadera y provechosa al hombre, por miramientos y consideraciones humanas. Infinitas pruebas nos ha dado así del generoso temple de su alma como de profunda y variada instrucción en los ramos del verdadero saber, utilizados eminentemente por su acendrado amor a la patria. Por fortuna no discrepamos en nuestras opiniones cual V. se aventura a proclamar. Como no presumo tanto de mis fuerzas intelectuales, y tengo un sincero deseo de descubrir la verdad o de libertarme de cualquier error en que pueda haber incurrido, más de una vez en nuestros amigables coloquios hemos entrado en discusión sobre la materia, no con el tono de quien desea vencer, sino con la candorosa sencillez del que busca la verdad para ilustrar su mente. Acaso antes de que este artículo vea la luz pública tenga V. su desengaño con la manifestación del genuino sentido que deba dársele a las proposiciones de su antiguo elenco de filosofía. Mucho temo haya V. también procedido en esto con alguna pre-

16. José de la Luz y Caballero.

cipitación; y ya le advertí en mi anterior artículo que es una de las fuentes más fecundas en errores.

Si reclamé por la poca hidalguía y sobrada saña con que se atacaba a esos autores indefensos, cuyos errores nunca destruirán la deuda de gratitud que hacia ellos contrajo la humanidad, por lo bien que llenaron su destino mientras habitaron en la tierra, fue porque el sentimiento de la justicia se exalta en mí a tal extremo que no puedo sufrir su infracción aun cuando se me ofrezca reparada. Por lo que hace a la profecía con que nos festeja V. suponiendo que al fin el principio utilitario quedará relegado en su paraíso terrenal de la Economía Política, creo que es algo aventurada, y también temo mucho no tenga Ud. el dulce deleite, placer iba a decir, pero es término muy sensual para oídos tan castos, de verla cumplida. Yo no soy profeta; pero sí creo que el principio de la utilidad con todos los auxiliares que de él en parte derivan, llevará a tal grado de ilustración al hombre, que sea causa del encanto y armonía del mundo moral, así como lo es del físico la atracción. ¡Dichosa edad aquella en que los hombres vivan en tan venturoso concierto!

¡Qué excitado estaría Vd. a risa con la chistosa ocurrencia de contrastar la frase con que se invoca la justicia por la de favor a la utilidad bien entendida! Confiésole a V. que a mí mismo me tiene casi convulso, y no me ocurren a la verdad razones que oponer a tan pujante argumento. Y así puede V. ir marcando este también entre sus triunfos. No seré tan omiso con el párrafo que sigue en que supone V. que porque en nuestros tribunales se usa de las muy ajustadas frases “estar a justicia, a derecho”, etcétera, y no a lo útil, ha de darse por desvirtuado el principio. No tal: cada cosa según su naturaleza tiene su oportuna aplicación; y no porque todos los objetos, hijos de la industria y trabajo del hombre, tengan un valor; hemos de pedir en un almacén de paños, por ejemplo, dos varas de valores de paño cuando vamos a comprar dos varas de paño. A lo que se agrega y llamo mucho su atención de V. sobre este particular, que nada pudo V. haber escogido que tanto implicase y comprometiese la doctrina que V. sostiene, como ocurrir en su defensa al campo de las leyes. La teoría del derecho ha de estar toda fundada sobre el principio de la utilidad, y por consiguiente la de las leyes, que vista a esta luz, constituyen la declaración y salvaguarda de los derechos. Bien pudiera decirle a V. que en su argumento se nota el vicio de proceder del hecho al derecho contra un principio lógico; pero no le haré tal cargo porque considero muy exacta y conforme al objeto la nomenclatura jurídica.

Se está a derecho y no a lo útil, decimos, cuando un individuo demanda a otro ante un tribunal, porque la palabra derecho en este caso sirve especialmente para designar la acción, que en virtud de algún título o motivo legítimo tenga para reclamar de otro alguna cosa, o el cumplimiento de alguna obligación; el derecho o la acción legal en sí, como se ve, es una pura

abstracción que se simboliza en las escrituras, vales, o cualesquiera otros signos expresos; pero el objeto o la cosa comprendida en este derecho o sobre quien recae, forma parte de nuestros bienes, y por consiguiente nos es útil, diríamos, el derecho que tenemos, v.g. a tomar agua de tal fuente, porque nos proporciona el uso de un objeto muy propio y conveniente a satisfacer las necesidades de la vida. En los tribunales se administra justicia y no utilidad: muy bien establecida me parece esta fórmula, porque expresando el término justicia la constante voluntad que tenemos de dar a cada uno lo que le pertenece, es un verdadero ente de razón, pero tan luego como se hace efectiva ésta produce una de las mayores utilidades que puede disfrutar la sociedad y sus miembros. La institución misma del poder judicial nos demuestra del modo más palpable que la utilidad de los asociados es cabalmente la base y fin de la justicia.

Así que nada hay, que sea más o menos justo, como V. asienta; pero niégume si puede que lo más útil es precisamente lo justo, y lo único justo, esto es, que la justicia se gradúa por la mayor utilidad, pues si el juez otorga el derecho en cuestión a quien no pertenece, hace lo menos útil, y así infringe la justicia. Con que tenemos, matemáticamente, a más utilidad, más justicia; a menos utilidad, más injusticia.

Como la palabra utilidad se aplica también a los objetos para determinar aquella cualidad que los hace capaces; de proveer a las conveniencia de la vida, y la justicia no extiende hasta este punto su esfera de acción, supone V. que les es incompatible toda comparación; pero todo el vicio de su argumento consiste en no haber entrado con más calma y mejor fe a discutir la materia. Siento tener que repetir lo que antes he dicho, y dejo notado en varios párrafos de mis anteriores artículos, que al hacer efectiva la justicia se produce un gran bien, que constituye el máximum de la utilidad social e individual. Asimismo me permitirá le advierta que basta ver los términos en que explico el principio si no alcanzasen a declararlo los muchos pasajes en que lo noto, que yo no prescindo, como tampoco prescindiría ninguno que conociese su naturaleza, de aplicarlo al orden social con quien estamos en relación, así como a la humanidad entera cuando ésta nos lo demande. La enumeración que hace V. de tantos objetos útiles porque nos proporcionan goces y comodidades de la vida, lejos de desvirtuar la fuerza del principio en su aplicación a la Moral, la corrobora, pues cualquiera comprenderá que si un ferrocarril v.g. es útil porque aumenta los goces y relaciones sociales, aproximando los lugares más distantes, y con ello los individuos que los habitan, en una palabra, porque crean inmensos bienes en favor de los que les disfrutan, también creará que una escuela de educación primaria es muy útil porque en ella se enseña a los niños desde su tierna infancia las más importantes verdades de la moral, la religión y amor al trabajo. Nada encontrará, pues, que repugne calificar a estos

diversos bienes con el epíteto de útiles, pues aunque difieran tanto bajo una relación, se aproximan no poco bajo de otra.

Se sobrecoge V. lleno de asombro porque en mis dos anteriores artículos le digo que si algo bueno hay que esperar de su principio del deber, lo deberá a la lustración que le preste el utilitario. No es culpa mía que cuanto diga y haga el hombre sea el resultado de su observación y experiencia: así le plugo organizarlo a su Autor. Y así como por igual motivo no admito ningún principio interno que por sí y ante toda experiencia nos revele la verdadera naturaleza de las acciones, pues las facultades (sólo principio innato o congénito) lo único que harán es estimularnos a operar, aguijar nuestros deseos; pero respecto a las acciones que resulten, la experiencia y sólo la experiencia les enseñará a conocerlas. Por eso cuando vi que V. proclamó el principio del deber en contraposición al de la utilidad, dije para mí: bien puede ser que este principio derive del sentimiento de la justicia; pero las acciones, cuyo cumplimiento prescriba para que llenen los fines de la moral, han de contribuir a la perfección del hombre, a su mayor felicidad. Acabamos de demostrar que le es imposible ilustrarse a sí mismo; ocurre a la razón; pero ésta lo desengaña diciéndole que ella nada puede determinar acerca de las cualidades de las acciones sin ponerse de acuerdo con la observación y la experiencia; luego hemos de tropezar necesariamente con el principio utilitario; y por eso le dije a V. una y otra vez, y se lo repito ahora, que si la ley del deber, aun con la mejor intención, no quiere arriesgarse a sancionar absurdos y aun heroicos, no desdeñe, antes solicite con ahínco, consultarse y ponerse de acuerdo con el principio de la utilidad. Mire V., mi doctor; que ciertos hombres o por solapada malicia, o por degradante superstición o por el crudo fanatismo, para comprometer a sus adeptos de ciertas acciones que les exige como muy legítimas les alegan, les protestan con el más ardiente fervor que oyen allá en sus adentros una voz, una solemne inspiración que les revela lo que es de ejecutarse. Yo no diré que tal sucede a todos con la aplicación de su principio; pero sí estoy persuadido de que ésta es su tendencia, con especialidad si le toca en suerte aplicarlo personas de exaltada imaginación, si antes no toman el visto bueno del principio utilitario.

¡Cuánto me he alargado y cuánto más no podría agregar, si quisiera hacer un detenido examen de su artículo, o amplificar algo más estas mismas ideas! Pero vengamos a los casos que me propuso V. en su contestación a mi primer artículo. Me causa a la verdad no poca sorpresa que afirme V. con cierto aire de triunfo, que yo me implico cuando digo que “el bien causado por la herida del asesino no es un bien moral, puesto que resulta de un verdadero *rectum ab errore*;¹⁷ y por consiguiente en nada le menoscaba la pena a la que se ha hecho acreedor por su criminal acción”, porque

17. “dirigido por el error”.

esto arguye en mí que alguna vez tomo en cuentas el conocimiento o la existencia de intención en el operante. ¿Cuándo he negado yo que no entra la intención como elemento de la moralidad del acto? ¿No he dicho más de una vez que para graduar la imputabilidad de un acto hay que atender a la intención, y no sólo a la intención del operante, sino a las circunstancias del acto, y de quien lo ejecuta? Reclamo, pues, lo que de justicia se me debe, y es que lea V. con menos prevención y precipitación mis artículos: proposiciones semejantes supondrían un absoluto olvido de los más sencillos elementos de la moral; ¿cuál no será, pues, la ignominia con que se cubra quien los atribuya a otro gratuitamente? Esto es lo que en puridad se llama calumniar. No crea V. le haga yo ni por un momento el agravio de suponer haya V. tenido tan depravada intención; pero sí creo que hay buena dosis de preocupación; y ya V. sabrá como se ciega esta otra fuente no menos funesta de abundantes errores.

Por lo demás, en contestación a la extensa nómina de utilidades de que se pierda el labriego por entregar a su dueño el tesoro hallado, queda contestado con decirle a V. que no compensarán ni con mucho los daños a que se expondría reteniendo lo hurtado.

El labriego no debe tampoco prescindir del famoso canon *quod tibi non vis fieri, alteri ne feceris*,¹⁸ es decir, si te quedas con el dinero, infringes el orden de la sociedad, fundado en el respeto de la propiedad, esto es, en la utilidad de los asociados, porque la armonía general consiste en cumplir con la ley en todos los casos particulares; y si se dejase a cada uno interpretar arrimaría la brasa a su sardina, faltaría a la justicia, al bien de todos y de cada uno.

No entraré en el análisis comparativo de las dos explicaciones para ver quién ha dado la verdadera del hecho; pero sí puedo asegurarle a V. que al través de esa acendrada virtud, admirable desinterés, heroica resignación de que supone V. ciertamente poseído al labriego, veo yo brillar el principio de la utilidad; y mientras mayores sean los sacrificios que V. le obligue a hacer, por no faltar al orden establecido por Dios, ni turbar la armonía de sus leyes, mayores serán también las recompensas que espere de la justicia divina, que no puede dejar de premiar al justo, así como de castigar al malvado que infringe sus santas leyes.

¡Qué tesoro tan inmenso de bienes no encuentra la humanidad en los sacrificios de sus hijos! Diga V. ahora: ¿hay o no utilidad? Esto ciertamente lo percibo con la misma claridad que la luz meridiana.

Insiste V. en que faltaba la explicación que doy del modo con que formamos la conciencia (que lo recordaré, por si acaso se ha olvidado: es un juicio sobre acciones morales y nada más) que faltan en dicha explicación los remordimientos, y la intención iy vuelta con la intención! Ahí está

18. "no hagas a nadie lo que no quieras para ti".

todo, mi doctor, si no explícito, implícito, como dicen los gramáticos y también los lógicos. Mire V. que lejos de carecer yo del atributo de la intención, superabunda tanto en mí que a veces, a pesar de los esfuerzos de mi voluntad se traslucen mis intenciones, por lo que aun cuando quiera no puedo hacer traición a mis sentimientos. Como V. me entregó el principio utilitario arrojado a los pies del deber, lo he buscado escrupulosamente, y no me ha sido posible hallarle. Veamos si V. con vista más perspicua lo descubre, y me lo devuelve para ver si puedo reparar tamaño agravio restableciéndolo al eminente lugar que por derecho le corresponde. ¿Si le sucederá a V. lo que a don García con don Juan de Sosa? Concluyo, pues, recordándole a V. por tercera vez, y dicen que a la tercera va la vencida, nos acabe de decir, si es que sobresee o no de aquella proposición que le atribuyó a Helvecio, o me presente el pasaje en que diga “que la virtud consiste en el sacrificio del deber al placer”; y procure seguir paso a paso mis razones como lo hago yo con las suyas para que haya verdadera discusión. Entre tanto queda como siempre su afectísimo, *Francisco Ruiz*.

Septiembre 13, 1839.

XLVII

DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN¹⁹

POR TULLIO²⁰ (JOSÉ ZACARÍAS GONZÁLEZ DEL VALLE)

(*Noticioso y Lucero*, septiembre 16 de 1839.)

Señores editores del *Noticioso y Lucero*:

Hoy que se disputa en La Habana sobre el eclecticismo y su importancia, como sistema de la época, me parece bien traducir algunos párrafos de la advertencia que Víctor Cousin ha puesto a la cabeza de la tercera edición

19. Título de Roberto Agramonte. En el original “Comunicados. Filosofía” (Roberto Agramonte).

20. El propio José Zacarías González del Valle se declara *Tullio* en carta a Anselmo Suárez y Romero de octubre 29 de 1839, conservada en la colección de Vidal Morales de la Biblioteca de la Sociedad Económica. Vid. *Philosophia Electiva B.A.C.* vol I, *Introducción*, p.XXIX, no.28 (Roberto Agramonte).

de sus *Fragmentos filosóficos*, hecha el año próximo pasado en París. Sírvanse ustedes publicarlos en su apreciable diario.

“Olvido —dice Cousin— los elogios y las sátiras, haciendo únicamente caso de los escritos serios. En Alemania Amadeo Wendt, al que acaba de perder la historia de la filosofía, el continuador de Tenneman, profesor de filosofía en la Universidad de Gottingen, ha dado una larga recensión de la edición segunda de mis *Fragmentos*, y la *Revista Germánica* traduce el artículo en el cuaderno de septiembre de 1834. Bekkers, profesor en el liceo de Dillingen en Baviera, me ha honrado traduciendo el prefacio, y Schelling ha querido servirme de introductor ante el público alemán, poniendo al frente de esta traducción algunas páginas, explicándose acerca de los puntos que yo había tocado, con la claridad y vigor que lo caracterizan. Este corto escrito, rompiendo el silencio que guardaba hace tantos años el autor de la *Filosofía de la naturaleza*, es un verdadero acontecimiento filosófico, y aunque mi obra no hubiese hecho otro servicio que darle origen a ésta, debería siempre felicitar me por haberla dado a luz”.

“No se juzgue empero que el artículo de Wendt ni el de Schelling sean himnos a mi gloria: nada de eso. Ambos, haciéndole justicia a mis intenciones y a mis esfuerzos y hasta aprobando en ciertos límites las conclusiones sistemáticas a que he llegado, no vacilan en condenar el camino que he seguido para llegar a ellas, a saber; el método psicológico. Schelling aprueba el fin mas desapruaba el medio”.

“Al otro extremo del mundo civilizado, de la otra parte del Atlántico, los *Fragmentos* hallaron acogimiento; mas mis escritos sobre la educación se esparcieron en Estados de la Unión Americana, y a veces, bajo los auspicios de la autoridad pública, los *Fragmentos* y mis *Lecciones* fundaban, sin saberlo yo una escuela filosófica en la patria de Franklin. En 1832 y 34, Limberg y Henry tradujeron mis *Lecciones*, y en el momento que escribo estas líneas acaba Ripley de colocar el segundo prefacio de los *Fragmentos* con otros escritos míos a la cabeza de la *Miscelánea* que ha formado exclusivamente de autores franceses. En 1836 y 37 ha publicado Brownson una apología de mis principios, donde brilla un talento y un escritor de primer orden. ¿Pero sabéis lo que acredita a la nueva filosofía francesa en New York y Boston? Además de su carácter moral y religioso, su método, este mismo método que casi fuerza a sonreír al Presidente de la Academia Real de Munich, el método psicológico”.

“Ingrato fuera con la Italia, si aquí no diese gracias públicamente al más célebre de sus filósofos, a Galuppi, profesor de la Universidad de Nápoles, que después de haber introducido a Kant en la patria de Vico y de Genovesi, ha descendido hasta traducir él mismo mis *Fragmentos*. Otra excelente capacidad, Mancino, profesor en Palermo, ha naturalizado casi el eclecticismo en Sicilia; mientras que al otro extremo de la Península Itálica, Poli,

profesor en la Universidad de Padua, y el ingenioso y a ocasiones profundo Rosmini, el uno adhiriéndose casi del todo, el otro con crítica severa, aunque siempre benévola, llaman la atención sobre la nueva filosofía”.

“Vamos en derechura (dice allá al fin Cousin acabando la *Advertencia*) al argumento oculto bajo las declamaciones de toda especie, de que ha sido objeto el eclecticismo. Los principios de los diversos sistemas son a veces contradictorios; pues siendo contradictorios se excluyen; luego no es posible reducirlos a un solo sistema. Oigan la respuesta: el argumento estriba en la confusión de dos cosas muy distintas, a saber; el estado en que halla el eclecticismo los principios de los diversos sistemas, y aquel a que los reduce antes de emplearlos. Es cierto que los encuentra en tal hostilidad y contradicción, que no puede servirse de ellos. Supongamos v. gr., que un sistema defiende este principio: todas las ideas vienen de los sentidos; y otro sistema: ninguna idea viene por los sentidos. Claro está que no hay medio de combinar estos dos principios. ¿Qué hace pues, el eclecticismo? Comienza por destruir el uno y el otro: prueba primero que ambos son falsos en su pretensión exclusiva, y buscando después lo que pueden tener de verdadero, saca los dos principios siguientes; muchas ideas vienen de los sentidos; muchas no. Ahora estos nuevos principios ya no son contradictorios; son diferentes, mas no inconciliables. Entonces, pero sólo entonces, el eclecticismo viene a tiempo”.

“Ya lo he dicho, y lo repito; en política, cuando después de largas revoluciones comparecen los partidos ante el poder legislador, cada uno se presenta con pretensiones extremadas y contradictorias que no pueden fundar un sistema de leyes aplicables a todos. El legislador separa lo que dichas pretensiones tienen de exclusivo e injusto, reduciéndolas a lo que tienen de legítimo; y por esta transformación saludable, los elementos de discordia y guerra se mudan en los diversos principios, enérgicos y vivos, de una gran constitución”.

“Lo propio puede y debe hacer el legislador de la filosofía, a despecho de los clamores que den los síntomas opuestos, porque esos clamores son inevitables: es el grito que les arranca la operación dolorosa que les hace sufrir el eclecticismo para dejarlos en el estado en que pueden servir en una medida justa, a la bella y sabia armonía de los contrarios, que es la verdadera unidad”.

“Además, muy descontentadizo sería yo, si no me diera por satisfecho del éxito del eclecticismo. Gracias a Dios, ha hecho muy bello camino por el mundo, y lejos de necesitar que yo emprenda su defensa a él más bien le toca encargarse de la mía. El eclecticismo no es acaso el primer principio de la nueva filosofía, pero es su bandera más visible. Cuando yo la enarbolé en otro tiempo, al comenzar mi carrera en el humilde recinto de la Escuela Normal y la Facultad de Letras, cualquiera que fuese mi convicción personal, yo no me esperaba que hiciese tan rápida fortuna, ni que reuniese con

tal prontitud tantos ingenios ilustrados y tan independientes en los países más adelantados del antiguo y nuevo mundo”.

El eclecticismo es, en todo la moderación y la profundidad; así, no es un vano amor propio, sino alguna cosa superior a él quien produce en mí una satisfacción harto regalada al comprobar sus progresos y al seguir sus destinos. *Tulio*.

París, 20 de julio de 1839.

XLVIII

APÉNDICE DEL ARTÍCULO ANTERIOR

POR FRANCISCO RUIZ

(*Diario de la Habana*, septiembre 20 de 1839.)

Como apéndice u otrosí del artículo anterior daré una breve contestación al suscripto *Otro*,²¹ inserto en el *Noticioso* de 5 de septiembre relativo a la cuestión que actualmente se discute en el *Diario* del Gobierno, sobre si se puede o no el principio de la utilidad aplicarse a la Moral como guía de nuestras acciones.

No creo que haya tenido más acierto este nuevo antagonista del principio utilitario en la elección de razones que sirven de fundamento a la doctrina de mi contrincante el doctor don Manuel González del Valle, y así, aunque pudiera contestarle refiriéndome a lo que dejo expuesto en mis anteriores artículos, donde, si no me equivoco, se hallarán victoriosamente refutadas dichas razones, quiero sin embargo, en obsequio del mismo importante asunto, y del provecho y utilidad que pueda redundarle al público, de tenerme en su especial contestación, aun cuando se alargue este artículo más de lo que me había propuesto, pues así aprovecharé la ocasión de esclarecer la doctrina con nuevas razones y verdades, al paso que se pondrán de manifiesto los errores y sofismas con las que ha pretendido impugnarlas este nuevo campeón: contestaré a sus reflexiones con el mismo orden que las presenta.

Muy sencillo es decir que la Moral se funda en la antigua máxima de cumplir con nuestros deberes; pero semejante principio me deja en las

21. José Zacarías González del Valle (Roberto Agramonte).

mismas tinieblas en que me hallaba antes de que me lo hubiesen enseñado.

La dificultad está en averiguar cuáles son estos deberes, y su extensión: qué circunstancias especiales y características distinguen los verdaderos de los falsos o de los que no lo sean, que criterio consulta la razón para que la voluntad no se extravíe del camino que conduce al deber; dejándola al mismo tiempo en plena libertad de operar, y rodeados de tantas y tan poderosas causas como sin cesar conspiran a deslumbrarla, pervertirla y comprometerla en una mala vía. ¿Hay algún ente sobrenatural que de algún modo infalible nos lo revele en el momento de cumplirlos? ¿O se hallan todos revelados y escritos en un código? ¿Dónde está ese código y quién lo ha escrito?²² en la razón soberana, en aquel *æternum quoddam*²³ de Tulio, me dirá V. acaso conformándose con la opinión del contrincante principal; a lo que replicaré yo que mi razón me demuestra que antes de descubrir una verdad tengo que tropezar con mil errores; y así en Moral como en las demás ciencias las verdades que descubra serán hijas de mi observación y experiencia, o de la observación y experiencia de mis semejantes; ¡y dichoso yo si no tengo que desandar muchas veces el camino o sentir los funestos efectos de algún error que cual falsa moneda se hay a deslizado entre las de buena ley! ¿No le parece a V. más natural, más conforme a los supremos designios de Dios que nos ocupemos nosotros mismos en su investigación preparándonos al efecto con un profundo estudio de nuestro propio ser, y del universo con quien estamos en relación, a fin de averiguar las verdaderas leyes a las que ha querido sujetarnos, y por consiguiente los deberes a que estamos constituidos para corresponder a sus fines? No entraré a discutir cuál de estos dos medios deban seguirse para la resolución del problema: al buen criterio de V. dejo la elección. De lo que sí puedo desentenderme, sea cual fuere el procedimiento que se siga, es de considerar la naturaleza del deber, o lo que es igual de la acción que lo determina: ya sea que yo mismo me lo haya impuesto, ya sea que por imperio de la ley se me obligue a ello, para que sea legítimo ha de conformarse en uno y otro caso a los benéficos fines de nuestro Autor, correspondiendo a la perfección moral, o lo que es idéntico a la dicha, bienestar y felicidad del hombre. Repito lo que tantas veces ha preguntado: ¿cómo descubriremos esta cualidad en las acciones y hasta en los pensamientos, inclinaciones, afectos, sentimientos y pasiones si no habiendo antes averi-

22. No se valga la maledicencia de estas palabras para calumniarme suponiéndome tan neófito que desconozca las verdades de nuestra santa Religión. Por mi estado y educación tuve la dicha de encontrar quien desde muy temprano, con su ejemplo y su doctrina me las inculcase, y nadie más sumiso que yo en observarlas, como que tengo una íntima convicción de que forman mi mayor felicidad.

23. “una cosa eterna”.

guado por la observación y la experiencia el efecto que hayan producido, según nuestra naturaleza y sus relaciones? Por consiguiente, si el deber impuesto aniquila o menoscaba por su tendencia nuestra dicha y felicidad, se opone a nuestra perfección, y ataca los fines de la naturaleza convirtiéndose en vituperable en lugar de legítimo. Muchos ejemplos pudiera alegar en confirmación de tan alegable verdad; pero son demasiado obvios, para que se oculten a la penetración de V., y así me dispensará no se los presente en obsequio de la brevedad. ¿Y habrá quien se empeñe todavía en divorciar la bondad de las acciones de su utilidad? En lugar de tan temeraria solicitud ¿no sería más conforme a la buena lógica, a la sana razón y al verdadero adelantamiento de la moral establecer que estos dos términos expresasen en la ciencia de las costumbres dos ideas recíprocas y correlativas, como les sucede en sus otras aplicaciones a los demás casos de la vida humana?

Cuando contribuyo a evitar un daño que amenaza a un tercero, ejecuto asimismo una acción útil, porque sería necesario ser sobrado ciego y obtuso de entendimiento para no percibir que tan preciosa cualidad no sólo es propia de las acciones que producen directamente el bien, sino de las que impiden o alejan el mal, cuyo resultado visto y examinado a buena luz se convierten en bien efectivo y estimable, según su naturaleza e importancia. Tan cierto es esto, que para evaluar el mérito de estas acciones hay que atender a la naturaleza del daño evitado, y a las dificultades con que se ha luchado, y riesgo a que se ha expuesto, quien se comprometió por impedirlo.

El símil que se forma con la belleza de la Luna, si algo prueba es en contra de la doctrina que V. sostiene, porque la belleza no está realmente en la Luna: en este objeto lo que hay es una aptitud o disposición de partes que por su relación con el órgano de la vista, en quien reside cierta capacidad, le causa una sensación agradable de placer o deleite, según el grado de excitación que produzca en nuestra sensibilidad la cual afecta más o menos nuestra alma; y es a lo que se le ha dado el nombre de belleza; así como decimos un día alegre, risueño, etcétera, para significar los varios sentimientos que excitan en nuestro ánimo estos objetos, no obstante ser incapaces de afectos y pasiones. Del mismo modo y por una admirable analogía, ciertas acciones en el orden moral excitan así, en el que las ejecuta como en el que las observa, cierto sentimiento de deleite al que se le han dado varios nombres, según los diversos grados de intensidad con que nos afecta; pero si se observa atentamente y con ojos filosóficos la causa de tan exquisito deleite, se descubrirá que consiste en la cualidad de la acción que produce, o tiende a producir, inmensos bienes en favor del hombre con mayor o menor sacrificio del agente, asociando dichos sentimientos, no sólo a la acción, sino al mismo nombre con que la designamos.

Estas son las acciones que ha consignado la humanidad como virtudes, y constituyen una numerosa familia; las hay de diversos órdenes; y desde

una remota antigüedad se establecieron las cuatro fundamentales o cardinales, porque sirven de apoyo a las demás, que de ellas derivan. Conformándose, pues, el hombre en su conducta moral con lo que determinan estas cuatro virtudes, habría un concierto admirable de armonías entre ellos, productor de bienes infinitos, no sólo de puro y suave deleite, que bañase y embriagase el alma, sino bienes reales, efectivos y positivos adaptables a nuestra naturaleza. ¿Y habrá alguna dificultad, en vista de tales antecedentes, en resolver la pregunta con que termina V. su primer reflexión? Cualquiera que ofreciese, disiparía como el Sol a la niebla el principio de la utilidad.

De que las lenguas tengan las voces —bondad, utilidad, interés, justicia y otras análogas— nada arguye contra la verdad de mi proposición, ínterin no se me demuestre que puede haber actos virtuosos, sin que produzcan o tiendan a producir bienes; que la justicia en sí y en sus efectos no causa tampoco más provechos al hombre que los de puro deleite. Por no fastidiar a los lectores con lo expuesto en mis anteriores artículos, no repito el procedimiento y circunstancias a que ha de atenderse para ejecutar con la propiedad debida la clasificación de virtudes y vicios, buenas y malas acciones. Lo que sí no omitiré, porque me parece que nunca se me inculcará bastantemente, es advertir que para proceder con acierto, no se ha de perder un momento de vista la piedra de toque, donde se ensayen las acciones con escrupuloso esmero para descubrir su verdadera cualidad, y colocarlas en la clase a que correspondan.

De las infinitas transacciones sociales una gran parte tiene por objeto el cambio recíproco de valores por valores, en lo cual entran, no sólo los bienes físicos, sino los servicios, derechos, etcétera. Muy conveniente, pues, creo que sería para el adelantamiento de las ciencias reservar a tales actos el término interés, para designar el provecho que cada cual se promete; pero cese desde entonces de confundírsele con el de utilidad: cese de compararse un sórdido especulador con el que practique las virtudes por los bienes que le proporcionan: si a esto lo llama V. moral de cálculo, nada a mi ver tan legítimo como calcular en moral.

La tercera reflexión no vale más que las anteriores, y procuraré demostrarlo. Algunos suelen agregar efectivamente a la palabra utilidad la expresión “bien entendida”,²⁴ como se hace también con el término “interés” y en la frase “verdaderos intereses”; mas esto no tiene otro objeto, sino advertir que hay ciertas acciones que tienen un barniz de utilidad, así como lo tienen ciertos objetos; pero examinados bajo todas sus relaciones, propiedades y aplicaciones, y desarrolladas todas sus consecuencias, descubrimos en lugar de la fuente de dicha con que nos brindaba, un abismo de desventuras.

24. Entre comillas por Roberto Agramonte.

En contestación a las razones o sinrazones metafísicas que alega V. con tanta seguridad, diré que para sí son puras quimeras, ridículas quididades; y en la cuestión que nos ocupa con mayoría de razón. ¿Qué quiere decir que “nunca se puede confundir el bien con la utilidad, porque la cuestión se refiere a la sustancia, a la esencia del bien; y el carácter de toda sustancia es ser idéntica a sí misma...?”. La Física y la Química nos enseñan que con una misma sustancia se forman diversos cuerpos que, lejos de ser idénticos, presentan las más opuestas propiedades y caracteres. De los dos gases, oxígeno e hidrógeno, combinados en proporciones dadas, resulta el agua: ¿y quién dirá que este cuerpo es idéntico a los elementos que los constituyen? El agua misma nos la ofrece la naturaleza bajo los tres estados en que se presentan los cuerpos, de solidez constituyendo la nieve o el hielo, liquidez, y fluido seriforme; y no obstante ser la misma sustancia, ningún físico dirá que el gas acuoso es idéntico al hielo, ni éste al agua líquida; pues con mayoría de razón habrán de rechazarse tan absurdos principios en su aplicación a la moral, donde la mayor parte de los nombres, por no decir todos, no representan verdaderamente sustancias, sino cualidades, puras abstracciones: así es que la palabra utilidad, por ejemplo, no designa ninguna sustancia real y física, ningún fenómeno de los que pasan y sentimos en nuestro interior, sino una mera cualidad que indica la buena relación de las acciones u objetos con nosotros, en cuanto contribuyen a nuestra felicidad: lo mismo diríamos de los términos bien, bueno, bondad, virtud, etcétera; de aquí resulta lo que es muy sabido en Filosofía, pero que a lo que veo parece ignorarlo mi contrincante; a saber, que hablando en rigor “no hay bien absoluto”, pues todo bien que concebimos es siempre relativo al beneficio que puedan causarnos los objetos y acciones a que nos refiramos: al mismo Dios lo abarca nuestra mente en esta categoría.

Con los ejemplos que V. cita se prueba la verdad de la doctrina que sostengo, lo falible de la máxima en que quiere V. edificar la moral; porque si bien es cierto, como he dicho en mi anterior artículo, que la naturaleza nos ha dotado del sentimiento de la benevolencia, también la razón dicta que al ejercerla seamos sobrado circunspectos, no sea que en lugar de los bienes que nos prometíamos, resulten males. El que por seguir el ciego, si bien generoso impulso de simpatía, se arroja al mar por salvar a un naufrago, sin considerar el riesgo inminente a que exponía su existencia, de la cual acaso dependía una numerosa familia, y las muy provechosas y fundadas esperanzas que de su relevante mérito asimismo se prometía la patria, todo lo cual desaparecería, sucumbiendo por salvar acaso la vida de un malvado, procedería evidentemente contra el principio utilitario; y nadie que tenga sentido común dejaría de condenar su acción, aunque generosa, no sólo como un temerario arrojito, sino como acto muy opuesto a sus más sagrados deberes. He aquí las consecuencias de no querer consultar

ni regirse por el principio de utilidad, y sí por la ciega ley del deber sin someterla a su ilustración.

Atendiéndose al principio de utilidad, hombres muy eminentes en virtudes y saber de la culta Europa y América han levantado enérgicamente su voz hasta alcanzar de los gobiernos ilustrados la supresión, con las más severas penas, del vergonzoso oficio de pordiosear, con cuyo hecho tan irrecusable queda justificado, si otras pruebas no hubiera, el principio de la utilidad, pues reprimiendo el Gobierno la caridad mal entendida, cuya frase sería más propia si dijera mal aplicada, no hizo sino calcular exactísimamente, y comparar los bienes que redundaban en pro de los mendigos por las limosnas recogidas, con los males que a estos mismos mendigos, y a la sociedad, habrían de causárseles con tal práctica, fomentando la holgazanería, y con ella los vicios más vergonzosos inherentes a tan abyecto estado, mientras que quedaban privados del debido socorro los verdaderos pobres e indigentes. ¡Y cómo se echa de ver a leguas que en todo esto brilla eminentemente el principio; y cuánta razón he tenido para decir que “en el ejercicio de la beneficencia debemos proceder con suma discreción para que no suceda que con la más santa intención, con la conciencia más pura, y cuando nos lisonjemos de llenar nuestros sagrados deberes en favor de la mísera humanidad, estemos infringiéndole la más atroz herida! Esta importante verdad se debe en gran parte a los muy útiles descubrimientos económicos, nueva prueba del enlace y recíproco auxilio con que se favorecen las ciencias. Ilustremos nuestras operaciones con tan luminoso principio, cuya acción, a la manera de un reactivo químico, por valerme del sarcasmo que V. le regala, sabrá extraer el oro puro y aquilataado del bien que contenga, libre de toda mancha y escoria. Y he aquí otro motivo de la alarma, pues a su severo ensayo no puede obtener el pase moneda alguna de falsa ley.

A la cuarta y quinta reflexión contestaré, refiriéndome a lo que con sobrada amplitud dejo expuesto en mis anteriores artículos, reclamando aquí solamente algo más de mejor fe y miramiento en el articulista, para que corrija la ligereza con que ha supuesto que quien defiende la utilidad, despoja por el hecho mismo a la acción moral de uno de los elementos absolutamente necesarios para elevarla a tal rango, cual es la libertad moral del operante, que faltaría sin la intención. Tengo la desgracia de que mis impugnadores (pues aunque fui provocado por uno solo a esta polémica, ya tengo que habérmelas con dos: bien que a esto podría decir, si no se me tachase de jactancioso, “a más moros, más ganancia”), decía, pues, que mis impugnadores leen seguramente con demasiada precipitación, o están sujetos a fuertes distracciones, o son de muy corta y escasa vista, o tienen todos estos defectos a la vez, pues pasan por alto mis razones más palpables. Pocas pruebas da por cierto de amar y apreciar la verdad quien observa semejante táctica en sus impugnaciones.

A la sexta reflexión contestaré con mi protesta tantas veces repetida, que yo no defiendo las opiniones de ningún autor sino las mías, según los términos en que las he fijado al establecer la cuestión; por lo demás el artículo nada contiene contra el principio que sostengo pudiendo decirse que está impugnado por sus propios términos, como se ve cuando le refuto con los mismos ejemplos que acumula en defensa de su opinión. Muy chusca es por cierto aquella observación de que la palabra interés (que rigurosamente hablando no es sinónimo de utilidad, y por consiguiente no es la de la cuestión) no le suena sino a dinero, buen vivir, gustos positivos, o cosa que se le parezca. ¡Cuántas reflexiones me sugiere tan paladina manifestación! En primer lugar, estoy por darle a V. las gracias, pues al menos no lo califica de principio corruptor, como lo ha hecho algún otro; en segundo lugar, le diría que no todos tienen un mismo modo de ver y sentir, y que no porque ignoremos el uso de su instrumento, hemos de negar su excelencia y las aplicaciones que de él puedan hacerse a objetos superiores y más complicados: ejemplo, la tabla pitagórica, y si se quiere más simple, los números dígitos, de nuestro sistema numérico, las letras de nuestro alfabeto; y por último, que las cosas citadas lejos de ser malas, y reprochables en sí, son al contrario muy recomendables y cumplen perfectamente con las condiciones de la naturaleza humana y estado actual de las sociedades, y quien diga y defienda lo contrario, o no tiene muy sana razón o lo hace con poca sinceridad.

Si V., Señor *Otro*, se ha dignado prestar alguna atención al contenido de mis artículos habrá notado los muchos pasajes en que digo, y lo prueba, que no sólo los bienes físicos y los goces sensuales son objeto del principio, sino también otros infinitamente más preciosos, así por su propia naturaleza como porque podemos aumentarlos casi a lo infinito, y gozar en proporción, sin experimentar las vicisitudes y turbaciones inherentes a los bienes materiales y goces sensuales. Y no se crea, necesario es volverlo a repetir, para que se inculque mejor, no se crea que tengan en sí nada de reprehensible o reprochable tales placeres, pues como acabo de manifestar, a los que tal despropósito sostienen, bien pudiera acusárseles de solapados hipócritas o de sobradamente ingratos y desconocidos a los infinitos beneficios con que quiso favorecerlos nuestro benévolo Autor.

Doy por contestadas con lo dicho y lo que en mis anteriores artículos dejo expuesto, la 7^a, 8^a, y 9^a reflexión, pare decir dos palabras acerca del contenido de la nota inserta en el mismo precipitado artículo; pero antes me permitirá el Autor le advierta que no se ajusta mucho al cumplimiento de sus deberes, cuando supone lo que de ningún modo se deduce próxima ni remotamente del principio que sostengo. Nada hay más apto para conocer la existencia de Dios, y penetrarse íntimamente de sus pródigos desig-nios, como el procurar conformar sus acciones al principio, porque nada tampoco contribuirá tanto al cultivo de su razón para darse cuenta exacta

de la utilidad inherente a sus acciones y pensamientos. Si todos los lectores fueran jueces abonados, ni esta polémica se habría hecho tan cansada por la repetición de unas mismas ideas, ni habría que temer esos dardos envenenados que con tanta ligereza como falta de lógica se lanzan contra el principio, acaso por herir con ellos de un modo aleve a sus defensores, porque su veneno quedaría embotado; pero hay una porción no pequeña de nuestra preciosa juventud, que aunque estudiosa puede con facilidad sorprendérsela, y extraviarla haciéndosela entender que los hombres deciden de la naturaleza de las cosas; ejemplo: la palabra sensualismo. Se trató de derrocar un sistema completo de filosofía para levantar sobre sus ruinas una escuela flamante que llevase el tipo del siglo XVIII; ya tuvieron buen cuidado los zapadores para conseguir a menos costa su objeto de marchamar a su enemiga con una fea denominación al bautizarla con el nombre de sensualismo como equivalente de materialismo. ¡Qué no inventa la cábala y su hermano el espíritu de partido! Espero se me dispense esta digresión en obsequio de nuestra juventud a fin de ver si se contiene algún tanto el atolondramiento con que se la precipita, advirtiéndole se precava del contagio con que quieren locamente inficionarla: vengamos a la nota.

Confesión de parte, dice un famoso axioma de derecho, releva de prueba. Si V. confiesa que el principio utilitario encuentra prosélitos en la mayor parte de los lectores, que bien pudiera agregar en todo el público, es prueba moral, la más evidente, de que este público, de quien V. con presuntuoso dogmatismo desdeña su voto como profano, no obstante hallarse entre estos profanos quienes pueden dar lecciones en la materia, no sólo al articulista, sino a su gran maestro, a ese ídolo que poco falta para que le erijan su apoteosis, y a toda su escuela, tiene sin embargo el buen sentido de haber encontrado en esto lo que no halla en el que V. le preconiza. Si lo sigue, será porque le inspira mayor confianza el ver que sin ese tono de reserva y dogmatismo, antes con la mejor buena fe, le indica y le ilustra a la vez la senda por donde ha de marchar en el camino de la vida, confiando a su propio cuidado tan precioso criterio de sus acciones, y recomendando lo use con la mayor frecuencia, lo cual sobre hacerle contraer un hábito muy provechoso aumentará las probabilidades del acierto; mientras que encuentra el que V. le ofrece, envuelto en términos tan tenebrosos que no ve en él sino el prestigio de los misterios, aumentado acaso por la misma antigüedad de que V. le reviste para mejor recomendarlo. Esas consideraciones metafísicas que exige V. para que se le comprenda, son a la verdad cualidades que dan necesariamente un resultado *contra producentem*; porque no digo las masas, pero ni aun los pensadores gustan de andar con la tal metafísica a cuestas; y por consiguiente, si tiene V. que lamentar el abandono de los profanos es porque éstos calculan que el buen principio que V. tanto le recomienda, en la más crítica ocasión los abandona a una

desesperada incertidumbre, sin brújula que los conduzca al deseado puerto en el océano de la vida.

Así, pues, si V. busca de buena fe la verdad, me lisonjo en creer que daremos por terminada esta discusión, pero si estoy equivocado, deme V. también por despedido, pues necesito el tiempo que hubiera de emplear en responder a los artículos de V. con poco o ningún provecho acaso, para cumplir las graves obligaciones a que me hallo constituido. Deseo sí, antes de soltar la pluma, darle un consejo que acaso le sea útil sin que le cueste dinero. “En lugar de malgastar el precioso tiempo, que pasa y no vuelve; y de pervertir su razón con la lectura poco crítica y reflexiva de esa cáfila de sofismas y escritores,²⁵ venales unos, faltos de sólida y jugosa doctrina otros, y la mayor parte de mala fe, utilícelo dedicándose al estudio de objetos provechosos que fortifiquen verdaderamente su razón, aumentando la esfera de sus conocimientos, a fin de que algún día pueda contribuir con sus razonados frutos a la ilustración y mejora de su patria”. Entre tanto saluda a V. su affmo., *Francisco Ruiz*.

Septiembre 13 de 1839.

XLIX

MÁS SOBRE LA LEY DEL DEBER²⁶

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, septiembre 22 de 1839.)

Señor presbítero licenciado don Francisco Ruiz:

¿Será posible que ande perdida y mendigando la ley del deber y no la encuentre usted, cuando con ella da cualquier hombre al punto que tiene una intención en la conciencia? Merced a la divina previsión, esta ley se anuncia, primitivamente, a las criaturas libres en ejemplos y casos particulares, presentándose solemne como una aplicación práctica de un modo fácil cuanto comprensible y maravilloso; porque siendo indispensable a todos los hombres, no podía faltarle su conocimiento a ninguno. Así aparece al alcance de todos: como por encanto, de inspiración, a la ingenua niñez y fija después como una antorcha de perenne esplendor; para guía y

25. Debe referirse a Cousin y sus prosélitos. (Roberto Agramonte.)

26. Título de Roberto Agramonte.

norma de la edad madura. Desde la primera intención que hubo en la vida brilló espontánea la luz del deber para juzgarla por buena o por mala: con la primera acción humana pareció intimada la gloriosa noción del derecho.

Sólo ante el análisis hay división provisional de un momento para la intención y de otro momento para la ley de lo justo, por cuanto que, en hecho de verdad, a una llegan juntas y simultáneas la intención y la declaratoria auténtica de que es buena o mala. Recoja usted su meditación dentro de los recintos de su conciencia. Sólo treguas a sus cóleras polémicas y, ya en silencio las pasiones, pregunte allí si asomándosele la intención de agraviarme con la nota de calumniador no oye la voz de una autoridad sagrada, el oráculo de la razón que le reprueba el designio. Pues ¡esa! es la ley del deber. ¿No la conoce todavía? Pregunte al niño candoroso, con aquel sagacísimo de Sócrates, hablando de casos singulares determinados y concretos; interrogue al salvaje, pero sin preocupación sistemática citándole este o aquel ejemplo y ¿a qué se la enseñan?

¡Vaya! Usted figura que no sabe donde está esa ley del deber por no consentir que le doble la rodilla el principio de la utilidad, así, a los ojos de Usted. Con decirle que ese es un capricho de hipótesis me parece que le doy una carta de indulto generoso. Culpa sea del sistema exclusivo de la utilidad y no de Usted.

Ya ví en el *Diario* del 13 del actual la apreciable cita a que se contrae Usted. El honor es mío aquí. Resuelve la cuestión conciliando los dos principios, mas acuérdesese bien de aquellas palabras que si no lo condenan a Usted tampoco son himnos a la supremacía de su sistema utilitario. “Todos han de rendirse a la ley del deber; éste es el primer grado de la cuestión”.

Por lo demás de que no son contrarios los dos principios, si cada uno está en su lugar, y no se quebranta el orden y la armonía de las relaciones, lo acepto con mil amores, tanto y más cuanto que desde el primer día de la discusión pública me expliqué así: “Bueno es que el moralista muestre la diferencia que hay entre las intenciones y los resultados, a condición de que sea para trabajar por establecer en lo posible la ecuación de entrambos términos”.

¡Ojalá que siempre se lograra la armonía! Que en pos de la moralidad viniese el trabajo, tras del trabajo la utilidad y después de otra y otra utilidad la riqueza y bienandanza reinando siempre la justicia poderosa y acatada. A la virtud le está, como de los cielos, la dicha: es en armonía y le pertenece como el oliente perfume a la flor y fama duradera al mérito relevante.

¿Cuándo se reniega del mundo de este nuestro constante compañero? Acá pensamos que la felicidad terrestre resulta, con frecuencia, de los esfuerzos morales y físicos que emplea la prodigiosa actividad humana.

¿Quién había de negar tal programa ni el mérito de los que trabajan en su desempeño para holganza y prosperidad de la especie? Pero si por ir muy olvidada la ventura de este mundo embebecidos los ánimos con la exclusiva contemplación de la bienaventuranza eterna, a punto de estimar, casi como signo de feliz predestinación, la calamidad en la tierra; si por tanto olvido, ardientes campeones levantaron el grito y la bandera de la utilidad hasta perturbar las sólidas creencias de la vida perdurable y del derecho y de la justicia para someterlo todo a la dominación de su tema; si no contentos con establecer la autoridad eminentemente humana de lo útil abatieron, propasados, los respetos debidos a la fe inmortal de lo justo en los ímpetus mal reprimidos de su asolador dogmatismo, llegó la época de la paz, en que dándose por reconocida también la ley del bienestar en la tierra, preciadísimo objeto de pugna y de afanes, señalemos, guardadas las armas del combate, allá en la historia, las exageraciones peligrosas del sistema, cuando, a fuer de militante, se alzó con imperios que no le competían. Todo no es utilidad, hay algo superior a ella.

Confiesa usted la exactitud de las frases: estar a derecho, estar a justicia en contraposición de estar a lo útil, estar a la utilidad. Basta

Seguro que por ahí entra que la utilidad puede renunciarse, pero lo que es el deber ni por pienso. Adelante, vamos bien.

Todo derecho corresponde a un deber y los dos términos armonizan en el plan del orden moral y civil. Si en mí está el deber de pagar una suma, en mi acreedor ha de estar por fuerza el derecho de repetirla. ¿Cuál más útil, el derecho de cobrar, o el deber de pagar? Los juristas, usted lo sabe, apellidan a unos contratos onerosos, a otros lucrativos; ¿tendrán razón...?

Venga el otro término correlativo que armónico responda al de utilidad así como el derecho al deber. ¿Será el perjuicio del prójimo? *Dic mihi et eris mihi magnus Apolo.*²⁷

Así la suerte lo ayude que me diga qué es eso de que la justicia es un ente de razón. ¡Cuidado con los fervores de las hipótesis y después de haber puesto a la justicia como una mendiga de la utilidad y necesitada de su visto bueno! ¡Cuidado!

Ahora, y gracias a la discusión conoce usted el gran secreto de las intenciones en el santuario de la conciencia. Ahora, sí, señor, porque o perdió usted la memoria de los artículos que ha publicado y cuya lectura me recomienda y encarece o son de Usted los siguientes renglones:

“Mi conciencia no me acusa por la ejecución u omisión o por el consentimiento de un acto voluntario y libre, ínterin mi juicio no lo haya condenado como malo, y no lo condenaré mientras no tenga motivo para ello, es decir, mientras no se oponga próxima o remotamente a mi bienestar o felicidad”. (Presbítero Ruiz, párrafo 8º de su primer artículo.)

27. “Dígame, y será el gran Apolo”.

“Todo el que haya saludado la moral sabe o debe saber que la naturaleza de las acciones es cosa muy distinta de su imputabilidad o moralidad. Para estudiar su naturaleza es indispensable observar los efectos y resultados, que es el fruto de la experiencia, se ensayan con mucha escrupulosidad, antes de clasificarlos en la prueba de toque, que es el principio de la utilidad, para distinguir las buenas acciones de las malas y las virtudes de los vicios. Yo apelo a todo hombre de mediano entendimiento si cree que en esto entra para algo la *intención*, con que se ejecuta la acción, o lo que es lo mismo, si la intención es capaz de ver la naturaleza de una acción y hacer que la perfidia, v.g., no sea un crimen”. (Presbítero Ruiz, párrafo 12 de su primer artículo.)

¿Dónde, pues, la calumnia que le he levantado? Esas frases acotadas pardiez que no las he urdido, sino que se le cayeron a usted de la boca en el calor de la polémica. Mas hoy le pesan, en el alma, de haberlas vertido, como a mí también en el trance de recordárselas.

¿Cómo clamando y repitiendo usted que no sigue a Helvecio, ni se hace responsable ni apologista de su sistema tal y según se ha entendido en la escuela oficial de la utilidad, me desafía, al cabo de lo que expuse en el *Diario* de 17 de agosto, a la prueba de que Helvecio pensó que la virtud consistía en el sacrificio del deber al placer? ¿Para qué? Mi proposición se escribió así... “Ponemos la virtud en el sacrificio del placer al deber contra la opinión de Helvecio”. Considerando yo, a par que el género humano, que hay algo superior a la sensibilidad, el amor propio y al interés, algo muy excelente y noble, como lo es sin duda el principio sublime del deber, puesto que dicta holocaustos e inmolaciones de placeres, a nadie se le esconde que protesto contra la menguada teoría de Helvecio. ¿Y qué testimonio más concluyente que esta misma disputa? ¿Qué argumento mayor que la defensa, para mí tan honorífica de la ley del deber que es la ley de Dios mismo, ante quien, según las palabras del amigo mediador, tenemos que rendirnos todos?

Victoria, pues, por la ley del deber y usted siga el carro del triunfo con el principio de utilidad.—B.S.M.—*Manuel González del Valle*.

L

PRIMADO DEL DEBER SOBRE LA UTILIDAD²⁸

POR OTRO
 [JOSÉ Z. GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*Noticioso y Lucero*, septiembre 22 de 1839.)

Señor don Francisco Ruiz:

Doy a usted las gracias por la atención con que se ha servido responder a mi comunicado inserto en el *Noticioso* del 5, aunque considerando ya esas mismas ocupaciones suyas, no se lo dirigí a Usted, ni a señalada persona. Siento que le haya usurpado un tiempo precioso, y tener que robarle aún algunos instantes en esta lectura.

Huí en aquel artículo de las personas y puntos no esenciales, y tengo la desgracia de leer en el *Diario* del 16, advertencias sobre la mala fe, dudas acerca de la sinceridad, reflexiones sobre el atolondramiento con que se precipita a la juventud y el modo cómo se la extravía, con otras frases de que me desentiendo, porque hablo a un semejante mío, y porque bajo el anónimo respeto a un amigo apreciable y antiguo catedrático, cuyo fervor creo tan verdadero y generoso cual lo es en realidad.

1º Objétase a mi primera reflexión que para dar con el deber, necesitamos un criterio, y que éste es la utilidad. De manera que parece estamos de acuerdo en que el canon supremo del deber es la base, y que sólo se trata del medio para encontrarlo, o según dice el articulista, de no divorciar la bondad de las acciones de su utilidad. “El hombre, contestará por mí Silvio Pellico, no puede sustraerse a la idea del deber, ni dejar de conocer su importancia. Está tan inevitablemente adherido a nuestro ser, que la conciencia lo advierte desde que tenemos uso de razón, lo advierte con más fuerza al desarrollarse esa misma razón, y siempre con más fuerza a medida que va desenvolviéndose”. Luego antes de saber calcular las consecuencias, distingue el hombre lo bueno de lo malo. De aquí el derecho natural, las leyes naturales, la conciencia. ¿Qué tratadista, así de Moral como de Derecho, no asienta sobre las bases seguras de las leyes reveladas por la recta razón, el edificio de sus respectivas ciencias? Los salvajes y los niños distinguen lo bueno de lo malo. Las luces dan más tino y certeza a sus juicios; eso no prueba otra cosa, sino que provistos del tipo, ignoramos los objetos a que se aplica, y el error y la contrariedad nacen del modo de ver; pero nunca de la regla que ha de aplicarse. Los hombres no se

28. Título de Roberto Agramonte.

diferencian en cuanto a las verdades primitivas; la mayor parte carece sin embargo de la ilustración necesaria para aprovechar este tesoro, y por eso, a pesar de que para mí, como para Leibnitz, es opuesto el bien al mal, tanto cuanto la verdad al error. Leibnitz por ser sabio, sacando de esa regla eterna mejor partido, verá verdades donde yo extravío. Observando, pues, las intenciones, conociéndolas a fondo, comenzando a penetrar las mías propias antes que las extrañas, califico las obras con relación a su causa; no necesito más. Un niño, que como los niños en general lo sacrificarían todo por satisfacer su curiosidad vehementísima, según observa el famoso Broussais en su libro sobre la *Irritación y Locura*, levanta a mi vista el brazo para golpear a su criada: conténgolo, clavándole la mirada, y le pregunto: ¿eso está bueno...? La ira desarma su brazo, no se atreve a mirarme, se avergüenza y prorrumpe en llanto tan amargo, que yo mismo estimando muy fuerte la represión para un pecho virginal, lo halago para restituirlo a la calma. Hable la experiencia, hablen las madres y contesten si no pasan a cada hora del día de la corrección a la lástima, porque en la edad de la inocencia, en esa edad de oro de la especie humana, no hay réplicas ni cálculos de procomún ni particular cuando se nos acuerda el simple cuanto radioso deber. Hay por consiguiente un criterio natural, que no es la utilidad.

2º Para demostrar que el placer de la virtud, única utilidad que nos deja a veces su observancia, es en buena lógica un resultado cuando más del bien, puse por ejemplo al que impide robar a otro, y este tal no le recompensa, en cuyo caso sólo nos queda el deleite interno de haber ejecutado una acción buena. Expliqué cómo este deleite no causa el deber, sino proviene de haberlo cumplido. “Cuando contribuyo a evitar un daño (así me contesta el señor de Ruiz) que amenaza a un tercero, ejecuto una acción útil, porque sería necesario ser sobrado ciego y obtuso de entendimiento para no percibir que tan preciosa cualidad no sólo es propia de las acciones que produce directamente el bien, sino de las que impiden o alejan el mal”. Mi observación no ha sido contestada, ni a mi juicio entendida, sin que por eso yo le eche en cara a nadie el ser ciego ni obtuso de entendimiento. ¿He negado por ventura que la acción es útil? ¿O al revés, dando por sentado la única utilidad que trae, consistente en la satisfacción de haber evitado un daño, y no argüí por lo mismo haciendo notar que en vez de fundarse la bondad de la acción en el gozo del alma, el gozo dimana de la excelencia de la virtud? Preexistiendo el deber —fue mi argumento— no lo constituye la utilidad.

3º Voy al símil de la luna. Lo bueno, lo bello y lo verdadero tienen entre sí mucha analogía, y lo que se dice del uno respecto a su realidad, se dice también de los otros. Así para aclarar la materia, me pregunté con motivo del ejemplo anterior, si la luna era bella porque me agradaba, o si me agradaba por serlo, coincidiendo con la idea de que la virtud llena de gusto

el pecho, porque es virtud, pero no es virtud porque ocasione ese regalo espiritual. Argúyeseme ahora que la belleza no está realmente en la luna, que en ella no hay sino “una aptitud o disposición de partes que por su relación con el órgano de la vista, en quien reside cierta capacidad, la causa una sensación agradable, según el grado de excitación que produzca en nuestra sensibilidad, la cual afecta más o menos nuestra alma, y es a lo que se le ha dado el nombre de belleza”. Permítaseme disentir grandemente de este juicio, porque se confunden los órganos y motivos indispensables para concebir la belleza con la belleza misma, y porque recuerdo la teoría espiritualista de Kant sobre lo objetivo y subjetivo. A no haberseme mostrado nunca, a no haber conocido alguno de esos cuerpos que desde Adán unánimemente llaman bellos los hombres, a buen seguro que yo no tendría el concepto de la belleza, pero, Señor mío, antes que todo, es indudable que había de tener en sí alguna belleza propia el objeto que despertó en Usted la idea de una perfección, que luego lo verá en la realidad tan acabada como la entiende. Sí señor, la luna es bella, porque lo es, porque así lo creemos Usted, yo, y el mundo entero a quien jamás le pasó por la cabeza que aquella no tiene sino una aptitud o disposición de partes, aunque no hay quien niegue que es en realidad hermosa, pues no lo pareciera universalmente, si no lo fuese. Ahora, si uno pretende descubrir en una flor que tiene en las manos su belleza, ya en las hojas, ya debajo de ellas, algo sujeto a pruebas materiales, yo le diría: buscas lo que huye de tus ojos, porque sólo te es dado concebir firmemente que existe, y poseer cuando más los caracteres externos que te lo revelan... ¿Cómo podrá la belleza depender de una sensación agradable que excita nuestra sensibilidad, afectando nuestra alma? Entonces la belleza es una modificación del sujeto, y diremos que realmente no existe, que soñamos al decir: ¡qué hermosos están el cielo, las flores, las mujeres! ¡Delirio! Lo hermoso es la excitación de tu sensibilidad y su efecto en tu alma; nada fuera de ti hay que corresponda al concepto más hechicero que te diviniza; ilusión y quimera, el hombre es un idólatra de las abstracciones que viven sólo en su fantasía. Y no llamaré ridícula, ni extraviadora, ni de mala fe semejante teoría, porque me acompaña aquella tolerancia que me comunicó mi digno contrincante, cuando desde su Cátedra le vi repetir varias veces *tot capita tot sententiae*.²⁹

4º Respecto a lo de hallarse en todas las lenguas las voces justicia y utilidad, sin haberse jamás confundido, añade usted que eso nada arguye mientras no se le pruebe que hay actos virtuosos que no produzcan o tiendan a producir bienes. Me alegro en primer lugar, de que ya no sólo se cuente con los actos que produzcan, sino con los que tiendan a producir bienes, aunque se me hace recio comprender, no habiéndose verificado la obra, un mero designio de materia o cálculo alguno. El estudio de las len-

29. “tantas opiniones como individuos”.

guas arguye, y mucho pues Usted sabe para enseñármelo a mí, que las leyes y creencias legítimas de la humanidad se imprimen con sello indeleble en el idioma de las naciones, que no es más que un reflejo del pensamiento.

5° ¿Qué quiere decir (se me pregunta) que el bien no puede confundirse con la utilidad, porque la cuestión se refiera a la sustancia, a la esencia del bien y el carácter de toda sustancia es ser idéntica? Aclararé mis palabras, y para ello examínate, lector, que me dispensas atención por el interrogatorio trivial que voy a hacerte. —Tu piensas, quieres y sientes, ¿no es verdad? —Seguro.— Pero estas facultades que andan sueltas, reunidas en ti, ¿te pertenecen? —Me pertenecen. —¿De suerte que uno mismo es quien obra en ti de tres modos?—Sin duda. —¿Y tú ves dentro ni fuera de ti eso que llamas yo, y que piensa, quiere y siente? —No. ¿Sin embargo crees en ti, porque tienes conciencia de esas operaciones? —Mucho que sí, y porque estoy convencido de ser el sujeto de mis facultades. —Ahora bien, tú eres tú y no otro, ¿es cierto? —Ya se ve que sí. —¿Luego no hay otro tú? —Por supuesto. —Luego tu nombre no le conviene a otro que a ti, luego tú eres Pedro y no hay otro Pedro? —¡Quién lo duda! He aquí el significado de las palabras que se denominan ridículas; si ellas lo son, la verdad es ridícula. Un libro, lo propio que un hombre se denomina una sustancia, en el concepto de que las propiedades no forman un compuesto sin unidad, antes son las apariencias o modo de obrar en nosotros las cosas. Lo blanco, lo ligero, lo grande son accidentes incomparables por sí y por eso la inteligencia le pone nombre al sujeto en quien residen que es el sustantivo de los gramáticos: nombre que significa el ser de los objetos, y no algún duende o endriago oculto bajo de ellos. Lo cual no le quita su realidad, bien así como no se le quita a la belleza el no poder decir: aquí está, la sorprendí en las hojas de la flor, en las alas de la mariposa, en los ojos de la mujer, en los cristales del río. El libro que miro es él, y no otro, luego es idéntico. ¿Quién negará por otra parte que la esencia del bien, a que yo me contrahe, no sea casualmente la verdadera sustancia? —Dios mismo es la esencia del bien, del cual se dice en las sacras leyes: “yo soy quien soy”, palabras solemnes que repetían doblando su cabeza venerable Santo Tomás y sus discípulos, y antes que ellos el profundo San Agustín. Por tanto, el bien es idéntico a sí mismo, no es más que bien, y no se refundirá nunca en la utilidad.

6° Hablándose del individuo que sin atender a que deja en la miseria a su familia, se lanza al mar por socorrer a un náufrago, oigamos al señor de Ruiz. “Nadie que tenga sentido común dejaría de condenar su acción, aunque generosa, no sólo como un temerario arrojito, sino como un acto muy opuesto a sus más sagrados deberes”. Me basta saber que se califica de generosa la acción, para separar incontinenti la virtud de la utilidad, esto es, para distinguir las, pues en el sentido que Usted las toma, son diversas

para mí, y no contrarias. nadie llamará injusto, ni inmoral al que se echó al agua sin acordarse de su mujer y sus hijos; antes crece la heroicidad de la acción, siempre que no mediase calculo sobre qué deberes convenía sacrificar a otros más provechosos al individuo. Él será imprudente, habrá ocasionado males, pero no será malo, pues la raíz de la acción, el arranque de su benevolencia es puro, noble y santo.

7º Admito las sabias reflexiones que usted hace acerca del buen resultado que ha producido el examen de las consecuencias que traen ciertas costumbres públicas y privadas, con cuyo motivo alude usted al pordioseo. Convengo en que la caridad mal encaminada origina desaciertos, pero aquí, amigo mío, tornamos a la consabida división de lo útil y lo bueno. La señora que indistintamente socorre a cualesquiera mendigos ejerce, si usted quiere sin discreción, su misericordia pero ¡cuidado! su corazón es justo, su intención piadosa. No obstante, atengámonos a los resultados, aplíquese la que usted nombra regla de oro, y adiós santidad de la intención, cuando es evidente que la obra aumenta la miseria, los vicios, los delitos y da tan amargos frutos. A una le dirán a usted cuantos proceden así: la intención salva, haz bien y no mires a quien, con otros axiomas antiguos cuanto repetidos. No ignoro la excelente misión que le toca desempeñar a la escuela utilitaria, tan segura en economía política, pero conozco a la par que la necesidad de guardar prudencia porque vivimos en sociedad, nace de que el interés fuerza a muchos hombres a dar de mano a su deber; pues según piensa un agudo compañero mío, si el que lleva la limosna cumpliera con su obligación como yo con la mía “tendríamos una armónica unidad de deberes, símbolo y fundamento de una ventura cierta sobre este mundo de prueba”.

8º Que el consagrarse a investigar la utilidad de las acciones propende a que se olvide la intención me parece comprobarlo el período del señor Ruiz que dejo acotado en el párrafo segundo. Allí se expone que el evitar un daño es útil, de suerte que si es útil, es bueno, y el provecho de la obra me santifica aunque mi designio no fuera noble. ¿Me equivoqué, pues, en mi otro comunicado, cuando aseguré que la suerte, desprendidas las acciones del sujeto, eran un quid bueno o malo por sus consecuencias fatales? Entregad los hombres al deber, y no se quedarán sin brújula, porque nada nos es más íntimo que nuestras intenciones, nuestra voluntad, nuestra inteligencia. Lo que pasa en el espíritu, sus actos y sus operaciones las sabemos al punto y de una manera infalible, se puede decir. Incapaz de negarle a la humanidad elemento alguno, aprecio muy de veras a lo útil en su campo. Las artes, la industria son su más brillante apoteosis, la moral misma le debe bastante, pero en ella, esto es, en la ciencia de lo bueno, ocupa un puesto secundario, más movido y terrenal que el deber.

9º Mejor fe y miramiento se me manda tener, para que corrija la ligereza con que demostré que el principio de lo útil induce a no tener en

cuenta la intención, indicándose de paso que sus impugnadores son precipitados y de escasa vista. Dócil a la advertencia, por venir de persona tan respetable para mí, encontré, leyendo de nuevo el primer artículo del señor Ruiz, fecha tres de agosto, las siguientes expresiones. “Yo apelo a todo hombre de mediano entendimiento, si cree que en este entra para algo la intención con que se ejecuta la acción”. La frase no puede estar más absoluta. Entra y mucho, pues basta acordarse del ejemplo de la beneficencia indiscreta. ¡Qué! ¿Será mala la persona que no mira a quien socorre? ¿Será inmoral? Nada de eso. En vano el economista me demostrará los daños que acarrean las inclusas; ¿será por eso una criminal la señora que con ferviente y cándida piedad favorece la institución? Responda cualquiera.

Me contraeré, por conclusión, al consejo con que me honra al terminar el señor Ruiz. Le agradezco por el buen deseo, si bien noto un fondo de amargura contra autores que no le han hecho daño, hartamente intolerante ¿Por qué denominarlos sofistas y venales? Cuando me siento tan pequeño y veo que mi nombre no sólo no se mienta fuera de mi patria, pero ni aun salva las paredes de mi casa, juzgo merecido este silencio sepulcral acerca de mi insignificante persona. Del mismo modo, cuando contemplo la gigantesca altura de esos colosos, cuyos escritos allá en Europa pregonan sin cesar la fama, cuando observo que su nombradía pasa los mares y no cabe en dos mundos, me doy a creer que tantos hombres no sueñan y que esa nube de alabanzas e improperios que rodea a algunos sabios, anuncia legítimamente la llegada del Genio. Al consejo, pues, que se me da, yo añado este otro de Silvio Pellico, y recibo dos. “Ten siempre la generosa intención de creer verídicos a los demás, y si ellos no te conceptúan tal, no te encolerices, bástate el que lo seas a los ojos de aquel que lo ve todo”.—*Otro*

LI

PRIMADO DE LA UTILIDAD SOBRE EL DEBER³⁰

POR FRANCISCO RUIZ

(Diario de la Habana, septiembre 28 de 1839.)

Señor doctor don Manuel González del Valle:

Seré muy breve en mi contestación a su artículo del 22 del corriente, porque considero que nuestro juez, el público, se halla sobradamente ilustrado con los antecedentes que existen para fallar en nuestro debate, haciendo justicia a quien de derecho le corresponda, y no debemos abusar de su complacencia con largas y fastidiosas repeticiones de unas mismas ideas. Usted ocurre al niño y al salvaje, para demostrarme la existencia de la ley del deber. Ya le he repetido a Usted hasta el fastidio, que el sentimiento de la justicia, de la benevolencia, así como el de lo bello, de lo verdadero, y otros a este tenor; nos son congénitos e inherentes a nuestra misma naturaleza, y constituyen las que llamamos facultades, pero las ideas adquiridas en virtud de tales sentimientos o facultades, ya sean en el orden moral o en el intelectual, son hijas de la observación y la experiencia. Por eso, si interpele al niño y al salvaje, según el método socrático que Usted me recomienda, lo que encontraré examinando sus creencias será que tendrán unas acciones como buenas y otras como malas, según que hayan observado que las unas les causen constantemente provecho y las otras daño: prescindir de este criterio dado por la misma naturaleza es exponerse a incurrir en mil absurdos y extravíos; ¡cuidado! que estas no son hipótesis, sino verdades deducidas de la misma observación de la naturaleza. Si el niño, por el estado de su razón, está en capacidad de conocer que el herir a un semejante suyo, v.g., es malo, es porque su experiencia, como lo he demostrado, nadie lo rechazaría aún cuando faltase la demostración, le ha enseñado que semejante acto le causa un daño, muy pronto conoce por mil signos exteriores si ha o no habido intención y ánimo deliberado de ofender; y por consiguiente distingue el daño voluntario del casual e indeliberado, así como discierne muy bien cuando se le corrige con razón o sin ella, por las verdades o supuestas faltas que se le atribuyen; ¿y qué otra cosa es esto sino distinguir el bien del mal moral por sus efectos? Tan cierto es que la naturaleza de una y otra idea derivan inmediatamente de la relación que hay entre el hombre y las cosas. Por eso, tanto el niño como el salvaje, aunque aprueben y soliciten con ansia siguiendo el bello instinto de la

30. Título de Roberto Agramonte.

benevolencia se le dé de comer a un hambriento, porque saben que es la acción que puede libertarle de la pena que sufre, como ignoran por su inexperiencia y falta de observación el peligroso efecto que le produciría un excesivo alimento que saciase su hambre devoradora de una sola vez, se exponen con la mejor intención a privarle de la vida, y verle perecer con lo mismo que le han administrado para conservar su existencia. Esto agregado a lo que con más amplificación dejo expuesto en mis anteriores artículos, creo que baste y sobre para corroborar mi aserto de que los sentimientos instintivos nada nos enseñarán, antes bien son peligrosos sin la luminosa guía del principio utilitario.

Pasemos ahora al artículo de nuestro ilustre compatriota a que Usted se contrae inserto en el *Diario* del 13 del corriente. Le permito se cargue Usted en cuenta o se adjudique el honor que le cabe por haber dado ocasión con su cita de que nos ilustre con tan luminoso papel, pero no porque se incline, como Usted lo supone, en favor de su opinión; muy de otro modo lo considero yo, y veamos cuál de los dos tiene razón. Usted, con cierto aire de triunfo me pone de manifiesto la proposición que dice aquél: “que todos han de rendirse a la ley del deber: éste es el primer grado de la cuestión“. Y ¿por qué en lugar de apresurarse Usted a deducir de un modo prematuro, “que tales expresiones no son himnos a la supremacía del sistema utilitario”, no continuó transcribiendo la exposición y desenvolvimiento de esta proposición. ¿Por qué en lugar de truncarla para fraguarse una salida cuando ninguna se le ofrecía, variando para esto su sentido, si no por malicia al menos por escasa inteligencia, no agregó él ¿y por qué? lo que inmediatamente sigue? “Aquí está el segundo grado de la cuestión porque así lo pide el orden”. 3º ¿Y qué quiere decir el orden? Las leyes de la naturaleza y del hombre en que se cifra la armonía del Universo y de la Humanidad. 4º ¿Y a qué se encaminan estas leyes? A asegurar el bien general o llámese utilidad de la especie hasta con detrimento del individuo? ...

¿Se dará Usted ahora por convencido de que la primera proposición lejos de atacar al principio utilitario, comprueba antes bien que los deberes o sea la ley del deber ha de pasar por su criterio? Si tan palpable demostración no basta para convencerlo, si todavía se mantiene Usted renuente a la evidencia de tan sólidas razones permítame copiarle otros pasajes que hacen no menos a la cuestión y confirman lo que acabo de demostrar. Después de haber expuesto mi precitado amigo con la claridad y rigor lógico que tanto lo distinguen, el verdadero sentido de las proposiciones de su antiguo elenco a que se contrajo Usted, continúa expresándose con cierto desenfado que tanto adecua a su ilustrada ingenuidad. “Ahora, pues, seamos francos, dice, ¿se oponen estos principio a la doctrina del señor Ruiz? ¿O no se ve antes bien que la naturaleza misma nos fuerza a probar el deber en el crisol de la ventaja general? ¿Cómo puedo yo saber lo que es deber, si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta exigencia de

las circunstancias en lo que se cifra el orden y concierto del mundo moral? ¡Qué! ¿Por ventura la humana naturaleza no tiene leyes como toda la naturaleza? Luego la ley del deber, lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad, encuentra en éste su más firme apoyo. La una es el precepto, el otro es la teoría. En resolución, los artículos de Ruiz son el comentario legítimo de la doctrina de Valle". A tanta claridad de doctrina, como rigor lógico de exposición no le queda a Usted otro recurso, según mi humilde entender, que ceder el campo o portándose con verdadero espíritu filosófico, darse por satisfecho y convencido con tan sólidas demostraciones, porque es evidente que para aspirar al glorioso timbre de filósofo, es necesario cumplir con el deber de sacrificar ese pequeño amor propio, y los sentimientos innobles que de él derivan en las aras de la verdad. Bien veo que se destruye aquella ilusión que Usted se había formado de que las explicaciones del señor de Luz inclinaban la balanza a su favor. Yo, al contrario, tengo tal convicción de que todo el contenido de su artículo se halla en tanta armonía con las ideas expresadas en los míos, que no dudo un momento en cubrirme en la honra de adoptarlas y defenderlas como propias, exponiéndome acaso a que se me tache de inmodesto. Y si no cumple a los deseos de Usted esta prueba evidente en que estoy de que lejos de destruir dicho artículo el principio de la utilidad lo comenta e ilustra patentizándose así toda la profundidad y excelencia de su doctrina, podemos dirigirnos a su mismo ilustre actor para que en obsequio de la ciencia amplifique algo más sus pensamientos. Contestando a la observación que me hace Usted sobre las frases que apruebo y considero como muy exactas de estar a justicia, a derecho, y no a lo útil, me refiero a lo que dejo expuesto en mi anterior artículo, por lo que respecta a la pregunta que hace Usted de ¿cuál es más útil el derecho de cobrar o el deber de pagar? Respondo que ambas cosas son útiles, porque si útil es y muy útil que se me satisfaga un crédito o deuda cumplida, por los bienes que esto me produce, también es utilísimo al deudor cumplir religiosamente su compromiso, no sólo porque así no se le perjudicará ni molestará con el rayo de la ejecución sino porque conservará su crédito, que sin disputa vale mucho más que el dinero, y su honra y buena reputación que no tienen precio.

Le he hecho a Usted títere que llame yo a la justicia mientras no es efectiva, ente de razón. Hace muchos siglos tuvieron a bien los filósofos clasificar con tan exacta designación aquellas ideas que existen en nuestra mente sin tipo en la naturaleza, y no vaya Usted de aquí a inferir que admito yo ideas que próxima o remotamente no resulten de nuestra sensibilidad, supuesta la facultad de entender.

Le diré a Usted por última vez, que en vano se empeña insistiendo en querer demostrar que prescindo yo así en la formación de la conciencia, como en la imputabilidad de los actos, morales, de la intención. Respecto al primer párrafo que Usted copia de mi primer artículo, descubrirá todo

imparcial que lo lea sin prevención, que expongo con la claridad que me ha sido posible, el modo cómo se forma la conciencia, y que ésta, por una ley forzosa de nuestro mismo entendimiento ha de consistir en un juicio recto o erróneo según lo había demostrado ya el docto jurisconsulto Heinneio. Permítame Usted le interpele si puede concebirse la formación de un juicio sin intención. Respecto al segundo párrafo copiado, todo hombre de sana razón advertirá y aprobará la exacta distinción que con los más recomendables moralistas he debido hacer del criterio a que debemos atenernos para calificar de buenas o de malas, de virtuosas o viciosas las acciones, y de lo que no podemos prescindir para que sean imputables estas mismas acciones, que su naturaleza no cambia a voluntad de los individuos, es cosa tan resabida que nadie me perdonaría la impertinencia si pretendiera demostrarlo. ¿Y quién no sabe asimismo que para que se repunte como moral una acción ha de preexistir deliberación y libertad del operante? Por eso le dije a Usted en mi anterior artículo a propósito de esto mismo, que en mis expresiones se encontraba envuelta la intención, si no de un modo explícito, implícito como lo manifiestan sus términos. Ahora me hará Usted la justicia de creer que fue muy recta mi convicción cuando calificué de calumniosa la aserción en que suponía Usted con terco empeño, que prescindía ya así en los juicios que constituyen la conciencia como la imputabilidad de las acciones, de la intención del operante. Bien pudiera acusarle de otra falsa imputación con que Usted me regala, cuando supone que hago a la justicia mendiga de la utilidad, porque digo con mucha justificación, que “la ley del deber ha de tomar el visto bueno del principio utilitario antes de ordenar la ejecución de sus actos, si no quiere exponerse a incurrir en mil absurdos y extravagancias”. Nadie que tenga sentido común, según creo, deduciría de estas premisas aquella conclusión, y mucho menos cuando viese que desde mi primer artículo dejo establecido que la suprema utilidad es la justicia, y en el último que usando de una formula matemática hago la siguiente ecuación equivalente a mi anterior idea: más utilidad = justicia: menos utilidad = injusticia.

Si he procurado exigir a Usted que llevase a debido efecto la manifestación de la tesis en que Helvecio sostenía que “la virtud consiste en el sacrificio del deber al placer”, es porque me he creído con un derecho inconcuso para ello, y por consiguiente ha debido Usted satisfacer mi legítima reclamación. Ni se diga que tal pregunta no podía hacerla desde que renuncié defender al autor y su doctrina porque mi objeto, o para hablar con más rigor, mi intención, al hacer tal pregunta, no fue defenderla, sino anotar este error más entre los otros que se le escaparon, caso que Usted me lo hubiese puesto de manifiesto en los términos que legítimamente se deduce de la proposición que ha querido Usted reproducir en el artículo que contesto; al fin y al cabo Usted no la presenta; no me lleve pues a mal le apunte este otro renuncio parecido al que le cogí cuando con tanta confianza y

seguridad afirmaba que la obra del *Sistema de la Naturaleza* era de Helvecio. Desengáñese Usted, doctor mío, mientras no tengamos el ánimo a prueba de hacer una paladina manifestación de nuestros errores y equivocaciones, mientras nuestro amor propio hablando más alto que nuestra conciencia nos impida decir *peccavi*,³¹ abstengámonos de proclamar que prestamos servicios a la Filosofía, y contribuimos al progreso y mejora de la humanidad. Sus verdaderos sacerdotes, marcándonos con el dedo, nos acusarán de intrusos, exponiéndonos así a ser arrojados con vilipendio hasta el vestíbulo de su sagrado templo.

Usted habrá notado que paso por alto varios párrafos de su artículo, contra mi modo de discutir, dicho sea para gloria de Usted y confusión de mi menguada inteligencia. Por más vueltas que he dado a las frases, no me ha sido posible comprender su verdadero sentido. Ya me guardaré de calificarla de trivialidades, aun cuando así me hubiesen parecido, no sea que contengan profundas verdades a que yo no alcanzo, y me exponga a despreciarlas. Antes de concluir permítame sí una pequeña demostración de mi natural ingenuidad en aconsejarle se conduzca con alguna mayor reserva en eso de proclamarse vencedor a grito herido, pues al público toca, y no a las partes interesadas discernir quién haya alcanzado la corona del vencimiento. Es cuanto por su bien le desea su afectísimo, *Francisco Ruiz*.

Habana, 25 de septiembre de 1839

31. "reconozco mi culpa".

OCTUBRE



LII

UN TERCERO EN DISCORDIA ENTRE DON FRANCISCO RUIZ Y DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, EN LA CUESTIÓN DEL PRINCIPIO UTILITARIO Y DEL DEBER EN ABSTRACTO

POR EL EXPERIMENTALISTA

(Noticioso y Lucero, octubre 2 de 1839.)

Para dar a esta cuestión la claridad que requiere, se debe dividir en cuatro. Primera: si lo bueno y lo útil son una misma cosa. Segunda: si el hombre tiene en su razón natural una guía para seguir el bien y evitar el mal moral, o lo que es lo mismo, el conocimiento de sus deberes. Tercera: si el hombre en su conducta privada debe tomar por objeto su utilidad propia o el bien general. Cuarta: si una vez establecidos los principios generales de moral, se deben seguir sin modificación ni concesión alguna a las circunstancias que medien.

Tratadas estas diferentes cuestiones y mezcladas en globo como si solamente fuesen una, que es lo que les ha sucedido en la polémica de dichos señores, presenta seguramente una gran oscuridad y por consiguiente mucha dificultad en su ventilación; mas examinadas una por una y con la separación que exigen las grandes diferencias que tienen entre sí,

parecen bastante sencillas sobre todo si se agitan con el objeto de que produzcan verdaderas prácticas.

En la primera cuestión, si examinamos lo que es bueno, parece imprescindible que sea útil, porque si no es útil, ¿para qué es bueno? Y si es útil es preciso que sea bueno para algo; por consiguiente la bondad y la utilidad, esto es, tomando estos conceptos en su sentido más lato y abstracto, sin relación a ninguna circunstancia, ni caso particular, se confunden, son sinónimos.

En la segunda cuestión, esto es, si el hombre tiene o no en su razón natural una guía o impulso para procurar el bien y evitar el mal moral, y que sólo necesite entregarse de buena fe a este impulso para aceptar, diremos que si de tal don gozarse, apenas necesitaría de educación, ni de ejercicios morales, ni de larga experiencia propia y ajena para atinar en el sendero de su conducta; pero desgraciadamente, si es verdad que el hombre tiene una inclinación al bien y aversión al mal moral, es de una manera tan abstracta e indeterminada que de nada le sirve en la práctica; muy al contrario, si se entrega a sus impulsos sin mucha reflexión, por mucha abnegación propia y conocimientos adquiridos, caerá a cada paso en mayores desaciertos y crímenes, pues las pasiones nos hacen parecer bueno y acertado lo que las lisonjean, y no podemos ir contra lo que ellas nos dictan sino en fuerza de las nociones adquiridas por la experiencia. ¿Qué se hace entonces de los deberes abstractos? En la tercera, a saber, si el hombre debe tomar por el fin de su conducta el interés propio o el bien general, cuestión que no ha sido poco agitada en todos los siglos, expondremos que siendo el discernimiento de la utilidad general sumamente difícil, si no es ya imposible, por los grandes conocimientos que se requieren así de los principios generales como de las aplicaciones y modificaciones necesarios en cada caso particular, y también los de la mutua acción y reacción de diferentes y a veces opuestos principios, y la gran dificultad de hacer las aplicaciones con acierto práctico y mucho más si a esto se agrega la falta de cooperación de los demás, pues el hombre por lo general es mucho más inclinado al egoísmo que a la benevolencia, parece pues que es más acertado que cada uno diga su interés particular de que puede juzgar mejor que ningún otro y en que puede poner los medios más adecuados y con las modificaciones que pidan sus circunstancias. Pero teniendo siempre a la vista los miramientos y caridad que debemos a nuestros semejantes, sería muy de desear que se procurase adelantar la moral, en lo que sea susceptible en esta humilde senda en la que estamos todavía tan atrasados, en vez de aspirar a esas elevaciones y sublimidades metafísicas, que por demasiado rambicadas nunca tendrán influencia en la práctica.

La cuarta, reducida a si debemos modificar los principios generales de la moral según las circunstancias en su aplicación a la práctica, cierto es que sería un loco el mecánico, el físico, o el químico que pretendiese llevar

al cabo en sus operaciones los principios abstractos de la ciencia, sin atender a las resistencias ni a las modificaciones de los otros principios. ¿Y por qué no ha de suceder lo mismo en las ciencias morales? ¿Quién, por ejemplo, dejará de salvar el honor de una mujer, o la vida de un hombre y aun alguna otra cosa de mucha menor importancia, por no decir alguna mentira? Aun a los mismos huéspedes de San Dionisio se les podría poner en libertad y encárgasele de los negocios de la vida como antes de su demencia, si tuvieran la condescendencia de modificar sus conceptos por extravagantes que sean, según lo requieran las circunstancias. De modo que lo que se llama locura no tanto consiste en la propiedad o impropiiedad de los conceptos como en la obstinación de aplicarlos sin las modificaciones de los casos y lugares.

LIII

PRIMERA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN¹

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO²

(*Diario de la Habana*, octubre 3 de 1839.)

“Quidquid latet apparebit
nihil inultum remanebit”.³

Del Oficio de Difuntos

Hasta el fastidio tendrá el público refutación del eclecticismo, cual lo propone el señor Cousin, sin necesidad de nuevos estímulos que me inciten a tomar la pluma. Y no así como quiera, sino será refutación en forma, y siguiéndole paso a paso, según he prometido a la juventud estudiosa, y según lo reclama de derecho el estado mismo de la cuestión. Hay asertos terminantes por una y otra arte; es necesario, pues, entrar en las probanzas.

En tal coyuntura no alcanzo cómo ha creído el traductor de los párrafos de la Advertencia de Cousin a sus *Fragmentos*, insertos en el *Noticio-*

1. Título de Roberto Agramonte. En el original: “Filosofía. A Tulio”.

2. Anónimo (Roberto Agramonte).

3. “Se sabrá todo lo oculto, nada quedará sin castigo”.

so de ayer;⁴ apoyar con un simple relato de la varia fortuna que en el mundo ha tenido el sistema, las doctrinas que le constituyen. No ha pretendido tanto el mismo autor; puesto que nos dice expresamente, allá en otro lugar del prólogo, que no ha tenido a bien trasladar el atinado traductor: “Yo no discuto, sólo refiero. Hago reseña de los escritos más notables a que ha dado margen la última edición de los *Fragments*, absteniéndome de juzgarlos”.

Sin embargo, el autor ofrece interinamente una respuesta a sus diversos adversarios, “mientras se le presente la ocasión de intervenir en la polémica y explicarse a su sabor sobre las objeciones que le han llegado de los distintos puntos del horizonte filosófico”.

¿Por qué no nos ha regalado el traductor con la parte de discusión que hay en la *Advertencia*, y que hacía mucho más a su propósito y al nuestro, que no la otra de mera y no pura relación? ¿Qué es esto, amigo mío? Querer y no querer: tantear el vado y no pasar el río: decir algo y no decir lo bueno: en resolución, sonar y no empeñar el lance.

Mire, por Dios, que me han venido ganas de embonarle, que le viene pintiparada, la famosa cuanto aprobada receta de aquel gran médico de los enfermos literatos: *Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam viribus. Et versate diu quid ferre recusent, quid valeant humeri*.⁵ Pero como nada hay en este pícaro mundo que no tenga su buen por qué, parece que a V, entre asustado y arrojado, un poquito de cada cosa, *eclécticamente*, hubo de sucederle lo que a los muchachos que huyen despavoridos al acercarse al maniquí que ellos mismos han puesto en pie para su diversión y recreo. ¡Ojalá hubiera V. traducido toda la *Advertencia*, que entonces el mismo público, sin necesidad de refutación, se hubiera burlado de las doctrinas y pretensiones del maestro!

Pero ya se hará algún día, i y con la debida cuenta y razón.⁶ Entre tanto, vamos a analizar únicamente los párrafos sueltos que V. ha vertido, y empleemos para ello un estilo estudiadamente árido y hasta matemático, si se quiere, para no incurrir en la nota de declamador con que tan gratuita como contradictoriamente regala el señor Cousin a sus más graves adversarios, a aquellos mismos a quienes en otro lugar de su *Advertencia* declara por el primer pensador de Europa (Schelling) y por el primer crítico de la época (Hamilton).

Primeramente, al que lea la larga nómina de filósofos que se han ocupado del eclecticismo, le parecerá, según las palabras del relator, que han sido

4. Se alude al artículo del 16 de septiembre de 1839. Véase al final de éste la fecha en que se escribió (Roberto Agramonte).

5. “Los que escriben deben elegir un asunto adecuado a su capacidad, y examinar constantemente que es lo que pueden y lo que no pueden emprender”. (Horacio, *Arte poética*.)

6. Alude a la *Impugnación a Cousin*, que cierra el volumen III de las *Obras* de Luz de la B.A.C. (Roberto Agramonte).

otros tantos factores de su sistema, y es tan cierto que él mismo estaba tan penetrado de la impresión que haría en el ánimo de los lectores, cuanto a renglón seguido se apresura a advertirles no crean que son himnos a su gloria los que han entonado Wendt, Bekkers y Schelling en Alemania. Y sin pasar adelante ¿por qué no ha tenido a bien el señor *Tulio* traducir el período que precede a lo que se ha designado publicar? Dice así: “séame lícito empero recordar, en pocas palabras, así como lo hice respecto a la edición de 1826, la viva polémica suscitada por la edición de 1833. Esta segunda polémica ha dejado muy atrás a la primera, pues ha entrado en el fondo de las cosas, etcétera.” Tenemos, pues, en resumidas cuentas: 1º Que hubo polémica animada al principio y animadísima a la postre; 2º Que más abundan los antagonistas que los partidarios del eclecticismo; 3º Que aquéllos no son declamadores, sino de los primeros espadas de la república literaria: así que resultan más los contrarios en cantidad y calidad, y es un nuevo modo de contar éste de tener por triunfos los descalabros. Pero yo de intento en mis impugnaciones, y consiguiente al espíritu que me dirige de pensar siempre por mí mismo, no había querido nunca citar autores en corroboración de mi sentir; mas ya que vosotros los eclécticos dáis tanto peso a la autoridad, aquí tenéis una lista de adversarios, y aún se publicarán algunas de sus impugnaciones para vuestras delicias.

1º En Francia⁷ misma, Lerminier, Broussais y toda su escuela, Azäis y los dos Comtes, uno directa y otro indirectamente, sin contar con algunos de la escuela espiritista, *inter-quos* el célebre Vinet.⁸

2º En Alemania... el mundo entero; en la tierra predilecta de Cousin, en la tierra de la erudición no creen ni en la posibilidad siquiera de un eclecticismo.

7. En Francia sería difícil acotar el número de opositores; viene a engrosarlo toda la falange de sabios en ciencias naturales, quienes al principio se sonreían tranquilos —y soy de ello testigo ocular— de los esfuerzos de la nueva filosofía, propalando a las claras que estaba calculada para la incauta juventud, a quien le pasaría ese fervor tan luego como estuviera mejor instruida: he aquí el motivo por qué la gente de pro en aquel país dejaba a los eclécticos el campo suyo, confiados en que caerían por su propio peso; pero envalentonados al fin de que no les hicieran caso, se atrevieron a lanzar sus proyectiles contra los fuertes poseedores de la verdad, que los toleraban en la ciencia.

Entonces fue cuando algunos de éstos hubieron de agobiarlos con todo el poderío de sus conocimientos y su dialéctica. A la perniciosa tendencia que daban los eclécticos a los estudios, alude después en 1832 el célebre Secretario de la Academia de Ciencias, Arango, cuando se lamenta “del brillante barniz superficial con que los estudios puramente literarios cubren casi uniformemente a todas las clases de la sociedad, dejando siempre traslucir una supina ignorancia de las grandes leyes del universo, que son la mejor salvaguardia contra las preocupaciones...”

8. Este es ginebrino; y ya que estamos en Suiza nos encontramos allí con el señor Troxler, que ha puesto a raya no sólo a Cousin, sino a D'Eckstein, y a algunos otros más o menos relacionados en opiniones.

cismo verdadero o formal, y esto los de la escuela sensualista como los de la idealista: Wendt, Bekkers, Schelling, Gruppe, Schleiermacher, el traductor de Platón; Savigny, el gran jurisconsulto. De suerte que en Francia ha tenido amigos y enemigos, pero en Alemania sólo enemigos. En Suiza, *idem per idem*, que yo sepa. En Italia, de unos y otros. En Inglaterra lejos de hallar eco, ha encontrado su muerte en esos artículos de la *Revista de Edimburgo* publicados por el famoso Hamilton y que traduciré, aunque sea en extracto, para satisfacción del público habanero;⁹ y en los Estados Unidos, después de contar y cantar tantas victorias, nuestro Víctor confiesa que la “Filosofía en América se halla siempre un poco bajo el peso (abrumador) del artículo de la *Revista de Edimburgo* de 1829.”¹⁰ Artículo admirable, añade, y que pone muy alto a su autor, pero cuya conclusión poco encubierta es que “la Psicología y la Lógica son las únicas partes de la Filosofía, y que más allá es menester saber dudar y conformarse con ignorar”. Es decir, que Hamilton se resiste, como yo, a la Ontología; no que niegue la Física, ni ninguna de las ciencias experimentales, como falsamente le atribuye después Cousin, pues para éste quien niega la Ontología, niega a Dios, al hombre y al mundo, pues como la Ontología es la ciencia del ser; quien niega el ser, todo lo niega.

*Risum teneatis?*¹¹ ¡Conque porque rehuse un hombre remontarse a los espacios imaginarios, porque rehuse dar realidad a lo que no la tiene, porque quiera ser de veras filósofo, no admitiendo en su creencia, como decía el padre de la moderna filosofía, sino lo que esté demostrado, se le trata de escéptico, ridículo, de negador de la materia y del espíritu!

Pero sigamos con los reparos que me ocurren tan sólo acerca de los párrafos con que nos ha regalado nuestro *Tulio*; porque si fuera a exponer cuantos [contiene] toda la *Advertencia*, sería materia de un volumen, pues en dicha *Advertencia* es donde más entrega la carta el fundador del eclecticismo. Y nótese aquí el arte con que este militar aguerrido hace mérito de todos los servicios por él prestados, aún cuando no sean relativos a la filosofía, no olvidándose de llamar la atención muy señaladamente acerca de sus escritos sobre educación, en cuyo punto ninguno más dispuesto ni primero que yo en mi país, para hacerle la justicia que se merece, como

9. Parece que no llegó a traducirlos, pero véase un resumen crítico en la pág. 424 y sigs. y en la pág. 562 y sigs del volumen II.

10. “Ya he citado este artículo en el prólogo de la segunda edición de los *Fragmentos*; lo recuerdo con sumo placer como un modelo de crítica. Un escritor francés *M. Peisse* (ya escampar y lueven guijarros) ha reproducido con un talento que le es peculiar las objeciones de la *Revista de Edimburgo* en varios artículos del *Nacional* y señaladamente en los números de 23 de septiembre y 29 de octubre de 1833”. (Nota del mismo Cousin.)

11. “¿No os da risa?” (Frase famosa del *Arte poética* de Horacio).

puede verse en el *Informe sobre el Instituto Cubano*,¹² donde le llamo “uno de los hijos más distinguidos de la ilustrada Francia”, habiendo después, a mayor abundamiento, traducido cuanto dice sobre organización de Escuelas normales¹³ para que sirviese de pauta entre nosotros. Pero ¿a qué traer a colación, a propósito de los progresos del eclecticismo, el aplauso que obtuvieron en América sus trabajos sobre educación, materia de todo punto independiente de los sistemas de filosofía? Porque se ha tratado de abultar y amontonar testimonios, vengan o no al caso, para deslumbrar y hacer que los incautos tomen por verdaderos triunfos hasta las derrotas. No pretendo que se proceda así de mala fe, pero sí con ahínco tan sistemático como ciego, que no ve ni quiere ver más que el ídolo de sus pensamientos. En esos mismos renglones tiene el lector otra prueba de ello. Dice el señor Cousin que la *Miscelánea* que publica Ripley en los Estados Unidos está formada *exclusivamente* de autores franceses, cuando el mismo editor anuncia su propósito en estos términos (pues por acá tratamos de ver las cosas con nuestros ojos, no contentándonos con que nos las digan, sobre todo cuando los tienen algo turbios los que quieren servir de guías; y a fe que no nos ha ido mal con este plan); “Ya el editor de estos volúmenes ha anunciado el objeto que se había propuesto al publicar una serie de traducciones de los más célebres autores, así *alemanes* como *franceses*...”. Luego la *Miscelánea* no es *exclusivamente* francesa. Y en otro lugar, no como quiera hace reseña de los autores franceses como alemanes que se propone por traducir, sino hasta ofrece una lista circunstanciada de las obras que ya se están traduciendo; resultando mucho mayor el número de las alemanas que el de las francesas. Entre estas últimas se hallan algunas de Cousin, Juoffroy, Guizot y Benjamín Constant; y entre aquéllas varias de Herder, Schiller, Goethe, Wieland, Lessing, Jacobi, Fichte, Schelling, Richter, Novalis, Uhland, Körner, Holtv, Menzel, Neander, Schleiermacher, De Wette, Olshausen, Ammon, Hasse y Tuesten. Cuatro autores franceses, y la friolera de veintiún alemanes; veremos si después de esta suma se afirma todavía que la colección de Ripley es exclusivamente compuesta de autores franceses. Por no fastidiar a los lectores más de lo que deben estarlo, no agrego a continuación el largo catálogo de las obras alemanas mencionadas. Séame lícito entre tanto advertir que no es mi ánimo, no digo decidir, ni siquiera insinuar acerca del mérito respectivo de los escritores de ambas naciones escogidos por Ripley para su colección:¹⁴ sólo se ha tratado de probar que ésta no era meramente francesa; estando yo tan lejos de dar importancia a cuestiones críticas de este género, cuanto que ni

12. En el volumen IV de las *Obras* de Luz de la B.A.C. (Roberto Agramonte.)

13. En el mismo volumen (Roberto Agramonte).

14. Tampoco pretendo decir que Ripley sea indiferente a la doctrina de Cousin, cuando le es notoriamente harto inclinado; pero esta cuestión no viene al caso.

hubiera jamás tocado la tecla de los argumentos de autoridad, si el mismo Cousin y sus partidarios no hubiesen tratado de representar nada menos que naturalizado en todos los climas aquel mismo sistema que en la mayoría ha encontrado la más viva y tenaz oposición, y no por parte de los declamadores sino de los hombres más profundos y de lógica más rigurosa, según confiesa el mismo caudillo en los términos más paladinos, llamando a Schelling el primer pensador, y a Hamilton, por su admirable artículo, el primer crítico de la época. Aquí está la táctica constante de los eclécticos, o llámense pasteleros de las ciencias: destruir en una página lo que se edifica en la otra. ¡Hombre de Dios! ¿en qué sentido llamáis *admirable* el artículo de la *Revista de Edimburgo*, cuando después de desmoronar vuestro sistema, os dice: “miramos la tentativa de Cousin de establecer una paz general entre los filósofos, con la promulgación de su teoría ecléctica, *as a signal failure?*”¹⁵ Y nótese que lo *admirable* del artículo no puede aplicarse a las flores del estilo, porque ni las tiene, ni las debe tener; su brillo consiste en una lógica tan leal como rigurosa; en un análisis tan estrecho, que ni deja respirar a su adversario; y en un género de composición que más bien pecará por árido que por exornado. Luego no puede llamársele admirable sino en el sentido concluyente; y si es concluyente, ¿a dónde va a parar vuestro sistema? Si después de confesar que es admirable, pronunciarais el debido *peccavi*,¹⁶ entonces sí que os haría eterno honor aquella exacta calificación. Los quilates de la ciencia se miden como los del diamante: *Quanto piú é sodezza, tanto piú lo splendore*.¹⁷

Yo podría aprovechar esta coyuntura para informar al público del dilema con que pretende Cousin responder a sus adversarios de diversos colores, pero sobre no querer molestar más a los lectores con cuestiones que no son de la índole de este periódico, he prometido tratar *ex professo* la materia en un libro destinado a ella expresamente. Quiero por ahora contraerme a lo que brindan tan sólo los párrafos que se ha dignado traducir el señor *Tulio*. Volviendo, pues, a la cuestión del momento, diré que, aún suponiendo que el ecléctico hubiera reunido más simpatías de las que ha excitado en el mundo filosófico, esta circunstancia no basta a decidir de su destino. La primera cuestión cuando se examina un sistema o doctrina es preguntarse si se ajusta o no a los dictámenes de la razón, y no si ha tenido o no séquito en el lugar de su nacimiento, o fuera de él; que será cuando más de una cuestión de segundo orden, o de mera curiosidad. Sería lo más ridículo del orbe, después de dar un hombre sus demostraciones claras, terminantes, y al alcance de cuantos pueden juzgar en la materia, se le

15. “como un señalado fracaso”.

16. “He pecado”.

17. “Cuanto más es la solidez, más es el esplendor”.

preguntase: “¿Y quién lo dice”? En las ciencias, como decía Abelardo en unos versos latinos recién publicados por el mismo Cousin, no debemos ocuparnos en el *a quo dicatur*,¹⁸ sino en el *quid dicatur*.¹⁹ ¿No afirman los señores eclécticos que la razón es *impersonal*? Pues lo dice la razón, y no hay más qué pedir para la demostración. Por eso yo jamás he combatido el eclecticismo diciendo que lo han impugnado en otras partes, sino impugnándolo yo mismo hasta sin saber muchas veces lo que decían en otras partes. Antes bien, el haber llegado mis ideas a oídos de algunos amigos, ha sido causa de que hayan venido a mis manos muchas obras en que se combate el eclecticismo. No quiero decir con esto que desdeño la opinión de los demás; pues soy hombre por el contrario que llevo hasta el extremos la máxima de oír a la otra parte, haciendo caso a los niños lo mismo que a los ancianos cuando se trata de discurrir: *non a quo, sed quid dicatur*;²⁰ repitiendo con nuestro Abelardo. Y aún no para aquí: pues tal es mi ahínco por hallar la verdad, que tengo por costumbre estudiar la materia más bien en los autores contrarios que no en los favorecedores de mi opinión; así es que quien juzgase de las mías por los libros que poseo, se equivocaría de medio a medio, pues apenas cuento uno que otro autor sensualista, al paso que están plagados los estantes de la flor y hasta de la escoria de los idealistas y de los eclécticos. Recuerdo a este propósito —y hace más de veinte años— que habiendo llegado a mi noticia la publicación de una obra con el pomposo título de *Imposibilidad del sistema astronómico de Copérnico y de Newton*, insté vivamente a mi antiguo maestro y eterno amigo el señor Varela para que la leyésemos juntos, a pesar de la repugnancia que él sentía, asegurándome de antemano que todo ello tenía visos de una solemne charlatanería, y eso que la obra resultó ser (cosa que ignorábamos al principio) nada menos que del célebre literato Lemercier, miembro del Instituto de Francia. Salió efectivamente verdadero el pronóstico de un hombre que ya era veterano en esto de pulsar a los escritores; pero yo con el candor de la juventud decía: “siempre he adelantado dos cosas: la una, convencerme experimentalmente de cuán conveniente es examinar las obras, a ver si el interior del edificio corresponde con la fachada; y la otra, que ya podrá desengañar a los jóvenes que se hayan dejado deslumbrar con tales sofismas”. Por supuesto que yo no esperaba que pudiese conmoverse tan fácilmente una fábrica bien sentada como el sistema de Copérnico y de Newton; pero tenía una verdadera ansiedad por conocer los motivos que habían inducido a otro hombre a pensar de distinto modo al mío. Así oigo a cuantos hablen, pero no admito, aunque sí explico —o procu-

18. “quién lo dice”.

19. “qué dice”.

20. “no quién lo dice, sino lo que dice”.

ro explicar— todo cuanto digan. Aquí está mi bandera, aquí está mi luz y aquí está mi salvación. Si el eclecticismo se hubiera limitado a este oficio, entonces sí que habría merecido, a justo título, el distintivo de la profundidad y moderación en todo y por todo. Pero examinemos directamente sus pretensiones, y veamos de qué lado está la razón, y de cuál las declamaciones. Dice Cousin que el argumento principal contra el eclecticismo se reduce al siguiente silogismo: “Los principios de los diversos sistemas son a veces contradictorios, se excluyen: luego no es posible reducirlos a un solo sistema”. Argumento incontestable, y mucho más si se reflexiona que un sistema nuevo se introduce en la ciencia cabalmente a resultas de no poder seguir con el antiguo; de forma que la muerte de éste es una condición indispensable de la existencia del primero: de otra manera sería un sistema un efecto sin causa. Porque partiendo el hombre siempre de los hechos bien o mal observados para formar sus teorías, que no son más que explicaciones de los mismos hechos, se sigue que andando el tiempo, o ya observaba mejor los hechos conocidos, o ya descubre otros enteramente nuevos; entonces, pues, se ve precisamente forzado a cambiar, o cuando menos a modificar sus antiguas doctrinas, que no eran más que la expresión de lo que hasta entonces sabía. Pero se dirá: hay hechos que ensanchan la esfera de nuestros conocimientos sin destruir por eso las doctrinas recibidas; y así es la verdad. ¿Pero sucede lo mismo con todos? ¿No se descubren otros por ventura que han echado por tierra todo lo establecido? ¿Y cómo puede haber en esto ningún género de conciliación? La misma respuesta que da Cousin al argumento pondrá más de manifiesto la imposibilidad absoluta de la realización de su sistema. Oigámosle: “El argumento estriba en la confusión de dos cosas muy distintas, a saber, el estado en que halla el eclecticismo los principios de los diversos sistemas, y aquel a que los reduce antes de emplearlos”. Luego el eclecticismo tiene que reducir esos principios, tiene que amoldarlos, tiene que hacerles decir, a lo menos, a algunos de los dos, lo que no dicen, para poderlos conciliar; luego el eclecticismo es *constructor* y *suponedor*, no historiador fiel, ni expositor exacto; luego presenta en hostilidad lo que ya estaba en paz, para llevarse el lauro de haberla establecido; luego finge un fantasma para tener la gloria de derrocarlo. Esto es lo que hace, y esto es lo que se ve forzado a hacer para sacar adelante sus pretensiones. A la prueba; hela aquí en las mismas palabras del caudillo. “Es cierto que los encuentra en tal hostilidad y contradicción, que no puede servirse de ellos. Supongamos v.g. (en el ejemplo muere, porque ésta es la muerte de las absolutas) que un sistema defiende este principio: *todas las ideas vienen de los sentidos*, y otro sistema: *ninguna idea viene por los sentidos*. Claro está —confiesa él mismo— que en ese supuesto, no hay medio de combinar estos dos principios”. ¿Cuál es, pues, la vara mágica con que pueden amoldarse? Forzosamente del análisis ha de resultar uno de ellos verdadero y el otro falso; porque como haya tan solo

una idea que se adquiriera por los sentidos, estaba en el error el que sostenía lo contrario: tiene pues, que abandonar su sistema. Luego ni aún el sistema que demostrase que unas ideas se adquieren por los sentidos y otras no, podría ser un verdadero conciliador, sino un destructor de uno o de los dos. Esto en cuanto a las consecuencias forzosas de las premisas asentadas. Vengamos ahora a las gratuitas suposiciones que hace Cousin para dar colorido de verdad a su sistema. Se atreve a afirmar (¡valor es menester!) que el eclecticismo ha encontrado la cuestión en este estado, a saber; de una parte aseverando que todas las ideas venían de los sentidos (falso, falsísimo). Después de Aristóteles, que refutó a Platón en esta parte, jamás se ha puesto ni ha podido ponerse la cuestión en tales términos: eso es pintar como querer, para ostentar el papel de conciliador y legislador de la ciencia. Y si esto es cierto desde el tiempo de Aristóteles, ¿cómo se atreve el señor Cousin a aseverar que el eclecticismo nacido, mejor diré abortado ayer, encontró la cuestión en ese estado, máxime después de haber escrito Locke, Condillac, Kant, Fichte, Destutt-Tracy? ¿Quiénes son los que en el siglo XIX han sostenido que las ideas de color, de magnitud, de distancia, de figura, de resistencia no se ganan por los sentidos? ¿Quién no sabe que la dificultad sólo se ha cifrado en las ideas de espacio, de tiempo, de causa, de sustancia? Aquí, y sólo aquí la divergencia de opiniones; aquí y sólo aquí es donde entra cada sistema a explicar el fenómeno, sosteniendo uno que esas ideas las tiene *a priori* el entendimiento, y el otro que se adquieren en virtud de las mismas impresiones. ¿Es éste o no es éste el estado de la cuestión? Respondan los hombres de buena fe. Tan cierto es que ni puede ser otro, que el mismo Cousin y su escuela han tenido que abrazar forzosamente uno de los dos partidos, volviéndose espiritualistas; y ahora se palpará bien a las claras por qué he sostenido que “el eclecticismo de la nueva escuela francesa no sólo es un sistema falso, sino imposible”.²¹ Por consiguiente, lejos de haber establecido la paz, ha quedado más encendida la guerra entre los sensualistas y los ecléticos, no siendo para los primeros esta denominación más que otro lema con que aparecen los mismos adalides, y bajo las mismas banderas. Desde que existe la filosofía, no ha habido una idea más quimérica que el malhadado eclecticismo. Así no hay arbitrio: o están en el error los que sostienen que todas las ideas se adquieren por medio de los sentidos, o lo estarán los que sostienen que algunas y no todas. De suerte que para conciliarnos hoy necesitaríamos un nuevo eclecticismo que compusiese al eclecticismo actual con el sensualismo del día. ¿Y qué otro medio de entenderse puede haber sino el que haya más razones de una parte que de otra? Por consiguiente, se excluyen los dos sistemas, y no pueden menos de excluirse. No hay más medio que el triunfo de

21. Véase la proposición primera del Elenco de 1839, p. 25 (Alfredo Zayas) y volumen II de las *Obras* de Luz de la B.A.C. (Roberto Agramonte.)

uno sobre las ruinas del otro; no pueden vivir simultáneamente dos sistemas cuando cada uno de los dos está reducido a una idea fundamental, a su más simple expresión. Mientras se vean en un sistema diversas partes o distintas ideas, puede haber esperanza y aún posibilidad de transacción, pero reducido a una sola contradictoria con el otro, ¿qué partido resta? Entrar el uno a reemplazar al otro. ¡Los dos juntos, compuestos, avenidos y arreglados! ¡Qué delirio! *Ethiopem accipis dealbandum!*²² Multipliquemos los ejemplos para poner la cuestión al alcance de los más bisoños e imperitos. Descubre Copérnico al verdadero sistema universo; y viene ahora Tolomeo o sus representantes (que es lo mismo para el caso) reclamando todavía un lugarcito para su hipótesis, y tratando a Copérnico de hombre díscolo y exclusivo porque no quiere consentirlo. Preséntase entonces un tercero en discordia, un eclético, un Cousin, ofreciendo componer a ambas partes diciéndoles: “Vosotros convenís en que tales son las apariencias; y así ambos habéis tenido razón, el uno en sostener que se movía el sol, y el otro en que se estaba quieto; porque el sol *parece* moverse, y la tierra *parece* estarse quieta”. Pero señor Conciliador —de nuevo exclamaría Copérnico— en lo que V. trata de arreglarnos jamás hemos andado discordes; pues Tolomeo y yo convenimos en que tales son las apariencias, o los fenómenos, pero él sostenía (y aquí está la contradicción irreconciliable) que las apariencias eran las realidades, y yo que las apariencias son contrarias precisamente a las realidades. Mejor dicho: después de mis demostraciones es cuando se han distinguido las apariencias de las realidades. ¿Cómo puede haber conciliación en los dos sistemas? Él dice que la tierra está quieta, yo afirmo que no cesa de moverse; él dice que el sol está en movimiento, y yo pretendo que no cambia de sitio; él dice que las estrellas están enclavadas en los cielos y yo digo que andan todas sueltas por el espacio. Pero sois un exclusivo, si no admitís —me redarguirán— siquiera una parte de mi sistema, la parte de verdad. ¿Y dónde está esa parte de verdad? Si tratáramos de cosas diversas, norabuena; empero reducido el sistema a si se mueve o no la tierra, ¿cómo ha de ser verdad que se mueve y no se mueve simultáneamente?

Otro ejemplo: dividían los físicos antiguos los cuerpos en graves y leves; descúbrese el peso del aire, y viene abajo aquella división. Pero el eclético dice: tanta razón tenían los antiguos en afirmar que era leve el aire como los modernos en sostener su gravedad; de modo que no era un error la levedad del aire. Pesa y pesa mucho este fluido; pero los antiguos no tuvieron ocasiones de conocer esta propiedad, por cuya razón todo lo más que se puede hacer es disculpar el error o falsa idea de los antiguos, pero de ningún modo sustentar que pueden conciliarse sus doctrinas con los nuevos descubrimientos. De lo contrario nunca podría decirse que ha-

22. “Es como convertir lo blanco en negro”.

bía preocupaciones, porque todas las primeras ideas de los hombres deberán tener su parte de verdad; y entonces es enteramente inútil el eclecticismo, pues los hombres no tanto difieren en cuanto a los hechos, como respecto a la explicación de los hechos, que es lo que propiamente constituye sus opiniones. Los antiguos, lo mismo que nosotros, no sentían sobre su cuerpo arrobos de aire; de modo que en este hecho estamos de acuerdo, teniendo cualquier hombre por insensato a otro que se atreviera a sostenerle que estaba sintiendo el peso del aire. El error pues, está en la opinión de tener al aire por leve; y hay una oposición tan marcada entre el punto de vista actual y el antiguo, cuanto que éste ni podía reducir fenómenos al parecer diversos a una misma clave general. ¿Cómo no sabía el antiguo que el fenómeno tan vulgar de flotar un pesadísimo madero en la superficie del agua, era enteramente análogo al del ascenso del humo por el aire? Nada más sino porque ignoraba el peso de este fluido; una vez hecho el descubrimiento cambiaron totalmente sus ideas en la materia, hubo una revolución extraordinaria en la ciencia; vinieron abajo todas las doctrinas recibidas, forzosamente derribadas por los nuevos datos.

Tercer ejemplo. El agua se eleva en las bombas porque la naturaleza tiene horror al vacío, decían los antiguos; grande aprieto en el que se hallan los fontaneros de Florencia mediando el siglo XVII, visto que al llegar el agua a los 32 pies, no hay forma de hacerla subir más, a pesar del horror de la naturaleza al vacío; acuden a Galileo, el primer físico de la época, quien comenzó a dudar del horror, y a vueltas de reiteradas conferencias con su discípulo Torricelli, descubre este último al huésped con quien hasta entonces no se había hecho la cuenta: esto es, la gravedad y resorte del aire. ¡Tan cierto es que el entendimiento necesita primero tropezar con los hechos para después caer en la cuenta! Que venga ahora el horror querellándose de que le han espantado, no dejándole ni un huequecito ese aire tan exclusivo, que todo lo quiere para sí. Yo los compondré a Vds —clamará algún ecléctico—: démosle una parte del fenómeno al horror, y la otra quedará para el aire en plena y tranquila posesión. Me opongo —clama una voz potente, que resultó ser la de Isaac Newton—:”Me opongo que no deben admitirse más causas para los fenómenos sino las verdaderas y que basten para explicarlos”. “Apoyo ese dictamen tan sensato, salió otra voz, que a la cuenta vino a ser un renombrado aristotélico: porque *entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*.²³ ¿Está por ventura en nuestra mano dar lugar a un antiguo sistema en el nuevo cuando la misma naturaleza nos ha revelado su secreto?²⁴

23. “no se deben multiplicar las cosas más de lo necesario”.

24. Por no molestar más a los lectores, no nos internamos en el campo de la moral y de la historia, donde resaltaría más la imposibilidad de aplicar el eclecticismo en los términos propuestos por su fundador.

Por eso dije a los ecléticos que no han sabido formarse una idea de la ciencia. ¿Qué? ¿la ciencia puede ser como los negocios políticos, o individuales, que admiten transacción y conciliación? No en vano apelan los ecléticos a la política para explicar su doctrina, y comparan al legislador de las naciones con el de la ciencia, oyendo uno y otro las pretensiones exageradas de los partidos. Y aquí está el medio con que han alucinado. Pero no hay paridad. En la ciencia no hay legisladores como en política; el hombre no es más que ministro e intérprete de la naturaleza; ésta es la legisladora, a él no le toca más que observar y recoger sus leyes. Por eso decía el gran Bacon que a la naturaleza no se manda sino obedeciendo. Mágicas, electrificadoras son para la humanidad, y muy señaladamente para la generosa juventud, las palabras conciliación, imparcialidad, justicia para todos; y en esta parte confesemos que si han faltado al fundador del eclecticismo los elementos para dar cima a un nuevo sistema, le ha sobrado talento para saber tocar ciertas teclas, que bien pulsadas siempre corresponden en el corazón humano, y esto prueba hasta la evidencia, que hubo un plan, una intención profunda *une arrière-pensée*²⁵ en la promulgación de esta nueva doctrina, o nueva máquina para trabajar a la gente del siglo XIX y sobre todo a la gente francesa. *Tantae molis erat GALLICAM RECONDERE gentem!*²⁶

Diga ahora el señor Cousin, poniendo la mano sobre el pecho, si puede hacerse lo mismo en filosofía que en política; la ley de la filosofía es la ley de la naturaleza, y la ley de la política es la ley del hombre. Se instará todavía que en filosofía hay opiniones: a lo que contestaremos que sobre ellas no decide ningún legislador, sino los hechos; luego no pueden a un tiempo reinar dos verdades acerca de una misma materia. Muchas pueden ser las explicaciones, pero una sola es la verdad, exclusiva, privativa, sin dar lugar al error; sino a otra verdad; pues las verdades no contradicen a las verdades. Que evite el señor Cousin, si puede, la severa lógica de este resultado; y clame y reclame cuanto quiera, por la dolorosa operación a que él mismo se ha sometido y dado lugar con sus exageradas pretensiones. Quiso poner en el potro del tormento a los que están en posesión de la verdad; pero éstos, como más fuertes que él (no porque todos los sean naturalmente, sino porque aquélla da energía hasta al más débil y menguado), deshaciendo tan mal compaginadas ataduras, le aseguraron a él mismo con sus propios lazos, *y bon gré mal gré*²⁷ no ha podido esquivar, no ya la operación —que esa nos deja con vida— sino la destrucción de su pretensora cuanto mal concertada doctrina, que incapaz de resistir la tiente del análisis, ha

25. “una segunda intención”.

26. “¡Tan difícil era volver a engañar a los franceses!”

27. “de buen o mal grado”.

quedado desmoronada entre las manos mismas del operante. *Proh dolor!* Sí, *proh dolor!*,²⁸ y duéleme de veras, por tener que impugnar a un sabio, a quien tanto venero por otra parte, cuyo estilo tiene para mí un encanto especial, cuyos trabajos históricos aprecio como el que más, cuyos esfuerzos por la educación pública nunca serán bastante estimados y agradecidos; pero a quien ni mi razón ni mi conciencia me permiten seguir como filósofo. Ve aquí, pues, juventud querida, el ejercicio de la tolerancia hermanado con el de la justicia: la primera disculpa no aplaude los errores; la segunda los reprueba, pero los explica. El hombre puede disponer de sus afectos, no de sus creencias.

Este es el eclecticismo como lo entiende y debe entenderlo nuestro siglo; y así es como lo siente un hombre a quien hasta los triunfos dolerían, si los alcanzara en la presente polémica. Porque no siendo un vano amor propio, sino un sentimiento de muy otro linaje quien ha puesto la pluma en mi mano, llenaría de más pura y colmada satisfacción mi espíritu la idea de que en mi suelo patrio se hallaban tan arraigadas las buenas doctrinas, que no habían podido prender las deslumbradoras, a despecho de su brillantez y prestigio ¡Cuánto más honroso para la juventud de nuestra patria ser tenida por los sensatos en concepto de sólida y profunda antes que de ligera y alucinada! ¡Pues yo no titubeo entre mi honra y la honra de nuestra patria! ¿Qué no será cuando median su honra y su provecho?

Habana y septiembre 17 de 1839.

LIV

IMPORTANCIA DE ESTA POLÉMICA SOBRE MORAL UTILITARIA²⁹

POR AURELIO

(*Diario de la Habana*, octubre 6 de 1839.)

Señor Editor del *Diario de la Habana*:

Tratándose hoy en este papel una cuestión de las más importantes y transcendentales que pueden ocurrir en moral y legislación, no es extraño que todos o por los menos los que tienen siquiera una chispa de espíritu

28. ¡Qué pena!

29. Título de Roberto Agramonte.

público, se sientan con vivos deseos de tomar parte en ella y de contribuir con su caudal, sea el que fuera, a poner si es posible tan claro como la luz del día el resultado que se busca. Yo, pues, como uno de tantos interesados en hallar la verdad, y creyendo realmente que la poseo, no puedo ser indiferente ni permanecer neutral en el campo de la discusión promovida; así que voy desde luego a entrar en ella animado del mejor deseo de no equivocarme, y de que si estoy en el error, se me saque de él demostrándome lo cierto, y como no pretendo seguir una polémica en que se hable eternamente sin alcanzar el fin que se proponen los hombres racionales, mi primer cuidado se cifrará en entender y que me entienden, y aun más todavía, en que no se pueda dejar de entenderme.

No se necesitan grandes esfuerzos mentales para vislumbrar que la cuestión de que hablo es la de los utilitarios y sus diametrales opositores, y pues que una de las muchas manzanas de discordia que se quieren encontrar en el terreno de la utilidad es precisamente esta palabra, entendiéndola cada uno según mejor cumple a su sistema, viene de molde para fijar su sentido el siguiente pasaje de Victor Cousin, cuya autoridad no podrán negar sus discípulos que son antiutilitarios natos. Dice, pues, así refiriéndose e impugnando a Epicuro: “No podéis prescindir de la virtud sin que las contradicciones y las miserias del placer os esperen; el cuidado de vuestra utilidad personal os ordena, pues, la virtud. La moral social como la moral privada tampoco está fundada sino en la utilidad; la sociedad es un contrato, ella no se sostiene sino porque las dos partes contratantes observan el contrato. ¿Y por qué lo observan? Porque tienen interés en observarlo. Tal es según Epicuro, la base única del derecho. ¿Le objetaréis vosotros que en muchos casos una de las partes contratantes tiene interés en no observar el contrato? Epicuro respondería, que si la una de las partes contratantes no considera más que el placer del momento, el provecho inmediato, ello violará el contrato; pero que si considera el porvenir; verá que necesita observarlo en muchos más casos que violarlo, y por consiguiente se impone un sacrificio momentáneo que está en su interés mismo, de modo que la utilidad personal enseñaría aún la virtud. Bien respondido, pero aun no bastante bien, señores; sí, cuando hay un porvenir y contingencias ulteriores; pero ¿cuándo no hay porvenir, cuando se trata de violar el contrato o de perecer? Poned a quien queráis entre un deber y la muerte, ¿cuál es aquí el porvenir; cuáles las contingencias reservadas, cuál la base del cálculo del interés personal? Pensad en que no hay otra vida, nada de otra vida, y la muerte al instante mismo, ningún porvenir de ningún género, ni en este mundo ni en el otro; se trata o de violar el contrato o de perderse sin recurso. Sí, pues, para observar o violar el contrato no tenéis otra regla que vuestra utilidad, sea en lo presente, sea en lo porvenir; es claro que entonces violaréis legítimamente el contrato”. Es claro, digo yo, también, que los que siguen las doctrinas de este maestro no pueden restringir la palabra utilidad, limitándola a lo más material y grose-

ro, sino que por precisión han de admitirla en el sentido extenso que las lenguas le han dado, y queda por consiguiente eliminada de la contienda en esta parte, aun sin traer una multitud de pruebas que nos presenta el lenguaje mismo a cada paso.

Y contrayéndome a lo sustancial de la cuestión y del párrafo transcrito de mister Cousin, para que no se diga que me desentiendo de sus razones, ¿quién no ve que en su argumento se halla desligada una hipótesis, tanto más peligrosa para los incautos cuanto más oculta? ¿Puede por ventura llegar el caso de que una de las partes contratantes tenga que elegir entre el deber y la muerte, sin que la otra haya violado antes el contrato? Si una y otra lo cumplen exactamente, no cabe duda en que no es posible que cualquiera de ellas llegue a ponerse en el extremo que supone Cousin, y si por el contrario alguna de las dos lo viola, el compromiso de la otra está disuelto, ningún deber la obliga, y no hay ni puede haber elección entre aquél y la muerte. De aquí es que el argumento de mister Cousin se desvanece a la luz aun de los principios del mismo Epicuro, y que no tiene fuerza ni contra los ateos ni moralistas. Por otro lado, y siguiendo el sistema de aquel antiguo filósofo, es bien seguro que el mismo si viviera se levantaría contra los argumentadores que intentan combatir sus principios con la violación misma de ellos; es evidente que si los individuos y las naciones cumplieran exactamente los preceptos de aquel sistema, jamás podría comprometerse el bienestar de ninguno, no habiendo infracción de ninguna especie, que es la única que puede producir semejante efecto, y se vería entonces la virtud realizada en la práctica, sin embargo de que el móvil de cada uno fuese su interés personal. Y en verdad que debíamos darnos el parabién de ver obedecido el deber universalmente, mas bien que de tributarle estéril culto en teoría; yo creo además que acostumbrado el hombre a considerar su bien, su provecho y su felicidad unidos inseparablemente a los de la sociedad entera, no podría menos que hacer causa común con ella, y mirar siempre el bienestar de ésta como el suyo propio. Considerado el sistema de Epicuro bajo este punto de vista, es a mi entender muy recomendable e incapaz de ser refutado.

Y si esto es verdad respecto a un sistema que toma por base la utilidad personal, ¿qué no diremos de aquél que adopta y propone la general, la máxima, la mayor posible? Éste sin duda exigirá muchas veces los más grandes y heroicos sacrificios, porque nunca atiende sólo al bien personal, sino que sanciona éste siempre que acompañe o no contradiga el general el que constituye el orden y la armonía del mundo social, porque en este así como en el físico, hay un orden determinado por las relaciones verdaderas de las cosas. Los que gustan mucho de lo metafísico tienen aquí un campo en que dar utilísimo pábulo a esta especie de pasión.

Este género de utilidad es el que yo busco cuando se trata de moral o legislación, y así se ve que no pienso en erigirme defensor de Epicuro

ni de ningún otro antiguo ni moderno. Los antiutilitarios atacan el principio en general, niegan que por él deba buscarse la moralidad y la justicia; ellos no combaten a éste o el otro escritor en particular, ni admiten el sistema siquiera en parte. Aun los eclécticos que profesan la máxima de la conciliación, no han querido ser consiguientes a ella en cuanto a los filósofos utilitarios, y se pronuncian absolutamente contra el sistema que siguen éstos. Debo, pues, hacerme cargo de la cuestión ni más ni menos que como quien defiende no tan sólo la variedad, los matices con que en opinión particular haya revestido lo fundamental del sistema, sino como el que profesa y defiende el sistema mismo, prescindiendo del diferente color que haya tomado en la mente de los diversos cultivadores. Pero no se crea por estos preliminares que yo pienso en meterme a discutir largamente la materia, sino que les anticipo consultando la claridad, y para ser consiguiente al objeto que me he propuesto de ser bien entendido.

Los argumentos de los contrautilitarios muy a menudo adolecen de falta de análisis, y así para contestarlos basta someterlos al crisol de un buen examen. Con frecuencia hallamos en sus objeciones un efecto tomado por causa, o atribuido a la que no la ha producido, una especie de *quid pro quo*³⁰ o cosa semejante, que trastorna el orden y las consecuencias legítimas de los antecedentes u observaciones con que pretenden apoyar su opinión. Se dice, por ejemplo, que la virtud debe seguirse porque es virtud y el deber porque lo es, no porque aquélla y éste produzcan necesaria y naturalmente bienes. Y entonces preguntaría yo: ¿cuál es la razón, el fundamento, el motivo que tiene la inteligencia humana para calificar de virtud o deber a las cosas a que se aplican estas palabras? ¿Cuál es la guía que nos conduce a hacerlo o no hacerlo? ¿Qué es lo que observamos en las acciones para afirmar que son virtuosas o que constituyen un deber? ¿Lo sabemos acaso por inspiración? Entonces la moral no es una ciencia, sino un resultado o un compuesto de tendencias instintivas. ¿Y quién es el profeta que viene a revelarnos semejante doctrina, y cuál la autoridad con que se presenta para que le creamos bajo su palabra? No creo que ninguno lo pretenda, y en este caso ¿qué regla nos darán los del opuesto partido para calificar rectamente lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio, el deber y lo que no lo es? Y si subimos al origen de la palabra, o lo que es lo mismo, al de las ideas que dieron ocasión a éstas, ¿quién no concibe que las primeras son anteriores a las segundas, y que por lo mismo el hablar de aquella manera es realmente tomar el concepto abstracto de la palabra por la cosa misma? La virtud y el deber se llaman así y deben cumplirse por la calidad de los objetos a que se dan estos nombres, ¿y cómo se determina esta calidad? ¿qué es lo que la constituye? Si

30. "una cosa por otra".

no lo es el bien o bienes que produzcan ¿qué podrá serlo? Díganlo los enemigos del principio utilitario.

Pero donde más se conoce la equivocación, la falta de análisis, es en los ejemplos que proponen para hacer ver que la utilidad acompaña algunas veces a la maldad de las acciones. Ellos no examinan si lo útil, en semejantes casos, es o no consecuencia natural y necesaria de la acción o hecho, sino que les basta verle unido o en relación con ésta para atribuírselo y afirmar que hay acciones útiles al paso que injustas. Buenos testigos de esta verdad nos presentan los artículos publicados recientemente en este *Diario* y aun en el *Noticioso y Lucero*. Si los partidarios del sistema de la utilidad dijieran que es buena toda la acción capaz de producirla, aunque accidentalmente, entonces probarían algo contra ellos los tales ejemplos, pero cuando según sus principios aquella calificación no la merecen sino las que producen la mayor suma de utilidad posible, o lo que es igual, las que la producen como una consecuencia suya natural y necesaria, es evidente que no pueden citarse aquéllos como comprobantes y que hablando con exactitud, son ejemplos muy fuera del caso. Si un hombre satisface una cantidad que debía, o generosamente la regala a un infeliz necesitado para que socorra sus miserias, y éste en lugar de emplear aquel dinero en tan útil y digno objeto, lo malgasta en vicios o en consumir una perversidad ¿diremos que el acto de justicia o beneficencia que proporcionó los medios de quebrantar el deber, fue causa de su infracción? Es verdad que ésta proviene indirectamente de aquél, pero de ninguna manera es efecto suyo natural y preciso, sino de las circunstancias en que se encontró el infeliz socorrido, que lo indujeron a hacer mal uso de lo que estaba destinado a objeto más digno y benéfico. Así el hurto que comete el labriego que se encuentra en un bosque el bolsillo perteneciente a un poderoso, ni es una acción útil por su naturaleza, ni el beneficio que se supone produjo es consecuencia suya necesaria, sino de las circunstancias en que se hallaba su perpetrador, las cuales le inclinaron mas bien a convertir el dinero en el socorro de sus necesidades que a emplearlo en el vicio o en la maldad. Si por el contrario, el dichoso labriego hubiese sido un jugador, y destinado en consecuencia el bolsillo a la suerte de los naipes, ¿dónde habrá ido a parar la utilidad del hurto? No existiría, sin duda alguna, porque no es el hurto quien la produce, sino la calidad de la cosa en que el dinero se empleó.

Cierto es que con tales argumentos bien se podría defender que el juego es útil, pues el jugador puede ganar y aplicar su ganancia a objetos muy benéficos, pero a fe que ni la economía política, campo adonde se quiere desterrar el señorío de la utilidad, ha sancionado nunca semejante principio; y tan lejos está de ello, como que le condena sin apelación. Ha hecho muy bien, porque el juego produce natural y precisamente consecuencias dañosas, y si alguna vez no lo son, es porque como en el hurto del labriego, no provienen en realidad de él, sino de otras causas o circunstancias. Lo

mismo cabalmente diríamos del caso del asesino que curó a su víctima, pero creo excusado detenerme en explicaciones que están al alcance de cualquiera con sólo poner en uso el análisis con alguna atención, así, pues, pasaremos desde luego a otro punto que es el principal y más importante de los que me propongo por ahora.

He citado sin querer la economía política, y he dicho que a su esfera tan sólo se pretende limitar el dominio de lo útil: esto a primera vista parece muy sencillo y nada contrario a la índole de la ciencia, pero cuando se advierte que las verdades reconocidas en una no pueden estar en contradicción con las que sanciona, y por supuesto los axiomas económicos no pueden oponerse a los morales, diferente es el juicio que formamos, y con sobrada razón, porque de esto se sigue sin la menor apariencia de duda, que las consecuencias, aun las más remotas, de los principios de la economía social, no deben ni pueden contradecir las de los morales. Ahora bien, los primeros tienen por blanco y sancionan siempre la suma utilidad, y si ésta, como pretenden los antiutilitarios, está en oposición alguna con la justicia y la moral, es claro que la ciencia económico-política contrariaría esta última, y que por consiguiente una de las dos a lo menos es falsa, supuesto que no pueden ser igualmente verdaderas y contradecirse al mismo tiempo. ¿Cómo, pues, salvaremos del naufragio a la economía política, siguiendo el sistema de los contrautilitarios? ¿Cuál es el medio de conciliación que nos ofrecerán los eclécticos para no derribar la antorcha iluminadora de las ciencias sociales? Ninguno, porque entre las contradicciones no hay término medio. Defiendan, pues, que la ciencia a quien tanto debe la humanidad y la ilustración presente, es una ciencia falsa, inmoral, y que conduce al hombre y a las naciones al egoísmo y a la injusticia. Aquí no hay medio: o abandonar el sistema que tanto se preconiza, o dar muerte a la ciencia económica.

Esto es imposible, y si los antiutilitarios intentaran semejante cosa no harían más que ponerse en ridículo. Nada sería desconocer los inmensos bienes que en su propio campo ha producido ésta, la influencia directa y positiva que ejerce sobre la moral misma: teórica y prácticamente, sería una roca invencible contra la cual habrían de anonadarse los esfuerzos de los que admiten como verdades principios contradictorios, la sola demostración de que la verdadera riqueza no consiste en el oro. ¡Cuánto ha hecho variar la legislación y aun la política de las naciones, y con cuanta ventaja de la moral y del bien de todos! Pero hagamos mención de un ejemplo muy trivial. Antes se creía que exigir un premio, una recompensa por el préstamo del dinero, era una acción inmoral y reprobada; sin embargo, las luces económicas han venido a ilustrar y rectificar estas ideas, demostrando que lejos de merecer el sello de inmoralidad el que presta para ganar, exigiendo la justa retribución de la utilidad que proporciona, hace por el contrario un beneficio al otro que lo acepta, consultando al mismo tiempo su propio

bien. ¿Cuál es el despreocupado moralista que tenga hoy por condenable esta acción, como no sea en aquellos individuos que dominados por la avaricia no ven en cada uno de los que buscan su auxilio sino una víctima que sacrifican? La economía política presentando al hombre todos los medios posibles y más fáciles de ocuparse en beneficio del procomunal y del propio suyo, ¿no influye poderosamente en la moral pública y privada, teórica y práctica, moviendo infinidad de resortes que a ello conducen muy eficazmente? Pues todo es una constante prueba, no ya de que no es posible que contraríe la moral sino de la armonía y enlace que la unen con ésta, y más todavía, de que las verdades reconocidas por la primera han determinado ya el camino de la segunda, es decir, que aquélla es una demostración completa de la exactitud del sistema utilitario, de modo que los que lo impugnan no pueden salir del compromiso en que se ponen, sino negando la ciencia económica.

Deseo vivamente que se me resuelvan estas dificultades, aunque a mi juicio son del todo insolubles; y creo que si se entra en el examen de la materia con bastante despreocupación, y con un sincero y candoroso anhelo de hallar la verdad, no podrá menos de convenirse en que lo es el principio de la utilidad. Quiero, pues, con toda franqueza que se discurra sobre el asunto, discutiendo sin atender mas que a las cosas mismas, y empleando el arma ilustradora de una recta crítica de bien detenido e imparcial examen. —Habana, 2 de octubre de 1839. —*Aurelio*.

LV

UN VOTO EN LA CUESTIÓN Y CONFLICTO DEL PRINCIPIO DEL DEBER CON EL DE LA UTILIDAD

POR UN DISCÍPULO DE COUSIN

(*Noticioso y Lucero*, octubre 7 de 1839.)

Es un hecho notorio: cuando hacemos bien, juzgamos que merecemos recompensa, y si hacemos mal violando la ley de lo justo, creemos íntimamente que acreedores somos a castigo. Y damos con la recompensa o el castigo, 1º, en el placer de la conciencia o en la amargura de los remordimientos. 2º, en la estimación o desprecio de nuestros semejantes, criaturas también morales que juzgando, como nosotros, sobre lo bueno y lo

malo, nos recompensan o castigan según los casos, ora con la extenuación o con el desprecio, ora con recompensa o con penas físicas preparadas por las leyes positivas. 3º, en la sublime creencia de que siendo Dios no sólo el autor del mundo físico sino también el padre del mundo moral, reserva premio para los que cumplen con la ley y castigo para quienes hayan faltado a ella.

Pero si no hay ni bien ni mal, ni justo ni injusto, si no hay ley, en fin, tampoco cabe el mérito de haberla cumplido ni puede haber ningún demérito en infringirla ¿qué es entonces de las prendas o recompensas? Adiós placeres de conciencia: no ha lugar a remordimientos, ni a la alabanza o vituperio de los hombres, ni a los suplicios o remuneraciones del orden social ni al premio o castigo del Eterno.

Hállanse en el entendimiento humano la idea del bien y la idea del mal, la una distinta a la otra. Testigo cualquiera de ciertas acciones por virtud de la iniciativa que toma la razón, pronuncia que son buenas o malas, justas o injustas. No es un juicio que sólo forma la flor de los sabios. No. Todos juzgan así. Aparte quedan los errores de la aplicación, pues nos contraemos ahora al principio mismo, la distinción esencial del bien y el mal.

En vano la razón se esforzaría después de concebir la distinción del bien y del mal, en dudar de la verdad de su profunda diferencia. Pues ¿puede distinguir la razón al bien del mal sin concebir conjuntamente que el bien debe hacerse y el mal no debe hacerse? ¡Imposible!... Luego la concepción del bien y del mal da al punto la del deber.

Pero una ley necesaria para la razón en materia de acción es para un agente racional y libre una obligación imperiosa, porque el deber nos obliga sin encadenarnos, antes dejándonos libres para que logremos el mérito o demérito. Podemos violarlo, mas nunca renegar de su autoridad, pues aunque la flaqueza de la libertad y ascendiente de las pasiones parece como que desmienten a la ley, la razón por sí mantiene la ley infringida imponiéndosela todavía a la acción rebelde o desleal.

¿Y sobre qué recae la obligación? Sobre hacer lo bueno sin consideración a las facilidades o riesgos de cumplir con esta ley, sin cuenta de la dicha o desgracia que resulte, sin cálculo de utilidades, pues el placer y la pena, la dicha o desdicha son allá cosas de la sensibilidad. El bien y la obligación son concepciones de la razón, lo útil es un accidente que puede ser o no ser, el deber es un principio.

¡Y qué! El bien ¿no es siempre lo útil? Esa es la otra cuestión, si la experiencia la decide afirmativamente, todavía quedarán siendo distintos lo bueno y lo útil, porque jamás sería la virtud obligatoria a título de útil. La admiración que provoca la virtud heroica no es siempre la expresión del interés del género humano.

LVI

DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN³¹

POR TULIO (JOSÉ ZACARÍAS GONZÁLEZ DEL VALLE)

(*Diario de La Habana*, octubre 14 de 1839.)

Es verdad que me viene muy bien el *sumite materiam vestris, qui scribitis aequam viribus*³² atendida la importante defensa en que entro, y lo poco que pesa en la balanza de mi incapacidad, cuando cargan del otro extremo tantos títulos de gloria y saber, como los que dan merecido prestigio a mis contrincantes. Me veo, sin embargo, en la precisión de exponer el designio con que publiqué algunos trazos de la *Advertencia* puesta por Cousin a la 3^a edición de sus *Fragmentos*, y de explicar, como yo lo entiendo, el espíritu de la nueva doctrina.

1. Fue mi idea que el público juzgase del papel que hacía el eclecticismo como sistema contemporáneo, sin argüir nada sobre su excelencia. Bueno o malo, él ha prestado ocasión a que los primeros hombres de Europa se consagren a su análisis, y que no ha de ser una despreciable nadería, cuando se le hace semejante caso. Enhorabuena que la hueste de impugnadores sea numerosa: primero y mejor que yo sabe mi adversario que a Locke no le faltaron enemigos, y que Newton, sin serlo, llegó a alegrarse de que se muriera, por cuya falta de caridad luego pidió perdón. De hombres vulgares e insignificantes no hacen caso los sabios, ni aún para combatirlos siquiera. Ni tampoco deja de ser copiosa la lista de eclécticos franceses, harto conocidos de V. que está mucho más al corriente de la civilización europea: figuran en ella Damiron, el mismo Lerminier en algunas de sus obras, Franck, Jouffroy y los redactores de algunas revistas, sin olvidar entre los de la Francesa y Extranjera al médico Eduardo Carrière. En Bélgica son muy apreciables los trabajos de Van de Weyer y Reisseberg. Ahora está manifestado por qué no traduje toda la *Advertencia*, habiéndome propuesto únicamente hacer ver que por el ruido que ocasionaba el sistema de Cousin, debía estimársele sistema de la época y que no permaneció oculto entre los pensamientos solitarios de su gabinete, antes iba recorriendo el orbe con varia fortuna. Supuesto que no entraba a calificarlo, no traduje lo concierne a Schelling, cuya oposición consiste en que Cousin no es tan metafísico como quisieran los alemanes, de la misma manera que los norteamericanos no lo hallan tan positivo como a ellos les gusta.

31. Título de Roberto Agramonte. En el original: "Comunicados". "Eclecticismo".

32. "los que escriben deben elegir un asunto adecuado a su capacidad". (Vid. supra, páginas 389-390.)

2. Afirmase que el eclecticismo es imposible, y que en ocasión de emplearlo en conciliar a sensualistas e idealistas se convence su falsedad, pues si bien hay una escuela que asevera venir las ideas todas de los sentidos, ninguna sostiene la sentencia contraria, como entiende Cousin. Yo concibo que idealista es un término opuesto a sensualista; y una de dos: o el lenguaje es inexacto, o los sistemas también se contraponen. Kant y su escuela nos suministran abundantes pruebas para persuadirnos de que si los idealistas no han estampado la absoluta de que nada viene de los sentidos, eso nace de que el buen sentido de la humanidad se lo estorba en medio del mismo fervor de la hipótesis. Si todos los ingenios fuesen del temple de Hobbes, a quien jamás asustaron las consecuencias, icon qué exactitud se clasificarían los sistemas! Personas conozco yo que me han negado rotundamente el alma, y al traerlas ante otros para discutir la materia, su buen sentido natural los ha amedrentado y forzándoles a decir que era broma, pero no bien han vuelto a estar solos conmigo tornaron ardientemente a su tema. Sin embargo, no le falta a la secta espiritualista un fondo de doctrinas contrarias a la de los sensualistas; y en prueba de que la divergencia de las opiniones no está, según se nos indica, en las ideas de causa, sustancia, etcétera, tan solamente basta acordarse del filósofo de Koenigsberg, y del memorable Fichte, el primero de los cuales subjetivó la razón, hizo su crítica, expuso sus leyes y resucitó de paso las categorías de Aristóteles, desacreditadas en la otra escuela, mientras el segundo, menos contenido, a Dios mismo lo construía con el yo, violentando las creencias de la humanidad. Luego si el punto de vista en que se sitúa Kant es diverso del de Locke, y ambos siguen un sistema, el primero al hacerlo exclusivo pecó, y respecto de él le cabe al eclecticismo desempeñar su oficio, separando la base racional del sistema de sus extravagancias. Otra deducción: luego el eclecticismo, lejos de ser un espiritualismo embozado, combate al espiritualismo y habrá de examinarse con sus sectarios. Por otra parte, Cousin no dice asertivamente en la *Advertencia*, que hay un sistema que afirma sin reparo no venir nada de los sentidos, sino lo supone por ejemplo; esto es, da por consentidas las premisas a fin de probar en abstracto que la conciliación de los ecléticos no es un caos de opiniones contrarias. Para el hecho de conciliar a sensualistas y espiritualistas, bastaba la propensión en unos a darle la supremacía al cuerpo, y en otros al alma, enseñándole a entreambos que ni somos únicamente materia, ni puro espíritu, sino que coexisten los dos elementos en la íntima relación que es el misterio de nuestro ser; y si hay quien piense y obre así, aunque se denomine sensualista, será legítimo eclético, como sostengo que lo es en el fondo mi distinguido opositor.

3. Pero ya convenimos en que las dos sectas se diferencian respecto de las ideas absolutas, voy a demostrar la posibilidad del eclecticismo. Sostienen unos que las ideas del espacio, tiempo, etcétera vienen de los sentidos;

otros, que de la razón. Acude el ecléctico, no a amalgamar los dos axiomas para producir un monstruo, sino a descomponerlos y aprovechar lo bueno que tengan. Pregúntale a aquéllos la razón de su sistema, y aquéllos responden: “el espacio viene de los sentidos, porque si yo no veo un cuerpo no sé que hay espacio”. Dirígese a los contrarios, y obtiene esta contestación: “la inteligencia es quien me da el espacio, porque yo ni lo veo, ni lo toco; se resiste a pruebas materiales, creo en él porque lo concibo”. Entra, pues, el ecléctico y le arguye al sensualista de esta suerte: “tienes razón en afirmar que sin ver el cuerpo, jamás sabrías del espacio; pero atiende a que el requisito previo, la condición de una cosa, por indispensable que sea, no la constituye, ni le presta vida; atiende a que el choque del eslabón contra el pedernal, por preciso, por imprescindible que sea para sacar lumbre, no engendra la lumbre, siendo sólo la ocasión de que se manifieste; atiende, en suma, a que el espacio no se puede reducir al cuerpo, porque éste tiene límites y el espacio no”. Pasa ahora a contrarrestar al idealista y le pone delante, que si bien se funda en sostener que su razón le da el espacio, se extravía en no reconocer que nuestra mente, por fecunda que sea su virtualidad, no entra en ejercicio mientras no se cumplen ciertas condiciones sensibles. Y que de nada le serviría la facultad de concebir el espacio, si le faltase el otro término forzoso: los objetos. Ved aquí al eclecticismo uniendo verdades diversas, no contrarias; vedlo destruyendo los sistemas en sus exageraciones, sin hermanarlo en híbrido sincretismo. No hay más que una verdad; pero esa verdad tiene varios aspectos, o se puede considerar por partes: no siempre la abarca de golpe el entendimiento; y como la posición más mínima de la verdad, su más imperceptible brizna es tan bella, tan encantadora, el hombre débil se deslumbra, y lleno de candoroso fervor; la toma por toda la verdad, *inveni!*³³ grita, y de un análisis incompleto va en derechura al abismo de las hipótesis...

4. Los ejemplos sobre Tolomeo y Copérnico, la levedad del aire y el horror al vacío, aunque en círculo más estrecho, porque no hay que enlazar dos elementos de tanta estima el uno como el otro, sino la pobre apariencia con la hermosa y rica realidad, no desvirtúan lo dicho, antes lo confirman. Al que se burle v.g. con el desprecio del hombre vulgar que piensa aún en la inmovilidad de la tierra, le enseñará el ecléctico que aquel tiene razón para equivocarse, esto es, que existe un motivo muy real de engaño, que la inteligencia siempre se equivoca *sub specie recti*,³⁴ hablando como Horacio, que las apariencias son verdaderas en cuanto apariencias, que el error está en tomarlas por la realidad entera, siendo nada más que un elemento suyo, la manifestación de ella; y que el sistema de Copérnico, lejos de destruir la verdad, por donde hizo fortuna el de Tolomeo, tiene forzosamente que re-

33. “¡He dado con ella!”. (Es el “Eureka” de Arquímedes.)

34. “con la apariencia de verdad”.

conocerla completando empero la verdad que sabe en el asunto, es decir, añadiendo la verdadera realidad a las verdaderas apariencias. De lo cual se deduce, que el sistema de Tolomeo quedó destruido en sus errores, en su lado exclusivo, permaneciendo, sin embargo, el hecho que le sirvió de base, porque es evidente e indispensable. Compruébase también que la verdad tiene, según llevo dicho, varios aspectos o lados, y que Tolomeo la vio sólo en las apariencias, en el elemento trivial que salta a los ojos, y Copérnico en lo que debe ser; fiado en las valientes inducciones de su razón matemática. Aunque las apariencias no sufren cotejo con la realidad de los objetos, lejos de ser falsas en sí, la ciencia se ocupa de ellas. Dígalo la óptica, que consagra algunas reflexiones a explicar los engaños de la vista y sus leyes.

5. En el campo de la filosofía pura es donde le toca al eclecticismo llenar su verdadero destino, porque al fin en física cada descubrimiento sobre la realidad refunde en sí la poca verdad del sistema precedente, mientras que en el estudio de la conciencia, con dificultad permite una escuela que acabe su sistema, dejándole sólo la base en que estribó para aumentar el tesoro de otro. Vamos, pues, a algunas cuestiones inmortales de la filosofía: la de los nominalistas y realistas. El ecléctico declara que ni todos los nombres universales, por ejemplo, piedra, árbol, espacio, Dios, etcétera, son puras abstracciones, vinculadas en un apalabra; ni mucho menos que todos los universales existan. Sondeando las creencias del hombre, conoce que “árbol” no está como género en la naturaleza, sino como individuo en ésta o en la otra planta; al paso que Dios no es un mero nombre, ni signo de una abstracción, sino que, por ser el legítimo y riguroso universal, tiene indudablemente existencia y realidad. Recordemos el silogismo y él nos suministrará otra prueba. Mi adversario³⁵ sostiene en una proposición admirada públicamente por mí, que no hay que atribuirle al silogismo todo el mal que le acumulan los modernos, ni todo el bien que los antiguos. De este modo —añado yo— al par que condenamos los errores, reunimos las verdades; y enseñándonos la historia, según V. mismo, que no hay sistema enteramente falso, ni enteramente verdadero, aprovechar, cual solícita abeja, la flor; la parte buena de cada uno, es no ya crear un sistema posible, sino santo y verdadero sobre el corazón; que yo no comprendo de otra suerte el eclecticismo, que así lo sigo por convicción propia, que no creo estar extraviado, y que mi entusiasmo de joven descansa en la mejor fe del mundo. El señor Varela, el venerable y querido apóstol de la razón de nuestra tierra, el que nos emancipó de la escolástica reinante en su tiempo, dio a la luz su primer tratado de filosofía, escrito en latín, bajo el epíteto de *ecléctica*,³⁶ y en un capítulo cuyo lema dice “La mejor de las filosofías es la ecléctica”, expone algunas razones de las que acabamos de explicar; incul-

35. Luz. (Roberto Agramonte.)

36. *Institutiones Philosophiae Eclecticæ ad usum studiosæ juventutis* (t. I de las Obras de Varela de la B.A.C.).

cando que el eclecticismo no junta cosas repugnantes y contradictorias: *diversorum, etc., contrarias sequitur opiniones, nego; diversorum, sed conformes, concedo.*³⁷ Bacon es eminentemente ecléctico cuando al hablar del método se expresa en estos términos, que traduciré de su elegante latín a mi descolorido romance: “Que el método racional y el empírico se junten para siempre en un himeneo verdadero y legítimo, a saber, la anticipación de la mente con la interpretación de la naturaleza”.

Por último, la predicación constante de Cousin, a quien en esta parte me adhiero, es que no hay sistema enteramente falso, pues sus sectarios serán locos, que todos encierran cierta verdad a cuya sombra cunden sus extravagancias; en resolución, que toda hipótesis, aun cuando se pierda en los cielos, tiene su raíz en algún hecho de la tierra, hecho cierto y real que no acabará ningún descubrimiento nuevo, aunque su rayo de verdad derrita las alas con que se le procuraba transportar a lo alto, sacándolo de su centro. *Tulio*.

LVII

SEGUNDA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN³⁸

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO³⁹

(*Diario de la Habana*, octubre 29 de 1839.)

“Si Pergama dextra
Defendi possent, etiam hac
Defensa fuissent”.⁴⁰

VIRGILIO

Usted ha contestado, pero no ha respondido a mi artículo inserto en el *Diario* de 3 del corriente; motivo por qué no tendría yo más sino rogar a los

37. “sigue opiniones de diversos filósofos, pero contrarias entre sí, niego; de diversos filósofos, pero conformes entre sí, concedo”.

38. Título del Ed. Original: “A Tulio” (Roberto Agramonte).

39. Anónimo (Roberto Agramonte).

40. “Si se hubiesen podido defender con los brazos los muros de Troya, hasta con ellos se hubiesen defendido” (Virgilio, *Eneida*).

lectores se dignasen repararle con atención y en cotejo con el de V. para convencerme plenamente de que en el mío se hallan previstas y victoriosamente contestadas cuantas objeciones se ha servido V. presentar. Mas siendo muchos y de varias clases los reparos que en ellas me sugieren, me veo en el duro trance —porque lo es para mí— de manifestarlos con alguna especificación.

Como hablaba yo de publicar un Elenco en el cual se combatían con razones, y sin asomo de autoridad, las doctrinas del eclecticismo de la nueva escuela francesa; como a renglón seguido hubiese prometido del modo más solemne dar a luz una obra *ex professo* para impugnarlas, parecióme muy fuera de camino que a vista de tales circunstancias saliese un escritor al frente, no a impugnarme con otras razones, sino a presentarme textos, y textos harto sospechosos (según demostré en mi anterior) para llamar la atención sobre la varia fortuna del eclecticismo; y es menester confesar que se sacó la cuestión de su verdadero terreno, trasladándola a otro en que pudo entrarse después como consecuencia de la discusión principal. Creció mi extrañeza al reparar que no sólo se traducía la parte histórica, dejando intacta la de discusión que se hallaba en la misma *Advertencia*, y que por de contado hacía mucho más a nuestro propósito. En tal estado, dije para mí: “este escritor carece de razones, pues no las expone, siendo más que llegado el caso de hacerlo; pero quiere, sin embargo, sonar sin comprometerse envolviéndose bajo el respetable manto de su caudillo”. Ya tanto más me ratifiqué en este juicio cuanto que recordaba que mi propio adversario oyó de mis labios en las conclusiones públicas habidas en el Convento de San Francisco⁴¹ que ese Prólogo de Cousin a sus *Fragmen-*

41. Don José de la Luz dio mucha importancia a estas conclusiones públicas, celebradas en el Convento de San Francisco el día 8 de septiembre de 1839, pues refieren algunos contemporáneos que aseguraban, con mucha anterioridad al acto, que en él sus discípulos se encargarían de rebatir las doctrinas de sus adversarios, los preconizadores del eclecticismo de Cousin. Para dichas conclusiones compuso el Elenco que he publicado en las páginas 25 y siguientes hasta la 47 de este volumen [de Zayas, *Obras de Luz*], y cuyo Elenco he tenido la satisfacción de dar a conocer a los admiradores del sabio cubano, pues para nuestra generación permanecía ignorado, debido a que ningún biógrafo lo menciona y a que son tan escasos sus ejemplares que sólo conozco el que obra en mi poder. [Vid. *Obras en Luz* de la B.A.C. volumen II. Elenco llamado de San Francisco (Roberto Agramonte.)]

El salón en que se efectuaban estos ejercicios estaba dividido en dos porciones: la una llenábala distinguido concurso —entonces más numeroso que de costumbre, atraído por el prestigioso nombre del Maestro y por el interés que despertaba su divergencia de opiniones con otros profesores acreditados—;* la otra parte la ocupaban, al fondo, el Tribunal de los *Doctores de réplicas* (cuatro o seis) que debían argüir a los alumnos que sostenían las conclusiones del programa, próximos al público estos mismo alumnos; y entre ellos y aquel Tribunal, en una Cátedra de caoba, semejante a las que

tos era cabalmente la primera de sus obras a que iba a contraerme en mi impugnación. Hubo más: allí ante el mismo público comencé a leer algunos trozos para refutarlos en seguida; cuya tarea suspendí, por estar algo avanzada ya la hora (eran cerca de las dos de la tarde, y habíamos entrado a las 10), por considerar al benévolo auditorio hartamente saturado de Filosofía, y sobre todo, por haber ya en aquella misma mañana empeñado mi palabra de combatir muy detenidamente al esclarecido corifeo de la moderna escuela francesa. Tuve, pues, sobrada razón en afirmar que no necesitaba de nuevos estímulos que me incitasen a acometer una empresa tan sencilla, que sólo pedía un poco de tiempo, aunque a decir verdad no es hilo éste de los que andan más abundosos en mi telar. Porque ¿quién no creería al ver semejante conducta de un contrario, que no hallándose con fuerzas suficientes para entrar en la lid, se empeñaba sin embargo en mostrar que había siquiera uno que ya no alzaba su voz propia a favor del combatido

existen en nuestra Universidad, y situada a la izquierda de los espectadores, Don José de la Luz Caballero, como catedrático moderante.

Parece, o por lo menos así se creía por muchos, que el Tribunal, o algunos de sus miembros hostiles al profesor, formaron el plan de apremiar exageradamente a sus discípulos y procurar su turbación, para que no obtuvieran el éxito que aquél se prometía. Entre los examinados hallábase el que es hoy distinguido caballero y esclarecido letrado, don Federico Martínez de Quintana, que en la nota visible en la página 25 figura con los apellidos que usaba su señor padre don Manuel Quintana, víctima en 1844 del tristemente célebre fiscal Salazar: era Martínez de Quintana casi un niño, y como disertara sobre la idea de causa, y a petición del Tribunal pusiera como ejemplo de no serle desconocida a los irracionales, el de un *machango* que comprende ser la cadena lo que le impide huir y trata de desatarla o romperla, uno de los Doctores de réplica con risa burlona y tono desdeñoso, exclamó: "¡Bah! ¡Un machango! ¡Vaya un ejemplo!"... y como el niño desconcertado se detuviese tímido e indeciso, don José de la Luz en uno de sus habituales arranques, se puso de pie en la cátedra y dirigiendo sus expresivas miradas, ora a los Doctores, ora al estudiante, aplaudiendo a éste con animadoras palabras, prorrumpió en estas o análogas frases: "¡Sí señor, un machango, un machango! .. ¡muy bien, adelante; muy bien!".

Los detalles de este suceso me los han confirmado mis apreciables amigos don Agustín Betancourt, hoy ilustrado Director del Instituto de Puerto Príncipe, y el citado don Federico Martínez de Quintana, sin otra diferencia en sus relatos, que creer el primero que entre los Doctores de réplica se hallaba don Manuel González del Valle, y no recordar el segundo que se encontrase éste, y sí su hermano don José Zacarías. Además de este suceso que cita Luz, hay otros que sirven de antecedentes a su polémica con *Tulio* (Alfredo Zayas). Véase *La vida literaria en Cuba*, por José Z. González del Valle, *Cuadernos de Cultura*, 4^a. Serie, no. 5, Habana (Roberto Agramonte).

* "Hay ahora aquí tal movimiento por la Filosofía, que pone espanto". (Carta de J. Z. G. Del Valle a A. Suárez y Romero, 4 de Septiembre de 1839.) (N. de Alfredo Zayas.) (Conf. *Philosophia Electiva*, B. A. C. vol. I, *Introducción*, p. XXVIII, n. 28.)

Cousin, hacía hablar a este mismo en castellano para que todos lo entendieran? Entonces dije para mí: no, ni por pienso, trabajen si quieren impugnarme, piensen con su propia cabeza, y no distraigan la atención del público de la materia principal.

Créome, pues, más que justificado en la aplicación que hice al traductor del *sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam viribus*,⁴² sin la más leve pretensión de mi parte en quedar por encima de juro, sino por el contrario la muy ajustada de que nos igualásemos en la arena niveladora de la discusión, donde al fin y al cabo desaparece todo prestigio, quedando la victoria por quien la mereciere. No es tan grande ese prestigio a mi favor, para que V. lo tema en el alto grado que encarece; y V. mismo se convencerá de ello cuando vea demostrado, como paso a verificarlo, que mi posición es mucho más desventajosa que la de V. bajo todos los conceptos.⁴³ Yo no estoy luchando meramente con *Tulio*, sino muy principalmente contra el ilustre caudillo del eclecticismo: yo, vil gusano de la Isla de Cuba, que soy un pobre hombre con toda la fuerza del término, que no tuve la dicha de nacer en la nación más ilustrada de la tierra como mi famoso antagonista, que cuenta con una bien sentada reputación: filósofo, helenista, nada menos que traductor y expositor de Platón, celoso promotor de la instrucción pública, elocuente orador, elegantísimo escritor, jefe de un partido, a cuya voz se alzan infinitas voces e infinitas plumas, algunas de las cuales merecen el título de sobresalientes; hombre que contando tan crecido número de discípulos, por doquiera excita las más vivas simpatías, no faltando alguno de ellos entre nosotros, y compatriota suyo por cierto, que aunque no sale al frente a defender a su maestro, no pierde coyuntura de propalar que yo abuso de mi pobre reputación, para desacreditar en mi suelo a tan eminente varón,⁴⁴ y se olvidan él y sus partidarios que sobre no ser nadie

42. "los que escriben deben elegir un asunto adecuado a sus fuerzas" (Conf. p. 389, n. 5).

43. En estos párrafos alude Luz a los siguientes renglones con que comenzó *Tulio* un artículo en el *Diario de la Habana*, de 4 de octubre del año citado de 1839, en réplica al primero que él le dirigió.

"Es verdad que me viene muy bien el *sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam viribus* (vid. *supra*) atendida la importante defensa en que entro y lo poco que pesa en la balanza mi incapacidad, cuando cargan del otro extremo tantos títulos de gloria y saber, como los que dan merecido prestigio a mis contrincantes". (Alfredo Zayas.)

44. Juzgo que Luz se refiere a M. Alejandro Brusa, profesor francés que vino a la Habana con su hermano gemelo, y cuyo parecido, o mejor dicho identidad era tan completa que hubo ocasiones de sustituirse mutuamente en sus clases, sin que los discípulos cayeran en cuenta de ello.

Precisamente en los días en que se ventilaba esta polémica Brusa, en el mismo periódico, terminaba un artículo recomendando la lectura de varios autores, y sobre todo, dice, al aquí combatido Cousin, cuyas doctrinas en cuanto a este particular (el de la abstracción) admito con íntima convicción". (Alfredo Zayas.)

profeta en su patria, no son tan páparos mis conterráneos que no les salte a los ojos la enorme distancia que media entre un grande que ha podido descollar *inter illustres viros*,⁴⁵ y un infeliz tan pequeño y menguado, que aún teniendo de su parte una aliada tan temible como la verdad, no hay quien no se le atreva, y con toda especie de armas.⁴⁶ ¿Dónde está pues, ese prestigio tan formidable como preconizado? ¿Y no me ha sucedido lo mismo en todos tiempos y circunstancias? ¿No he tenido un sinnúmero de polémicas, que me han buscado en la Habana y de fuera de ella? ¿No he sido casi siempre atacado primero? Constantemente a la defensiva, aunque a las veces ofendiendo al defenderme, Por otro lado, cualquier desliz de parte mía será juzgado severamente por el público, al paso que éste verá todo indulgencia respecto de los que pueda cometer un joven apreciable que cuenta veinte años menos que su contrincante. Yo soy, pues, el que desnudo me he presentado en la palestra contra la figura colosal de Cousin; persuadido de que en medio de tantas desventajas, la verdad triunfaría aún por medio de mi débil órgano.

Ni se cree por un momento que yo traté de encumbrar a Cousin para reflejar más honor sobre mi impugnación; pues no tengo a honra ejecutar una cosa demasiado fácil, como repetidamente he insinuado, y hasta en términos de disculparme con los sensatos, como lo verifiqué en las palabras estampadas en la advertencia de mi *Elenco*:

“Tan justo como patriótico motivo me disculpará por el empeño que finco en sostener doctrinas que la ciencia proclama por sobrado evidente. Pero si se trata de oscurecer la verdad, ¿qué partido resta a sus defensores sino poner en claro sus derechos? *Hoc non opinionem, sed opus esse cogitent*”.⁴⁷ No me he acordado de mi reputación, no he titubeado un instante en jugarla y arriesgarla toda entera cuando mediaba la santa causa de la verdad contra la del error y la impostura. Ea, pues, amiguito mío, (que bien puedo dar a V. ese título, porque nadie primero que yo, apenas empezó V. a despuntar, en reconocer sus precoces talentos, y en animarle a cultivarlos), V. aunque pierda, gana; y yo ganando me quedo lo mismo; o mejor dicho, aún ganando, perderé para algunos, pues iyo no sé que mala ventura es ésta de no adorar más que a la verdad! Pero vamos recorriendo punto por punto, aunque sea con celeridad.

No, señor, no fue su idea de V., al publicar la traducción de los párrafos de la *Advertencia*, “que el público juzgase el papel que hacía el eclecticismo como sistema contemporáneo sin argüir nada sobre su excelencia”. No podía ser ése el designio de V. cuando era público y notorio que

45. “entre los hombres ilustres”.

46. Quiero decir con argumentos buenos y malos.

47. “Consideren que no se trata de una mera opinión, sino de una realidad”.

yo, para impugnar a Cousin, había ofrecido traducirlo de extremo a extremo, a fin de llevar la imparcialidad más allá de la cuenta, echando sobre mí una carga tan fastidiosa, y señaladamente cuando acababa de prometer que me ocuparía desde luego del memorable Prólogo de sus *Fragmentos*. “Bueno o malo (el eclecticismo)— continúa V.— él ha prestado ocasión a que los primeros hombres de Europa se consagren a su análisis”. A lo cual contesto: 1º Que yo presente razones contra el eclecticismo, y con razones, no con autoridades, se me debió haber respondido. 2º Yo manifesté en mi anterior papel que el empeño de ostentar Cousin al eclecticismo más bien como triunfante que como rendido, ya que apelaba a argumentos de autoridad, faltaba en algunos puntos a la verdad, y en otros se contradecía. Me llamaron la cuestión al terreno de la autoridad, y sin embargo en el mismo campo elegido por el enemigo, quedó éste anonadado y confundido. 3º Si yo hice mérito de la hueste numerosa y granada que se había alistado contra el eclecticismo, sólo fue por el empeño de haberlo querido pintar victorioso, cuando eran más los opositores que los adictos; porque tengo muy a menos hacer degenerar en cuestiones de crítica las que son esencialmente filosóficas o de puro razonamiento, aunque me sobre la metralla, como ya se vio, para acribillar a los encubridores de la verdad y falsificadores de los hechos; por eso les repito con Abelardo: *non a quo dicatur; sed quid dicatur*,⁴⁸ único y exclusivo criterio en las filosóficas campañas. 4º No hay duda que muchos hombres de pro se consagraron al análisis del eclecticismo, siendo sin comparación mayor el número de los que no le hicieron caso desde un principio; pero vistas sus pretensiones, que vendrían nada menos que a estorbar los progresos del espíritu humano, visto que se enarbolaba una bandera en que iba escrito un lema eminentemente característico del siglo en que vivimos, para bajo su égida respetable revivir y hacer pasar errores que ya había enterrado la ciencia; visto que se empleaban armas de toda clase contra los que estaban en posesión de la verdad, apellidándose ateos y materialistas para espantar a la juventud del campo de la legítima investigación: visto que semejantes doctrinas se sustentaban por hombres de prestigio y elocuencia, y visto en fin, y para decirlo de una vez, que aspiraba con el más vehemente ahínco a hacer una completa revolución en las ideas para servir de base a una revolución en la política, entonces se alzaron millares de voces fuertes, enérgicas y autorizadas de todas partes, protestando contra esa imprudente invasión en el sagrado de las ciencias, y entre los resplandores del siglo decimonono. ¿Quién pudo, pues, ni soñar en decir que el “eclecticismo fuese una despreciable nadería” como gratuitamente me atribuye V. suponerlo yo? Dije y repito que como sistema es la idea más quimérica que jamás concibió cerebro

48. “no quién lo dice, sino lo que dice”.

humano, por ser de todo punto imposible cual lo propone su esclarecido fundador. Mal podría afirmar que era despreciable el sistema como instrumento de grande influencia, el que se explicó en estos términos, de que sin duda se ha olvidado V. en el calor de la composición. “Mágicas, electrificadoras son para la humanidad, y muy señaladamente para la generosa juventud las palabras conciliación, imparcialidad, justicia para todos; y en esta parte confesemos que si han faltado al fundador del eclecticismo los elementos para cuajar un nuevo sistema, le han sobrado talentos para saber tocar ciertas teclas que bien pulsadas, siempre corresponden en el corazón humano; y esto prueba hasta la evidencia (llamo aquí la atención del lector) que hubo un plan, una intención profunda *une arrière-pensée*⁴⁹ en la promulgación de esta nueva doctrina, o nueva máquina para trabajar a la gente del siglo XIX y sobre todo a la gente francesa. *¡Tantae molis erat GALLICAM RECONDERE gentem!*⁵⁰ Así, pues aparece más claro que la luz del sol que al paso de mirar yo como quimérica la idea que sirve de base al eclecticismo, considero a éste como una gran palanca para mover a cuantos se prestasen al movimiento. Necio sobre inexperto habría sido el fundador de la nueva doctrina, si hubiese tratado de influir sobre su nación y su siglo con los resortes añejos y gastados de antaño; fue, pues, necesario decir algo a los de hogaño, tan apasionados a la razón y a la filosofía, que las prevenciones que se les hicieran, no serían emanadas de la autoridad, sino dictadas por las luces de la filosofía y por el rigor de la demostración. Para alucinar en el siglo XIV bastaba ser mero impostor; para alcanzarlo en el XIX es necesario ascender a sofista consumado.

Como he ofrecido a V. irle marcando todos los errores y omisiones en que ha incurrido, quiero señalarle una de estas últimas, por tocarle aquí su lugar, para que aprenda a desconfiar de su guía por excelencia, del misal sin el que no puede V. celebrar ritualmente las funciones de escritor filosófico, que si no se desempeñan por uno mismo in *spiritu proprio et veritate*⁵¹ vienen a quedarse en unas vanas y aún perjudiciales ceremonias. Aludo a la enemistad de Newton con Locke, de la cual no está V. enterado más que por el falacísimo prisma de su predilecto maestro, que lo es de veras en deslumbrar, y que al contrario del fiel historiador, oculta cuanto le perjudica, y supone cuanto le favorece. Es fuerte mi lenguaje, o por decir mejor, es exacto; fruto preciso del continuo delirar que noto en quien no es delirante *a natura*,⁵² sino calculante

49. “una segunda intención”.

50. “¡Tan difícil era volver a engañar a los franceses!”.

51. “En el propio espíritu y en la verdad”.

52. “por naturaleza”.

de profesión o por lo menos sistemático. Al caso. Es cosa bien averiguada, y lo oculta Cousin⁵³ —porque había de pesar infinito en la balanza el voto de un Isaac Newton— que este hombre extraordinario a quien venero, que es uno de los santos de mi reducido calendario, para estar falto de caridad respecto de su amigo Juan Locke, fue menester nada menos que estuviese falto de juicio. Lea V., si quiere convencerse de ello, la vida del ilustre filósofo publicada por su compatriota Sir David Brewster, y aun antes de esa época la correspondencia que ya había visto la luz en Inglaterra, y que no extracto por no hacerme fastidioso, siendo punto harto notorio y averiguado, que a consecuencia de sus incesantes vigiliias físico-matemáticas, aumentadas con las tareas en que tuvo que engolfarse para comentar el *Apocalipsis*, estuvo por algún tiempo el incomparable filósofo en un deplorable estado de enajenación, del cual por fortuna se recobró después completamente. Pero aun dado que no hubiesen existido tan perentorios datos sobre la falta de caridad de Newton con su amigo Locke, cualquiera que hubiese leído las obras del primero, a lo menos su *Optica* (que es cabalmente de las más populares por hallarse desembarazada de cálculos), o hubiera dudado de la autenticidad de esta carta, hubiera suspendido su juicio hasta explicar la contradicción que se advertía en los escritos de la misma mano, o por lo menos, estando de buena fe, hubiera marcado la contradicción. Efectivamente, al fin de la *Optica*, como veremos ahora mismo, reconoce Newton por verdadero el principio que sirve de fundamento a las doctrinas de Locke. Luego una de dos: o Cousin no leyó la obra más accesible de Newton, o si la leyó, ocultó lo que debiera haber publicado.⁵⁴ He aquí el pasaje... “El alma del hombre no es el alma de la especie de las cosas llevadas por los órganos de los sentidos al lugar de la sensación, donde ella las percibe por medio de su inmediata presencia, sin la intervención de ninguna otra persona. Los órganos de los sentidos no son para que el alma perciba las especies de las cosas en su sensorio, sino para llevárselas allí”. Newton como Locke parte de la sensación, sin destruir por eso la actividad del alma, señalando tanto el

53. En parte no me admira que se atrevan a tanto los eccléticos; al ver que no les va tan mal con su plan, puesto que prende la semilla en la juventud, que no puede haberlo visto todo. ¿Hubiera osado el profesor Franck decir lo que dice de Verulamio, si no estuviera casi seguro de que la mayor parte de la juventud no ha de leer las obras de Bacon que andan escasas, en latín y en folio? En Francia misma son raras, y ahora acaba de hacerse una traducción de las filosóficas; sólo los *Ensayos* era la que tenían traducida.

54. Y si todavía se me objecciona que no habría podido llegar a su noticia lo publicado sobre el particular en las revistas inglesas, cuando la publicación de su *Curso* en 1830, contesto que bien podía haberlo dicho después en las reiteradas ediciones de sus *Fragmentos*, donde ha compilado entre infinitas curiosidades filológicas y biográficas algunas mucho menos interesantes que el punto en cuestión.

uno como el otro el oficio respectivo del entendimiento y de los sentidos con su debida dependencia. Por no detenerme más tiempo en un solo punto, no sigo extractando el magnífico pasaje del ilustre físico, en que describe admirablemente los caracteres del método experimental, dando nuevo mentís a la escuela especulativa. No quiero, sin embargo, privarme ni privar al público del placer que le ha de causar la elevada mira con que cierra el esclarecido filósofo su original libro; máxime cuando es un espléndido comprobante de que a Dios llegamos por *inducción*, no por *intuición*, como contra viento y marea quiso alguien sustentarme en cierta ocasión; sin que valga alegar que todos los hombres, aun esos mismos antiguos que tenían una idea errónea de la divinidad, al cabo la reconocían; lo cual es inconcuso, pero en prueba de que tal fuese la idea siempre la formaban por inducción, se notará que ella pendía precisamente del estado de sus conocimientos acerca de la naturaleza, andaba *pari pasu*⁵⁵ con éstos: y ahí está el nervio del argumento que resulta de las palabras newtonianas. “Y si —habla Newton— la filosofía natural prosiguiendo este método (la inducción) al fin ha de perfeccionarse precisamente en todas sus partes, también se ensancharán los límites de la ciencia moral. Pues por cuanto la filosofía de la naturaleza nos da a conocer cuál es la causa primera, qué poder tiene sobre nosotros y qué beneficios recibimos de ella, en la misma proporción nos aparecerá, por la luz natural, nuestro deber hacia ella y hacia nuestros prójimos. Y seguramente, si el culto de los falsos dioses no hubiera ido más allá de las cuatro virtudes cardinales, y en vez de enseñar la transmigración de las almas y el culto del sol y de la luna y de los héroes muertos, nos habrían enseñado a adorar a nuestro verdadero Autor y Bienhechor”. Y después de esto, fíese V., amigo mío, de ver las cosas con ojos ajenos, y de hombres que quieren volver lo blanco negro y lo negro blanco.

Estos tales serán cuando más unos buenos esgrimidores, pero no filósofos ni en teoría ni en práctica; pues no se trata de lucir la habilidad con ingeniosos quites, ni de escribir contra el propio convencimiento, sino de decir siempre la verdad, y de acatarla donde quiera que se presente, sin más interés que el de inculcarla y defenderla. Si V. leyera junto conmigo todas las obras de Cousin, particularmente las doctrinales, vería por sus propios ojos cuantos renuncios de éstos le cogíamos. Venga V. si quiere, en público o en privado, y lo tocará con sus manos.

A otro punto. “Ni tampoco —continúa V.— deja de ser copiosa la lista de ecléticos franceses”. Es lo efectivamente, pero ni tanto ni tan escogida como la de los contrarios. Me contraeré a los adictos citados por V., calificándolos de paso, y estando dispuesto a ampliar mis pruebas en plenario, si

55. “al compás”.

V. arguyese de injusta la calificación. Damiron, escritor elegante y metódico, y pare V. de contar; porque lejos de ser pensador, no pasa de ser un *pedisequus*⁵⁶ de su maestro; y es tan flojo en la argumentación, que cuando más se esfuerza en combatir a los materialistas, les proporciona armas más terribles: así opino que antes bien es peligroso que útil en manos de la juventud, y sobre todo de una juventud que a la cuenta no desespere de que aprenda a pensar con rectitud.⁵⁷ Tampoco crea V. que hago gran caso de Lermnier, aunque haya hecho una burla completa del eclecticismo; porque —soy franco así me cueste la vida— no siempre tienen mis simpatías todos los que sean de mi opinión en algún ramo; y aquí está por qué soy eclético más legítimo que Cousin y todos sus adeptos. Lermenier es espiritualista, y ha izquierdado sobradamente en muchas de sus obras; es una pluma fácil y elegante, pero no siempre inspira respeto ni convicción. En alguna de sus obras más afamadas es un estudiante que da cuenta de los libros que trae entre mano ¿Quiere V. más renuncios ni más graves que los que se les acusaron a Franck respecto de Verulamio, en mi último elenco? Como escritor no puede compararse ni en cien leguas con Damiron y Lermenier: *il y a loin!*⁵⁸ Es tan poco diestro, que acomete cuatro o cinco veces hacer un paralelo —tarea no muy difícil, a fe mía— entre Descartes y Bacon, y no da palotada el tal brochista. Y sea dicho de paso, esta escuela trabaja libros, para dar cuenta de otros libros, dejando cerrado el gran libro; no hay duda: no les dé el naípe para pintar *d'après nature*⁵⁹ (la investigación), sino para pintar por los retratos viejos (la erudición), que yo no desprecio, sino que uso en su tiempo y lugar.

Jouffroy: harina de otro costal; éste es el único hombre de pro con que cuenta la escuela después de su meritísimo fundador; y digo *después* en tiempo. Porque en derecho es primero. Este sabe y sabe decir, y no es tan tajante, ni se atreve a remontarse por las regiones etéreas como su sublime maestro.⁶⁰

Otra ha sido la educación y otros han sido los principios de un hombre versado en las ciencias naturales, aunque también suele extraviarse, por el empeño de sacar *avante* las creencias de su militante iglesia; yo soy impar-

56. “imitador”.

57. El dato en que descanso para este juicio es su *Ensayo sobre la historia de la filosofía del siglo XIX*, pues aunque tengo su *Curso de Filosofía*, me ha faltado tiempo para acabar de leerlo.

58. “¡hay gran diferencia!”

59. “de acuerdo con la naturaleza”.

60. Este mismo Cousin que declara que “la filosofía *para siempre* se emancipó de la teología”, es quien más se empeña en volver a situar la ciencia en la esfera a que no pertenece. *Non mei interte ipsum tantas componere lites*.*

* “No es de mi incumbencia arreglar cuestiones sólo tuyas, y tan arduas”.

cial, confieso el mérito, y tengo un gusto inefable en confesarlo: donde está él, allí inclino yo la cerviz, y lo proclamo, y quisiera tener para ellos las cien trompetas de la fama.

En cuanto a los redactores de algunas revistas, de todo hay, como en la viña del Señor, y sería cuenta demasiado larga de ajustar. Unos son eclécticos, otros anti-eclécticos, otros espiritualistas netos, otros místicos, o con sus ribetes y arambeles de misticismo, o de exageración por algún lado, en esta época eminentemente exagerada en Francia —como dice con mucha oportunidad uno de los escritores más originales de esas mismas revistas—; y mire V. que no es por falta de ganas por lo que no entro a ajustarle el colete, pues de algunas redacciones, no ya redactores sueltos, he sabido —y de buena tinta— (y ya lo dice su propia tinta, sin que sea menester apelar a la ajena) que en cuerpo y alma gloriosa se han entregado ... (nada más arreglado a derecho...) a su legítimo dueño, que tal se constituye por la ley del mejor postor.⁶¹

Pero como V. no ha especificado más que al médico Eduardo Carrière, entre los revisores, no es justo que me lo deje yo en el tintero sin su receta competente. Señores facultativos, ¿qué piensan Vds. de un médico que quiere despojar al cerebro de las funciones que le corresponden, porque una parte de este órgano se ha encontrado llena de un líquido acuoso en la autopista, sin que durante la vida se hubiesen alterado las facultades intelectuales? Yo sin ser médico le contestaría: ¿cómo a veces, sin que haya agua, ni ninguna cosa tangible, sino por una mera excitación, se alteran todas ellas espantosamente? ¿cómo otros órganos y vísceras, a pesar de hallarse dañados por mucho tiempo, continúan desempeñando sus funciones con más o menos facilidad, hasta poco antes de la muerte? Cuestión es ésta que no puede tratarse de paso. Apóstata es en demasía el discípulo de Esculapio que niegue el papel importante del cerebro en el organismo. Como escritor el doctor Carrière no ha hecho más que resúmenes de las sesiones de las academias científicas, y ladrar; pero no morder; a Broussais, cuantas veces le ha venido a buen tiro.⁶²

Pero dejemos en paz a esa buena gente, y sigamos analizando el papel de mi antagonista. ¿Cómo podía nadie negarle a V., que fuese de la época el sistema de Cousin, cuando en la época tuvo su origen? Es más de la época que ningún otro, porque en ella nació y en ella tiene que morir; éste no pasa, amigo mío, por más que se ha querido disfrazar con el ropaje que se pide de pasaporte; ha sobrado quien le desnude apenas ha salido a la calle,

61. Esta es una de aquellas cosas que son, pero que no pueden probarse en tela de juicio, por no comprometer a los amigos. Los indicios empero son mortales.

62. Juzgo a Carrière por sus artículos publicados hasta mediados del año en la *Revista francesa y extranjera*; quizás haya dado a luz cosa de más valía en los números posteriores.

aunque tampoco ha faltado quien le albergue y quien le sustente. ¿Cómo puede dejar de ser así, mientras el mundo sea mundo? No se olvide V. de la clave de la política, harto visible en todos los escritos de Cousin, y comprenderá más fácilmente cómo se ha granjeado partidarios. ¿Quién que tiene un gran interés entre manos no ha de aprovechar cuanto le conviene? La ciencia es cosa muy distinta de la política; con la primera se explicarán los fenómenos de la segunda, pero las declaraciones de la ciencia son inflexibles e independientes del hombre: son la ley de la naturaleza, que siempre estuvo rigiendo, pero que no se conoció hasta que algún mortal tuvo la dicha de percibirla.

Dice V. que “supuesto que no entraba a calificar el eclecticismo, no tradujo lo concerniente a Schelling”. Y si su ánimo de V. no era calificarlo, ¿por qué tradujo al fin los argumentos de Cousin contra la turbamulta que él llama de declamadores (en cuyo número me alisto yo, no como declamador, que no me da la vena, sino en calidad de soldado raso, como Dios me ayude, agarrándome de buenos asideros), y todo aquello tan sabroso de la operación quirúrgica, y del tormento, y de los gritos del dolor; etcétera... ¡Vaya! esto no fue por calificar el sistema, sin duda, sino por una sobra de caridad a sus pobres contrarios, en consonancia con el áureo precepto del Evangelio de *diligite inimicos vestros*.⁶³ ¡Oh, fuerza irresistible de la virtud cristiana! ¡Quién es el que no se deja arrastrar de tu dulce violencia! Iba V. diciendo: “...lo concerniente a Schelling, cuya oposición consiste en que Cousin no es tan metafísico, como quisieran los alemanes, de la misma manera que los norteamericanos no lo hallan tan positivo como a ellos les gusta”. Sé que V. hace alarde de pensar con su propia cabeza, y siendo así ¿qué casualidad es ésta de que o todas las ideas de V. sean tomadas de Cousin, o bien que le parezcan exactas todas ellas, precisamente del mismo modo que él quiere presentarlas? Ahora sí es verdad que creo yo a puño cerrado en el magnetismo animal; pues no puede menos de ser Cousin el magnetizante y *Tulio* el magnetizado. Porque si alguna vez hubo ocasiones para dudar un poco del maestro, aún por parte del discípulo más ciego y rendido, fue seguramente en ese malhadado *Prólogo*, cuando se echa a volar por las regiones etéreas, y a soltar palabras en lugar de cosas, Sea-mos franco, y confiésemme por su vida, que a V. no se le fue ésta por alto, y por ende quiso omitirlo para no ponerse ni poner en berlina a su maestro. ¡Esto si se llama caridad!

Pero vamos ya con mis ingenuos alemanes. Ocioso es recordar que no pertenezco a la escuela de Schelling, mas sin embargo, menester será convenir en que es irrefregable el argumento que dirige a Cousin, descansando ambos en la hipótesis de que se puede llegar a lo absoluto, o cuando más, que sólo es el *término de las relaciones*, no tienen cabida sin duda los

63. “Amad a vuestros enemigos”.

argumentos del filósofo de Alemania; mas para los que, como Cousin, pretenden que se va a la Ontología por la Psicología, poseen una fuerza irresistible. Efectivamente, Schelling lo estrecha de firme en estos términos: “La Psicología está fundada en la observación: es así que la observación no puede producir más que lo condicional, pues lo condicional no da sino lo condicional: luego por ella no llegamos a lo incondicional o absoluto”. Claro está que si Cousin sustentara, como yo, que no puede haber ciencia más que de lo relativo, y que ni la idea de Dios es absoluta, ni puede serlo, aun cuando Dios mismo sea un ente absoluto, esto es, independiente de los demás seres, no podría tener lugar semejante argumento. Así es que estando —a mi humilde parecer— en el error el ilustre alemán, arrincona y reduce a la inconsecuencia a nuestro Cousin, por querer fabricar ontología con observación. Se ve, pues, entre dos fuegos el ecléctico; el que le hace Schelling, y el más fuerte que le disparan no sólo los norteamericanos, como V. dice, sino el tremendo escocés Hamilton, en aquel admirable artículo, que por falta de tiempo no he traducido ya para las delicias de V. y de todos los aficionados.

Entre tanto, presentemos siquiera un chispazo de ese fuego tan vigoroso como bien sostenido. “El alma sólo puede concebir, y por consiguiente, conocer solamente lo limitado; o sea, lo infinito, y lo incondicionalmente limitado, o sea, lo absoluto, no pueden construirse positivamente por nuestro espíritu. No hay más medios de concebirlos sino abstrayendo de aquellas mismas condiciones bajo las cuales se realiza el pensamiento; por consecuencia, la noción de lo incondicionado es sólo negativa —negativa de lo mismo concebible. Ejemplo: de un lado, ni podemos concebir positivamente un todo absoluto, es decir, un todo tan grande, que no podamos también concebirlo como una parte relativa de otro todo aún mayor; ni una parte absoluta, esto es, una parte tan pequeña, que no podamos también concebirla como un todo relativo dividido en partes menores. Por otro lado, no podemos representarnos en nuestro entendimiento un todo infinito, pues esto sólo podría hacerse por la infinita síntesis en el pensamiento de todos finitos, cosa que exigiría de suyo un tiempo infinito par a realizarse; por cuya razón tampoco podemos con el pensamiento continuar una divisibilidad infinita de partes. El resultado es el mismo, bien sea que apliquemos el procedimiento a la limitación en espacio, en tiempo o en grado. La negación incondicional, y la afirmación incondicional de la limitación, o en otras palabras, lo absoluto y lo infinito propiamente dichos, son igualmente inconcebibles para nosotros”.

En la idea de número tenemos un ejemplo luminoso de esta doctrina. Nosotros multiplicamos y concebimos millones de millones, y después de llegar a estos millones, nos figuramos otro y otro, pudiendo siempre añadir al último que se nos presente. ¿Y qué es lo que hacemos en todo este procedimiento? Nada más que comparar con la unidad; cuando digo

200 000, no hago más que repetir la unidad doscientas mil veces; pero sin unidad, esto es, sin punto de comparación no puedo dar un paso en mi cálculo, no puedo siquiera comenzar; calcular es repetir unidades, porque no hay uno sin muchos, ni muchos sin uno. El lenguaje abona esta teoría. Cuando decimos: “tráeme un sombrero”, se subentiende que es porque existen varios, mientras que si pedimos el sombrero, señalamos sin duda un objeto, pero como no lo hacemos con relación a otro, no lo clasificamos con el signo de uno. Otro tanto puede decirse de la idea de sustancia y accidentes, de tiempo y de espacio, que están forzosamente ligadas a la de relación. Luego tuve sobrado fundamento para asentar en mi último Elenco que “las ideas que más visos tienen de ser absolutas son cabalmente las más relativas”; ni puede menos de resultar de esta manera, toda vez que semejantes ideas son creaciones de nuestro entendimiento, inspirado por las impresiones, y aplicadas a todos los casos de semejanza que le ocurren. Este solo punto merece una disertación. Si V. gustase de ventilarlo por cuaderno separado, puede indicármelo, y procederé a ello en tal caso, demostrando hasta la evidencia toda la futilidad de las razones con que pretende Cousin contrastar las irrefragables de su solidísimo antagonista. Y basta por ahora de Hamilton, que nos llaman cuestiones no menos graves.

LVIII

TERCERA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN⁶⁴

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO⁶⁵

(*Diario de la Habana*, octubre 30 de 1839.)

¡Qué maraña la que ha urdido V., amigo mío, en su párrafo 2º de una cosa tan sencilla como la que asenté yo sobre el estado de la cuestión de las ideas! “Yo concibo —dice V.— que idealista es un término opuesto a sensualidad (sin duda) y una de dos: (no es menester dilema para tan poca cosa) o el lenguaje es inexacto, o los sistemas también se contraponen”; (y tanto que no es posible conciliarlos). No sé como de tales antecedentes

64. Título de Roberto Agramonte.

65. Anónimo (Roberto Agramonte).

infiere V. que el eclecticismo es capaz de verificarlo. Verdad es que después pretende V. llevarlo a cabo, pero por el momento, y sin enlace con lo que acaba de asentar, entra V. en varias consideraciones que cuando más prueban una cosa muy conocida, a saber, la existencia de varios sistemas, o matices de sistema en el propio espiritualismo. El modo con que yo presenté la cuestión ya no daba lugar a semejantes divagaciones, pues me puse en el caso aún de los espiritualistas más racionales, esto es, hasta de los mismos que corren de acuerdo con los sensualistas respecto a la procedencia de las ideas de color, figura, existencia, etcétera, o llámense propiedades de la materia. Si hay varios matices de espiritualismo y otros cientos de sensualismo, peor para el eclecticismo, que con eso se le aumenta el trabajo. Por otro lado el argumento tiene tanta más fuerza cuanto es de mayor a menor, pues si no le es dado a Cousin conciliar ni aún los que en algo están convenidos, ¿cómo ha de lograrlo entre los sensualistas y los místicos v.g., que pugnan tan diariamente entre sí? ¿Cómo se puede nadie conciliar con el gran Malebranche cuando pretende que si Dios no nos hubiera revelado la existencia de la materia en el *Génesis*, no estaríamos ciertos de la existencia de los cuerpos?⁶⁶ Para nada, pues, viene al propósito de V. alegar que Kant y su escuela, a pesar de ser idealistas, nunca han estampado la absoluta de “que ninguna idea venía de los sentidos, porque se lo estorbaba el buen sentido de la humanidad”; pues a V. lo que le incumbía era probar que todos esos sistemas se podían conciliar entre sí y conciliar con el sensualismo. Aquí, pues, se apartó V. de la buena lógica, ofreciendo de paso un arma terrible a este último sistema, porque esas concesiones que les arranca a los demás el buen sentido de la humanidad, son los datos mismos en que descansa la doctrina de la sensación. Tampoco viene a cuento lo del carácter del ingenio de Hobbes, especie que también toma V. de Cousin, aunque a la verdad él la trae al propósito a que debe traerla. “Cuando se trata en una ciencia de reducir a una breve clasificación los diversos sistemas de sus cultivadores, se experimenta cierto embarazo en verificarlo con exactitud, a causa de las diferencias o matices que individualmente ofrece la doctrina de cada uno”. ¿Quién le habló a V. de semejante cosa? ¿Ni con qué objeto, sino para confundir y llenar papel se trae a colación el que existan infinitos sistemas, y el que cueste más o menos trabajo clasificarlos, porque no todos los fundadores de sistema tienen el temple del

66. El exponer los motivos de la opinión de Malebranche, sobre llevarnos demasiado lejos no corresponde a este lugar. Pero no será fuera de propósito observar que en muchos de ellos convienen todos sus contrarios, como que son hechos; las consecuencias de los hechos, la doctrina propiamente tal, aquí está el *busilis** de la divergencia. Fuera de que en la exposición de una doctrina, aunque sea falsa, un autor de mérito siempre presenta mucho bueno. Tal es el caso de Malebranche.

* “el nudo”.

filósofo inglés, a quien jamás asustaron las consecuencias? *Optime quidem!*⁶⁷ amigo mío, no se le podría contestar a V. Concedido, pero *non erat hic locus*.⁶⁸ Por la misma razón es muy fuera del caso la anécdota del joven amigo que negaba el alma en privado, y no se atrevía a hacerlo delante de otras personas; y este ejemplo es quizás y sin quizás peor que el de los idealistas de las concesiones, porque también prueba que el negador del alma no se convencía de lo contrario por sacarle al público, sino que o se avergonzaba de su conducta, o no se hallaba con las fuerzas suficientes para contrastar a V. en la discusión, y esto podría dictárselo su sentido íntimo: prueba de ello, que como volviera a estar a solas, volvía a su tema materialista. Luego sigue V. como si estuviera hablando a quien no lo sabe o como si de contrario se le hubiese negado semejante cosa, en estos términos: “Sin embargo, no le falta a la secta espiritualista un fondo de doctrinas contrarias a la de los sensualistas; y en prueba de que la divergencia de las opiniones no está, según se nos indica, en las ideas de causa, sustancia, etcétera. A tan solamente...” ¡Alto ahí! Jamás he dicho que en eso sólo diferían la escuela espiritualista y la sensualista; sino que respecto a la cuestión de las ideas, tal era su estado cuando el eclecticismo vino al mundo, que en las ideas de causa, sustancia, etc. estaba el punto principal de la discrepancia, supuesto que aún los espiritualistas menos exagerados, y hasta los mismos eclécticos (otro nombre para decir lo mismo), empeñaban el lance desde ese punto de vista. Pedantesco sobre inoportuno habría yo sido en haberme puesto a hacer una reseña de todos los sistemas espiritualistas con sus divergencias, y hasta en haberme detenido a sacar las consecuencias diferentísimas (que habría podido hacerlo más plausiblemente) a que conducía la sola divergencia en la cuestión fundamental del origen de las ideas. Porque presentada la cuestión con la claridad con que lo fue ¿no hubiera sido abusar de la paciencia de mis lectores el haber continuado formando una lista de discrepancias, cuando tenían ante los ojos la idea madre de todas ellas?

Pero sigamos con el período de V. que estoy ahora analizando: “basta acordarse (continúa V. en prueba de las divergencias entre espiritualistas) del filósofo de Koenigsberg y del memorable Fichte, el primero de los cuales *subjetivó* la razón, hizo su *crítica*, expuso sus leyes y resucitó de paso las categorías de Aristóteles...” Antes de proceder *ad ulteriora*,⁶⁹ se me antoja que V. no ha leído a Kant, y que a Cousin, de donde ha sacado V. la especie de la resurrección de las categorías aristotélicas, que nunca han muerto, lo ha leído, pero no lo ha entendido. Continuemos: ...” mientras el

67. “¡Muy bien!”

68. “no encaja aquí”.

69. “adelante”, “a otra cosa”.

segundo, esto es, Fichte, menos contenido, a Dios mismo lo construía con el *yo*, violentando las creencias de la humanidad”. Lo que se infiere de aquí es que cuanto más se violente al buen sentido, tanto más fácil será refutar semejantes doctrinas; pero no que tenga en esto cabida el eclecticismo, según lo propone Cousin, cuyo objeto principal no tanto es destruir los errores de las doctrinas (que éstos se destruyen con el examen, en pos del cual vienen las nuevas) cuanto en conciliar las antiguas, esto es, las que quedaron destruidas, con las modernas. Aquí la dificultad, y a su tiempo volveré a demostrar, porque ya lo he hecho repetidamente hasta la evidencia, que aquí está la imposibilidad del eclecticismo, cual lo propone su autor. Podráse explicar el porqué del error, se disculpará cuando más; se deberá decir que los hechos que lo motivaron siempre quedan en pie, pero con esto no se adelanta una línea para la causa del eclecticismo; porque sobre los hechos nunca se disputó, sino sobre las opiniones o conceptos que en virtud de los hechos hemos formado “Luego si el punto de vista (continúa V.) en que se sitúa Kant es diverso del de Locke, y ambos siguen un sistema, el primero al hacerlo exclusivo pecó, y respecto de él le cabe al eclecticismo desempeñar su oficio, separando la base racional del sistema de sus extravagancias”. Veamos lo que hay aquí. Luego si el punto de vista en que se sitúa Kant es diverso del de Locke, siguiendo ambos un sistema (lo que admito, pero no concedo,⁷⁰ para entablar el argumento), y habiendo pecado el primero por exclusivo, se infiere que en esa parte quedó destruido por el mismo Locke, pues si eran un mismo sistema estaban igualados en todo lo demás, menos en el punto de vista en que diferían; luego no fue menester que viniera el eclecticismo a hacer papel alguno, puesto que las extravagancias del sistema de Kant no pudieron conmovier el de Locke; prescindiendo de que el papel del eclecticismo en tal caso habría sido conciliar la divergencia entre Kant y Locke. Tampoco alegue V. ni por un momento que Cousin no dice asertivamente en la *Advertencia* que hay un sistema que afirma sin reparo no venir nada de los sentidos, sino lo supone por ejemplo”. Esto es confesar, en primer lugar, que yo tuve razón para llamarle suponedor, como a todo el que dice una cosa sin ser; en segundo lugar, cuando el contrario no admite la suposición y prueba, como a mi parecer lo hice yo, que no puede admitirse, entonces viene abajo todo el argumento que en la suposición descansaba; y así da V. a conocer que lo siente cuando no ha

70. Nos llevaría muy lejos el entrar aquí siquiera a calificar el sistema de Kant; pero ya se puede tener, sin temor de error, por diverso al de Locke, bien que Kant haya sido su continuador en alguna parte. Por lo demás, nadie ha descargado golpes más mortales que Kant a la Ontología, demostrando su imposibilidad. La verdad, se me figura cada vez más, que V. no ha leído a Kant. ¡Qué ideas tan distintas se habría V. formado de su sistema y de sus tendencias; y cuidado que yo no soy ningún partidario suyo!

tratado de defender el raciocinio sino como mera suposición. ¿Pero es posible que pretenda V. desconocer que cabalmente así, ni más ni menos, como tesis, es como presenta Cousin la cuestión en todo el discurso de sus obras psicológicas? Y siendo los sistemas diametralmente opuestos, no ha podido menos que ladearse a uno de los dos, y éste ha sido el espiritualismo no ya *embozado*, como V. dice, sino *desembozado*, a las claras; no el kantismo, ni el misticismo ni el fichteísmo, sino la impugnación de la doctrina de las sensaciones, que se atreve a denigrar no a refutar, tomando de ella para su sistema la única parte de verdad que puede haber en él. Pero es fuerte cosa que se venga V. a hacer el inocente en este punto, cuando le consta que todos los eclécticos se han dado el parabién de que su fundador reviviera el espiritualismo, como se encuentran repetidos testimonios en el *Ensayo* de Damiron en la historia de la filosofía del siglo XIX, y señaladamente en la *Oración inaugural* de Barthélemy St. Hilaire a su curso de texto aristotélico —libros que ha manoseado V. más que yo. ¿Y los escritos todos del mismo Cousin y de Jouffroy acaso me dejarán mentir? ¿Ni quien podía equivocarse en este particular? ¿No se empeñó el combate desde luego y en primer lugar con los sensualistas? Como que veían revivir las ideas platónicas bajo el estandarte del eclecticismo. Así, pues, entendámonos. 1. Yo combato la idea del eclecticismo en su esencia, como irrealizable, aun cuando sus partidarios se hubieran inclinado al sistema sensualista. 2. La combato como revividora del espiritualismo, por parecerme un sistema de todo punto equivocado. Con algunos espiritualistas, y sobre todo con los moralistas, también concibo cómo debe haberse enemistado el eclecticismo; porque esto de que tenga razón el que obra mal lo mismo que el que obra bien, no es cosa para poderse digerir por los entendimientos humanos: eso queda allá para los divinos como el de Cousin y sus sectarios; motivo, disculpa, es todo lo que puede haber en una opinión equivocada en moral, mejor dicho, mientras no la demuestren razones en contrario ¿Qué conciliación puede haber entre la opinión que antes tenía y la que ahora tiene? Todo lo que podrá existir es explicación y aún disculpa de su conducta, pero nada más. ¿Cómo han podido ser conciliadores los que vinieron al mundo para destruir doctrinas recibidas? Desde este punto de vista nadie fue más eminentemente antiecléctico que Jesús, el salvador del mundo, y sobre todo cuando dijo: *non veni pacem mittere sed gladium*;⁷¹ esto es, he venido a echar por tierra las groseras ideas que los hombres se habían formado de la moral, sin que por eso se entienda que derribo los hechos, o las cosas, para reemplazarlas por otras más sublimes y elevadas que

71. “no vine a meter paz, sino espada” (Mateo, X, 34, 37). Tesis central que desarrolla Unamuno en su gran libro *La agonía del cristianismo*. Vid. Polémica entre José de la Luz y Manuel González del Valle (Roberto Agramonte).

los mejoren y reformen. Y ved aquí todo el espíritu de la ley de gracia, que tan enérgica como felizmente expresó el Angélico Doctor en aquel famoso himno consagrado por la iglesia al sacramento de la eucaristía: *Recedant vetera, nova sint omnia!*⁷²

“Para el hecho de conciliar a sensualistas y espiritualistas (continúa V) bastaba la propensión en unos a darle la supremacía al cuerpo y en otros al alma, enseñándoles a entrambos que ni somos únicamente materia, ni puro espíritu, sino que coexisten los dos elementos en la íntima relación que es el misterio de nuestro ser”. Pues Locke, que es el padre de la escuela sensualista, y por lo mismo el que más expresamente ha sido impugnado por Cousin y su escuela, en ninguna parte de sus obras manifiesta, no digo propensión a poner a la materia sobre el espíritu, sino que con la mayor escrupulosidad está a cada paso distinguiendo el papel que a cada uno corresponde hasta en los más sencillos fenómenos de nuestra inteligencia. Entonces, pues, tenga, V. la bondad de señalarme qué es lo que halla el eclecticismo de reprehensible en la idea fundamental de Locke, reducida a esta proposición: “Son innatas las facultades, pero no las ideas”. Si el espiritualista sustentaba que ninguna idea venía de los sentidos, no podía conciliarse con el sensualista, que asignaba a las ideas distinta procedencia; y así conoce después que algunas ideas vienen de los sentidos, pero otras no, entonces no se vuelve ecléctico propiamente sino que, según V. mismo, lo que le sucede es no atreverse a negar contra el testimonio del sentido común la procedencia de las ideas que recaen sobre las propiedades de los cuerpos. ¡Tan cierto es, por más vueltas que V. le dé, que a este punto, esto es, al origen de las ideas de causa, sustancia, etcétera viene forzosamente a parar la cuestión! Es así que en este particular tengo demostrado que no cabe conciliación y volveré a hacerlo dentro de poco, cuando desbarate los medios conciliatorios que ofrece V. en el discurso de su papel; luego, ni cabe conciliación respecto del sensualismo, cual lo presenta Locke, pues él nada ha tenido que conceder a los espiritualistas, y éstos sí se han visto forzados a hacerle una concesión importante, ni es posible refutarle (me contraigo a su idea fundamental, que hay en él sobrado que impugnar), no ya conciliarle, sin suponerle lo que no ha dicho, esto es, sin hacerle profesar el materialismo, o un principio que a él conduzca. Demostrado ya que no cabe conciliación entre el sensualista y el espiritualista, aún convenidos en algún punto, y viniendo los hechos en apoyo de esta consecuencia, toda vez que la contienda se ha empeñado más encarnizadamente entre los sensualistas y espiritualistas modificados —o llámense *pseudo-eclécticos*— veamos ahora si podría haber más esperanzas de esta suspirada conciliación en el caso que V. presenta de un materialista neto y de un espiritualista puro. Ahora está el negocio en peor pie, pues negando el materialista hasta la existencia

72. “¡Apártese lo viejo; sea todo nuevo!”.

del alma, no hay asidero de ningún género para asentar la obra de la conciliación. No niega el materialista al espiritualista los hechos, esto es, no le niega que percibe, juzga, raciocina, y tiene conciencia, etcétera; pero atribuye estos fenómenos a la materia o a las fuerzas que residen en la materia, al paso que el contrario asegura no poderlos concebir sin admitir la existencia del espíritu; luego no cabe conciliación: una de las dos opiniones ha de quedar por tierra; ambas no pueden vivir simultáneamente.

¿Cree acaso el ecléctico conciliar extremos tan opuestos, haciendo mérito de que el espiritualista hace la gran concesión al materialista, del papel que representa el cuerpo en un sinnúmero de fenómenos? Bien ¿y qué es lo que cede la otra parte? Nada, en el caso del materialista neto: de modo que es menester derribarlo de todo punto, y esto no se ha llamado nunca conciliar sino refutar; bien escoja V. el otro extremo, señor Ecléctico, del sensualista racional, que no es materialista; y éste le dirá a V.: “¿qué viene V. aquí a conciliar? ¿Cuándo he negado yo al espíritu el lugar que le corresponde? Entonces somos amigos, me contesta el ecléctico. Lo será V. ahora fresco y flamante, porque hasta este momento se ha estado desgañitando por impugnarme a mí que soy ese sensualista moderado (Locke) y hasta candoroso, y ha estado V. diciendo que el sistema de la sensación, cual yo lo propongo, porque a mí es a quien V. impugna, es erróneo y estrecho y no alcanza a explicar todos los fenómenos de la inteligencia; y si bien me hace V. el favor de lavarme de la mancha de materialismo, sostiene que en mi doctrina (que también V. admite ahora) se halla este germen perjudicial que después ha dado su fruto de maldición en manos de mis discípulos y sucesores. Así que, si estas fatales resultas son una consecuencia forzosa del principio, admitiendo V. el principio, ha de venir a parar al propio abismo, o no se puede V. librar de él sino por el portillo de la inconsecuencia. Elija V., amigo mío; porque ha caído en Scilla, queriendo huir de Caribdis.

Yo sostengo que el entendimiento del hombre antes de las impresiones de los sentidos está como una tabla rasa, *in qua nihil est depictum*,⁷³ sin privar por eso al espíritu de su actividad natural, esto es, de las facultades que se le han dado, pero aun no ha ejercido. Ideas sin sentidos... *prolem sine matre creatam*;⁷⁴ ideas sin entendimiento... *prolem sine patre creatam*.⁷⁵ Es decir, que para que nazcan las ideas, necesitan padre y madre. Si yo soy ecléctico en el fondo, como dice V., al sustentar esta doctrina, también es el célebre Juan Locke legítimamente, porque esa es la misma, mismísima suya, sin quitarle ni ponerle ni un ápice. ¿Y entonces para qué tanto empeño en refutarle por parte del fundador del eclecticismo, digo, y

73. “en la que no hay nada representado”.

74. “prole creada sin madre” (por generación espontánea).

75. “prole creada sin padre” (por generación espontánea).

no en refutarle solamente en varios pormenores en que es tan refutable, sino precisamente en refutar su sistema, su idea fundamental como exclusiva? ¿Dónde está esa exclusión? ¿Ha excluido él acaso al entendimiento en la formación de las ideas? ¿No se propuso darnos su génesis y filiación? ¿Y qué otra cosa ha hecho? ¿Ha dicho jamás por ventura que los sentidos formaban ideas? Lo único que ha afirmado es que la sensación y la reflexión (en el sentido que él toma esta palabra) son la fuente de toda idea, así como la causa de toda sensación está en los mismos cuerpos, pues aún los órganos internos son externos respecto del alma. Sería hasta una insensatez, o por lo menos una superfluidad, el decir que las ideas venían del alma, cuando ya todos saben —esto es claro y nadie pretende negar; excepto el materialista neto, y aun ése no pretende que se entienda con los ojos, sino con el cerebro donde para él reside la inteligencia—, que el alma es quien las forma. Porque la cuestión, así para Aristóteles como para Locke, era de dónde vinieron y con qué motivo están tales y cuales ideas en nuestro espíritu; y aún esta cuestión tuvo lugar respecto de Aristóteles, a causa de haber habido un Platón que atribuyese el origen de las ideas al mismo entendimiento por sí y ante sí; y respecto de Locke, por haber revivido los cartesianos las ideas innatas, tan opuestas a las creencias de la humanidad, a que tanto y tan a menudo apelan los señores eclécticos cuando se ven algo apurados. ¿Quién que haya tratado de las ideas, puede prescindir del entendimiento? Hasta la obra misma de Locke se titula *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Así que hubiera sido una sandez, sobre ser una redundancia, al investigar la causa de las ideas, haber salido con la peregrinada de que provenían del entendimiento; ni más ni menos que si un político, al exponer las causas de una revolución, nos viniera con que a los hombres debían atribuirse. Medrados quedarían los que fuesen a buscar instrucción en semejantes expositores. ¿No es vergonzoso para los eclécticos que no pudiendo refutar al sensualismo como es en sí, le supongan falsamente que los sentidos obran con independencia de la razón para confeccionar las ideas? Tienen que fingir un absurdo, que nadie dijo, para aparecer victoriosos y conciliadores. De mí sé decir que me sonroja estar defendiendo con tanto ahínco doctrinas que ya hace tiempo pasaron en mí el hacerlas triunfar; porque ellas han triunfado mucho ya, como que son la expresión rigurosa de la verdad. No hay arbitrio: es dar coces contra el aguijón, buscarle a la humanidad otro punto de partida que la sensación. Más filosofía que todos los eclécticos juntos alcanzó el poeta cuando dijo: *Non ignara mali, miseris succurrere disco*.⁷⁶

Entremos ya en el párrafo 3º de V. donde relucen sus fuerzas conciliadoras, para demostrar la posibilidad del eclecticismo; y ahora veremos si con lo dicho arriba pueden tener lugar las alegaciones de V. en favor de su

76. "Por no ignorar el mal, sé socorrer a los desgraciados". (Virgilio, *Eneida*.)

estrechado cliente. “Sostienen unos —dice V.— que las ideas de espacio, tiempo, etcétera, vienen de los sentidos, y otros que de la razón”. Sí, de los sentidos; pero no de los sentidos mundos y lirondos, con la independencia de la razón, sino de los sentidos, o de la sensación como de causa o raíz que proporciona los materiales para que fabrique el entendimiento, y tan es así, que el sensualismo considera como abstracciones y como deducciones ciertas ideas que los espiritualistas y sus bastardos hermanos, los eclécticos, miran como intuitivas, es decir, que según los primeros tiene más que trabajar el entendimiento en ciertos casos que no según los últimos, siendo más difícil para el espíritu *abstraer e inducir* que el meramente *percibir o intuir*. Con que por este lado resultan más espirituales los sensualistas que sus espirituados adversarios. Pero sigámosle a V. paso a paso en leal y franca discusión, que es la única fruta que por acá comemos y damos a comer: “Pregunta el ecléctico --continúa V.-- a los sensualistas la razón de su sistema y aquéllos le responden: el espacio viene de los sentidos, porque si yo no veo un cuerpo, no sé que hay espacio.” Y dice admirablemente el sensualista, y dice una cosa que nadie se la puede negar, y que no admite interpretaciones, ni conciliaciones, y que quien diga lo contrario yerra. Hay más. ¿Cuál fue el problema que se propuso el sensualista? Asignar su origen a esta idea de espacio que todos tenemos en nuestro entendimiento; y se entiende, con decir idea de espacio, que ya se habla del entendimiento, porque aún cuando hubiera espacio no se formaría idea del mismo sin la intervención del entendimiento. Todavía más: ni aún las ideas de las propiedades de los cuerpos pueden formarse sin la intervención de la inteligencia, siendo así que una cosa es ver el color, v.g., y otra el saber que lo veo. Vuelvo a preguntar para seguir el hilo del discurso: ¿cuál fue el problema que se propuso el sensualista? Señalar la procedencia a esta idea de espacio. ¿Lo consiguió o no lo consiguió con la solución que le ha dado? Tan seguro es que lo ha alcanzado, no ya solamente porque no sabe si hay espacio en no viendo cuerpo, sino porque la extensión está embebida en el cuerpo; y cuando considera a la extensión sin las demás propiedades del cuerpo entonces es cuando concibe el espacio. No es esto confundir la idea de espacio con la de cuerpo, como tan temerariamente pretende Cousin, pues el que saca una cosa de otra, con el mero hecho de sacarla ya la distingue, porque la saca para considerarla separadamente. Así el geómetra en el mismo espacio considera sólo la línea, consideración que le sugirió todo el espacio y que ahora distingue de él, por mirarla separadamente y en contraste con la superficie y con el cuerpo. Pero ¿de dónde sacó su entendimiento la línea? ¿Tenía él por ventura líneas trazadas en su cerebro, o en su espíritu? ¿No vio, no tocó la terminación y figura de los cuerpos? ¿No vio, no tocó el espacio que media entre dos cuerpos, sin presentarse la resistencia? ¿Sabe V. lo que se me antoja decir? Que no como quiera se necesita por lo menos de dos cuerpos para que se despierte primero esa

consideración por separado, como abstraída del cuerpo, en el entendimiento del hombre, que necesita de mucho estímulo a los principios para llegar a percibir. Ni vale venir con el sofisma de Cousin —que no merece otro nombre— que el espacio se distingue del cuerpo, lo cual es una verdad palmaria, y que es confundirlo con él, deducirlo de él, gastando hojas enteras en ejemplos y reflexiones para convencer que bajo la palabra cuerpo se entiende la resistencia, el color, la dureza, etcétera. ¿Quién ha dicho jamás lo contrario? Sí, señor Eclético, bajo la palabra cuerpo se entiende la resistencia, el color, la dureza... y la extensión también; como que todas ellas son propiedades que en el cuerpo residen y lo constituyen, pero ¿quién me impide considerarlas separadamente? Más diré: puedo ir las excluyendo una a una, y hasta excluirlas todas, menos la de extensión, que si esa excluyo, venimos a parar en la nada, cosa de que no tengo idea, y que sólo significa algo como un signo negativo para excluir cualquier cosa de que se trate. La extensión multiplicada, como que es una cantidad, y puedo hacerlo, la llevo a considerar como ilimitada; luego el espacio, desde este punto de vista, es una concepción de relaciones lo mismo que el número. ¿Pretendería V. que el entendimiento formara sin los objetos idea de izquierda y derecha? De ninguna manera. El lenguaje no representa más que los objetos, sus propiedades y sus relaciones. No puede ofrecer más la ciencia humana. Sensaciones o signos que las representan y las suplen; y aquí tenéis cómo siempre venimos a parar a este resultado destructor de todo sistema que no sea el sensualismo, que no es ya un sistema sino la historia fiel y ordenada de los hechos. En este sentido he dicho que hasta la idea de Dios es para nosotros relativa; esto es, que nos elevamos al conocimiento de Dios por la contemplación de los objetos de la naturaleza, cuyo concierto, armonía y destino de unos para otros nos está revelando a cada paso la inteligencia y plan que reina en la obra, y por consiguiente en el artífice supremo. De suerte que aún cuando Dios sea un ente absoluto, esto es, independiente de los demás seres, su idea no es para nosotros más que una pura relación. Esta es la condición *sine que non* de todo cuanto entra en el espíritu del hombre.

Prosigamos con el proyecto de conciliación de nuestro *Tulio*. “Diríjese a los contrarios el eclético —continúa V.— y obtiene contestación: la inteligencia es quien me da el espacio, porque yo ni lo veo, ni lo toco; se resiste a pruebas materiales; creo en él porque lo concibo”. En efecto —replicará el sensualista— sin inteligencia no hay idea de espacio; pero si no lo vieras, o lo tocaras, en punto menor, no podrías elevarte a figurártelo, a fingírtelo como ilimitado en punto mayor, pues propiamente como ilimitado no lo concibes, y en prueba de ello dices que lo pierdes de vista, o que te pierdes en lo infinito, lo mismo que cuando calculas con el número; porque el espacio es propiamente el *número* de la *extensión*, o el resultado de la multiplicación de la extensión por sí misma; y por eso hay espacio

limitado e ilimitado: *limitado* que veo y toco, *ilimitado* que concibo por el que he visto y tocado; y aún la palabra *ilimitado* no se puede admitir absolutamente, sino con relación a otra cosa mucho menor. Por eso tuvo harta razón el gran Leibnitz cuando dijo que “en cuanto a él, había notado más de una vez (en sus escritos) que tenía el espacio por algo *puramente relativo*; por un orden de coexistencias, como el tiempo es un orden de sucesiones”. ¿Habrás visto cosa más material que el fundamento de la idea de espacio, que es la misma extensión? ¿A qué, pues, suponer que estaba en el entendimiento de antemano, cuando éste la había de formar forzosamente en virtud de las impresiones de extensión?

Sigue V: “Entra, pues, el ecléctico y le arguye al sensualista de esta suerte: Tienes razón en afirmar que sin ver el cuerpo, jamás sabrías del espacio... (pues tengo razón en todo, porque jamás he pretendido otra cosa); pero atiende a que el requisito previo, la condición de una cosa, por indispensable que sea, no la constituye, ni le presta vida...”. Esa advertencia puede dirigirse más bien a mis contrarios que quieren prescindir del cuerpo, y a mí me vendría de molde, si yo hubiera prescindido del espíritu pero jamás he hecho la cuenta sin la huésped, sosteniendo que en el espíritu hay facultades innatas que trabajan y se desarrollan con los materiales presentados por los sentidos. Nadie ha dicho jamás que las ideas se hacen por sí solas. ¿Cómo se pueden concebir ideas de cualquier clase que sean, sin objetos, sensaciones y entendimiento? Así, pues, V, al explicar el eclecticismo, se ha convertido en sensualista neto, y esto ni más ni menos le sucede a Cousin después de tanta cháchara, porque después de estar hojas y más hojas impugnando el sistema de la sensación, y declarándolo estrecho, miserable y exclusivo, venimos a parar en que Locke tiene razón en el orden cronológico, que es el único orden de que se trataba, y en que él por supuesto pretendió tenerla. Lo que sí es más miserable que todo esto todavía es cotejar la lección 17^a con el final de la 22^a de Cousin en donde se le cae de los labios que el entendimiento es el innato, sin decirlo entonces ni negarlo de las ideas, y apelando al ardid de la ocasión, que es el barquichuelo de salvamento, y con otras palabras la misma doctrina de Locke. Estos son los frutos forzosos de ese eclecticismo universal: o la suposición, o la contradicción. Luego es de todo punto imposible, quimérico, en la ciencia, quedando relegado a los negocios de los hombres, a la política y hasta al arte, en donde puede haber *juste milieu*⁷⁷ pero ¡en la ciencia! *ad kalendas graecas*.⁷⁸ Motivo tendrá lo viejo, como lo tiene lo nuevo, pero siempre ha de predominar uno de esos porqués, pues ambos a la vez no pueden estar; se excluyen irremisiblemente, uno entra, porque el otro no cabe ya, o porque

77. “justo medio”, transacción.

78. “hasta las calendas griegas”.

ha venido una razón más fuerte a vencer a la otra. Pero voy más adelante: aún suponiendo que se concilian en ciertas opiniones cediendo, siempre la transacción habría de ser de las unas respecto de las otras; siempre, pues, tendrían que perder algo de lo suyo las viejas a presencia de las nuevas. Esto lo pide la invariable ley del progreso. Pero más abajo volveremos a tocar la ya cansada cuestión del eclecticismo.

Continuemos probando a *Tulio* que con su símil del pedernal y el eslabón es sensualista de clavo pasado... Efectivamente, el pedernal es el objeto, el eslabón el entendimiento, el choque la sensación, y la lumbre la idea. Es decir, sin objeto, sin entendimiento y sin sensación no hay idea. Pero nadie duda que existen el objeto y el entendimiento, y sólo se quiere saber como éste se impuso de aquél. Por la sensación, es la respuesta; luego sin sensación, aunque hubiera objeto y entendimiento no habría idea, bien que aquellos ingredientes sean asimismo indispensables. No olvidemos por un momento en esta cuestión, que son varias las facultades de nuestro espíritu, incluso bajo el nombre de entendimiento. ¿Pero porque tengamos diversas facultades, hemos de pretender que teníamos diversas ideas? ¿Cómo nadie ha pretendido acordarse de lo que no ha aprendido, no obstante de tener su memoria? ¿Y por qué se ha de pretender haber percibido sin sentir, y haber abstraído sin haber percibido? ¿No estamos pues, dotados de estas varias facultades para llegar a todos los conocimientos acerca de los objetos? ¡Qué! porque el entendimiento tenga virtualmente todas las facultades, ¿se ha de pretender que tenga las ideas, cuando ni aún todas las facultades aparecen hasta mucho tiempo después de haber venido el hombre al mundo? ¿No están nuestros ojos perfectamente organizados para ver desde que nos hallamos en el seno materno? Y sin embargo, ¿vemos hasta que hayamos visto? Nadie emplea más los símiles que la escuela espiritualista o ecléctica, porque nadie los necesita más, atento a que hay doctrinas en ella que sólo existen en la comparación, por ser meras hipótesis; y sin embargo esta misma gente, de buena o mala fe, se empeña en tomar al pie de la letra el símil exactísimo, como habrá pocos, de que el entendimiento del hombre, antes de entrar en ejercicio por medio de los sentidos, está como *una tabla rasa, en la cual nada hay pintado*, dando a entender que con él se destruye la actividad de nuestro espíritu, cuando aparece demasiado claro que se compara el entendimiento a una tabla rasa o lienzo sólo bajo el respecto de no haber en él idea alguna, *nada pintado*; pero no porque reciba sin operar, como le sucede a la inactiva tabla. Que si se dice todavía que así resulta nuestra alma pasiva en vez de activa, porque necesita recibir el impulso de afuera, contesto que, llámese como se quiera, tal es el hecho; que la misma escuela ecléctica lo concede cuando afirma que tal es la *condición* indispensable para que opere el alma; y que el alma sería puramente *pasiva* sólo cuando no tuviera facultades, o cuando estas facultades fueran producidas por los objetos o por las sensaciones; y nadie

pretenderá que sus facultades las deba a las causas externas, sino a su propia constitución. Hasta el hombre menos instruido ¿no tiene puntos de comparación para convencerse de ello? ¿No ve que sus ojos, sus manos, sus oídos y todos sus sentidos han salido perfectamente organizados del seno materno para desempeñar sus funciones? ¿Cómo, pues, ha de creer que su actividad pende de los objetos externos, ni que éstos puedan comunicarle lo que ellos no tienen? Su experiencia, su sentido íntimo, le dirán otro tanto respecto de sus facultades mentales. Cese, pues, ese vano clamoreo, o vana declamación de que se destruye la actividad de nuestro noble espíritu, por compararle a una tabla rasa antes de entrar en ejercicio; y cese el empeño de afirmar que el principio aristotélico de *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*⁷⁹ necesita del agregado leibniziano de *nisi intellectus ipse*,⁸⁰ cuando no como quiera está subentendida la inteligencia sino expresada en el axioma de Aristóteles. Así que no es falso lo que dice Leibnitz, pero sí redundante, estando por demás insistir en que es un falso testimonio el que se ha levantado a la doctrina de la sensación con aseverar que su celeberrimo principio era destructor de la preciosa actividad de nuestro espíritu. Así, pues, amigo mío, no se fie V. de esas palabrotas aún en boca de hombres distinguidos, que afirman de la doctrina de la sensación que es estrecha, que no explica todos los fenómenos, que destruye toda la actividad mental, que todo lo vuelve impresiones, que es rastrera, mezquina e indigna de los hombres de bien, y otras flores de esa jaez. V. diga siempre: las pruebas: vengan las pruebas, y nada más que las pruebas. Y después que se las den, cotéjelas con las que alegan los mantenedores de la contraria, y pesándolas en su fiel balanza, decida con pleno conocimiento de causa; para lo cual necesita empaparse mucho en la ciencia del hombre físico y moral, y aún en la marcha del entendimiento, siquiera en los principales ramos del saber humano; no consulte a los autores puramente metafísicos, porque esos están ya legítimamente recusados como jueces, o son más bien sólo partes, y partes muy interesadas; y aún como testigos son recusables, por no haber visto todo lo que hay que ver. Pueda ser que algún día se acuerde V. de estas discusiones, y de lo más íntimo del corazón exclame: “cuanta razón tenía mi contrincante en recalitar siempre sobre la materia, diciendo: *expende Annibalem, quod libras in eo invenies?*”⁸¹ V. si es ingenuo me dirá dentro de poco tiempo: ¿cuántas libras pesan Cousin y toda su escuela en las cuestiones filosóficas?

Yo me he llegado a persuadir de que V., sin acabar la lectura de este papel, abjura semejantes opiniones, o por lo menos hace el firme propósito

79. “Nada existe en el intelecto que no haya pasado previamente por los sentidos”.

80. “Excepto el intelecto mismo”.

81. “¿ofreces a Aníbal porque lo encuentras de mucho peso?”

de someterlas a un severo examen, con lo cual quedaría lleno el fin principal que me ha hecho tomar la pluma. Empero, como prometí seguirle a V. paso a paso, tengo ya que cumplir mi palabra, de lo cual además, lejos de seguirse inconveniente alguno, resultaría mejor cumplido aquel mismo objeto preferente. Sigamos, pues. Para contrarrestar el ecléctico al idealista tiene precisamente que convertirse aquél en sensualista. A fin de demostrarlo no tengo más que reproducir las mismas palabras de V., que no me dejarán mentir: “Pasa ahora —dice V.— a contrarrestar al idealista, y le pone delante que si bien se funda en sostener que su razón le da el espacio, se extravía en no reconocer que nuestra mente, por fecunda que sea su virtualidad, no entra en ejercicio mientras no se cumplen ciertas condiciones sensibles, y que de nada le serviría su facultad de concebir el espacio, si le faltase el otro término forzoso: los objetos. Ved aquí al eclecticismo uniendo verdades diversas, no contrarias”. No, digo yo: ved aquí al eclecticismo convertido en sensualismo para refutar al espiritualista que se extravía; no puede hacerlo sino con el arma que el sensualismo le proporciona; mejor dicho —con las mismas palabras de mi contrincante—: “se extravía en no reconocer que nuestra mente, por fecunda que sea su virtualidad, no entra en ejercicio mientras no se cumplen ciertas condiciones *sensibles* ...”; pero este es cabalmente el credo de la escuela sensualista, y sobre todo como lo presenta su fundador Locke, blanco principal de las impugnaciones de Cousin, como he demostrado hasta la última evidencia, sin que pueda decirse que yo haya modificado la doctrina del sensualismo para defenderla, pues en esta parte ni he añadido ni quitado a la doctrina de Locke. Luego no puede quedar en pie el eclecticismo como tal, sino que, en este caso, un hombre que se llama ecléctico en el sentido de conciliador de sistemas, no ha hecho otra cosa que derribar al espiritualista, que acabar con su sistema. Que consistía en atribuir exclusivamente al espíritu la procedencia de las ideas. ¿Y cómo lo ha echado por tierra? Con el arma misma del sensualismo, con su doctrina fundamental; luego ha quedado éste triunfante y victorioso. ¡Qué clase de conciliación —será conciliación *ecléctica*— ésta de quedar uno en el polvo, y el otro con la cabeza erguida y levantada! Porque no debe echarse en olvido que al sensualismo no le embona el cargo de exclusivo, pues él jamás ha dicho que todo lo hacen los sentidos sin el entendimiento, como los otros todo el entendimiento sin los sentidos. Así, pues, si se admite la cooperación de los sentidos y el entendimiento, no hay en ello, es verdad, un *híbrido sincretismo*; pero quien tal admita, ya dejó de ser ecléctico en la acepción que ha dado el señor Cousin a la palabra; esto es, un sistema que puede conciliar las opiniones antiguas con las nuevas. No hay arbitrio: la razón de la vida de las unas es la muerte de las otras; de lo contrario tendríamos efectos sin causas, en que laboran con harta frecuencia los espiritualistas y sus cofrades, los pseudo-eclécticos. Pero ¿no ha reparado V. que insensiblemente vino a traer la

cuestión a su propio terreno, en cuanto acometió la empresa de conciliar a espiritualistas y sensualistas? Desengáñese ahora por su propia experiencia. No es posible entrar en materia sin venir a parar en la procedencia o filiación de las ideas: ahí está el gato: no puede ser otra la dificultad sustancial: esa que se negaba por usted, ya que se resistía al principio de su papel. Si, pues, *no hay más que una verdad*, como V. proclama, dígame francamente en cual de los dos sistemas está, sin que valga alegar que esa *verdad tiene varios aspectos*, pues la cuestión está contraída a una sola cosa y desde un solo punto de vista; mejor dicho, si de un lado se mira bajo un aspecto, y del otro bajo aspecto diverso, ¿hay verdad en el uno y en el otro simultáneamente? Bien pudiera ser que en ninguno de los dos estuviera la verdad; pero no es ese el caso, pues suponemos que en uno de los dos está. ¿En cuál de los dos?

No es exacto decir, por lo demás, como asienta V., continuando, que “la verdad se puede considerar por partes”; pues para hablar con todo rigor debe decirse que siendo los objetos tan compuestos y presentando tantas relaciones, cada una de estas relaciones que descubrimos es una nueva verdad, de suerte que el conocimiento total del objeto se compondrá para nosotros de un conjunto de verdades; si pues no conocemos todo el objeto, diremos que sólo lo conocemos en parte; pero esta relación de la parte no dice relación a la verdad, sino a la naturaleza del objeto, porque verdad es la congruencia de mi idea con las realidad de las cosas. Ejemplo: el hombre es objeto de muchas ciencias, en cada una de las cuales hay muchas verdades descubiertas e infinitas por descubrir; pero cada verdad descubierta no es una *brizna* de verdad, si es realmente verdad. Así que no es verdad lo que por tal se tiene o se ha tenido siglos y más siglos, sino lo que nunca ha podido destruirse. Cuando Arquímedes, fuera de sí, salió gritando por las calles de Siracusa *inveni! inveni!*⁸² al hallar la resolución a su gran problema, tuvo harto motivo para entusiasmarse; porque halló *toda* la verdad, y no una *brizna* de ella en la materia de que se trataba. El símil de la brizna cuando más podría tener lugar respecto de aquellos primeros albores con que se anuncia la verdad a un espíritu investigador, es decir, cuando hallándose el alma todavía en el congojoso laberinto de las conjeturas, concibe la esperanza de salir al campo limpio y despejado de la verdad. Más claro todavía: la verdad descubierta por Arquímedes es y será verdad hasta la consumación de los siglos, mientras no se altere la naturaleza de la materia. Se podrá adelantar en la hidrostática, como en efecto se ha adelantado después de Arquímedes; pero esos adelantos son nuevas verdades que han conquistado la ciencia sin haber destruido las antiguas: lo que se ha destruido es lo que no era verdad. Laplace ha adelantado la ciencia astronómica siguiendo las huellas de Newton, no destruyendo las verdades descubier-

82. “¡Lo he descubierto! ¡Lo he descubierto!” (Es el “Eureka” de Arquímedes).

tas por este hombre extraordinario, sino haciendo otros descubrimientos, o corrigiendo no las verdades, sino los errores en que hubiese aquel incurrido. Así es que lo único en que puede haber error es en las opiniones de los hombres: porque éstos, y sobre todo los espiritualistas, con un análisis incompleto, se lanzan en derechuras al abismo de las hipótesis... No se podrá hacer este cargo al fundador del sensualismo en la idea fundamental de su sistema.

LIX

SEXTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(Manuscrito de octubre 30 de 1839,
publicado por Alfredo Zayas, *Obras*, t. I, pp. 323-342)⁸³

En cada ciencia hay forzosamente un encadenamiento en los raciocinios, independiente de la adquisición de la lógica como ciencia aparte, y con mayor razón independiente de la lógica cual se profesa en nuestras aulas, en cuya enseñanza se incluyen la Psicología e Ideología.

Luego el articulista viene a parar en lo mismo que con todas mis fuerzas estoy yo inculcando desde un principio. Tenemos, pues una de tres: o contradicción, o *reductio ad absurdum*, o convenir conmigo; no dudando que el señor Adicto se adhiera a este último partido, no por virtud mía propia, ni gracia, *gratis data*,⁸⁴ sino en fuerza de mis demostraciones y de sus propias palabras.

6º.⁸⁵ La diferencia entre lógica práctica y lógica natural que quiere Adicto establecer, le empeña luego en un laberinto de que absolutamente no puede salir, y entre otras enredaderas con que se ha enmarañado se halla esto que sigue, que no acierto a calificar; ni aún a bautizar: “La práctica de esta

83. El presente artículo es inédito, pues no obstante haber autorizado su publicación la censura, según aparece en el manuscrito que poseo, no llegó a publicarse. Al referido manuscrito le faltan las primeras hojas (Alfredo Zayas).

84. “por condescendencia graciosa”.

85. Como se ve, se han perdido los desarrollos de las proposiciones 4ª. y 5ª. de las formuladas en la página 304 (Roberto Agramonte).

ciencia está precisamente, como ya he dicho, (así continúa repitiendo por fundamento inconcuso en su concepto ese error a todas luces manifiesto) en la teoría de las demás, y así juzgo más propio llamarla lógica práctica que lógica natural, dándole un carácter diverso al que tiene por el estudio que hacemos de sus reglas y principios, o el ejercicios de éstos; y a diferencia de las demás ciencias que las calificamos por la mera especulación de sus doctrinas o la ejecución de ellas”. Todo lo que yo, ipecador de mí!, puedo sacar en claro de tanto embolismo es que Adicto toma la palabra teoría como sinónimo de ejercicio de las facultades en las ciencias; y como halla este ejercicio en todas ellas, de ahí deduce que tal ejercicio o práctica es la teoría de toda ciencia.

7°. A nada conduce asentar lo que nadie se atreverá a negar: “Que la moral es universal y superior y anterior a todo sistema”; pues eso ni estorba que en la moral como ciencia haya sistemas, ni que los sistemas influyan en la práctica de la moral. La cuestión no es, ni puede haber sido, más que mostrar el atraso respectivo de las ciencias intelectuales, sirviendo para el caso, muy especialmente, la divergencia de opiniones que en ellas ha reinado y reina entre los varios pueblos, entre las varias épocas, y aun entre los sabios de la misma época.

8°. Es muy digno de notarse el modo con que, sin percibirlo, confiesa paladinamente nuestro articulista la necesidad en que está el hombre de comenzar por lo de fuera, y esto cabalmente en el párrafo que sigue a aquel en que trata de probar lo contrario. Y apunte usted contradicciones, que se me va perdiendo la cuenta. “Al contemplar el hombre en derredor de sí, en los primeros días de su existencia social, la multitud de objetos que a porfía la naturaleza pródiga le presentara, como otros tantos estímulos encaminados por sus sentidos para despertar su razón aletargada hasta entonces por la ignorancia...” y por este estilo continúa expresándose, todo lo cual puede considerarse como un comentario o ampliación de mis propias doctrinas, bien que recargado con algunas especies inconducentes y lugares comunes.

9°. Es lo más singular del mundo el lenguaje que adopta en seguida el articulista contrastado con el que usa después en otros lugares. No puede haber nada más contrario a su propósito que lo que él mismo asienta, pues todo se reduce a persuadir de que el hombre comenzó por la observación de la naturaleza, y que posteriormente las necesidades sociales le obligaron a estudiar también la moral. Y el que por este propósito se afana, es el mismo que declara después no haberle convencido esta proposición mía: “Primero ha de comenzar el hombre por lo de fuera, que por lo de dentro; mejor dicho, no puede conocer su interior sino precisamente en virtud del conocimiento de lo exterior”. ¿Extraña el lector esta continuada contradicción, al punto de dudar si el articulista tenía bien a la mira el blanco de su propósito? Pues todavía ha de subir de punto su maravilla cuando repa-

re en el salto con que hace la transición a Carlos Comte, amén de la contradicción palmaria (eso ya en su pluma es *conditio sine qua non*) en que incurre con otro lugar muy notable de su escrito; pero no contradicción así como quiera, de éstas que muchas veces más consisten en las palabras que en las ideas, por la mala aplicación o falta de inteligencia de las primeras, o de aquellas otras muy embozadas que no suele percibir el que escribe en el calor de la composición, ni en ocasiones sino muy pocos de los que leen: trátase de una contradicción en el espíritu o alma del asunto, en términos de tener casi al fin de su escrito por un error de Comte aquello mismo que ahora le va a atribuir como su mayor lauro. Recae nada menos la contradicción que sobre la idea fundamental o maestra de la famosa obra del citado publicista; a saber: sobre la demostración de que las ciencias morales son ciencias de observación tanto como la Física o la Química.

La única salida que encuentro yo a nuestro Adicto, es achacar el desliz a falta de memoria, pues siendo su papel algo extenso, pudo olvidársele al fin lo que tenía estampado al principio; pero si padeció olvido en materia tan esencial, es prueba de que sus ideas no están claras ni determinadas en el particular, y he aquí cabalmente el achaque de que más adolece su escrito y el tono que realmente lo caracteriza. Pero vengamos al salto o extraño modo de hacer la transición, y es lo cierto que en el momento de extractar sus palabras, crece, si cabe, mi sorpresa. Efectivamente, después de terminar la idea que da sobre el origen de la sociedad, del derecho y de la civilización, se propone la siguiente objeción, que es menester que diga que lo es para que se conozca por tal, contraída al sistema que expone, pues amén de ser una gran verdad, le proporciona el más firme apoyo y puede considerarse como el espíritu o quintaesencia de la doctrina que sustenta.

“Pudiera decirse quizás, dice, que demasiado temprano abandonó el hombre el estudio y examen de la naturaleza, para lanzar su razón en el campo de las especulaciones metafísicas”... y así es la verdad, como ya demostré al *Dómine* primero y a usted después; bien para hablar con más exactitud, debemos decir que esas cuestiones metafísicas las hallamos en la cuna de la sociedad siempre mezcladas y confundidas con las cuestiones físicas, no empero abandonadas éstas por aquéllas ni independientes unas de otras. “Contestaré a esto, continúa, (¿quien había de esperarse que Adicto se pusiera a contestar lo que más le favorece?) que las tres ciencias mencionadas (alude a la Moral, la Legislación y la Política) no se basan, como equivocadamente se creyó hasta aquí, en teorías e hipótesis sistemáticas, sino en la naturaleza de las cosas y la exacta observación de los hechos, como lo prueba hasta la evidencia un ilustre escritor francés de nuestra época (alusión a Carlos Comte); de modo que hoy debemos mirarlas, cual han sido siempre de hecho, hijas de la observación, de igual manera que a la Química, la Física, y demás que llevan este nombre por antonomasia”... Pero aquí hay mucho que desenmarañar y que cortar. En primer

lugar; nadie ha creído, ni podido creer; que las ciencias morales se basen en teorías e hipótesis sistemáticas, pues versan en realidad sobre la naturaleza de las cosas, o sean los fenómenos que ofrecen a la observación, para explicar los cuales se imaginaron los sistemas.

Es mucha verdad que éstos se hallan en la ciencia y han perjudicado a sus progresos, por haber apartado a sus cultivadores muy a menudo de continuar por la senda segura, única segura, de la observación, persuadidos de que les bastaban las fuerzas de su entendimiento, esto es, que podrían proceder *a priori*, autorizados en su equivocado concepto por la misma naturaleza que a dichas creencias atribuían, pero de esto a decir que éstas versan sobre los sistemas hay una distancia inmensa. Las ciencias versan sobre los objetos, sobre las realidades, pudiendo ser más o menos eficaces los métodos o procedimientos que se emplean para estudiarlas o más o menos fundadas las explicaciones que se inventen para darnos cuenta de los fenómenos, o sea de las realidades. Nadie duda que así los métodos como los sistemas influirán considerablemente en el adelanto de la ciencia, y por lo mismo que sea muy conducente y muy debido aplicar el método experimental para acabar con las hipótesis y llegar más pronto y seguramente a la verdad. Así la verdadera ciencia está cifrada en la observación, y por lo mismo jamás podría decirse que lo estuviese en los sistemas exclusivamente. Tampoco puede afirmarse así en absoluto que las ciencias morales hayan sido siempre de hecho ciencias de observación: efectivamente que para ser tales ciencias, deben haberlo sido de tal manera, pero ni han sido siempre miradas como de observación, ni es en ellas ciencia todo lo que ha aspirado a este timbre. Y así es como se entiende a Comte, y como se le halla muy consecuente en su doctrina, reducida a demostrar que las ciencias morales no pueden progresar sino por la vía de la observación, y por consecuencia forzosa que sus pocos progresos o sus pasos retrógrados se deben imputar principalmente a la falta de aplicación de tan precioso método. Y ved ahí, sencillamente desarrollado, el modo extraño con que nuestro Adicto hizo la transición sobre Carlos Comte.

10º Ya noté en mi refutación general que el que leyerá algunos trozos sueltos, y aun columnas enteras de papel de mi antagonista, lo creería el primer sostenedor de mis doctrinas; siendo por lo mismo muy singular que me diga y me predique como cosas suyas muchas de las que más de una vez había yo publicado en mis contestaciones al Dómine y en algunos otros escritos. Pero él se propuso contraerse sólo a mi Memoria publicada entre las de la Sociedad Patriótica, y no hubo forma de hacerle variar su propósito, a pesar de que mis escritos subsecuentes a aquélla, y todos anteriores al suyo, no fuesen más que glosas y más glosas sobre la Memoria.

He aquí otra prueba de las contradicciones; dice Adicto: “Tampoco podría el hombre, en tan atrasada época, entregarse a estudios que de-

mandan extensos e infinitos conocimientos, sin más guía que sus débiles fuerzas ni otra protección que el estrecho círculo de sus facultades intelectuales”. Enderecemos primero la estructura para después desentrañar mejor el sentido, trabajo previo a que nos condena casi todo cuanto sale de la mano del articulista. Estudios que demandan conocimientos... ¿qué es esto? Yo creía que los conocimientos los demandaba el hombre, y que los conocimientos los adquiría por medio del estudio. Ahora bien, puede decirse que ciertos estudios demandan ciertos conocimientos previos, o cosa semejante; pero no tiene sentido, o mejor es un contrasentido, afirmar en general que los estudios demandan conocimientos. Determinado, pues, cómo debe decirse, digo yo ahora, que si el hombre en tan atrasada época no podía atinar con los descubrimientos en las ciencias físicas, muy particularmente por carecer de ciertos instrumentos, que descubiertos son ellos mismos gérmenes de otros descubrimientos infinitos, otro tanto sucedía y debía suceder, y hasta cierto punto en mayor grado, respecto de algunas de las ciencias morales: *sucedía* porque realmente los hombres estaban tan atrasados en ellas como en las físicas o, aun más, *debía suceder*, por ser tan ciencias de observación unas como otras, y *hasta en mayor grado debía* cuanto que ciertos hechos objeto de las morales ni podían presentarse sino con el desarrollo de la sociedad, y muchos de ellos después de un gran transcurso de tiempo. Así vemos al hombre en la infancia de la sociedad sacando de los hechos unas inducciones tan groseras en el orden moral como en el orden físico: así de la misma manera que atribuía el más ordinario fenómeno a una causa sobrenatural, se formaba un Dios material y vengativo a semejanza suya y de los objetos sensibles, y no de otro modo inducía la pena de muerte para cuantos cometiesen faltas que hoy apenas pasan, cuando lo son, de unas meras fragilidades. Cuanto dice, pues, el señor articulista sobre las pobres y extraviadas, o ningunas, inducciones que formaban los pueblos en sus principios, y aún forman hoy las naciones salvajes, acerca de los mismos fenómenos que sirvieron de ocasión y pábulo para inmortalizar al gran Newton, y a otros físicos eminentes, otro tanto, y aun más, mucho más sin comparación, es aplicable a las inducciones en el orden moral. Suerte común a casi todos los ramos en el estado naciente de la sociedad era el atraso, y señaladamente a algunos de los morales, que tenía que aguardar por los progresos de las ciencias físicas.

La ciencia es una, señor Adicto, como dice usted también en otra parte, siendo lo más singular que lo diga, pero no lo crea, o al menos no lo sienta, pues no puedo concebir cómo el mismo hombre que sustenta tales doctrinas respecto a los progresos de las ciencias morales, inculque aquella máxima que es como la cifra de las relaciones y dependencias en que se hallan las distintas ramas del mismo tronco. Pero ya éste es achaque que repetidamente hemos notado y anotado, a saber, que asienta usted propo-

siciones generales sin haber comprobado el alcance de ellas por los casos particulares, cosa que vale tanto como tomarlas a crédito. Entre tanto, lleve usted la cuenta de cargos, y apunte usted ya la séptima contradicción, o sea la misma contradicción multiplicada por siete. Y antes de pasar adelante le aconsejo que para otra vez no se tome el trabajo de explayar más ideas que las necesarias para su propósito:⁸⁶ aludo a la exposición que nos hace del sistema newtoniano, que ni viene a cuento, ni la ha menester el público para nada: bastábale a usted citar, para su propósito, el hecho de la teoría consabida, como una espléndida muestra de la inducción a que se había elevado aquel hijo predilecto de la naturaleza. Este consejo le viene de molde para otros cien lugares de su escrito, que como ya lo caractericé desde un principio, tiene mucho de sobra y mucho de falta. Quiero además, antes de pasar a otra cosa, hacerle una observación importante para entender la historia de los progresos de las ciencias, y es el influjo que ejerce sobre ellas la introducción de un nuevo instrumento; debiéndose a veces más a estos medios (que sirven de ocasión para otros adelantamientos inesperados) que no a los mayores esfuerzos de la razón humana.

Diríase que la razón humana es la inventora y que todo se debe a sus contactos, en último análisis; pero no es ése el valor de la observación que hemos hecho, la cual en nada se opone a verdad tan patente: lo que queremos decir es que la introducción de un nuevo instrumento suele ser motivo no sólo de quedar resuelta la cuestión principal, cuya solución se buscaba, sino de abrir un campo vastísimo en donde sagaces investigadores arrancan otros y otros secretos a la naturaleza, que hubieran pasado siglos y más siglos sin haber tropezado con ellos, toda vez que no era posible adivinarlos al entendimiento del hombre, que sólo *a posteriori* puede conocer la naturaleza; sin que valga la generalidad, por muy exacta que sea en otro sentido, de que nacen los ingenios cuando y como se necesitan, pues si tal fuera siempre precisa y rigurosamente, no ofreciera la ciencia ciertas anomalías que presentan: no observáramos que muy a menudo prefiere, o mejor, es llevado el entendimiento del hombre a preferir la línea curva a la recta en el camino de los descubrimientos. Pero volvamos a nuestra idea principal.

86. Con harta repugnancia me tomo la libertad de dar estos consejos, y de adoptar un tono franco en mi crítica (que tal tiene que ser en parte el carácter de mi respuesta), cediendo al deseo de sacar de dudas a mi discípulo, pues me honra el señor Adicto con el título de su maestro, y a fuer de tal estoy aún más obligado a entrar en estas rectificaciones. Hágolo también por otro estímulo no menos eficaz para mi corazón: el aprovechamiento de nuestra juventud.

Valga la presente advertencia para todas las ocasiones análogas que se ofrecieren. Bien que si el señor Adicto me reconoce, como debe conocerme un alumno mío, estará hartamente penetrado de que a esta pluma no la mueve más resorte que el amor a la verdad, y el consiguiente ahínco de propagarla.

Grande fue sin duda el secreto que arrancó Volta a esta madre fecunda, consignado en su famoso aparato electromotor; pero ¿quién había de pronosticarle (y cuenta que él fue uno de los grandes de la ciencia), quién había de pronosticarle, digo, que su máquina, su sencillísima máquina, por una serie riquísima de descubrimientos encadenados, iba a decidir la gran cuestión sobre la identidad entre el electricismo y el magnetismo y, lo que todavía es más importante, a convertir los ánimos de los grandes especuladores al estudio dinámico y plástico, digámoslo así, de los grandes fenómenos de la vida y de la organización de la materia? Por más que fingiera la imaginación más entusiasmada al tiempo del descubrimiento del insigne físico de Pavía, por más que se lanzara desbocada por los espacios de la ficción, no era posible que hubiese tropezado con estas portentosas realidades.

La invención del telescopio por Galileo, ¿no reveló a los hombres otro cielo, y les hizo conocer mejor el antiguo? Pero, pues he citado a Galileo a la sazón en que llega precisamente el lugar en que lo hace el articulista, razón será que rectifiquemos algunas inexactitudes que en este particular ha cometido.

“No estuvieron en mejor estado, dice, los conocimientos astronómicos hasta el célebre Galileo, pues nadie osó contrariar ni someter a la investigación doctrinas puramente ortodoxas, eliminadas de la ciencia para elevarlas hasta el dogma, como se halla consignado en nuestra Vulgata”... Perplejo me he estado largo rato sobre la inteligencia del presente pasaje y casi decidido a eliminar ese participio “eliminadas” teniéndolo por errata de imprenta, y sustituirle otra palabra, para salir avante en mi faena; pero al notar que dicho participio hace juego con la oscuridad que generalmente envuelve a todo el período, torno a mi prístina perplejidad e indecisión, quedándome casi a buenas noches. Vamos, pues, a examinarlo bajo las dos hipótesis de eliminadas y no eliminadas, a ver qué sacamos en claro. Pero antes de *eliminadas* se halla el *puramente ortodoxas*, que también pide, y pide primero, su correspondiente rectificación. Si dijera *ortodoxas* a secas, sin la añadidura de *puramente*, todavía no diría bien, pero diría sin duda menos mal: no diría bien, porque el epíteto *ortodoxas* no debe aplicarse en la cuestión más que a proposiciones, a doctrinas decididas por la iglesia, y aunque en las sagradas letras se hable del movimiento del sol, la iglesia, hasta Galileo, nunca había decidido ni ocupádose en semejante materia; pero diría menos mal que con el restrictivo *puramente*, porque podría entonces haberse tomado la palabra en el sentido de doctrinas universalmente admitidas en la ciencia de aquella época, y con mayor razón en toda la cristiandad, incluso por las potestades eclesiásticas, mas no todavía por ninguna decisión, sino como ciencia universal. Pero *puramente ortodoxas*, equivale a *meramente, nada más que* ortodoxas, cuyo calificativo no puede aplicarse a doctrinas que eran también principalmente

astronómicas; las cuales podrían ser o no ortodoxas, pero nunca pura o exclusivamente tales.

Vamos ahora con *eliminadas*, y pongamos desde luego que no haya errata. En tal caso traduzcamos la proposición: *eliminar* vale tanto como desterrar o borrar, que en este último sentido se aplica en álgebra a un procedimiento en virtud del cual se hacen desaparecer los quebrados; tenemos pues, “doctrinas desterradas o borradas de la ciencia para elevarlas hasta el dogma”; lo cual no puede ser la mente del articulista, pues sabe él que esas doctrinas, lejos de estar desterradas, estaban tan arraigadas en la ciencia de entonces cuanto eran una de las causas que contribuyeron a la persecución del mismo sabio que se empeñaba en refutarlas. Conque esta hipótesis no puede pasar. Veamos si es más feliz la de sustituir otra palabra a la voz *eliminadas*. ¿Y por qué palabra la sustituiremos? Bien se ve que aquí la elección incumbe de derecho al articulista; pero como no le tengo al canto para preguntarle, es forzoso que escoja yo por él, quedándole salva su acción para poner la que guste en lugar de la mía; bien que difícil le ha de ser salir adelante a buen sentido con ese período, sea cual fuera la que adoptase. Supongamos, pues, que quiso decir *dimanadas* o *derivadas*, y es lo menos desfavorable a él que suponerse puede, porque al cabo es una verdad que eran doctrinas deducidas de la ciencia de aquella época; ¿pero aun en este caso qué sentido puede tener que “nadie hasta Galileo, esto es, que Galileo mismo, osó someter a la investigación doctrinas puramente ortodoxas, dimanadas de la ciencia para elevarlas hasta el dogma, como se halla consignado en nuestra Vulgata?”.

Si eran ortodoxas, ya no era menester elevarlas a la esfera de dogmas, porque con ese mero hecho lo estaban. Pero pongamos que se elevaran antes o después; en este caso sería o podría ser la iglesia, o los partidarios de la opinión contraria, quienes elevasen o pretendiesen elevar semejantes teorías al rango de dogma; pero nunca Galileo, que era cabalmente quien se esforzaba en apearlas de ese rango y aun eliminarlas *in perpetuum* del gremio de la verdadera ciencia; y todavía se hace favor en nuestra interpretación al señor Adicto, pues nosotros hemos dado toda su latitud a la palabra dogma, extendiéndola a cualquier doctrina consagrada generalmente por la ciencia de la época, al paso que él la restringe a la ciencia religiosa, cual demasiado lo indican sus expresiones “como se halla en nuestra Vulgata”: propósito todavía más contradictorio de parte del célebre Galileo. Pero no hay cosa que no sea tachable en ese malhadado período del articulista. “El dogma como se halla en la Vulgata”, dice. En la Vulgata no hay tal dogma: dogma quiere decir máxima preventiva en que se enseña y se manda creer tal o cual punto; pero no hay tal cosa en los pasajes de la Biblia en que trata del movimiento del sol y quietud de la tierra: nada se previene, ni se enseña en ellos, sino meramente se cuentan los sucesos portentosos que acaecieron acomodándose a las opiniones y lenguaje universalmente

adoptados. Pero vamos a otro punto, que después y oportunamente volveremos sobre este último. ¿Cómo se atreve el señor Adicto a sentar que Galileo fue el primero (sin que yo pretenda en lo más leve rebajar su mérito eminente), que osó contrariar y llamar a examen esas doctrinas, cuando había cerca de una centuria que Copérnico publicaba la famosa obra sobre el sistema del mundo que lleva su nombre, dedicada nada menos que al papa entonces reinante, Paulo III; sistema que, como es notorio, revivió y amplió las ideas de Pitágoras en la materia? Pero ¿quién ignora que hasta el mismo Galileo lo designa siempre bajo la denominación de sistema copernicano? Estando más reparable este renuncio de parte del articulista cuanto que se muestra regularmente muy adicto y aficionado a revolver erudición. Pero quiero mostrarle más y más que no ha parado mientes en la materia sobre que escribe.

¿No le ha llamado la atención al señor Adicto el extraordinario fenómeno en la historia del entendimiento humano, de que las mismas doctrinas que se habían publicado impunemente por Copérnico, y no como quiera, sino en un libro dedicado al Romano Pontífice, buscando tal vez una égida en la misma dedicatoria, atrajesen sobre Galileo, cerca de cien años después, cuando había hecho la civilización algunos progresos, todos los terrores del Santo Oficio? Varias fueron las causas que concurrieron a producir este resultado, y que por no desviarme demasiado de mi propósito, no haré más que indicar rápidamente.

Todavía en tiempo de Copérnico no podía la autoridad eclesiástica estar tan sobre ascuas, digámoslo así, como en el de Galileo, cuando ya sufriera los ataques de los varios innovadores en materias filosóficas y religiosas; cuando el protestantismo que ya había levantado el estandarte en Alemania, despojara allí por lo menos a la Iglesia de una parte de su poder, mientras que bajo la sombra inmediata de la Santa Sede, debían ser los filósofos menos osados en sus especulaciones y menos francos en la promulgación de sus doctrinas; a cuyas causas se allega otra muy eficaz, si no es la principal, y que encontramos en el mismo temple de Galileo y en sus relaciones con un partido político, enemigo como él de las opiniones aristotélicas, que eran las dominantes; motivos todos que contribuyeron sobradamente a agriar los ánimos y empeñar el lance por una y otra parte. Tan cierto es esto cuanto que sobran datos para probar que el astrónomo florentino, lejos de ser perseguido, fue muy señaladamente favorecido en la cuestión nada menos que por dos pontífices, Paulo V y Urbano VIII, con quienes tuvo dilatadas entrevistas, y de quienes recibió saludables consejos y amonestaciones, tanto más dictados por la sinceridad cuanto que no se contentaron con palabras, sino que desplegaron el mayor empeño en su obsequio, como todo se colige de la correspondencia con sus amigos y con varios personajes de aquella época. La guerra se la hicieron propiamente los secuaces de las doctrinas aristotélicas, que a fuer de dominantes a la

sazón pudieron sus fautores convertir a la autoridad en instrumento de sus maquinaciones. Y he aquí un punto de vista bajo el cual no parece que el señor Adicto había mirado la cuestión; debiendo quedar convencido por esta vez de que apenas hay materia, aun de aquellas al parecer más averiguadas, en que no sea necesario renovar el examen, si queremos darnos cuenta exacta de las cosas, saliendo de la triste categoría de meros repetidores.

Volviendo ahora a los pasajes de la Escritura a que ofrecía contraerme, repetiré con el gran Padre San Agustín, refiriéndose a otra cuestión análoga, que no siendo el fin de las sagradas letras formar físicos ni matemáticos, sino religiosos, no es extraño que ocupándose principalmente de lo que concierne a abrirnos las vías de la justificación se acomoden al lenguaje vulgar de las gentes. Aun los mismos sabios astrónomos se convertirán en insoportables pedantes si en tales casos, prescindiendo del lenguaje común, empleasen el riguroso y exacto que demandan las demostraciones de la ciencia. Es tal el imperio del uso en materias de lenguaje, como ya dijo el profano, que entre nosotros ahora, v.g., y a pesar de haberse reclamado contra el empleo de la palabra gas aplicada a un líquido combustible destinado a alumbrarse, se ven aún los inteligentes mil veces obligados a usarla en el sentido en que el torrente del vulgo la aplica y los arrastra. Pero no insistamos en especies que por hartó vulgarizadas no necesitan más dilucidación; ya tiene nuestro Adicto sobrado material para palpar que no debe confundir el dogma con la simple narración de los hechos o mera descripción de las apariencias, así como tampoco el diverso carácter de las decisiones de una misma autoridad, según los puntos sobre que recaigan. Réstame sólo el sentimiento, ya que es tan dado a las flores de la erudición, de no trasuntarle a la letra las deliciosas epístolas del propio Galileo, donde se halla examinada la materia tan profunda y originalmente, y revestida con tal encanto de estilo, como era de esperarse de manos de aquel ingenio universal, así fino y sagaz en inventar como fácil y flexible en exponer. Es un aroma deleitoso y edificante el que exhala de todas sus páginas, llenas a un tiempo de hechizo y dignidad.

Repitamos, pues, en conclusión, con el ilustre Galileo, y en el sentido de Carlos Comte, *E pur si muove!*, no para atronar a nuestro Adicto, como en expresión suya lo fueron los prosélitos del fanatismo, sí para recordarle la lección que resulta de todas estas discusiones; *E pur si muove!* quiere decir, que es menester estar al cabo de los progresos de la ciencia para no estar absorbido por el torrente del tiempo, del tiempo que “borrando las mentiras de las opiniones, confirma los juicios de la naturaleza”;⁸⁷ *E pur si muove!* que tan alma y condición es el movimiento para los fenómenos del mundo moral, como para los efectos del mundo físico.

87. Cicerón.

LX

CUARTA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL
ECLECTICISMO DE COUSIN⁸⁸POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO⁸⁹*(Diario de La Habana, octubre 31 de 1839.)*

Mucho tendría que escribir si fuera a manifestar cuanto me sugiere el párrafo 4º de Vd., en que se hace cargo de los ejemplos del sistema de Copérnico, levedad del aire y horror al vacío, presentados por mí para convencer de la imposibilidad del eclecticismo; por lo cual me concretaré a lo menos posible, y ceñido a los números siguientes: 1º Explíqueme Vd.; porque no lo he entendido bien, qué quiere decir que “esos ejemplos, aunque en círculo más estrecho, porque no hay que enlazar dos elementos de tanta estima el uno como el otro, sino la pobre apariencia con la hermosa y rica realidad... (hasta aquí es lo que no entiendo, y lo declaro, aunque me tengan por limitado) no desvirtúan lo dicho (sigue Vd.); antes lo confirman.” 2º ¿Cree Vd. en conciencia que mis ejemplos son tan poca cosa que lejos de desvirtuar el eclecticismo lo confirman? ¿Conque precisamente el Aquiles de mi papel es lo más flojo que hay en él? Mire Vd., es tan concluyente esa parte de mi artículo y tan cerrada quedaron todas las avenidas, que no había más arbitrio que callar, o decir un asunto en caso de emprender su impugnación. ¿No he explicado yo en mil pasajes de mis pobres escritos y señaladamente en más de uno del último papel, que el error tiene su motivo lo mismo que el acierto? ¿Vd. que tanto ha registrado mi *Elenco de 1835*, no ha tropezado con aquella proposición (la 68) en que asiento: “una obra en que se examinasen filosóficamente el origen y causa de cada una de las preocupaciones populares, sería uno de los mayores servicios que pudieran hacerse no sólo al pueblo en general, sino a las ciencias y a sus cultivadores?” ¿No dije que los hombres no tanto diferían acerca de los hechos, como acerca de las opiniones que sobre los hechos formaban? ¿Qué duda podía quedar en la materia, cuando en boca de Copérnico ponía yo estas palabras: “mejor dicho: hasta que no publiqué mis demostraciones ni tenía idea de *apariencias* ni de *realidades*”, pues apariencias no existen sino respecto de las realidades? Y contraído después al ejemplo del peso del aire, cuando dije que toda la humanidad estaba de acuerdo en que no siente arrobos de aire, teniendo para ello un motivo

88. Título de Roberto Agramonte.

89. Anónimo (Roberto Agramonte).

harto plausible, expliqué la causa de su creencia; pero si por no sentir este peso, sostiene que el aire es ligero, está toda la humanidad en el error, como después se le ha demostrado. Luego no se ha conciliado la primera opinión con la postrera, sino que la una se ha levantado sobre hechos que motivaron esa opinión errónea; es así que en los hechos no ha habido discordia, luego en los hechos no cabe la conciliación.

Esto lo expuse en mi anterior artículo de un modo tan claro, perspicuo, tan evidente, tan extenso, tan acomodado a la más corta inteligencia como estuviese la buena fe que no vuelvo de mi extrañeza, que no creo a mis mismos ojos, que me figuro alucinado con las apariencias al ver estampado de manos de un joven nada vulgar, de un entendimiento tan claro como el de Vd. que se dan *apariencias verdaderas*, que es lo mismo que decir que las hay falsas..., ¿Quién puede destruir la realidad del fenómeno? ¡Qué! Porque el fenómeno pertenezca a la vista, ¿es menos *real* que el que corresponda al tacto, o a cualquier otro sentido? Sin embargo, cualquier sentido puede alucinarnos; esto es, alucinar, engañar nuestro *juicio*, aunque la impresión sea una realidad, y por lo mismo que es una realidad. Ahora bien, a esa primera impresión se le llama *apariencia* después de haber formado otro juicio que se cree más seguro, o en virtud de otra impresión por otro sentido, o por el mismo en virtud de haber observado mejor: Así el salvaje que se mira en un espejo, es cosa segura, segurísima, que se mira a un espejo, y esa impresión le hace creer, esto es, formar el concepto de que allí hay otro hombre de carne y hueso lo mismo que él, hay una imagen en su ojo, pero él *no sabe* aún que es imagen; después le hago tocar el espejo, romperlo, le enseño su mecanismo; y ¿qué concepto forma ahora? Que no había otro hombre como él allí dentro; ¿es o no distinto el concepto actual del anterior? ¿Cabe conciliación entre uno y otro? No, sino que el primero causado por aquella primera impresión fue destruido en fuerza de esas impresiones posteriores. ¿Tiene para eso por ventura que destruir el hecho cierto y positivo de verse al espejo? Tan no puede destruirlo, que es parte del fundamento de su última opinión. Los hechos son indestructibles y las opiniones las que caen o se levantan.

Muy bien dicho por Horacio que nos engañan las *apariencias de lo bueno*, así como al salvaje le hizo el espejo creer que una imagen era un hombre. Esto no quiere decir más sino que el error siempre depende de una causa real y efectiva, como que el error es un efecto. El hombre al observar ciertos hechos que tiene por buenos reunidos en una obra, en todo lo demás, y en otro hombre, o en cualquier objeto, se extiende a creer que sean buenos y aquí está como lo engañan las apariencias de lo recto. Pero por otra parte ¿qué menguado estudiantillo ignora que el *decipimur specie recti*,⁹⁰ no es sino un aviso a los jóvenes vates, fundado en la propensión

90. "nos engañan las apariencias de lo recto". (Horacio. *Arte poética*, 25.)

natural al engaño para que no por huir de un escollo caigan en el contrario? No hay más que continuar leyendo a Horacio para convencerse de ello: “Soy oscuro, si breve intento ser; lánguido y débil el que ambiciona parecer pulido; hinchado aquél por afectar grandeza”, etcétera. Así es que la observación de Horacio es un nuevo comprobante de mi opinión; a saber, que nos equivocamos creyendo acertar; por lo mismo es menester salir del error, y así que salimos de él, no volvemos al mismo error; como nadie puede volver a ser partidario de Platón, ni de Tolomeo, después de haber oído las razones de la escuela sensualista en la cuestión de las ideas y las de Copérnico sobre el sistema del mundo.

Si no entendieran las cosas de este modo no habría errores, ni preocupaciones, como ya dije a V. en mi anterior; al paso que, convenidos en tales principios, todo es claro e inteligible en los fenómenos que ofrece la humanidad. En los que da el hombre con la verdad desde un principio, no cabe ya error, ni apariencia, pues el error consiste precisamente en figurarse, en virtud de una impresión o motivo cualquiera, una cosa como no está en la naturaleza. En una palabra, el error y el acierto tienen *motivo*, pero sólo el acierto tiene *razón*. Aquí lo ve V. reducido a una fórmula.

Vamos todavía con nuevas consideraciones, bien que nada añaden de sustancia a las que hice en mi anterior artículo, cuya lectura vuelvo a recomendar a V. encarecidamente. Encuéntranse en un cementerio dos hombres y aparece de golpe una lucecita vagante sobre los sepulcros de los muertos; huye despavorido uno de los dos, al paso que el otro se acerca presuroso a examinar aquel fenómeno de fosforescencia. ¿Por qué una conducta tan opuesta? ¿No han visto ambos el mismo efecto? ¿No es tan real y efectivo para el uno como para el otro? Inocuosamente, pero el uno es un ignorante, y cree que allí se encierra un alma en pena; y el otro, impávido y aún alegre, es un físico que *sabe* que no hay sino una especie de gas hidrógeno. ¡Conque lo mismo que hace correr a un hombre, atrae a otro gustosísimo! ¿Son conciliables las opiniones de estos hombres? ¿Ni cómo lo pueden ser, si en definitiva ni aún descansan sobre los mismos hechos que ignora su acompañante; es necesario que haya estudiado en el laboratorio las propiedades del gas hidrógeno y del fósforo; luego descansa en otros datos, y esto es tan cierto que cuando se pone en ellos al ignorante, se le hace salir del error en que está imbuido; y ved aquí como se entiende que la antorcha de las ciencias disipa las nubes de las preocupaciones que afligen a la humanidad.

Creería abusar demasiado —porque abusado he ya— de la paciencia de los lectores e insultar su penetración, si se continuase, después de lo dicho, extractando el resto del párrafo de Vd. en que se contrae a Copérnico y a Tolomeo. Quiero, sin embargo, hacerle dos reparos para que se acostumbre a contemplar con algún detenimiento las materias sobre que trate de escribir: 1º Copérnico no por decir *debe ser*; dejó de decir lo que *es*; que

éstas no son materias de derechos y acciones en que cabe el *es* y el *debe ser porque es*; en el asunto de que se trata, no hay más contraste que el de *ser* con el de *aparecer*. 2º ¿Qué quiere decir: “Copérnico... fiado en las valientes inducciones de su razón matemática?” No hay inducciones valientes ni cobardes en las matemáticas, que toda es ciencia de deducciones; ellas sí sirven de instrumento, de auxiliares en las de inducción o de pura observación, y sobre las observaciones descansó Copérnico muy especialmente para levantar su sistema sobre las ruinas del de Tolomeo. O Vd. no se había formado ideas claras del modo con que Copérnico combatió a Tolomeo, o V. no se ha expresado como debiera.

3º ¿Qué quiere decir “que las apariencias no sufren cotejo con las realidades”? Esta proposición es vacía de sentido, contraída al caso que analizamos. Efectivamente, las apariencias no son tales hasta que no se descubren las realidades; entonces aquellos hechos que siempre son reales, los consideramos como causas de nuestro error o ilusión, y por eso los llamamos apariencias, respecto de los nuevos hechos, o mejor dicho de las nuevas opiniones que por virtud de ellos hemos formado. Tampoco viene a cuento decir que “la ciencia se ocupa de las apariencias”. La ciencia se ocupa de los fenómenos que pasan en todos los sentidos; tan reales o efectivos son los que se refieren a la vista como los que dicen relación al tacto o al oído. Así la óptica se ocupa de la luz, de todas sus leyes, de su reflexión y refracción, fenómenos muy reales y efectivos y que son sólo apariencias respecto a los juicios que forma nuestro entendimiento, que estudiando la óptica aprende a juzgar mejor, porque atribuye aquellos efectos reales a sus legítimas y verdaderas causas. La prueba de que es una realidad el fenómeno de la reflexión es un espejo, y de que sabemos su causa, es que nos valemos de este aparato para varios usos de la vida; aquí pues no hay la más leve ilusión, pero obraríamos equivocadamente si pretendiésemos que levantase un peso el hombre que estuviera detrás del espejo. Así la óptica propiamente no se ocupa en los engaños de la vista, sino que nos descubre estudiando las leyes de la luz, las causas de los engaños que sufre nuestro entendimiento, siendo solo un modo elíptico de expresarnos el decir *engaño de la vista*, pues es *engaño del entendimiento*, causado por la vista.

No me esperaba yo, ni mucho menos de parte de V., que después de lo que publiqué en mis contestaciones al *Dómine* de Puerto Príncipe y al articulista de la Habana que se firmaba *Adicto*, y sobre todo después de mi último elenco, quisiera todavía establecer diferencia en cuanto a método y naturaleza entre la física y la filosofía.

¿No es tan observación la que se refiere a los hechos de la naturaleza exterior como la que se ocupa de los internos? ¿No es idéntico el procedimiento? ¿No se observan fenómenos en uno y otro caso para buscarles causa? Pero aún admitiéndole a V. semejante diferencia, que es un

error de consideración, no tendría cabida contra mí el argumento, pues yo no eché mano de los ejemplos sacados de las ciencias físicas, para demostrar la imposibilidad del eclecticismo hasta no haberlo hecho satisfactoriamente en el mismo ejemplo escogido por el caudillo y mantenedor del sistema. Cónstale a V. también, pues lo indiqué por nota, que si no puse ejemplos sacados de las ciencias morales, fue por no alargar demasiado el papel, supuesto que yo había ya probado exuberantemente mi propósito.

Vamos ya con la cuestión de nominalistas y realistas, que aduce V. por vía de ejemplo. He aquí mi creencia en el particular: los *universales* no existen sino como expresión de los individuos. Dios no es un mero nombre, ni abstracción sino una *inducción* a que me fuerza el estudio de la naturaleza. Cuanto más creo en la naturaleza, más creo en su autor; no está en mi mano no creer; pero yo no lo puedo sentir sino bajo la relación de causa: por eso lo siento plenamente, pero no lo conozco plenamente. *O, altitudo!*⁹¹ en cuya contemplación se pierde el débil entendimiento de los mortales. Así, Dios no es el *universal*, ni tengo que ocuparme en la cuestión de los universales para hacer aplicación a él; de lo contrario confundiríamos la generación con la inducción, y si tal embrollo pretende el eclecticismo, que vaya muy enhorabuena. Esta cuestión de los nominalistas es otra de aquellas cuya solución no puede resistir el espiritualismo. Pero tampoco debe tratarse por incidencias. Si quiere V. acometerla, ya que propuso el ejemplo, explíquese primero y vamos a profundizarla expresamente.

Yo he sostenido públicamente, y sostengo aún, “que no hay que atribuirle al silogismo todo el mal que le acumulan los modernos, ni todo el bien que los antiguos”. Y así es la verdad, porque el silogismo no es más que una forma que se le da al discurso y no un medio de investigación. También he enseñado “que no hay sistema enteramente falso ni enteramente verdadero”; añadiendo (lo que V. no ha querido copiar) que... “demostrándolo así la historia de la filosofía, nos inculca prácticamente el principio de siempre examinar antes de fallar”. No hay sistema enteramente verdadero, ni enteramente falso, porque componiéndose los sistemas de varias partes, hay unas fundadas y otras no. Por otro lado, la palabra *sistema* está visiblemente tomada en esa proposición, como lo convence el resto del período y como es bien usual tomarla, por el conjunto de todas las ideas de su autor. Platón, a pesar de su idealismo, ofrece muchas ideas exactas en el discurso de sus obras; por eso exijo que antes de fallar se estudie, se haga conocimiento de causa, pues como decía Pablo Sirio: *Judex damnatur cum innocens absolvitur*.⁹² Nadie más ecléctico que yo en aprovechar cuanto lo merece, y en llevar hasta el extremo, la máxima de

91. “¡Oh, sublimidad!”. (¡Oh, lo arcano!)

92. “cuando se absuelve a un inocente, se condena al juez”.

oír a la otra parte; así lo comprueba muy notablemente, entre otros muchos datos, aquella proposición de mi *Elenco de 1835* que dice: “También es una vulgaridad despreciar lo que dijeron los filósofos antiguos cuando no lo podemos comprender. Más de una vez nos ha enseñado la experiencia que sus palabras, bajo el velo de la paradoja, envuelven graves conceptos y profundas observaciones”. Pero cuando el sistema está reducido a un punto de vista, o cuando son encontrados entre sí estos puntos ¿cómo pueden ellos conciliarse?

Conciliemos, norabuena, lo que admita conciliación. Si el eclecticismo se hubiese limitado a esta buena obra no habría tenido opositores, o no hubiera sido de importancia.

¿Cómo es posible que haya un hombre sensato que deja de ser *ecléctico*, máxime perteneciendo al siglo en que vivimos, que lo es en grado eminente! Es ecléctico el venerable señor Varela, el verdadero Descartes de nuestro suelo, que lo es en el legítimo sentido de la palabra, y lo era antes que el señor Cousin soñara en dar a luz su famoso sistema, o sea, proyecto de sistema. Ecléctico se llama el que escoge lo bueno y desecha lo malo de donde quiera que se presente.

En este sentido, y con razón, se jactaban de tales todos los filósofos modernos, y tanto que como llegó a ser distintivo general, ya se subentendía, aún cuando nadie lo expresase, y así se explica cómo el señor Varela, *ecléctico* siempre, no se apellidó tal sino en un principio, cuando venía al caso, para ponerse en contraste con los que todavía en nuestro suelo juraban en las palabras de un maestro. En otros términos, proclamarse entonces ecléctico, fué proclamar la ruina del principio de autoridad.⁹³ Viene ahora al mundo un Cousin, diciendo que bajo el estandarte del eclecticismo trata de conciliar las opiniones antiguas con las nuevas. A esta promulgación protestaron todos aquellos que se habían distinguido con el mismo nombre, declarando que no los tuvieran por *eclécticos* en el nuevo sentido dado a esta palabra, que no era más que un medio encubierto par a atacar ciertas doctrinas de suyo inexpugnables. Poco más o menos lo mismo que si hasta ahora hubiésemos llevado un vestido, los que siguiéramos tal opinión, y declarásemos que ya no lo llevábamos, a trueque de que no nos equivocasen con otros que se lo habían encapillado, no siendo de nuestro

93. En el mismo estatuto de nuestro *Colegio-Seminario* [de San Carlos] estaba desde su fundación el germen del legítimo eclecticismo, dejándose al arbitrio del catedrático de filosofía la elección de texto,* y aún facultándole para que lo redactase por sí mismo, conforme a las mejores doctrinas recibidas.

* Esta puede ser la razón del nombre de la obra *Philosophia Electiva* de J. A. Caballero, que era *legítimo eclecticismo*. Ver además sobre este asunto el artículo iluminador de José Gaos, *Los clásicos de la filosofía cubana*, en *Cuadernos Americanos*, México, 1945, y *El Mundo*, Habana, 30 de septiembre de 1945 (Roberto Agramonte).

sentir; y a hacerlo así estaríamos obligados con Dios y en conciencia, si no queríamos pasar por hipócritas o cobardes. Es también ecléctico, en el sentido de *escogedor*; el inmortal Bacon de Verulamio, pero no lo es en el sentido de Víctor Cousin; ese Bacon, tan calumniado por toda su escuela. Verulamio no quiere destruir la razón humana, como tan neciamente se le acumula: lo que quiere es ponerle lastre, cortarle los vuelos, para que no se extravíe y caiga, no para dejar de remontarse y asegurar el acierto. Por eso dijo y dijo muy bien, y celebro en el alma que V. le aplauda: “Que el método racional y empírico se junten para siempre en un himeneo verdadero y legítimo; a saber, la anticipación de la mente con la interpretación de la naturaleza”. Es decir —como ha proclamado la escuela sensualista— no atenernos sólo a la razón, a la razón con los cortos y mezquinos datos de las primeras impresiones, sino a la luz de la experiencia que nos ilustra de una vez; sírvanos la anticipación de la razón como escuela para apelar al crisol de la observación, no como alas para continuar con ella sola volando, sin brújula ni timón, por los espacios imaginarios. Pero yo estoy con sobrado candor exponiendo a Vd. lo que sabe tan bien o mejor que yo. Diga ahora el público que nos escucha y nos ha de juzgar, si Vd., a pesar de ponerse la mano sobre el pecho, procede con el mismo candor, al atribuirme que soy *ecléctico* en el sentido que lo es el fundador de la nueva escuela. ¿Qué dudas podían quedarle V. sobre el género del eclecticismo de que debía yo hacer alarde, al leer siquiera las dos proposiciones con que empiezo a romper el fuego en mi memorado Elenco? ¿Dicen así: “1ª El eclecticismo de la nueva escuela francesa no sólo es un sistema falso, sino imposible”. 2ª “Nada hay más laudable que el eclecticismo por sí propio, pues todo sensato es ecléctico, esto es, admite o desecha opiniones de donde quiera que se presenten”. ¿Qué mira, pues, ha llevado Vd. en pintarme como ecléctico, según Cousin, cuando a Vd. le sobaban medios de saber que yo lo era según la razón? No hubo más sino que quiso cubrir el expediente, haciendo sonar para el vulgo que quien tanto combatía el eclecticismo era un ecléctico consumado, y es tan cierto que quiso meter ruido y echarlo todo a barato, cuanto el mismo artículo de Vd. se encabezó con el membrete de *Eclecticismo*,⁹⁴ y no con el menos aparatoso de *Filosofía* con que yo había presentado el mío. Siento en el alma tener que dar algunas señales de vida, manifestando un poco —no todo— lo que se me trasluce. Pero yo le disculpo y le perdono, amigo mío, y aún deseo ardientemente que dejándose Vd. de sectas y partidos, y no constituyéndose en órgano de ninguno, examine las cosas con la debida calma y madurez, y entonces podrá desengañarse y ver de qué lado está la verdad. Creo que Vd. se halla en camino para ello, pues descubro por sus propias palabras que en estos mismos momentos se

94. Vid. artículo Defensa del eclecticismo de Cousin de este tomo. Nota 31 (Roberto Agramonte).

están conmoviendo en lo más íntimo sus creencias filosóficas, a virtud de las discusiones que el estado de las cosas me ha hecho suscitar: ¿Y cómo en tan críticos momentos alza Vd. más fuerte su voz al público, gritándole: “aquí me tienes, brioso, nunca he clavado la pica con más vigor y firmeza?”

¡Conque a la falta de candor se le une la falta de prudencia! — clamará más de uno. No, no tal. Yo no creo que Vd. carezca naturalmente de uno, ni de otra; adornan a Vd. prendas muy estimables para figurarme semejante cosa. La culpa es menester partirla entre el amor propio y el público, este público tirano que violenta nuestros sentimientos. Vd. ya se había empeñado por el eclecticismo y por ende tenía que sostenerlo: así dice el vulgo, pero así no lo dicen la razón ni la filosofía. Si V. quiere de veras examinar estas materias, como lo creo sinceramente, colóquese V. en una arena menos comprometida y comprometedora; venga V. a mi seno doméstico, venga V., que aquí hallará un amigo verdadero, y un amigo de la verdad, con quien podrá V. conferenciar muy a su sabor sobre tan interesantes objetos como ya lo hacen algunos apasionados de V. con quienes también aprendo yo, porque la conferencia llana e ingenua es provechosa para todos: en este roce es donde más saltan las preciosas chispas de la verdad. Mucho gusto tendría igualmente en que V. se sirviese honrar el sábado de cada semana mi clase de Filosofía en el Convento de San Francisco; no es un reto encubierto lo que a V. propongo; pídale encarecidamente su asistencia, porque allí podrá oír mis razones contra las doctrinas de Cousin con una extensión que no es lícito darles por escrito, sin contar con la grandísima ventaja de tener los textos a la vista para consultarlos escrupulosamente, y no hacer a nadie injusticia.

Yo seré allí la persona que padece, porque voy a ser juzgado y aún contradicho en mis doctrinas. Allí podría V. exponer sus dudas con toda franqueza y latitud, y las mismas le serían contestadas, sin aire ninguno de disputa ni magisterio, hasta donde alcanzasen las fuerzas de quien no cesa de repetir con Séneca: *Non enim me cuiquam mancipavi; nullius nomen ferro, multo magnorum virorum iudicio credo, aliquid et meo vindico: nam aliquoque non inventa sed quaerenda nobis reliquerunt.* “Yo no me he esclavizado a ninguno; no llevo el nombre de nadie; mucho me atengo al juicio de lo grandes varones, pero algo me reservo para el mío; pues ellos nos legaron tan solamente lo descubierto, sin lo que estaba por descubrir”. Aquí está la ley del progreso: aquí el eclecticismo, como yo lo entiendo; y aquí la muerte del eclecticismo cousiniano que nos cierra los horizontes del porvenir.

Habana, 22 de octubre de 1839.

LXI

SÉPTIMA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(Manuscrito de octubre 31 de 1839 publicado por Alfredo Zayas, *Obras*, t. I, pp. 323-342.)⁹⁵

11° Pasa ahora el articulista a demostrar lo que nadie le ha negado, y está en la naturaleza de las cosas: el atraso de los antiguos respecto de los modernos en ciencias naturales y señaladamente en Astronomía; y aunque me sería fácil demostrar que no ha estado de lo más feliz en la elección de ejemplo, no quiero detenerme sobre el particular así por ser innecesario a la cuestión principal, como por haberle yo manifestado que la antigüedad estaba más avanzada en conocimientos físico-matemáticos de lo que vulgarmente se cree. Cabalmente, muchas páginas de la historia de la Astronomía (v.g. los trabajos del grande Hiparco), bastarían a desmentir muchas de las proposiciones que asienta Adicto en su relato. Así, aun los puntos en que anda más fundado ese señor están sujetos a sus más y sus menos, no pudiendo admitirse sin distinciones y alteraciones. Alguna observación sin embargo he de hacer a nuestro articulista en esta parte. Dígole, pues, que en cuanto a historia de la ciencia astronómica no es la mejor guía ese escritor, a quien yo me he figurado que designa bajo la alusión del coloso del siglo XVIII, que no fue astrónomo, ni practicó profundas investigaciones sobre el particular. Ítem más, para juzgar por parte de los lectores en la materia es necesario si no ser un astrónomo de profesión, a lo menos poseer ciertos conocimientos en que pueda fundarse el criterio. Con este motivo haré una observación que me parece aplicable a una gran parte del papel de Adicto, o más bien a la conducta de Adicto al escribir, y es que únicamente lee un solo libro sobre la materia que trae entre manos, cosa que no basta en puntos de erudición. Si no fuera así, ¿cómo le parecerían nuevos y extraordinarios ciertos pensamientos, que fuera de no ser nada sorprendentes ni originales, se hallan repetidos infinitas veces en los mismos escritores antiguos?

A la prueba. “Los primeros rudimentos en todo género, dice, son más lentos que los grandes progresos”. “Este pensamiento, agrega, lleno de verdad y sabiduría, es producto del genio colosal que aturdió a la Europa con su saber en el próximo siglo pasado”. En primer lugar, no se necesitan

95. Lo publicó Alfredo Zayas por primer vez (Roberto Agramonte).

las luces de la erudición, sino la simple de la razón, para graduar que tal pensamiento, aunque verdadero, no es tan original como parece al señor Adicto. Coloso y muy coloso será el aturdidor de la Europa en el siglo XVIII; pero el avalúo de sus fuerzas no puede hacerse por esa muestra que da usted de ellas, y mucho menos cuando no es de su propiedad. Ya un antiguo y no de aquellos que se sientan en el coro de los Homeros y Platones, sino de los que se hallan en segunda fila, había dicho y mejor (porque ni la expresión del pensamiento colosal tiene de sobra la propiedad): *omnium rerum principia parva sunt, sed suis progressionibus usu augentur*, que vuelto en romance vale tanto como “todas las cosas son pequeñas en sus principios, pero luego crecen con sus progresos”, observación tan inspirada al hombre por cuanto le rodea, que hasta un salvaje puede y debe ocurrirle apenas cuente el más pobre caudal de experiencia.

Tenemos, pues, que ha venido a parar en trivial el decantado pensamiento descomunal, sin que esto sea oponerme a que se encuentren grandes e ingeniosas ideas (¡y tantas!) en el escritor a que aludimos; pero ni él mismo tiene ésa por tal, ni es posible inferir el león por semejante uña. Todo esto en el supuesto de concederle a Adicto que sea tan gigante como él cree el coloso a quien se refiere, que bien podría resultar pigmeo en la materia científica de que se trata, por cuanto la universalidad unida a la profundidad casi toca en lo imposible a encontrarse; pues no todos los días, ni aún todos los siglos nacen Aristóteles y Leibnizes.

12º Vano es el empeño que se toma nuestro articulista, consagrando dos columnas enteras a patentizar el enlace y común procedencia de las ciencias morales, no menor que el de las ciencias físicas, pues son principios que nadie le ha negado; y el que no hubiera leído mis anteriores escritos, al ver el tenor de los suyos, y el ahínco que pone en manifestar ciertas especies, juzgaría que ésas eran cabalmente a las que yo más oposición mostrara. A nadie menos justa ni menos oportunamente dirigido ese largo sermón que a mí, máxime de parte de quien se dice mi discípulo, y que a la cuenta hubo de serlo desde el año 1824, y ya entonces oyó repetidamente de mis labios, y si la memoria le es infiel puede verlo estampado en mis elencos, “que no es más que una la ciencia de la naturaleza, y que las divisiones que han hecho los hombres, siendo causadas por la limitación de sus potencias y la inmensa variedad de los objetos, no son más que ramas de un mismo tronco”; fuera de que éste es el abecé o introducción obligada a todo curso de cualquiera de las ciencias naturales, como es de verse en cuantas obras didácticas existen sobre la materia. Así es que más originalidad y mérito de la que resulta por manifestar el enlace de las ciencias morales entre sí, semejante al de las ciencias físicas, que es todo lo que hace en este lugar Adicto, podría reclamarse por patentizar que siendo de observación también las primeras y debiéndose seguir en ellas procedimientos y métodos análogos a los de las segundas, y recayendo asimismo

sobre la naturaleza de las cosas, vienen a resultar en todo tan ramas del mismo tronco como las otras. Algo se contrae Adicto en otra parte de su escrito a este punto de vista, pero sobre no hacerlo con la especificación indicada, más parece entonces que está desarrollando mis opiniones que las suyas.

13º ¿Conque también entró en la moda mi señor Adicto de propalar que los filósofos sensualistas atribuyen las ideas a los sentidos externos exclusivamente (*casí*, escribe él) sin la participación del sentido interno? ¿Cuándo, dónde, cómo, ni por quién, se pretendió jamás semejante cosa? ¿Cómo puede concebirse la experiencia, fuente a que refieren los sensualistas nuestras nociones, sin la participación del principio vivo interno que juzga y sentencia acerca de las mismas impresiones que sobre los órganos sensibles causan los objetos externos?

¿Conque dio usted también en la flor del *exclusivismo*? Mire que esa palabrota no es más que uno de los cocos con que ponen miedo a la incauta juventud los *soi disant*⁹⁶ eclécticos, que lo son de verdad en esto de escoger los medios para acomodarse al gusto de todos, y para excitar los temores de cada uno. Así gritan: imaterialismo!, para amedrentar a los timoratos; iexclusivismo!, para atraerse a los demás, a los que precian de generosos e imparciales; ieclecticismo!, para que muchos deslumbrados con una bandera tan propia del siglo, acudan a engrosar las filas; y todos lleven la gran lección de intolerantismo, bajo la hipócrita apariencia de magnanimidad y magnificapacidad.

iExclusivismo! Sí, es necesario ser exclusivo, y forzosamente lo son cuantos crean fundado su sentir, incluso los mismos, o por mejor decir en primera línea los mismos que de lo contrario hacen alarde. Vamos a cuentas: toda la cuestión es ésta: se trata de explicar un fenómeno de la naturaleza, v.g., cómo se adquieren las ideas; uno de los sistemas dice de esta manera, el otro, de un modo contrario. Viene ahora un tercero en discordia, diciendo: yo los compongo a ustedes, explicaremos una parte de los fenómenos por la una doctrina y la restante por la otra, o de las dos haremos una. Si irracional parece la primera propuesta, ¿qué diremos de la segunda? Pues ésta es la idea fundamental del llamado eclecticismo.

Con la palabrería del exclusivismo y de la intolerancia se infunde el espanto, prende la semilla y alucina a más de cuatro que se tienen por pensadores de fuste, que es un primor. Así algunos admiten lo más contradictorio y encontrado, por tal de no ser exclusivistas. Norabuena que la ciencia se ocupe de explicar los sistemas, y de dar cuenta de los extravíos, como la de los aciertos, que éstos son otros tantos hechos de la jurisdicción de la ciencia; pero no quiere decir que se sustenten las doctrinas más opuestas entre sí en sus principios. También puede y debe suceder que si

96. "que se llaman a sí mismos".

un sistema se compone de varias ideas o elementos, la conciliación quepa respecto de algunos; pero reducido un sistema a la más simple expresión, o cuando consiste en una sola idea fundamental, ¿cómo es posible semejante transacción? ¿Qué en los fenómenos de la naturaleza cabe transacción como en los negocios humanos, como en materias de Gobierno, y a veces aún en literatura?

He aquí otro de los motivos del alucinamiento: el paralelo con las materias políticas y de buen gusto. El verdadero eclecticismo no debe consistir en conciliarlo todo, sino en explicarlo todo; y para explicarlo todo es menester estudiarlo todo.

Analice usted, amigo mío, y verá que en esto no hay por parte de los contrarios más que *voces et praeterea nihil*.⁹⁷ Pero no es esta materia para tratarla así por incidente; y habiéndose tocado sólo para rectificar una idea de usted, bastan al efecto las ligeras reflexiones que acabamos de hacer. Únicamente quiero aconsejarle no alegue las monomanías e idiosincrasias como apoyo de los llamados espiritualistas y objeción de los sensualistas, porque en ello no hace usted más que dar armas a los segundos, con la desmedida ventaja de llamarlos a lidiar en su propio terreno.

Da usted a entender, con el caso del valiente soldado enfureciéndose a la simple vista de un dedal, que los sensualistas sustentan la necesidad de la presencia actual (permítasenos la redundancia) de los objetos sensibles para producir las ideas, como si negaran el poderío de la imaginación, la facultad reproductora de la memoria, y hasta la influencia de la asociación, así en esa especie de fenómenos como en los más ordinarios efectos que ofrece el ejercicio de las operaciones intelectuales. ¿No observa usted por el contrario que los fenómenos que presenta la enajenación mental, curados en infinitas ocasiones por el mismo estado de los diversos órganos internos, constituyendo a éstos en otros tantos verdaderos sentidos, corroboran más y más la doctrina de los llamados sensualistas? Peor es meneallo ¡y callar! ¡Y callemos, señores del pseudoelecticismo!⁹⁸

97. "palabras, y nada más que palabras".

98. Pero no callaron los filósofos cubanos de mediados del siglo, pues seguidamente se abriría el fuego de la más enconada, prolongada e importante de las polémicas, la del eclecticismo, que, a más de la del utilitarismo, y la de moral religiosa, será presentada en los tomos subsiguientes (Roberto Agramonte).*

* En la presente edición, las polémicas se presentan de manera cronológica en los dos volúmenes. (*N. de la E.*)

NOVIEMBRE



LXII

ADDENDA II LOCKE¹

POR VÍCTOR COUSIN

(*Noticioso y Lucero*, noviembre 27 de 1839.)

No hay libro que deje en el alma de sus lectores más agradables recuerdos ni más saludables impresiones que el *Ensayo sobre el entendimiento humano*.

¿Dónde hallar más reserva en la expresión de los resultados que le pertenecen, más sabiduría en los juicios, más sagacidad y delicadeza en la observación de los pormenores, ni más buen gusto y benevolencia en la ironía, que se le va a veces contra los partidarios de las ideas innatas? ¿Dónde más claridad y sencillez de estilo, ni más candor y buena fe en la investigación de la verdad? y ¿por qué será que a medida que se reflexiona en los problemas psicológicos, este libro, tan sincero y tan luminoso, y tan

1. Véase nota de la Addenda IV p. 480. Se reproducen estos artículos traducidos en Cuba, pues constituyen argumentaciones contra las ideas de Luz (Roberto Agramonte).

para ganarse los ánimos, se va cubriendo de sombras, tanto más espesas cuanto más se medita en él, oscureciéndose hasta el punto de venir a ser el texto de interpretaciones, las más contradictorias, y de escaparse a la crítica más penetrante? Hay muchas razones. La primera que hay que distinguir en Locke es su sistema y su buen sentido natural: al filósofo y al hombre. Como hombre se muestra en todas las partes de su obra, lleno de sabiduría y de circunspección, dotado de un genio positivo y conservador que lo trae sin cesar al sentimiento de la realidad... Pero como filósofo, desde su extremo, bajo el yugo de una teoría mezquina y falsa, compromete al hombre en preocupaciones sistemáticas y le inspira los hábitos más contrarios a su índole, una temeridad que llega al extremo de arrostrar con los hechos y sacrificarlos, y cierta maña con la que los disfraza y desnaturaliza. Además Locke —y esto lo reconoció él mismo— cuando se hallaba en estado de escribir su libro, era cuando lo acabó y no tuvo el valor de romperlo y de hacer otro. Ya se deja ver en el *Ensayo del entendimiento humano*, escrito en la languidez y en las crisis de una vida enfermiza y algún tanto borrascosa, que no hay en este libro una fuerza siempre igual, ni una constante penetración. Pasaje hay donde se siente desfallecer la mano que erigió este inmortal monumento, compuesto bajo la influencia de todas estas causas. ¿Qué mucho que el libro de Locke, conservando el color y el sello habitual de su genio, carezca de unidad y vigor; y que su pensamiento obedeciendo a las inspiraciones más contrarias, al buen sentido del hombre y a las teorías del filósofo, a las impresiones enfermizas, y a las preocupaciones políticas, abunde en inconsecuencias y contradicciones? Así, para comprender a Locke es preciso abrazar el conjunto de su doctrina. Y todavía se dificulta el dar con el verdadero pensamiento del filósofo inglés. Pero afortunadamente la historia ofrece a la crítica un medio infalible de determinarlo, enseñándonos que los verdaderos principios de un filósofo son aquellos que han engendrado numerosas y graves consecuencias en la escuela que lo tiene por maestro. ¿Quiénes mejores que Condillac, Helvecio y tantos otros para ilustrarnos sobre los verdaderos principios de Locke? La naturaleza de las consecuencias que ellos han sacado no nos dejan duda de lo que encierra la doctrina del maestro.

Contraigámonos, por ahora, a poner de manifiesto su método, el espíritu general de su filosofía y las consecuencias morales que de ahí han dimanado.

En breves palabras explica Locke el método que quiere seguir: Dice que se mostrará siempre fiel a la experiencia. Y en efecto, no va por cierto Locke a buscar en hipótesis ontológicas el secreto de la vida humana: en el hombre mismo va a estudiar al hombre, no contentándose con mirarlo en su parte exterior y material. En el santuario mismo de la vida, allí en la conciencia, establece su observación para conocer así la naturaleza humana. Analizar las facultades del entendimiento con el fin de aplicarlas más

adelante a la investigación de la verdad; ¡he aquí el propósito de Locke, lo que tanto quiere decir como imponer a toda ciencia la Psicología por introducción, por criterio y por método. Muchas veces —cuenta Locke— que por falta de conocimiento sobre las facultades de que nos servimos para descubrir la verdad, se empeña y se pierde el espíritu en indagaciones sin resultado. Así que por el análisis y la crítica del instrumento que empleamos debe comenzar toda discusión y toda demostración. Honor a Locke por semejante principio que constituye el verdadero método filosófico. Pero ¿se mantuvo fiel en la observancia? Locke se estrena en la cuestión del origen de las ideas. Por ahí comienza. Se pregunta: ¿por dónde le vienen al espíritu las ideas? “Cada hombre, estando convencido de que piensa, y que lo que existe en su espíritu, cuando piensa, son ideas, que lo ocupan actualmente, tiene fuera de duda que los hombres tienen muchas ideas en el espíritu, tales como las que expresan las palabras blancura, dureza, dulzura, pensamiento, movimiento, hombre, elefante, ejército, etcétera. Así, lo primero que ocurre averiguar es cómo el hombre viene a tener todas estas ideas”. (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, lib. II, cap. 1º.)

Desde el primer paso Locke se pone en mal camino. Averiguar de dónde vienen las ideas sin previa constancia de lo que son esas ideas, es mucho exponerse. Yo le diría a Locke: Si V. no conoce al entendimiento, si no ha descrito ninguno de los hechos de su manifestación y desarrollo ¿cómo puede V. ir a averiguar, con esperanza de acierto, el origen de las ideas? Quizás se respondería que, hablando en rigor, no hay teoría *a priori*, y que al atribuirse este o aquel origen a las ideas, se tiene, si no la conciencia, al menos la vaga presunción de lo hechos, que es cabalmente la que inspira la teoría. ¡Flaco apoyo! Porque los hechos presentidos carecen de valor científico mientras no pasen por el crisol del análisis y de la reflexión. De lo contrario, verdadera o falsa la teoría anticipada, para legitimarse ha menester de análisis ulteriores. ¿Y no valiera más empezar por el análisis? Fuera de esto, no consiste la dificultad de este género de indagaciones en hallar hechos positivos y claros, porque siendo tan fecunda la conciencia da abasto a todos los sistemas; pero el asunto está en fundar la teoría, o sea, la conclusión general, sobre una puntual y completa enumeración de los hechos. Tiempo quedaría para ir a la cuestión misma del origen. Plomo, que no alas, se ha menester darle a la inteligencia, según el precepto de Bacon.

Una psicología bien meditada no desciende del origen de las ideas a las ideas mismas; antes, sube de las ideas a su origen y de los actos del espíritu a las facultades, porque el buen método exige se observe el efecto para inducir la causa, y no que se suponga la causa para deducir el efecto. Así se hace en las ciencias naturales. En ellas no se empieza por imaginar las propiedades de los cuerpos ni las leyes que rigen a los fenómenos, sino que se observan los hechos y se les reproduce variando las circunstancias por medio de la experimentación, y de ahí se parte a la conclusión de que existe

tal ley o cual propiedad general. Jamás en las ciencias naturales se supone una clasificación de antemano: allí se estudian los individuos, se apuntan y describen sus caracteres esenciales, interiores y exteriores, y después se trata de clasificarlos. Y si en libros de estas ciencias parece que se procede a *priori*, empezándose por la exposición de las leyes, propiedades generales y clases, este método se adopta como más favorable a la enseñanza, pero nunca como método de invención.

Cuando se imagina una teoría y después nos dirigimos a los hechos con el fin de comprobarla, corremos el peligro y tentación de no ser imparciales. Todo sistema preconcebido es muy caro a su autor y da deseos de que los hechos lo saquen airoso. Se pregunta a los hechos con ánimo de que se acomoden al sistema, y así se modifican, se mutilan y se les pone en tormento, si es que no se niegan en el trance de que puedan deslucir al autor. Dígalo la historia de la filosofía. Locke debió empezar por los hechos, describir las ideas, mostrar sus caracteres esenciales, clasificarlas, y luego explorar su origen. Y no lo hizo.

V.C.

DICIEMBRE



LXIII

ADDENDA III¹ CONDILLAC

POR VÍCTOR COUSIN

(*La Cartera Cubana*, t. III, no. 6, diciembre de 1839.)

El problema por excelencia, así lo fue para Condillac, como lo fue para Locke y para toda la filosofía del siglo XVIII, es el del origen de los conocimientos humanos. Pero ya hemos visto que para explicar el más simple hecho intelectual, es preciso llevar cuenta de tres elementos: la *sensibilidad*, que transmite al alma la acción de los objetos exteriores; la *actividad*, que hace que el alma se asimile esta acción; y, en fin, el *entendimiento* que a virtud de leyes y principios que le son propios, transforma la sensación en verdadero pensamiento. Este último elemento fue el que despreció Locke. Creyendo que podía explicar cualquier acto intelectual con la sensación y la reflexión, o sea, la reacción del *yo*, había negado lo innato del

1. Traducción anónima. Posiblemente de Manuel G. del Valle (Roberto Agramonte).

espíritu, y le redujo a ser primitivamente una tabla rasa. Así de los elementos interiores del conocimiento, la actividad y la facultad intelectual, suprimió la facultad, y abrió la puerta a esta filosofía que al explicar los hechos de conciencia tiende a debilitar el papel del alma y a exagerar el de la naturaleza.

Condillac se precipita en el camino trazado por Locke y a su ejemplo hace del espíritu una tabla rasa que no puede contener nada más que lo que reciba de afuera, y sólo reconoció dos facultades: la *sensación* y la *reflexión*, a la que suele llamar frecuentemente conciencia. Pronto, refundiendo la conciencia en la sensación, suprime la actividad y explica todo pensamiento y toda la vida por el fenómeno sensitivo. Esta modificación de la doctrina del maestro era nada menos que una doctrina nueva, cuya última consecuencia debía ser la de negar la libertad y la espiritualidad del alma. En efecto: así como la sensación manifiesta la acción de la naturaleza en el alma, lo mismo la actividad de las facultades innatas del espíritu atestiguan la acción del alma sobre la naturaleza; de donde se sigue que si la ciencia se condena a negar la naturaleza suprimiendo la sensación, se condena también necesariamente a negar el alma como suprime la actividad y las facultades innatas de la inteligencia. Si la doctrina de Condillac no ha venido a parar en el materialismo y en el fanatismo, débese esto al buen sentido del hombre, y más todavía a los principios de cristiano que contenían la lógica del filósofo.

Dos épocas hay en la vida filosófica de Condillac: una, después que leyó la obra de Locke y gustó de su doctrina reproduciéndola y modificándola con alguna ampliación en ciertos puntos; otra, cuando comprometiéndose en la vía abierta por su maestro, imagina un sistema, al cual sería injusto rehusar cierta originalidad.

En su libro sobre el *Origen de los conocimientos humanos*, Condillac reproduce, con corta diferencia, casi el método, las cuestiones, los principios y las conveniencias del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. El título mismo del libro indica bastante que él considera el análisis de las facultades del espíritu como una introducción necesaria a la ciencia de la verdad. No empieza por la observación de los hechos, sino como Locke por la hipótesis del origen de los conocimientos, y ni estudia siquiera después los hechos, para buscar alguna justificación a su sistema. Suprime los hechos o los desnaturaliza según las necesidades de la teoría, y cae en todos los errores hallados en Locke. Sólo que como el espíritu de sistema no está moderado en Condillac con la retentiva y cordura que caracteriza a Locke, el libro del filósofo francés es más conforme a la lógica y más contrario a la verdad.

Está de más la prueba de que Condillac no consiguió explicar mejor que Locke todas nuestras ideas por el origen de la experiencia sensible. En la teoría de Locke todo el orden de las concepciones necesarias y absolu-

tas, se queda fuera de la doctrina de la sensación. Condillac cayó en ello, y halló más cómodo suprimir los hechos que conciliarlos con el pretense origen. Cuando digo que Condillac suprimió los hechos, advierto que no hay para qué abusar de los términos. Condillac habla de las ideas absolutas y de las ideas relativas; pero es fácil ver que conservando las palabras, destruye la cosa. “Las ideas simples, dice (Part. 1^a, Sec.3, 14), y las ideas complejas convienen en que pueden considerarse igualmente como absolutas y como relativas. Son absolutas cuando allí nos detenemos y hacemos de ellas objeto de reflexión sin referirlas a otras; pero cuando se las considera como subordinadas las unas a las otras, se les nombra relaciones”. Se ve en este pasaje cuán superficial y ligero es el análisis de Condillac: entre las ideas absolutas y las ideas relativas, sólo aperece una diferencia accidental: una idea no es absoluta o relativa por su naturaleza: viene a ser o lo uno, o lo otro, por la posición que ocupa en el espíritu. Luego por obra del espíritu y no de la realidad misma, reciben las ideas su carácter absoluto y su carácter relativo, y no deben este carácter a una ley constante del espíritu, y sí a una simple operación que puede mudar el capricho del espíritu o un accidente exterior; de modo que una idea es tan pronto relativa, según la considera el espíritu en sí misma o en sus relaciones. Apenas se necesita mostrar que la distinción debida entre las ideas absolutas y las relativas es muy otra y muy profunda: hay verdades cuya existencia subordina el espíritu infaliblemente a tal condición de tiempo, de lugar, de circunstancia, de persona, y hay otras de las que la inteligencia juzga también infaliblemente que existen independientes de toda condición. En este sentido, una psicología que va a la esencia de las cosas, distingue las verdades e ideas absolutas de las relativas: sin tal distinción no hay psicología profunda ni alta metafísica. Esta explicación nos da idea fiel del sistema de Condillac: análisis fácil y limpio, pero vacío de sustancia, su arte tan decantado —porque simplifica las cuestiones— se reduce casi siempre a suprimir dificultades. Condillac, después de haber quitado de la conciencia todo un orden de concepción, no halla reparo en mostrar que todos nuestros conocimientos entran en la experiencia; pero como no hay derecho ninguno sobre los hechos, para refutarle bastaría restablecer los suprimidos y hacer ver que ellos van más allá de los alcances de la experiencia en todo y por todo. Nos remitimos a la refutación de Locke. Sólo hay un capítulo de Condillac donde ya se advierte la tendencia que había de manifestarse más adelante engendrando un sistema: aludo el capítulo sobre la influencia de los signos.

Ya había indicado Locke, de una manera vaga, la influencia del lenguaje en el pensamiento: dijo que la reflexión necesita de la memoria y la memoria de signos. Condillac trata de darse cuenta de cómo influye el lenguaje en el progreso de la inteligencia, y sin limitarse a señalar las relaciones generales del pensamiento y de los signos, muestra las operaciones inte-

lectuales que serían imposible sin el lenguaje. Distinguiendo facultades en la vida intelectual, que son comunes al hombre y a los animales, de otras que pertenecen sólo al hombre, hizo de estas últimas un producto del lenguaje, y acabó con decir que sólo a los signos debe el hombre su inmensa superioridad sobre los animales.

“La semejanza —dice— que hay entre las bestias y nosotros prueba que tienen un alma, y la diferencia que se halla prueba que es inferior a la nuestra. Mis análisis hacen sensible la cosa; pues que las operaciones del alma de las bestias se limitan a la percepción, a la conciencia, a la atención, a la reminiscencia y a una imaginación que no está a su disposición y que la nuestra tiene otras operaciones cuya generación voy a exponer”. Más adelante añade: “Tan luego como un hombre comienza a dar sentido a los signos que él mismo ha escogido, se ve formar su memoria. Adquirida ésta, comienza a disponer por sí de la imaginación y a darle un nuevo ejercicio; porque con el auxilio de los signos puede recordar a su arbitrio y despierta o al menos puede despertar frecuentemente las ideas que están ligadas entre sí. En lo sucesivo adquirirá tanto más imperio sobre su imaginación cuanto más signos invente, porque se procurará mayor número de medios para ejercerla. Y aquí se empieza a conocer la superioridad de nuestra alma sobre la de las bestias; porque es constante, por una parte, que de ellas no dependa el dar sentido a los signos arbitrarios, y, por otra parte, parece cierto que esta impotencia no viene únicamente de la organización”.

Dice verdad Condillac cuando afirma que el lenguaje es la condición del ejercicio de la memoria y de la mayor parte de las operaciones del alma; pero cuando de ahí se saca que es el principio mismo y que a los signos debe el hombre la superioridad sobre los animales, incide en gran error. Nótase en Condillac la tendencia perpetua a confundir en la explicación de los hechos, la condición exterior con el principio interior, o sea, la causa misma del hecho. ¡Cierto! El lenguaje entra como condición de todas las operaciones complejas, y quizás de todas las operaciones simples del pensamiento; pero no es ni puede ser jamás el principio. No se puede sostener semejante paradoja sin venir a parar a un círculo vicioso. En efecto, pudiéramos decir a Condillac: si el lenguaje es el principio del pensamiento ¿cuál es el principio del lenguaje? Para V. que no admite que Dios haya dado al hombre una lengua ya formada, el principio del lenguaje no puede ser otro que el espíritu mismo; de modo que en vuestro sistema el lenguaje se halla a la vez en el mismo sentido como causa y efecto del pensamiento. Otro motivo hubo también para que Condillac cayese en error: en el análisis del pensamiento y en el estudio de las relaciones que lleva con el lenguaje, asombrado del poder maravilloso de los signos, comprendió que su papel no se limitaba a producir afuera el pensamiento o a conservarlo, sino que ellos intervienen en el trabajo interior y solitario del espíritu y concurren ya a perfeccionar, ya a formar el pensamiento. Fue por ahí conducido naturalmente a ver en

el lenguaje algo más que un instrumento del pensamiento, algo más que una condición de expresión y de conversación: y el lenguaje le pareció que era el principio creador del pensamiento. Condillac no comprendió cómo el lenguaje podía ser causa y efecto al mismo tiempo, y sin embargo, nada más verdadero ni más sencillo: el espíritu es el creador del lenguaje, pero una vez creada la lengua, desenvuelve y perfecciona al espíritu: el efecto hace una reacción sobre su causa; la lengua tiene esto de común con todas las grandes instituciones, que, después de haber sido creadas por la naturaleza humana, la transforman.

Mucho debe notarse el error de Condillac: seducido por un amor excesivo de la sencillez, sustituye aquí, en la explicación del hecho, la causa exterior a la causa interior, que es la única real y verdadera, y se detiene en un principio que habría conocido era una consecuencia si hubiera ido más adelante. Sin embargo, la explicación de Condillac ha adquirido crédito: se repite donde quiera que si el hombre piensa, es porque tiene signos, y que si el animal no piensa, es porque le falta; pero lo que importa explicar es por qué el hombre tiene signos y el animal no. Si Condillac se hubiera propuesto la cuestión en otros términos, hubiera acertado con el origen del lenguaje. ¿Qué es el lenguaje? La relación entre dos términos, de los cuales uno sirve para la expresión del otro. Pero expresar es producir afuera, es manifestar, es hacer sensible algo, lo que se verifica por la correspondencia establecida entre los dos términos: uno de ellos necesariamente invisible, interior, inmaterial; el otro visible, exterior y material. En el lenguaje que se dice natural, la naturaleza crea esta correspondencia: allí no interviene el hombre. En el lenguaje artificial, el espíritu crea la relación al tenor y ejemplo que le ofrece la naturaleza. Y ¿cómo llega a crear así? Por el poder de la abstracción que le es propio. Pero la abstracción ¿qué es sino la voluntad haciendo esfuerzos por separar y distinguir lo que la naturaleza ha unido y confundido? Luego a la voluntad, en resumidas cuentas, debe el hombre el lenguaje, y como la voluntad es el tipo de la naturaleza humana, se sigue que a la excelencia de su naturaleza debe el hombre el lenguaje, como todos los progresos de que el lenguaje es el principio. No hay que decir que el hombre es superior a los animales por tener lenguaje; dígase, sí, que posee el lenguaje porque es superior a ellos. La filosofía de Condillac y de toda su escuela tiende siempre a buscar un principio fuera del hombre —ora sea en el lenguaje, ora en la sensación, ora en un puro accidente de la organización física— cuando se propone explicar la superioridad del hombre. ¡Cuántos errores de menos y de dificultades, con sólo haber buscado en el seno de la naturaleza humana el secreto de su superioridad!...

Para que más de bulto sea el error de Condillac, recordamos algunas de las operaciones que tiene por productos del lenguaje. Por ejemplo, la contemplación, la reminiscencia, la imaginación, el juicio y el raciocinio.

¿Qué es contemplar? Poner la atención de modo que se fije en un objeto irrevocablemente. Pudiera aquí negarle a Condillac la intervención de los signos en esta operación del espíritu, invocando sólo la experiencia. En efecto, el espíritu experimenta la necesidad del signo para fijar o conservar su pensamiento, cuando el objeto ha desaparecido, o bien cuando el objeto, aunque esté presente, casi no se puede coger, ya por su movilidad, ya por la gran variedad de los objetos con quienes está mezclado. Entonces el lenguaje es un excelente medio, el medio único quizás de conservación y abstracción. Pero en el caso de la contemplación, el objeto está a la vista del observador; embarga la mente que no necesita de recurrir al lenguaje para fijar su atención. Pero no está ahí la dificultad principal. Concedo que el lenguaje sea un instrumento indispensable para la contemplación: ¿cómo deducir de eso que es su principio? Admito que no habría contemplación sin signos, pero porque hay signos ¿está dotado el hombre de la facultad de contemplar? Aquí esta toda la cuestión. El espíritu del hombre contempla porque puede detener su atención en un punto, y esto lo puede hacer porque, dotado de una fuerza interior bastante poderosa, se apodera de sus facultades como de instrumentos dóciles para volverlos como cumpla a su voluntad hacia tal o cual objeto. El espíritu del animal no contempla porque anda errante a la aventura, llevado irresistiblemente de un objeto a otro, de aquí para allá, sufriendo alternativamente sensaciones, las más contrarias, sin serle posible fijarse en la que más le conviene. Y si no puede esto, no hay que atribuirlo —como dice falsamente Condillac— a la falta de signos artificiales, sino a la debilidad de su misma voluntad, que le abandona como un juguete a los caprichos de las causas exteriores. Otro tanto digo de la reminiscencia o memoria voluntaria. El animal está dotado de memoria como el hombre, pero es esclavo de estas memorias, las sufre pasivamente, y no tiene sobre ellas bastante imperio para recordarlas a tiempo, o reservarlas para cuando le agrade para asociarlas, encadenarlas, combinarlas. El hombre, al contrario, hace todo eso, porque posee una fuerza interior que reproduce, reserva, dispone, asocia y combina sus percepciones pasadas. Esta fuerza es el principio de la reminiscencia. Suprimidla en el hombre, y estad seguro de que el lenguaje más vivo y más cabal y completo no le hará revivir. Y todavía esto es más claro contrayéndonos a la imaginación: que una imagen venga a herir mi espíritu a pesar mío, este género de imaginación me es común con el animal. Condillac lo ha observado muy bien. “Las bestias —dice— tienen una imaginación de la cual no son árbitras ni pueden disponer”. ¿Y yo no puedo tampoco, cuando quiera, evocar ciertas imágenes y hacerlas parecer ante mi espíritu? ¿No puedo volverlas después a la oscuridad de donde las saqué? ¿Quién es el que hace que yo imagine así a mi arbitrio? Un poder propio del hombre: la voluntad. Ella es quien remueve este almacén de imágenes enterradas en la memoria, quien muda, añade, combina, modifica, y de todo forma un

cuadro. ¿Qué hace en todo esto el lenguaje? Bien veo que sirve poderosamente a la imaginación, pero no que él la cree y la desenvuelva. En cuanto al juicio y al raciocinio, estoy en que sería imposible al espíritu ejecutar esta doble operación sin los signos; pero aun en este caso, no hay que confundir el instrumento con el principio ni decir que el lenguaje hace que el espíritu juzgue y ratiocine. Juzgo y ratiocino, porque comparo; porque puedo hacer referencias, y todo cotejo de ideas o de objetos supone un esfuerzo más o menos enérgico de voluntad. Luego la voluntad, en último análisis, es el principio del juicio y del raciocinio.

Por lo demás, hagamos justicia a Condillac. Errando de medio a medio sobre el principio de las facultades que distinguen al hombre de las bestias, ha comprendido muy bien la diferencia entre las facultades del hombre y las operaciones del animal. Vio que éste no disponía de sus facultades, ni se servía de ellas como de unos instrumentos dóciles a su voluntad, y que el hombre, por el contrario, dispone de las suyas y a poco que las maneje, rara vez las halla rebeldes a su esfuerzo, y ahí está lo que explica la inmensa superioridad del hombre sobre las bestias. Cito el pasaje de Condillac: “Mientras que la imaginación, la contemplación y la memoria no tienen ejercicio, o las dos primeras tienen alguno del cual no es uno señor, no puede uno disponer por sí mismo de su atención. En efecto, ¿cómo se dispondría si el alma no tiene todavía la atención en su poder? Ella no va de un objeto a otro, sino en tanto que es llevada por la fuerza de las impresiones que en ella ejercen las cosas”.

Pasemos al tratado de las sensaciones. Ya he mostrado a qué falso origen de ideas fue conducido Locke por haber confundido primitivamente la facultad que nos da una idea con la condición de adquirir esta misma idea: confusión que también extravió a Condillac en la cuestión del origen de las operaciones del alma. Este problema, en efecto, comprende dos cosas, a saber: dadas todas las facultades y todas las operaciones que descubre el análisis en la conciencia, explicar, 1º la sucesión, 2º la generación. Vamos a ver cómo Condillac ha confundido estas dos cuestiones, concluyendo siempre con referir la relación de sucesión a la de generación sin caer en la cuenta de la dificultad que en ello hay.

Condillac se propone no sólo explicar como Locke el origen de nuestros conocimientos, sino inquirir además el principio de las facultades y de las operaciones del alma. Claro se ve en un pasaje del *Extracto razonado de las sensaciones*.

“Este filósofo —dice aludiendo a Locke— se contenta con reconocer que el alma percibe, piensa, duda, cree, ratiocina, conoce, quiere, reflexiona: que estamos convencidos de la existencia de estas operaciones porque las hallamos en nosotros mismos y contribuyen al progreso de nuestros pensamientos; pero no advirtió la necesidad de descubrir el principio y la generación, ni pensó siquiera que podían ser hábitos adquiridos: parece

que las tuvo por algo innato y sólo dice que se perfeccionan por el ejercicio”. No una simple descripción de las facultades se propone hacer Condillac: antes, aspira a hacer el génesis. Veamos cómo explica este gran misterio.

Nuestro filósofo imagina una estatua organizada interiormente como nosotros, pero desprovista y vacía de ideas, de sentimientos y de pasiones: la cubre anticipadamente de un forro o cubierta de mármol, para cerrar sus sentidos a las impresiones de afuera. Luego, de improviso, quita una parte de la cubierta y así deja penetrar en el alma de la estatua la acción de una causa exterior. Oigamos al mismo Condillac, y admirémonos del arte con que se esfuerza en animar su estatua al sople de la primera impresión, y en dotarla de todas las facultades que el análisis halla en el hombre actual. “Los conocimientos de nuestra estatua —dice— limitada al sentido del olfato, no pueden extenderse más que a olores...” “Si le presentamos una rosa, será para nosotros una estatua que siente una rosa, pero para ella no será sino el olor mismo de esta flor... Al primer olor, la capacidad de sentir de nuestra estatua, está toda en la impresión que se hace sobre su órgano, y esto es lo que llamo atención”. “Una sensación —dice— (*Extracto razonado*) es atención, ya cuando es sola, ya porque es más viva que las otras”. He aquí la atención como sale de la sensación, y notemos que Condillac no entiende solamente que a la sensación suceda la atención, pues ¿no ha dicho bien claro que va a explicar la generación de nuestras facultades? Pero sigamos. “Nuestra capacidad de sentir —dice— puede dividirse entre la sensación que tenemos y aquella que hemos tenido: apercibimos las dos a la vez: apercibir y sentir estas dos sensaciones es la misma cosa; porque este sentimiento toma el nombre de sensación, cuando se hace actualmente la impresión en los sentidos, y toma el de memoria cuando se ha hecho y no se hace más. La memoria, pues, no es más que la sensación transformada”.

“Desde que hay doble atención hay comparación, porque ser atento a dos ideas o compararlas, es lo mismo. Pero no se puede compararlas sin apercibir entre ellas alguna diferencia o alguna semejanza; apercibir tales relaciones es juzgar. ¿Así la sensación viene a ser sucesivamente atención, comparación y juicio?”.

“Nos vemos a veces obligados a llevar nuestra atención de un objeto a otro, considerando separadamente sus cualidades. Conducida así la atención, es como una luz que refleja de un cuerpo a otro, para aclarar los dos, y a esto llamo reflexión”.

La abstracción no es más que la atención puesta en una cualidad del objeto, en lugar de emplearse en todo el objeto: el raciocinio un doble juicio, un juicio en otro juicio; la imaginación es la reflexión combinando imágenes. Qué de metamorfosis sufre la sensación bajo la vara mágica del filósofo encantador; humilde y débil al punto de partida, después se engrandece

y desarrolla insensiblemente tanto, que acaba por absorber toda el alma. De pura impresión sensible, viene a ser sucesivamente atención, memoria, comparación, juicio, raciocinio, reflexión, abstracción e imaginación, es decir, toda la inteligencia.

Acabamos de ver cómo en el sistema de Condillac, la sensación engendra todas las facultades del entendimiento: escuchémosle ahora, que de ahí va a hacer salir todas las facultades de la voluntad. “No hay —dice— (*Extracto razonado*) sensaciones indiferentes, sino por comparación; cada una es en sí agradable o desagradable; sentir y no sentirse bien o mal, son expresiones del todo contradictorias. Por consiguiente, el placer o la pena, ocupando nuestra capacidad de sentir, produce esta atención de donde se forman la memoria y el juicio. Nosotros no pudiéramos saber si estábamos bien o mal si antes no lo hubiéramos estado, si no comparamos el estado en que nos hallamos con aquellos por donde hemos pasado. Cuanto más hacemos esta comparación, más sentimos esta inquietud que nos hace juzgar la importancia de mudar la situación. Sentimos la necesidad de alguna cosa mejor. Bien pronto la memoria nos recuerda el objeto que creemos puede contribuir a nuestra dicha, y al instante la acción de todas nuestras facultades se determina hacia este objeto. A esta acción de las facultades la llamamos *deseo*. ¿Qué hacemos, en efecto, cuando deseamos? Juzgamos que no es necesario el goce de un bien. Al punto la reflexión se ocupa únicamente de ella. Si está presente fijamos la vista en ella, extendemos la mano para cogerla. Si no está presente, la imaginación se le figura y pinta vivamente el placer de gozarla. Así el deseo no es más que la acción de las mismas facultades que se atribuyen al entendimiento, y que siendo determinadas a un objeto por la inquietud que causa su privación, determina también la acción de las facultades del cuerpo. Pero del deseo nacen las pasiones, el amor, el odio, la esperanza, el temor, la voluntad. Todo esto no es tampoco otra cosa que la sensación transformada”.

Nada más sencillo que este sistema. Toda la vida entera del hombre, tan fecunda y tan llena, tan variada y tan amplia, tan grande y tan profunda, es traída a un principio único, la sensación. Para mí tengo, hasta antes de examinar los hechos, que la naturaleza no es ni tan simple, ni tan fácil de penetrar como lo imagina tal teoría, y que este análisis tan transparente y arreglado con tanta habilidad, no reproduce la realidad en toda su complejidad y toda su profundidad. La atenta observación de los hechos va a mudar esta sospecha en completa certidumbre. Vamos derecho al principio sin detenernos en los pormenores. “Al primer olor —dice Condillac— la capacidad de sentir de nuestra estatua, está toda en la impresión que se hace en su órgano; he aquí lo que llamo atención”. La atención, pues, según Condillac, es la sensación en cierto grado de intensidad, la sensación acompañada de conciencia: primer error de donde vienen todos los demás. Entre la atención y la sensación hay algo más que diferencias de grados: hay

una diferencia de naturaleza. ¿Qué es, en efecto, la sensación? Una pura impresión que el *Yo* sufre o recibe; pero no la crea: lo que hace que no esté en su poder hacerla nacer, evitarla, continuarla, o suspenderla, acabarla o destruirla. Al contrario, la atención es un acto del *Yo*, un acto en el sentido riguroso de la palabra, una verdadera creación. Y aquí está porqué el *Yo* dispone de la atención de una manera absoluta, y puede a su voluntad suspenderla, renovarla y destruirla. La sensación es fatal e involuntaria: no siente quien quiere y como quiere. La atención es voluntaria y libre: ninguno presta su atención si no quiere prestarla. El *Yo* es ya activo sin duda en la sensación, porque la actividad es el principio de todo fenómeno de la vida; pero entonces es forzado a la acción por la impresión de las causas exteriores: él no obra espontáneamente: obra por reacción, está, como se dice, en un estado pasivo. En el hecho de la atención el *Yo* no se deja imponer por la acción de una causa exterior: él la crea de *motu proprio* y la saca de su poder interior: obra, en fin, sin ser provocado a la acción y únicamente porque quiere obrar. La sensación no puede confundirse con la atención, sea cual fuere el grado de intensidad a que llegue; porque en su primer grado como en el último conserva todos los caracteres que la distinguen profundamente de la atención, y además la sensación no adquiere ningún carácter nuevo. Un abismo separa la acción de la pasión, la libertad de la fatalidad, la afección pura del sujeto del acto espontáneo de la causa, la atención de la sensación. No se deriva, pues, la atención de la sensación, y pues que en la hipótesis de Condillac, las otras operaciones del entendimiento se derivan de la atención, es claro que la sensación no es el principio ni la atención, ni de la reflexión, ni del raciocinio, ni de ninguna facultad activa del espíritu.

He dicho que en la hipótesis de Condillac todas las operaciones y facultades de la inteligencia se derivan de la atención. Este segundo principio de la psicología de Condillac tampoco es cierto. Para que la atención engendre todas las facultades intelectuales, es necesario que ella en sí sea una facultad de la inteligencia; pero si hago ver que la atención no tiene ningún carácter intelectual, resultará demostrado que es imposible hacer de la atención el principio generador de todas las facultades de la inteligencia. Pero para que ninguna duda quede sobre la doctrina de Condillac, comienzo por reproducir un pasaje ya citado: “No se pueden comparar dos ideas sin apercibir entre ellas alguna diferencia o semejanza: apercibir tales relaciones es juzgar. Las acciones de comparar y de juzgar no son más que la atención misma”. Desconoció Condillac la naturaleza de los hechos que se llaman atención y comparación. Poner atención a un objeto y conocer este objeto son dos actos muy diferentes: prueba de ello que lo uno puede producirse sin lo otro. Presto mi atención a un problema y no por esto le comprendo: la experiencia lo atestigua todos los días; por otra parte yo puedo comprender este mismo problema sin haber puesto atención. No

hay quien al menos una vez en la vida no haya tenido la dicha de haber hallado la verdad sin haberla buscado. Pues que la atención puede producirse sin la concepción, y recíprocamente, no es por tanto idéntica al acto intelectual. Y entonces ¿qué es la atención? Nada más que la dirección y concentración de nuestras facultades en tal o cual objeto. Y ¿cuál es la fuerza que dirige y concentra, sino la voluntad? La inteligencia es un instrumento que la voluntad hace mover a su arbitrio: la aplica a un punto, la separa después para volverla hacia otro, la trae al primero y allí se fija irrevocablemente. La atención es la voluntad apoderándose de las facultades para servirse de ellas. No insisto más en esto: paso a las facultades de la voluntad.

Condillac, lo hemos visto, engendra el deseo con la sensación, y la voluntad con el deseo. Acepto por un momento la metamorfosis de la sensación en deseo; pero no puedo comprender cómo el deseo se transforma en voluntad. ¿Pueden darse dos hechos más diferentes entre sí? El deseo, fatal; la voluntad, libre. Yo sufro un deseo; yo creo un acto de voluntad; yo respondo de todos mis actos de voluntad y no puedo responder de mis deseos; yo puedo sin duda evitar o huir hasta cierto punto de todas las ocasiones del deseo, puedo disponer y educar mi alma a cierta indiferencia que le repela, y no puedo en una circunstancia dada, cerrar el alma al deseo, que la sorprende. En fin, tan no es la voluntad el deseo, que con la voluntad es con la que resisto y domo a veces al deseo. ¿Qué es la vida moral? ¿Qué es sino la lucha de la voluntad y el deseo? Y no se diga que el deseo llevado a cierto grado se transforma en voluntad; no, el deseo cuanto más violento es, menos libre deja al hombre. Este por consiguiente no conserva entonces la fuerza de su voluntad. Luego es falso que el deseo engendra la voluntad, como piensa Condillac.

Voy más adelante: niego que el deseo se derive de la sensación. Bien sé que el deseo se manifiesta en el alma con ocasión de la sensación: sé también que es fatal como la sensación. Pero ¿deducir de ahí que no es sino sensación? Tenemos que examinar seriamente este punto: comúnmente se asigna la sensación por origen de los hechos morales conocidos bajo el nombre de *deseos, inclinaciones y pasiones*. Que se abrace esta doctrina por la filosofía que hace de la sensación el principio de la vida intelectual y moral, vaya; pero la vemos acogida hasta por moralistas que han combatido en Psicología el principio de la sensación, y en Moral el principio del interés. En estos últimos tiempos se ha tratado sobre todo con los más loables y felices esfuerzos de arrancar la inteligencia a la filosofía de la sensación y la voluntad a la moral del placer; pero se han abandonado al sensualismo otros principios no menos sagrados de la naturaleza humana. ¿Será verdad, como lo reconocen ciertas escuelas rivales y lo proclama Condillac, que esta sensación, no siendo el origen ni las más altas concepciones de la inteligencia, ni de los grandes principios de la moralidad huma-

na, pudiera ser la fuente de los nobles deseos y de las pasiones generosas? Basta hacer constar algunos de los caracteres psicológicos y morales de la sensación y las pasiones, para convencernos de que nada hay más falso. Desde luego la sensación no es más que una simple modificación del alma: el deseo o la pasión es un movimiento. Por la sensación el alma goza o sufre, y nada más. Por el deseo y la pasión tiendo con más o menos fuerza hacia un objeto. El Yo es pasivo en la sensación: es activo, por lo regular activo, en el más alto grado, cuando desea; y digo activo, y no libre. Lejos de engendrar la sensación a todo deseo ¿no sentimos dentro de nosotros mismos deseos que han despertado nuestra sensibilidad? Sí, se encuentran en el fondo de la naturaleza humana deseos, inclinaciones instintivas y verdaderamente innatas, que bien han podido esperar, para dedicarse a un objeto y fijarse, a que una sensación los haya despertado, pero que bajo forma de tendencias vagas, y por tanto inquietas, preexistían a toda sensación. Medítese; lo que yo digo es sobre todo verdadero, con respecto a las afecciones y pasiones que se dicen primitivas: ¿se explicará, por ejemplo, por una sensación de placer o de pena, esta inmensa necesidad de amar que se halla en el fondo de toda naturaleza humana? Prueba de que el deseo preexiste a toda sensación es que después de haber largo tiempo dormido en las profundidades del alma, se despierta poco a poco, cuando llega el tiempo, sin necesidad de ninguna excitación exterior; y agita desde luego dulcemente el alma admirada e inquieta, después la trabaja más enérgicamente y la atormenta siempre antes de haberse prendado de un objeto, hasta que al cabo encuentra lo que atrae y le conviene; entonces viene la sensación, que lejos de ser el principio de las inclinaciones, es un resultado. Esto es cierto de muchas afecciones y pasiones que no deben confundirse jamás con los deseos caprichosos que hacen nacer una sensación y que arrebatan otra sensación; esto es cierto hablando de las simpatías del amor, de la amistad, y de las afecciones de la naturaleza, así como las ha llamado el sentido común, como si quisiera protestar contra la teoría que combatimos. Cada una de estas afecciones es simple, primitiva, y por consecuencia irreductible a la sensación. La naturaleza humana no es una tabla rasa, ora se la considere en sus principios intelectuales, ora en sus principios afectivos: ella está rica de facultades y de inclinaciones, antes de toda excitación sensible. Al crearla Dios la formó expresamente para conocer y para amar.

En resumen, la sensación no engendra ni a la voluntad ni a la pasión ni al deseo ni a ninguna facultad de la inteligencia; es sí la condición de todas, como lo hemos reconocido; pero no es el principio de ninguna de ellas. Esta impotencia manifiesta de la sensación arruina ya el sistema: pero si podemos probar que el hecho en que Condillac funda toda su teoría, que la sensación misma es imposible en la piedra del gran edificio que creía Condillac haber hipótesis del hombre-estatua, no quedará ni una construido tan sólidamente. Tratemos de ello. El hombre que nos representa el

autor del *Tratado de las sensaciones* no es solamente una tabla rasa, es decir, como lo entendía Locke, una fuerza *nula* y vacía de facultades virtuales; porque, al cabo el filósofo inglés había conservado al menos la actividad interior del Yo bajo el nombre de *reflexión*. El hombre-estatua no es ni aun una fuerza que pueda oponer su acción personal a la acción de causas exteriores; Condillac la reduce a no ser más que una máquina, a la cual una causa exterior comunica impulso por el hecho de la sensación. Pero entonces ¿cómo esta máquina desprovista, tal como está, de toda actividad espontánea, podría tener conciencia del movimiento que en ella se produce? Y si no tiene conciencia ¿qué viene a ser la sensación? Condillac conoció la dificultad cuando dice: “Si presentamos a la estatua una rosa, será para nosotros una estatua que siente una rosa; pero para ella no será sino el olor mismo de esta flor”. Esta observación hace honor a la sagacidad de Condillac; pero descubre el vicio más profundo del sistema. Decís que la estatua que siente por primera vez una rosa, se tendrá infaliblemente por el olor mismo de esta flor: yo no sé exactamente en qué ilusión caería la estatua, ni me cuido de eso, pues que hacéis obrar y sentir como si fuera una realidad a lo que es una abstracción; mas comprendo en cambio perfectamente, que no podréis desde el principio dotar a la estatua de la conciencia de su existencia, y sin embargo ¿qué cosa más simple que la conciencia de la existencia? ¿Y qué puede explicar vuestra teoría, si no explica ni aun esto? Ya véis la grave dificultad que hay en que la estatua animada llegue a reconocerse y a decirse *yo*, y tenéis razón. Pero a buen seguro que hubiera habido esta dificultad que resolver, si en vez de imaginar un ser abstracto os hubieseis ocupado en la naturaleza humana. En efecto, el hombre de la naturaleza y de la realidad es una fuerza que desde el momento que es provocada por la acción de las fuerzas circundantes, *reacciona* y resiste y saca en la conciencia de esta acción toda personal el sentimiento de su existencia, al mismo tiempo que la concepción de otra existencia. Nada más claro. Pero el hombre de Condillac, como no es una fuerza (y es necesario que así lo comprenda el autor, pues de otro modo no hubiera dudado en explicar el sentimiento de la existencia) no ha podido reaccionar contra la impresión que le viene de afuera; no tiene, pues, todavía el sentimiento de la vida y de la existencia, y he aquí por qué se tiene por el olor mismo de la flor. Así el hombre-estatua no es más que una pura máquina. Ahora pretende Condillac dotarla de sensibilidad por el simple contacto de una causa exterior. Pero la acción de lo exterior no puede producir, cuando más, sino un estremecimiento orgánico, y de aquí a la sensación hay un abismo. Para que la impresión orgánica se transforme en una sensación, se necesita que a la acción de la fuerza exterior corresponda y se oponga la acción de una fuerza interior: de esta doble acción nace la sensación. Suprímase la acción de lo exterior; no hay ni sensación, ni impresión orgánica; suprímase la reacción de lo interior: es posible la impre-

sión orgánica, pero no se produce la sensación, ni puede ser de otra manera. En efecto, lo que caracteriza a la sensación y la distingue de la impresión orgánica, es que el yo tiene de ella conciencia; porque ¿cómo el yo tendría conciencia de hechos en cuya producción no interviniera? Es, pues, la conciencia un signo infalible de la intervención del yo en el hecho de la sensación como en todos los demás. Condillac no advirtió que despojando al hombre de toda actividad interior; suprimía el principio mismo de la sensación. En vano levanta el forro de mármol que cubre a su estatua e imagina hacerla vivir; sentir, pensar, querer; bajo la acción de un principio exterior: la estatua no puede vivir, ni sentir, ni pensar, ni querer; no puede animarse al contacto de una causa extraña, porque en sí misma no trae un principio de vida; en nosotros está el principio de toda vida; fuera de nosotros sólo la condición; el yo no viviría sin el no yo, pero; ¡cuidado! Que no es el no yo quien le hace vivir. Mucho conviene tenerlo presente: el error constante de Condillac ha sido creer que el hombre debe a un accidente exterior su pensamiento, su actividad y sus pasiones; cuando donde está la fuerza y el pensamiento es en las entrañas mismas de su esencia, tan fecunda y tan rica, que de ahí saca incesantemente la vida. Todo esto, sin duda, faltando la excitación exterior; dormiría en las profundidades de su ser; pero no por eso es menos cierto que la naturaleza carece de virtud de dotar al hombre de una sola facultad.

Era necesario quizás todo este desarrollo para mostrar la doctrina de Condillac en su verdadero punto de vista; se ve la transformación que sufrió el pensamiento de Locke entre las manos de Condillac. Del *Ensayo del entendimiento humano* al *Tratado de las sensaciones* hay la distancia de un bosquejo a un sistema. La historia de la filosofía nos enseña que la fórmula de Condillac no es aún el término en que se detiene este pensamiento. Sigámosle, pues, hasta su último desarrollo. Queriendo Condillac explicar toda la vida humana por un principio exterior; debió, para ser consecuente, remontarse por encima de la sensación hasta la impresión orgánica: se detiene en la sensación. De la sensación a la impresión orgánica el pase era fácil; la escuela de Condillac se dejó ir allá bien pronto.

Cabanis, en su tratado *La relación de lo físico y de lo moral*, confundiendo la sensación con la impresión orgánica, suprime el hecho interior que conservó el Maestro, y rompió así la frágil barrera que separaba del materialismo a la doctrina de la sensación. Se conoce la última palabra de la escuela: niega la libertad, la espiritualidad del alma, el mundo de los espíritus, y no reconoce otros medios de ciencia que los sentidos, otras realidades que los cuerpos, otros principios que la materia. Helvecio afirma que si el hombre tuviese las manos hechas de otro modo, perdería quizás toda su superioridad sobre los animales. Saint Lambert define al hombre como una masa de materia organizada. ¿Se necesita citar el grosero materialismo de Holbach? Condillac —tenemos prueba de su buena

fe— creía firmemente en la libertad y en la espiritualidad del alma, pero lo creyó más como hombre y como cristiano que como filósofo. En su *Tratado sobre el hombre y sus facultades intelectuales y morales* el filósofo desprecia la cuestión de la libertad y la cuestión del alma. Y en el fondo nada más natural que la repugnancia de Condillac a esta especie de problema: ¿cómo conciliar la libertad y la espiritualidad del alma con una teoría que, poniendo a la sensación como principio de toda la vida intelectual y moral, no veía más que una sensación transformada en la voluntad, el tipo único de la libertad, y reducía el ser humano a una colección de sensaciones? La creencia de Condillac en estos dos grandes hechos fue sin duda sincera y profunda, pero quedó fuera de su sistema con el que nada tenía de común; lo que hace que nuestro autor sea conducido, sin darse cuenta, a no tratar sino bajo la forma de apéndice la libertad y la espiritualidad del alma. Sus discípulos no hicieron caso del apéndice, porque en efecto el pensamiento de Condillac estaba en otra parte. VÍCTOR COUSIN

LXIV

ADDENDA IV LOCKE²

POR VÍCTOR COUSIN

(*Noticioso y Lucero*, diciembre 8 de 1839.)

Pues Locke, que empezaba mal a nuestro entender por inquirir el origen de las ideas, ha debido al menos explicar antes, y con precisión, el origen a que se contraían; porque en *Psicología* la palabra origen se usa en dos sentidos. Son nuestras ideas actos del espíritu que suponen necesariamente un poder como el efecto supone una causa. De modo que como se averigüe que hay actos esencialmente diferentes, se reconocen también poderes distintos y originales en el espíritu. Estos poderes o facultades, déseles el nombre que se quiera, como a su causa, deben ser tenidos como

2. Traducción de M. González del Valle. Vid. sobre este extremo una nota de J. Artilés en *Philosophia electiva* (B.A.C. vol. I) *Introducción*, p. XXIX, n. 29. La importancia de estos artículos de Cousin, traducidos por M. González del Valle, estriba en que Luz los va a refutar en su *Impugnación a las doctrinas filosóficas de Víctor Cousin, en que se refuta su análisis del Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke. Esta traducción aparece anónima (Roberto Agramonte).

el principio directo e inmediato, o sea, el origen mismo de las ideas en el sentido más verdadero y profundo de la palabra. Aquí origen significa la facultad a que debe directamente el espíritu cierta clase de ideas y, en tal concepto, la idea de espacio y en general las ideas necesarias y absolutas tienen por origen a la razón, que es quien las da. Por otra parte, puede suceder, y sucede siempre, que una facultad no entra en ejercicios sola, sino concurriendo otra facultad; porque si bien son distintas de naturaleza las facultades del espíritu, sin embargo, dependen unas de otras en su acción, y aunque el análisis las separe para mejor conocerlas, ellas se unen y se encadenan íntimamente en su desarrollo. Por tanto, cuando una facultad a la que debemos tal clase de ideas, tiene necesidad para su ejercicio del auxilio de otra, ésta viene a servir de condición indispensable, de ocasión, pero no en su principio ni su causa, porque la verdadera causa es la facultad a quien le debe el espíritu las ideas de que hablamos. Con todo, en la lengua psicológica, aquella facultad que es una condición para adquirir tal clase de ideas, se dice también que es origen indirecto y remoto bien entendido. Así, la idea de espacio y todas las concepciones de la razón tienen por origen las experiencias, porque sin las experiencias no entrará ninguna de estas ideas en el entendimiento.

Sobre dos puntos, pues, debió detenerse Locke para resolver el problema que se propuso buscando dos orígenes. Pero ni vislumbra, parece, la distinción ya indicada, porque a su entender como al de los filósofos empíricos que le precedieron, la cuestión del origen de las ideas es la más sencilla y fácil de resolver. ¿No es claro, por poco que se entienda la palabra origen, que la experiencia y la experiencia sensible son el origen de todas nuestras ideas? ¿Qué noción entra en el entendimiento sin ir por los sentidos? La más alta y abstracta de las concepciones ¿no se refiere como la más humilde percepción a la experiencia sensible? Unos más cerca, otros más lejos; en esto consiste la diferencia. Locke tuvo que ir a parar ahí, sin poderlo remediar por no ver sino muy por encima la cuestión. Para él la experiencia es el origen de todas nuestras ideas. Y en efecto, que próxima, que remotamente, no hay ninguna que no cuente con ese origen.

Ya con esto, puede entrarse en el examen sumario y en la crítica del *Ensayo sobre el entendimiento*. Preocupado Locke con la refutación de la hipótesis cartesiana que suponía ideas innatas, prueba, a no dejar duda, que tales ideas no existen. Y en efecto, la idea es un acto del espíritu, que, aunque rico de facultades, no halla otra ocasión de ponerlas en ejercicio que la experiencia: ningún desarrollo, ningún trabajo, ningún pensamiento tiene lugar en lo interior de la conciencia antes de la sensación y sin la sensación. Lo innato de las ideas propiamente dicho es quimérico, y Locke tiene razón si es que los cartesianos no defendían lo innato de las facultades, sino de las ideas, lo que parece está en duda. Locke, para completa refutación, reproduce y comenta el célebre axioma: “nada hay en el entendimien-

to que no haya ido por lo sentidos”; y hasta ahí va bien. Pero concluye con que no hay nada innato, y que el espíritu es una tabla rasa. “Suponemos, pues, que al principio el alma es lo que se llama una tabla rasa, sin la menor señal”. (L. 2, cap. I, p. 2.) A lo que responde Leibnitz: “Esta tabla rasa de que se habla tanto es, a mi modo de entender, una ficción fundada en las nociones incompletas de lo filósofos, como el vacío, los átomos, o como la materia prima que se concibe sin ninguna forma. Las cosas uniformes, que no contienen ninguna variedad, son abstracciones, como el tiempo, el espacio y lo otros seres de las matemáticas puras. Se me responderá quizás que esta tabla rasa de los filósofos quiere decir que el alma no tiene natural y originalmente más que mudas facultades. Pero las facultades, sin algún acto, en una palabra, las potencias de la escuela,³ son ficciones... Hay siempre una disposición particular a la acción y a una acción más bien que a otra, y además de la disposición hay una infinidad a la vez en cada sujeto, y tales tendencias no quedan jamás sin efecto”.

Nada más sensible que el origen de los conocimientos humanos, según lo explica el filósofo inglés. Primitivamente el espíritu estaba vacío de ideas y facultades y ahora se halla rico con todo esto; ¿cómo se enriqueció con tantas facultades? Con la experiencia, dice Locke. La experiencia es exterior e interior: sensación propiamente tal y reflexión que no es más que el sentimiento de las operaciones de nuestra alma, y se confunde con la conciencia. La sensación es la verdadera, la única fuente de nuestras ideas, pues la reflexión no es una facultad que trabaja sobre asunto o fondo que le sea propio: todos los datos se los ministra la sensación, y las ideas únicas que nos sugiere particularmente se refieren al sentimiento íntimo de las operaciones del alma, es decir, de las ideas de fuerza, de poder y de todas las facultades. La sensación queda siendo, por de contado, el origen único de nuestros conocimientos: tal es el principio de la doctrina contenida en el libro del *Ensayo*. Antes de pasar a las consecuencias conviene reducirlo a su justo valor.

Hagamos justicia a Locke. Distinguiendo como distinguió la reflexión de la sensación, ya puso en claro la diferencia de las facultades activas y pasivas del alma. Dijo: la sensación es el origen de todas nuestras ideas, pero no dijo que es el principio de todas nuestras facultades y el espíritu todo entero. Así se salvó del sensualismo. Sin embargo, quedó siendo empírico. El empirismo ha escrito con caracteres indelebles esta frase: “El entendimiento es una tabla rasa, está vacío, y quien lo llena es la sensación”. Aunque la reflexión sea un principio activo, no posee ninguna virtud intelectual y no da nada o casi nada de suyo, y no vuelve, según Locke, sino aquello que ha recibido de la sensación. El agregar la reflexión no le quita

3. Escolástica (Roberto Agramonte).

su fuerza al axioma empírico: *intellectus est tamquam tabula rasa*.⁴ La más simple noción del espíritu basta para mostrar que tal doctrina es superficial o falsa.

Estoy con Locke en cuanto a que la sensación es la condición con que adquirimos las ideas y entran en ejercicio todas las facultades. Pero ¿cómo de ahí deducir que la sensación sea el origen directo de todo conocimiento y el principio de toda facultad intelectual? Admito que el espíritu sea primitivamente una tabla rasa, en el concepto de que no hay en él ninguna señal escrita antes de la experiencia sensible, pero puede en otro sentido considerarse como una tabla rasa para negar que esté preparado y predispuesto a recibir las impresiones de la sensibilidad. En una palabra, el espíritu vacío de ideas, antes de la sensación ¿estará desprovisto de toda facultad y virtualidad intelectual? Aquí es donde está la cuestión. Pues bien, Locke no comprende cómo el espíritu no es una simple capacidad pasiva ni un principio activo limitado a producir lo que la sensación le confía. No es el espíritu tan simple ni está tan desnudo y desprovisto como lo hace el empirismo, porque existe antes de toda sensación rico con sus facultades, instintos, leyes y principios. Todo esto constituye el mecanismo de la inteligencia, tan complicado, ingenioso y sutil como no puede dar idea ninguna obra de la naturaleza ni del arte. No crea la sensación este mecanismo: lo provoca si el movimiento lo pone sucesivamente en ejercicio, y como que lo solicita para que despliegue todos sus recursos desde la percepción hasta los más eminentes oficios de la razón. Decir sólo, para servirme del lenguaje de Leibnitz, que el espíritu es una fuerza activa y que esta fuerza simple y nuda, al encuentro con otras fuerzas produce en la oposición el hecho del conocimiento, no explica el caso. Si tal fuerza, considerada como el sujeto del conocimiento, no estuviera completamente organizada como para reflejar estas fuerzas exteriores con que entra en contacto, no viniera a ser el espejo del universo. Ni a la naturaleza del espíritu ni a los prodigios del pensamiento se comprende, como no se admita *a priori* lo innato de las facultades, las leyes y principios intelectuales, origen siempre fecundo e inagotable de donde salen a la luz, cuando la sensación establece la comunicación de lo interior y de lo exterior tantas ideas y concepciones maravillosas! Con acierto dijo Leibnitz: “El espíritu no es una tabla rasa; que está lleno de caracteres que puede la sensación descubrir pero no imprimirlos”. Yo me he servido de la comparación de una piedra de mármol con vetas, mejor que de una piedra de mármol toda unida, o de tablillas vacías; porque si el alma se parece a estas tablillas, estarían las verdades en nosotros como la figura de Hércules en un pedazo de mármol cuando está para recibir esta u otra figura. Pero si en la piedra hubiese vetas que marcasen la figura de Hércules más bien que otra, en-

4. “El entendimiento es como una tabla rasa”.

tonces Hércules estaría allí en algún modo innato, aunque fuese menester trabajo para descubrir las tales vetas, quitando lo que impedía su aparición. Así las verdades y las ideas no son innatas como lo son las inclinaciones, disposiciones, hábitos o virtualidades naturales, no obstante que estas virtualidades vayan siempre acompañadas de algunas acciones correspondientes, por lo regular insensibles. (Leibnitz, *Crítica del Ensayo sobre el entendimiento*.) De buena gana compararía yo el espíritu con un instrumento de música pronto a dar los sonidos más melódicos cuanto le tocase la mano del artista.

Negando Locke la virtud innata del espíritu, se imponía la necesidad de explicar todo el pensamiento con la sensación. Y con reflexionar un instante en la naturaleza misma del acto intelectual, basta para conocer lo enorme de tal pretensión. ¿Qué es el conocimiento? Una relación entre dos términos. El sujeto uno y el objeto otro: el uno interior, el otro exterior. Concorre el objeto a la producción del acto intelectual dando materia al entendimiento; y el sujeto concorre aplicando a esta materia tal ley o cual disposición interior. En una palabra, los sentidos proporcionan la materia del conocimiento y la inteligencia pone la forma volviendo el dato sensible verdadero conocimiento. Ya se echa a ver el error de Locke, cuando quiere explicar todo conocimiento con la sensación, pues sabemos que la sensación sólo da el elemento exterior del conocimiento. ¿Qué hecho no contrapugna con su teoría desde la simple percepción de los cuerpos hasta la concepción de la sustancia infinita y absoluta? Y no porque Locke haya dejado de hacer esfuerzos para acomodar los hechos con su sistema. Por supuesto, niega un gran número de ideas muy reales, pero que no se puede reducir al origen de la sensación o de la reflexión; después altera el verdadero carácter de otras ideas para hacerlas entrar más fácilmente por el aro de uno de estos orígenes y refiere a la sensación o a la reflexión ideas de que por cierto no son capaces.

V.C.

ÍNDICE



VOLUMEN I

Nota a la presente edición 1

Ensayo Introductorio

Para una teoría crítica de la emancipación cubana 3

– 1838 –

CUESTIÓN DE MÉTODO, IDEOLOGÍA, MORAL RELIGIOSA

MAYO

- I. ADVERTENCIA-PROEMIO AL ELENCO DE 1834, por José de la Luz y Caballero, Gaceta de Puerto Príncipe, mayo 12 de 1838 6 9
- II. REFUTACIÓN DE LA ADVERTENCIA -PROEMIO, por Rumilio (Licenciado Manuel Castellanos Mojarrieta, Gaceta de Puerto Príncipe, mayo 12 de 1838 7 2
- III. CUESTIÓN DE MÉTODO. SI EL ESTUDIO DE LA FÍSICA DEBE O NO PRECEDER AL DE LA LÓGICA (PRIMERA RÉPLICA A LA REFUTACIÓN DE RUMILIO, PUBLICADA EN LA GACETA DE PUERTO PRÍNCIPE, EN MAYO 12 DE 1838, por José de la Luz y Caballero, Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana, número 35, tomo VI, de junio 18 de 1838 7 7

JUNIO

- IV. CUESTIÓN DE MÉTODO SUSCITADA EN PUERTO PRÍNCIPE, por El Crítico Parlero (Antonio Bachiller y Morales), Diario de la Habana, junio 19 de 1838 9 6
- V. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 1. NECESIDAD DEL ESTUDIO DE LA IDEOLOGÍA PARA EL DE LA LITERATURA, por Manuel Costales, La Siempreviva, t. I, p. 13, 1838 9 9

AGOSTO

- VI. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 2, por El Ecléctico [José Zacarías González del Valle], Diario de la Habana, agosto 11 de 1838 1 0 4
- VII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 3, por Manuel Costales, Diario de la Habana, agosto 16 de 1838 1 0 8
- VIII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 4, por El Ecléctico [José Z. González del Valle], Diario de la Habana, agosto 24 de 1838 1 1 3

SEPTIEMBRE

- IX. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 5, por Manuel Costales, Diario de la Habana, septiembre 13 de 1838 1 1 7
- X. Addenda I. Pasajes de Tulio sobre Luz 1 2 2
- XI. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 6, por Un amante de la verdad [José de la Luz y Caballero], Diario de la Habana, 21 de septiembre de 1838 1 2 4
- XII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 7, por El Ecléctico [José Z. González del Valle], Diario de la Habana, septiembre 27 de 1838 1 2 8
- XIII. ENCUESTA SOBRE LAS IDEAS. 8, por El amigo de la juventud [José de la Luz y Caballero], Diario de la Habana, 27 de septiembre de 1838 1 3 2
- XIV. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 9, por Manuel Costales, Diario de la Habana, septiembre 28 de 1838 1 3 3

NOVIEMBRE

- XV. MORAL RELIGIOSA, por Domingo del Monte, El Plantel, entrega 3ª, noviembre 25 de 1838 1 3 5

XVI.	MEDIA PALABRA AL AUTOR DEL ARTÍCULO MORAL RELIGIOSA, INSERTO EN LA 3ª ENTREGA DE EL PLANTEL, por Fair-Play [José de la Luz y Caballero], Diario de la Habana, noviembre 25 de 1838	141
XVII.	DOS PALABRAS SOBRE CUESTIÓN DE MÉTODO, por José T. de la Victoria, Gaceta de Puerto Príncipe, noviembre 28 de 1838	142

DICIEMBRE

XVIII.	EL AUTOR DEL ARTÍCULO MORAL RELIGIOSA, INSERTO EN LA 3ª ENTREGA DEL PLANTEL A FAIR-PLAY, por Domingo del Monte, Diario de la Habana, diciembre 5 de 1838	145
XIX.	CONTESTANDO AL ARTÍCULO DEL SUScriptor AL PLANTEL, INSERTO EN LA AURORA DE MATANZAS DE 30 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO, por Fair-Play (José de la Luz y Caballero), Diario de la Habana, diciembre 5 de 1838	146
XX.	FAIR-PLAY AL AUTOR DEL ARTÍCULO MORAL RELIGIOSA, por Fair-Play (José de la Luz y Caballero), Diario de la Habana, diciembre 7 de 1838	151
XXI.	SEGUNDA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE (LICENCIADO MIGUEL STORCH), por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, diciembre 17 de 1838	153
XXII.	AGUINALDO DE FAIR-PLAY PARA EL SEÑOR SUScriptor AL PLANTEL (EN MATANZAS), por Fair-Play (José de la Luz y Caballero), Diario de la Habana, diciembre 22 de 1838	160
XXIII.	TERCERA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, diciembre 30 de 1838	172

– 1839 –

CUESTIÓN DE MÉTODO, MORAL DEL PROCOMUNAL,
POLÉMICA SOBRE EL ECLECTICISMO

ENERO

XXIV.	CUARTA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, enero 6 de 1839	185
-------	---	-----

XXV.	QUINTA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, enero 21 de 1839	197
XXVI.	Apéndice	203
XXVII.	BREVES OBSERVACIONES SOBRE EL ARTÍCULO “FILOSOFÍA”, por José T. de la Victoria, Gaceta de Puerto Príncipe, enero 30 de 1839	204

FEBRERO

XXVIII.	SEXTA RÉPLICA AL DÓMINE DE PUERTO PRÍNCIPE, por El Co-responsal (José de la Luz y Caballero), Diario de la Habana, febrero 10 de 1839	209
XXIX.	PRIMERA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por El Adicto, Diario de la Habana, febrero 12 de 1839, referidos a los artículos insertos en las Memorias de la Sociedad Patriótica de junio 18 de 1838	219
XXX.	SEGUNDA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por El Adicto, Diario de la Habana, febrero 14 de 1839	229
XXXI.	TERCERA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN Ddon JOSÉ DE LA LUZ, por El Adicto, Diario de la Habana, febrero 15 de 1839	235
XXXII.	PRIMERA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, febrero 16 de 1839	245
XXXIII.	¿DEBE ESTUDIARSE LA LÓGICA ANTES DE LA FÍSICA?, por Un tercero en discordia, Noticioso y Lucero, febrero 18 de 1839.....	260
XXXIV.	CUARTA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por El Adicto, Diario de la Habana, febrero 18 de 1839	261
XXXV.	SEGUNDA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, febrero 23 de 1839	265

MARZO

- XXXVI. TERCERA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, marzo 3 de 1839 2 8 2
- XXXVII. CUARTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, marzo 19 de 1839 2 9 0
- XXXVIII. QUINTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, marzo 24 de 1839 2 9 9

JULIO

- XXXIX. SOBRE LA MÁXIMA DE LA UTILIDAD, por Manuel González del Valle, Diario de la Habana, julio 30 de 1839 3 0 9

AGOSTO

- XL. SOBRE HELVECIO Y EL SISTEMA DE LA NATURALEZA, por Francisco Ruiz, Diario de la Habana, agosto 8 de 1839 ... 3 1 1
- XLI. SOBRE HELVECIO Y EL PRINCIPIO DE UTILIDAD, por Manuel González del Valle, Diario de la Habana, agosto 17 de 1839 3 1 8
- XLII. SOBRE HOLBACH Y EL SISTEMA DE LA NATURALEZA, por Francisco Ruiz, Diario de la Habana, agosto 30 de 1839 ... 3 2 4

SEPTIEMBRE

- XLIII. ¿MÁXIMA DE UTILIDAD O LEY DEL DEBER?, por Otro [José Z. González del Valle], Noticioso y Lucero, septiembre 5 de 1839 3 3 9
- XLIV. MÁS SOBRE EL PRINCIPIO DE UTILIDAD, por Manuel González del Valle, Diario de la Habana, septiembre 7 de 1839 ... 3 4 2
- XLV. EL PRINCIPIO DE UTILIDAD EM EL ELENCO DE CARRAGUAO, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, septiembre 13 de 1839 3 4 7
- XLVI. MÁS SOBRE EL PRINCIPIO DE LA UTILIDAD, por Francisco Ruiz, Diario de la Habana, septiembre 16 de 1839 3 5 2

XLVII.	DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN, por Tulio (José Zacarías González del Valle), Noticioso y Lucero, septiembre 16 de 1839	3 6 0
XLVIII.	APÉNDICE DEL ARTÍCULO ANTERIOR, por Francisco Ruiz, Diario de la Habana, septiembre 20 de 1839	3 6 3
XLIX.	MÁS SOBRE LA LEY DEL DEBER, por Manuel González del Valle, Diario de la Habana, septiembre 22 de 1839 ...	3 7 1
L.	PRIMADO DEL DEBER SOBRE LA UTILIDAD, por Otro [José Z. González del Valle], Noticioso y Lucero, septiembre 22 de 1839	3 7 5
LI.	PRIMADO DE LA UTILIDAD SOBRE EL DEBER, por Francisco Ruiz, Diario de la Habana, septiembre 28 de 1839 ...	3 8 1

OCTUBRE

LII.	UN TERCERO EN DISCORDIA ENTRE DON FRANCISCO RUIZ Y DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, EN LA CUESTIÓN DEL PRINCIPIO UTILITARIO Y DEL DEBER EN ABSTRACTO, por El Experimentalista, Noticioso y Lucero, octubre 2 de 1839	3 8 6
LIII.	PRIMERA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, octubre 3 de 1839	3 8 8
LIV.	IMPORTANCIA DE ESTA POLÉMICA SOBRE MORAL UTILITARIA, por Aurelio, Diario de la Habana, octubre 6 de 1839	4 0 0
LV.	UN VOTO EN LA CUESTIÓN Y CONFLICTO DEL PRINCIPIO DEL DEBER CON EL DE LA UTILIDAD, por Un discípulo de Cousin, Noticioso y Lucero, octubre 7 de 1839	4 0 6
LVI.	DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN, por Tulio (José Zacarías González del Valle), Diario de la Habana, octubre 14 de 1839	4 0 8
LVII.	SEGUNDA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, octubre 29 de 1839	4 1 2
LVIII.	TERCERA REFUTACIÓN A TULIO SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, octubre 30 de 1839	4 2 5
LIX.	SEXTA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, manuscrito de octu-	

	bre 30 de 1839, publicado por Alfredo Zayas, Obras, t. I, pp. 323-342	4 4 0
LX.	CUARTA REFUTACIÓN A TULLIO SOBRE EL ECLECTISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, Diario de la Habana, octubre 31 de 1839	4 5 0
LXI.	SÉPTIMA RÉPLICA AL ADICTO SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, manuscrito de octubre 31 de 1839, publicado por Alfredo Zayas, Obras, t. I, pp. 323-342	4 5 8
NOVIEMBRE		
LXII.	ADDENDA II. LOCKE, por Víctor Cousin, Noticioso y Lucero, noviembre 27 de 1839	4 6 2
DICIEMBRE		
LXIII.	ADDENDA III CONDILLAC, por Víctor Cousin, La Cartera Cubana, t. III, no. 6, diciembre de 1839	4 6 6
LXIV.	ADDENDA IV. LOCKE, por Víctor Cousin, Noticioso y Lucero, diciembre 8 de 1839	4 8 0